Carmen Solís
CUESTIÓN de PERSPECTIVA
Él

Copyright © 2023 Carmen Solís

Titulo original: Cuestión de Perspectiva, Él

Derechos Reservados
Diseño editorial: Carmen Solís
Revisión: Malena Vitale
ISBN: 9798394372285
1.ª edición: Mayo, 2023
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por impresión, por grabación u otros métodos, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

A ti, que inspiraste esta historia y trascendiste antes de que pudieras verla. Ojalá que, donde quiera que estés, te haga sentir orgullosa.

Contents

Copyright
Dedication
Mira que eres linda
Perfume de gardenias
Algo contigo
Toda una vida
Somos novios
Piensa en mí
Palabritas de amor
Noche de ronda
Si tú me dices ven
Amorcito corazón
Virgen de medianoche
Nereidas
La negra noche
Amar y vivir
Nuestro juramento
Bésame mucho
Contigo en la distancia
Bendita esposa mía
Sabor a mí
El camino de la vida
Sueño de amor
Chokani
Pálida azucena
En un rincón del alma
Soy lo prohibido
Pérfida
Cuando vuelva a tu lado
Dos gardenias
Te odio y te quiero
Dios nunca muere
Fallaste corazón
Tu recuerdo y yo
Mi despedida
Sin un amor
Triste recuerdo
Flor de azalea
La Petrona

Deja que salga la luna
Epílogo – No volveré

Mira que eres linda

Existen vivencias que quedan marcadas en tu vida, como hierro al rojo vivo que quema el corazón, eso lo tengo muy claro. Esta es la historia de un amor que dejó su cicatriz en mí desde que inició hasta el día de hoy.

Recuerdo bien cómo empezó todo. Corría el año de 1947. Yo tenía diecinueve años recién cumplidos y había regresado a mi pueblito por las vacaciones de verano. Estudiaba en la capital de uno de los estados más tradicionalistas de la República Mexicana. Eran ocho horas de camino y solo se podía llegar primero en carreta hasta llegar al ferrocarril porque no pasaba otro medio de transporte ni contábamos con automóvil. Así que solo visitaba a mi familia durante las vacaciones.

Mi hermano, Sebastián, era un año menor que yo y mi madre insistió en que lo acompañara a un baile apenas al segundo día de llegar. Él era muy distinto a mí, siempre fue considerado como el que tenía mejor porte de los siete hermanos varones, el que conquistaba corazones y luego éramos los demás los que limpiábamos sus tropezones. Cuando yo todavía vivía en casa vi llegar a más de una muchacha a la puerta en pleno llanto porque él las había dejado sin más explicaciones. Descansé de esos desplantes cuando por fin me mudé.

Ese día Sebastián tenía una cita con una joven. Yo la conocía muy poco. Vivía al final de la calle Laureles y era la hija del alcalde, la mayor de seis hermanos y solo sabía que era una niña muy alegre, pero no me la había topado en casi tres años porque no me gustaba salir tanto. En ese momento pensé que mi hermano estaba buscándose problemas grandes porque su padre era famoso por tener la mecha corta.

Debo decir que lo que pasó en esa salida jamás lo imaginé. Llegué después para que no se viera tan obvio que lo cuidaba, o, mejor dicho, que cuidaba a la joven que pretendía. Apenas iba entrando a la cancha, que era donde se llevaba a cabo el baile, y los vi a lo lejos. Elegí mantener distancia para no incomodar. Decidí comprar una tlayuda cuando, sin imaginarlo, la vi caminar hasta la puerta principal. Reconocí su ropa enseguida: un bonito vestido negro con bordado a mano, el cual era de los caros; pero eso no me sorprendió

porque sabía que de dinero no carecían. Por la manera en la que daba las pisadas supe que iba furiosa. ¿Quién lo diría? ¡La cita fue todo un fracaso! Yo tenía muy claro que mi hermano era un patán y pensé que ella tuvo la suficiente dignidad como para rechazar algún ofrecimiento indecente que seguro le hizo. La jovencita ni siquiera dudó y se atrevió a dejarlo e irse sola a casa.

Estaba por iniciar el baile, el grupo ya se encontraba listo. No llevé cita porque iba de chaperón, y también porque me costaba trabajo conseguir una. Por un momento me quedé bloqueado, ¡aquello no me lo esperaba! Su casa se ubicaba a más de cinco cuadras y por esos tiempos la iluminación era muy poca. ¡Sebastián no la siguió!, cosa que me pareció una gran falta de respeto. Nuestros padres me insistieron en no dejarlo hacer groserías, así que me tocaba intervenir. Mi padre le daría una buena lección si se le ocurría faltarle al respeto a esa niña. Y seguro me la daría a mí si no ayudaba a medio arreglar lo que acababa de pasar.

Me impresionó que no le diera miedo caminar sola por la calle vacía y fui detrás de ella.

—Señorita Amalia —grité cuando la tuve a pocos metros y vi que ella se dio la vuelta para conocer al dueño de la voz.

Si alguna vez llegué a cuestionar la veracidad del tan anhelado "amor a primera vista", con solo voltear, todas las dudas se esfumaron. Allí estaba la prueba y mis ojos se encargaron de retratar con sumo detalle su figura completa. ¿Cuándo creció tanto?, «me pregunté al sentir mi corazón latir con más fuerza». ¿Por qué no atrajo mi atención antes? Si siendo un pueblo tan pequeño nos conocíamos casi todos.

—Dígame —exclamó con poco interés.

Parecía que intentaba recordar mi cara, pero creo que no tuvo éxito.

—¿Se acuerda de mí? —solté nervioso, acercándome y extendiéndole la mano. Allí la vi acercarse también. ¡Ese caminar! ¡Dios! ¡Ese caminar fue el que terminó por meterla en mi mente por completo!—. Soy Esteban, hermano de Sebastián. Quiero suponer que la ha incomodado y usted ha tenido el valor de ponerlo en su lugar.

Me sentí afortunado de que no respondiera la pregunta sobre mi identidad porque me habría causado vergüenza.

—Lo siento. —Aceptó mi saludo con algo de desconfianza—. Perdóneme, caballero, pero no suelo permitir que me falten al respeto.

Su mano era tan suave que tuve que hacer un tremendo esfuerzo para soltarla.

—Hizo bien. Dígame, ¿ya se iba?

De pronto me regaló una sonrisa tan bella, una tan natural que logró que me gustara todavía más

—Sí.

—Permítame acompañarla a su casa. No es bueno que una señorita camine sola a estas horas de la noche.

—No se moleste.

Ella trató de irse, pero no podía dejarla ir por dos motivos: mi compromiso de hacerla llegar sana y salva a su casa, y porque intentaría conocerla mejor, por lo que me interpuse en su camino con la mejor educación posible.

—Debo insistir ya que he venido con el único objeto de ser su protector… —¡Tenía que ser yo y mi estupidez!—, chaperón, quise decir chaperón. Es vergonzoso, pero me lo han dejado encargado. Creo que la consideran una joven de casa y conocen a mi hermano. Le pido una disculpa por los inconvenientes.

—Está bien, pero solo voy a permitirle que me acompañe hasta la esquina. No quiero que me vean saliendo con uno y regresando con otro.

Con eso me di por bien servido. En ese momento pensé que serían las cuatro cuadras más emocionantes de toda mi vida.

—Creo que ya te recuerdo. Eres el ingeniero —atinó a decir, señalándome.

Yo sonreí como un tonto.

—Todavía no lo soy, pero lo seré.

—Debe ser emocionante poder decidir sobre qué quieres hacer de tu vida.

Luego de esa frase su mirada pareció triste.

—¿Lo dice por?

—Lo digo porque me es imposible seguir estudiando… —Movió la cabeza de lado a lado, como reprochándose—. Pero eso es algo que no debería contarle a un desconocido.

Su franqueza a cualquiera le hubiera parecido demasiado, pero en mi caso pensé que la volvía fascinante. Siempre me decían que yo era un hombre de pocas palabras y también un engreído porque convivía poco con los jóvenes de mi calle y de la escuela, pero en realidad el conocer personas no era mi fuerte.

—No soy un desconocido, ya nos hemos presentado.

—Lo peor de todo es que esta era la primera vez que me dejaron salir con un hombre y se van a reír de mí cuando me vean regresar media hora después. Ya tengo quince años y todavía se espantan de que salga —en su tono de voz se notó la frustración.

—De verdad que lamento lo sucedido. Me siento en la obligación de disculparme otra vez.

—No tiene por qué, usted no cometió ninguna falta. Además, también yo fui una ilusa, ¡si ya me habían advertido de su mala fama! Chavelita me dijo varias veces que no aceptara, pero ahí voy de terca

a decirle que sí. Pensé que al menos cenaríamos, y con el hambre que tengo.

—Si gusta podemos compartir —le ofrecí de mi tlayuda y la vi sonreír de nuevo. Respiré cuando me di cuenta de que era una sonrisa de aprobación y no una de burla.

Era mi padre quien insistía en que buscara al menos una prometida si todavía no pensaba casarme. Mi familia no quería que me enredara con una foránea, no les gustaba la idea de que eligiera a una "mujer vivida", como les decían a las damas de la capital o de ciudades más grandes que se influenciaban por las modas extranjeras. Pero mi éxito en esa búsqueda era inexistente, además de que mucho empeño no ponía. Por esos tiempos solo quería dedicarme a mis estudios para poder ganar el dinero suficiente y así hacer yo mismo la casa que tanto soñaba.

Si quería llamar la atención de la estrella que acababa de conocer, o mejor dicho reconocer, tenía que sacar valor y atreverme a iniciar una conversación que pudiera dar pie a una cita formal. Le di varias vueltas a la idea porque no quería que mi hermano se tomara a mal el "robo" de su conquista, pero casi podía asegurar que en esos momentos él ya bailaba con alguien más.

Me sentía tan nervioso que mis manos temblaban y el camino estaba por dar fin.

—Si… si le parece una buena idea…, po… podemos regresar al baile y la invito a cenar —le pedí, haciendo el ridículo al hablar tan mal.

—No se moleste, tampoco fue tan grave la falta de su hermano.

La esquina llegó y pecho me dolía. Me cuestioné si así se sentía cuando entraba el amor a tu cuerpo. Si es que se metía directo, entre el estómago y las costillas, y te oprimía completito. Fuera como fuera, de bonito no tenía nada. Si ya era un endeble estando lúcido, metido en los líos del corazón me volvería peor.

—Supongo que aquí nos despedimos —comenté derrotado—. Tenga buena noche, señorita.

La dulce Amalia, que no sé cómo la veían los demás hombres del pueblo, en tan pocos minutos se volvió para mí la mujer más bonita de todas. Con su piel trigueña y rasgos mestizos, unos ojos marrones tan expresivos, un largo cabello semiondulado y su voz de ángel; con esa cegadora luz de juventud… Me envolvió como la matlazihua[1] que dicen que se te aparece para robarte el alma. ¡Y sí que me la robó!, completita y sin más esfuerzo que su mera presencia.

No sabía si iba a poder gozar de su aroma a flores una vez más y eso me hizo querer detenerla, pero no logré moverme.

Sin que lo esperara, fue ella quien detuvo sus pasos y dio media vuelta, quedándose a un metro de distancia. El brillo de la noche la

iluminaba y me observó directo.

—¿A usted le gustan los boleros?

—Sí, mucho.

—El miércoles va a estar en el teatro del pueblo una cantante que admiro.

Reconozco que demoré en comprender su frase, por poco y se me va la oportunidad, pero cuando entré en razón me apresuré a hacerle la pregunta.

—¿Le… le gustaría que la acompañara?

—Por supuesto. —Se veía de verdad complacida al escucharme y fue allí donde vi un hueco en el cual podía colarme para poder seguir conociéndola y saber si nuestros intereses eran similares. Conseguir sus afectos sería lo siguiente—. Solo debe pedir permiso a mis padres.

—Mañana mismo vengo a hacer la debida petición.

Va a sonar muy absurdo, pero en ese momento me imaginé yendo hasta su puerta con un ramo de rosas y una cara tiesa por los nervios a pedir su mano.

Tenía la confianza de que no recibiría una negativa porque mi familia se consideraba respetable y con una estabilidad económica decente. Explicaría a sus padres sin dar detalles el motivo por el cual era yo, y no mi hermano, el que solicitaba el permiso de una cita con su hija.

—Venga después de la seis. Lo estaré esperando. —Me sonrió de nuevo y se dio la vuelta.

Esa acción, aun con mi muy limitado conocimiento, la consideré como un coqueteo. Si yo le hubiera parecido poco interesante o desagradable a la vista no me hubiera incitado a acompañarla al teatro.

Empecé a soñar despierto y ella se despidió con un movimiento de mano. Si hubiera sido más listo, o menos temeroso, le hubiera podido besar la mejilla, ¡pero no! ¡Siempre con mis ensoñaciones impertinentes que me robaban oportunidades!

Esperé paciente a que entrara a su casa. Su andar era tan refinado que me quedé embobado el tiempo que tardó en llegar.

Regresé al baile enseguida, sintiéndome todo hipnotizado, y busqué a Sebastián para ver qué hacía. Él ya estaba medio borracho y sé que también se sentía enojado por el rechazo sufrido; algo que no le pasaba muy seguido. Casi puedo apostar que esa fue la primera vez. Ahí supe que se molestaría por mi atrevimiento, pero no me importó en absoluto. Ya tenía entre sus conquistas a varias mujeres y que le arrebatara una no sería una grave falta.

¡Si alguien se la iba a quedar, ese iba a ser yo!

Perfume de gardenias

Como ya no tenía más motivos para quedarme en el baile, decidí irme a casa. Nuestra casa era el número ocho de la calle Azáleas. Llegué y me tiré a la cama, aunque tardé un buen rato en poder dormir porque la cabeza no paraba de repetir una y otra vez ese breve momento que compartí con Amalia. ¡Amalia! Era raro pensar en un nombre que el día anterior no me interesaba.

Apenas desperté, salí con prisa para ver a mis padres. Ya pasaban de las seis de la mañana y tenía la esperanza de encontrarlos todavía en la cocina. Llegué al pasillo y ¡ahí estaba! Ese olor a café recién molido acompañado con canela. Sn duda un aroma que no se olvida a pesar de que el tiempo nos envejezca y acabe con los recuerdos.

Me detuve justo en la puerta, decidiendo qué decirles. ¿Cómo debía hacerlo? "Papá, mamá, quiero quedarme con la conquista de Sebastián y no me importa si no les gusta la idea…". No, de ninguna manera, así no. Luego de un rato dejé de darle vueltas y me aventuré a entrar.

—Tengo algo que comentarles —les dije con la voz apenas saliendo y no me sorprendió ver que ninguno se giró para prestarme atención.

Mi padre leía concentrado una amplia misiva y mi madre saboreaba su único momento en que podía estar tranquila, y yo se lo quería robar.

—Si es para quejarte del comportamiento de tu hermano, mejor no lo hagas, no quiero hacer corajes tan temprano —avisó irritada mi madre—. Lo único que me haría querer escucharte es que nos des la buena noticia de que por fin piensas pedir nuestro permiso para pretender a una muchacha. Pero como sé que eso está muy lejos de pasar…

Me quedé callado, pero supongo que algo vio mi padre en mi rostro porque dejó de leer el papel que sostenía, bajó un poco la larga hoja y me observó.

—¡¿Sí es por eso?! —me susurró con gran interés.

Mi padre era un hombre muy fácil de descifrar y también muy directo. Mi abuelo fue un gallego que se enamoró de mi abuela y ya no se regresó a su país. Mi padre tenía muchos de sus rasgos físicos, incluidos unos grandes ojos azules que expresaban tanto, y en ese

momento se abrieron de par en par. La gente decía que por igual los tenía yo, aunque no lo sé.

—Mejor vete a ayudar a tu hermano, la necesita…

Mi padre levantó una mano para interrumpirla.

—Esperanza, ponle atención, ¡creo que por fin pasó!

En ese momento sentí que se me caía la cara por la vergüenza y quise salir corriendo de allí, pero ya había comenzado y era necesario terminar, aunque me sudara hasta el alma.

—¿Qué pasó? —le preguntó ella y soltó el pedazo de pan que remojaba en el café cuando comprendió—. ¡¿Será verdad?! ¡Oh, por Dios y la Virgen Santísima! Ven, hijito, cuéntanos. —Hizo una rápida seña para que me uniera a la mesa.

Yo caminé con toda la calma que pude. Ahí iba mi momento de confesar mi traición estilo Judas…Bueno, no tanto así, estoy exagerando; pero de que era indebido, lo era.

Respiré bien hondo y me armé de valor.

—Mamá, papá, he conocido a una mujer que me ha gustado más que las demás —lo solté, pero faltaba la parte difícil.

—¿Quién es? Dinos ya —insistió mi madre, manoteando impaciente. Ella solía indagar en cada rumor que existiera sobre las familias de las parejas formales de mis hermanos; yo no iba a hacer la excepción. Éramos siete, todos varones, y ya había aprobado a las mujeres de los cuatro mayores, le faltaban todavía tres—. Solo espero que no sea ninguna de los Martínez, su madre está desquiciada con la idea de sacarlas de blanco cuando, ¡jum!, ya se sabe que de castas no tienen ni las orejas.

El nombre de mi interés amoroso se negaba a salir, pero era urgente librarme de ese incómodo interrogatorio.

—Se trata de… de la señorita Bautista —por fin salió y pude respirar.

—¿La hija de Cipriano? —Mi madre dibujó una expresión de confusión—. Pero ¿no fue con esa niña con la que salió tu hermano?

—Sí.

Los dos se quedaron sorprendidos, pero no tanto como pensé.

Mi padre solo movió la cabeza como si le diera vueltas al asunto.

—Anastasio, si se casan puede que el alcalde nos ayude a solucionar el problema que tenemos de los terrenos.

Mis padres llevaban años peleando unos bienes, todo gracias a que el abuelo no dejó nada por escrito antes de morir.

—Ya veo. —Él movió severo su dedo índice, acusándome—. ¡Con que me saliste robanovias!

—No era su novia… todavía —me atreví a rebatir—. Deben saber que ella lo rechazó y por eso es que quiero acercarme para conocerla.

—Está bien. De todos modos, el cabrón de Sebastián es muy poca

cosa para una mujercita así. —A mi padre siempre le molestó la actitud de mi hermano, pero mamá lo protegía y excusaba más de la cuenta.

—Sé de buena fuente que es muy entregada a su familia, cuida a sus cinco hermanos con gran empeño y es muy buena cocinera, me consta porque probé su pastel de carne que ofrecieron en la iglesia. Solo se pasó un poquito de sal, pero nada que la práctica no arregle.

—Entonces, ¿no tienen problema en que la corteje?

—Solo uno —comentó mi madre. Se levantó para ponerse a un lado de mí y sujetó mi barbilla—. Córtate esa maldita barba de una buena vez, no te sale como quisiéramos, el bigote es un desastre y parece mugre. Espera un par de años más para ver si mejora. Y voy a mandar a matar unos pollos para que les lleves un mole. Te he dicho a diario que comas mejor, estás hecho un palito… —Le dio un par de golpecitos a mi estómago—. Pero bueno, voy a hacer que comas más. ¿Cuándo irás a hacer la primera visita?

—Hoy. Quiero invitarla mañana al teatro... si es que están de acuerdo. —Tragué saliva porque venía su respuesta. Si ellos no la aprobaban, ya no iba a poder ni siquiera mirarla.

—¡Tan pronto! —mi madre se emocionó—. Llevas prisa. ¡Mejor!, así te vas a la capital con el compromiso hecho. Creo que voy a hacerles unos chapulines y después mando el mole porque ya no me dará tiempo terminarlo. Te daré dinero para que vayas con el sastre, a ver si tiene algo ya hecho que pueda quedarte. Luces como un pordiosero con esas camisas que te pones.

Mis camisas eran casi siempre de manta blanca porque me gustaba estar fresco y hasta ese día no pensé que fueran feas.

¡¿Compromiso?! Ni nos conocíamos bien y ya me estaban casando. Los que tenían prisa eran otros.

—Estoy orgulloso de tu elección. —Papá parecía en serio complacido—. Tenemos muy poca relación con los Bautista, pero estoy seguro de que esto va a ayudar a que nos conozcamos mejor y hagamos alianzas que puedan servirnos a las dos familias.

Sin duda esas ventajas no las contemplé. Que su padre fuera el alcalde pasó desapercibido, pero me ayudó a no recibir objeciones.

—Pues… si no hay más comentarios, me voy a hacer mis quehaceres.

Mi madre me detuvo antes de salir y me dio un abrazo muy fuerte.

Yo sabía que ella tenía mucho miedo de que me quedara soltero, incluso la escuché un par de veces diciéndole a la gente que me veía trazas para ser sacerdote. Cuando me fui a estudiar lejos seguro tuvo que inventar otra excusa. Al menos la libré de ese pendiente.

Evité encontrarme con Sebastián porque sabía que discutiríamos, aunque eso en realidad no me quitaba la calma. A lo mucho un golpe o dos y ya estaba arreglado el problema.

Estuve listo desde las cinco gracias a la impaciencia que me controlaba.

El sastre me vendió un pantalón negro y una camisa verde que era un tanto grande… Bueno, por esos tiempos la ropa me quedaba grande de todos modos. Soy alto, pero mi delgadez no favorecía demasiado.

Rogelio, mi hermano mayor y con el que mejor me llevaba, me prestó de su colonia y papá me dio dinero para unas flores. Desconocía cuáles eran sus favoritas, pero la vendedora me recomendó los lirios para no verme tan atrevido.

Toqué la puerta justo a las seis y tardaron en abrirme tres minutos que parecieron eternos. El que atendió al llamado fue uno de sus hermanos, Lucas, que era quien seguía después de mi estrella. Su cara de pocos amigos me pareció descortés, pero evité hacer comentarios para no dar mala impresión.

—¿Qué quieres? —me dijo con una voz de hartazgo que logró ofenderme, pero fui cuidadoso para que no se notara.

—Vengo a ver a tus papás, ¿están?

—Sí —resopló. Luego abrió toda la puerta y señaló para que pasara.

Fui detrás de él y me pidió que me sentara en una salita de estar. Su casa era bastante grande, tal vez de las más espaciosas porque también contaban con un terreno donde criaban animales. No estaba seguro de poder ofrecer las mismas comodidades de las que ella gozaba, pero el intento se haría.

—¡Ya estás aquí!

Ahí estaba la dulce voz que esperaba escuchar. Como un campaneo melodioso detrás de mí, hizo que me levantara y diera vuelta con cara de bobo. No imagino lo que debió pensar cuando me vio hacer tal cosa.

Ella llevaba puesto un vestido color café que le llegaba a las rodillas y un mandil rojo cubría gran parte de la falda. No importaba lo que tuviera puesto, para mí era la más hermosa.

—Como quedamos. —Me acerqué y le acerqué las flores. De verdad que las piernas parecían de papel en ese momento—. Para ti.

—¡Oh!, gracias.

Su sonrisa hizo que todo lo que me preocupaba se fuera, aunque fue necesario forzarme en centrar la atención para conseguir lo que fui a buscar.

—¿Puedo hablar con tus padres?

—Ya vienen. Siéntate.

Amalia se fue, andando con esa delicadeza única, y en menos de dos minutos regresó con ellos.

Don Cipriano era un hombre intimidante. Su aspecto duro y su voz gruesa eran dos cualidades que lo ayudaban a imponerse. Y su madre, doña Felicia, puedo decir tantas cosas de ella, pero solo mencionaré que era una mujer con un temperamento… complicado.

Nos sentamos todos en la salita. Mi estrella se acomodó justo frente a mí, pero no me dedicó ni un vistazo, supuse que quería parecer desinteresada. Me puse de pie y comencé a hablar apenas los vi que se impacientaban.

—Señor y señora Bautista, he venido a pedirles permiso para invitar a su hija al teatro el día de mañana. —En ese punto yo me sentía como todo un triunfador, seguro y directo; pero solo bastó un movimiento de ceja de don Cipriano para que todo fallara—. Mis intenciones no son las mejores… Quiero decir, son, ¡son! las mejores.

Fui incapaz de decir más y todos se mantuvieron callados por un momento en el que quise salir corriendo.

—¿Otro Quiroga, Amalia? —dijo su padre y su voz retumbó en todo el lugar—. ¿El otro no te gustó?

—Debo confesarte, papacito, que esa cita no pudo lograrse. No nos entendimos bien.

—¿Y con este sí te entiendes? —Me apuntó y la vio directo a ella.

—Eso todavía no lo sé, pero lo sabré si das tu consentimiento. —La seguridad con la que ella se expresaba me dio cátedra y un golpe en la cara. Ni siquiera bajó la mirada al dirigirse al alcalde.

—¿Qué han dicho tus padres, muchacho? —quiso saber doña Felicia con ese tono grave de voz que me dio escalofríos.

—Están contentos, señora. Mi madre les ha enviado esto.

Di un par de pasos para entregarle el presente y en ese momento me sentí feliz de que lo enviaran porque suavizó un poco las caras de ambos.

—Dale las gracias. Después mando a entregar el traste.

—Es más simpático el otro —interrumpió don Cipriano y se levantó—, pero muy tus gustos. Este es el último que vamos a recibir, aquí no será un desfile de noviecitos —la reprendió, pero ella ni se inmutó. Luego se giró para verme y con su mirada me decía más de lo que externó—. Los quiero de vuelta antes de las ocho. Y nada de andarte queriendo pasar de listo. —Un largo dedo moreno señalándome directo me confirmó que se dirigía a mí, y sí, me volvieron a temblar las piernas para mi mala suerte—. Recuerda que tengo ojos en todas partes.

Después de eso su padre se retiró y doña Felicia le siguió los pasos como una sombra.

Amalia se quedó sentada, como esperando a que le dijera algo.

Sin embargo, no salía nada de mi boca porque todas las emociones sentidas me arrebataron la voz. Solo podía concentrarme en una figurilla de arcilla que decoraba la estancia. Era una niña que extendía su colorida falda, orgullosa de sí y sonriendo como si nada malo pudiera pasarle.

—Hasta mañana —comentó al fin y logré salir de mi estupor y ponerme de pie. Le di la mano, esperando no tenerla sudada, y luego fui hasta la puerta.

Ella me siguió para cerrarla.

—Hasta mañana, señorita.

El veloz corazón me hacía sentir como un caballo sin riendas ni jinete. Su presencia misma era la causante de que las palabras que había practicado se me olvidaran, así que opté por intentarlo en el teatro. Tal vez allí tendría menos presiones.

Antes de meterse dijo una última cosa que ayudó a que el rubor corriera por todo mi rostro:

—¡Ah!, y son las gardenias, no lo olvides: gardenias.

Algo contigo

Sebastián, ¡ese hermano mío!, el más libre y al que siempre se le juzgó como el rebelde. Tenía que enfrentarme a él y durante el regreso mi corazón latió desquiciado y sí, era por los nervios, ni siquiera lo negaré.

En cuanto llegué a casa lo encontré en la entrada, me estaba esperando y por su cara supe que lo sabía. Apenas me vio se adelantó y yo me quedé parado como a tres metros de él. Sus pasos resonaron fuerte sobre el polvoso suelo, pero no iba a verme flaquear.

—¡¿Es cierto lo que dice Filemón?! —preguntó casi gritando.

Filemón era su mejor amigo, un chismoso de primera y el que me delató.

Así de rápidas corrían las noticias en ese pequeño lugar.

—¿Qué te dijo ese metiche? —respondí con una seguridad que no reconocí. Él era menor, pero su temperamento muchas veces me rebasó y le daba el lado para no discutir.

—Que pretendes a Amalia.

El muy igualado no mostraba respeto por nadie y eso sí logró irritarme. Comprendí enseguida el porqué lo rechazó.

—Es correcto —afirmé y me envaré para esperar lo que venía.

Mi hermano se giró, como intentando pensar. Se veía de verdad ofendido y luego de un momento regresó a encararme.

—¡Con que saliste muy cabrón! Aprovechaste que la dejé ir para ir corriendo tras los favores del alcalde. ¡Vaya!, bien dicen que gato tonto, brinco seguro.

Su insinuación logró hacerme enfurecer y di un paso hacia adelante, pero me distraje porque la puerta se abrió y apareció Paulino, el menor de todos. Su actitud burlona, en ocasiones inconveniente, resultaba muy fastidiosa.

Se acercó a nosotros en dos zancadas, posándose a lado de Sebastián.

—¡Uy! Te la quitaron en tu cara —se mofó con una sonrisa de oreja a oreja.

Deseé poder darle un buen golpe para que se fuera.

—¡Mejor ni te metas! —le advertí.

—Yo que tú por lo menos le metía una buena revolcada. Te ayudo si me das tu cena —le ofreció a Sebastián, ignorándome de manera

descarada.

—¡Cállate, no es tu asunto! —intenté reprenderlo, pero solo logré que los dos se rieran de mí.

Estaba dispuesto a armar un escándalo para que me dejaran en paz, cuando de pronto salió Rogelio porque Paulino no cerró la puerta. Él era el mayor, el fuerte, el ejemplo y el que representaba la figura paterna que nos hizo falta en las ausencias de mi padre.

—¿Por qué tanto ruido? —dijo con voz firme. En cuanto nos inspeccionó supo el motivo de la discusión—. ¿De verdad se van a pelear por mujeres? ¿Ese es el ejemplo que se les ha dado?

Los tres nos quedamos quietos.

—No —le respondió Sebastián y bajó el rostro.

—No —lo secundé.

Rogelio caminó hasta Sebastián, con esos pasos lentos y sus botas crujiendo sobre la tierra.

—Esta vez perdiste, ¡acéptalo! Así que dense la mano y deja el tema por la paz. —Lo apuntó severo con un dedo—. Te recuerdo que hoy vas a ver a la hija de los García. Ahórranos a todos un espectáculo cuando no te queda. —Luego caminó hacia mí y se puso justo enfrente. Él sí que intimidaba como pocos—. Y tú, que sea la última vez que pones los ojos en la mujer de otro de tus hermanos o te las verás conmigo.

No podía sostenerle la mirada y por dentro me confirmé que no iba a volver a suceder, no porque no quisiera, sino porque mis ojos ya no podían prendarse de alguien más.

—No volverá a pasar —susurré.

Él levantó un poco su sombrero para que pudiera verle la expresión.

—Así está mejor. Y más te vale que mañana regreses con la feliz noticia de que no te mandaron al carajo. Has que valga la pena tu atrevimiento.

—Pero papá dijo…

Enseguida me interrumpió porque detestaba que le rebatiéramos.

—Lo que tu papito dijo no importa, esto es entre tú y yo. —Con su mano se señaló y después a mí—. ¿Te quedó claro?

Solo pude asentir. Rogelio no se andaba con rodeos si de castigos se trataba.

Nos dimos la mano y de esa manera terminó el asunto. Sabíamos que la hermandad valía más que cualquier otro problema que se presentara, y eso incluía conquistas robadas; una falta que nunca me arrepentí de cometer.

Fue nuestra primera cita oficial la que se clavó en mi mente para siempre. Allí quedó establecido que mi corazón iba a pertenecerle

hasta que dejara de servir…, a pesar de todo lo que pasó después.

Mi madre eligió mi ropa y yo me sentía muy tonto porque no me agradaba vestir todo de blanco.

Elegí dejar al caballo en la casa porque lo consideraba muy invasivo. Ir a pie servía también para iniciar con una conversación.

Llegué a casa de Amalia quince minutos antes porque no quería que creyera que era informal. Volví a llevarle un detalle, pero esta vez no me equivoqué.

Cuando mi estrella salió, un suspiro se escapó de mi boca sin mi permiso. Su larga trenza color azabache enmarcaba sus hermosos ojos que tenían esa pizca azulada que aparecía según la luz. Amaba la piel de su rostro, era tan tersa que me provocaba acariciarla. Su vestido color verde oliva largo hasta el tobillo le proporcionaba un encanto que solo alguien con su porte podía presumir.

Confirmé allí que sus padres no escatimaban en su ropa porque las sandalias que llevaba solo se conseguían en la capital del estado y a un alto precio. Yo lo sabía porque nos dedicábamos a la reventa de calzado.

Antes de irnos se asomó su hermano menor: Lázaro. Y fue un fuerte grito de doña Felicia lo que logró hacerlo entrar. Ese niño era una criatura que con solo verlo inspiraba ternura. Desde que los conocí supe que era el consentido y al que más amaba Amalia.

—Para ti —le dije y le entregué las gardenias que compré dos esquinas antes.

—Le agradezco, ingeniero. —Sus mejillas se cubrieron de un rojo precioso.

—Esteban, dime Esteban, y puedes tutearme.

Ella no respondió, pero la sonrisa que me regaló confirmó que estaba de acuerdo con iniciar esa clase de confianza.

—Vamos a estar acompañados… por esta ocasión —comentó avergonzada—. Mis padres no quieren cometer el mismo error que *la otra vez*.

Supe enseguida que se refería a la cita con mi hermano.

—Me parece que es adecuado —mentí. En realidad, quería compartir el momento a solas, pero no quedaba otra opción.

Caminamos hasta el teatro del pueblo, que se situaba a quince minutos de su casa. Gracias a que se hacía de tarde, el sol no fue una molestia.

El amplio recinto era una construcción cercana a la alcaldía y que se consideraba la más bonita de todo el pueblo. Los arcos altos de piedra de la entrada le proporcionaban un aire extranjero, supongo que por influencia de los conquistadores. Por esos años la luz eléctrica todavía no nos llegaba al ser un pueblo considerado pequeño y sin importancia, pero se alumbraba todo con faroles con mecheros de gas.

La gente se ponía sus menores prendas para disfrutar de los eventos musicales que siempre se llenaban; esa ocasión no fue la excepción.

Nos permitieron entrar sin preguntarnos ni siquiera los nombres y enseguida encontramos a tres de sus amigas con las que estaríamos.

—Mira, te presento, ella es Isabel. —Atrajo a la más alta con un movimiento de su mano.

Isabel en realidad era su media hermana, ambas tenían la misma edad, pero se trataban como amigas y siempre supe que se querían de verdad. El orgullo de Amalia le impedía reconocer el lazo sanguíneo a pesar de que todo el pueblo lo sabía. Su padre era conocido por dejar hijos ilegítimos. Incluso se podía decir que se parecían en algunos rasgos de la cara.

—Mucho gusto —la saludé. Ya la conocía, pero quise ser cortés.

—Erlinda, mi prima —continuó con la siguiente muchacha.

A ella la había tratado muy poco. La consideraba una persona muy ruidosa porque se reía sin tapujos.

—El Quiroga que menos imaginé —se rio y me dio la mano.

—Y ella es Celina, aunque le decimos “la Chule”.

En cuanto la tercera muchacha se acercó para saludarme, la reconocí. Celina era la joven con la que mi madre insistía que saliera, pero me negué tanto que terminó por aceptarlo. Ella era hija de los oreros, una mujercita muy reservada y que transmitía tranquilidad, como si fuera una clase de cualidad. Aunque no llamó mi atención y menos para posible esposa. La percibía como alguien frágil y fácil de ofender.

Una vez presentados, ocupamos los cuatro asientos de la primera fila que nos reservaron a petición del alcalde. En la tarima los músicos ya estaban listos para dar comienzo. Ahí comprendí a lo que se referían cuando remarcaban los *beneficios* que proporcionaba el puesto de su padre.

Jamás olvidaré la manera en la que brilló el rostro de Amalia cuando la voz de la cantante que admiraba se escuchó. Fue como si ella se sintiera arriba del escenario, haciendo dupla con la artista. Es en momentos como esos donde los sueños quedan tan expuestos que, si fuera posible, se podrían palpar.

La primera melodía, romántica y lenta, fue la que acabó por enterrarme en ese hechizo de amor. La sentí como si la prodigiosa cantante la interpretara para nosotros, como si solo existiéramos los dos.

Tenía que decirle algo, lo que fuera, pero no fui capaz.

Esas cuatro mujeres sí que sabían divertirse y no podía llevarles el paso. Se reían, conversaban y no me atrevía a intervenir.

—Así que —me habló Amalia luego de tenerme a su lado más de

una hora en silencio—. A parte de ser ingeniero, chaperón y muy callado, ¿qué te gusta hacer?

Preocupado rebusqué en mi cabeza, por esos días era un hombre de gustos muy sencillos, por lo que contaba con pocas opciones para impresionar a las damas.

—Toco la guitarra —le respondí y al ver su mueca me lo dijo todo: se sentía complacida con la respuesta—. Es uno de mis pasatiempos favoritos.

—¡Vaya!, eso no lo esperé. Pero sí, pareces del tipo de hombre que toca la guitarra mientras bebe un par de tequilas, de los que sufren en las cantinas a lado de su único amigo y todo eso.

«¿Cómo supo que solo tenía un amigo? ¿Tan transparente me veo?», pensé.

Aproveché que en ese momento las acompañantes ponían su atención en el apuesto cantante que nos deleitaba, y colé mi mano hacia la suya. ¡Lo sé!, un movimiento muy atrevido, pero las vacaciones terminarían en menos de dos meses y quería abandonar el pueblo con el compromiso formalizado. Ya apoyaba la prisa de mi madre. No quedaban dudas, ¡era ella con quien quería pasar la vida! Sé que fue demasiado rápido, que debí contemplar más opciones, pero el amor me pegó muy duro y fui incapaz de negarme a él. Además, por esos tiempos no se consideraba indebido hacerlo así.

Amalia aceptó mi mano. ¡La aceptó! Y deseé poder saber lo que pensaba, porque tenía claro que no le era indiferente, pero necesitaba confirmar que sentía interés por ir más allá conmigo.

—Esteban Quiroga, el ingeniero que toca la guitarra. —Me miró de reojo y esbozó una media sonrisa—. ¿Tienes un segundo nombre?

¡Oh no! Tratar ese tema era vergonzoso y quise cambiar el rumbo de la conversación, sin obtener éxito. Ella supo que algo le ocultaba y ahí fue la primera vez que sospeché que una vez que se le metía una duda ya no había manera de moverla.

—¡Anda!, dime tu segundo nombre. —Me dio un leve codazo—. Me gana la curiosidad.

—¿Eres muy curiosa? —pregunté en voz baja. Podía sentir el sudor corriendo por mi frente y en ese momento recordé las palabras de Rogelio. Necesitaba ser más abierto para evitar un rechazo.

—Bastante —respondió y llevó su mano a su barbilla.

Vaya que sí era curiosa, y directa también. Tan auténtica que daba miedo.

—A decir verdad, no es mi segundo nombre, es el primero. —¡Ahí iba la confesión que me ruborizaba!—. Mi madre quería que me llamara como el abuelo, pero debo decir que es… singular.

—¿Y cuál es? —Toda su atención estaba puesta en mí.

—Está bien, lo diré. —Suspiré y me acomodé en el asiento—, solo

no te rías. Es Selso. Selso y con “s”. Además, lo escribieron mal.

—¡Selso Esteban! —Amalia ni siquiera dudó en soltar una carcajada.

—Te dije que no te rieras —le reclamé, pero su risa me contagió y logró calmar mis nervios.

—Perdóname, es que es gracioso. —Puso su mano sobre la mía—. Pero está bien, en serio. Podría ser mucho peor.

—Quisiera preguntarte una cosa —intervine con una seguridad renovada. Por dentro me temblaban hasta los dientes e intenté parecer confiado. Cuando vi que asintió, continué—: ¿El apellido Quiroga… qué te parece? Me refiero a… si crees que se acompaña bien con tu nombre.

Ni siquiera se detuvo a pensar la respuesta y tampoco se mostró incómoda. Con eso ya tenía un gran punto a mi favor.

—Todavía no lo sé. Pero te lo diré si decides invitarme a salir otra vez.

Nos miramos directo. En ese punto ya nada importaba, ni la gente, ni la música, ni sus chaperonas, ni mis temores. Necesitaba hacerme de una alianza para estar preparado para cuando se diera la oportunidad de proponerle matrimonio.

Toda una vida

Gerónimo, el hermano que seguía de Rogelio, fue quien me ayudó a conseguir el anillo para el compromiso. Él pasaba varios días del mes fuera de casa porque era quien acompañaba a mi padre a comprar el calzado. Seguro sería quien continuaría con el negocio familiar porque Rogelio quería quedarse con el ganado. Jacobo y Anastasio, los dos hermanos después de Gerónimo, se mantenían entregados a la siembra. Nuestra madre contaba, por herencia del abuelo, con dos hectáreas de terreno que ellos estaban trabajando y cada uno ya tenía esposa e hijos, así que era indudable que los dejarían como dueños.

Pienso que los cuatro hijos mayores siempre fueron los modelos a seguir, los trabajadores, a quienes exigieron más. Los menores tuvimos una educación considerada un tanto "blanda". Mi padre no era de los que criaban a golpes y mi madre en ocasiones parecía ser de mano dura ante la gente, pero al cerrar la puerta se le caía la careta y nos consentía con alguna golosina que ella misma preparaba. Los tres más chicos: primero estaba yo, luego Sebastián y el más pequeño, Paulino, éramos: el mojigato, el libertino y el payaso, como nos decía mi madre, en ese orden. Pero se llevó tremenda sorpresa que la puso pálida cuando le dije que el "mojigato" iba a pedir la mano de la hija del alcalde. ¿Apresurado? ¡Sí! Pero estaba dispuesto a cometer una completa locura en nombre de un amor que nubló mi sensatez.

Le pedí a Gerónimo que consiguiera el anillo en la capital del estado, no pensaba comprarlo con los Ramírez porque Celina era una de los ocho hijos y no quería que se adelantara a darle la noticia a Amalia; además mi madre me prohibió hacerlo porque la señora Ramírez era su mejor amiga.

El encargo fue muy detallado. Pedí un anillo de oro con una estrella en medio que llevara una piedra preciosa en cada esquina y en el centro un rubí. Mi padre me financió más de la mitad y tuve que tomar de mis ahorros para completar. Solo quería darle lo mejor. Por ese tiempo pensaba que no merecía menos.

Gerónimo tardó una semana en traerlo. El tiempo avanzaba y los nervios me controlaban. Durante esa semana salimos dos veces más. Seguíamos siendo acompañados por sus chaperonas que se fueron convirtiendo en mis conocidas. Nunca entendí por qué conmigo no salía a solas, tal vez por instrucción de sus padres, o porque ella así lo

quiso…

Las cuatro amigas sí que sabían reír con cada anécdota o chisme que comentaban. Cuando nos reuníamos se contagiaban de la alegría y ruido de Erlinda y se carcajeaban sin tapujos. Fue en la tercera cita, un viernes por la tarde, donde conocí la voz de Amalia. ¡Esa voz que se quedó marcada en mi mente y que se niega a salir! A veces la escucho todavía, en mis sueños.

Nos reunimos en un pequeño lugar que Erlinda tenía detrás de su casa y que su familia no solía visitar. Era un cuarto de madera vieja que destinaron para guardar herramientas, pero ellas se las ingeniaron para acomodar y consiguieron una mesa y sillas. El pequeño lugarcito olía a cilantro porque atrás tenían sembrado; un aroma que hoy me trae recuerdos que por ratos quisiera borrar.

Amalia tenía el tiempo contado en cada salida, su responsabilidad cuidando a sus hermanos pesaba sobre su espalda y se notaba que aprovechaba cada minuto siendo libre.

Isabel llevó una botella de jerez y me pareció arriesgado ya que ellas eran menores, pero confesaron que no era la primera vez y solo probaban un poco.

—Prefiero el tequila —les dije, queriendo declinar su ofrecimiento, pero Amalia me acercó un vasito.

Incluso la tímida Celina aceptó la bebida.

Las mujeres tenían todo tan planeado y oculto que me fascinó el peligro en el que me ponían. Lo que sí es que me propuse llevar a algún compañero a la siguiente reunión o me acusarían de algo indebido si continuaba por ese rumbo.

—Supongo que no puedo negarme —reí y le di un buen sorbo. El sabor en realidad sí me agradó.

—Es correcto —confirmó mi estrella con una sonrisa y se sentó a mi lado.

Conversamos hasta terminar con la botella. Creo que todas estaban hechas de algo diferente a las demás chicas que conocía porque ninguna se mareó, el mareado terminé siendo yo. Ruidosas, eso sí, pero lúcidas y bien entretenidas con su plática que en secreto me entretenía más de lo que expresaba.

—Am, cántanos una canción, ¡anda! —pidió efusiva Isabel.

Cada vez que veía a Isabel le encontraba más parecido con Amalia. Ella era de piel muy blanca y tenía pecas, pero las facciones no se podían negar. Aunque tuve el cuidado de jamás mencionar esos pensamientos para no generar incomodidad.

—¿Cuál te gustaría? —le preguntó Amalia y su expresión risueña delató sus deseos de deleitarnos.

—La de “Toda una vida”. Estoy desanimada porque el Jacinto no da su brazo a torcer y me gusta sufrir.

—Por Dios, mujer, ese hombre es tan feo que da pena —atinó a decir Erlinda.

Todos reímos porque era verdad.

Conocía a Jacinto, fuimos juntos en la escuela y no se caracterizaba por ser un conquistador. Despreciar a alguien como Isabel, a mi juicio una muchacha muy adecuada para cualquiera, se volvía un insulto.

Amalia se levantó y comenzó.

Tal vez fue el amor que me tenía ciego y sordo, pero ella cantaba como lo haría un ángel si existiera. Lo hizo con tanto sentimiento que erizó los pelos de mis brazos y mi corazón aceleró el ritmo.

Para la próxima llevaría la guitarra para acompañarla.

Yo solo podía verla, tan entregada, y en ese mismo momento planeé llevarle serenata en cuanto llegara el anillo. El mariachi donde tocaba Filemón seguro me acompañaría. En mi mente todo salía perfecto y creí que antes de que terminara el mes ya tendríamos la promesa de un próximo matrimonio.

Al terminar la canción, Isabel se echó a llorar.

—No seas exagerada —la reprendió Erlinda—. Vas a ver que vendrá alguien mejor.

—¡Pero yo lo quiero a él! —chilló y se recostó sobre la mesa.

Al principio creí que nos jugaba una broma, ¡pero no! Sus lágrimas eran reales y yo moría de ganas de soltar una carcajada porque no podía creer que una mujer llorara por Jacinto. Tuve que apretar la boca porque en definitiva se vería de muy mal gusto.

—Ni siquiera lo conoces bien, ¿cómo puedes decir que lo quieres? —le preguntó Amalia sonando seria.

Isabel no se levantó y le respondió con la boca pegada a la madera.

Como yo no pensaba intervenir en eso, me quedé sentado y crucé los brazos para esperar a que pasara su mal rato.

—¡Porque lo quiero! —dijo como si fuera una niña caprichosa que desea un juguete—. Me regaló una flor, me dijo que era bonita y me prometió que cuando fuéramos mayores nos casaríamos.

—¡Eso pasó cuando tenían siete años! —rebatió Erlinda, usando un tono burlón—. Seguro él ni se acuerda.

—¡Ay no, hasta casarte quieres! —por fin habló Celina con suave voz y se le acercó para acariciarle la espalda—. Pobre de ti.

—¡Pero sí quiero!

—Chave, piensa lo que dices, es algo muy apresurado de decidir.

—Primero debes saber cómo es —Amalia fue firme porque se notaba cansada de su escena—. Antes de dar un paso tan importante es mejor conocer al hombre con el que vas a unir tu vida. Se debe ir más lento. ¿Qué tal y te sale grosero? ¿Quieres un marido así?

—¡Mi Jacinto no es grosero!

—Bueno ya. —Erlinda le levantó la barbilla a su amiga para que le prestara atención—, está bien, ve y pídele matrimonio tú.

—Ya, ya. Seguro no está entendiendo las señales. —Celina era la más conciliadora y tomó la iniciativa para terminar con el asunto—. Te vamos a ayudar, vas a ver.

Isabel se calmó, se limpió la cara y las cuatro se soltaron a reír. Pasado el momento entre gracioso y dramático, el tiempo de la salida terminó. Acomodamos lo mejor que pudimos, escondimos la evidencia de nuestra reunión y nos fuimos.

Acompañé a cada una a su casa porque ante todo tenía que ser un caballero.

Erlinda vivía a la vuelta, Isabel dos cuadras más arriba y Celina más cerca del centro del pueblo. A Amalia la reservé para el final, aunque su casa quedaba en medio del trayecto. Ellas sabían mis intenciones y ninguna hizo algún comentario al respecto.

Dejamos a Celina y por fin pudimos estar a solas.

—Lamento que hayas visto las locuras de Chavelita —Amalia inició la conversación—. Es un poco… dramática cuando se acuerda de su querido Jacinto. Lleva años enamorada de él y no sé hasta cuándo se le va a pasar.

—Fue divertido —dije y enseguida supe que cometí un error.

—¡Ah! Te burlas de las desgracias de los demás. Eso no me lo esperaba del más serio de los Quiroga.

—¡No, no, no! No me expliqué bien...

Yo quería decirle que, al convivir muy poco con mujeres ya que en mi familia la mayoría eran hombres, la experiencia me parecía nueva y me gustaba, en verdad me gustaba. Pero las palabras se atoraron en mi garganta, como siempre.

—Es broma —exclamó sonriente y me vio soltar un respiro de alivio—. A mí también me da risa, pero es algo que no le vamos a decir a Isabel.

Se volvía muy fácil convivir con ella. La vida a su lado me parecía ideal, la que más deseaba tener.

Había una casa de adobe que quedaba a una cuadra de la suya y que llevaba años abandonada. Tenía un espacio libre de dos metros que daba a la puerta medio rota, y elegí el lugar para pedirle que nos detuviéramos cuando estuvimos cerca.

Caminé hasta allí y para mi suerte ella comprendió y se puso frente a mí. Se veía tan bella con su trenza que decoró con una rosa y su vestido blanco con bordado rojo que cubría gran parte de la tela. Me quedé mudo cuando nuestras miradas se encontraron y tuve que hacer un gran esfuerzo para hablar:

—Señorita Bautista, yo… quería saber si… si yo… si se pudiera

que… Ay, Dios mío, esto es tan… —lo siguiente que salió de mi boca fue inentendible. Me sudaban las manos y los pies no se quedaban quietos.

Mi estrella me contempló con sus expresivos ojos y comencé a marearme. Si no hubiera sido porque puso sus delgados dedos en mi brazo, tal vez sí habría caído y pasaría una vergüenza imposible de olvidar.

—¿Está usted bien, ingeniero?

—Esteban. Dime Esteban —recobré el control de mi voz y comenzó a salir mejor. «Soy tu futuro marido, dime “mi amor” si tú quieres», pensé, aunque eso no lo externé. ¡Tenía que sacarlo ya!—. Sí, estoy bien. Lo que quería decirte es… —Me envaré y sostuve sus manos—. Amalia, quería preguntarte si te gustaría ser mi novia.

Una vez que se lo pregunté, pude sentirme mejor, pero no comprendí su reacción. La vi bajar el rostro y acomodó un mechón de su cabello que se le soltó. A Pesar de que ya oscurecía noté que se sonrojaba. «¿Qué significaba eso? ¿Era un sí? ¿Era un no? ¿Por qué no decía la respuesta y ya?». Los nervios volvieron y tuve que atreverme a preguntarle:

—¿Cuál es tu respuesta?

—Sí, sí quiero —confirmó sonriente.

Por poco se me escapa una lágrima de felicidad, aunque el anillo de pedida tendría que esperar porque, siguiendo sus palabras, debíamos conocernos un poco más antes de dar el gran paso.

Somos novios

Lo siguiente que hice fue pedir el permiso a sus padres, momento que duró menos de diez minutos y muy pocas palabras. Don Cipriano solo nos amenazó de no fugarnos o salir con nuestro “chiste”, y doña Felicia se mantuvo callada y movió la cabeza de arriba abajo como si aceptara. Luego me fui de allí sin más.

Me sentía tan orgulloso de tener novia que lo primero que hice fue contárselo a mis padres y hermanos. Sebastián lo tomó muy bien, incluso me felicitó. Me liberé del todo de la culpa por el “robo” de su conquista cuando puso su mano en mi hombro. Rogelio insistió en que formalizara pronto. Ni siquiera le dije que todavía no nos dábamos ni un beso, así que solo yo sabía que el anillo se quedaría guardado en mi cajón un poco más.

—Debes invitarla a comer, tengo que conocer a mi futura nuera —comentó mi madre con un ánimo renovado en medio de la reunión improvisada en el patio.

No podía estar más de acuerdo. Sabía que con esa visita se daría una especie de “prueba” en la que mi madre fungía como la jueza; ella tenía que dar su aprobación y mi padre apoyaba todo lo que decía. Se notaba que a él le importaba muy poco el criticar a la mujer con la que uno de sus hijos se casaría, pero le seguía el juego porque así era con mi madre: cedía y la dejaba mover los hilos de vez en cuando con tal de verla feliz.

Como ese paso era inevitable, planeé decirle a Amalia en la siguiente cita.

Nos vimos un viernes por la tarde. La invité a dar un paseo por la plaza. Su chaperona fue su tía Antonia, la madre de Erlinda; una señora de la que puedo decir muchas cosas, pero una de ellas es que amaba a Amalia incluso más que su propia madre.

Mi estrella se esmeró en su vestimenta como de costumbre. Le gustaba ponerse ropa muy típica de la región y ella hacía sus propios bordados. Las jóvenes de la capital tenían una moda distinta, con conjuntos entallados y se podría decir que atrevidos. Pero yo prefería cómo se vestía ella, podía lucir hasta un mandil con propiedad, se paraba tan derecha, caminaba con gracia, movía las manos como toda una señorita bien educada.

—Estoy muy cansada. Lucas y Leopoldo molestaron a una vecina,

le tiraron el agua que cargó desde el río y tuve que reponérsela yo —confesó Amalia mientras deambulábamos y después soltó un suspiro.

Ella cuidaba casi siempre a sus cinco hermanos, todos varones y de temperamentos muy diferentes. Era demasiada carga para una mujercita tan joven, pero lo hacía lo mejor que podía. Los pocos ratos libres que tenía los destinaba a salir con sus amigas, y también conmigo.

Su tía iba detrás de nosotros, pero en cuanto escuchó aquella frase se nos acercó e interrumpió.

—¡Ya te dije que le digas a la floja de Felicia que no te deje toda la carga! —Su mueca de desaprobación fue más que evidente—. La he visto en el mercado chismoseando con sus amigas mientras tú cuidas de los diablillos, un día vas a cansarte de eso y tendrás que hacer algo.

—Lo último que quiero es verla enojada —respondió ella en voz baja y dirigió sus ojos al suelo.

Uno de los primeros detalles importantes que vi en ella era ese: la entristecía tratar el tema del cuidado de sus hermanos.

—Pero si siempre está enojada. Yo creo que cuando mi tía la parió nació enojada y ya nunca se le quitó. —Doña Antonia miró al cielo y respiró profundo. Se notaba que su prima la irritaba más de la cuenta. Desde jóvenes no se llevaban bien, pero las dos se casaron con los hermanos Bautista y emparentaron más. Una vez que se calmó le tocó el hombro a Amalia e hizo que nos detuviéramos frente a la tienda de telas—. Pero esa madre te tocó y ni modo. Espero, jovencito, que cuando se la lleve con usted no la tenga viviendo así —me dijo directo.

Doña Antonia era de esa clase de personas que sabes que te están regañando o advirtiendo, pero que lo hace de una forma tan amable que es imposible ofenderse.

—¡De ninguna manera! —dije sin detenerme a pensar.

Amalia se giró hacia mí y su impresión fue obvia. «¿Qué se imaginaba? Éramos novios oficiales, había obtenido con bastante vergüenza el permiso de ser su novio, el siguiente paso era casi obligatorio, ¿o no?», pensé.

—Entonces ¿sí tienes pensado llevarme contigo? —me preguntó entre dientes.

El nerviosismo llamaba a la puerta, pero fui capaz de controlarlo… un poco.

Doña Antonia también aguardaba mi respuesta.

Di un paso hacia Amalia y hablé:

—Solo… solo si tú quieres. Pero todo bien hecho, con fiesta y podemos sacrificar unas vacas, ¿o prefieres puercos?... Lo que sea… Se hará como debe.

¡Las frases incompletas otra vez! Si hubiera podido, me daría un

buen jalón de oreja.

—¿Tienes casa? —me interrogó doña Antonia, salvándome de mi torpeza—. ¿Te heredaron una tus padres?

—No me heredaron, pero cuento con un terreno en la capital, señora. Lo compré con lo que me pagan por la venta de calzado allá, y ya estoy ahorrando para construir.

—¡En la capital! Bien, es buena idea salir de este pueblo que no tiene más que polvo y gente chismosa. A todo eso ¿cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Pues te felicito, hija —la llamaba así de cariño—. Por lo que veo tendrás una vida decente a lado de este muchacho. —Me dio una palmadita en la espalda y después se giró hacia la tienda de telas—. Voy a comprar encajes, no tardo. No se vayan a perder. —Volteó un breve instante para mostrar su sonrisa y después cruzó la calle.

La aprobación de doña Antonia de pronto se volvió importante, el interés por la estabilidad de su sobrina fue mayor que el de doña Felicia y me hizo sentir satisfecho de que diera su visto bueno.

Nos encaminamos hacia una banquita de madera y al estar solos aproveché la oportunidad.

—Me gustaría invitarte a comer mañana a mi casa.

—¡¿A tu casa?!

—Sí, con mi familia.

Me tomó desprevenido su reacción: como de desagrado.

—¿Te incomodó? Podemos dejarlo para más adelante…

—¡No! —me interrumpió, abriendo más los ojos y levantó una mano—. Está bien, acepto.

—Gracias. Iré por ti cuarto para las dos.

Ella solo sonrió y yo colé mi mano a la suya. Los dos temblábamos como niños haciendo travesuras. La gente que pasaba y nos veía de reojo seguro ya sabía sobre nuestra relación, las noticias corrían como río en tiempo de lluvias en un pueblo tan pequeño, pero me sentía raro y presentía que ella también. Las nuevas experiencias pueden causar miedo y preocupación, pero no dejan de ser adictivas.

Sé que debí hacerlo, lo ansiaba tanto, pero una vez más no fui capaz de besarla. De solo imaginar un rechazo o que volteara la cara… ¡No!, no iba a ser capaz de soportarlo. Así que el beso se daría cuando la supiera más segura.

Llegué quince minutos antes de la hora marcada a su casa, para mi sorpresa ella salió justo cuando Genovevo, mi caballo, paró frente a su puerta. Recuerdo que cuando me lo regalaron le puse ese nombre porque, si iba a tener un caballo, llevaría un nombre igual de desafortunado que el mío.

Ese día dejé que Rogelio me dijera qué ropa ponerme, a él le molestaba que vistiera tan “simplón” y le seguí el juego, incluso me puse el sombrero negro y el corbatín que me obsequió. A decir verdad, me sentía exagerado por lo formal y diferente que fui. Mi hermano mayor era más inclinado a cuidar la apariencia que los demás y yo lo respetaba demasiado.

Amalia estaba allí, de pie, con su rebozo cubriendo sus hombros, cargando una canasta. Cada vez más hermosa. Se trenzó el cabello, lo enrolló y lo decoró con listones rosados, como el tono de su bonito vestido.

Me bajé y la vi quedarse tan quieta que creí que algo le pasaba. Sus mejillas se pusieron tan rojas que el color le llegó hasta las orejas, así que aceleré el paso porque supuse que la asustó Genovevo.

Dos de sus hermanos abrieron la puerta, se asomaron y comenzaron a burlarse, con eso Amalia regresó en sí y los reprendió para que se metieran.

—Una de mis tías se quedará a cuidarlos —me informó cuando estuve frente a ella—, pero no le hacen mucho caso. —Movió un poco su cabeza como si con eso se quitara los pensamientos de sus hermanos y me regaló una tierna sonrisa—. Así que tienes caballo.

—Sí. Es un holgazán que solo sabe comer y dormir, no le tengas miedo.

—No te preocupes. Le ayudo a mi padre a cuidar a los animales, tenemos guajolotes, gallinas, pollos, cerdos y caballos.

—Oh, esa es una buena noticia… La de que estás acostumbrada a tratarlos —aclaré enseguida.

—Pero no tengo caballo; no uno que sea mío —resopló y sospeché que fue de alivio porque incluso vi que su frente sudaba—. ¿Nos vamos?

La ayudé a subir y se sentó de lado como las señoritas. Luego subí yo y le pedí que se sujetara de mí. Sentir sus manos nerviosas rodeándome fue un regalo que se quedó marcado en mi memoria.

Fuimos conversando todo el camino. Anduve despacio para que tuviéramos más tiempo y porque lo último que quería era provocarle un susto.

Llegamos cerca de mi calle y en cuanto dimos la vuelta vi a Rogelio afuera de la casa. Estaba parado, con la cabeza muy gacha y concentrado en sus pensamientos.

Me bajé lo más cuidadoso que pude y sostuve firme las riendas para que Genovevo no se moviera.

—¿Pasó algo? —le pregunté enseguida porque cuando levantó la cara reconocí esa expresión: cargaba una preocupación y para que eso pasara era porque de verdad se trataba de un asunto importante.

Rogelio relajó los hombros y me respondió:

—Los Carrillo dejaron claro que no van a darle a nuestro padre el terreno que le toca, no piensan negociar y se han apropiado de todo. Vamos a tener que ir con el alcalde para que arregle el problema.

—Nuestro padre debería olvidarse de esas tierras.

Mi hermano hizo un gesto de rechazo.

—Son lo bastante grandes como para alimentarnos todo el año y te toca una parte por derecho. Van a servirte para darle a tu familia una vida decente. —Hasta ese momento fue que Rogelio reparó en Amalia y cambió el rumbo de la conversación porque era fanático de la discreción—. Pero ya hablaremos después. Veo que traes una bella compañía.

Orgulloso ayudé a bajar a mi novia. ¡Novia! Era mi novia y seguía sin creerlo.

—Seguro ya conoces a mi hermano mayor: Rogelio.

—Un placer volver a coincidir, señorita. Espero que mi hermano sepa comportarse como es debido, de no ser así solo dígame y lo meteré en cintura.

—No habrá necesidad. Su hermano es un buen hombre, un rasgo de familia según me han dicho.

Amalia hizo, con solo una sencilla frase, lo que otras señoritas que mis hermanos cortejaban no habían podido lograr: ganarse a Rogelio a la primera.

Lo vi levantar ambas cejas y con eso lo supe.

—Pasen a la casa —nos dijo con un movimiento de mano—, ya están sirviendo.

Amarré a Genovevo afuera, le acerqué agua y después ayudé a Amalia con la canasta. Mi hermano le dio el brazo. Los tres entramos a la casa y Rogelio la dirigió al comedor teníamos pasando la sala.

Allí estaban mis padres, mis cinco hermanos, mis cuatro cuñadas, mis siete sobrinos y dos hermanos de mi padre: Celestino y Heriberto, que se atrevió a invitar porque los consideraba en cada evento que tuviéramos, por pequeño que fuera.

Todos voltearon a verla en cuanto mi novia pisó el lugar. Todos la inspeccionaron de arriba abajo. Mi casa era amplia, bastante amplia, pero fue como si se hiciera más pequeña y veía todo más lento. Cada expresión, cada movimiento de boca, cada respiro podía verlo a detalle y temí que ella se sintiera igual que yo.

—Buenas tardes —saludó cortés Amalia. Su control y calma me impresionó porque otra en su lugar encorvaría los hombros.

Mi familia completa le devolvió el saludo casi al mismo tiempo.

—Pasa, siéntate —le ofreció mi madre y apuntó hacia una silla que estaba a un lado de la que yo solía ocupar, mientras colocaba una olla de barro justo en medio. El vapor salía, esparciendo el agradable olor de los frijoles recién hechos.

El comedor de madera era para doce personas, pero pusieron una mesa extra. Teníamos que comer juntos, era la costumbre en casa.

Rogelio se apresuró a jalar la silla para que ella se sentara.

—Señora, traje chiles rellenos de quesillo y flor de calabaza.

Comprendí que eso era lo que llevaba la canasta y me acerqué hacia la cocina para dejarla. Por suerte podía seguir escuchando la conversación.

—¿Tú los hiciste? —le preguntó mi madre.

—Mi madre ayudó también. Está muy agradecida por la invitación y le envía sus saludos.

—Dile a Felicia que no debió molestarse. Gracias.

Sancia, la esposa de Gerónimo, se apresuró a ayudarme con la canasta.

Degustamos en silencio lo que mi madre y cuñadas prepararon y también lo que Amalia llevó.

Una vez que terminamos, las preguntas dieron inicio.

—¿Cuántos años tienes? —comenzó mi madre.

—La próxima semana cumplo dieciséis, señora.

¡Su cumpleaños sería pronto y yo no lo sabía! Era urgente conseguir un buen regalo porque me tocaba regresar a la capital en solo diez días.

—Pareces de dieciocho. ¿Terminaste la primaria?

—Sí… —respondió y noté su vergüenza en su expresión—. Quería estudiar más, pero ya no… me fue posible.

—Bueno, con mi hijo no te faltará nada, eso te lo puedo jurar.

Mi madre hablaba como si tuviéramos ya un compromiso o una boda en puerta.

—Si ella quiere seguir estudiando —me atreví a intervenir—, la puedo ayudar a que lo haga.

—Creo que eso ya no es necesario, los hijos te quitan todo el tiempo. Pero seguro ya sabes cómo es el asunto —se dirigió a Amalia, haciendo hincapié sobre sus obligaciones en casa.

Una vez que mi madre empezaba con el discurso de tener hijos, era difícil pararla, por lo que Rogelio, con una seña discreta de mi padre, ayudó a evitar que siguiera.

—Madre, creo que primero deben comprometerse. Solo espero que el flaco no se tarde tanto, quiero estrenar pronto las botas que me llegaron.

—¿Otras botas? —lo cuestionó incrédula Pía, su esposa, más sorprendida que feliz.

—Nunca son suficientes botas.

Las risas que se dieron terminaron con el incómodo interrogatorio. Mis familiares continuaron haciéndole preguntas a Amalia durante una hora más, pero fueron tan casuales que ni siquiera

las recuerdo.

La despedida se dio con más confianza, y cuando salimos de mi casa sentí que respiraba de nuevo.

—¿Podemos regresar caminando? —pidió Amalia y se envolvió en su rebozo rosado porque el frío se empezaba a sentir.

Allí comprobé que no le gustaba montar. Genovevo seguro no extrañaría cargarnos a los dos.

Acepté enseguida porque cuando cerraba la puerta de su casa y dejaba de verla me daban unas ansias tremendas de jalarla y no dejarla ir.

Anduvimos a pasos calmados hasta que llegamos a la casa abandonada donde le pedí que fuéramos novios. Ella quiso que nos detuviéramos.

—Espero que te haya gustado visitar mi casa —le dije porque me era imposible quitarme de la cabeza la sesión de preguntas por las que la hice pasar—. Lamento tanta conversación, ellos no son de los que molestan, solo te querían conocer porque…

Yo tan distraído, sin verlo venir, ni siquiera sospeché lo que venía. Ella se puso de puntitas, cerró los ojos y ¡me dio un beso! Solo así abandoné el discurso que me tenía embobado. Seguro mis ojos se abrieron de par en par y me vi como un completo novato. Fue un ligero roce de nuestros labios, pero fue suficiente para mí.

—Me pareció encantadora —habló, usando una voz más confidencial y entrelazó una mano con la mía—. Gracias.

Solo pude sonreír, ¡así, como mudo! Sonreí y no dije más. Las palabras no querían salir y preferí mantenerme callado antes de decir alguna incoherencia.

Dejé a mi novia en su puerta y regresé a la casa con la mente en las nubes.

Al llegar, encontré a mi madre esperándome sentada en su sillón de siempre.

—¡Sh! ¿A dónde vas? —me dijo sorprendida porque la ignoré.

—A mi cuarto. Quiero cambiarme esta ropa.

—No te vayas. Antes tengo que darte mis impresiones. —Hizo una seña para que me sentara en el sillón que tenía enfrente.

Obedecí porque así tenía que ser.

—Te escuchó. —Pero en realidad no la escuchaba del todo. Mis tripas revueltas me recordaban nuestro primer beso, ¡mi primer beso de verdad! Años atrás besé a una niña en la escuela, pero fue un juego infantil que terminó con un tremendo regaño; esta vez lo sentí desde la cabeza hasta los pies.

Mi madre movió la cabeza de arriba abajo, como pensando.

En ese momento a mí no me interesaba su crítica por más dura que fuera.

—Está bien, lo acepto, me gustó. Se nota que sabe lo que quiere. Tiene buenas caderas, será buena pariendo a mis nietos. Es bonita, no tanto como Pía, pero creo que es aceptable, y también es de buena familia. Felicia no me agrada, pero podemos convivir cuando toque hacerlo.

¡Ni siquiera podía creer lo que mi madre dijo! ¡Ella reconociendo que una mujer le gustaba para nuera! Con cada una que pasó por su juicio fue poco cuidadosa al expresarle a mis hermanos sus pensamientos.

—¿No hay comentarios en contra?

—Solo uno. —Se puso de pie y se me acercó—: le pone demasiada sal a la comida.

Los dos reímos. Ella sabía cómo hacerme regresar a la niñez otra vez. Las madres tienen ese precioso don que me sabía reconfortar.

—A mí me parece más que buena —le rebatí en broma.

—Ah, pues tú eres el que se la va comer todos los días, así que por mí no hay problema. —Sus ojos comenzaron a verse vidriosos. Jaló uno de mis brazos y me abrazó—. Hijo mío, has elegido bien, y por lo que veo estás enamorado, si no fuera así, seguirías encerrado en tu cuarto estudiando todos esos libros que traes. —su voz se quebró y me apretó más fuerte—. Ya eres todo un hombre y estoy orgullosa de ti.

La emoción del beso era grande y cegador, pero ese abrazo de mi madre se le parecía bastante en cuanto a emoción.

Piensa en mí

Los dieciséis, preciosa edad para ser imprudente. A mi estrella se los festejaron sus papás en su casa. Por supuesto fuimos invitados. En ese punto pensé que ya nos sentíamos como dos familias unidas por nuestro matrimonio no formalizado, así que recibir tal atención no pareció extraña.

Un día antes de su fiesta tocaron a la puerta de mi casa mientras yo tusaba a Genovevo en el patio.

—Te buscan —me avisó mi madre cuando se acercó hasta donde yo estaba.

—¿Quién? —le pregunté sin voltear a verla. Cuidar de mi caballo era algo que calmaba todo lo malo que podía haber en mí.

—Una de las hijas de los Ramírez.

Sospeché que se trataba de Celina, cosa que me pareció inusual, pero no imposible.

—Voy enseguida.

Mi madre solo se fue. En ese momento llegó a mi mente el recuerdo de infancia cuando mis padres y los Ramírez pactaron que nos casarían cuando Celina llegara a la edad. Pero mi corazón fue más fuerte y decidí seguirlo, rompiéndole el suyo a mi madre, aunque fue lo bastante discreta como para no expresármelo ni reprocharme.

Dejé lo que hacía y salí enseguida a atender al llamado. Con solo ver su silueta en el recibidor, la reconocí, sí era Celina, o la Chule, como le decían sus amigas.

—Buenas tardes —me dijo con una voz tan baja que por poco no la escucho.

—¿Qué tal? ¿Qué te trae por acá?

Me acerqué a ella solo un poco porque noté que dio dos pasos hacia atrás cuando me vio avanzar y no quería incomodarla.

—Vine porque Erlinda me pidió que te avisara que mañana temprano vamos a hacerle un pequeño festejo a Amalia. Es sorpresa.

Celina se veía tensa y pensé que yo no terminaba de agradarle. Por años pensé que ella era una muchacha un poco rara, pero una vez que la fui conociendo supe que su temperamento era muy dócil, alegre y hasta compartimos varias risas en las salidas.

—¿No ya va a tener un festejo?

—Sí, pero queremos hacerle uno nosotras. ¿Estás de acuerdo? —

Con un rápido movimiento levantó la cara y me observó pensativa.

—¡Pero claro que sí!

Celina en realidad era linda, no más que Amalia, para mí no había nadie más bonita que mi novia; pero su cabello tan crespo y negro y su piel ligeramente amarilla y lozana le daban un aspecto inocente. Ella vestía más sobria y más cubierta que el resto de las chicas, pero también más elegante porque tenía buena solvencia económica y su madre era conocida por ser exigente con la apariencia. Me atreví a observarla más de lo acostumbrado y ella solo se meció y dirigió la vista al suelo. En ese momento se me ocurrió una idea que tal vez funcionaría para cumplir el sueño que le frustré a mi madre.

—Yo llevo la comida… —me ofrecí porque era lo menos que podía hacer—, y si no les molesta también a unos amigos.

—Por supuesto que no es molestia. Nos vemos en… ya sabes dónde —apenas dijo, y luego se volteó hacia la puerta y se fue.

Para llevar a cabo la celebración privada fue necesaria la ayuda de doña Antonia, quien se encargó de pedirle a doña Felicia que le permitiera llevarse a Amalia un par de horas en la mañana con la excusa de medirle un vestido que le regalaría. Por la tarde sería su festejo formal, así que contábamos con poco tiempo.

Las muchachas limpiaron y decoraron aquel cuartito que fue testigo de cómo fue creciendo el amor que sentí por ella, por Amalia Bautista.

Yo llevé la guitarra. Mi madre hizo tamales de mole y la madre de Erlinda preparó aguas de frutas porque la cosa sería muy sana; o eso le hicimos creer. Isabel invitó a Jacinto. Yo invité al buen Filemón; él serviría para cantar, y a mi hermano Sebastián, quien no se esperaba tal cortesía.

Estaba todo listo cuando la cumpleañera llegó.

Debo decir que las lágrimas ansiaron salir cuando la vi pisar la entrada. ¡Se veía tan bella! Arregló su cabello con listones y una flor rosa, y se puso el vestido de doña Antonia, el cual fue mandado a hacer con especial esmero: bordado a mano y de color rosa claro. Desde que era muy joven ya me fijaba en los detalles porque el negocio de la familia nos llevó a ser observadores en la vestimenta para poder identificar los diferentes modelos de calzado o recomendar la mejor opción.

Mentiría si digo que la sorprendimos. Isabel confesó que un día antes había sido tan poco cuidadosa que Amalia lo adivinó gracias a sus nervios.

Mi regreso a la capital estaba ya tan cerca que me sentía convencido de que aprovecharía al máximo los últimos momentos a su lado.

Todos le aplaudimos. La algarabía era la especialidad de sus amigas y agradecí no estar solo porque mis amigos las secundaron.

—¡Feliz cumpleaños! —le dije en cuanto pude acercarme a ella después de tanto abrazo, y le entregué una caja envuelta en tela azul atada con un bonito listón que mi madre arregló porque soy un completo fracaso para eso.

Sus amigas se acercaron a mirar. Amalia ni siquiera habló cuando se lo di por la enorme sonrisa que esbozó. Puso la caja sobre la mesa y abrió veloz mi detalle. Al verla reaccionar, supe que se sintió complacida.

Elegí darle un par de sandalias de los nuevos modelos que estaban de moda. ¡Solo lo mejor para ella! Fue un cálido abrazo su manera de agradecerme. ¡Cómo amaba oler su perfume! El único perfume que le conocí. Amaba verla sonreír, y en esa pequeña celebración lo hizo tanto que pensé que más tarde le dolería la boca y el estómago por lo mucho que rio.

Si mi hermano tenía un don, era el de la facilidad para convivir con los demás y conquistarlos a la primera.

—Ahí como lo ven de serio —dijo Sebastián y me dio una palmada en la espalda—, le ha pasado de todo.

—Ni se te ocurra —le advertí entre dientes, y fue allí donde me arrepentí de invitarlo.

Él ignoró mi petición por completo y todos le prestaron atención.

—Una vez estaba fuera de la casa con su caballo y había un hueco lleno de agua por la lluvia —comenzó con una maliciosa sonrisa—, pero el muy ciego no lo vio y se agarró de la silla, lo que no esperaba fue que la silla ¡se cayó encima de él! Acabó lleno de lodo, hasta en la cara.

Por la manera en que narró y los ademanes que hizo, logró que todos soltaran las carcajadas. ¡Si ya sabía que él era así, solo a mí se me ocurrió el disparate de hacerlo parte de mis convivencias! A pesar de todo me quedé callado y reí un poco para no verme tan estirado.

—Bueno, al menos no faltará la alegría en tu casa —añadió Isabel, dirigiendo su vista hacia Amalia.

—Seguro que no —respondió sonrojada y me vio de reojo con una pequeña sonrisa en los labios.

Respiré aliviado porque su sola presencia me relajaba.

—¡Llegó la hora, señores y señoritas! —anunció triunfante Jacinto y levantó una botella de tequila que llevó sin antes avisar.

Beber no era algo que acostumbraba, solo en reuniones donde el ambiente se prestaba para ello.

Isabel se apresuró y sacó unos bonitos tequileros de barro negro que tenía guardados en una caja de madera donde había casi una vajilla entera. Enseguida comenzó a servir. Supongo que buscaba estar

lo más cerca de Jacinto, y ahí me di cuenta de que por alguna razón él no se fijaba que a ella le gustaba.

Las cuatro muchachas solo aceptaron la mitad del vasito, los hombres un poco más.

—¡Por Amalia! —Erlinda alzó su trago cuando todos ya teníamos uno.

—*¡Por Amalia!* —brindamos al unísono.

El tiempo era poco, así que nos acomodamos en la mesa y degustamos los tamales de mi madre. Una vez que terminamos, agradecieron la atención y me sentía complacido.

Filemón se movió discreto de lugar hasta llegar a mi lado.

—¿Me acompañas? —me pidió porque quería empezar a cantar. Él amaba la música como pocos.

Asentí y me dispuse a afinar la guitarra en una esquina para no estorbar. Siempre he considerado que a las cuerdas hay que tratarlas con respeto, irte educando para que obedezcan y así cautiven a quienes escuchan.

Las chicas pidieron canciones, una tras otra, y yo toqué lo mejor que pude. La decepción me abordó porque vi a Amalia estar más callada de lo usual, con sus mejillas rojas e inexpresiva.

«Tal vez toco muy mal y siente vergüenza», fue lo primero que pensé y me propuse mejorar para no verla así nunca más.

El tiempo pasó tan rápido que no lo notamos.

—Ya es hora de irnos, pero quiero que Amalia cante la última canción —pidió Erlinda, quien dibujó un puchero en el rostro y unió sus manos.

Amalia aceptó gustosa, no había necesidad de decirle dos veces.

Me tembló el cuerpo entero porque temía fallarle.

Mi estrella se paró a mi lado y ni siquiera lo noté de tan nervioso que me sentía.

—Cuando estés listo —me dijo. Parecía muy concentrada en lo que iba a hacer.

Con los primeros acordes abrió los labios y su bella voz salió.

Al principio mis dedos vacilaron, ella cantaba demasiado bien y yo no tocaba excelente, pero conforme fue avanzando la canción hicimos un dueto que a mi juicio salió bastante decente. Sin duda deleitarnos era algo que le fascinaba; lo comprobé porque su pasión era contagiosa.

La fiesta terminó con la botella vacía y quedamos un poco mareados. Filemón, Sebastián y Jacinto se fueron a seguir la fiesta a otro lado, y Celina, Erlinda e Isabel se adelantaron para poder arreglarse para la fiesta oficial. Solo nos quedamos Amalia y yo, allí, en ese cuartito donde la luz entraba por rendijas y uno de los rayos iluminó el hermoso rostro de mi amada. Con el hecho de estar sin

mirones, me estremecí y el tacto de sus dedos me puso nervioso. Por años me creí un hombre defectuoso porque el deseo que sentía hacia otras mujeres era tolerable, a diferencia de mis hermanos, pero fue ella, Amalia, la que despertó mis instintos más privados y que exigían salir cada que estábamos cerca.

Elegí irnos porque era difícil resistirme, pero ella me detuvo antes de que pudiera dar un paso hacia la puerta.

—¿Sabes qué pienso? —exclamó, sosteniéndome el brazo. Lucia más seria de lo normal.

—No —le respondí y me moví para verla de frente porque me preocupé—. Pero puedes decírmelo.

—Es que… si vamos a… formalizar, debes saber que no deseo irme a otro lugar a vivir —soltó entre enojada y avergonzada—. No quiero ese terreno en la capital. ¡No quiero la casa lejos de aquí!

Confieso que fui incapaz de comprender por qué me decía eso. Pienso que tal vez el tequila la llevó a confesarse.

—Los cambios también son buenos, solo debes acostumbrarte.

Sus ojos se llenaron de lágrimas con mis palabras.

—¡Pero no quiero! —su voz se quebró.

Sin dudarlo, la abracé para calmar su angustia.

—Lo hablaremos más adelante, ¿está bien? —le susurré.

Nos mantuvimos así por un rato, unidos por mis brazos. Su cuerpo, cálido y agradable, me llevó a un estado entre el éxtasis y la auténtica paz. Cerré los ojos para grabarme la sensación.

Cuando separó su cabeza, volvió a hablar ya serenada, incluso sonreía.

—Está bien, ingeniero.

Sujeté sus hombros lo más delicado que pude y le hablé:

—Soy tu novio, puedes decirme Esteban… si tú quieres.

La formalidad no era algo que deseaba entre nosotros, pero tampoco quería presionarla.

—Está bien. —Colocó su mano sobre mi mejilla y movió su dedo pulgar sobre mi piel—, Esteban, mi novio de ojos azules y cabellos de cobre.

—Tú eres mi estrella. —Era sencillo abrir mi corazón con ella y la ocasión era idónea—. Como la Estrella de Belén, que me va a guiar y a ayudarme cuando me sienta perdido.

Fue un tierno beso el que terminó con tan bello momento. Un momento que añoro cuando me siento débil, cuando quiero olvidarlo todo.

Apenas salimos nos topamos de frente con el tío de Amalia: Evelio Bautista, hermano mayor y mano derecha de don Cipriano. Los dos eran hombres muy parecidos en el físico, con rasgos más españoles

que mexicanos; a diferencia de doña Felicia que no tenía parentesco extranjero ya que en su familia no hubo mezcla de etnias. Me sentí intimidado al verlo porque don Cipriano se caracterizaba por ser enérgico, y conocía solo de vista a don Evelio. A su esposa, doña Antonia la conocí en cuanto iniciamos nuestro noviazgo. Pronto llegó el turno del tío.

—Así que te quieres llevar lejos a mi sobrina —me dijo sin rodeos.

De reojo vi a Doña Antonia salir de su casa que se ubicaba a un lado y se le unió enseguida. Los cuatro nos acercamos para poder saludarnos como era debido.

—Me llamo Esteban, soy hijo de Anastasio Quiroga. —Le extendí la mano, luchando porque no temblara, y don Evelio la aceptó con un fuerte apretón. Lo único que rogaba era no flaquear.

—Sé muy bien quién eres. Mi señora me dijo que planeas mudarte cuando se casen. —Le dio un rápido abrazó de lado a doña Antonia.

Con una simple acción me tranquilicé. Una muestra de afecto espontánea comprobó que en el carácter no se parecía mucho a don Cipriano, a quien hasta la fecha no le había visto ni una pequeña muestra de cariño en público hacia su esposa.

—Tío —le habló con dulzura Amalia—, es un buen novio.

Volteé a verla enseguida y sus ojos apuntaban hacia don Evelio. Se notaba en ellos una devoción, una que solo se puede sentir por un padre.

—Lo sé, hija, ya lo mandé a investigar —dijo, pero soltó una breve carcajada y me dio una palmada en la espalda—. ¿Cuándo piensas pedirla?

Todo mi recelo se esfumó, pero su pregunta me tomó por sorpresa.

—No lo presiones —intervino su esposa.

—Yo creo que sí es bueno que lo presione —le respondió con la voz más baja—. Ya es hora de que la niña tome su camino. Sabes que no nos gusta que la tengan cuidando hijos ajenos. Mejor que cuide a los suyos. —Don Evelio tenía claros sus deseos y me hizo una seña con su mano—. Ven un momentito, muchacho, quiero hablar contigo a solas.

En realidad, me dio gusto saber que protegía a Amalia de esa manera.

Avanzamos por la calle empedrada solo unos cinco metros, y en cuanto nos detuvimos él sujetó mi hombro como si fuéramos familia. Éramos casi igual de altos, así que quedamos cara a cara.

—Dígame —pronuncié impaciente.

Don Evelio aclaró la garganta e inclinó la cabeza. Su sombrero quedó tan pegado a mi frente que con eso mi corazón latió veloz.

—Te voy a dar un consejo de hombre a hombre y escúchalo bien —Su mano libre fue despacio de él hacia mí—: si no pides a mi sobrina y te la llevas ya, te la van a ganar. Otro menos lento le lavará la cabeza a mi hermano y él va a entregarla si el pretendiente es decente. No quieres eso, ¿o sí?

Tragué saliva lo más discreto que pude. Me sorprendía lo interesados que podían estar los demás sobre los compromisos ajenos.

—Vendré de vacaciones en diciembre y allí será. —La verdad es que no tenía una fecha para la pedida, pero en medio de la presión lo decidí, y consideré que era el tiempo suficiente como para que Amalia se sintiera cómoda.

—Faltan algunos meses para diciembre —quiso persuadirme—. Piénsalo, llamamos al Sacerdote y armamos una fiesta rápido.

Su ofrecimiento fue incitador, pero en definitiva no podía ceder. Tenía miedo de un rechazo y eso no iba a poder soportarlo.

—Dudo que sus padres quieran una boda apresurada.

Don Evelio me soltó, dio un paso hacia atrás, se agarró la barbilla y volvió a hablarme más serio:

—¿Por qué no te decides? ¿Eres de los miedosos?

Lo último que quería era hacerlo enfadar. Tal vez él no era su papá, pero el cariño que compartían con mi estrella les daba el poder de convencimiento para acercarla o alejarla de mí, según mi respuesta.

—Ella… ella quiere ir más despacio, y yo respeto eso —le dije, observándolo directo. Tenía que lucir seguro de mis palabras.

—¿Ella te lo dijo? —Su expresión mostró confusión.

Volteé solo un momento y vi que Amalia y su tía charlaban concentradas en su tema, lo que me tranquilizó.

—Se podría decir que sí.

Don Evelio asintió varias veces con la cabeza, sorprendido.

—Siendo así, a esperar.

¡Me sentí aliviado con su frase! El hombre aceptó mi argumento mejor de lo que imaginé.

—Agradezco su consejo y cumpliré cabal con lo dicho. —Puse una mano en el pecho.

—Más te vale. —Volvió a acercarse y a sujetar mi hombro—. Mi sobrina es mucha mujer para cualquiera, y también es como mi hija. Queremos lo mejor para ella. No espero menos que un esposo que la procure como se debe. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto.

Con eso dimos por terminada la inesperada conversación.

Llevé a mi estrella a su casa. Nos volveríamos a ver una hora más tarde y cuando llegamos ya la esperaban sus dos hermanos pequeños

para que los bañara y vistiera. El que seguía de ella, Lucas, le exigió que le arreglara un pantalón. Ni en su cumpleaños descansaba.

En el trayecto hacia mi casa me topé con Sebastián y regresamos juntos. Fue allí donde tuvimos una breve plática que cambió para siempre nuestra relación. Antes de eso éramos un tanto distanciados, él empatizaba más con Paulino.

—¿Por qué no quisiste que sacáramos a los caballos? —me preguntó interesado. Sabía que yo era partidario de montar.

—Porque a Amalia le dan miedo.

Sebastián resopló.

—¡¿Qué?! Pero no parece del tipo de mujer que le tiene miedo a un caballo, aunque supongo que es normal. Y pensar que intenté cortejarla —se burló mientras caminábamos—. ¿Cuándo vas a pedirla?

¡¿Por qué a todos les interesaba saberlo?! Era como cargar un gran pedazo de madera en la espalda y pesaba más cuando me interrogaban. Por suerte ya tenía una respuesta que me dejaría libre del repetitivo cuestionamiento.

—En las vacaciones de diciembre —le respondí a secas.

Mi hermano sonrió, como solo sonreía él, con su boca grande y sus hoyuelos decorando su expresión.

—¿Serán novios por correspondencia?

—Sí. Te voy a encargar que le espantes a los vivos que quieran acercársele con otras intenciones. —Una petición que solo se la haría a un hermano, aunque ese hermano fuera el menos indicado.

—Ni te apures. El File y yo estaremos pendientes —me dijo alegre—. Procura escribirle muy seguido. Las mujeres se aburren si las descuidas, aunque sea un poco. De por sí no eres de muchas palabras, pero será bueno que le endulces el papel. Lee poesía y esas cosas.

Esa era la primera vez que Sebastián me daba un consejo así.

—Lo procuraré. —Sin planearlo sonreí también.

Dimos unos cuantos pasos en silencio y él volvió a hablar.

Sospeché que por un par de minutos se adentró en sus pensamientos.

—Hermano, debes saber que pienso que ella es especial… Especial como tú. Es como si los dos hubieran sido hechos uno para el otro. Serás feliz. Y me hace feliz saber que tendrás una bonita familia.

¡No podía creer lo que escuché!, por lo que giré a verlo. Sus ojos se notaban cristalinos. El momento era tan irreal que me pregunté si no estaba soñando.

—Gracias —musité sorprendido, pero también conmovido. Creo que mis ojos también se pusieron como los suyos gracias a la emoción nueva que me atacó.

—Ojalá yo encontrara a una mujer que me vuelva tan loco que deseé casarme.

En ese instante llegó a mi mente el pequeño plan que tramé de hacer feliz a mamá.

—¿La señorita Celina no te agrada? —lo cuestioné como si fuera una pregunta casual.

—¿Quién? ¿La Chule? —Su mueca fue de confusión, pero después analizó la idea—. Tiene buenas cualidades, es linda, amable y su familia cuenta con buena solvencia… Pero a ella le gustabas tú, y además ya tiene prometido.

¡Mentía! Jamás supe que yo le gustara ni que ya tuviera un compromiso.

—¿Qué dices? Casi estoy seguro de que está soltera.

—Ya no. En cuanto se supo de tu relación con Amalia, sus padres le dieron otras opciones. Según mi madre, eligió a un comerciante del pueblo de al lado. Es el hijo mayor de los Moreno. Creo que se llama Nicolás.

—No lo sabía. —Me sentí estúpido por pensar que podía juntar a Sebastián con ella.

Llegamos a la puerta y mi hermano movió tres veces la aldaba de hierro.

—Por eso me invitaste, ¿verdad? No debes preocuparte por mí, tal vez jamás siente cabeza… Ya se verá.

—Las cosas llegan cuando tienen que llegar.

—Ya lo creo.

Fue allí donde mi padre abrió.

Puedo asegurar que ese fue el día más feliz de mi vida, donde sentía que nada podía ser mejor, donde estaba tan completo que nada podía romperme.

Dicen que los buenos tiempos duran poco y sirven para añorarlos el resto de nuestra vida; no sé qué tan cierto es, pero no he vuelto a sentir una felicidad que se le pueda igualar.

La fiesta de Amalia transcurrió sin ningún altercado. Hubo comida y bebida a más no poder, música de marimba y dos tríos que cantaron hasta que amaneció. Casi todo el pueblo asistió. No se esperaba menos de la familia Bautista.

¡El día de mi partida llegó tan rápido! Dolía despegarme de mi novia, pero era un mal necesario. Apenas desperté, preparé desanimado mi maleta. En otro tiempo estaría gozoso de irme a la escuela, pero ese sentimiento cambió cuando el amor me atrapó.

Rogelio me acompañó hasta la carreta que me llevaría a mi siguiente transporte. Ya aguardaban allí más pasajeros. Mi hermano me dio un fuerte abrazo, me deseó éxito y se fue. Me había despedido de mis padres y demás hermanos en la casa, quería el momento solo para mi amada, quien aguardaba sentada en una banca de madera. Se

veía tan bella así, en calma y con su media sonrisa natural tan encantadora.

Eché un vistazo a todo. De mi pueblo podían decirse muchas cosas, como que era muy pequeño, anticuado, lejano… Pero no se podía decir que era feo. Con sus casas de adobe decoradas con sus bonitas puertas de madera, sus calles tan limpias y todos esos caballos que las recorrían, sus campos cultivados que se llenaban de colores en primavera, su cálida gente y en especial sus mujeres. Mujeres no solo hermosas, sino fieles y cultas, por eso me enganché de una.

Mi estrella se levantó feliz al verme, su amplia falda revoleó con el aire y presumió sus brillantes colores, y en cuanto estuvo cerca la abracé.

—Te escribiré lo más que pueda —le prometí en confidencia.

—Yo también.

En público los besos si no eras casado no eran bien vistos, por lo que nos tomamos de la mano lo más que pudimos.

—¿Pensarás en mí? —me preguntó con su dulce voz que luchaba por no quebrarse y sus bellos ojos se llenaron de lágrimas.

—Todos los días —le aseguré y le sonreí para que no viera que me quebraba.

Así nos despedimos, sencillo pero inolvidable.

Yo creía que lo que vendría sería bueno, sería mejor para los dos. ¡Qué equivocado estaba!

Palabritas de amor

La carreta avanzó, con las ruedas que levantaban polvo y daban tumbos por la calle, alejándome con su marcha de todo lo que amaba. ¿Quién iba a pensar que mi visita terminaría así?

«La siguiente vez que me vaya será con ella», pensé y me reí como estúpido. Una señora mayor que iba frente a mí me observó con una mueca de desaprobación y luego se recorrió de lugar. Tal vez creyó que le coqueteaba o que estaba loco, pero daba igual, en ese momento todo y todos me daban igual.

El largo viaje por fin terminó y pude llegar a la calle donde rentaba. Compartía una cómoda casa cercana a la escuela con dos compañeros: Florencio y Ermilio. La propiedad era de dos pisos de color blanco con tejas en el techo, dos ventanas abajo y dos balcones en el segundo piso que adornaban la fachada.

Florencio era ese “único amigo”, y Ermilio se nos había unido dos meses antes porque su casera lo despachó debido a sus constantes llegadas de madrugada. Si bien no éramos amigos entrañables estando los tres juntos, podíamos mantener conversaciones agradables. Antes de la escuela no nos conocíamos, veníamos de distintas ciudades y distintas costumbres.

Pronto estuve en la puerta cargando mi maleta. Metí la llave con urgencia porque me sentía muy cansado y necesitaba echarme a dormir.

—¡Ey!, hasta que se presenta el señor —me saludó cortés Florencio.

En cuanto entré me topé con él, estaba sentado en la mesita redonda donde las damas tomarían café si vivieran mujeres allí.

Ermilio salió de la cocina con una taza de té y me observó pensativo.

—A ti algo te pasó. —Me apuntó con su dedo y sus ojos grises brillaron porque a él le gustaba dejar en evidencia a los demás.

En ese momento me pregunté si tanto se me notaba. «¿Acaso en mi juventud yo era una caja de cristal en la que se podía ver los sentimientos que contenía?». Lo que sea que fuese, él lo vio.

—¿Qué te pasó? —intervino Florencio y se concentró en mí para inspeccionarme—. Yo lo veo igual de flaco.

—¿Qué fue? —Los labios de Ermilio se elevaron al preguntar—. ¿Mujeres o una tragedia?

—Voto por la tragedia —dijo Florencio y acompañó la sonrisa de Ermilio.

Di dos pasos hacia ellos y levanté la cara, orgulloso.

—No. ¡Es una mujer! —Ermilio respondió antes que yo. Hasta se podía decir que se sentía contento—. ¿Es de tu pueblo?

—Sí, es una mujer, y sí, es de mi pueblo —lo solté y me sentí triunfante.

Ambos ya tenían un compromiso pactado con dos damas de sus respectivos pueblos desde antes de entrar a la escuela, solo faltaba yo.

—¡Ya era hora! Por fin vamos a dejar de tenerle lástima al solterón. —Ermilio dejó su taza sobre la mesita donde estaba Florencio y me dio un fuerte abrazo.

—Yo no le tengo lástima —rebatió Florencio y también se levantó para darme un apretón de manos. Si en una cosa coincidíamos, era que nos gustaba ser un poco más reservados. Tal vez por eso me caía tan bien.

—Pienso comprometerme en diciembre.

—¡Eso es todo! Con mayor razón ¡esto hay que celebrarlo! —A Ermilio le encantaba la farra y cualquier pretexto servía para embriagarse—. Florero, trae la botella de mezcal que traje. Van a probar un exquisito manjar.

—Florencio —corrigió, aunque sabía que él era así. Desde que llegó le daba por irritarlo cada vez que podía.

—Eso dije. Trae la botella porque esto amerita. —Le Manoteó. Su enorme sonrisa podía borrar todo sentimiento de molestia porque él poseía una vibra capaz de contagiar a cualquiera, hasta a mí.

—Mañana hay escuela —quise hacerlo entrar en razón.

Ermilio me sujetó firme por los hombros y me habló como hacía para convencernos de ceder a sus caprichos:

—Mejor aún, así vamos felices a esa tortura. No todos los días nuestro muy buen amigo Esteban nos avisa que renunciará al sacerdocio.

Florencio solo levantó ambas cejas, pero fue por el tequila y trajo consigo tres tequileros.

—Solo uno —advertí y recibí el vasito.

—Sí, hombre, sí. ¡Por Esteban y… ¿cómo se llama la ganadora de tu dulce corazón? —un tono burlón acompañó su frase.

—Amalia.

—¡Por esteban y Amalia!

Los tres chocamos el trago y le dimos un sorbo. Sabíamos bien que ese no sería el único.

¡Bebimos hasta que terminamos dormidos en la sala! Mi nueva

etapa de hombre casi casado me gustaba porque la gente me percibía como alguien maduro.

Antes de quedarme dormido me recordé que tenía que escribirle una carta a Amalia en cuanto recobrara mis cinco sentidos. Estaba dispuesto a seguir el consejo de Sebastián a pesar de que yo nunca fui un hábil escritor. De ninguna manera iba a descuidarla o a hacerle sentir menos querida.

Si hay un arrepentimiento obligatorio, ese es el de ir a cumplir con las responsabilidades luego de embriagarte. El primer día de clases fue un castigo, moría por dormir, pero también temí ser castigado, así que mojé varias veces mi cara con agua helada y aun con eso casi me duermo sobre la silla.

Una vez que las clases terminaron, me fui directo a la casa. En un día normal me habría ido a revisar los envíos del calzado, pero decidí no presentarme.

En cuanto llegué entré a mi cuarto, cerré la puerta y me senté en el escritorio. Así, empecé a redactar la primera carta para mi amada novia:

> *Querida mía, apenas me he alejado de ti un día y ya siento una terrible angustia. Perdona si no soy un hombre de muchas palabras ni en persona ni en papel, pero debes saber que te pienso todo el tiempo. Sueño con nuestro reencuentro en diciembre. Espérame paciente, volveré por ti.*

Sin duda fue demasiado breve, pero costó usar cinco hojas de papel y un aumento en el dolor de cabeza. Me convencí de que era urgente que leyera a los poetas más reconocidos del país para así hacer la tarea de plasmar los sentimientos más sencilla; para agasajarla con mis palabras de amor.

El sábado salí desde temprano para ir a ver el terreno que compré en la capital. Para mi buena suerte quedaba a solo tres horas de camino, y cuando estuve parado sobre esa tierra me sentí sumamente esperanzado. La visita era para empezar con la construcción de la casa donde viviríamos Amalia y yo. Ese iba a ser nuestro hogar… Las ganancias que me tocaban de las ventas del calzado eran buenas, y pude dar el primer pago para que se diera inicio a la obra. Cuando lo hice me abordó tanto la emoción que por poco y se me escapa una lágrima frente al constructor encargado.

El domingo lo usé para ponerme al día con los envíos. Ese trabajo me llevaba horas a pesar de tener empleados que ayudaban. Mi padre ya solo iba cada dos meses porque confiaba en mí.

El lunes por la noche Florencio tocó a mi puerta. Éramos vecinos,

nuestras habitaciones estaban en el segundo piso, mientras que Ermilio usaba la de abajo.

—Te llegó correo —me dijo y extendió dos sobres.

Le agradecí y él me dio espacio para leerlas. No me esperaba dos cartas. Mis padres sí me escribían, pero tardaban hasta un mes para hacerlo.

Me senté sobre la cama y abrí la que tenía de remitente a Amalia Bautista. Por suerte en esa casa ya había luz eléctrica y prendí la bombilla para poder leer bien.

> *Querido ingeniero, agradezco sus bonitas palabras, han sido para mí como una caricia al corazón. Sepa que voy marcando el calendario a diario, contando las semanas que faltan para llegar a diciembre…*

Lo siguiente fueron más de dos páginas donde me narró sus días después de mi partida. Me avergoncé al saber que ella podía escribir mucho más que yo.

Leí la carta de Amalia dos veces hasta que el segundo sobre que dejé sobre la mesita de noche llamó mi atención. Era una carta de Rogelio.

> *Hermano, debo ser portador de malas noticias. Los Carrillo han enviado un mensaje a papá diciéndole que, si no deja de molestarlos con su herencia, van a tomar represalias. Papá ha ido a hablar con el alcalde y él prometió ayudarlo a resolver el problema de la mejor manera. Es mejor que adelantes ese compromiso para que don Cipriano se sienta más comprometido a poner fin a toda esta desagradable y vergonzosa querella.*
>
> *Por tu mujer no te preocupes, el amigo metiche de Sebastián está atento por si alguien intenta pasarse de listo. Le di una buena propina. Bueno, ya sabes que él está atento de todo el pueblo.*
>
> *Cualquier cosa que pase y que considere importante te la haré saber.*
>
> *Cuídate y programa tu visita, es más urgente de lo pensado.*

Me mantenía tan ajeno al problema que mis padres tenían con los Carrillo que la noticia me tomó por sorpresa. Una enemistad con esa familia era un tema delicado. Ellos eran conocidos por su poco tacto a la hora de arreglar sus asuntos, y por lo visto muy egoístas como para darle lo que en derecho correspondía a mi familia.

La historia que me sabía era así:

Dos familias unidas por un matrimonio arreglado: los Carrillo y los Quiroga. Varios años atrás, se hicieron de dos extensiones grandes de terreno y decidieron explotarlas juntos. Una vez que los integrantes tuvieron hijos, los repartieron en partes iguales para que cada familia

nueva tuviera tierra para trabajar y vivir. Así pasó el tiempo y poco a poco los lazos con los Carrillo se fueron rompiendo. En una desafortunada discusión dejaron de considerarse familia y mi abuelo fue el único perdedor en todo el embrollo. Siendo él un extranjero orgulloso, no le interesó pelear por tierras y no dejó testamento. Mi abuela, la legítima heredera, murió joven y mis tíos y mi padre fueron los únicos perdedores. Un día mi padre encontró un acuerdo antiguo entre las dos familias, y junto con mis tíos decidieron que era tiempo de reclamar lo que por derecho les correspondía, pero los Carrillo les dieron todo tipo de pretextos para no dárselos.

Cuando terminé de leer la carta de Rogelio me entró una angustia desconocida, de esas que te dicen que algo no anda bien. Sé que debí irme en ese momento, pedir a Amalia, casarnos en una boda como dijo su tío Evelio y traerla a la casa que rentaba. Podíamos esperar a que la construcción terminara, mis compañeros no se molestarían. Y yo contaba con el dinero suficiente para vivir bien. Sé que debí ir por ella, ¡pero no lo hice!

Noche de ronda

El tiempo transcurrió y con cada día me alegraba porque diciembre se sentía menos lejano. Poco menos de cuatro meses más y sería un hombre comprometido. Sin que nos diéramos cuenta, Ermilio se coló en la amistad y convirtió el dúo en un trío. Él empezó a invitarnos a Florencio y a mí a salir. Yo acepté. En otros momentos hubiera declinado sus ofrecimientos. Los compañeros de clase me veían como un estirado o que ellos no me agradaban, por lo que no me hacían parte de sus salidas. ¡Nada de eso! Solo me sentía poco interesante.

Un viernes por la tarde salimos a tomar una copa. La escuela nos cansaba y nos ponía tan tensos que se volvió necesario olvidarla por un rato.

Los tres llegamos a la cantina más decente de la zona cercana a nuestra casa y nos sentamos en una mesa de madera redonda, situada justo en la esquina contraria a la puerta.

El cantinero preparaba concentrado los pedidos detrás de un largo mostrador de madera y me impresionó la cantidad de botellas que tenía detrás de él, colocadas en estanterías como adornos del local.

—¿Qué van a pedir, caballeros? —preguntó el mesero apenas nos acomodamos.

—Tres cervezas, por favor —respondió Ermilio.

—No, yo prefiero un tequila —corrigió Florencio.

Florencio era del tipo de hombres destinados a ser unos caballeros, de esos que desde la cuna educan y crían para comportarse como “se debía”. Venía de una antigua familia mexicana que se mantuvo pura, y que obtuvo respeto por tener en su árbol genealógico varios integrantes caídos durante la guerra de independencia. Tengo que reconocer que él era quien más atraía las miradas de las féminas, y no solo por su apariencia, sino por su personalidad y control de temperamento. Además de que se lucía humillándonos al ponerse los trajes más caros, aunque cabe aclarar que el de los mejores zapatos era yo.

—Brindemos por el profesor Bermúdez, porque se tiente el corazón y no nos repruebe —propuso Ermilio y alzó su bebida.

—¡Salud! —Brindé por cortesía y sonreí porque era él quien iba a reprobar si no se empeñaba más.

Al momento de bajar nuestros vasos, pude ver una imagen que

llamó en extremo mi atención.

¡Se trataba de una mujer! De piel clara, tal vez criolla por sus marcados rasgos españoles, y un poco mayor que yo, calculé que dos o tres años más. Vestía con un traje oscuro tan entallado que me fue imposible no desviar la mirada dos veces más porque su falda marcaba su pequeña cintura y anchas caderas.

Entró acompañada de dos amigas, pero su belleza resaltaba y mis compañeros de mesa notaron mi interés enseguida.

—¡Ey!, ¿qué tanto ves? —se burló Ermilio y me dio un codazo nada discreto.

Las tres damas aguardaban a que el mesero las llevara a una mesa.

—Nada —respondí en voz baja y le di un sorbo a mi cerveza.

—Bien dicho, amigo —me felicitó Florencio y levantó su trago en señal de aprobación.

—Florencio de los jardines, tan puritano que debiste ser sacerdote. No tiene nada de malo que vea a otras mujeres, no está ciego. Por suerte para ti, buen amigo, conozco a Miranda. —Ermilio se carcajeó e hizo como que se levantaba—. ¿Quieres que la llame?

—Ni se te ocurra —intervino entre dientes Florencio, luego se giró hacia mí—. Te recomiendo que seas prudente, Esteban.

Yo temblé como de costumbre, aunque esta vez fue por haber quedado en evidencia.

Regresé a Ermilio a su silla de un tirón, ¡pero fue demasiado tarde! Los tres volteamos al mismo tiempo y pudimos ver que las tres mujeres caminaban hacia nosotros.

—¡Mira nada más! —habló efusiva la mujer que llamó mi atención. Su voz tenía una aterciopelada sensualidad natural—. ¡Qué gusto encontrarte aquí!

Ya estaban demasiado cerca y nos pusimos de pie enseguida para la debida presentación.

Ermilio se adelantó y le dio un rápido abrazo.

—Ella es Miranda. Antes de mudarme con ustedes, éramos vecinos.

—Mucho gusto. Ellas son mis primas Rosita y Luisa.

Todos nos dimos la mano de uno en uno y pensé que con eso terminaría todo, ¡pero no, claro que no! A Ermilio le pareció atractiva la idea de ponerme en una situación donde no me podía negar a hacer lo que deseaba.

—Si gustan podemos pedir que junten las mesas.

—No queremos incomodar —exclamó Miranda con una sonrisa tímida.

—¡Para nada! Mis amigos y yo estaríamos encantados, ¿no es así, Esteban?

—Sí… sí —respondí vacilando.

Florencio solo le lanzó una mirada de desaprobación, pero a Ermilio no pareció importarle. No solo yo estaba en peligro, su prometida venía de una familia conservadora que contaba con oídos dispuestos a informarles cualquier cosa que consideraran indebida de parte de algún integrante… o futuro integrante. Debía tener sumo cuidado para no pasar por malos entendidos.

Las dos mesas se juntaron y, para mi mala suerte, la mujer que robaba mi atención se sentó a mi lado, y cuando cruzó las piernas tragué saliva.

Mentiría si dijera que en esa reunión la pasamos mal, que nos aburrimos o el tema de conversación fue de poco interés. La verdad es que hablamos tanto que el tiempo pareció volar, incluso Florencio dejó de lado sus preocupaciones y se liberó como nunca lo había visto.

—¿Es usted casado? —me interrogó de pronto Miranda.

Todavía no estaba acostumbrado a responder tal pregunta y vacilé.

—No… Bueno, en realidad… estoy a punto de comprometerme.

—Oh, mis felicitaciones. Debe ser muy bonito que te pidan matrimonio.

Al decirlo con su hipnótica voz me tocó el hombro. ¡Gran error! La bestia deseosa de placer carnal despertó con su roce, y el bulto entre mis piernas se convirtió en una vergüenza que a toda costa tenía que ocultar.

—¿Se encuentra bien? —quiso saber ella porque empecé a sudar.

Solo asentí con la cabeza y me quedé callado, pero mis amigos no comprendieron mi situación.

Florencio se giró para verme de frente y me contempló por dos segundos.

—¿Te vas a desmayar?

¡Solo quería que me dejaran en paz!

Miranda se inclinó y esta vez me tocó el brazo. ¡No! ¡¿Por qué yo?!

Tal vez ser tan cercana solo era su manera de ser, pero no me iba a quedar a averiguar si sentía interés por mí. Después de controlar el “inconveniente”, salí huyendo con el pretexto de un dolor de cabeza. Excusa bastante mala, lo sé, pero no quería estar allí ni un minuto más o terminaría diciendo alguna sandez.

De soltero jamás me pasó algo así, para las mujeres yo era alguien invisible y ni siquiera me hablaban, ¿acaso ahora yo era diferente? No lo sé, pero mis ojos me traicionaron y mi mente estuvo a punto de faltar a las promesas dichas. Promesas que le hice a mi amada.

Al llegar a casa lo primero que revisé fue el buzón. Para mi fortuna tenía correspondencia. El papel con su nombre se volvió un

bello sedante que me relajó. La culpa taladraba mi cabeza y necesitaba arrancarla. Entré veloz para leerla en la comodidad de mi cama y, para mi sorpresa, fue la carta número cinco de Amalia la que me pareció diferente:

Querido Esteban, desde que te fuiste las cosas han ido cambiando, y no sé cómo decirte que se nota en las caras de mi familia una preocupación que me asusta. Mi tío Evelio compartió conmigo las sospechas de un pleito que se está saliendo de control. La familia Carrillo lanzó a mi padre una amenaza directa de muerte cuando quiso solucionar el asunto de tu familia. Mi padre no le toma la importancia necesaria, pero mi tío se informó y comprobó que los Carrillo son personas de sumo cuidado. Temo por su seguridad, y es justo que sepas que también temo por la de tu familia. Deseo que las suposiciones aquí escritas sean meros chismes, aunque consideré importante que supieras por si te interesa visitarme antes de lo previsto.

Con amor, tu novia.

Mucho más breve que las anteriores, sin narrarme los eventos relevantes de sus días. Pero yo, tan ciego, no lo vi, no supe verlo, y le fallé dos veces en un mismo día.

Si tú me dices ven

—¡No hay permisos! Se les dijo desde el principio de año —me reprendió el director de la escuela cuando intenté faltar tres días.

Yo estaba dentro de su oficina que olía a medicina y provocaba terror en más de un estudiante. El hombre era tan temible, a pesar de ser de baja estatura, porque sabía controlar a las masas, y más a un estudiante considerado prudente.

—Señor… —quise excusarme, pero cuando vi que él se levantó de su silla y me señaló hacia la puerta, me quedé sin palabras.

—¡Nada! Espero no tener que repetirlo. Ahora entre a su clase.

Ese fue el único esfuerzo que hice por irme a mi pueblo. Solo pedí dos días. Sería una escapada rápida para ver a Amalia y comprobar que estuviera todo en orden. Tampoco es que fui muy insistente y con la negativa continué con mis rutinas como de costumbre.

En los días siguientes salí tres veces más con mis amigos. Miranda nos acompañó junto con sus amigas por invitación de Ermilio. Confieso que su compañía se sentía bien y percibí una leve inclinación hacia mí. Ella era educada, de buena familia, bonita y de sentimientos nobles. Debía tener sumo cuidado porque si me atrevía a darle señales de querer algo más me ganaría la censura de quienes nos conocían a los dos. Las cartas entre Amalia y yo eran lo único que me alejaba de la idea de cortejarla, y también porque sabía que a mi madre no le caería bien una noticia así.

A pesar de que no me sentía convencido, se volvió necesario tener que renunciar a esa posibilidad, y me negué a volver a salir con Ermilio si invitaba a su antigua vecina. Poner distancia era la mejor decisión por respeto a mi novia y a la misma Miranda.

Así, me concentré al máximo en mis estudios y en la construcción de la sería nuestra casa. La caja de las cartas se llenó y tuve que conseguirme otra. El tiempo pasaba y con sus dulces palabras en el papel pude soportarlo. Me permití emocionarme cuando ya solo faltaban tres semanas antes de mi viaje donde me comprometería, cuando de improvisto llegó una carta que lo cambió todo. La abrí preocupado en cuanto el cartero me la dio porque fue Rogelio quien me escribió y sentí una corazonada:

Hermano, temo ser de nuevo portador de malas noticias, pero es un mal necesario. Nuestro tío Heriberto recibió un disparo en las costillas. Dicen que fue un accidente, pero todavía no encuentran al dueño del fusil que lo hirió. El alcalde mandó a que lo buscaran para hacerlo confesar. Nuestro tío es fuerte y sobrevivió, por fortuna, pero se encuentra delicado.

Mi madre me pide que te avise que es mejor que no vengas en diciembre. Nosotros te diremos cuándo es seguro venir. Yo no creo en accidentes, es mejor investigar bien.

Era verdad que mi tío Heriberto se consideraba alguien poco amigable, pero no se metía en problemas jamás. Enviudó muy joven, no tuvo hijos y no se volvió a casar. Vivía en una casa un tanto alejada del pueblo y solo salía cuando mi padre se lo pedía porque era el hermano que más quería. «¿Por qué alguien querría herirlo?», me pregunté pensativo, dando vueltas en el corredor.

Apreté la carta sin darme cuenta, y cuando vi el papel estrujado en mi puño, supe lo que tenía que hacer.

Esa noche me fui a la cama, decidido a actuar de una vez por todas. ¡Llegaba el momento de tomar decisiones difíciles!

Me levanté más temprano que de costumbre. El sol todavía no terminaba de salir. Preparé mi maleta, le dejé una nota a Florencio y salí de la casa.

Quería abordar la primera salida del ferrocarril.

Me dolió tener que abandonar mis estudios así, sabía que el director no dejaría pasar mi falta y seguro ordenaría mi expulsión. Pero una vez que me subí al tren y se escuchó el crujir de su arranque, dejé de pensar en las consecuencias.

El trayecto duraría bastante, así que me acomodé para dormir un poco más.

Si había algo que aborrecía, eran los viajes tan largos. Para mi mala suerte, los viajes largos me perseguían. Imaginé que cuando me casara con Amalia iría menos veces al año a mi pueblo con el pretexto de mis nuevos compromisos.

Cuando por fin estuve en la carreta, el último transporte para llegar, me sentí aliviado porque cada vez faltaba menos.

Pasado un rato saqué un libro para entretenerme, pero, de pronto, el cochero tuvo un descuido y la llanta del lado derecho fue a dar a un hoyo en medio del camino. Tuve la mala suerte de ir de ese lado y por poco y salgo disparado hacia el suelo, pero logré sujetarme de un poste.

—¡Tremendo boquete! —me dijo sorprendido el caballero que tenía a un lado porque él también por poco y se sale.

—Estuvimos cerca —respondí agitado por el susto.

—Nicolás. —Me extendió amigable la mano.

Gracias a su interrupción pude recobrar la calma y acepté su saludo.

Observé que se trataba de un hombre joven, tal vez uno o dos años mayor que yo, de piel trigueña y ojos cafés. Su sombrero negro llamó mi atención porque era de los más finos y porque su vestimenta

sencilla desentonaba.

—Esteban Quiroga.

—¡Oh!, es cierto, a veces olvido que se debe decir el apellido. El mío es Moreno.

Su voz me pareció tan agradable que no me fue difícil compaginar.

—Moreno… —musité porque hice un leve esfuerzo por recordar de dónde me parecía familiar, hasta que caí en la cuenta—. ¿De los que hacen los Sombreros Moreno?

—Esos mismos.

Ya habíamos pasado el pueblo de donde era su familia, así que decidí seguir con la conversación para que el tiempo que faltaba se pasara más rápido, y porque no quería que vinieran a mí los pensamientos de mi fuga y sus consecuencias.

—¿Vas de visita?

—Sí. Voy a ver a mi novia. Solo nos hemos visto dos veces y quiero apurarme para pedirla a sus padres.

—¿Cómo se llama ella? —En realidad no me interesaba saberlo, pero le pregunté por cortesía.

—Celina.

El nombre sí que me llevó a prestar atención y comprobé que los rumores eran ciertos.

—¿Ramírez?

—Cierto, el apellido. —Se rio—. Sí, es Celina Ramírez. Llevamos apenas unos meses. Mis padres conocen a sus padres porque nuestras mamás son primas segundas. —De pronto se me acercó un poco más y habló en voz baja—: Aquí entre nos, te diré que tuve suerte. A ella la tenían “apartada” para otra familia, pero dicen que el candidato se comprometió con otra mujer y por eso nos presentaron. ¿Conoces a Celina?

Cuando caí en la cuenta de que hablaba de mí, sentí un frío que entró por mis pies y terminó por doler en mi cabeza. Su información estaba equivocada ya que todavía no me comprometía, pero me asaltó la duda de por qué jamás reparé en la falta que cometí con los Ramírez. Quizá fue porque mi madre suavizó la situación y seguro arregló todo sin darme detalles.

Era necesario verme indiferente y abrí la boca con un esfuerzo extra porque no quería delatarme.

—Sí. Es buena amiga de mi novia.

—Entonces creo que estábamos destinados a conocernos. Quien sabe, tal vez hasta nos hagamos buenos amigos también.

Nicolás sonrió y me dio una palmada en la espalda. Su camaradería y facilidad para agradar eran evidentes; dones de los que yo carecía.

—Puede que así sea —susurré y giré a ver hacia adelante.

La entrada de mi pueblo por fin se podía ver. Desde siempre he pensado que los lugares tienen aromas propios, y en el caso de mi pueblo lo relacionaba con la albaca porque era una planta que abundaba. ¡Era ese olor tan peculiar con el que me sentía de nuevo en casa!

Me despedí con un apretón de manos de mi compañero de viaje, y con la pesada maleta fui directo a la calle Azáleas.

En cuanto llegué toqué la puerta y fue Paulino quien abrió. Todavía no olvido su cara cuando me vio; no fue de gusto, sino de asombro.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó sin siquiera saludarme.

Lo primero que hice fue entrar, luego dejé a un lado la maleta y volví a ver a mi hermano.

—Supe lo del tío Heriberto. ¿Dónde está recuperándose?

—En tu cuarto. —Señaló hacia mi habitación—. Papá se lo prestó porque no se puede levantar todavía.

—¡Hijo! —escuché decir a mi madre que salió de la cocina y se abalanzó para darme un abrazo—. Le dije al cabeza dura de Rogelio que te dijera que no vinieras.

—Es que salí antes de clases —mentí—. Perdóname que desobedecí, pero quería venir.

—Ya no importa. —Se puso de puntitas porque yo era el más alto de sus hijos, acarició mi nuca y me miró con el cariño que solo podía expresarme ella—. ¿Quieres ver a tu tío? Le va a dar mucho gusto verte. Tu padre no está, salió con Jacobo y Anastasio a ver la siembra. No les está saliendo bien a tus hermanos… Pero ve, no te quito más el tiempo. Voy a regresar a la cocina porque todavía no termino la comida.

Me encaminé a mi cuarto. Moví la puerta de madera lo más silencioso posible porque pensé que mi tío dormía, pero él me vio.

—¿Esteban? —preguntó dudando porque tenía tapada la ventana.

—Sí, soy yo —le confirmé y me acerqué hasta él—. ¿Cómo se siente?

Mi tío se sobó la panza y se quejó por el dolor de la herida que la bala dejó.

—Bien madreado. Me jodieron esos hijos de la chingada. Pero van a saber de lo que somos capaces los Quiroga cuando salga de esto.

Su aseveración me tomó por sorpresa y quise indagar:

—Tío, ¿sabe quién le disparó?

—¡No! El muy cobarde lo hizo por la espalda cuando ordeñaba a la Pinta. —Su vaca—. Pero todos sabemos que fueron los Carrillo. —Se podía sentir el coraje en su gesto y su voz—. Esos cabrones quieren

guerra, y guerra van a tener, ¡si lo digo yo!

—Se necesitan pruebas para acusarlos.

Mi tío resopló.

—El pendejo de tu suegro es más lento que una babosa.

—Todavía no es mi suegro —le confesé y bajé el rostro.

—¿No? ¿Pues qué has hecho todo este tiempo? Se te va a ir la paloma si la enjaula otro cabrón.

—Justo vine a pedirla.

—¡Ah! Esa noticia me hace muy feliz. Aquí entre nos, teníamos pocas esperanzas en ti. Pero bien dicen que gato sonso, brinco seguro. —Volvió a quejarse de dolor y se dio media vuelta en la cama—. Me voy a dormir un ratito, hijo. Dile a Esperanza que me deje la comida para más tarde.

Le deseé pronta recuperación y le di espacio para que descansara.

Ansiaba hacer la visita que esperé por meses y ni siquiera avisé que salía.

De nuevo mi caballo se quedó. Más tarde lo cepillaría.

Anduve a pasos rápidos hasta llegar a la puerta que por tantas noches soñé que tocaba.

Me abrió Lucas, como siempre con su cara de pocos amigos.

—¡Vaya! Hasta que te apareces —me dijo en forma de reclamo—. ¿Vienes a ver a mi hermana?

Él casi no me hablaba y me sorprendió que lo hiciera.

—Sí. ¿Le puedes avisar?

—¿Ya te la vas a llevar? —Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando me preguntó, pero no las dejó salir.

—Todavía falta para eso.

—Más te vale. —Me señaló con un dedo y se metió a avisarle.

Pasó un minuto y juro que pude sentirla antes de verla. Mi corazón volvió a acelerarse. ¡Allí estaba mi estrella! Tan única con sus trenzas, sus listones, sus bordados y su perfume.

Solo un insensato podría tontear con otra teniendo una mujer que te hace sentir que puedes ver el mundo en su mirada.

Amorcito corazón

El abrazo que nos dimos fue atrevido, y al mismo tiempo se sintió como un bálsamo que se esparce lento sobre la herida doliente.

Ella olía a ajo con laurel. Seguro se encontraba cocinando cuando llegué y jamás le dije que amaba que cambiara de aroma de esa manera.

—En tus cartas no dijiste que vendrías antes —me dijo animada—. Pero es muy bueno. Hoy las muchachas van a ir al baile y yo no tenía compañero. Celina nos va a presentar a su prometido.

Un evento público no era lo que planeé para mi regreso, pero por verla feliz estaba dispuesto a todo lo que pidiera.

—Entonces vine a tiempo.

Amalia pareció recordar algo y dio un paso hacia atrás. Su mirada me indicó que la preocupación la controló.

—Disculpa, fui desconsiderada. ¿Cómo está tu tío?

—Bien, bien. Va sanando.

Sospeché que ella sabía más que yo sobre el balazo que le dieron a mi tío, pero preferí no preguntarle porque la comprometería a darme información que seguro su padre mantenía como confidencial.

—Escuché decir al asistente de mi papá que lo van a declarar como accidente. Por lo lejos que vive tu tío pudo tratarse de una cacería que hacían muy cerca de su casa —vaciló en continuar y bajó el rostro—. ¿Qué piensa tu familia al respecto?

Para darle calma, sujete sus cálidas manos, ambas unidas a las mías. Podía sentir que sudaba más de la cuenta y me apresuré responderle.

—Lo que el alcalde diga, eso será.

Acaricié su mejilla y, con las debidas precauciones para que no nos vieran los metiches, le di un rápido beso en los labios.

—Bueno, Ingeniero, ¿me va usted a invitar?

Allí recordé que gracias a la prisa con la que salí de casa olvidé sus obsequios. Tendría que esperarme un poco más para agasajarla como era debido.

—Por supuesto que sí. ¿Le gustaría ir al baile conmigo esta noche?

—Será un placer. —Parecía contenta, pero de un momento a otro su bonita sonrisa se borró. Verla cambiante era raro, aunque pensé

que tal vez era producto de mi imaginación—. ¡Oh!, pero debe estar muy cansado.

Sí que lo estaba, pero eso no me importaba en absoluto.

—¿A qué hora es?

—Empieza a las ocho. Quedamos de vernos ocho y media.

—Vendré por ti a las ocho. Una media hora solo para mí.

Amalia dio un paso hacia atrás y volvió a sonreírme. En serio que me hechizaba con solo parpadear.

—Hasta la noche —se despidió y se dio media vuelta.

Regresé a mi casa con el corazón alocado. Volver a verla me llenó de energía. Era como ponerse frente al sol en la mañana y levantar los brazos para recibir su calor.

En cuanto entré, me recordé que ya no tenía cuarto. Le di un vistazo rápido a mi tío que dormía y luego me instalé en uno pequeño que se usaba para los invitados. Solo tenía un catre y una mesita a un lado, pero eran suficientes para mí.

A los veinte minutos entró Paulino.

Mi hermano menor, con dieciséis años, era el menos agraciado de todos, inmaduro y consentido por mis padres. Ellos lo complacían en todo lo que pedía. En realidad, me molestaba la forma en la que a veces abusaba de sus favores.

—¡Con que aquí estás! Te he buscado por una hora.

—¿Qué quieres? —Él interrumpía mi descanso y eso me irritó.

—Dice mi papá que te espera en la caballeriza.

Me levanté de golpe porque mi padre solo nos llamaba a la caballeriza si necesitaba decirnos algo importante.

—¿Le pasó algo a mi caballo? —Sospeché que Genovevo enfermó de nuevo y temí lo peor. La primera vez por poco y no la libra.

—Sí —dijo serio y llevó una mano a su pecho—. Lo atacó un panal de abejas del árbol y se murió. Lo siento mucho.

—¡¿Qué?!

Casi salgo corriendo para verlo, pero, antes de salir, Paulino se soltó a reír.

—Tarado, tu tonto caballo está bien. Tragando como siempre. No sé qué quiere mi papá, pero lo que sí es cierto es que no se ve nada contento.

—¿Y mamá?

—Fue al mercado con Sebastián. Se lo llevó porque va a cargar las cosas.

Estábamos solo nosotros cuatro. Mi tío dormía y el desinterés que siempre tenía Paulino me hizo sospechar que mi padre buscó privacidad.

Salí al patio y avancé. La caballeriza estaba hasta el final de nuestro terreno, justo en la esquina porque daba buena sombra gracias

a los árboles de mango que teníamos.

Mi padre estaba parado peinando a Cirano, su majestuoso ejemplar color negro que cuidaba como a un hijo.

El sonido de mis botas le avisó mi llegada.

—Quiero suponer que Rogelio fue poco claro a la hora de expresar nuestros deseos —me dijo sin siquiera girar a verme porque deslizaba concentrado el cepillo por el brillante pelaje de Cirano.

Caminé a su lado para que pudiéramos hablar de frente.

—Fue más una recomendación.

—Bueno, ya que desobedeciste "la recomendación" de tu hermano y estás aquí, tu madre y yo hemos decidido que la pedida de mano de la señorita Bautista tendrá que ser aplazada.

Aquellas palabras las escuché como lejanas porque con cada una me ensordecía.

—¿Aplazada? ¿Por qué? —le rebatí incrédulo y di un paso más cerca porque necesitaba comprobar que sus labios si decían lo que entendí—. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que lo consideremos prudente.

Di media vuelta para respirar y observé el cielo que se nubló.

—¡Imposible! Prometí que sería en diciembre. Mi palabra fue dada.

Mi padre soltó por fin el cepillo y me encaró. Creo que no se esperaba que me defendiera.

Él pocas veces era severo. Podría contar con los dedos las veces que nos reprendió con golpes, pero esta vez parecía ser otra persona.

—A Rogelio quizá lo desobedezcas. —Levantó un dedo justo frente a mi cara—, pero esta es una orden que doy yo, no una recomendación.

Sé que él esperaba que se diera por terminada la conversación, pero no estaba dispuesto a aceptar sus órdenes. ¡No esta vez!

—Ya soy un hombre, papá. Puedo decidir por mí mismo. ¿O vas a prohibirme que me case?

Los ojos de mi padre se enrojecieron, pero ni eso me asustó.

—Por supuesto que no. Y tienes razón, ya eres todo un hombre. Puedes casarte con quien quieras. Supongo que nuestra bendición no es indispensable para ti. Solo te recuerdo que el negocio que tienes a tu cargo es mío.

Ni siquiera concebía que buscó amedrentarme con el dinero. Dinero que me ganaba con el sudor de mi frente.

—¿Es una amenaza? Llevo un año trabajándolo yo solo. No me parece justo.

—Pues vas a tener que mantenerla con tus propios medios.

—¿Cómo? Sabes que todavía no termino la casa y me falta para acabar la carrera.

—Lamento tener que llegar a esto. Los Carrillo le dispararon a tu tío y no podemos darnos el lujo de hacer como que no pasa nada.

—¡Déjales las malditas tierras y ya! —le dije gritándole. ¡Sí, le grité a mi padre! Esa fue la primera vez que lo confronté de manera consciente—. Ni siquiera las necesitamos. Tenemos el negocio, el ganado y la siembra. Mis hermanos tienen una buena vida. ¡Que los Carrillo se queden esas tierras!

Él no alzó la voz como pensé que lo haría, por el contrario, se portó sereno. Se paró recto y con su imponente sombra me recordó que el que tenía las de perder era yo.

—Esto ya no es por la herencia, es un tema de honor. Me decepciona que lo pases por alto.

—Más honor es seguir vivo. Además, ¿qué tiene que ver mi compromiso con Amalia?

Mi padre se concentró en mí. Sentí como si quisiera meterse en mi cabeza y transferir sus pensamientos, pero no podía y tampoco podía hacer que yo entendiera o lo aceptara.

—Cipriano está portándose como un cobarde y, según supe, va a ceder a las amenazas de los Carrillo. Él no se piensa meter y ganarse un enemigo como ellos. Como verás, no quiero de consuegro a un traidor.

—Estás adelantándote. —Pero en ese instante regresaron las palabras de Amalia, y supe que no estaba tan lejos de la verdad.

—Estoy siendo precavido. Si todo es un rumor, dejaremos que el compromiso se cierre, pero sí no, despídete de esa señorita, o dile adiós al negocio. ¿Tú decides? —Allí suavizó su semblante y casi sonríe—. Hay más muchachas solteras que tu madre puede presentarte. A ella le encanta ser casadera y la harías muy feliz.

—Yo solo quiero a Amalia —apenas pude decirle porque las ganas de llorar me invadieron.

—Si es así, considera tomar los hábitos. Soluciones hay.

—Ninguna me complace. —Hasta ahí fui capaz de hablar claro, lo siguiente que salió de mi garganta, se quebró—, y es una lástima que no te importe.

—Esteban, ya dije lo que tenía que decir. O te esperas para ese compromiso o te despides de tu sustento.

Una media vuelta hacia la caballeriza fue su manera de despacharme.

—¿Es tu última palabra?

—¡La es! —me respondió a secas y siguió caminando.

El cielo ennegrecido le dio el toque perfecto a la tristeza que se apoderó de mí. Hasta hacía unas pocas horas yo creía que mi vida era dichosa, pero con solo una decisión donde no me tomaron en cuenta, se fisuró mi estabilidad.

Ya no me quedaba más que aceptar lo que mi padre pidió, aunque me doliera más de lo que él imaginaba.

Me volteé para retirarme y ¡la vi!

La falda anaranjada inconfundible de mi madre revoloteó con el aire que corría. Ella se encontraba quieta y de pie en la puerta trasera.

—¡Hijo! —me dijo cuando estuve a pocos metros de distancia y extendió sus brazos.

Evité que me abrazara. No podía ni siquiera escucharla.

—Tú ya sabías —le reclamé al encararla, casi susurrándole porque mi voz falló—. O a lo mejor hasta fue tu idea porque no me quise casar con la que me buscaste.

Antes de continuar, reconocí en su cara la desilusión, la misma que yo sentía.

Sigiloso entré a mi cuarto, el que solía serlo al menos, porque no quería despertar a mi tío. Abrí despacio mi ropero y del fondo saqué una bolsa de terciopelo roja.

Regresé a la habitación de invitados y vacié la bolsita sobre el catre. El anillo de pedida fue lo último que salió. Lo sujeté y lo contemplé, furioso y decepcionado. Ya no sabía hasta cuándo iba a poder ofrecérselo a mi amada.

No deseaba estar en casa, ¡no quería ver a mis padres!, así que ni siquiera comí. Decidí irme una hora antes porque el enojo no cedía.

Me alisté lo mejor que pude, incluso estrené un traje sastre negro que compré en la capital, de esos que los caballeros empezaban a usar.

—Voy a salir —le avisé a mi madre. Ella pelaba mazorcas de maíz en la cocina—. Llegaré tarde.

—¿Necesitas dinero? —me preguntó.

—No —le respondí a secas y me encaminé a la puerta.

Esa vez fue la primera que me retiré sin su bendición. Sin duda el orgullo me superaba más de lo que tenía que permitir.

Di una vuelta por la plaza del pueblo. Varios comerciantes acomodaban sus mesas y los organizadores del baile revisaban los detalles finales.

Poco después caí en la cuenta de que, en los meses en los que me ausenté, instalaron lámparas incandescentes como alumbrado público. No tardaría en llegar a las casas.

Mi pueblo siempre me pareció como uno perdido en el tiempo, olvidado por el gobierno y las grandes ciudades, pero ese gran avance sí que lo agradecí.

Justo a las ocho toqué la puerta de la casa de mi novia.

Ella misma me abrió.

Al verla se me olvidó todo lo malo. Admiré cómo el delgado reboso blanco reposaba sobre sus hombros, y cómo las flores hechas

de listón de su peinado enmarcaban precioso su rostro. Creo que Amalia no se enteró del impacto que provocaba en mí. Me maravillaba la manera meticulosa en la que se arreglaba para salir conmigo.

Yo me sentía tan pequeño a su lado. Pensaba que desentonaba con mi delgadez y mi espalda que por ratos se encorvaba.

Le di el brazo en cuanto se me acercó.

Su madre le gritó desde adentro que no llegara tarde, y luego nos fuimos a pie.

—Te ves muy bonita —le dije en voz baja.

—Usted parece un ricachón capitalino.

Reí nervioso.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—¡Oh! Le queda muy bien. La verdad es que yo prefiero la ropa más… del pueblo. Pero la que trae combina con su porte.

«¿Porte? ¿yo?» me mofé y sonreí por la vergüenza. Tan educada que me mentía para alagarme.

Anduvimos a paso lento por las calles que se vaciaban porque entraba la noche y la mayoría iba al baile.

Sin verlo venir, Amalia me habló con una voz distinta.

—Esteban —me llamó por mi nombre; algo poco usual—, prométeme que esta vez no te irás sin mí.

Unas horas antes, con esa pregunta tan directa, le habría respondido antes de que soltara la última palabra, pero fue difícil hacerlo cuando ya cargaba con la culpa de aplazar su pedida de mano.

Rogué porque ella no tomara a mal que demoré en abrir los labios, pero es que parecían estar pegados uno al otro.

—Sí.

—¿Sí…?

—Te lo prometo. —Con mi respuesta la vi soltar el aire—. ¿Hay algo que deba saber?

—No. Solo necesitaba oírlo. Es que… —vaciló un poco y sus mejillas de sonrojaron—, siento que si nos separamos de nuevo no voy a ser capaz de soportarlo.

—Ya no nos separaremos.

Los dos nos quedamos callados. Sus ojos fueron directo a los míos y sospeché que quería una fecha, una pregunta previa, un plan…, lo que fuera. Por un momento el impulso me controló y estuve a punto de pedirle que se casara con el don nadie en el que me convertiría. ¡Pero no! Ella no merecía vivir con necesidades. Así que, a pesar de mis ganas, elegí mantenerme en silencio.

—¡Amalia! —se escuchó decir a lo lejos.

Los dos volteamos para buscar el origen del llamado.

Pocos metros después reconocí a Celina, y a su lado también reconocí a mi nuevo amigo.

La plaza quedaba una calle más arriba y nos les unimos.

Celina señaló a su acompañante.

—Mi prometido: Nicolás Moreno.

Enseguida él besó con cortesía la mano de Amalia, y luego me dio un fuerte apretón.

—Ya tuvimos el placer de conocernos en la carreta —dije para iniciar una conversación. Solo deseaba mantener la mente ocupada.

—Sí. Por poco y llegamos accidentados. —El carisma de Nicolás volvió a nacer, natural y agradable. Allí pensé que Celina tendría una vida entretenida con alguien como él.

Los cuatro compartimos unos minutos antes de que encontráramos a Erlinda e Isabel, quienes no llevaron pareja.

La marimba empezó a sonar y ocupamos una mesa a tomar una deliciosa agua de piña.

Al final no llovió, pero sirvió para refrescar el ambiente. Con tanta gente deambulando lo agradecí. Las faldas largas y los sombreros inundaban toda la plaza.

—Tremendas afortunadas que son —dijo feliz Erlinda, y señaló a Celina y a Amalia—. Mis amigas con dos comerciantes. Ninguna pasará angustias y vivirán solo para cuidar de sus hijos. ¡Ah! —suspiró—, espero hallar uno así para mí.

Por boca de mi madre supe que ella, ya con dieciocho años, no tenía un compromiso pactado porque sus padres la dejaron que escogiera con quién y cuándo unirse en matrimonio.

—¿Y a ti qué mosco te picó? ¿Despertaste por fin con ganas de hombre? Creí que te quedarías a vestir santos. —le preguntó Isabel y sonrió maliciosa.

—¡Cállate! Tú tampoco tienes “hombre”. Ni caso te hace.

Isabel se acomodó en su silla y recargó el codo sobre la mesa.

—Pues te cuento que el otro día vi a don Agustino muy interesado en tus enaguas.

—¿El viejo relojero? —se bufó—. ¡Ni loca! Es un anciano.

—Tiene cuarenta y es viudo. —Isabel le regresó una de tantas burlas que Erlinda le hacía sobre su enamorado—. Aprovecha.

—Tampoco estoy desesperada. ¡No! Solo un amor que me enloquezca me hará desear salir de mi casa.

—Yo que tú…

—¡Ya! Tremendas burradas dices, Chavelita —la reprendió mi estrella porque se dio cuenta de que su prima estaba sensible—. Erli, no te preocupes, ya llegará un buen partido al que vas a volver loco con tanta platicadera.

Con solo una frase todos reímos.

Nicolás todavía no la conocía, pero la buena amiga de su prometida era una fiesta ambulante.

—Por cierto, Erli, ¿esos no son tus padres? —le preguntó Celina y señaló hacia el amplio espacio que se usaba para pista de baile.

Estaba tan lleno que fue difícil encontrarlos.

Justo en medio del revuelo, Doña Antonia y don Evelio bailaban al ritmo de la banda de viento. Parecían dos jóvenes enamorados a los que no les importa nada ni nadie.

¡A ellos era a quienes menos quería encontrar!

Una vez que terminó la melodía, la pareja se nos acercó porque nos divisaron a lo lejos.

Nos saludamos como es debido y sentí que el tío de mi amada se concentró en mí.

El sudor en mi frente me molestó y deseé haber llevado sombrero.

Después de un par de minutos de charla, don Evelio hizo lo suyo.

—Sobrina, si no te molesta, me voy a llevar un ratito al tu novio.

Amalia solo asintió.

—Por supuesto —dije y lo seguí.

Don Evelio se alejó un poco del barullo. A él le gustaba aproximarse a las personas cuando les hablaba; o al menos conmigo lo hacía. Una acción que me incomodaba en exceso, pero me mantuve quieto.

—Me alegra verte por estos rumbos. Confío en que has venido a cumplir con tu palabra. —Acercó la cara un poco más—. Porque acordamos diciembre, ¿verdad?

—Sí. Acordamos diciembre —tragué saliva con toda la discreción posible.

—Bien —su voz se hizo más grave y su mano me apretó un poco el hombro—. Estaré al pendiente de que Selso Esteban Quiroga cumpla como todo hombre digno debe cumplir. No querrás quedar como un mentiroso ante los demás, ¿o sí? La gente no olvida una ofensa como esas.

Como si lo reviviera, volví a escuchar la frase de mi padre. Su prohibieron, porque eso era para mí, resultó ser una verdadera condena.

—De ninguna manera, don Evelio. Ya… ya tengo el anillo listo. —Debía dejarlo contento en lo que lograba arreglar mi situación.

—Muy bien. —Me apuntó y su dedo casi toca mi nariz—. Contaré los días entonces. —Después de decirlo recompuso la expresión y sus labios se curvaron hacia arriba—. Vamos a disfrutar de la velada, la banda toca maravillosamente.

De vuelta a la mesa donde Amalia aguardaba se nos atravesó un grupo de hombres. Entre ellos reconocí a Ciro Carrillo, el más joven. Era un año menor que yo. Aunque no éramos amigos, nos hablábamos con cordialidad. Hasta ese día lo consideraba inofensivo. El problema de nuestros padres no debía influenciar en los hijos. Pero algo en su

forma de portarse conmigo cambió. Él me observó tal como el depredador observa a una presa que ansía devorar. Me observó como si me odiara.

Virgen de medianoche

En su forma de pararse frente a mí vi sus intenciones. Yo me quedé sin aliento. Ciro era un hombre corpulento y, aunque su estatura se consideraba mediana, era conocido por ser un buscapleitos.

—¡Aquí está el más pendejo! —Me señaló uno de ellos.

Ciro dio un paso directo hacia mí, dispuesto a iniciar una pelea. Solo pensé en que mi novia vería tal humillación. Pero al ver a mi acompañante, se detuvo, levantó una de sus manos y volteó a ver a sus amigos.

—Tranquilos —les dijo, después regresó a mí e incluso sonrió—. Todos nos estamos divirtiendo, ¿no es así?

Yo no podía hablar por el sobresalto. Ni siquiera comprendía su rabia.

Don Evelio se percató de la tensión y se puso delante de mí.

—Más les vale que no causen problemas o los mando a encerrar por dos días —les advirtió con su voz grave e imponente.

—No se me preocupe —Ciro sonó conciliador—. Aquí no pasa nada.

Los chismosos parecieron decepcionados por no tener una pelea en pleno baile.

Cuando Ciro pasó a mi lado, reconocí en su gesto la amenaza de un “nos veremos después”.

A mí jamás me gustó pelear. De hecho, me dieron una buena paliza una vez porque me negué a caer en las provocaciones de un compañero de la escuela; pero de eso ya habían pasado algunos años.

Esto era por completo distinto. Esto sí me ponía en verdadero riesgo, y hasta ese momento medio comprendí los temores de mi padre.

Don Evelio sea adelantó, llegó a nuestra mesa, abrazó a su hija y a Amalia, y luego se unió a su esposa para retomar su baile.

Me sentí aliviado de que el incidente de atrás no fue detectado por mi estrella ni por sus amistades. Hasta ese momento fue que pude comprobar que mi corazón latía veloz.

Apenas me senté, dos caballeros pidieron a Erlinda y a Isabel una pieza de baile. Después se levantaron Nicolás y Celina. Amalia aguardó un minuto más para que también la invitara.

Si no hubiera sido porque mis tías me obligaban a ser su pareja en

las fiestas, tendría una pésima técnica de baile. En ese instante les di las gracias en mi mente por someterme a las torturas de sus pisadas y regaños. Sin darme cuenta me prepararon para no dejar todos molidos los pies de mi novia.

Las guitarras, guitarrones, violines y trompetas de los virtuosos músicos nos regalaron una larga noche de calor y diversión. Tanto, que terminé sentado en la mesa porque me ganó la sed y el cansancio.

—¿Me permites una pieza con tu novia? —me preguntó Nicolás cuando llevó a Celina para que también se sentara, y porque vio que Amalia miraba ansiosa la pista.

—Por supuesto. —Respiré de alivio. Podía recobrar energías y tomarme un trago.

Celina se mantuvo callada dos sillas más allá. Solo acariciaba su rebozo dorado y mantenía la cabeza agachada.

—¿Gustas algo de tomar? —le pregunté porque el mesero se acercó.

—¿Yo? —Levantó rápido el rostro y sus ojos se abrieron de más —. No. Tengo agua. —Señaló su vaso y volvió a agacharse—. Gracias.

Minutos después el mesero entregó mi cerveza y, aunque me gustaba estar en silencio, opté por romperlo. Me pasé a la silla siguiente para que me escuchara.

—A ellos sí que les gusta la fiesta —Apunté con mi mano que tenía la cerveza hacia nuestras respectivas parejas.

Juntos bailaban un son movido que sabía contagiar.

Nicolás, sin duda, bailaba mejor que yo.

—Sí —me dijo casi susurrándolo—. Ya me duelen los tobillos y él está como si nada.

—Vamos a tener que acostumbrarnos, ¿no crees?

—Supongo que sí. —Sonrió un poquito, pero observaba para el lado contrario.

Me pareció extraño que cuando ella hablaba conmigo evitaba el contacto visual. Fue hasta ese punto en el que vino a mí la respuesta de su comportamiento. ¡Tan despistado que era, no me di cuenta antes!

Después de todo, si quería considerarme un hombre respetable, tenía que hacer las cosas lo mejor posible.

Me incliné un poco más para que me oyera bien, respiré dos veces, incluso me reprendí en mis pensamientos, y lo dejé salir:

—Celina, yo… quiero disculparme contigo.

Su impresión fue evidente y volvió a levantar el rostro.

—¿Por qué?

—Tú sabes… Por lo de nuestro supuesto… compromiso.

—¡Oh! —Se notó incómoda y volteó a ver que su prometido no anduviera cerca—. Preferiría que eso no lo volvieras a mencionar.

Su respuesta no fue suficiente para mí. Ella estaba ofendida, era obvio, y mantener ese inconveniente con una cercana amiga de mi novia era reprobable.

—Es necesario. Fui un descortés. Pero en mi defensa diré que mis padres jamás me informaron sobre la seriedad de ese pacto. Mi error fue no preguntarles. Reitero mis disculpas.

Celina dio golpecitos en la mesa y pareció que meditaba.

—Amalia no sabe —dijo entre dientes, nerviosa—. Ella jamás te habría aceptado una cita de haberlo sabido. Así que te suplico que lo olvides. Si se entera lo va a tomar a mal, y conociéndola puede que hasta termine su relación. A ese nivel puede llegar. La conozco mejor que tú.

Su confesión me dejó atónito. Se me había pasado analizar más allá las circunstancias. ¡Ella tenía razón con respecto a Amalia!

—Será la última vez que lo escuches. Solo espero que no haya rencores entre nosotros.

—Ninguno. Puedes estar tranquilo.

—¿Un brindis por eso? —Levanté mi cerveza para darle fin al tema—. Además, creo que te fue mejor. Nicolás parece un buen hombre.

Los dos suspiramos al mismo tiempo.

—Sí, lo es. —Alzó su vaso y lo chocó contra el mío—. Salud.

La noche para mí terminó antes de que la banda dejara de tocar. Era hora de llevar a mi novia a su casa. Un disgusto de sus padres era lo que menos deseaba ganarme.

Nos despedimos con un rápido beso en nuestro pequeño escondite, y me fui a mi casa con la confusión torturándome.

Al día siguiente, ya entrada la mañana, tocaron a la puerta de mi recámara improvisada.

Quería seguir durmiendo, o al menos fingiendo que dormía. Seguía en mi postura de no encontrarme con mi familia. Pero Rogelio entró porque no atranqué la puerta, y se sentó sobre la cama antes de que yo se lo permitiera.

—El médico que trajimos de la capital acaba de irse. Nuestro tío puede regresar a su casa, y tú podrás irte a tu cuarto. —Manoteó, asqueado—. Aquí apesta a gallinero.

La ventana que tenía daba justo al gallinero de mi madre y era cierto, su olor imperaba en ese pequeño espacio.

Sin responderle, le di la espalda sobre la cama porque no quería conversar ni con él.

—¡Ah!, me sale con rabietas el señor. Y a su edad —se mofó y rodeó la cama para pasarse al otro lado.

—¡Cállate! —le dije cuando lo vi frente a mí—. ¡Traidor!

—¡A ver, a ver! —Rogelio pareció ofendido—. Dime bien qué tienes.

La valentía se apoderó de mí y fui capaz de responderle ¡a él!, al que me reprendía, al que respetaba incluso más que a mis padres, el hermano con el que mantenía un lazo más cercano.

—Seguro tú también estás de acuerdo con lo del aplazamiento de mi compromiso. —Me giré de nuevo—. Ya no eres bienvenido donde yo esté.

Rogelio tuvo la paciencia para buscarme. Se sentó a mi lado y me habló con tanta calma que lo desconocí.

—A mí ni siquiera me preguntaron. La decisión fue de nuestros padres.

—¡Mientes! —le reclamé, tan dolido que por poco y suelto el llanto.

—Jamás te mentiría —su voz sonó condescendiente—. Esteban, esta vez no puedo meterme. Si por mi fuera, mañana mismo te organizaba la boda. Pero mi autoridad tiene límites.

—No los ha tenido antes, pero como ahora no te importa.

Mi hermano me dio dos golpecitos en las piernas y se levantó.

—¿Sabes qué? ¡Prepárate! Tienes diez minutos para salir. Vine a acompañar a mi padre a la alcaldía. Vamos a hablar con tu suegro. Si lo que dice satisface a papá, tu compromiso podrá seguir y te voy a ayudar a apurarnos en todo para que sea lo más pronto posible. Pía organiza tan rápido las fiestas que hasta me asusta de lo buena que es. ¡Pero muévete ya! —Me tronó los dedos y después se fue.

Ni siquiera lo dudé y me apresuré a vestirme. Si lo que Rogelio decía era cierto y don Cipriano mostraba su buen juicio, mi problema quedaría resuelto.

Mi padre aceptó que los acompañara y salimos solo los tres a caballo, cada uno en el suyo.

Llegamos a la alcaldía, que era una construcción simple y cuadrada de un solo piso, y tuvimos que esperar más se una hora para ser atendidos. La fila de peticiones era larga, aunque ni el calor que hacía nos hizo irnos; ni porque estábamos en noviembre el clima mejoraba.

Cuando por fin vimos a don Cipriano, me di cuenta de que se sentía cansado. Aun así, nos dejó pasar y hasta nos ofreció sentarnos en las sillas de madera que tenía frente a su amplio escritorio. Pilas y pilas de documentos lo decoraban.

Don Cipriano también se sentó y le permitió la palabra a mi padre.

Rogelio y yo nos mantuvimos callados, sentados hasta atrás. El alcalde escuchó atento, sin intervenir ni una sola vez, y cuando mi papá terminó de hablar, se llevó las manos a la cara, la masajeó y

procedió a responderle:

—Lo siento, Anastasio. Amadeo Carrillo vino antes. Presentó los documentos oficiales de sus tierras. —Se notaba que buscaba las mejores palabras para no desatar una discusión—. Te recomiendo que hagas a un lado la querella o voy a tener que intervenir, y temo decirte que eres el que las lleva de perder. Tu documento ni siquiera está sellado.

Mi padre se levantó de su silla, recargó las manos sobre el escritorio e inclinó el cuerpo hasta Don Cipriano.

—Los Carrillo le dispararon a mi hermano Heriberto —le dijo lento y en voz baja.

El alcalde ni siquiera se movió de su cómoda y vistosa silla de madera café.

—Tu acusación es grave y sin pruebas.

Cada vez que mi padre hacía un ruido con los dientes, sabía que estaba enojado de verdad.

—Me insulta lo que dices. —Llevó la palma de su mano a su pecho—. Fui un estúpido al pensar que tendría más apoyo de tu parte. Porque ¿estás enterado de que podríamos volvernos familia?

¡En ese momento deseé desaparecer! No podía concebir lo que mi padre dijo. Incluso hoy sigo preguntándome por qué me usó como su peón en un conflicto que no me correspondía.

—Hasta donde sé, tu hijo no ha pedido a la mía —rebatió el alcalde y me señaló con la mirada.

¡Yo me quedé mudo!

Rogelio me hizo una seña discreta por si se me ocurría intervenir; algo que en definitiva no haría.

Allí los observé a detalle. Los dos eran casi de la misma edad, en los dos imperaban los rasgos españoles y los dos se gobernaban por el orgullo.

—Lo aplazamos porque quería conocer tu postura en nuestro problema familiar.

Fue allí que Don Cipriano se levantó, pero dio un par de pasos tranquilos con las manos cruzadas por la espalda.

Conociendo la fama de Don Cipriano, él se estaba conteniendo demasiado.

—Si van a mezclar las cosas, estoy seguro de que mi hija podrá superar el mal trago de ser la burla de uno de ustedes. Tu terquedad solo va a provocar que personas inocentes salgan afectadas si decides seguir. —Con sus ojos verdes me contempló directo y sin moverse—. Le di la libertad a Amalia de escoger marido, pero hoy mismo puedo quitarle ese privilegio si se me pega la gana y casarla con el candidato[UdW1] más digno. Porque, para que lo sepas, muchachito, más de uno ha venido a buscarme con esa finalidad.

—¿Insinúas que un Quiroga es indigno? —su voz subió de tono.

Rogelio y yo solo podíamos ir de uno a otro. Me hubiera encantado que mi hermano interviniera porque lo consideraba más hábil para conciliar, pero sabíamos que no se podía.

—¡Lo es! Por eso dejamos que saliera con tu otro hijo, y dejamos que saliera con este. —Me señaló con su dedo, pero se concentró en mi padre—. Aunque, si continúas por ese camino, va a dejar de serlo.

El enojo de mi padre fue tan evidente que sus ojos enrojecieron y su frente se arrugó.

—Te recomiendo que pienses mejor lo que vas a decir, Cipriano —le dijo con la mandíbula apretada—. Soy menos tranquilo de lo que la gente cree.

—No se te ocurra volver a amenazarme. Soy el alcalde, que eso no se te olvide. Puedo encarcelarte como escarmiento. ¡Largo!, o voy a pedir que te saquen.

Si tuviera que elegir al que infundía más temor, ese sería el padre de Amalia, porque, aunque con voz más controlada y buen temple, imponía sobre los demás.

Fue en ese punto que Rogelio decidió ponerse de pie y solo atinó a posar su mano sobre el hombro de nuestro padre, quien volvió en sí y se encaminó a la puerta.

—Entonces nos estaremos viendo —se despidió con frialdad.

Los tres salimos sin decir una sola palabra. Nos subimos a los caballos y mi padre se desvió.

—Voy a visitar a todos sus tíos —nos avisó y vi que su mano apretaba fuerte el pomo de la montura de su caballo—. Los alcanzo en la casa.

Con la rienda apuré a Genovevo, primero trotó y luego galopó veloz. Tuve que acomodarme el sombrero porque se volaba con el aire. Nos desviamos al campo abierto. Sentía que me iba a explotar la cabeza y no deseaba que la gente me viera en ese estado. Sabía que mi hermano fue detrás de mí porque lo escuché. En un punto, estuvo a mi lado y bajé la velocidad.

—Vas a tener que esperar, es solo eso —me dijo al verme tan afectado.

—¡No, no, no! —le grité molesto—. Ya las cosas van a ir empeorando y empeorando. Lo sabes bien. Lo que sí no pienso hacer es romper mi noviazgo. —Negué varias veces—. ¡Eso sí que no!

—Y nadie te ha pedido eso. Nosotros no somos los malos, tú mismo viste lo que el alcalde piensa. Ya es un indeseable para la familia, y no va a tardar en que nosotros lo seamos para él.

Sus palabras solo me lastimaron más.

—¡¿Por qué debo pagar yo?!

Rogelio vaciló. Él casi nunca vacilaba, pero ese día tal vez dejó

que lo viera dudando de lo que iba a decir.

Creo que lo pensó más de una vez, hasta que levantó el rostro y su seriedad regresó.

—Siempre hay opciones, hermano. Tal vez menos gloriosas, pero tendrías lo que tanto quieres.

—¿Quieres decir que…? —¡Ni siquiera podía creerlo! Lo que insinuaba era lo que menos creí escucharle a él.

—Llévatela lejos y empieza de nuevo. Cualquier hombre que se respete es capaz de lograrlo. Además, eres inteligente y estudiado.

—¿Será verdad lo que acaba de salir de la boca de Don Perfecto?

Mi hermano sonrió por la vergüenza y me señaló.

—Si le dices a nuestros padres haré que muerdas el polvo. Yo que tú lo pensaría, porque lo que viene no será bueno para nadie.

Aprecié sus buenas intenciones, pero huir como un cobarde y robarme a una mujer era una falta que no estaba dispuesto a cometer por respeto a ella y a sus padres.

Regresé solo a mi casa porque mi hermano se adelantó y se fue a la suya.

Esa noche no podía dormir. Mis ojos se negaban a cerrarse y el calor era molesto. El cuarto pequeño me sofocaba tanto que decidí salir a tomar aire fresco, ¡pero nada funcionaba! Perdía mis sueños a cuenta gotas y no podía evitarlo.

La pedida de mano de Celina iba ser en dos días. Pero, como ya esperábamos, mi madre no quiso asistir para no ofender a los Ramírez, y a mí me prohibió hacerlo. Tuve que inventarle una excusa a Amalia porque ella ansiaba que la acompañara.

Lo que mi madre desconocía, era que siempre se celebraba una fiesta un poco… digamos menos formal y concurrida.

Un día antes, justo a las ocho de la noche, nos reunimos en el acostumbrado lugar de Erlinda. Nicolás era el nuevo, pero me agradó la idea de tener una compañía masculina.

Les llevé un presente a los futuros esposos, y afuera dejé escondidos los regalos para mi novia.

Esta vez fue una breve reunión porque Celina se sentía nerviosa, y Nicolás, que fue hospedado en una casa de los Ramírez, debía recibir a sus padres. Ni siquiera usé la guitarra.

—Muchas felicidades. Mañana todo saldrá bien, ya verás —le dijo Amalia a Celina y le dio un cálido abrazo.

Isabel y Erlinda también se despidieron y fueron las primeras en irse. Amalia levantó su rebozo y se lo puso sobre la cabeza porque corría un aire molesto afuera. Celina y Nicolás se fueron después. A ellos les avisé antes que me tomaría unos minutos a solas para darle mi presente. Yo me apresuré a ir por él mientras ella apagaba las

lámparas.

—Para ti —le extendí un pesado baúl de madera, tan pesado que preferí mandarlo en una carreta especial para envíos, y después lo puse a sus pies—. ¡Ábrelo!

Ella llevó una mano sobre su pecho.

—Ingeniero —sonó conmovida—, no debió molestarse.

—Ninguna molestia. Hasta considero que es poco. —De poderse, le hubiera dado el mundo entero en ese baúl.

Me hinqué y lo abrí. Amalia también se hincó, ni siquiera le importó empolvarse el vestido morado de manta que usaba.

Lo primero que sacó fue un par de zapatos rosados, después varias telas para que hiciera sus bellos vestidos; tuve el cuidado de escoger los colores que más usaba. También le compré listones, tantos como encontré, un par de sombreros y hasta guantes que las damas de la capital usaban.

—Jamás creí que tocaría algo tan suave. —Acarició despacio una de las telas.

Sus ojos se volvieron cristalinos y me sentí complacido porque mis obsequios le agradaron.

En ese momento volteé a ver el lugar. Solo faltaban dos lámparas por apagar. Allí confirmé la necesidad de los chaperones que las señoritas llevaban a sus citas. Estar solos y lejos del ojo público se volvía algo… digamos inconveniente.

Mis ojos fueron a ella, seguía hincada y la tenue luz iluminó sus mejillas coloradas. Mi corazón se aceleró y esos instintos que antes experimenté con otra mujer regresaron, pero fueron mucho más intensos y cegadores.

—Gracias. —Se inclinó hacia mí y me dio un beso.

Estábamos a solas, con tiempo de sobra y con el amor y el deseo recorriendo mi cuerpo.

Me acerqué más a ella y fui de nuevo directo a sus labios, pero esta vez fue un beso más largo, más húmedo, ¡más todo! Amalia cerró los ojos y yo puse mis manos sobre sus hombros. Despacio le quité el rebozo y este cayó al suelo. Para mi sorpresa, ella no se movió. Con solo sentir la piel de sus brazos ya no sabía cómo controlarme. Mi mano derecha se coló a su espalda y pude darme cuenta de que temblaba. Fue eso lo que logró hacerme volver en sí y me moví un poco hacia atrás. Lo que menos quería era asustarla.

—¿Deberíamos irnos? —le pregunté con la respiración acelerada.

—No sé —me respondió igual de nerviosa—. ¿Quieres eso?

¡Ella tenía que decir que necesitaba irse, tenía que frenarme, pero no lo hizo!

—No. —Era verdad, no quería irme ni parar de tocarla.

—Quedémonos.

Su confirmación hizo volar mi imaginación, pero lo que evitó que continuara fue la inexperiencia que tenía en esos temas prohibidos.

«¿Cómo se hacía? ¿Qué seguía? ¿Qué debía evitar? ¿Y si le hacía daño?», me pregunté preocupado.

Sabía que para no ofenderla era necesario sincerarme, aunque me muriera de vergüenza.

Tomé sus dos manos entre las mías para agarrar valor y respiré muy hondo.

—Yo… nunca —dudé y volví a tomar aire—. Yo nunca he compartido la cama con ninguna mujer.

¡Sí! A mis casi veinte años seguía siendo virgen, pero a mis hermanos les inventé que ya no lo era para evitar sus burlas.

Amalia me observó tan impresionada que abrió más los ojos.

—Pensé que todos los hombres visitaban la casa Martínez después de los quince.

La “casa Martínez” como la conocían, no era más que un burdel instalado a las afueras del norte del pueblo. Era famoso por ser visitado por los jóvenes de los alrededores. Mi hermano Gerónimo me invitó un par de veces, pero me negué porque la idea de quitarme la ropa frente a una desconocida me parecía aterradora.

—Yo no. Y quiero que aprendamos juntos, si tú quieres. —Acaricié despacio su mejilla—. Pero no pienso faltarte al respeto hoy. Estate tranquila. Gozar del regalo de tu compañía es suficiente para mí.

La hermosa sonrisa que me regaló me confirmó que sí o sí me tenía que casar con ella, aunque eso me alejara para siempre de mi familia.

Nereidas

Una semana después me vi en medio del patio de mi casa, rodeado de todos mis hermanos. Estábamos en hilera, viendo hacia el campo abierto y con mi padre justo enfrente.

Esa mañana el sol brillaba tenue. Yo sentía sueño porque dormía muy mal, solo pensaba en planes para librarme de mi problema, pero en cuanto hacía uno, lo remplazaba con otro peor.

Mi padre nos levantó antes de las seis a Sebastián, Paulino y a mí, y a mis otros hermanos los mandó llamar.

—Los reuní aquí porque quiero darles algo —nos dijo serio. Tan serio que por poco y no lo reconocí. Su actitud relajada desapareció ese día, fue como estar frente a otra persona. Incluso las arrugas de su frente se marcaron más.

Todos nos mantuvimos callados y yo me concentré en el tremendo frío que por fin llegó. Diciembre ya quedaba a la vuelta de la esquina y todavía no hallaba una solución.

Él se dirigió hacia la caballeriza y regresó con un baúl de madera desgastada que tiró sobre el suelo; este hizo un curioso ruido metálico. Abrió el candado y de allí sacó un revólver plateado con mango café. Sin decir una sola palabra, se lo entregó a Rogelio. Luego regresó al baúl y sacó otro que le dio a Gerónimo. Y así continuó, repartiéndonos un arma a cada hijo.

Cuando tocó mi turno, cuando la puso sobre mis manos que ni siquiera intentaron negarse a recibirla, la sentí, fría y peligrosa. Deseé poder lanzarla lejos de mí, pero, si quería evitarme una discusión y castigo, era mejor no hacerlo.

—Jacobo les va a enseñar a no quedar a la vergüenza enfrente de la gente —continuó mi padre y lo apuntó directo.

Mi hermano Jacobo, con apenas veintidós años, era un ávido tirador. Cada temporada salía de cacería con los hombres del pueblo. A él lo considerábamos como el que actuaba antes de pensar, pero también como el más fuerte, eso se notaba hasta en su físico: de espalda ancha y grandes brazos. De más joven se metió en peleas de cantina que ni siquiera eran suyas; después lo pensó mejor y se preparó para las peleas pagadas. Su determinación lo llevó a ganarse el respeto y admiración de la gente. Su esposa, Justina, era hija del organizador de las peleas y allí la conoció. Si bien mantenía a su

familia con la siembra, el dinero extra le servía para tener una mejor vida.

—¿Por qué? No tengo tiempo para esto —replicó Sebastián, quien enseguida se ganó un gesto de desaprobación.

Mi padre fue directo hasta él, lo sostuvo fuerte de la camisa y con el jalón su sombrero fue a dar al piso.

Sebastián abrió los ojos de par en par. Creo que no se lo esperaba.

—¿Y en qué te ocupas? —le dijo con voz sombría—. ¿En buscar la manera de levantar más faldas? Porque eres un vaquetón que solo se la pasa haciendo pendejadas. ¡Ya es hora de que tomes tu lugar en esta familia y te portes como un hombre respetable!

—Pues, la última con la que salió lo mandó a volar —intervino Paulino y se rio después—. Tal vez la invite yo a salir.

Esa indirecta fue desagradable para mí, pero no para mis hermanos porque los vi aguantarse las risotadas.

Mis dos hermanos menores, aparte de atrevidos, en ciertas ocasiones eran muy tontos porque rozaban la línea de lo indebido y ni siquiera se daban cuenta.

Jacobo se acercó a mi padre, creo que buscó calmarlo, y supimos que la clase comenzaría en ese mismo momento. Estoy casi seguro de que se sentía entusiasmado porque era él el protagonista y no Rogelio como era costumbre. Animado fue por botellas de vidrio y las acomodó sobre un tronco caído que se ubicaba a unos quince metros de distancia. Siete para ser exactos.

Se paró frente a nosotros y con su tono fuerte, nos habló:

—Revisen el tambor, se mueve hacia afuera. —Levantó su revólver frente a nosotros y lo abrió—. Coloquen las balas en cada recámara si está vacía. Usen su pulgar para tirar hacia el martillo hasta que se escuchen tres distintos "clics". —Cuando él lo hizo, pude escucharlos—. Luego apunten hacia el blanco y aprieten despacio el gatillo. —La primera botella explotó.

—Que Sebastián nos muestre su puntería —ordenó mi padre, quien se sentó en una silla tejida a un lado de nosotros.

Mi hermano resopló, cargó el arma y se paró presumiendo una excesiva confianza. El ruido de su tiro apresurado se perdió en los árboles, este fue tan malo que ni siquiera se acercó al objetivo.

Nos echamos a reír por su fracaso.

—No traten de mover de un tirón el disparador hacia atrás —intervino Jacobo, ensimismado en su clase—, porque si no tienen práctica van a fallar. ¿Quién sigue?

—Yo —se ofreció Rogelio y dio un paso firme al frente. No sé sí los demás lo percibieron, pero parecía incómodo, como si estuviera en desacuerdo con lo que hacíamos. Cargó el arma, levantó su brazo y jaló el disparador. Sus ojos se concentraron en la segunda botella, y

cuando disparó no bajó el brazo. La bala fue a dar a su blanco con éxito y lo hizo pedazos.

Rogelio se quedó parado, inmóvil y callado. Ojalá me hubiera dicho lo que sentía o lo que pensaba, pero es que yo tampoco se lo pregunté.

—¿Me puedo ir? —preguntó sin voltear a ver a nadie—. Tengo a uno de mis hijos enfermo.

—Vete. Pero llévatela y sal siempre con ella.

—Tengo una en la casa. —Calmado regresó el revólver al baúl—. Gracias, padre.

Al irse Rogelio, mi padre se levantó y nos volvió a hablar como si fuera un general dando órdenes.

—De hoy en adelante, todos van a andar armados. Y cuando digo todos, es ¡todos! —Con su mirada me señaló porque él sabía mi opinión sobre las armas.

—¿Hay algo que debamos saber? —quiso saber Gerónimo, quien era el que más se preocupaba.

—Supe de buena fuente que los Carrillo andan armados, hasta ese alzadito de Ciro, y no vamos a quedarnos atrás. Cuídense unos a otros. Sus tíos y yo vamos a estar al pendiente por si esos cabrones se quieren pasar de listos.

Mi padre tuvo doce hermanos, pero sobrevivían solo siete, de los cuales tres eran mujeres y cuatro eran hombres. Él era apegado a dos de sus hermanos, con los otros dos se llevaba muy mal, pero en momentos en que se necesitaba podían dejar a un lado sus diferencias y unirse en equipo.

Continuamos con la clase y cuando llegó mi turno, empezó la pesadilla.

Me temblaban las dos manos al sostener el arma, la frente me sudaba y maldije que por la ausencia de calor no podía esconder el temor que me controló.

Por más que luché por enfocar la vista, todo me dio vueltas, y el tronco que tenía las botellas no se quedaba quieto.

Darme cuenta de que mi puntería era igual de mala que la de Sebastián fue una humillación. La botella que me tocaba ni siquiera estuvo cerca de mi bala.

—Vamos a seguir practicando —me susurró Jacobo. La disciplina para él era muy importante, y tuve la sospecha de que me levantaría antes de que los gallos cantaran hasta que mi mano no titubeara al disparar.

—Mañana temprano le siguen —intervino mi padre antes de que tocara el turno de Paulino—. Su madre ya tiene listo el almuerzo. —Creo que él poseía un olfato más desarrollado o que el mío estaba defectuoso, pero era capaz de reconocer los guisados de mi madre a

pesar de estar en el patio. De ninguna manera iba a permitir que la hiciéramos esperar—. Te lo encargo —le dijo a Jacobo. Jamás lo había visto así, tan obsesionado con un problema que podía arreglarse si dialogaban y llegaban a acuerdos.

Mis hermanos se fueron directo a la casa, pero, antes de que yo me les uniera, mi padre se me acercó y puso su palma sobre mi pecho.

—Espérame tantito.

—¿Qué pasa? —Tuve miedo de que recalcara sus previas amenazas y por poco y no logro sacar las dos palabras.

Él inclinó su cabeza y susurró a mi oído:

—Los Carrillo nos declararon la guerra. Ellos ya enviaron el primer aviso, debemos responderle como es debido. Tu tío sobrevivió por un mal tirador, pero de mis hijos no se podrá decir que fallaron, ¡y eso te incluye también a ti! —Su garganta sonaba ronca quizá porque lo que quería era gritarme—. Así que te clavas esa arma de ser necesario, pero la vas a llevar hasta para salir con esa noviecita tuya.

—Pero… —vacilé. Ansiaba decirle, exigirle, que me dejara en paz de una buena vez, aunque no fui capaz de hacerlo.

—¡Pero nada! —Me dio un ligero empujoncito—. La vas a llevar a todos lados, ¿entendiste?

—Sí —acepté más por obligación que por ganas. Después lo dejé allí y me metí a la casa.

Los siguientes dos días pasé varias horas concentrado en enviar misivas para el ayudante que dejé a cargo de los proveedores y la zapatería; esa que establecí yo solo con mis propias ganancias y que de pronto ya no me pertenecía. Mi padre tenía la distribución local y le generaba ganancias generosas, dejarme la pequeña de la capital para él no significaba nada, pero decidió ser visceral conmigo.

En el teatro del pueblo se iba a presentar una orquesta famosa del norte y aproveché la ocasión para salir con Amalia. Me urgía distraerme de toda la confusión que gobernaba en mi casa. Por supuesto que ella no tenía por qué enterarse de problemas privados y para mí era mejor así.

Antes de salir, me vi con el revólver sobre mi cama. Por fin había vuelto a mi cuarto. Lo contemplé un buen rato en lo que me acomodaba el corbatín. Estaba allí, tan bella como letal, plateada y asesina. Las palabras de mi padre dieron vueltas en mi cabeza, una y otra vez, pero al final elegí no hacerlo. No deseaba espantar a Amalia. La escondí dentro de mi maleta de viaje y me fui.

Como era ya acostumbrado, llegué a su casa por ella y en el teatro nos encontramos con sus amigas y Nicolás, quien seguía en el pueblo. Por mi madre me enteré de que sus futuros suegros fueron generosos con él y lo hospedaron en una casa que destinaron como la herencia

de Celina. Creo que me lo contó para que me diera cuenta de lo que dejé ir, pero ni siquiera me importaba obtener bienes materiales si podía dárselos a mi futura esposa yo mismo.

El lugar estaba a medio llenar y el presentador avisó que la orquesta estaba un poco retrasada. Nosotros dos ocupábamos los asientos delanteros y nos dimos vuelta para charlar con las chicas y Nicolás, que se sentaron detrás de nosotros, mientras los músicos llegaban.

Lo siguiente que recuerdo es que Amalia me decía algo, no sé bien qué, pero sonaba entusiasmada. Seguro hablaba sobre la orquesta, la música la hacía vivir intensamente. Pero mi vista fue a dar a la entrada porque varios asistentes salieron para despejarse, allí vi a Ciro y Justo Carrillo. Ambos eran hermanos, pero Justo tenía diez años más que Ciro. En otros tiempos no me habría importado su presencia, seguro ni la notaría, pero, dado los acontecimientos, volteé a verlos con poco cuidado. Buscaba el bulto en sus caderas para comprobar si de verdad iban armados o si solo se trataba de un chisme. La distancia no ayudaba y tuve que girar a verlos más de una vez. Aunque no lo deseé, ellos se dieron cuenta de mi indiscreción.

—La boda será dentro de un año y medio —nos comentó Nicolás cuando alguien le preguntó, aunque no sonó entusiasmado.

Yo escuchaba sus voces como ecos que iban y venían, solo captaba algunas frases que no fueron lo bastante importantes como para distraerme. Ciro y Justo me observaban y mi corazón se fue acelerando poco a poco.

—¡Pero ¿por qué?! —Erlinda casi echa afuera su bebida. Lo supe porque la tenía atrás de mí.

—Mis padres lo quieren así —respondió Celina y por la forma de decirlo pensé que sonó decepcionada—: Ellos ya decidieron. Siempre lo hacen. Planean toda mi vida y ni siquiera me preguntan.

De verdad quería concentrarme en la conversación y dejar a un lado a los dos hombres que se quedaron parados y susurraban entre sí, ¡pero no fui capaz! Las palabras de mi padre regresaron con más fuerza y por primera vez comprendí su insistencia sobre cuidarnos.

Bien podía no ser nada, podía solo tratarse de alucinaciones mías, o bien podía estar en un peligro inminente del cual no era consciente antes.

—Esperaremos el tiempo que sea necesario, mi amor.

—¡Ay! —expresaron todas las chicas, incluida mi estrella.

En ese momento volteé a ver a cada una.

Que Nicolás llamara “mi amor” a su prometida las conmovió, sonrieron y hasta se sonrojaron. Yo no tenía esa confianza todavía con mi novia, incluso no nos habíamos dicho “te amo”, pero pensaba que el amor se podía expresar de distintas maneras.

—¿Ya nos vas a decir por qué de pronto andas muy preocupada por encontrar marido? —le preguntó alguna de ellas a Erlinda.

De reojo revisé la entrada y me di un buen susto. ¡Ciro se había ido! Me preocupé tanto que lo busqué con la mirada. Creo que hasta respiré tan rápido que se podía escuchar el aire que salía de mi boca. Lo encontré un minuto después que me pareció interminable. Él iba a pasos firmes y rodeaba el teatro del lado izquierdo. Lo seguí y creo que ni parpadeé para no perderlo de nuevo. Casi nunca desobedecía a mi padre, pero esa vez que lo hice me arrepentí como no imaginé. La mano de Ciro reposaba discreta en su cadera y su expresión confiada me alertó porque mientras se movía mantenía sus ojos clavados sobre mí.

En ese momento imaginé lo que pasaría si él decidía sacar su pistola y dispararme. Amalia estaba lo bastante cerca de mí como para no salir ilesa, incluso Erlinda podía ser una víctima también. Una víctima de un asunto que ni a Ciro ni a mí nos pertenecía, pero que nos orilló a sentir recelo uno del otro.

—¡Ándale! ¡Ya dinos! —escuché que le insistían a Erlinda.

Una mano sobre mi brazo hizo que mi mente regresara.

—¿Estás bien? —me cuestionó preocupada mi dulce novia.

—Sí. Es que hace calor, es eso —mentí, el clima ese día era agradable.

—Si quieres salimos un ratito, en lo que empiezan a tocar.

Contemplé su propuesta, pero si salíamos me tenía que topar con Justo, un hombre más corpulento y conocido por ser un violento hasta con las mujeres. De ninguna manera iba a arriesgar a mi estrella a pasar por un mal rato…, o algo peor.

Me obligué a dejar a un lado a los Carrillo porque, ellos no iban a atacarme en medio de un teatro, ¿o sí?

—¡Bueno ya! —Erlinda casi gritó, harta de que la interrogaran—. El otro día las hijas de doña Marcia se burlaron de mí... Me dijeron que voy a quedarme a vestir santos porque ningún hombre me quiere, y que me haré vieja y fea sin un perro que me ladre…

—¡Eso jamás va a pasar! —le dijo Isabel—. Si te quedas solterona te voy a visitar a diario, lo prometo.

—Es que no me interesa buscar esposo. ¿Estaré enferma?

—Yo creo que todavía no te enamoras. Cuando pase, lo sabrás. —Los bellos ojos de mi estrella resplandecieron al decirlo y sospeché que fue su manera de decirme que me amaba.

En ese momento la orquesta llegó y cada músico se fue sentando en la silla que le correspondía.

Conocía poco a Nicolás y lo subestimé. Comprobé que a los hombres nos criaban diferente. A nosotros nos enseñaban a mantener a nuestros seres queridos siempre bajo nuestra protección, y nos

hicimos expertos en reconocer una grieta en esa coraza. Él se levantó confiado y me hizo una seña discreta. Puedo asegurar que se dio cuenta de lo que acaparó antes mi atención.

Cuando volteé vi que Ciro estaba atrás de mí, quizá a tres metros de distancia y muy cerca del primer músico. Sería un gran escándalo si se desataba una pelea allí mismo, pero en realidad desconocía sus límites.

Me levanté yo también y me puse a lado de Nicolás; él tuvo la precaución de avanzar más y con eso crear distancia entre las mujeres y nosotros.

—¿Se le ofrece algo, caballero? —le preguntó con toda tranquilidad a Ciro a pesar de que la postura de este era de amenaza.

El mareo regresó a mí y fue más violento. Me vibraba cada extremidad. Las nuevas luces del teatro ayudaron a empeorar el malestar, pero de ninguna manera me iba a desmayar en tal incómodo encuentro.

—Traigo un mensajito para tu amigo. —Con su dedo que tenía rastros de tierra me señaló.

—Creo que no es el lugar ni el momento —intervino Nicolás y fue lo bastante educado como para no igualar su gesto de desagrado—. Como puede ver, está por iniciar la orquesta.

—No me tardo. —Dio dos pasos hacia mí y levantó su cabeza porque yo era más alto que él—. Dile a tu terco padre que tiene dos días para ir con el alcalde y decirle que ya nos arreglamos. —Colocó dos dedos casi en mi cara—, o el siguiente mensaje que le vas a llevar va a ser con los pies por delante.

El miedo se transformó en enojo. Ciro Carrillo tuvo el atrevimiento de amenazarme de esa manera y me recorrieron las ganas de irme sobre él, de romperle la nariz o tumbarle un diente. Pero me contuve porque, en primer lugar, no sabía pelear, y en segundo, Amalia se encontraba bajo mi cuidado. «¿Cómo quedaría yo frente a mis futuros suegros si la ponía en un riesgo así?», pensé y con eso me arranqué las ganas de ser irracional.

—Bien. Su mensaje fue recibido. —Nicolás se interpuso entre nosotros y me sujetó del hombro—. Nos vamos a ir a nuestros asientos para poder disfrutar de la música. Le recomiendo hacer lo mismo.

El presentador volvió a salir para darle la bienvenida la orquesta y la gente que estaba afuera se empezó a meter. El barullo orilló a Ciro a retirarse y Nicolás y yo nos fuimos a sentar.

—Gracias —le dije en voz baja.

—Después me cuentas por qué te emboscaron. —Me dio dos palmaditas y se fue con Celina.

El danzón favorito de mi madre era Nereidas. Todavía la recuerdo bailando en la plaza con mi padre, con su sonrisa y su larga falda

revoloteando al son de la música, y con ese fue que la banda comenzó. Sin duda era una hermosa melodía que aún es capaz de regalarme un bello recorrido por mi infancia, por las tardes jugando lodo con mis hermanos, por las comidas exquisitas de mi madre, por el amor que ellos se sentían. El clarinete y los timbales güiro me fascinaban, y los intérpretes expertos los trataban con respeto.

Sujeté la mano de mi estrella y cerré un breve instante los ojos para deleitarme. Me dejaba llevar por lo que experimentaba para poder olvidarme de Ciro, ¡y al fin tomé una decisión! ¡Al salir del teatro le iba a pedir matrimonio a Amalia Bautista! No estaba dispuesto a esperar más y me daba igual lo que pensaran los demás. Quería casarme con ella a la brevedad y con eso alejarla de todo ese torbellino de problemas. Me convencí de que me iría a dormir como su prometido y ni padre iba a poder interponerse.

La contemplé y ella también lo hizo. Estaba a punto de decirle que la amaba.

Nereidas terminó y la lluvia de aplausos evitó que mis labios se abrieran, pero no fue lo bastante ruidosa como para ocultar el sonido inconfundible de un arma que disparó.

La negra noche

Me quedé por completo sordo, y por un segundo me convencí de que me equivoqué y lo que se escuchó no fue lo que creí. ¡Pero no, fue real! Otros también se dieron cuenta y la confusión los llevó a salir del teatro.

Lo primero que hice fue inspeccionar a Amalia. Con mis manos palpé rápido su cabeza y después su abdomen. Ella no dijo nada, pero la impresión transformó su rostro. Respiré cuando comprobé que estaba ilesa. Luego volteé a ver a Erlinda, Isabel, Celina y Nicolás. Los cuatro lucían sorprendidos, pero bien.

A pesar de que primero pensé en no hacerlo, busqué a los Carrillo y encontré a Ciro que corría hacia la salida.

Traté de soltar la mano de Amalia, pero ella me lo impidió. En ese momento las caras de mis hermanos y mis padres se proyectaron en mi cabeza uno a uno.

—¡No! —me dijo con sus ojos que se llenaban de lágrimas. Su dulce sonrisa se volvió una mueca de miedo.

Debí hacerle caso y quedarme a su lado, calmar su angustia, escondernos hasta que todo ese mal chiste terminara. Debí hacer muchas cosas en esos tiempos, pero fui un estúpido en más de una ocasión, y sí, me solté de su aferrado agarre. Cuando nos separamos, cuando su cálida mano me liberó, su brazo se quedó suspendido y no me dijo nada más.

—Cuídalas —le pedí a Nicolás. Él estaba a punto de seguirme, pero cambió de opinión porque debía velar por cuatro mujeres.

La gente se amontonó en la gran puerta y logré salir entre los empujones. Revisé ambos lados, ¡pero nada! El inconfundible círculo de chismosos que se forma cuando hay un herido o fallecido tirado sobre el suelo no hacía acto de presencia.

Algunos empezaron a decir que se trató de un disparo al aire, otros que fue dentro del mismo teatro, otros que tal vez venía de una de las casas cercanas. A esa hora la alcaldía ya estaba cerrada, pero quizá un trabajador se quedó dentro. Pensé enseguida en el padre de Amalia porque él tenía más enemigos que amigos fieles.

Transcurrieron más de dos minutos en los que me mantuve atento a lo que se decía, hasta que un hombre gritó:

—¡Es aquí! ¡Corran! ¡Es aquí!

Hice lo que la voz ordenó, di vuelta al teatro lo más rápido que pude y allí lo encontré. Un cuerpo yacía inerte sobre la tierra. Solo pude ver las piernas porque la gente que llegó antes impedía que se viera más. ¡Por la ropa supe que era un hombre!

Abrí espacio como pude, y cuando conocí la identidad de la persona ni siquiera podía creerlo. La respiración me falló por un momento. Se trataba de, nada más ni nada menos, ¡Amadeo Carrillo!, el patriarca de su familia y con el que mi padre tenía la rencilla. ¡Estaba allí, muerto con un tiro justo en la frente! La sangre escandalosa que salía de su cabeza se pintó de marrón al tocar el suelo, y era tanta que apestaba a hierro.

Amadeo Carrillo murió con los ojos abiertos, esos ojos que sentí que me observaron, encendidos por la sed de venganza y bañados en espeso rojo carmesí.

Me quedé quieto, pasmado por la escena, hasta que un jalón por el hombro me sacó de la bulla. Se trataba de un amigo de mi padre. Por más que pensé no logré recordar su nombre. Solo podía pensar en la cara del difunto y en cómo sus dos hijos gritaban de dolor arrodillados a su lado.

—Mejor vete, muchacho —me dijo en confidencia—. Tacho sí que se metió en un lío con esto.

No comprendí bien su frase, pero le hice caso y me fui como el cobarde que era. Me escabullí por el lado derecho que parecía más despejado. El pecho quería explotarme porque en menos de media hora mi vida se transformó en una delirante realidad que me aterraba.

Maldije el no haberme llevado a Genovevo porque la gente que pasaba a mi lado cuchicheaba y me sentí juzgado. Después de todo era un Quiroga.

Me urgía llegar para ser yo el que le dijera a mi familia lo que acababa de pasar, pero mis pies parecían andar muy lento.

El trayecto a mi casa fue el más largo que había podido recorrer, y cuando una esquina antes me encontré a Filemón, supe que el muy metiche se me adelantó.

Apenas abrí la puerta, mi madre por poco grita y corrió a abrazarme.

—¡Gracias a Dios que estás bien! —Colocó amorosa su mano sobre mi mejilla.

—Mamá… —Quería decirle más, quería contarle todo, pero fui incapaz y me eché a llorar como su niño de cinco años.

—¡Ya pasó! ¡Ya pasó! —me dio consuelo al mismo tiempo que masajeaba mi espalda que se encorvó para que ella pudiera alcanzarme—. Vamos a la cocina, te voy a preparar un té.

Entramos juntos a ese sagrado espacio de creación: su cocina. Era tan celosa con ella, la cuidaba tanto que si nos atrevíamos a ensuciarla

nos reprendía. Pasaba horas allí, experimentando con sus especies y sus carnes, con su talento que pasaba desapercibido muchas veces.

Las ollas de barro abundaban, de distintas formas y tamaños, y los aromas cambiaban según los guisos, pero lo que jamás se iba era esa sensación sedante capaz de hacerte olvidar todos tus temores y preocupaciones.

Mi madre preparó una infusión con flores de tila y puso la taza frente a mí en la mesa.

—Tómatelo, te hará bien.

No sé si lo que de verdad me hacía bien era la bebida o el amor con el que la preparaba, pero funcionó. El calor en mi garganta me devolvió la tranquilidad que necesitaba.

—¿Dónde están los demás? —le pregunté porque no vi ni a mis hermanos ni a mi padre.

—No sé. Se salieron después de que vino el File. —La vi dudar, pero tomó valor y lo preguntó—: ¿Es cierto que mataron a Amadeo?

—Sí, yo lo vi. —De nuevo volvió esa imagen del cuerpo y de sus hijos suplicándole que no se muriera; nada se podía hacer al respecto.

—¡Oh!, hijo. —Sus ojos se pusieron cristalinos y me apretó una mano—, pensé lo peor cuando supe que fue en el teatro porque tú andabas por allá.

Aunque lo contemplé, preferí callar la parte en la que Ciro me confrontó unos pocos minutos antes de que su padre fuera abatido.

Me di cuenta de que ella quería hacer más preguntas, pero ya no pudimos continuar hablando porque la puerta principal se abrió y se oyeron varios pasos.

Un par de esos pasos sonó cada vez más cerca, hasta que vi la figura de mi padre parado en el marco de la puerta de la cocina.

—Esteban, ven tantito. —Hizo una seña con sus dedos.

En muy contadas ocasiones presencié que mi madre le riñera a mi padre, pero esa ocasión se plantó firme frente a él y se interpuso entre nosotros.

—Anastasio, está asustado. —De pronto su tono de voz cambió por uno que solo usaba cuando de verdad estaba molesta—. ¡Déjalo en paz!

Mi padre sonrió y le dio un abrazo; esa era su forma de apaciguarla, y sí que le servía.

—Tengo que hablar con él, mujer. —Besó amoroso su frente—. Tú ya vete a descansar o te vas a enfermar.

Cada temporada de frío mi madre caía enferma y pasaba días en cama, así que debíamos mantener las ventanas cerradas lo más que se pudiera. El año anterior estuvo más delicada de lo usual y lo que menos queríamos era verla de nuevo así.

Ella dudó, me volteó a ver preocupada y luego regresó con mi

padre.

—Si se te ocurre hacerle algo a mi hijo, te las verás conmigo, ¿entendiste?

—Entendido, mi generala. —Le dio otro beso y antes de irse me habló—: Te espero en la biblioteca.

Me levanté de la silla y me acerqué a mi madre. Toqué sus hombros para que me prestara atención.

—Él tiene razón, debes irte a descansar.

Sé que no quería, pero cedió a la sugerencia que le hicimos.

—Pero me cuentas todo mañana.

—Ya sabes que sí.

Después de que me persignó se retiró a dormir.

La habitación de mis padres era la más grande y también la más alejada de la pequeña biblioteca que teníamos. Allí podíamos escribir cartas, hacer cuentas o leer un libro si queríamos silencio. Pero esa ocasión fue destinada a algo más que solo trabajo o recreación.

Me apresuré a entrar a la biblioteca y encontré a mi padre, a Rogelio y a mis cuatro tíos. Después supe que a mis hermanos menores también los mandaron a dormir.

Sin que me lo pidieran, les conté a detalle lo que pasó. Yo sabía que eso era lo que querían. Mi padre solo escuchó atento, mis tíos comentaron entre sí, y Rogelio se mantuvo en una esquina con los brazos cruzados y con el rostro serio.

—¿Desobedeciste? —me preguntó decepcionado mi padre cuando terminé.

Sabía bien a lo que se refería y no podía responderle.

—Te hicieron una pregunta —intervino Rogelio desde la esquina —. ¿Desobedeciste?

Que mi hermano se metiera me desarmó y asentí con un breve movimiento de cabeza.

Rogelio resopló, jaló el cinturón de cuero café que llevaba puesto, lo sostuvo fuerte y, sin que pudiera impedirlo, me dio un correazo en la espalda que ardió tanto que terminé recargado sobre el librero y tiré unos cuantos libros.

—¡Ándale, llora! —Se me acercó y levantó de un jalón mi cara con sus dedos—. Le hablo a tu mamita si quieres.

Creo que estaba a punto de darme otro porque vi que su puño se apretó en el cuero, pero llamaron a la puerta principal con tremenda urgencia y la atención de todos cambió.

Fueron mi tío Celestino y mi padre quienes atendieron. Mi tío Celestino no solo era su hermano, sino también era su mejor amigo y fiel consejero, por eso lo escogió a él. Rogelio quedaba desplazado en su presencia.

Los demás permanecimos en la biblioteca, pero nos ganó la

curiosidad y uno a uno nos acercamos a la puerta cerrada para poder escuchar.

—Señores, me disculpo por venir a esta hora, pero las responsabilidades son primero. —Ya pasaban de las doce de la noche. La voz era de don Cipriano, difícil de confundir—. Como creo que ya saben, hoy privaron de la vida a Amadeo Carrillo, y debo informarles que ustedes son los principales sospechosos…

Mi padre no lo dejó continuar. Yo los imaginé tal como los vi discutir en la alcaldía.

—A mi hermano Heriberto casi lo matan, y eso sí lo ignoraste. ¿Cómo te atreves a venir a mi casa a acusarnos de ser unos asesinos? O tienes unos grandes huevos o de plano eres idiota.

—Hago mi trabajo nada más. Entiende, Anastasio, eras el enemigo jurado de Amadeo, y ahora él está muerto. De muy buena fuente sé que tus hermanos y tú lo amenazaron hace pocos días. ¿O me lo vas a negar?

Volteé a ver a Rogelio y creo que él se sentía igual de confundido que yo porque desconocíamos dicha advertencia. Sin duda nos ocultaban más de lo que imaginé.

—Y uno de sus hijos amenazó hoy a uno de los míos. —Omitió mi nombre—. ¿Qué te dice eso?

—Mañana deben ir a la alcaldía a primera hora para que me den sus declaraciones. No me voy a llevar preso a ninguno porque todavía me falta buscar a los testigos, pero tenía que venir a avisarles que no pueden salir del pueblo. ¡Ninguno! El que se atreva a hacerlo, se va a ganar un cómodo espacio en las celdas.

Con eso me sentenciaba a mí también.

Hubo un silencio y creí que bajaron la voz, pero después mi tío Celestino habló:

—Te recomiendo que te largues y te lleves a tus perros falderos —seguro se refería a sus ayudantes.

—Y yo te recomiendo que dejen de amenazar a la gente. Se presta a “malas interpretaciones” —eso fue lo último que dijo don Cipriano antes de que sonara un portazo.

En la biblioteca nos acomodamos rápido para que no pareciera que los espiábamos, y cuando regresaron el primero en hablar fue mi tío Hilario, el mayor de todos y el que le caía mal hasta a la propia familia por su temperamento complicado.

—Tacho —así le decían de cariño a mi padre—, ¿vas a dejar que este siga con la Bautista? —Apuntó directo hacia mí.

¡No! No quería creer lo que había salido de su boca. «¿Por qué se metían conmigo, con mi relación?». Giré a ver a mi padre y luego a mi hermano para saber sus reacciones. La opinión de ambos era la única que me importaba.

—Sí, es cierto. —Se masajeó la barbilla, caminó en un medio círculo y después se me acercó.

—¡No! —Di un paso hacia atrás y negué desesperado con las manos y con la cabeza. Estaba acorralado y solo me quedaba suplicar.

Mi padre ignoró mi petición y los espectadores concentraron su atención en lo que él iba a decir. Estaban allí, rodeándome como espectros dispuestos a acabar conmigo si los confrontaba.

—A partir de hoy se termina tu relación con esa muchachita —palabras que pronunció despacio y que se enterraron certeras en mi pecho—. Los Bautista ya son nuestros enemigos. Y espero que por tu bien no me desobedezcas otra vez, o me voy a encargar de mandarte muy muy lejos de aquí para que aprendas a la mala.

—Hermano… —susurré en un último intento de evitar cumplir con la demanda, pero Rogelio se quedó estoico y callado en la esquina donde estuvo antes.

Desde muy niño se me enseñó que a los mayores se les debía obediencia, más si se trataba de los progenitores. El respeto que tenía por mi padre me superaba, y esa negra noche, me venció.

No sé bien cómo me fui a dormir, todo lo veía bajo un filtro oscuro que me causaba dolor.

Apenas amaneció, tocaron a mi puerta. Ni siquiera respondí. Lo que más quería era estar solo. Pero creo que no la atranqué bien porque bastó que le dieran un empujón para que esta cediera.

—Lárgate quien quiera que seas —dije casi en un grito y con la cara hundida entre la tela de mi cama.

—¿Cómo estás? —me preguntó una voz que por poco y no reconozco. Se trataba de Sebastián.

—Bien. ¡Vete, quiero dormir! —Manoteé para que se fuera y me dejara solo.

—Ya me enteré de lo de Amalia. ¿Quieres hablarlo?

—¡No!

—Bueno. —Sentí que se sentó a mi lado—. El funeral de don Amadeo va a durar tres días, cuatro si se les antoja. Los Carrillo van a tener secuestrado el pueblo y madre no quiere que Paulino, tú y yo asomemos la cara afuera. Te traje tu comida. —Me movió hasta que decidí voltear y verlo a la cara—. Levántate. Come y bébete un trago con nosotros. —Dejó el plato sobre mi mesita de noche y se asomó en la puerta—. Un fuerte te va a ayudar, vas a ver. —Le hizo una seña a alguien—. ¡Ándale, tú, trae eso!

Paulino entró divertido con una botella de tequila y tres vasitos.

Sebastián cerró bien la puerta. Éramos de nuevo tres niños haciendo travesuras.

Me senté sobre la cama y acepté el trago que me sirvieron.

Después de todo, hundir mi pena en el alcohol, en ese punto, no parecía tan malo.

Amar y vivir

Los siguientes días los recuerdo a pedazos, como entre nubes oscuras que difuminaron todo lo que pasó.

De un día para otro, los Quiroga pasamos de ser una familia respetable a una de la cual había que cuidarse. La censura a la que la gente nos sometió fue devastadora para mi madre; incluso un par de amigas decidieron distanciarse de ella.

Los Carrillo nos acusaron de ser culpables del homicidio de su patriarca; un señalamiento grave, y más porque el pueblo era lo bastante pequeño como para que la voz se corriera en horas.

Lo primero que hice fue embriagarme hasta perder la consciencia, pero las reservas de la casa se agotaron a los cuatro días. Harto del encierro, tomé parte de los ahorros que tenía en mi maleta y me fui. El largo funeral de don Amadeo ya había terminado y yo cargaba con tremendas ganas de olvidar mi pena. Con el buen juicio fallándome, le pedí a Gerónimo que me llevara a la famosa “casa Martínez”.

Mi hermano Gerónimo se casó a los diecisiete años con Sancia, la hija menor del carnicero Pedro. La embarazó en su primera cita y los casaron apenas la madre de ella se dio cuenta. Desafortunadamente el bebé no se logró, y creo que mi hermano cambió con esa pérdida. De pronto se preocupaba de más, y a sus dos hijos que llegaron después no los dejaba salir ni a jugar porque decía que podían lastimarse. A los veintiuno empezó a frecuentar la casa Martínez y ya llevaba tres años así.

Por ese tiempo yo consideraba la infidelidad como un pecado grande, pero a mi hermano no le molestaba la idea de enredarse con alguna de las señoritas que brindaban sus servicios en ese alejado lugar.

Sin que nadie me lo impidiera, perdí la noción del tiempo y gasté ese dinero en bebidas que tomaba como agua de tiempo.

Recuerdo que ya entrada la noche estaba sentado en un banquito de la cantina. El cantinero me platicaba algo que no me interesó escuchar, cuando de pronto sentí que alguien detrás apretó mi hombro. Con un torpe movimiento llevé mi mano hacia el arma que cargaba en la cintura, pero estaba tan mareado que ni siquiera logré desenfundarla.

Si los Carrillo querían matarme allí mismo, ni siquiera me iba a

defender y lograrían su cometido. Y en un punto deseé que fuera así, que Ciro o cualquier otro se decidiera y me disparara allí mismo.

—Tranquilo, amigo —me dijo una voz que reconocí enseguida.

Solté la empuñadura porque sabía que no existía peligro.

—¡Ah!, eres tú —le dije apático a Nicolás y me volví a mi trago.

—Con que es cierto que aquí andas. —Me dio una palmadita en la espalda.

—¿Cómo me encontraste? —le pregunté con pocas ganas de entablar una conversación.

Nicolás tenía esa sonrisa llamativa que en ese momento odié que usara porque me obligaba a ser cortés con él.

—Uno doble, por favor —le pidió al cantinero, se sentó en el banquito de al lado y se acomodó para verme de frente—. Verás, por lo que supe solo hay dos cantinas en tu pueblo, así que imaginé que estarías en una de las dos. Ayer fui a la que está cerca del centro y no te encontré. Hoy fui a la que está cerca de la entrada, y tampoco te encontré. Por poco y me doy por vencido, pero por suerte me topé con un amigo de tu hermano Sebastián, y él, muy amable, me dio la idea de buscarte aquí: en un putero que debo reconocer que es bonito. —Se rio triunfante y levantó un poco sus brazos.

Enseguida supe que se encontró con Filemón porque a veces cantaba en las cantinas para entretener a los borrachos.

—¿Y qué quieres?

El cantinero le entregó su trago después de atender a una pareja que estaba a dos asientos de nosotros. De reojo vi que la señorita apenas y tenía ropa, y el hombre que la cargaba en sus piernas se sentía con la libertad de tocarla donde quisiera. Evité volver a verlos porque me asqueó el imaginar haciendo lo mismo a mi hermano que seguro se metió a algún lugar más privado.

En realidad, la casa Martínez sí era un bonito lugar a pesar de todo. El dueño lo mantenía pulcro y bien decorado. Imperaba el color rojo en los muebles y cortinas, y los empleados cuidaban su aspecto hasta en los detalles.

—Cierta señorita está preocupada —continuó Nicolás—. No se ha sabido nada de ti en más de una semana.

Pensar en Amalia me dolía porque trataba de alargar lo más que pudiera esa amarga despedida.

—¿Más de una semana? —El tiempo para mí parecía avanzar con un ritmo distinto.

—Sí, ya entramos en diciembre.

¡Diciembre! El mes que anhelé que llegara y que, sin que lo previniera, terminé odiando.

—¿Ella te mandó a buscarme? —Allí fue cuando me di cuenta de que mi estrella seguía pensando que todavía éramos novios.

—No. —Dio un buen sorbo a su trago y después clavó su mirada en mí—. Yo también quería saber si estabas bien. Pero me doy cuenta de que gastas el tiempo con mujerzuelas y emborrachándote.

—¡Solo me emborracho! —Levanté mi vaso para que brindáramos. Llevaba tres o quizá cuatro días, no sé bien, yendo a la casa Martínez, pero en ninguno pedí la compañía de una mujer—. Ya me viste, completito de cuerpo. —Me señalé—. Te puedes ir.

Nicolás ignoró mi petición y me tocó el hombro una vez más.

—Esteban, el que se debe ir eres tú. Ve a casa, aquí no ganas nada, solo mala fama.

—¿Para qué? ¡No! ¡Qué vengan esos cabrones! ¡Qué vengan todos y me disparen de una buena vez! —Me di dos golpes en el pecho, envalentonado gracias al alcohol que controlaba mis acciones y pensamientos—. Porque, ¿sabes qué? Esa noche, esa maldita noche que mataron a Amadeo Carrillo, también me mataron a mí. —Creo que hasta le grité, pero Nicolás guardó la compostura. No solo perdía a la mujer que amaba, sino también la posibilidad de terminar mi carrera por la que tanto luché. Era como si la luz de mi alma se apagara de un soplido.

—No voy a preguntarte nada porque estás en malas condiciones, pero cuando te sientas mejor, ve a ver a tu novia, te extraña mucho.

Dudé en decirle, después de todo no lo conocía bien, pero él era esa clase de personas que inspiran confianza, y lo hice, confié porque lo necesitaba.

—Ella… —pronuncié apenas—. Ella ya no puede ser mi novia. Se acabó, Nico, ¡se acabó! —Fue allí donde por fin mi voz se quebró—. Y ni siquiera es mi culpa.

Deseaba poder agarrar cada mueble a palazos, destrozarlo todo para así volver a unirme yo. Gracias a la calidez de Nicolás, pude contenerme.

—Para serte sincero no comprendo por qué, tus razones tendrás. Pero si es verdad que su relación ha terminado, díselo de frente. Es lo menos que hace un hombre honorable.

Una idea vino a mí y fue inevitable que saliera sin permiso.

—¿Y los hombres honorables se roban a las mujeres?

Nicolás negó dos veces con la cabeza.

—Solo los que están desesperados. Pero una joven tan valiosa merece ser más que una esposa que se toma a la mala.

—Sí, eso mismo creo yo… —Al menos opinábamos igual sobre la acostumbrada práctica de llevarse a las mujeres cuando los padres se negaban a dejarlas casarse con algún hombre que solicitaba su mano.

—Si lo necesitas, avísame y te ayudo a conseguir un lugar donde los metiches no ronden. —Dio un vistazo al lugar, acomodó su fino sombrero y luego se puso de pie—. Sabes dónde encontrarme.

—Gracias, Nico.

Nos dimos un apretón de manos y después se fue.

En ese momento caí en la cuenta de que me estaba convirtiendo en el espectador de mi propia vida, una marioneta a merced de otros. Un perrito al que se le pide la patita y la da sin rechistar. Nicolás tenía razón. Aunque me doliera, aunque quisiera evitarlo, debía hacer las cosas bien.

Esperé un día más para poder descansar y reponerme de la larga juerga a la que me sometí. En cuanto me sentí mejor, envié un mensajero a la casa donde hospedaron a Nicolás, en la nota le pedía ayuda para que me pudiera reunir con Amalia.

Él contestó enseguida. Nos veríamos a las seis de la tarde.

Los nervios me controlaban mientras más se acercaba el momento, pero esos nervios no eran de aquellos que a pesar de todo se pueden disfrutar. Más bien eran unos que quitaban las ganas de respirar, que provocaban dolor de cabeza y asqueaban.

Cuando faltaba media hora, fui en Genovevo hacia mi destino. Ni siquiera me tomé la molestia de avisarle a mis padres que saldría, de hacerlo me iban a interrogar y quizá terminaría por recriminarles lo que quemaba en mi garganta.

Llegué antes de las seis a la casa que los padres de Celina destinaron como su herencia al casarse. En ese momento caí en la cuenta de que los Ramírez tenían más dinero del que presumían. La propiedad era de dos pisos y el terreno en el que estaba construido era amplio, contaba con un patio delantero y comprobé que también con uno trasero.

La señorita que me abrió la puerta me indicó que pasara. Encontré a Nicolás parado frente al gran reloj que pusieron en el pasillo. Supuse que su prometida metió mano en su arreglo personal porque con el correr de los días portaba ropa cada vez mejor combinada, planchada y se veía nueva, incluso su sombrero ya no desentonaba.

—Llegó antes que tú —me dijo susurrando y apuntó hacia adelante—. Está en la sala. Celina le dijo que quería verla aquí. Voy a salir a dar un paseo, y cuando el paseo termine…

—Gracias por esto. —No lo dejé terminar. Yo tenía que usar ese valioso tiempo lo mejor posible—. Te lo voy a recompensar con creces.

Nicolás se me quedó mirando conmovido. Él era más bajo que yo, pero con su control parecía ser diez años mayor a pesar de que apenas y me llevaba un año.

—Recuerda que eres un adulto, y los adultos toman sus propias decisiones.

Por alguna razón, los momentos difíciles parecían ir lentos, hirientes, oscuros. Saber que mi amada se encontraba a pocos pasos de mí hizo que me entraran las ganas de salir corriendo, irme lejos, huir del inminente fracaso.

Aun así, me obligué a avanzar cuando la puerta de la entrada se cerró, y al verla sentada en una silla de madera, con su rebozo negro que cubría su cabeza y sus hombros, pasé del enojo a la tristeza. Ella observaba el crucifijo colgado en la pared y me pareció que rezaba en voz baja.

—Amalia —susurré para no asustarla.

Ella me escuchó. Primero clavó sus ojos en mí y después se levantó para abrazarme.

—¡Dios! —dijo entre mis brazos. Su cuerpo cálido logró que por esos segundos olvidara lo que fui a hacer—. ¡Por fin! Pensé que estabas en peligro, o enfermo, o que te fuiste lejos.

—Estoy bien. —La sostuve con cuidado de los hombros para inspeccionarla—. ¿Tú estás bien?

—Sí. —De pronto agachó la cara—. Pero escuché rumores y me asusté mucho. Dicen que tu familia mandó matar a don Amadeo. Dicen que los Carrillo buscarán venganza.

Mi corazón empezó a acelerarse y sentí que mi barbilla temblaba. Quería llorar, pero luché para detener las lágrimas.

—Ven, vamos a sentarnos. —La conduje hacia el sillón.

Una vez allí, sentados lado a lado, tomé sus manos entre las mías.

—Debes saber lo que pasó —continué, deseando que mi valentía no fallara—. Aunque me muera de vergüenza, lo tengo que decir. Mis padres… mis padres... ¡Ah! —Y la valentía sí falló, me abandonó cuando menos quería que lo hiciera. Lo siguiente que salió de mi boca ni siquiera yo lo entendí.

Amalia me apretó una mano y puso la otra en mi mejilla.

—¿Ya no quieren que seamos novios?

Abrí los ojos de par en par porque ella lo adivinó antes.

—Sí —dije en un quejido—, me han prohibido verte.

—¿Por qué? —alzó la voz, sonaba entre preocupada y ofendida—. ¿Hay algo mal en mí? ¿En qué me equivoqué? ¿Puedo arreglarlo?

—Tú no tienes ninguna culpa. —Negué con la cabeza—. Lo que está mal es… es…

—¿Mi papá?

Hasta ese momento no sabía si Amalia tenía conocimiento de lo que pasaba con los Carrillo, pero ese día me di cuenta de que sí, y quizá más de lo que hubiera deseado.

—Tu padre y el mío tuvieron discusiones, pasaron más cosas, no se pusieron de acuerdo…

—Ya —me detuvo con un dedo sobre mi boca—. Entonces es por

eso y no porque te guste otra, o ya no te guste yo.

—¡Eso jamás!

Mi dulce estrella se quedó callada y pensativa, pero luego recompuso el semblante y me encaró.

—Debo saber, ¿tú me quieres?

Si me caía a pedacitos con solo pensar en dejarla ir, quererla era poco para lo que sentía.

—Más que a mi vida.

—¿Entonces por qué haces caso?

Lo que pensé que desataría un llanto, terminó en coraje. La vi con los ojos encendidos de ira.

—Fue una orden —pronuncié cabizbajo.

Amalia soltó mi mano y se levantó del sillón. Me dio la espalda, dio un par de medias vueltas resonando sus pisadas, y finalmente se giró para verme.

—¡No! Me niego.

Yo me levanté también, impactado por su inesperada reacción.

—¿Qué dices? —Me acerqué a ella para poder comprender lo que pasaba.

—¡Lo que oíste! —dijo muy molesta, señalándome—. Primero me ilusionas, me cuentas todo eso de la capital y el terrenito, y ahora me dices que siempre no. ¡De ninguna manera! ¡¿Quién te crees que eres?!

Sin que lo viera venir, me mostró una parte de su temperamento que le desconocía y que no sabía cómo enfrentar.

—Pero…

—¡Pero nada! —Levantó de nuevo la voz y me sostuvo de la camisa—. No te permito dejarme, así que no sé cómo le vas a hacer.

Lo único que pude hacer fue sonreír. ¡Sí, sonreí! Lo hice y como pocas veces porque oírla decir todo eso me llenó de esperanza y la amé un poco más ese día.

—Solo se me ocurre vernos solo así, en lugares… privados. Sería nada más en lo que pasa el problema de mi familia. ¿Estás dispuesta a aceptar eso?

Ni siquiera lo pensó y me respondió:

—Sí es la única manera, ¡acepto!

Me acerqué un poco más a ella, tanto que nuestras respiraciones chocaban entre sí, junté sus manos y las aprisioné entre las más.

—¿Estás muy segura?

Sus bellos ojos me contemplaron y la sensación de paz que tanto me urgía recorrió cada parte de mi cuerpo. A su lado yo sentía que revivía.

—Muy segura. Haría lo que ni siquiera imaginas con tal de tenerte conmigo.

El recuerdo de las palabras de don Cipriano me asaltó.

—¿Y si te comprometen con otro? Ellos se van a enterar tarde o temprano y tu padre aseguró que te podía casar con el mejor postor.

—De eso me encargo yo, no te preocupes —sonó tan confiada que le creí.

Nuestros labios se unieron en lo que pensé que sería nuestra ruptura. Nos besamos sin que hubiera mirones, escondidos de quienes querían separarnos. En ese instante recordé que debía emendar mi error.

—Cuando las cosas se calmen, cuando estos problemas terminen y todo vuelva a ser normal, iré a tu casa y pediré tu mano como se debe, lo prometo.

—Más te vale que cumplas porque ya tengo planes, y tú estás en ellos.

El impulso me controló y mi boca liberó esas palabras que salían desde lo más profundo de mí.

—Te amo, Amalia —se lo dije con toda la pasión que podía sentir.

—Te amo, Selso Esteban —me respondió con la misma intensidad.

Los dos reímos y nos dimos un último beso antes de que ella se fuera.

Si íbamos a pelear por lo nuestro, sería unidos y convencidos de que era lo que de verdad anhelábamos.

Yo me quedé porque quería agradecerle a Nicolás una vez más, y mi sorpresa fue ver que él bajó las escaleras un minuto después de que la puerta principal se cerró.

—Lo siento, tuve que volver —se excusó—. Vi al tal Ciro a tres calles de aquí, parece que anda dando vueltas por el pueblo, y me preocupé por ustedes. Le pedí a un trabajador que cuando Amalia saliera la siguiera hasta su casa, solo por precaución. Y me vas a tener que perdonar, pero fue imposible no escuchar una parte de su plática. —Nicolás sonrió y me dio un leve codazo—. Vaya manera de convencerte. Se ve que tiene carácter.

—Sí que lo tiene. —Sentí que me sonrojaba.

—Como dije antes, una valiosa mujercita. No la dejes ir tan fácil.

—Gracias, de nuevo.

—Tu caballo está atrás, ve con cuidado. Es bueno que no andes desprotegido. —Con un dedo señaló mi arma. Me dio una palmada en la espalda y después me acompañó a la salida.

Nos dimos un apretón de manos, y yo me fui con la cabeza llenándose de ideas para poder encontrarme con Amalia a escondidas.

Tomé un camino diferente al acostumbrado para evitar una confrontación con Ciro. Si era verdad que buscaba pleito, conmigo no lo iba a encontrar.

Dos días después llegó un mensajero con el aviso de que mi buen amigo Florencio me esperaba en la parada de las carretas.

Tuve que leer dos veces la hoja para confirmar que se trataba de él.

Me puse el sombrero, coloqué la montura de Genovevo y salí disparado en su búsqueda. Los mensajeros tenían la mala maña de tardar más de la cuenta en entregar los avisos, y seguro él ya estaba esperando.

En cuanto llegué, lo reconocí. Él me reconoció también. Nos encontramos después de que amarrara a mi caballo.

—Florencio, ¿qué haces aquí? —le dije extrañado, pero también feliz de ver una cara que no se volteaba para evitar saludarme.

—Mi amigo, se te extrañó. —Me dio un rápido abrazo—. Ermilio es insoportable sin ti.

—Vienes sudando. —Su frente brillaba por lo mojada que estaba —. Solo a ti se te ocurre traer tremendo abrigo.

Era medio día y el sol brillaba intenso, tanto, que daban ganas de andar en paños menores. Florencio, sin embargo, tomó la desafortunada decisión de vestirse como si nevara.

—Jamás me contaste del terrible clima que tienen por aquí.

—Se pone mejor en las noches. Pero dime, ¿a qué debo el honor de tu visita?

—Tengo buenas nuevas. —Se emocionó, aunque él no acostumbraba dejarse ver así tan seguido—. Convencí al director de que te diera una oportunidad. El abuelo de mi prometida lo conoce y le envió una carta donde le pedía el favor que no te diera de baja si te pones al corriente. —Levantó un poco su maleta—. Te traje los libros que vas a necesitar para hacer los trabajos pendientes. Es bastante, así que prepárate.

—Esto no lo esperaba. —La emoción se notó en mi voz—. Muchas gracias.

—Para eso estamos los amigos. Y aprovechando, ¿puedes llevarme a la posada más cómoda? El viaje sí que es cansado.

—¿Posada? ¡Para nada! Vas a quedarte en mi casa. ¡¿Como que posada?!

—Oh, no quisiera molestar. Solo pienso quedarme un par de días.

—Ninguna molestia. Vamos.

Caminábamos con Genovevo andando lento a nuestro lado. La conversación comenzó apenas dimos el primer paso. Me agradó ponerme al día sobre las noticias más importantes de la escuela.

Poco a poco la alegría y esperanza regresaban a mí. Después de todo seguía con Amalia y mi amigo me ayudó a recuperar mis estudios.

Antes de entrar a la casa vi algo que me paralizó. Parado en las

tejas del techo y con sus alas calmadas, cantaba ruidoso un tecolote; ese que dicen que pregona la muerte.

Nuestro juramento

Con la llegada de mi amigo y mi nueva relación secreta tenía los pensamientos ocupados. Visitar a mi estrella era ya una rutina que tuve que hacer cachitos y reacomodarla a sus tiempos libres, y a mi capacidad para escaparme de los ojos y oídos vigilantes de mi familia. Por suerte para los dos, a ella no le prohibieron nada, ni siquiera hubo una mención sobre el tema en su casa; o al menos eso fue lo que me dijo.

Florencio pensaba quedarse solo dos días porque debía pasar sus vacaciones arreglando los últimos detalles de la casa que sería su dirección conyugal. El dinero para su construcción vino directo de los bolsillos de los padres de su futura esposa. Sabía poco de ella, apenas su nombre: Viviana Larrea, hija de un empresario minero que contaba con una cuantiosa fortuna, y nada más. Mi reservado amigo se guardaba para sí los detalles de su compromiso y pocas veces lo escuché mencionarla.

El primer día que se quedó en mi casa tuve la oportunidad de platicar con él a solas después de la comida. Mi madre limpió y preparó la habitación de visitas para que él estuviera lo más cómodo posible. Hasta cambió el catre por una cama y añadió dos muebles más, cosa que no hizo cuando yo estuve durmiendo allí.

—Muy inusual en ti, e inesperado en una mujercita del campo —atinó a decirme Florencio cuando le conté que mantenía mi noviazgo lejos de los chismosos.

Tenía que informarle para que no preguntara sobre Amalia frente a mi familia.

—Hace una hora una amiga me invitó a un pequeño convivio en… digamos, parte de su casa. ¿Me acompañas?

Florencio se mantenía sentado en la silla que estaba a lado de la cama, alzó una pierna y la puso sobre su rodilla.

—Preferiría quedarme a terminar el libro que me tiene atrapado entre sus páginas. Pero gracias.

¡De ninguna manera me iba a salir sin él porque nacerían las sospechas que quería evitar!

Vacilé por un momento, di media vuelta y regresé. Presionar a las personas no formaba parte de mis aficiones, pero tenía que convencerlo.

—Anda, vamos, te vas a divertir. —Por dentro deseé que las señoritas anfitrionas no le parecieran “demasiado”.

Mi buen amigo sonrió.

—Está bien, solo porque te ves desesperado.

Avancé hasta la puerta, me comían las ansias por ver a mi amada, luego regresé a verlo.

—Es a las cinco, ponte listo.

—Ya estoy listo. —Sujetó las solapas de su saco y las levantó un poco.

Era verdad. Él siempre se vestía formal desde la mañana, aunque fuera fin de semana o día de descanso.

Cuando la hora llegó y salimos a pie rumbo al lugarcito de costumbre, la gente que pasaba a nuestro lado lo escrutaba con descaro. Llamaba la atención más de lo que imaginé. Hasta juro que vi a mi madre ruborizarse cuando lo presenté.

Elegí irnos por un rumbo más despejado, tenía que despistar a los mirones.

Mi corazón latió tan rápido que cuando llegamos lo podía escuchar retumbando violento. Yo estaba faltando a mi palabra, desobedeciendo a mis padres, pero, aunque debía asustarme, creo que por primera vez sentí esa emoción que te hace querer seguir probando lo prohibido.

Florencio inspeccionó la casita de esquina a esquina, pero fue educado y se reservó sus comentarios. Él desconocía que allí se podían pasar grandes momentos, sin lujos, sin bajillas caras, sin más que mi guitarra y las ruidosas risas de las damas.

Entramos y hallamos a Erlinda de espaldas, concentrada en la mesita donde a veces ponían comida.

—Traje chapulines, los hice yo solita —dijo orgullosa como cantando, pero no se volteó.

—Creo que llegamos temprano —pronuncié en voz alta para que ella nos prestara atención.

La mujer se giró de golpe, abrió más los ojos y se llevó una mano al pecho.

—¡Oh, por la Virgen Santísima! Creí que eras Chavelita.

—Perdóname —le dije y me le acerqué porque en serio se alteró —. Erlinda, te presento a mi amigo Florencio. —Lo señalé.

Florencio avanzó hacia ella y Erlinda le extendió la mano de inmediato.

—Un gusto. ¿Viene usted de la capital?

—De más al norte —respondió Florencio a secas y con una seriedad exagerada. Creo que se sentía incómodo.

Para mi buena suerte después llegaron Celina, Nicolás e Isabel. Pasaron quince minutos más que para mí fueron una eternidad y

Amalia no llegaba.

Yo me dispuse a afinar la guitarra en la esquina cerca de la puerta cuando mi estrella entró apresurada y con la falda revuelta. Yo me levanté para alcanzarla.

—Por poco y no me logro zafar —me dijo directo a mí. Respiraba agitada y las gotas de sudor delataron que corrió—. Lázaro está un poco enfermo y mi madre quería que lo cuidara. Le dije que solo saldría una hora. Tengo poco tiempo, lo sé, pero en verdad quería verte. —Su dulce voz hizo que todo lo malo se me olvidara. Aprovecharía esa hora lo más que se pudiera.

—El tiempo que tengas me basta —le susurré cerca de su oído para que solo ella lo escuchara.

—Ya, ya, vamos todos a probar mis chapulines —nos interrumpió Erlinda—, ni los norteños se salvan, ¡eh!

Ese convivio, aunque sin Amalia la mitad de él, lo disfruté. Fue revitalizador volver a experimentar la simpleza de una charla entre amigos. Aunque a Florencio sí lo noté aislado y pensativo.

Lo único que me dolió fue no poder ir a dejar a mi novia a su casa, pero Nicolás se ofreció a acompañarla unas calles por su seguridad.

Regresamos a mi casa pasadas las ocho. La cena ya esperaba. Mis dos hermanos y mis padres estaban sentados en la mesa.

—Esteban. —Mi madre soltó su cuchara y se levantó enseguida—, tu amigo debe estar hambriento. ¿Dónde andaban?

Me quedé mudo porque su pregunta me tomó por sorpresa, pero Florencio fue más ágil, dio un paso al frente e intervino.

—Su hijo me llevó a conocer el pueblo. —Puso una mano sobre su pecho—. Debo reconocer que es muy interesante.

—Sí, lo es. —Mi madre sonrió orgullosa y se adelantó hacia la cocina—. Siéntese en lo que traigo platos.

Ninguno de los dos tenía hambre porque habíamos comido los platillos de las muchachas, ellas se pusieron de acuerdo para presumir sus dotes en la cocina, pero hacerle el desaire a mi madre era inaceptable.

—¿Y qué fue lo que más te gustó del pueblo? —preguntó mi padre a Florencio con una atención inusual en él; incluso dejó de comer—. Dime, ¿cuáles fueron las partes más interesantes?

Los nervios aparecieron y se instalaron en mis dedos que temblaron al sostener el tenedor. Florencio tenía que ser muy convincente si yo quería evitarme un interrogatorio privado en que tal vez confesaría todo si me presionaban de más.

Para mi buena fortuna, un fuerte golpe en la puerta cortó la conversación.

—Ve a abrir —le ordenó mi padre a Sebastián.

Él se levantó a regañadientes y fue a pasos lentos a abrir.

Temía que mi padre retomara la pregunta, pero otro fuerte toque que retumbó nos alertó. Esperamos a conocer la identidad de la persona que llamaba, y me preocupé en serio cuando el que entró fue mi tío Vicente. Por lo pálida de su cara supe que traía malas noticias.

—¿Qué pasó? —Se levantó mi padre y se le acercó veloz.

Mi tío se quedó parado a media sala.

—¡Es Heriberto! —alcanzó a decir. Se notó que hizo un esfuerzo para que su voz no se quebrara.

Todos nos levantamos también y nos reunimos con ellos.

—¿Qué le pasó? —Mi padre lo sujetó fuerte de los hombros y le dio una sacudida que rayó en lo violenta.

La noticia que llevaba era una de esas que ya sabes qué es sin que la pronuncien, y que de todos modos necesitas escucharla para creerla.

Volteé a ver a mi madre y vi que ya llevaba una botella de mezcal y dos vasitos entre los brazos. Su resignación confirmó mis sospechas.

—Lo remataron —confesó mi tío y su cara se descompuso. Era incapaz de sostenerle la mirada a mi padre y se agachó para sollozar —. Entraron… entraron a su casa y le dieron varios disparos, más de cuatro. Uno en la cabeza… como a… —Ya no pudo seguir hablando.

—Amadeo —susurró mi padre con la cara encendida en ira, luego volvió a sujetar a mi tío y alzó la voz—. ¡¿Quién te dijo?! ¡¿Tú lo encontraste?!

—No. Fue la muchacha que le limpia la casa. Ella dice que lo encontró en un charco de sangre en el patio cuando llegó a dejarle la cena, hasta le mataron a la Pinta los muy desgraciados. Luego, luego se fue a avisarle a Celestino, ya ves que es el que vive más cerca de su casa.

Vi a mi padre inclinarse hacia un lado, su mirada pareció perdida y Sebastián se apresuró a ponerse detrás de él. Paulino y yo fuimos por dos sillas y los sentamos. Mi madre sirvió el mezcal y le dio un vaso a cada uno.

—Tómense un fuerte.

Ambos bebieron de un sorbo, ni siquiera hubo una mueca cuando el mezcal llegó a su garganta. Sus expresiones eran entre dolor y coraje.

—¡Malditos! —dijo mi padre en un tono de voz distinto, como si aguantara las ganas de llorar—. ¡Siempre sí se vengaron!

—Hilario y Celestino se fueron a ver al funerario —comentó mi tío ya más tranquilo.

—¡Funerario! —musitó para sí mi padre. Supongo que no podía creerlo todavía.

Ninguno de nosotros podía creerlo. De todos los que tenían para atacar, mi tío Heriberto era el menos peligroso, tal vez por eso lo

escogieron a él.

La puerta había quedado medio abierta y se movió de un jalón. Fueron solo dos segundos, pero por esos dos segundos temí que se tratara del asesino de mi tío. Solté el aire cuando vi que se trataba de Rogelio y su esposa.

Rogelio fue directo a abrazar a mi padre. Fue el único que tuvo el valor para hacerlo. Solo así él fue capaz de romperse como debe romperse alguien que ha perdido a un hermano.

El funeral de mi tío Heriberto, a pesar de todos los chismes que nos rodeaban, fue bastante concurrido. La gente llevó flores, veladoras, pan, café, atole… Llevar ese tipo de presentes era considerado una muestra de respeto al difunto y a sus seres queridos.

El cuerpo presente de mi tío en medio de su sala fue cuidado durante toda la noche. De niño no lo entendía, pero creo que esa costumbre permite a los dolientes el aceptar el duelo y, de alguna manera, aminorar la pena.

“Por suerte no dejó hijos y esposa”, “al menos no sufrió enfermo”, “se fue como un valiente”…, eran algunos de los comentarios de los presentes.

Recuerdo bien que vi a Amalia en la noche de la velada. Entró a la casa con un gran ramo de crisantemos y un velo negro cubriéndole la cabeza como era acostumbrado. Atrás de ella iban sus padres y hermanos. Deseé poder alcanzarla y ayudarla a cargar con ese pesado regalo, pero me contuve un poco, hasta que estuvo lo bastante cerca como para ser tomado como un favor.

Los dos sabíamos que no debíamos mirarnos de más o hablar en confidencia, así que solo presentó sus condolencias y se fue a sentar a una silla alejada.

Tuve miedo de que la presencia de Don Cipriano iniciara una incómoda discusión, pero mi familia sabía bien que en los funerales se respeta al difunto.

En mi padre y mis tíos vi cómo el dolor recorría sus cuerpos, pero se mantuvieron firmes. Desde muy pequeños nos enseñan que los hombres no debemos llorar, por eso aprendimos a hacerlo con los ojos secos.

Ya entrada la madrugada y con los cálidos rezos que sonaban al unísono, fui débil y acudí a Isabel para que me ayudara a tener un encuentro con Amalia. Ella accedió con recelo porque sabía muy bien que podía recibir un regaño si la descubrían.

La casa de mi tío tenía un patio que rodeaba toda la casa, así que Isabel nos ayudó a encontrarnos justo atrás, donde no se podía ver ni escuchar nada.

Mi amada estrella llegó con las piernas tambaleando sobre el

pasto y se abalanzó a mis brazos cuando estuvo cerca.

—Lo siento mucho —me dijo tan bonito que fue como un roce al corazón.

—Gracias por venir.

—Era lo menos que podía hacer, pero… —Giró a ver a los lados, nerviosa—, creo que debemos regresar o se darán cuenta.

No sé qué me pasó esa madrugada, o cuál era mi urgencia. Tal vez las emociones recientes me dotaron de un valor que pocas veces llegaba a mí.

Ella quiso regresar, pero se lo impedí con un jalón de su mano.

—Antes quiero pedirte algo.

—Dime. —Seguía observando atenta por si algún chismoso aparecía.

Masajeé sus dedos y lo dije sin rodeos.

—Prométeme, ¡júrame!, que me vas a esperar.

Amalia dio un paso hacia atrás y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Por qué me dices estas cosas? Me asustas.

Fue allí donde la sensación del llanto por fin llegó. Mi tío Heriberto fue el que me enseñó a ordeñar vacas. Él amaba a sus animales más que a nada, fueron su refugio cuando se quedó viudo, y ya no estaba. Ya no nos visitaría ni nos platicaría sus historias de juventud.

Lo único que deseaba era ya no perder a nadie más.

—Necesito saber que aguantarás. Que no vas a cansarte y a aceptar a otro. —Apreté sus dedos más de la cuenta—. Necesito que salga de tu boca.

Creo que ella comprendió que yo no estaba bien y no hubo reproches por mi brusquedad; por el contrario, se me acercó y con su suave toque en mi cara logré controlarme.

—Lo prometo, te voy a esperar todo el tiempo que sea necesario.

Escucharla fue suficiente para mí. Con nuestros labios que se unieron en un intenso beso cerramos el juramento.

Dos días después del entierro, nos encontramos toda la familia en la sala de mi tío porque faltaban los nueve días de rezos. Incluso estaba Florencio porque quiso quedarse para apoyarnos. Bebíamos una caliente taza de café en esa fría tarde cuando el tío Hilario decidió iniciar una conversación, aunque sentí que la mayoría solo queríamos beber en silencio.

—Los Carrillo están seguros de que a Amadeo lo mató uno de nosotros. —Dirigió su vista hacia mi padre que estaba a dos espacios de distancia—. No fue uno de tus hijos, ¿verdad?

La incomodidad en mi padre fue evidente.

—Pero ¿qué dices, hombre? Por supuesto que no.

—¿Ya les preguntaste? —continuó mi tío con su molesto tono de voz.

—No lo necesito, son mis hijos, confío en todos. —Dio un sorbo a su café, como minimizando sus insinuaciones—. Pregúntales mejor a los tuyos. Yo empezaría por ese hijo menor tuyo que es un verdadero dolor de cabeza.

No podía creer lo que mi padre respondió, pero agradecí que nos defendiera.

Mi tío Hilario se envaró y sus ojos se entrecerraron.

—¿Qué me quieres decir?

Rogelio decidió intervenir porque la gente comenzaba a llegar.

—Es un muy mal momento para pelear.

—Pues ya les puedo decir que el *asistonto* de Cipriano me avisó ayer que van a interrogarnos a todos, y eso incluye a los hijos. No sé cuándo, pero será pronto porque ya hubo dos muertes y la gente va a empezar a presionar al alcalde si no da respuestas.

—Estaremos listos —le respondió Rogelio antes de que mi padre retomara la discusión—. Gracias, tío, por el aviso.

La hoja de la cita para los interrogatorios llegó terminados los rezos. Por lo menos respetaron nuestro duelo.

Mi padre nos citó a los siete afuera de la biblioteca a las ocho de la mañana, y nos hizo entrar uno por uno. Pasé al final porque así lo pidió él.

Cuando llegó mi turno, lo vi parado con el papel apretado en una de sus manos. Percibí una gran preocupación en él.

—Hijo —me habló tal como me hablaba antes de toda esa locura, antes de que cambiara hasta de personalidad: con verdadero amor de padre—, ¿viste a alguno de tus tíos o hermanos cerca del muerto?

—No —le respondí enseguida.

—Si me estás engañando…

—No vi a ninguno, esa es la verdad. Ciro sabe que yo no fui porque me estaba cuidando en el teatro. Tengo testigos. —Mi mente proyectó a Amalia. ¡De ninguna manera la iba exponer a que la interrogaran!—. Quizá otro enemigo de los Carrillo aprovechó el pleito para que creyeran que fuimos nosotros.

Mi padre avanzó hacia mí y puso su mano en mi hombro.

—Cipriano nos tiene como los principales sospechosos. A ti te toca mañana. Solo responde con la verdad y estarás bien —vaciló un segundo—. Trata… Haz un esfuerzo, por favor, de verte seguro de lo que dices. Eso contará mucho.

—Así lo haré. Tenme confianza. No fallaré. —Pero en realidad no sabía si podría hacerlo.

Mi turno era a las doce del día. Me bañé temprano y estuve listo desde las diez. Florencio se ofreció a acompañarme hasta la alcaldía. Fuimos a caballo y allí descubrí que el montaba muy mal. La conversación que tuvimos en el trayecto me ayudó a relajarme.

Entré a la alcaldía quince minutos antes de las doce y ya estaban esperándome. Yo era el primero de mis hermanos en ser interrogado, así que no contaba con experiencias previas.

—El alcalde salió a una diligencia urgente —me avisó el asistente en cuanto me vio—, pero dejó encargado a Chito.

—¿Quién es Chito?

—Es el general —respondió a secas y se adelantó hacia un cuartito pequeño del fondo—. Pasa por aquí.

Me senté en la única silla que había y el calor se podía sentir intenso porque no tenían ventanas. A los dos minutos entró un hombre alto, atlético y con cara de pocos amigos. Vestía todo de negro y jugueteaba con una fusta.

Cerró la puerta y después dio una media vuelta en el lugar antes de empezar, como depredador asustando a su presa.

—Así que el quinto hijo de Anastasio Quiroga —dijo en tono burlón—. ¿Qué edad tienes?

—El veinte de enero cumplo veinte.

—Veinte años. ¿Y sabes disparar?

Tragué saliva lo más silencioso que pude.

—Poco.

—Si me mientes te voy a mandar a cortar esa mano que dispara poco, ¿me entiendes? —Mostró sus dientes al decirlo.

—Apenas me están enseñando.

—¿Quién? —Ladeó su cabeza y soltó una breve risa.

—Mi hermano Jacobo.

—¿Y él es bueno? ¿Es capaz de disparar a distancia?

Fue en ese instante en el que comprendí la preocupación de mi padre. Yo no solo podía ponerme en peligro, también podía poner en peligro a mis hermanos si daba las respuestas equivocadas.

—Es bueno… y dispara bien a distancia. Pero él no lastimaría a nadie.

—¿No es el que anda metido en peleas? —Se inclinó hacia mí y me observó tan directo que terminé por desviarle la mirada—. Escucha, si quieres que esto se termine, dime la verdad. ¿Quién mató a Amadeo Carrillo? —la pregunta la dijo gritando.

—No sé.

Sin que pudiera evitarlo, me dio un golpe con la fusta. El cuero fue a dar a mi cuello y parte de mi barba. La sangre salpicó mis piernas. Tenía ganas de levantarme, arrancarle la fusta y regresarle su agresión, pero sabía bien que eso podía salirme muy caro. Lo único

que pude hacer fue tapar la herida con mis dedos.

—¿Quién mató a Amadeo Carrillo?

—¡No sé! —volví a responderle—. Es la verdad.

El tal Chito me jaló de la camisa y su desagradable aliento estuvo tan cerca que me asqueó.

—Si descubro que tienes algo que ver me va a encantar arrancarte uno de esos presumidos ojos.

Vi que su mano se elevaba para darme otro golpe, pero el toque de la puerta me salvó.

Chito quitó enfadado la madera que atrancaba la puerta y fue don Evelio quien entró a la pequeña habitación.

No sabía si sentir alivio o más preocupación al reconocerlo.

—Retírate —le ordenó sin siquiera saludarlo—, me toca a mí.

—Sí, señor. —A pesar de ser el general, la presencia del hombre lo empequeñeció y se fue del lugar sin decir más.

—Tú, tráeme otra silla —le pidió al asistente.

Este entró casi corriendo, dejó la silla y entrecerró la puerta.

El hermano del alcalde se sentó justo frente a mí y antes de hablar me dio un pañuelo. Cubrí con la tela la cortada que me ardía como si me estuviera quemando.

—El salvajismo no es mi método, así que no temas.

—Don Evelio, yo… —quise hablar, pero él me interrumpió.

—Conmigo quiero que seas sincero. La pregunta es simple: ¿sabes quién mató a Amadeo?

—No, no sé. Yo estaba en el teatro con… —Tocar el tema de mi fallo con él era lo que menos quería, pero hizo acto de presencia apenas iniciamos—, su sobrina.

—Mi sobrina. Sí, mi hermosa sobrina. —Por un segundo sentí que me acusaba con solo verme—. Ella ya me contó lo que pasa entre ustedes. Lamento que tengan que llegar a eso, pero no voy a oponerme mientras la respetes, tú me entiendes cómo. Y en cuanto este asuntito termine, quiero que se casen y te la lleves de aquí, esa no es opción. Si vuelves a fallarme voy a dejarte unas dos horas a solas con Chito. Espero que esta vez sí cumplas tu palabra.

—¡Lo haré! —El juramento que Amalia me hizo respaldó mi promesa y logré sonar convincente.

—¡Hechos, Esteban, hechos! —Se levantó y abrió la puerta—. Ahora vete y envía mis disculpas con tu padre por lo de tu cuello. No se repetirá con ninguno de tus hermanos.

Bésame mucho

Nueve días y nueve noches duró el novenario. Nueve días en los que la sed de venganza de mi familia se multiplicó. En los que, en lugar de entregarse al sagrado rezo, planearon un asesinato. No escogieron a quién, pero se pusieron varios nombres sobre la mesa.

Se dice que esos días son dedicados para que el espíritu del difunto sea recibido en la gloria de Dios y asegurar su descanso; yo creo que mi tío Heriberto se perdió en el proceso.

Después de mi desafortunado interrogatorio, mi madre curó la herida del cuello con ungüento de petróleo. Mientras lo hacía profería maldiciones a diestra y siniestra. Para mi buena suerte, la abertura de la piel fue más pequeña de lo que imaginé. Aun así, ella me pidió insistente que reposara.

Al día siguiente, Florencio tocó mi puerta apenas amaneció.

—Amigo, me vengo a despedir —dijo con una seriedad exagerada cuando se sentó a mi lado—. Las clases empiezan a finales de enero, ¿regresarás?

Me acomodé sobre la cama porque si mi madre me veía de pie la haría enojar.

—No creo —le respondí con el corazón estrujado—. Tenemos la orden de no salir del pueblo.

La escuela para mí significaba más de lo que mi familia sabía, y dejarla me destrozó el orgullo.

—Lamento escucharlo.

—Antes de que te vayas tengo que agradecerte todo lo que hiciste por mí y por mi familia. Eres un buen amigo.

Florencio demostró, durante esos confusos días, que me estimaba de verdad. Lo vi hasta repartiendo pan y café a los que tuvieron la cortesía de acompañarnos.

—¡Amigo! —pronunció como para sí y luego me observó. Pocas veces se le veía titubear, pero en esa ocasión hasta una de sus manos temblaba y con la otra la apretaba para disimularlo. Antes de hablar miró hacia el suelo—. Sí, somos amigos, y por eso tengo que confesarte una gran vergüenza.

—¿Qué es? —me levanté de la cama porque temí que fueran malas noticias.

—Espero que no me juzgues.

—Dime ya —le pedí, un poco desesperado de que estuviera con rodeos.

—Debes saber que… —Se tocó el pecho y respiró profundo—. Ha llamado mi atención una mujer… una mujer de este pueblo.

—¿Quién?

—Es… —quiso hablar, pero no pudo porque perdió el aliento.

Me senté sobre la cama, a su lado, y le di una palmada en la espalda.

—Tranquilo. Solo dilo y ya. Que te guste otra no tiene nada de malo.

Florencio volvió a respirar, y esta vez sí salieron las palabras de su boca, aunque no muy claras.

—Es que esa es la cuestión. No solo me gusta, ya la estoy pretendiendo.

Volví a levantarme y le di la espalda. Lo que confesó era lo que menos me esperaba.

—Amigo, esto es serio. ¡Tú ya estás comprometido!

—¡Lo sé, lo sé! Pero caí en sus encantos. ¿Qué tienen sus aguas que las vuelven tan interesantes?

Por más que rememoré, no di con la culpable de su arrebato.

—¿Me vas a decir quién es? —le dije mirándolo a los ojos.

Él se sonrojó como pocas veces. Se trataba de ese tipo de rubor que solo aparece cuando los sentimientos se desbordan por el cuerpo.

—Se trata de tu amiga, esa de las mejillas rosadas y cabello ondulado. La de la mirada chispeante y energía contagiosa.

—¡¿Erlinda?! —pronuncié incrédulo porque de todas las posibles candidatas, ella era la que menos imaginé.

Florencio asintió y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero es que ella es… Y tú eres tan… —En mi mente, ellos dos eran incompatibles.

Mi buen amigo aclaró la garganta y supe que todavía no terminaba de decirme todo.

—Tienes que saber que aproveché los rezos de tu tío para acercármele. Ella no rechazó mi cortejo. Ayer hablé con sus padres y les dije la verdad. Les prometí que me iría cuanto antes para romper mi compromiso y que vendría enseguida a pedir la mano de su hija. —Sospecho que el verme mudo lo incomodó—. ¿No vas a decir nada?

Por experiencia sabía que don Evelio era un hombre conciliador y comprensivo, al grado de consentir que su sobrina se viera a escondidas con un hombre. Pero de eso a que su hija, su consentida hija, tenga un pretendiente ya comprometido, me parecía demasiado hasta para él.

—Es que… es inesperado. Ya pensaste que la familia de tu todavía prometida puede hacerte algo por la ofensa que quieres cometer.

Florencio resopló.

—No me importa. No la quiero, ¡nunca la quise! Es un arreglo por conveniencia, pero no existe amor de por medio. —De pronto su voz sonó más personal—. ¿Te crees el único que quiere sentirse querido por su esposa?

¡Tremendo golpe bajo que me dio! Yo no tenía derecho de juzgar sus acciones cuando las mías tampoco eran las mejores.

—No. Por supuesto que no. —En ese instante pensé en Amalia y en todo su encanto que me había llevado hasta ese punto. Sin duda volvería a hacer lo mismo con tal de tenerla conmigo—. Te entiendo más de lo que imaginas, después de todo, Erlinda también es una Bautista.

—¡Esas Bautista! Nos tienen vueltos locos.

Los dos sonreímos.

—Pero vale la pena, amigo.

—Sí que lo vale. —Se levantó de la silla y caminó hacia mí—. Conseguiremos lo que queremos, ya verás. —Extendió su mano—. Debo irme ya. No quiero alargar más el momento.

Nos dimos un fuerte apretón de manos y después él se dirigió a la puerta.

—Permíteme acompañarte. —Fui detrás de él.

—¡De ninguna manera! —Se giró, me sujetó por los hombros e hizo que retrocediera—. Tu madre me reclamará si dejo que lo hagas. Sé llegar solo, no tengas pendiente. Nos volveremos a ver más pronto de lo que piensas. —Antes de salir me observó por un momento con su cara llena de emoción—. Mejórate.

El resto del día la pasé pensando en ellos dos. Imaginarlos juntos cada vez se me hacía menos raro y, si todo nos salía bien, terminaríamos siendo familia.

Después de que Florencio se fue, comencé a preocuparme porque no recibía noticias de mi estrella. ¡No llegaba nada! ¡Ni una sola carta o al menos una nota! Ir a verla no era opción, así que tuve paciencia. Las horas pasaban lentas y el mensajero al que le pagaba no apareció en dos largos días. La preocupación me superaba, pero no podía permitir que se dieran cuenta, así que dediqué mi tiempo revisando las cuentas que el administrador del negocio me enviaba.

—Te hablan —me avisó Sebastián por la tarde, pasadas las cinco.

Yo estaba a punto de darle un baño a Genovevo. El muy cabrón se metió a un charco de lodo y se manchó tanto que parecía ser negro.

—¿Es el mensajero? —Solté la cubeta que cargaba y alcancé a mi hermano.

—No. Es la señorita Ramírez.

«¿Qué hace Celina aquí?», me pregunté. Ella dejaba que Nicolás

se encargara de tratar conmigo.

Fui rápido a cambiarme las botas y me dirigí a la sala donde supuse que estaría.

Encontré a Celina charlando con mi madre como si fueran grandes amigas. Ambas estaban sentadas en el mismo sillón y frente a frente.

—Chule —la llamé por su apodo cuando estuve cerca—, ¿para qué soy bueno?

Las dos me miraron y se rieron. En definitiva, no quería saber de qué hablaban. Mi madre constantemente nos dejaba en ridículo al querer presumirnos.

—Le decía a tu mamá que necesito que alguien me ayude a subir un mueble que acabo de comprar. Mi empleado no puede solo porque es muy pesado.

—¿Y Nicolás?

—Regresó a su pueblo por asuntos de trabajo. Va a volver dentro de dos semanas.

Celina se veía distinta, como más desenvuelta. Quizá Nicolás la estaba contagiando de su buen ánimo.

Descolgué mi sombrero del perchero, dispuesto a auxiliarla, aunque me pareció extraño que recurriera a mí y a otro familiar.

—Claro que sí. Vamos.

—Fue un gusto, señora —se despidió de mi madre.

Allí comprobé que Celina era la clase de mujer que cualquier madre quisiera como nuera. Ojalá la hubieran elegido para esposa de otro de mis hermanos. Me habría agradado tenerla como cuñada.

Apenas salimos de mi casa, la Chule se sujetó de mi brazo y me habló en voz baja.

Tuve que agacharme para escucharla.

—Mentí porque estaba tu mamá. Es Amalia la que quiere verte.

—¿Por qué no mandó al mensajero?

—No sé, pero supongo que ella te va a explicar. Iremos en la carreta de mi papá. No quiero caminar porque me lastimé el tobillo y todavía me duele.

Aunque no comprendía bien lo que pasaba, me reservé las preguntas. Después de todo, Celina solo estaba haciéndonos un favor y de paso se arriesgaba a que sus padres, tan estrictos, la reprendieran.

Me subí a la pequeña pero cómoda carreta de los Ramírez después de ella. Arriba ya se encontraba su chaperona, una dama joven dedicada a cuidarle los pasos. Seguro los Moreno no quería fallas.

Llegamos a su casa en menos de cinco minutos y la ayudé a bajar porque vi que sí era verdad que su pie estaba lastimado. Se notaba hinchado y rojizo.

—Pasa. Ella todavía no llega. —Abrió la bonita puerta de madera

tallada y, sin que se diera cuenta, resbaló con una piedra húmeda y se tambaleó.

Me apresuré a sostenerla porque estaba a punto de caerse. De reojo vi a su chaperona que aceleró el paso hacia nosotros.

—¡Cuidado! —le dije cuando la tuve a salvo.

Su cuerpo quedó por completo sobre mis brazos y vi que sus ojos se abrieron de par en par por el susto. Era tan menuda que parecía que sostenía a una niña—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias. —Cuando cayó en la cuenta, trató de zafarse, pero volvió a caerme encima—. Este torpe pie. Lo siento, yo… —Sonaba agitada y al mismo tiempo avergonzada.

—Buenas tardes —se escuchó decir como un susurro y supe enseguida de quién era la hermosa voz.

Con cuidado ayudé a la chule a quedar de pie su chaperona le prestó su hombro para sostenerse.

Los cuatro nos apresuramos a entrar a la casa porque en plena calle no podían vernos juntos.

—Les daré privacidad —nos dijo Celina en el recibidor—. Iré a comprar un buen ungüento y tal vez pase a recoger unas telas. Si quieren pueden hablar en el jardín trasero. Nicolás lo remodeló a mi gusto y me encantaría que lo vieran.

—Ve con cuidado —le dijo Amalia a Celina—. Y gracias de nuevo.

—Para eso somos los amigos. —Después salió a pasos lentos con ayuda de la señorita que la cuidaba.

Lo primero que hice fue quitarme el arma y la puse sobre una mesita de la entrada porque no quería portarla mientras estaba con mi amada.

El aroma de su perfume me envolvió. pero al voltear a verla, la noté seria y jugueteaba con su rebozo de colores.

—Y dime, ¿salvas muy seguido a otras mujeres? —se apresuró a preguntarme de una forma que sonó casi como un reclamo.

—¡Oh! ¡No, no! —Me le acerqué de inmediato—. Es que se resbaló y yo estaba cerca, y…

Amalia se rio y yo solté un respiro. Lo que menos quería era hacerla enfadar o que creyera cosas equivocadas.

—No hablaba en serio. —Aprovechó la cercanía, sostuvo mi muñeca y me jaló—. Vente, vamos al jardín, quiero verlo. Celi habla todo el tiempo de él.

Como si hiciera una travesura, me llevó hasta el fondo de la casa. Entramos al jardín. Teniendo en cuenta las dimensiones de nuestro patio, ese era pequeño, pero lleno de flores de todos colores. Al final se alzaba un pequeño y elegante kiosco. Solo los había visto en la capital, en el pueblo no se acostumbraba construirlos. El de la casa de Celina era gris con tejas coloradas y me pareció sencillo pero elegante.

Amalia me sigue jalando hasta que entramos allí. Como estaba un poco elevado, podíamos apreciar mejor todo el jardín. Nadie podría encontrarle error al orden que imperaba. Cada planta y decoración fue puesta con cuidado. Pero para mí, la flor más bella era la que tenía a mi lado. Mi amada estrella. Ella se abrazó a una columna de la construcción y cerró los ojos. Yo pienso que admiraba los dulces perfumes de las rosas que se encontraban a los pies de la construcción.

—¿Por qué no mandaste al mensajero? —la cuestioné apenas salió de su estupor.

—Porque me urgía verte y él no pasa después de las dos. Tengo que decirte que voy a salir del pueblo.

—¿Cuándo? —Me acerqué a ella y la rodeé con una mano, como si con es evitara que se fuera.

—Hoy mismo, en dos horas. Ya tengo mis cosas listas. Me apuré para poder verte. Mi hermano Lázaro volvió a recaer y a la curandera se le terminaron los remedios. —Su hermano menor tenía apenas seis años—. Nos recomendó que consultáramos con un médico de niños, y el más cercano está en la capital. Nos vamos a quedar con una prima de mi madre. Según sé, estaremos fuera uno o dos meses, depende de cómo avanza su enfermedad. —Dio un paso hacia atrás y de su refajo sacó un papelito que me entregó—. Esta es la dirección, por si quieres escribirme. —Toda su calma se esfumó y pareció mortificada. Sujetó mis dos manos entre las suyas y me observó—. Y dime, ¿me extrañarás?

—¡Muchísimo! —Sentirla tan cerca me llevó a cargarla para tener su rostro frente al mío—. Te escribiré tanto que te hartarás de mí.

—Jamás me hartaría de ti —murmuró antes de darme un beso.

Estar solos, allí, en un lugar tan hermoso, con el sol que brillaba tenue, con el olor dominante de los laureles, con la mujer que amaba, era para mí como una prueba de resistencia que estaba por fallar.

Sus húmedos labios me besaron tanto que no sé cómo fue que terminamos recostados sobre el suelo. Fui cuidadoso y su cabeza quedó recargada en mi brazo para que no se lastimara. Los lentos besos continuaron, besos que después de un rato ya no fueron suficientes. En su blusa había un bonito listón morado, y en medio del calor que nos controlaba, lo jalé despacio. La tela se abrió un poco, pero fue suficiente para deleitarme con el nacimiento de sus pechos. Éramos dos cuerpos jóvenes sedientos de placer, con la mente nublada por el deseo de conocer así el amor, ansiosos por morder esa manzana prohibida que nos seducía con su rojo pasional.

Sus dedos desabotonaron mi camisa y me tocó el vientre. El calor de su piel sobre la mía causó un irreconocible estremecimiento.

Ninguno sabía cómo se hacía, pero nos dejamos guiar por el instinto.

Con cada roce, con cada probada de sus labios y su suave cuello, me olvidaba de las promesas hechas, me olvidaba de respetarla.

Yo quería desatar los listones de esa amplia falda azul celeste y explorar su cuerpo a detalle. Quería consumar el amor que nos teníamos. ¡Pero no lo hice!

La cara de don Evelio se proyectó en mi cabeza y me devolvió a la realidad.

—Es mejor que paremos —le dije lo más calmado que pude a pesar de que me faltaba el aliento.

—No quiero. —Ella hizo caso omiso a mi endeble petición y trató de quitarme el cinturón—. ¿Tú quieres?

Despacio me alejé y evité que continuara. Era un mal necesario.

—No, pero sí debemos. Por favor, no es correcto.

Amalia se notó confundida, pero aceptó. Se sentó y tardó un minuto en decirme algo.

—Sí, sí, tienes razón —susurró y luego se tapó la boca—. ¡Qué vergüenza!

—¡No, no! Perdóname tú a mí. —Besé su frente y casi puedo asegurar que eso ayudó a que se relajara.

Nos quedamos recostados, viendo hacia la cúpula.

Yo solo podía pensar en cómo sería nuestra vida juntos. Como haríamos también un bonito jardín, como tendríamos hijos que rompieran los rosales, como me prepararía esa comida que mi madre decía que era salada, como nos entregaríamos sin miedo a equivocarnos.

—Anoche tuve un sueño y fue muy bonito —me confesó después de un rato de sublime silencio.

—¿Qué soñaste?

—A ti. —Sus chispeantes ojos me contemplaron—. Soñé que me llevabas lejos de aquí, a un lugar donde no existía el mal.

—No creo que haya un lugar así.

—Supongo que no —sonó decepcionada.

Aunque no lo dijera, sentía en ella un poco de vacilación.

—¿Te pasa algo que yo no sepa?

—No. Es que tengo un presentimiento que no me deja en paz… —Se tocó el pecho y se quedó pensativa. Cuando reaccionó, se levantó a prisa. El tiempo corrió tan rápido que no se dio cuenta de que era hora de irse—. Pero no me hagas caso, es una tontería. —Antes de dar un paso hacia adelante, me dio un beso rápido—. Escríbeme mucho. ¡Ah! —Levantó un dedo—, y también procura no salvar a otras mientras no estoy.

Solo pude reírme un poco.

—Espero que tu hermanito mejore pronto —le dije antes de que se fuera.

Yo decidí salir después y me quedé un rato más en el jardín. Una vez que empezó a oscurecer, me di cuenta de que hasta la flor más bella puede parecer hostil cuando la luz deja de iluminarla.

Transcurrieron quince días con una tranquilidad que me ponía nervioso. Ninguna discusión, ninguna noticia de la alcaldía, ni siquiera Florencio daba señales de su regreso. Al dieciseisavo día sentí a mi padre intranquilo. Nos mandó a dormir antes de las nueve y no probó su cena; algo que ni por error hacía porque mi madre se molestaba con él.

Di varias vueltas en mi cama. No podía conciliar el sueño, aunque ya pasaba de la media noche, así que me levanté para escribirle a Amalia. Como se lo prometí, le escribía a diario una carta. Apenas había sacado un pedazo de papel de mi cajón, cuando escuché una puerta abrirse. Me asomé con cuidado para averiguar qué pasaba, y vi a mi padre que salía furtivo de la casa. Esta vez no llevaba un revólver, sino una escopeta.

Mi corazón se aceleró porque esas no podían ser buenas noticias.

Me puse la ropa y los zapatos lo más rápido que pude, tomé mi arma y salí para alcanzarlo. Él ya no estaba. Corrí sin dirección, pero tuve la buena suerte de encontrarlo a cuatro calles adelante.

En medio de la oscuridad de la calle, reconocí tres siluetas envueltas en sarapes que caminaban hacia él. Mi padre se les unió. Allí confirmé que se trataba de sus tres hermanos.

Aceleré el paso todavía más, hasta que estuve lo bastante cerca para que me vieran.

—¿A dónde van? —les pregunté con la respiración acelerada.

—A cobrar una deuda —me respondió mi tío Vicente y levantó su revólver.

—¿Qué deuda y por qué a esta hora?

Mi tío Hilario fue directo hacia mí, con esa presencia que me intimidaba, y me habló con voz grave y susurrante.

—Vamos a mandar a la tumba a Boris y a Baltazar Carrillo. ¿Estás contento con mi respuesta, niño? Los dos están escondidos como cobardes en la casa de Baltazar. —Soltó una carcajada. Ni siquiera le importó que en las casas aledañas lo escucharan—. ¡Ja! ¿Qué te parece? Dos pájaros de un solo tiro.

Me acerqué a mi padre porque él era el que me importaba. Era mi obligación persuadirlo de regresar a la casa y olvidarse de venganzas.

—¿Hasta cuándo van a seguir? Si hacen eso, los hijos tomarán venganza.

Mi tío Hilario se interpuso entre los dos.

—¡No digas pendejadas, sobrino! Boris tiene puras hijas, y los hijos de Baltazar ni viven aquí. El muy cabrón tuvo dinero suficiente

para mandarlos al extranjero. Dinero que pudo ser nuestro. Seguro ni saben que su padre anda metido en líos.

Mi tío Celestino no decía ni una sola palabra, y mi padre tampoco.

—¿Y Rufino, Justo y Ciro? —me apresuré a rebatir—. Son hijos de don Amadeo. Ellos tienen un buen motivo para vengarse porque les estarían confirmando que nosotros sí matamos a su padre. ¡Piénsenlo bien!

—Sabía que tu hijo era un cobarde, Tacho, pero no pensé que tanto —se mofó mi tío Hilario.

Lo hice a un lado porque me cansó que se metiera. Si él quería morir, no sería yo el que se lo impediría.

—¡Papá, tú no eres un asesino! —le imploré—. Mi madre no soportaría verte tras las rejas. ¿Ya pensaste en ella?

Creo que removí los sentimientos de mi padre y dudó, pero la presión impuesta por sus hermanos era demasiada.

—Regrésate a la casa —me dijo sin verme a la cara—, y cuidadito y le abres la boca.

Mi tío Hilario se rio complacido.

—Ya sabes lo que dicen —intervino mi tío Vicente—, muerto el perro se acabó la rabia.

Los cuatro me dieron la espalda y avanzaron armados hacia la casa de Baltazar Carrillo.

Fingí que obedecía la orden de mi padre. Ya conocía la casa de don Baltazar porque años antes nos compraba calzado para su esposa. Le gustaba regalarle los modelos más nuevos. Para su desgracia, ella lo dejó para irse con un hombre joven de la costa el año pasado.

Al dar la vuelta en la esquina tomé una ruta diferente. Explorar los diferentes atajos del pueblo era mi pasatiempo en la niñez y la adolescencia. Me gustaba evitar a las personas. Jamás imaginé que en la adultez eso me sería de gran ayuda.

La casa de Baltazar Carrillo se ubicaba en el lado sur del pueblo. Era grande, de ocho habitaciones según sabía, incluso tenía un establo envidiable, corrales de animales y más adelante amplios sembradíos.

Llegué al mismo tiempo que ellos, pero me fui por el monte que tapaba el lado izquierdo.

Apenas e iluminaban su entrada con dos antorchas que de poco servían

Decidí quedarme detrás de una leve pendiente para que no me detectaran. No podía ver nada, pero escuchaba todo.

—Baltazar —gritó una voz potente que supe que era de mi tío Hilario—, sal de tu escondite, cobarde.

Alguien le dio varios golpes violentos a la madera de la puerta.

Rogué porque los Carrillo no estuvieran o decidieran no salir,

pero eran lo bastante bravíos como para confrontarlos.

En cuanto sonó que abrieron, se escuchó un disparo. Ni siquiera les dieron la oportunidad de hablar y tiraron a quemarropa. No hubo discusiones, insultos, acuerdos, la misión era acabar con sus vidas. ¡Luego sonó otro, y otro, y otro! Con cada estruendo mi corazón y mi cuerpo entero saltaba desesperado. La tierra debajo de mis pies se revolvía por mis movimientos involuntarios. Tuve que taparme la boca para no echar afuera la cena. Perdí la cuenta después de ocho balazos. Luego sonó uno más y sobrevino el silencio. Aguardé allí unos cinco minutos por precaución, pero ya no hubo nada, solo el sonido de los grillos que ignoraban lo que acababa de pasar.

No quería asomarme, pero me obligué a hacerlo. Despacio moví un poco la cara para que no me ubicaran, podían confundirme y dispararme a mí también.

Logré ver dos cuerpos que yacían sobre la tierra y traté de enfocar la vista. No quería saber si uno de ellos era mi padre.

Por la complexión y altura de las víctimas, supe que no se trataba de ninguno de mi familia. Los Carrillo eran más bien de estatura media y robustos.

Sé que mi padre y mis tíos pensaban que arreglaban todo quitándole la vida a Boris y Baltazar, pero yo pensaba que solo lo empeoraban.

Estaba por irme, cuando me di cuenta de que uno de ellos se levantó. No sé bien quién era, pero en definitiva no estaba muerto.

Pasaron varios pensamientos por mi mente. Tenía un arma, tenía el ángulo, el anonimato y la oportunidad de terminar con lo que mi familia empezó.

Si quería hacerlo, debía darme prisa.

Desenfundé el revólver, lo sostuve entre mis manos, pero temblaban tanto que no estaba seguro de poder darle.

Mi dedo se posó sobre el gatillo. A pesar del frío el sudor mojó mi frente. El hombre caminaba despacio y errático y se apretaba el vientre con sus dos manos. Yo contaba con tiempo suficiente para darle más de un tiro si el primero fallaba.

Si lo mataba, salvaba a mi familia, pero me convertía en un criminal. Si no lo mataba, condenaba a los míos, pero podría dormir con la consciencia tranquila.

Con un pulso mediocre, lo apunté. El aire en mis pulmones se negaba a salir y un mareo me atacó. Mis ojos se mojaron en lágrimas de miedo, de un miedo auténtico y profundo.

Si hubiera sido otro de mis hermanos, no lo habría dudado, pero yo no era como ellos, jamás lo fui. Quizá me faltaba valor y, después de hacer un recuento rápido de las consecuencias que caerían sobre mí si me descubrían, elegí que era tiempo de ser egoísta y salvarme.

Contigo en la distancia

Regresé a la casa y no sé bien cómo lo hice. Mis pies se movían solos. Me encontraba en un estado perdido entre el miedo y la desilusión de darme cuenta de que mi familia era igual a quien tanto juzgaban. Para mi buena suerte llegué antes que mi padre y lo primero que hice fue encerrarme en mi cuarto. Puse la tranca para que nadie pudiera entrar. ¡No quería ver a nadie!

Boris y Baltazar tenían familia cada uno, y no consideraron el sufrimiento que causarían al arrebatarles la vida. No pude ver quién de los dos sobrevivió, y tampoco estaba seguro que resistiría. Quizá solo logró entrar a su casa y cayó muerto; eso es lo que más deseaba que pasara. Estaba mal, pero prefería que sucumbiera a las heridas.

Esa noche no pude dormir. Mis ojos se negaban a cerrarse. Mi cuerpo entero vibraba y por ratos sentía que lo que pasó fue una pesadilla. Una horrible pesadilla de la que quería despertar.

Al día siguiente me levanté de la cama apenas salió un tenue rayo de sol. Necesitaba hablar con alguien. Pensé que mi madre ya estaría preparando su café, pero no la vi cuando salí al patio.

Se sentía todo tan diferente, incluso los pájaros no cantaban como de costumbre. El frío calaba tanto que mi piel se erizaba con cada brisa que corría. Me acerqué a Genovevo y él puso su cabeza sobre la mía mientras le quitaba la cuerda.

—Gracias, amigo —le dije con voz quebrada y jugueteé su pelaje antes de montarlo.

En otras circunstancias, el primero al que acudiría sería a Rogelio, pero él no podía enterarse de lo que vi al desobedecer. Así que elegí a mi hermano Anastasio. Su casa se encontraba del otro lado del pueblo y tomé el camino largo para rodear. Amaba sentir esa libertad que solo puede brindar el montar, es como si se pudiera descargar todo el miedo, el recelo y el dolor por medio de los galopes.

Llegué a casa de mi hermano y toqué despacio. Me abrió su esposa Silvia que ya estaba levantada. A pesar de estar envuelta en un grueso rebozo ya se le podía ver su vientre crecido por la criatura que venía en camino, y como era tan delgada y chaparrita resaltaba más.

Anastasio y Silvia eran esa clase de esposos que se hablan poco, pero que se entienden sin necesidad de decírselo. Creo que nacieron para estar juntos. Apenas la conoció en los bailes de julio, quedó

enamorado de ella. Se casaron al año siguiente. Su boda fue un gran evento de tres días donde no se escatimó en nada. Recuerdo que la gente se fue tan ebria, despeinada y alegre que se habló de ello por semanas.

La familia de Silvia se dedicaba a la siembra y gastaron una parte importante de dinero para entregarla con bombo y platillo.

—Esteban, pásale —me dijo y se hizo un lado para que entrara—. Hace frío y no traes con que abrigarte.

—Gracias.

Su casa era de adobe y sencilla, con solo una habitación, una pequeña librería que también servía como espacio para que mi hermano organizara sus cuentas, una cocina y una sala-comedor. Eso sí, en su boda recibieron muebles de todo tipo y supieron acomodar para que se viera bonita. Era tradición en el pueblo hacerlo. Poco a poco mi hermano iba agrandando más la construcción porque les sobraba terreno. Silvia comentó alguna vez que ella se conformaba con tener un techo y comida caliente.

—Ya está listo el desayuno. Vente, vamos a comer —me invitó a pasar a su mesa para cuatro personas—. Ahorita viene Tachito. Ten, ponte esto. —Puso un sarape azul sobre mis hombros—. Te vas a enfermar si no te cuidas.

—¿Ya pensaron en nombres? —Señalé su vientre.

Ella estaba en la esquina que acondicionaron como cocina y servía en un plato.

—Todavía no nos decidimos —me respondió con su aguda voz que me causaba tanta gracia—. Tachito quiere conservar el nombre de Anastasio si es varón, pero si es mujercita yo quiero que se llame Florecita, y a él no le gusta.

—Si te hace sentir mejor, a mí me gusta como suena Florecita.

—¡Qué atento eres! —Con cuidado dejó frente a mí el plato y regresó para servir más.

Anastasio entró a la casa por la puerta trasera y supuse que había ido al baño.

—Hermano, ¡qué milagro que nos visitas! —Su cara fue de sorpresa real y me sonrió.

—Vine porque necesito preguntarte algo, y también para saludarlos.

Mi hermano se sentó a mi lado y me dio una palmada en la espalda. Se notaba tan tranquilo que me sentí culpable por perturbar su paz.

—¿Te parece si primero comemos y después platicamos?

—Por supuesto.

Silvia terminó de servir y también se sentó.

Comimos un tasajo acompañado de un guacamole tan delicioso

que me comí dos tortillas con él.

Anastasio era solo un año mayor que yo, pero tenía todo lo que apenas y soñaba.

Terminamos de comer y conversamos un poco. Silvia se fue a descansar porque se sintió mareada, y mi hermano y yo nos levantamos para que me mostrara los avances de sus tomates.

El pasillo de su terreno se decoraba a los lados por el brillante rojo de los tomates. Mi hermano acarició uno y pensé que le daría un beso.

—Por ese lado vamos a sembrar frijol —me dijo orgulloso y siguió caminando a pasos lentos—. Ahora sí, dime esa duda que te trajo hasta acá. —Me inspeccionó con cuidado—. Te ves pálido, ¿estás enfermo?

Negué con la cabeza, pero en realidad sí me sentía enfermo, aunque no del cuerpo.

—Yo quería saber si tú… sabes… —vacilé de nuevo y mi garganta se cerraba. Necesitaba arreglarla lo más pronto posible. Respiré, cerré los ojos y así pude seguir hablando—. ¿A cuál de los tres hermanos Carrillo consideras el más peligroso? Contando al difunto.

—Esa es una pregunta rara. —Entrecerró los ojos. Él era el único de mis hermanos que los tenía más verdes que azules, y cuando no le daba suficiente luz, parecían cafés—. Pues, a Amadeo le tenían respeto porque sabía caerle bien a la gente. Era de esa clase de hombres que hace cosas malas, pero que es tan amigable que lo dejas pasar. —Soltó una rápida carcajada—. A Boris ya lo conocen como el que lanza amenazas y nada cumple, creo que es el más inofensivo. Y Baltazar Carrillo, ese es el peor. Dicen que hasta a sus animales tortura… Lo que sí es que los tres andaban metidos en negocios sucios. —De un momento a otro se detuvo y se giró para verme de frente—. ¿Por qué quieres saber eso? ¿Sabes algo que no me has dicho?

Nos quedamos detenidos, en medio de los tomates y todas esas hojas verdes.

—No —le respondí, pero fui poco convincente. El tono de mi voz fue débil.

Mi hermano me miró incrédulo.

—O me dices o voy y le digo a Rogelio.

Él sabía que frente a nuestro hermano mayor no podíamos mentir, y el muy cabrón lo usó para sacarme la verdad.

—¡No, no, no! ¡A Rogelio no! —le dije de inmediato—. Está bien, te voy a decir, pero mantenlo en secreto. —Respiré hondo y lo dejé salir—: Nuestro padre y los tíos atacaron a Boris y a Baltazar.

Sabía que darle los detalles de lo que vi lo alteraría, y quizá se iría corriendo a buscar a papá para advertirle. Todos me odiarían por no dar el tiro de gracia. De ninguna manera iba a permitir que se

supiera.

—Ya me lo esperaba —aseguró, pero por su expresión me di cuenta de que sentía la misma decepción que yo.

—Traté de evitar que lo hicieran, pero no pude.

Anastasio se quedó mirando hacia la nada, tal vez pensando en lo que vendría para la familia.

—Y no tenías por qué hacerlo, eso no te corresponde. —Me dio otra palmada en la espalda—. Bueno, ni modo. Si no hay testigos, estamos bien. Vamos a esperar que se corra la noticia. El alcalde no puede encerrar a nadie sin pruebas.

—Sí, toca esperar. —El sudor corrió por mi frente y sentí fría la cabeza.

—Y tú duerme más. —Sonrió y con eso rompió toda la tensión—. Pareces espanto con esa cara que te cargas.

Los dos nos reímos.

Mentirle a mi hermano fue difícil, pero la idea de perder definitivamente a Amalia y perder el respeto de la gente me pareció insoportable.

Regresé a la casa. En el transcurso de vuelta sospeché que, al llegar, me toparía a don Cipriano y su gente, dispuestos a llevarnos a todos presos. Mi corazón latía tan rápido que solo pudo calmarse cuando llegué y encontré a mi familia como si nada hubiera pasado. Incluso mi padre leía tranquilo una misiva, sentado en su silla de varilla en forma de huevo color verde.

—¿Dónde andabas? —me preguntó entre dientes cuando pasé cerca de él.

—Fui a ver a Tacho —traté de sonar convincente—. Quería enseñarme su siembra y necesitaba hacer correr a Genovevo.

—¿Y cómo va? —Seguía con el papel cubriendo su cara.

—Muy bien.

—Como siempre. —Su orgullo se podía percibir. De pronto, bajó despacio la misiva—. Y los zapatos, ¿cómo van?

—Según los reportes, bien.

Mi padre movió la cabeza de lado a lado.

—Confías demasiado en ese disque administrador, necesito que vayas en persona. ¡Ah!, y hoy vete al mercado a darle una vuelta al puesto que tenemos allá.

Su petición me sorprendió. Él no le encargaba a nadie el local más grande que teníamos.

—Pensé que irías tú. ¿Por qué no va Gerónimo? Y te recuerdo que el alcalde dijo que no podíamos salir.

—¡Ese pendejo no nos manda! —dijo en voz alta—. Te vas a ir la próxima semana a la capital, revisas todo y te regresas. No quiero que nos den sorpresitas tus chalanes. Hoy prepárate porque vas a contar

todos los pares que hay aquí. Tu hermano me dijo que ya no tenemos varios modelos y es algo que no pienso dejar pasar. Urge reabastecer y él se va a encargar de hacer el pedido en cuanto termines.

—Así lo haré, padre —acepté. Distraerme en el trabajo me ayudaría a mantener lejos los pensamientos desagradables.

Me disponía a irme a cambiar la ropa por una más cómoda, cuando mi padre hizo una seña.

—Una cosa más antes de que te vayas. Tu madre va a presentarte a dos señoritas que ya aprobó. Son de buena familia y tienen herencia cada una.

Sus palabras cayeron sobre mí como un valde de agua helada, y por primera vez mi voz no vaciló.

Me erguí y lo observé de reojo.

—La mujer con la que me voy a casar la voy a escoger yo. —Me señalé—. Dile a mi madre que se las presente a Sebastián, a él sí que le caería muy bien sentar cabeza. Ya me voy.

Ni siquiera lo dejé rebatir y me fui sin cambiarme la ropa.

Ese día la pasé en el negocio y salí ya entrada la noche. Me gustaba trabajar y estudiar, y volver a una de mis dos actividades me revitalizó.

En el mercado estuve atento por si escuchaba la terrible noticia que ya conocía, pero por más que prestaba atención a las señoras que se detenían a chismosear, no hubo nada. Nadie mencionó ni un rumor siquiera. Era como si los Carrillo siguieran vivos.

En casa tampoco sucedió nada importante. Mi madre parecía ausente de toda la verdad, y Sebastián y Paulino se dedicaban a sus tareas-. Ni siquiera hicieron un comentario incómodo al respecto.

Así pasó uno, luego dos y tres días sin ninguna novedad. Me pregunté por qué pasaba eso, por qué se callaban tan alarmante noticia.

Ese tiempo la pasé entre el encargo de la zapatería y escribirle cartas a Amalia.

En la tercera noche, al abrir la puerta de mi casa, me topé con una agradable sorpresa.

—¡Mira quién llego! —festejó mi madre y señaló a la persona sentada en la sala.

—¡Amigo! —Me acerqué a él. Se trataba de Florencio—, ¡sí regresaste!

Él se puso de pie y me dio un abrazo, como si no nos hubiéramos visto en meses. En realidad, temía por su seguridad y verlo sano y salvo me quitó una de tantas preocupaciones.

—Tal como lo prometí.

Mi madre nos dio espacio para que platicáramos y yo me senté porque sí estaba muy cansado.

—Perdón por no recibirte —le dije, apenado porque sospeché que llegaba horas allí—. Pero dime, ¿cómo te fue?

Florencio resopló.

—Ojalá pudiera decirte que bien, pero la verdad es que provoqué un caos, como me lo temía. Mis padres no quieren ni verme, y los padres de mi exprometida dijeron que las cosas no se quedarían así.

—¡Oh, no! ¿Y no tienes miedo?

La expresión de mi amigo me respondió antes que él. Estaba temeroso, y mucho.

—Me di de baja de la escuela. Tengo una propiedad en otro estado y me voy a llevar a mi Erlinda para allá, si es que ella acepta mi proposición. Pienso casarme lo más pronto posible. Ni a mis padres les dije el nombre del pueblo en el que conocí a mi enamorada, tardarán en averiguarlo. —Colocó su mano sobre mi hombro—. ¿Puedes ayudarme con una serenata? Antes de venirme compré el anillo que le daré y quiero proponerme mañana mismo.

—Vaya, sí que tienes prisa. ¡Pero claro que te ayudo, cuenta conmigo!

—Yo canto horrible, sueno igual a un perro con tos. ¿Podrías cantar tú?

Su petición me desconcertó y hasta moví mi cuerpo hacia atrás cuando lo escuché.

—¡Por Dios, todo menos eso! —Le manoteé.

—¿No lo harías por un amigo?

Florencio trataba de convencerme, pero yo no pensaba ceder.

—Es que… tampoco canto. Puedo tocar la guitarra y consigo a otros dos para un trío. Tengo un par de nombres en mente.

—Muy bien, pero escoge a los mejores, por favor. Quiero agasajarla. —Sus ojos brillaron al mencionarla.

—Dalo por hecho, amigo. Ahora me iré a dormir porque estoy muy cansado.

—Haré lo mismo. Descansa.

Mi amigo se fue a la habitación de invitados en la cual era bienvenido, y yo me fui a intentar cerrar mis ojos que se negaban a mantenerse así.

El cuarto día fue igual. Ningún entierro y en la parroquia no se oficiaron misas de cuerpo presente. Mi padre ni se preocupaba y don Cipriano andaba muy tranquilo levantando borrachos de las calles.

Desconocía qué pasaba, pero me permití relajarme solo esa noche.

Invité a Filemón para que cantara y él invitó a un compañero suyo para que tocara como segunda guitarra. Ensayamos un poco en casa de File y después nos fuimos a casa de Erlinda.

Eran las nueve de la noche y la oscuridad imperaba. Para nuestra

mala suerte en la calle donde estaba la casa de don Evelio ningún farol de petróleo se encontraba encendido.

Florencio se vistió con un elegante traje negro, como se vestían los de la capital. Parecía uno de esos señores ricachones que fuman puro y hablan de negocios todo el tiempo. También se perfumó tanto que olía a metros de distancia, y guardó en el bolsillo de su saco la cajita con el anillo.

Jamás imaginé que sería yo uno de los responsables de la pedida de mano de Erlinda; de esa mujer que me parecía demasiado, que robaba la atención por su intensidad y brutal sinceridad. Pensaba que mi amigo no la tendría fácil a la hora de congeniar.

Llegamos a pasos silenciosos hasta la casa, era grande, y nos ubicamos cerca del balcón de la afortunada.

—Estos cabrones solo se saben tres canciones, así que vamos a comenzar con Serenata sin luna, esa no falla —le dijo Filemón a Florencio mientras nos apuntaba a su amigo y a mí.

—Está bien. ¡Denle! —Florencio se adelantó un poco más para poder ser el primero en ver si salía.

Esos nervios de saber si eres bien recibido la teníamos que pasar de manera obligada todo hombre que cortejaba a una señorita.

Llevaba la guitarra bien afinada y con la seña de Filemón dimos inicio. Primero no nos acoplábamos bien, pero pasados unos segundos todo fluyó de mejor manera.

Esa era mi primera vez llevando serenata, ni siquiera con mi amada estrella lo había hecho, aunque se merecía una todas sus dulces noches.

Erlinda salió del balcón a media canción con una lámpara en la mano. Pienso que dudaba que fuera para ella porque la cara que puso al vernos fue de asombro auténtico. Estaba despeinada, traía la bata de dormir puesta y sonreía de oreja a oreja. Atrás de ella salió doña Antonia. Las dos disfrutaron de las canciones, sostenidas de los barrotes que las protegían y con la vista puesta en nosotros como si fuéramos grandes artistas.

Erlinda desapareció y bajó con un vestido rosado puesto justo al terminar la última melodía. Sus padres se quedaron en la puerta, solo viéndola emocionados.

Sabía bastante de sus ocho hermanos. Ella era la menor y todos los demás ya estaban casados. Tal vez por eso don Evelio se portaba tan consentidor con ella; era la que faltaba que se fuera.

Florencio la abrazó y, sin esperarlo más, se hincó para presentarle el anillo de compromiso.

—Erlinda Bautista, ¿me harías el gran honor de ser mi esposa?

Ella se emocionó tanto que su alegría se desbordó por sus ojos. En verdad lo quería, aunque lo conocía tan poco. Quería a mi amigo de la

misma forma en que él la quería a ella.

—Sí, claro que sí —aceptó enseguida casi gritándolo.

Todos aplaudimos.

Don Evelio y doña Antonia se acercaron para felicitarlos.

—Bienvenido a la familia —le dijo don Evelio a Florencio y le dio un fuerte abrazo—. Ya nada más me faltas tú. —Me señaló y sonrió con complicidad.

Sí, esa era la bienvenida que también ansiaba recibir yo.

Pasaron exactamente nueve días desde el ataque a los Carrillo. En ese tiempo la paz gobernó el pueblo.

La gente solo hablaba del foráneo que se ganó el corazón de la hija de don Evelio y de la organización de una boda apresurada.

La tenían planeada para el treinta de enero, así que debían darse prisa para tener todo listo.

Recuerdo que le escribía concentrado a mi amada. Era de tarde y ya no tenía tareas por hacer. Ella solo pudo enviarme dos cartas en esos días, pero me bastaba. Supuse que se mantenía muy ocupada con la enfermedad de su hermanito y el cuidado de los demás. De pronto escuché varios golpes sobre la puerta y salí a prisa de mi cuarto. Todos nos encontramos en la sala para averiguar de quién se trataba.

—Vete a tu cuarto, mujer. Enciérrate y no salgas, escuches lo que escuches —le ordenó mi padre a mamá.

Ella no quería ceder, pero creo que vernos tan alarmados la hizo hacer caso.

Mi padre fue veloz por su revólver, lo preparó por si era necesario usarlo y fue el valiente que abrió.

Tenía terror de que los Carrillo imitaran el ataque y terminaran con mi padre, mis dos hermanos y yo. La escena que encontraría mi madre sería devastadora, y allí maldije la decisión que tomaron de dispararle a los Carrillo y me maldije a mí por ser un cobarde.

Cuando reconocí a mi tío Celestino pude soltar el aire que guardé mientras la puerta se movía. Por su expresión descompuesta supe que llevaba consigo la noticia que tardó tanto en llegar.

—¡Detuvieron a Hilario! —le dijo directo a mi padre cuando lo tuvo cerca—. El creído de Cipriano se atrevió. Dicen que los Carrillo huyeron del pueblo y enterraron a Baltazar en otro lado. Boris sobrevivió y es el testigo. Él señala a Hilario como el culpable.

—¡Como que sobrevivió! —Mi padre sonó en serio incrédulo.

—Así como oyes, quedó vivo el malnacido. Se fue a enterrar a su difunto y regresó para jodernos.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—No queda más que esperar. Hay que avisarle a Vicente. Seguro vendrán por nosotros también.

—Pues aquí me van a encontrar.

—Pero, padre… —quise intervenir. Huir no sonaba tan mal si la cárcel era la primera opción.

Sebastián y Paulino también quisieron persuadirlo para que se fuera.

—¡Sh! Cállense y prometan que cuidarán de su madre mientras yo no esté. Sé mis culpas, y no me arrepiento. De lo que sí lo hago es de no haberle tirado más a ese cabrón de Boris, seguro lo salvó toda la grasa que se carga.

A pesar de todo, agradecí en silencio que el que sobrevivió fue Boris y no el sádico Baltazar. Tal vez así podríamos aspirar a un acuerdo de paz.

En efecto mi tío Hilario estaba detenido, pero fue el único acusado y no comprendíamos el por qué. Yo no fui, pero sabía de primera mano que don Cipriano no daba su brazo a torcer para soltarlo.

Así, entre discusiones con el alcalde y mi padre, discusiones de mis padres y discusiones entre mis hermanos, se llegó el veinte de enero. Desperté tarde porque me quise dar ese lujo. A las diez de la mañana tocó el cartero y me apresuré a leer lo que mi amada tenía para decirme:

Querido ingeniero, te escribo con malas noticias. Mi hermanito está cada vez más enfermo. El médico de niños es bueno, pero dice que debemos esperar. Mi madre cree que se trata de brujería. Ya no sé en qué creer. Solo espero poder regresar con él curado de su mal. Te extraño como no tienes una idea. Ojalá pudiera mandar muchos besos en este papel y que al abrirlo saliera volando hacia tus labios.

Sentado en mi mesita, le respondí:

Querida novia mía, te recuerdo que ya no soy un futuro ingeniero, así que solo soy Esteban. Lamento saber lo de tu hermanito. Deseo que tenga pronta salud. Te pienso todos los días y todas las noches. Seré paciente…

Dejé la nota a medio escribir porque tocaron despacio a mi puerta.

Amalia desconocía lo que yo celebraba, no se lo dije, y a decir verdad me dolía que estuviera lejos sin poderla abrazar.

Pensé que a mi familia no le importaba que cumpliera años porque los escuché salir desde temprano. La única que se acordó fue mi madre y me llevó mi comida favorita: mole con pollo. Pienso que era difícil que se olvidara de esa fecha puesto que salí de ella.

Después de dejar la charola enfrente de mí, me acarició la cabeza:

—Ojalá te dieras cuenta de lo mucho que cambiaste.

—¿Crees que cambié?

Mi madre me contempló y noté que tenía ganas de llorar.

—Maduraste lento, eso sí, pero a tus veinte ya puedo decir que ahora sí pareces un hombre. Dejaste de ser un niño. Pero jamás dejarás de serlo para mí. —Allí las lágrimas se derramaron por sus mejillas y su voz se medio quebró—. Mi miedoso y llorón niñito que se agarraba de mis piernas para que no lo dejara ni un minuto. Fuiste un verdadero dolor de cabeza. —Se rio y después me abrazó—. Te quiero, hijo. Feliz cumpleaños. Qué la virgen y Jesucristo siempre te cuiden y guíen tus pasos.

Bendita esposa mía

Extrañaba a Amalia y pronto sus cartas se volvieron insuficientes para calmar mis ganas de verla. Quería correr, subirme a la carreta e irla a buscar, probar sus labios que calmaban mis miedos más profundos y así sentirme feliz.

Esa tarde del veintinueve de enero, tocaron a la puerta de mi casa. Fue un suave toque nada más, pero decidí no atender porque me encontraba en la biblioteca hurgando libros. Dejé de leer por semanas y necesitaba distraer la mente. Sin querer, me topé con uno de mis libros de primer año de la ingeniería. Tenerlo entre mis manos me desarmó por la pérdida que significaba. Terminó en el bote de basura para que no volviera a encontrarlo.

El caso del tío Hilario no avanzaba, o al menos eso decía mi padre. Sus hijos querían sacarlo a la fuerza y huir del pueblo para jamás volver, pero sí lo hacían nos condenarían todavía más, por lo que tuvimos que intervenir y hacerlos entrar en razón. Aunque no sabíamos cuánto tiempo se quedarían en frágil paz. El hijo menor de mi tío Hilario era bastante irracional e impaciente.

Escuché que Paulino atendió el llamado.

Mi madre desgranaba maíz en el patio, Sebastián salió como de costumbre y mi padre se había ido a recostar porque le dolía la cabeza. Nuestra vida parecía volver a su habitualidad a pesar de la delicada situación.

En cuanto mi hermano abrió presentí que algo sucedía. La corazonada que me atacó hizo que fuera directo hacia la puerta.

Paulino se quedó quieto y callado cuando me acerqué. Creo que no quería voltear a ver quién estaba detrás de él.

—¿Quién es? —le dije y vi que relajó los hombros al reconocer mi voz.

—Te buscan —me avisó entre dientes y con la mano sosteniendo firme la madera. Vi que sus ojos iban de un lado a otro y luego se me acercó para susurrarme—. Vete para otro lado o te van a regañar. —Luego se retiró.

En ese momento no comprendí el comentario de mi hermano, pero cuando me asomé me quedé sin aliento.

¡Allí estaba!, con su carita dulce y su mirada que brillaba de una manera que tanto amé. Amalia fue quien tocó a mi puerta. ¡Se atrevió

a hacerlo!

Salí enseguida y cerré despacio.

—¿Qué pasó? —me apresuré a preguntarle y la tomé por los hombros.

—Perdón, quería verte —dijo con su cálida voz que añoraba escuchar—. Llegamos anoche. Ya no pude esperar más y las muchachas están muy ocupadas. —Me observó pensativa—. ¿Crees que te traiga problemas? Porque estaba preparada con diez pretextos por si me preguntaban.

El saber que compartíamos la misma angustia por reencontrarnos me llevó a sonreír como un tonto.

—Tú no te preocupes. El novio está instalado aquí y eres prima de la novia. Todo está bien. —Quizá si hubiera abierto mi padre o mi madre, en definitiva, sí me traería un largo interrogatorio, pero eso me lo reservé.

Mi estrella también sonrió, y con eso olvidé todo lo que podía pasarme si la persona incorrecta nos veía.

—¡Estoy que no me lo creo! Erlinda será la primera en casarse —sonó entusiasmada y dio un brinquito—. La que menos pensamos, será la primera.

—Sorpresas que nos da la vida. —Allí recordé su situación—. Y, por cierto, ¿cómo sigue tu hermanito?

Amalia resopló.

—Mejorando. Nos dejaron venir con la condición de que reposara todo lo posible, aunque ya tiene ganas de levantarse y hacer sus travesuras. Me toca a mí mantenerlo acostado, pero es difícil. —Su cara fue de cansancio.

—Me imagino que sí. Ojalá pudiera ayudar.

—Me ayudaste mucho con tus cartas, me dieron esperanza. Gracias. —Dio un paso hacia mí y rozó un poco mis dedos—. Perdóname este atrevimiento. Debo ir a la verdulería y aproveché la escapada. —Retrocedió, se acomodó el rebozo blanco sobre la cabeza y levantó la canasta que ni siquiera advertí—. Ya, me tengo que ir. ¿Te veré en la boda?

Yo me concentré en sus labios, brillaban como una manzana prohibida, húmeda y roja. Todo lo que pensaba era en besarla hasta cansarme. ¡Pero no se podía! Y menos en un lugar que era la misma boca del lobo.

—Pero por supuesto que sí. El novio no me lo perdonaría.

Florencio me advirtió más de una vez que no tenía permitido faltar. Yo era su único contacto con su entorno y eso le daría seguridad, según sus palabras.

—Entonces, hasta mañana. Acuérdate de que es la calenda.

Lo que nos quedó fue despedirnos con un movimiento de manos

que de poco sirvió.

—Allá nos vemos.

La vi irse con su bonito caminar. Allí supe que no me conformaba con solo verla, moría de ganas de ir tras ella y tomarla de la mano para decirle todo lo que la extrañé. Odiaba cada día más el no poder gritarle a todo el pueblo que seguíamos juntos. Ella merecía ser presumida por las calles y ni siquiera eso podía darle.

Nuestro encuentro fue tan breve que pareció un dulce sueño. Tuve que obligarme a entrar a mi casa y me topé con Paulino comiéndose unas uvas, recargado en la pared del lado izquierdo.

—¡Lo sabía! —Me apuntó triunfante—. Sabía que no la habías dejado, cabrón.

Necesitaba que bajara la voz y me le acerqué.

—Es mi amiga.

—¡Amiga mis huevos! —Rio y movió su mano de arriba abajo—. Te van a dar tremenda paliza cuando papá y Rogelio se enteren.

—¿Y quién les va a decir? —le pregunté casi murmurándolo cuando lo tuve a pocos centímetros, después lo señalé—, ¿tú?

Esa fue la primera vez que se detuvo sus burlas. Siento que algo vio en mí que su expresión fue de incomodidad.

—¡Ay! El señorito ya se pone gallito.

Paulino quiso moverse a un lado, pero me interpuse en su camino.

—¿Vas a traicionar a tu hermano mayor? —hablé con una voz baja que sonó más grave de lo normal.

Paulino negó una vez con la cabeza.

—Rogelio es el mayor.

—Pero yo soy mayor que tú por cuatro años. —Me apunté—. Me debes respeto.

Mi hermano vaciló. Él pocas veces vacilaba porque tenía el don de siempre tener una respuesta en la boca, por más tonta que fuera. Creo que lo pensó mejor. No tenerme de su lado tampoco le convenía. Solía usarme para cubrirle sus metidas de pata, aunque nuestros padres le perdonaban todo.

—¡Bien! —aceptó y se volvió a mover, quería poner distancia entre los dos—. Pero a cambio quiero dos paredes de botas nuevas.

—Una.

—Dos. Estoy siendo barato. A Sebastián le salió mucho más caro su secretito.

—Una, pero será la mejor. La siguiente semana llegan modelos nuevos.

Paulino solo lo pensó unos segundos.

—Hecho.

Nos dimos la mano y con eso se pactó que mantendría la boca

cerrada.

Antes de que se fuera, volví a hablarle.

—¿Qué secretito le guardas a Sebastián?

—Respeto de hermano mayor, acuérdate. —Su sonrisa volvió, esta vez más grande—. Solo te puedo decir que cuando se sepa, mamá a va poner el grito en el cielo.

La verdad es que no me interesó saber lo que Sebastián escondía porque tenía la costumbre de meterse en líos de faldas que a nuestra madre la hacían a enojar demasiado. Ya me enteraría después.

Florencio era un invitado ejemplar, educado y acomedido. Entre nuestras conversaciones me comentó que se anticipó y compró varios atuendos por si Erlinda lo aceptaba. Con su acostumbrada cortesía se negó a ponerse la vestimenta tradicional que usaban los novios porque no le terminó de convencer; fue en lo único en lo que tuvo voz y voto para la organización de su boda.

A pesar de haber sido invitada, mi familia no quiso asistir. Según palabras de mi padre, don Evelio era parte del "problema". Además, la gente no lo tomaría como una grosería porque todavía teníamos el luto del tío Heriberto.

Todos se disculparon con Florencio y él lo comprendió. Supongo que se ahorraría en su boda esa tensión entre don Cipriano y mi padre.

Antes de irnos, mi madre nos detuvo.

—¿Y tu bendición? —dijo y se acercó a mí para persignarme.

Después de terminar conmigo, ella se dirigió al novio.

Cuando sus dedos terminaron en sus labios para el beso, vi que los ojos de mi amigo se enrojecieron. Su propia madre no fue requerida para tan importante unión. Creo que sí le dolió que no estuviera allí para persignarlo, pero sus padres le advirtieron que ni siquiera les escribiera.

Juntos nos fuimos a celebrar la tradicional calenda que se lleva a cabo antes de la boda. Si de algo nos podíamos jactar, es que sabíamos hacer fiestas dignas de recordar.

Llegamos al punto de partida para el recorrido y al novio se lo llevaron entre gritos y risas.

Las faldas de amplio vuelo de colores chillantes y encajes ya se movían al son del jarabe que tocaba el mariachi. Las mujeres cargaban en sus cabezas las grandes canastas con todas esas flores. Siempre pensé que eso era una verdadera prueba de resistencia que yo jamás podría superar. Mira que bailar sin que se te caiga el adorno, y encima reír y hasta coquetear. Solo las mujeres eran capaces de tal hazaña.

El evento era multicolor, ruidoso y sí, un respiro de aire fresco ante tanta tragedia. Y me di cuenta de que la vida de los demás seguía

su curso, mientras la nuestra había quedado detenida.

Las primeras horas presté atención para saber si algún Carrillo había asistido. ¡No fue ninguno! Ni siquiera las mujeres jóvenes aparecieron. Las malas lenguas decían que la familia entera se fue del pueblo. Por dentro lo agradecí porque así tendría una preocupación menos.

De entre todas las faldas que revoloteaban, la reconocí, iba de azul. Mi estrella se movía con la alegría que podía irradiar sin tanto esfuerzo.

Me quedé mirándola un instante, hasta que una mano me tocó.

—¿Te vienes con los hombres o quieres que te consiga flores? —dijo Filemón, que esta vez no trabajo porque contrataron a otro mariachi de otro pueblo.

—No, no. Vamos. —Lo seguí.

A unos metros vi el grupo de Filemón y tuve el enorme gusto de reconocer a Nicolás, quien regresó solo para estar presente en la boda de Erlinda. También estaba Jacinto, entre otros con los que no tenía amistad.

La larga procesión con las marionetas de tres metros de altura que representaban a la novia y al novio encabezándola, comenzó. Recorrimos todo el pueblo y me dolieron los pies, pero nada iba a detenerme para disfrutar de los últimos momentos de soltería de mi buen amigo.

Ninguna persona se quedó sin recibir la invitación, incluso Ermilio llegó el día treinta para acompañar a nuestro amigo.

Don Evelio tiró la casa por la ventana.

Por tradición los padres de la novia pagan todo, y, según supe por voz de Florencio, no le permitieron poner ni un solo peso. El orgullo de los Bautista siempre se hacía presente.

El bombo de la banda se impuso. Los músicos no paraban de tocar. Con bebida en mano hubo gritos, risas y vítores para la feliz pareja.

Las tres “m” se cumplieron: matrimonio, mole y mezcal. Y sí que hubo mezcal, el suficiente para los tres días que duró la boda. No supe de mí en el segundo.

Doña Antonia lloró tanto que pensé que se desmayaría en cualquier momento.

Después de que los declararan marido y mujer se procedió al mediu xhiga; costumbre en el que se baila con cántaros alrededor de los recién casados.

Fue la primera vez que vi a mi estrella con su huipil y su falda negra, ambos bordados con flores rosas, moradas, lilas y rojas. Con su hermosa trenza que le recorría enrollada la cabeza. Con su joyería de oro que brillaba impotente porque ella era la que más tenía después

de la novia. Me miraba de vez en cuando y tuve que alejarme para que no se me notara que seguía seducido por su encanto.

El ritual dicta que al final del baile, sientan a los novios. Los invitados, uno a uno, van rompiendo el cántaro a sus pies para augurarles buena fortuna. Fue durante esa ancestral danza que tuve a mi lado a mi novia secreta. Apenas nos miramos porque había demasiada gente, estábamos en medio de los Bautista y sus padres prestaban atención de vez en cuando. Pero sentirla cerca, y con ayuda de la magia que envuelve lo antiguo, me enamoré un poquito más.

Erlinda y Florencio estaban en medio, y él no decía nada.

Pagaría por volver a ver su cara de desconcierto porque no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero igual hacía un esfuerzo por sonreír.

Cuando llegó el turno de doña Antonia de romper el cántaro, este rebotó sobre el suelo, cerca de los pies del novio, pero no se rompió.

La gente soltó al unísono un quejo de impresión, y uno que otro empezó a cuchichear.

Doña Antonia levantó de nuevo el cántaro y volvió a arrojarlo, esta vez más fuerte, pero tampoco se rompió.

—Cada vez los hacen más resistentes —dijo en voz alta, para romper con la tensión.

Vi cómo su mano apretó el cántaro, levantó el brazo y lo azotó una tercera vez. Cada invitado siguió atento su curso.

Para su buena suerte, esta vez sí se partió en pedacitos.

—¡Qué vivan los novios! —gritó doña Antonia.

La gente le hizo segunda y el incómodo momento quedó olvidado porque la fiesta debía continuar.

Llegó el tercer día, en el que, al anochecer, los novios se tenían que retirar antes de terminar el evento para tener su primera… convivencia a solas. Sería en casa de don Evelio ya que después ellos se mudarían lejos.

Faltaban unas dos horas para eso, y bebimos una última ronda de mezcal antes de irnos a descansar.

Ermilio se adaptó rápido a mis conocidos, y los chistes y bromas no se hicieron esperar.

Nos encontrábamos puros hombres, entre el calor de discusiones y desacuerdos, cuando Filemón le habló a Jacinto de una forma que todos lo escuchamos.

—Oye, ¿y tú por qué no te decides con la ilegitima de don Cipriano? Al final de cuentas es su hija y ni modo que no le deje un terrenito o animales. Tiene un criadero bien grande el desgraciado.

—¿Quién? —Jacinto estaba tan ebrio que le costaba trabajo soltar las palabras—. ¿Isabel?

—¡Esa mero! La Chavelita se muere por ti. Solo un ciego no lo vería, pero hasta eso, el ciego sí se daría cuenta por cómo te habla.

—Ya, confiésate —intervino un amigo de Filemón—, ¿por qué la desprecias? Si está chula la güerita.

Jacinto parecía un conejito acorralado que tiembla hasta de los ojos. Pude verlo bien porque lo tenía a dos sillas de distancia, solo Ermilio y Nicolás nos separaban.

—Sí, es muy bonita, demasiado para mí. —De un sorbo se tomó todo su trago y pidió otro.

—¿A poco es porque te crees menos? —Filemón insistió—. Si estás feo, pero no exageres.

—Porque no me gusta. No es su culpa —fue bajando la voz y desvió la mirada hacia el suelo—, solo no me gustan las mujeres.

—¿Cómo dices? —Filemón casi grita.

Yo estaba muy borracho, pero estoy seguro de lo que escuché.

Jacinto no vaciló porque si lo hacía provocaría incómodas acusaciones capaces de destruir el honor de un hombre.

—Pues como ya se sabe —Le dio una palmada a Filemón y le sonrió—, a ti que te encanta el chisme, te voy a dar una primicia: me voy a hacer sacerdote. El siguiente año me toca ir al seminario. Por eso no puedo tener ojos para las bellas féminas.

Esperé a que aclarara que fue una broma, pero se puso tan serio que me di cuenta que lo que dijo era real. Creo que a los demás les pasó lo mismo porque nos quedamos callados.

Filemón rompió el silencio:

—Es que no te veo pinta de padrecito. —Observó incrédulo a Jacinto—. Te vas a acabar todo el vino.

—Tú no tienes pinta de mariachi y ahí andas, con tu trajecito fino y tu sombrero. Que, por cierto, ya cómprate uno más grande porque se te sale la panza.

Nos echamos a reír porque ninguno se había atrevido a decírselo.

Después de relajarnos, Nicolás se levantó y tomó la palabra.

—Servir a Dios es todo un honor. Tus padres deben estar orgullosos. Salud por Jacinto.

—¡Salud! —Brindamos por él, por su futuro como sacerdote, uno que se mantendría lejos de las mujeres para siempre.

Faltaba una hora nada más para el gran momento de los novios. Antes de que lo entretuviera la gente, Ermilio y yo le dimos un abrazo al recién casado y le deseamos lo mejor.

Las muchachas se llevaron a Erlinda para prepararla.

Algunos poco interesados en la virginidad de la novia decidieron retirarse.

Tenía sueño y degusté un instante el aroma del café que

comenzaron a servir para los invitados que se quedaron.

—¿Te quedas en mi casa? —le dije a Ermilio—. Ya se desocupó el cuarto de invitados.

—Me gustaría, pero tengo miedo de que me cases con alguna de las chicas de aquí —bromeó.

—Vámonos. —Le di una palmada en la espalda. Me sentía de verdad agotado, solo podía imaginarme acostado en mi cómoda cama.

Yo estábamos a punto de retirarnos cuando, de pronto, vimos que se acercaba una carreta a una velocidad considerable.

Me quedé pendiente de su trayectoria. Como lo imaginé, se detuvo cerca de donde se llevaba a cabo la fiesta y se bajaron cuatro hombres. Por su uniforme supe que eran policías.

Uno de ellos se le acercó a la señora que repartía el café.

—Estamos buscando al señor Florencio Fernández.

—¡¿Al novio?! —preguntó desconcertada la mujer.

—¿Dónde lo podemos encontrar?

Dos tazas de la charola se le cayeron a la señora porque perdió la concentración y después señaló hacia mi amigo con un dedo tembloroso.

—Por… allá.

Los cuatro hombres fueron directo hacia él.

Nos ubicábamos en medio de su camino y los seguimos por detrás. Yo no estaba armado porque en las bodas no se permitía, y tampoco es que me iba a atrever a dispararle a un policía, pero aun así fuimos a averiguar lo que pasaba.

Ver la cara de Florencio me lo dijo todo.

Ermilio también lo adivinó porque me observó apesadumbrado.

—Señor Florencio Fernández, queda usted detenido por el intento de homicidio del señor Germán Larrea —al mismo tiempo que lo decía, el hombre puso unas esposas en las manos de mi amigo.

Él ni siquiera se resistió ni bajó la cara.

—¡Esos desgraciados! —dijo Ermilio entre dientes. Supuse que él estaba al tanto de lo que pasó con Florencio cuando fue a romper su compromiso.

Por el apellido confirmé mis sospechas. ¡Sí!, la familia de la exprometida cumplió sus amenazas.

—¡No, no se lo lleven! ¡Él no hizo nada! ¡No! —oí que gritaban con voz desgarrada a lo lejos y reconocí la voz de Erlinda.

Vi que las mujeres evitaron que siguiera caminando, pero tuvieron que jalarla entre varias para lograrlo.

Esa noche terminó en discusiones, llantos, chismes y uno que otro borracho impertinente que quería pelear por un asunto ajeno a ellos.

Lo que debía ser un hermoso recuerdo, fue para Erlinda, el comienzo de un matrimonio complicado.

Sabor a mí

Dos días después de la boda de Erlinda y Florencio, los Bautista ya eran blanco del escarnio público. Emparentar con un criminal se consideraba una falta difícil de olvidar, y más porque el alcalde era el tío de la novia.

Quizá hizo falta tirar más cántaros porque la buena suerte se negó a aparecer en su enlace.

Sé que no debía, pero me atreví a visitar a don Evelio. Erlinda era mi amiga también y, por experiencia, sabía que la gente podía ser demasiado cruel cuando desconoce el trasfondo.

Quería confirmarle que Ermilio se había ido un día antes a primera hora para investigar la situación de su esposo.

Me salí sin permiso porque ya no me gustaba avisar a dónde iba.

Antes de girar hacia la casa de don Evelio, escuché un llanto que venía de nuestro antiguo lugar secreto.

A pasos lentos me acerqué y me paré muy cerca para saber quién estaba dentro del cuartito. Enseguida reconocí la voz de Celina.

—Trata de calmarte, Erli. Algo se podrá hacer.

Las chicas estaban reunidas allí. Supuse que tal vez buscaban animarla lejos de los ojos vigilantes de sus padres.

Estaba a punto de retirarme, pero algo me detuvo de golpe.

—Tengo un buen amigo abogado. Lo vamos a sacar, ya verás. —Esa voz sí que me sorprendió escucharla porque no era femenina.

¡Invitaron a Nicolás y a mí no! Debo confesar que me sentí ofendido, y me entraron las ganas de irme de allí, pero no lo hice.

—¡Se va a tardar un tiempo! —lloriqueó Erlinda. Pude darme cuenta de que estaba destrozada por la forma en que su voz se quebró.

—De todos modos, ya eres su esposa —eso lo dijo mi estrella. ¡Ella también se encontraba allí!—. Te mudas cuando lo liberen, y listo.

—¡No! A ti te pasa otra cosa, ¿verdad? —fue Isabel la que habló severa—. ¡Suéltalo!

—¡No quiero! —volvió a decir llorando Erlinda.

—Si quieres ayuda vas a tener que decirnos —continuó Isabel. A ella no se le escuchaba alterada tan seguido, pero en esa ocasión sacó a relucir esa parte de su carácter.

Hubo más comentarios, pero no los comprendí porque las voces

chocaban entre sí.

—No… —supe que Erlinda dudaba. Ella habló con un tono más bajo y por poco y no entiendo—, ¡no frente a él!

Supongo que pidió que Nicolás se retirara.

De inmediato traté de esconderme, dar la vuelta para que no me viera, pero me lo topé después de dar dos pasos.

Él abrió los ojos por la impresión de encontrarme allí y se quedó callado.

Yo me le acerqué, avergonzado. Total, ya me había descubierto como un fisgón de conversaciones de mujeres.

—Vine a ver a Erlinda y escuché voces aquí —le dije la verdad.

—Ah… —Nicolás esa vez lucía diferente, como incómodo y preocupado al mismo tiempo, y miró de un lado a otro—. Ellas querían hablar con Erli. —Señaló hacia la casita—. Es que está muy mal, y yo estaba con Celina cuando Isabel la fue a buscar. Creo que no debí venir, esto es cosa de señoritas. —Allí se recompuso y puso su mano en mi espalda para que creáramos más distancia—. Démosles espacio.

Conversamos un poco sobre cómo ayudar a Florencio, pero yo me sentía fuera de lugar, como una pieza de damas chinas en un tablero lleno de piezas de ajedrez.

Aun así, me quedé, y después de una hora de murmullos y más llanto, hubo un silencio que nos alertó. Los dos permanecimos mirando hacia la casita por casi un minuto.

—¡Nicolás! —lo llamó por fin Celina con un leve grito.

—Vente —Él me pidió que también entrara.

No quería hacerlo porque no fui invitado, pero el ver a Amalia me convenció de abandonar mi dignidad.

—Miren a quién me topé —les dijo como si nuestro encuentro hubiera sido casual—. Di un paseo y andaba cerca. Le pedí que me acompañara para no ser el único caballero aquí.

Amalia ni siquiera me saludó. Sostenía a su prima de los hombros porque no paraba de sollozar. Algo le preguntó al oído y Erlinda asintió. Respiró profundo y después nos observó a Nicolás y a mí.

De mi parte percibí la incomodidad que mi presencia creó.

—Erli nos dio permiso de compartirles su preocupación —se dirigió solo a nosotros—. Es… algo… muy personal, así que antes tienen que prometer que no saldrá de su boca ni que la juzgarán.

—Lo prometo —se apresuró a decir Nicolás y colocó una mano sobre su pecho.

—Lo prometo —lo secundé, aunque no comprendía bien por qué era necesario hacerlo.

—Bueno… pues… —A Amalia, que se expresaba ante gente intimidante sin que se le moviera un cabello, esta vez le temblaba la

voz y su frente comenzó a sudar—. ¡¿Cómo lo digo?! —Resopló, molesta, y se masajeó la frente—. ¡Ay, no!

—Solo dilo. —Nicolás dio un paso hacia ella—. Somos sus amigos.

Debí acercarme también para brindarle confianza, pero opté por quedarme en la esquina, pendiente de lo que trataba de decir.

Mi amada se tomó un momento para agarrar valor.

—Resulta que… Erlinda y Florencio compartieron… compartieron la cama una semana antes de la boda. ¡Uf! —Se limpió la frente—. Ya lo dije —lo último fue para sí.

Todas bajaron la vista y noté que se sonrojaron.

—¿Compartieron la cama? —pregunté desde mi rincón, sin analizar la confesión.

—¡Sí, la cama! —Amalia se molestó en serio y respondió con palabras que, de poder, me golpearían en la cara.

Nicolás sí que lo comprendió y me observó.

—Ella quiere decir que intimaron.

—Ya entendí. —Ahora el molesto era yo por haber quedado como un despistado—. Pero ya son esposos, no pasa nada.

—¡Sí pasa! —Isabel interrumpió—. Eso debió suceder en la noche de bodas, no antes. Le dije a esta tonta que no se le ocurriera dejarse convencer porque el novio tenía que mostrar la prueba de que ella era virgen, y no tuvo el cuidado para nada de eso. Pero bien dicen, un tonto siempre encuentra a otro tonto.

Erlinda reaccionó y la confrontó sin levantarse de la silla.

—¿Por qué estás tan enojada?

A Isabel se le descompuso la expresión y creo que le dieron ganas de llorar.

—Porque te quiero, y es mi forma de demostrarlo. ¡Aguántate!

Ambas sabían bien que eran familia, aunque era un tema que jamás se tocó.

La madre de Isabel lavaba ropa ajena años atrás. Don Cipriano la sacó de trabajar cuando la embarazó y las mantenía de manera decente a ella y a su hija ilegítima; al menos eso nos contó mi madre.

Celina se interpuso despacio entre ellas y las sujetó a cada una de la mano.

—Tengamos prudencia, por favor.

—¡¿Qué no lo ves?! —Isabel manoteó—. Su honra quedará por los suelos. La gente va a decir de todo si es que quedó en cinta.

—¿Qué se podrá hacer? —preguntó Amalia a todos—. Mi tío la quiere mucho, pero no sé cómo va a reaccionar.

—Solo queda rezar para que no haya quedado —le respondió Celina.

—Lo único que puede hacer es esperar para saber si sí o si no —

añadió Isabel.

—¡Ni siquiera entiendo cómo voy a saber eso! —Erlinda, esa mujer que tenía una personalidad apabullante, en ese momento, parecía un gatito asustado y escondido debajo de la mesa.

Nos mantuvimos un instante en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Fue Amalia la que rompió con él.

—¿Ustedes… ustedes sí saben? —la pregunta fue directa para Nicolás y para mí. Su rostro se pintó de un rojizo intenso cuando la dijo.

Me recorrió un escalofrío en la espalda cuando comprendí y deseé poder salir corriendo gracias a los ojos expectantes de cada una de las mujeres.

Allí estábamos, un grupo de inexpertos e ignorantes en el tema de la concepción, interrogándonos sobre procesos que en casa no se hablaban jamás.

Desconocía si Nicolás ya se había iniciado en el mundo de las relaciones carnales, lo más probable es que sí por su edad, pero no se atrevería a reconocerlo frente a su prometida.

Yo negué con la cabeza. Si bien nuestros animales se “cruzaban”, no estaba seguro de si con las personas todo era igual.

Nicolás por su parte se quedó tranquilo, avanzó hacia Erlinda y se inclinó cerca de ella.

—Yo conozco a una señora —le dijo casi susurrándolo—. Es partera.

—Aquí también tenemos partera. Gracias.

—No, no solo es partera. Dicen que también se dedica a… —Movió su cuello hacia un lado y después de un par de segundos volvió a hablarle—. Una tía llevó a mi prima después de que unos borrachos se aprovecharon de ella. Su lamentable situación se arregló y luego la metieron de monja. La señora ofrece discreción y tiene mucho cuidado cuando atiende.

—¿Hablas de…? —Isabel por poco y lo grita. Tuvo que llevarse una mano a la boca para callarse.

—¡Pero eso es un pecado! —Celina por igual se impresionó.

Amalia, por el contrario, se quedó pensativa e intervino cuando, supongo, analizó esa posibilidad.

—Solo que la revise y ya. Ella sabrá si se embarazó o no, y si tiene opciones que le sirvan. Según sé, no siempre quedan en cinta con una sola vez.

El lloriqueo de Erlinda regresó con más fuerza y se cubrió el rostro con sus dos manos.

—Es que no fue una sola vez.

Las muchachas se tocaron la frente casi al mismo tiempo.

La situación empeoraba con cada pequeña confesión.

—¡Ay, no! —Isabel se dio la vuelta, pienso que necesitaba respirar profundo—. Quien te viera, saliste bien atrevida.

—¡Ya, ya! Sigamos con lo de la partera —Amalia se dirigió a Nicolás—. Si Erli quiere verla, ¿cómo se podría ir a tu pueblo?

—Puedo llevármela con el pretexto de ayudarla a atender el problema de su esposo. Les diré a sus padres que Florencio me la encargó, si es necesario.

—Creo que se verá mal que te vayas solo con otra mujer —señaló Isabel. Lo que decía era verdad, sería mal visto y a los Ramírez no les gustaría ni poquito—. Además, su padre va a querer ir también.

—No, no le vamos a decir. —Mi estrella sonaba segura de cada cosa que decía y con eso aplacó los reproches que podían surgir—. ¿A cuánto tiempo queda la casa de esa partera?

—Una hora. Hora y media si la carreta va lenta.

—Podemos ir y venir si nos apuramos.

—¿Podemos? —la interrumpí.

—¿Crees que voy a dejar sola a mi prima? —me respondió molesta. Después me desvió la mirada—. Celi, si te sientes más cómoda, acompáñanos.

—No es necesario. Además, mis padres no lo permitirían. Por mí no se preocupen. Esta es una situación de urgencia.

Sin que lo pronunciaran, el acuerdo de la escapada de Erlinda fue pactado.

—Bien. —Nicolás habló—. Hoy ya es tarde, pero me iré mañana temprano para pedir un espacio y que la atienda rápido. En dos días nos vemos a primera hora.

—Yo me encargo de decirle a sus madres que las tendré ocupadas con unos bordados para un vestido.

—Te lo agradezco, Celi. —Erlinda, quien ya tenía los ojos hinchados de tanto llorar, tocó a su amiga del brazo.

—Saldrá bien, vas a ver —fue lo último que Amalia dijo antes de retirarnos.

Mi opinión sobre lo que pensaban hacer me la reservé porque causaría molestias innecesarias. En esa ocasión me sentí un estorbo más que un amigo, y odié no poder ser de ayuda.

Entonces decidí que debía encontrar la manera de apoyar a Florencio, aunque tuviera que escaparme de mi propio pueblo.

Durante la noche pensé en ir a visitar al alcalde y pedirle que me dejara salir por cuestiones de la escuela. Y si me lo negaba, no me quedaría más alternativa que fugarme. Me dormí pensando en las palabras que iba a decirle para convencerlo.

Al día siguiente me levanté temprano, limpié mis botas y el sombrero, busqué una ropa decente y salí de mi cuarto, dispuesto a seguir con el plan que ya tenía.

Antes de irme, vi correr a un niño y me di cuenta que se trataba de mi sobrino Simón, el hijo menor de Rogelio.

Mi hermano no solía visitarnos tan temprano. Si lo hacía, era porque tenía una noticia urgente.

Me topé con Pía antes de entrar a la cocina para averiguar el motivo de su visita.

Pía era una mujer que en el pueblo consideraban como una joya. La gente constantemente hablaba de su gran belleza, elegancia y buen gusto hasta para vestir a sus hijos. Era alta y estilizada, con piel morena que cuidaba en extremo, y una larga y espesa cabellera negra que le gustaba presumir. Cuando aceptó la petición de matrimonio de mi hermano fue como si él se hubiera ganado un gran premio.

Yo admiraba a mi cuñada porque, a pesar de ser silenciosa, era inteligente y capaz de influenciar a aquellos que la rodeaban.

—Esteban —me mencionó con esa voz aterciopelada y dicción cuidadosa—. ¿Gustas un café? —Con el dorso de su mano apuntó hacia la mesa.

—Sí, por favor. —Mi plan tenía que esperar un poco más.

Pía se apresuró a servir una taza antes de que mi madre se levantara, y la colocó sobre la mesa.

—Es que no puedo creerlo —se quejaba mi madre.

—¿Qué pasó? —me apresuré a preguntarle porque los vi con caras de preocupación.

—El tío Hilario se declaró culpable del asesinato de Baltazar y de Amadeo Carrillo.

Tuve que sentarme para procesar lo que Rogelio dijo.

—¡¿De don Amadeo también?! —lo cuestioné, incrédulo.

—Sí, también. —Con su dedo índice, golpeó la madera de la mesa —. Pero lo obligaron a confesarlo, estoy seguro. De seguro fue el perro ese del alcalde.

En ese momento imaginé a Chito obligando a mi tío a confesar una mentira, él seguro tenía más de una técnica para lograrlo.

—¿Cómo sabes?

—Porque al alcalde le gusta echarle culpas a quien encierra para lavarse las manos. Y porque sé que el tío Hilario estaba en casa del tío Vicente cuando fue lo de Amadeo.

—¿Y ya hablaron con el tío Hilario?

—Todavía no —respondió mi padre que se veía triste y frustrado —. No nos han dejado, solo a su mujer y sus hijos. Después de esto lo van a condenar.

—Papi, papi, papi, ven a jugar con nosotros —llamó Simón a su padre y lo jaló varias veces del brazo.

Rogelio podía ser un hermano severo, pero como padre toda esa dureza se rompía en pedacitos y solo dejaba a un hombre

complaciente y dócil que cargaba a sus tres hijos las veces que ellos le pidieran.

Quizá si debía sentirme triste porque su condena no sería corta, pero el tío Hilario buscó su castigo al dispararle a Boris y a Baltazar. La mala suerte que tuvo fue que solo él pagaría por el crimen que no cometió solo.

Fui egoísta y lo que se me vino a la mente era que, una vez encontrado al culpable, yo era libre de irme.

Busqué a Nicolás esa misma noche. Necesitaba saber a qué hora salían hacia su pueblo. Quería acompañarlos por lo menos a la entrada y de ahí seguir el rumbo hacia la capital. Él me informó que saldrían a las ocho y estuve listo desde las siete.

A mi padre le pareció excelente la noticia de que me marcharía para supervisar el negocio, y mi madre empacó bastante comida para una semana.

Fui solo hasta la parada y me subí a la carreta antes de que llegaran los demás. Sentía nervios porque ellas se estaban fugando y podía traerles graves problemas en sus casas.

Para mi buena suerte, era un viaje con pocos pasajeros: un hombre que se quedó dormido, una señora tan anciana que creo que ya ni escuchaba y que iba acompañada de un joven con cara de pocos amigos, y yo.

Nicolás llegó cuando faltaban cinco minutos para que saliera.

No había rastro de Amalia y Erlinda.

—¿Crees que vengan? —le pregunté susurrante a Nicolás.

—Ojalá que sí. Solo espero que no las hayan descubierto.

Quedaban solo dos minutos y el conductor ya se encontraba listo para iniciar con el viaje.

Mi corazón latía veloz y solo podía concentrarme en la pequeña puerta abierta de madera de la carreta.

—¡Vámonos! —gritó fuerte el conductor.

Uno de los empleados cerró esa puertita y mis esperanzas de viajar por lo menos una hora a su lado desaparecieron.

—¡Espere! —se escuchó que gritaron—. Faltamos nosotras. ¡Espere!

—Creo que vienen más pasajeros —avisó Nicolás al conductor.

El hombre detuvo la carreta, aunque no se veía nada contento con eso.

—Lo logramos —dijo Amalia triunfante cuando se subió. Estaba agitada y su rebozo de la cabeza se encontraba a punto de caerse—. Ya, respiremos. —Colocó su mano sobre su pecho—. Lo logramos.

Creo que ella no me reconoció cuando se sentó a mi lado.

Nicolás iba enfrente. Erlinda ocupó un lugar en la esquina y se cubrió con un rebozo.

—¿Todo bien? —le pregunté después de quitarme el sombrero.

Amalia no se lo esperaba. Lo supe porque sus ojos se abrieron de más cuando me vio.

A pesar de tener pocos y desinteresados fisgones, tuve la precaución de hablar bajito y no acercármele demasiado.

—¿Qué haces aquí? —Me regaló una amplia sonrisa.

—Voy a irme a la capital a buscar a Florencio —pronuncié entre dientes—. Todavía no sabemos bien a dónde se lo llevaron. Ermilio quedó en escribirme en cuanto supiera, pero prefiero echarle una mano. Por un momento pensé que no llegarían.

—¡Lo sé! —Resopló—. Mi tía Antonia se negó a dejarnos salir hasta que comiéramos todo lo que preparó, y fue bastante.

—Bueno, me alegra que hayas llegado. —Deseé poder sujetarla por el resto del camino.

Ella coló discreta sus dedos hacia los míos. Apenas nos tocamos, pero me sirvió para confirmar que nuestra relación se mantenía viva.

—A mí también. —Volvió a sonreír.

Durante el trayecto hablamos los cuatro de temas banales y el tiempo se pasó volando. Pronto llegó la hora de que ellos tres se bajaran.

El pueblo de Nicolás era más grande que el nuestro y en esa parada se subirían pasajeros.

Aproveché para informarle al conductor que iría a hacer mis necesidades.

Nos fuimos hacia la parte trasera de una casa, lejos de las ventanas.

Rodeé con un brazo la cintura de mi novia en cuanto nos supe a solas.

Nicolás y Erlinda nos dieron espacio.

—Escríbeme en cuanto sepas algo, ¿está bien? —me pidió ella—. Ese mal presentimiento del que te platiqué está empeorando. No sé, pero pienso que pasaran cosas malas.

Sus profundos ojos oscuros me miraron con ternura, pero también noté su miedo.

—Tranquila. —Acaricié una de sus trenzas—. Estaremos bien todos. Ten fe.

—Ojalá que Dios te escuche.

Tenía muy poco tiempo. Apenas un minuto o dos, y los usé para besarla. Fue un beso largo, uno donde me grabé su dulce sabor y que decía: ya pronto estaremos juntos para siempre.

El camino de la vida

El chirrido de los raíles del ferrocarril me llevó a hundirme en pensamientos trágicos. Quizá fue debido al presentimiento que Amalia mencionó. Yo no tenía interés en eso de los “presentimientos”, hasta que ella lo insertó en mi cabeza como si fuera un clavo.

Por la ventana observé los verdes árboles que desaparecían de mi vista una y otra vez. Mi estado era uno de los más olvidados del gobierno. Mientras en otros el ferrocarril llegaba a todas partes y el automóvil lo utilizaban los de la clase alta, nosotros apenas empezábamos a tener luz eléctrica en los pueblos. Mientras en otros se hablaba de modas de París, nosotros conservábamos las vestimentas que nos recordaban a los ancestros.

Si bien la mezcla con europeos, en su mayoría forzada, nos cambió, esa parte extranjera que algunos teníamos no salía a relucir en ningún momento. Mis ojos azules veían igual que los ojos marrones de mi madre.

La capital del estado era la ciudad menos afectada por la falta de recursos, y llegar allí evocó la nostalgia que pronto me lapidó.

No sabía por qué, pero continué pagando la renta de la casa en la que tuve tantos sueños e ilusiones de ser el primer hijo, y lo más probable que el único, en tener una carrera universitaria; un título del que mis padres podrían presumir, uno que podía darme una mejor posición social.

Cuando abrí con la llave que todavía funcionaba, la casa se encontraba sola. Florencio no estaba sentado en la mesita y Ermilio no me recibió con sus chistes impertinentes. Incluso olía distinto y había una delgada capa de polvo en los muebles. Mis dedos quedaron manchados cuando toqué el pasamanos de madera de la escalera. El frío de la ausencia de mis dos amigos me golpeó en el corazón.

Pienso que las casas tienen vida, o al menos se la da quienes la habitan, y esta se sentía que agonizaba.

Seguro Ermilio estaba en clases porque ya habían empezado, o realizando algún trabajo. Lo esperé hasta el anochecer en la que fue mi habitación. En cuanto escuché que giraban la perilla, salí a alcanzarlo en el recibidor.

Creo que verme allí le dio gusto porque cambió su cara pensativa por una sonriente.

—Siempre sí te dieron ganas de venir —e dijo y se acercó para darme un abrazo.

Se notaba tan distinto. Su amplia sonrisa que mostraba todos sus dientes, en esa ocasión, no decoraba su cara. Incluso vestía de colores oscuros, algo que él jamás hacía porque amaba sobresalir hasta en la ropa.

—¡Sí! Quiero ayudar a Florencio. —Temía preguntarle, pero lo hice—: ¿Qué sabes?

—Nada bueno. —Se mantuvo serio y movió varias veces la cabeza de lado a lado—. Llevaron al Flore a una penitenciaría espantosa. En lo único que tenemos suerte hasta ahora es que se ubica en un pueblucho a tres horas de aquí. El ferrocarril sí pasa y será rápido llegar.

Me alivió saber que no fue trasladado al norte, como temía. Viajar por varios días sería insoportable para mí y complicaría nuestros intentos de ayuda.

—¿Ya lo viste? —quise saber enseguida.

—No. Pero ya le mandé al abogado que conozco. Es buenísimo. —Se llevó la mano a la barbilla—. Aunque tengo mis dudas de que lo pueda sacar. El suegrito loco quedó muy dolido y va a querer refundirlo, o algo peor.

—Mañana mismo iré a verlo.

—Te acompañaría, pero las clases están muy pesadas. Hay días en los que quiero salirme y largarme a criar vacas. Ellas no me joderían tanto como el nuevo maestro. —Resopló—. ¡Es insoportable!

—A ti todos los maestros te parecen insoportables.

—Este es el peor. Y encima estoy solo. —De pronto su voz bajó de tono—. Los extraño. Es decir, ¿de quién más me voy a burlar?

—En serio que me encantaría volver para que te burles de mí —intenté sonar casual, pero creo que algo notó Ermilio en la manera en que lo dije que me observó como si sintiera lástima.

—¿Y por qué no lo haces?

Me encorvé y giré un poco para no encararlo.

—El director seguro ni me va a recibir.

Mi amigo caminó hacia un lado para que pudiéramos hablar de nuevo de frente.

Tuve que soportar su mirada puesta sobre mí.

—Nada pierdes con tratar. —Se llevó una mano a la sien—. Piénsatelo. Pasamos años en los que exigieron tanto que fuimos a clases sin dormir para terminar los trabajos. Este ya es el último y tú tienes buenas calificaciones. A lo mejor por tu historial se le hablanda el corazón al viejo.

—Lo pensaré. —No deseaba que él continuara tocando el tema de la escuela porque me dolía siquiera pensar en mi baja definitiva—.

Ahora lo importante es ayudar a Florencio.

—Ese atrabancado. —Se masajeó la frente y dio unos pasos hacia adelante—. Quien diría que haría tantas pendejadas en tan poco tiempo. Nada más pisó otro pueblo y se le alborotó la calentura.

—Yo creo que él de verdad se enamoró. No lo culpo, hacemos pendejadas en nombre del amor.

—Sí, sí, entiendo. —Me dio el lado, aunque creo que fue más para que dejara de justificar a Florencio—. Bueno, vamos a descansar y ya veremos qué dice el abogado. —Antes de irnos a nuestras habitaciones, me detuvo y fue una de las pocas veces en las que dejó que viera su lado sensible—: ¿Sabes?, es bueno tenerte de vuelta, aunque sea por unos días.

—Es bueno estar de vuelta —admití.

Y sí que lo era. Encontrarme lejos del odio, de la muerte, del miedo y las amenazas me ayudó a respirar mejor.

A la mañana siguiente estuve listo a las ocho. Hice lo posible por verme como un hombre maduro y serio.

Cualquiera hubiera llevado el revólver, pero opté por dejarlo en la maleta porque imaginé que si llegaba a una penitenciaría armado terminaría siendo yo un fusilado más.

Me apresuré para aprovechar el tiempo. En el camino compraría algo para desayunar, no quise abusar de la despensa de Ermilio. Solo me atreví a tomar un vaso de agua.

Antes de salir y sin que lo viera, él me interceptó por detrás.

Para mi sorpresa estaba vestido con una camisa y pantalón formales, incluso peinó esa cabellera rizada y negra a la que poco empeño le ponía.

—¿Siempre sí vienes? —le pregunté al no ver el maletín que usaba para la escuela.

—Me levanté antes que tú —presumió orgulloso porque de los tres él siempre era el último en salir—. Hace una hora fui a las cabinas telefónicas y llamé a la escuela. Me reporté enfermo. Voy a acompañarte. —La seriedad con la que lo dijo confirmó que no se trataba de una broma. Después dejó escapar una media sonrisa—. No te vaya a ganar la cobardía cuando llegues a la penitenciaría.

—Siempre es bueno tener un acompañante en situaciones como estas. —Por dentro agradecí no ir solo porque me sentía muy poco preparado para lo que podía enfrentar.

Durante el viaje, Ermilio me puso al día de los chismes de la escuela. Me dio detalles sobre las juergas de los compañeros. En la ingeniería solo asistían varones. Si bien las instituciones académicas no impedían a las mujeres inscribirse, se consideraba como una carrera exclusiva para hombres, así que ver damas en las aulas era

imposible.

También me contó sobre a quiénes castigaron más y de cómo venció en una pelea fuera de la escuela a otro compañero que le caía mal…

A pesar de que habló solo él la mayor parte del trayecto, para mí fue agradable ser solo el oyente.

Cuando por fin llegamos al pueblo donde se ubicaba la penitenciaría, sentí un calor insoportable. Creo que jamás sentí un calor igual. Tuve que aflojarme el cuello de la camisa porque sentía que me asfixiaba.

—¡Dios! Este es el infierno mismo —se quejó Ermilio y luego le dio un largo trago a su botella de agua.

El sol brillaba tanto que me dolieron los ojos cuando traté de abrirlos como normalmente lo haría. Extrañé en serio mi sombrero, pero lo dejé porque quería aparentar ser capitalino.

La gente en ese lugar parecía ser poca, solo pudimos ver a dos personas deambulando por allí. A una de ellas, un hombre joven, le preguntamos sobre nuestro destino y él nos dio las indicaciones para poder llegar caminando.

La penitenciaría se localizaba antes de adentrarse en el pueblo, justo del lado derecho. Y era tan grande que sí, en efecto, empecé a acobardarme. Entraron en mí las ganas de volver a subirme al ferrocarril y regresar a mi casa de la que no debí salir, pero me obligué a seguir caminando al lado de mi amigo que se veía mucho más relajado que yo.

Se trataba de una construcción tan grande que fue imposible hacer un aproximado de sus medidas, y en la entrada tenía una gran puerta metálica con gruesos barrotes verticales que se alzaban unos ocho metros. Cuatro hombres vestidos de blanco y que tenían la piel casi negra por el intenso sol la resguardaban con largos fusiles.

Ermilio ni siquiera lo dudó y caminó hacia el primero de ellos. Mis piernas se negaban a seguirlo, ¡pero tenía que hacerlo! ¡Tenía que ser su compañero en esto! Lo alcancé cuando él ya hablaba con el hombre.

—¿A quién vienen a ver? —escuché que decía con su voz de pocos amigos.

—Al señor Florencio Fernández.

El hombre, aunque delgado, era de esa clase de gente que te cuesta mirar a los ojos por lo intimidantes que son. Pienso que los que contrataban a esos cuidadores ponían en los requisitos el parecer un matón experimentado.

—No tiene permitidas las visitas —nos respondió. Ni siquiera lo consultó con sus compañeros. Sabía a la perfección a quién buscábamos.

—¿Por qué? —Cuando Ermilio le preguntó, creí que en ese momento nos dispararía a los dos.

La expresión del hombre cambió por una de enojo, lo pude ver a pesar del sombrero que portaba más debajo de lo normal, y dio cuatro pasos hacia nosotros.

—Porque yo lo digo —dijo despacio.

Su aliento apestaba y lo pude sentir en la cara por lo cerca que lo teníamos.

Me hubiera gustado meterme en la cabeza de mi amigo y entender por qué se comportaba como alguien que ansiaba morir acribillado al desafiar a un tipo con tal pinta y posición.

—¿Lo golpearon? —Se mantuvo derecho y su voz no vaciló—. Porque si es así me veo en la obligación de recordarle que la ley dice que se debe reprimir todo rigor que no se ordene en la corte contra los acusados.

Los otros tres hombres se fueron acercando poco a poco.

Yo podía escuchar el latido de mi corazón que delató el terrible miedo que me invadió. Y también podía escuchar la tierra que crujía con los pasos que avanzaban.

—Si no te callas te voy a mandar a hacerle compañía a tu amiguito —lo amenazó el hombre y su mano apretó el cañón del fusil.

—Soy un hombre libre y no puedes amenazarme con el encierro si no falto a ninguna ley.

Las miradas de los cuatro sujetos se concentraron en nosotros dos, como si fuéramos potenciales criminales.

—Con que muy gallito. —Se rio y sus amigos lo secundaron—. Está bien. Tienen cinco minutos. —Giró a ver a uno de sus compañeros—. Revisa que no vayan armados —le ordenó y regresó a su posición.

«Pero ¡¿qué pasó aquí?!», pensé confundido e impresionado al mismo tiempo.

Ermilio logró lo que imaginé que sería casi un imposible.

Después de que casi nos desnudaran, pudimos ingresar a las celdas que eran sucias y oscuras, pero amplias. En una de ellas se encontraba Florencio. El hombre que nos llevó la abrió, nos dejó entrar y después la cerró con llave. El olor desagradable que imperaba por poco y me provoca arcadas.

Nuestro buen amigo, para mi sorpresa, se encontraba bien y sentí un alivio. Al menos en su cara no detecté evidencia de que lo golpearon. La ropa que llevaba puesta era una de manta vieja que ya ni era blanca y con agujeros en algunas partes, pero ni así se veía mal el desgraciado.

El primero en darle un abrazo fui yo y después siguió Ermilio.

—¿Cómo está mi esposa? —quiso saber enseguida.

—Preocupada —le respondí sincero. De ninguna manera iba a mencionar los problemas con los que ella cargaba.

Florencio nos dio la espalda y se tapó la cara con las dos manos.

—¡Dios! Debimos irnos antes. —Por el tono de su voz supuse que evitaba llorar.

—De todos modos, los buscarían hasta encontrarlos —dijo Ermilio —. ¿El abogado sí vino ayer?

—Sí. —Volvió a vernos de frente—. Me hizo muchas preguntas. Parece bueno en su trabajo, pero creo que no podré quedarme con él, no tengo dinero. Solo cuento con una casa a mi nombre, pero no pienso venderla. Es lo que me queda para ofrecerle a mi esposa.

—Me haré cargo de eso. Tengo unos ahorros. Creo que sí me alcanza.

No reconocía a Ermilio. Era como si toda su faceta de risueño y burlón se hubiera esfumado y quedó solo un hombre consciente y estratégico.

—En cuanto salga te lo pagaré.

—Lo único en lo que debes pensar es en cuidarte la espalda. No confíes en nadie. Aquí no tienes aliados.

—Lo sé. El Tilingas ya me dijo quiénes son los vendidos.

—¿Quién es “el Tilingas”? —pregunté yo.

—Un compañero que mide como metro y medio, pero me defendió el primer día que quisieron darme “la bienvenida”, y decidí ser su sombra.

—Dale esto al Tilingas. —Le entregó unos cuantos billetes—. Y dile que si te sigue protegiendo se ganará más. —Levantó un dedo frente a su rostro—. Pero tampoco confíes en él. Vas a tener que ser más listo.

Florencio aceptó el dinero, pero se descompuso y tuvo que sentarse sobre el catre en el que dormía.

Después de mantenerse con la cabeza agachada por más de un minuto, por fin hablo:

—Sé que en mi familia hemos tenido hombres que lucharon hasta la muerte, y ese ejemplo debo seguir, pero no sé si voy a poder.

—¡Sí vas a poder! —lo animó Ermilio—. Acuérdate que ya tienes una esposa por la cual velar.

—El Larrea me envió un aviso. Quiere que anule mi matrimonio con Erlinda y me case con su hija como estaba planeado. Si no lo hago van a condenarme. El muy desgraciado movió influencias y sembró evidencia.

Ermilio abrió los ojos de par en par cuando escuchó lo que Florencio dijo.

—Es por eso que fueron a buscarte hasta el último día de la boda. ¡Para que no se consumara tu matrimonio!

—¡Malditos! —Apretó su puño—. De ninguna manera voy a hacerlo. Solo pasará si el padre de ella lo solicita.

Sé que él no mencionaría que en realidad su unión sí fue consumada y no quise confesarla que ya lo sabía.

—Don Evelio es una persona sensata, pero tampoco tanto —intervine. Aunque no quería preocuparlo más, era necesario decir la verdad—. Seguro buscará una solución al problema de su hija, y es muy posible que sí pida la anulación.

Los ojos de Florencio se pusieron cristalinos con mis palabras.

—Entonces más me vale salir antes —susurró con pesar.

—Se les acabó el tiempo a tus noviecitos —nos avisó el hombre que nos llevó hasta allí. La cerradura de la puerta comenzó a sonar.

Ermilio me jaló del saco y se acercó a Florencio antes de que nos sacaran.

—O consumarlo —dijo en voz muy baja.

—¿Cómo se supone que voy a consumarlo si estoy aquí ¡encerrado! —imitó el tono para que no nos escucharan.

—El buen Esteban y yo veremos la manera. —Me dio una palmada en el hombro—. Tú trata de mantenerte vivo, ¿sí?

—¡Ya! ¡Largo o los dejo adentro!

Tuvimos que despedirnos con un movimiento de mano y salimos antes de que se desatara el enojo del hombre.

Fue duro dejar allí a nuestro amigo, sufriendo por un crimen que no cometió.

De regreso a la ciudad, dije algo que salió de una forma tan natural que no recuerdo cómo fue que la dejé escapar.

—Voy a intentar retomar la escuela. —Creo que incluso sonreí.

Ver a Florencio así, a punto de perder todo por lo que luchó y hundido en ese lamentable lugar, me recordó a mí mismo sosteniendo el revólver la noche en que mi familia cometió el crimen contra los Carrillo. Si ya me había librado de un encierro seguro, era porque tenía más cosas que cumplir, y una de ellas era terminar la escuela.

—¡Es una noticia buenísima! —festejó Ermilio y por fin su sonrisa burlona regresó—. Me urge alguien que sea lo bastante tonto como para pasarme las tareas. —Pero en su mirada reconocí la complicidad y la alegría.

Al día siguiente salí junto con Ermilio hacia la escuela. Verla de nuevo me emocionó igual que la primera vez que la vi. El prestigio que presumían se notaba también en la estructura de su edificio, con sus dos pisos y todos esos arcos que la engalanaban, con los estudiantes que portaban orgullosos el uniforme. El mismo que quería volver a ponerme.

Mi amigo me acompañó cerca de la puerta de la dirección, me

deseo suerte y luego se dirigió a sus clases.

La sonrisa que practiqué en el camino creo que asustó a la secretaria, porque me dejó pasar enseguida.

Encontré al director concentrado en un documento. Tuve que respirar muy profundo para soportar lo que venía.

Fue después de firmarlo que me prestó atención.

Yo ni siquiera me senté.

—Así que el señor Quiroga por fin se digna a presentarse. Eso es tener los pantalones bien puestos.

—Señor, yo…

—¿Te cedí la palabra? —me reprendió y yo le negué con la cabeza—. Entonces ¡guarda silencio! Si lo que vienes a buscar son tus documentos, pídeselos a mi secretaria y vete. —Señaló hacia la puerta—. Pero si lo que quieres es que se te vuelva a incorporar, te aviso que solicité tu baja desde el día en el que desobedeciste. —De un fuerte tirón abrió el cajón de su escritorio de madera y sacó una carpeta—. Aquí la tengo. —Mostró una hoja en la cual pude leer mi nombre—. Tu amigo Fernández abogó por ti y ni así hiciste caso.

Para ese punto ya me sentía perdedor. El cuello me apretaba tanto que las palabras no querían salir. Por poco y me doy la vuelta para irme, pero el director volvió a hablar:

—Tienes tres minutos para convencerme de que no la envíe. —Sacó su reloj de bolsillo plateado, lo colocó sobre el escritorio y se recostó en su silla—. Aprovéchalos.

Otros hombres a quienes consideraba endebles me habían superado, demostraron tener valentía e inteligencia ante situaciones difíciles, era mi turno de sacar esa parte de mí capaz de expresarse sin que las palabras temblaran.

Di un paso al frente, aclaré la garganta y me erguí.

—Mi familia se está matando con otra familia —comencé sin rodeos y hasta me impresioné de lo seguro que soné—. Yo solo quería evitar que ya no se derramara más sangre. Temo por la vida de mis seres queridos, y por la mía. Sé que cometí una falta difícil de arreglar, pero confío en que no imposible. Mis calificaciones son ejemplares, he luchado mucho por estar aquí. Aun cuando nadie tenía fe en mí, logré entrar y me gané el respeto de los maestros a base de trabajo duro, sin palancas o favores de nadie, ¡solo con mi trabajo! Si mi desobediencia amerita un castigo, lo acepto. Pero, por favor, que no sea el de perder uno de mis grandes sueños que es el de ser un ingeniero de esta noble institución. Sepa que, si fallé como estudiante, lo hice por la urgencia de no fallar como hijo.

Cuando mi discurso terminó me di cuenta de que el director tenía los ojos inexpresivos. Los segundos que siguieron me parecieron eternos. Hasta aprecié el molesto ruido de un mosquito que rondaba

cerca.

De pronto, el director levantó la hoja de mi baja, la sostuvo a la altura de su cara, y después la partió en dos. Ese sonido del papel rompiéndose hizo que la esperanza volviera.

—Vas a tener que quitar la yerba de los patios durante un mes. —Alzo un dedo—. Más te vale seguir con las buenas calificaciones, y no es una sugerencia. Ya, cierra la boca y vete. —Manoteó—. Tengo trabajo que hacer.

Sentí el impulso de abrazarlo, y para contenerlo salí casi corriendo. Quería gritarle a toda la escuela lo que había logrado.

Escribirles a mis padres fue sencillo, pero escribirle a Amalia sobre mi decisión me costó más de un día. Tenía que pensar en las mejores palabras. Dejarla por seis meses más sería una tortura, pero una tortura que estaba dispuesto a soportar con tal de poder darle lo mejor. Terminar nuestra casa era el siguiente reto.

Fue hasta la noche que pude redactar una larga carta donde le conté los detalles del encuentro que tuve con Florencio y el que tuve con el director.

Rogué por dentro que ella lo tomara bien, que también lo soportara.

Sueño de amor

—¿Tienes algún familiar o amigo en el que confíes como para pedirle un gran favor? —me preguntó serio Ermilio en la tarde del sábado.

Yo me encontraba en la sala leyendo el periódico antes de irme a revisar la construcción de mi casa. Lo bajé cuando escuché su voz.

—Tengo varios. ¿Por qué?

Vi que estaba vestido con ropa formal: traje sastre café, zapatos recién pulidos y volvió a peinarse. Batallaba con su corbata mientras se dirigía a mí.

—Debemos traer aquí a la mujer de Florencio y luego lograr que ellos consumen su matrimonio.

Resoplé y después me reí de tremando disparate.

—¿Quieres que Erlinda Bautista venga y luego la llevemos a un lugar poco digno para que tenga intimidad con su esposo?

—Sí, eso quiero —lo dijo con tanta naturalidad que entonces le creí.

—Es una estupidez.

Bien Florencio podría reconocer frente al juez que consumó el matrimonio de manera privada y así arreglar lo de la anulación, pero eso destruiría la honra de su esposa en el pueblo. La señalarían y marcarían como una mujer que no llegó virgen al matrimonio.

Ermilio se puso serio de nuevo, como si cambiara su personalidad con un solo botón que no podía encontrar en mí.

—Pero es la forma en la que el Larrea va a desencapricharse de hacerlo su yerno a la fuerza.

—¿Y luego qué? —Alcé una mano e hice ademanes porque me sentía contrariado—. Lo deja libre de eso, ¿qué va seguir? ¿Que lo maten?

—El abogado hará esa parte. —Creo que lo harté porque sonó irritado—. ¿Vas a entrarle a esto o no?

De todas las personas en las que confiaba, fue un nombre el que se instaló en mi mente.

—Tal vez un amigo pueda ayudar, pero lo veo complicado.

—Bien. —Abotonó su saco y se dispuso a irse—. Manda una carta urgente. —De pronto regresó un paso hacia mí—. ¿Sí llegan allá?

—Sí llegan, pero son caras y la gente no las usa muy seguido.

—No importa. Lo pagaremos. ¿Mitad y mitad?

—Lo pago yo. —Era lo menos que podía hacer—. ¿Qué quieres que le diga?

—Dile que necesitamos que traiga a la señora de Fernández, que

el abogado la necesita para tratar asuntos de su esposo. No le des más explicaciones. Roguemos porque funcione. —En el espejo que había en la pared se dio un último vistazo—. Odio que no tengan un maldito teléfono cerca. Sería mucho más fácil así.

—¿A dónde vas? —No resistí más la duda de saber por qué se preparaba con tanto cuidado. Hasta sospeché que tendría un encuentro amoroso o algo así.

Ermilio se paró orgulloso y sonrió.

—Voy a ver al Tilingas. —Me apuntó—. Mientras, tú manda esa carta ya.

—Buen viaje —alcancé a decirle antes de que saliera de la casa.

Ese hombre me tenía preocupado por los arranques de valentía que estaba experimentando. Podía meterse también en problemas grandes si no cuidaba sus pasos.

Obedecí lo que mi amigo pidió y mandé la dichosa carta urgente antes de viajar a la ciudad donde construía mi casa. Por dentro pensaba que su plan era un imposible. De ninguna manera don Evelio accedería. Pero cumplí porque me comprometí a hacerlo.

Cuando llegué a mi futura morada y la vi, con tanto avance, sentí una emoción indescriptible. Ya solo faltaba ponerle las puertas y ventanas, y también unas tejas que le dieran buena vista. Deseaba que a Amalia le agradara. Más adelante le haría un patio igual de bonito que el que tenía Celina. Uno donde ella pudiera regar sus plantas y sembrar lo que se le viniera en gana, donde nuestros hijos correrían, y donde tendríamos románticos encuentros a la luz de la luna. Cada detalle que mandé a hacer fue pensando en ella, en mi amada.

Los días pasaban y, como lo supuse, no obteníamos una respuesta de la misiva, ni siquiera una negativa. Fue a Nicolás a quien mandé la solicitud de ayuda. Él en poco tiempo se convirtió en un amigo inesperado, pero al que consideraba como leal y buena persona.

La escuela, el castigo que el director me impuso y el trabajo de la zapatería me dejaba poco tiempo para escribirle. Pero ni eso evitó que Amalia y yo nos escribíamos todo lo que podíamos. Los desvelos no me detuvieron para contarle en el papel mi día, o mis pensamientos privados. Yo no poseía el don de la escritura, pero le decía lo que pensaba, así como salía.

Amé cada hoja que ella llenó con sus bellas palabras, amé cada frase que decía entre líneas o de forma directa que me amaba. La amaba tanto que con solo pensarla era capaz de levantarme en las mañanas.

Un mes transcurrió entre cansancio, tareas a montones y los avisos del abogado que trataba el caso de Florencio; del cual no

obteníamos avances ni noticias alentadoras.

Recuerdo bien que una madrugada de principios de marzo tocaron a la puerta. Supuse que Ermilio salió de juerga y regresaba borracho y sin llave.

Volvieron a tocar, esta vez con más fuerza.

Me ´paré de la cama a regañadientes porque tenía tanto sueño que mis ojos se negaban a abrirse por completo.

—Me debes ya varios de estos favores, ¡eh! —le reclamé mientras giraba la perilla.

Cuando vi a la persona que llamó, me quedé mudo por la sorpresa.

Yo estaba en pijama, a decir verdad, solo tenía puesto los pantaloncillos. Hacía demasiado calor y allí solo vivíamos hombres, por lo que no me preocupé por cubrirme el torso.

La mujer que tocó a mi puerta fue nada más y nada menos que la señora Antonia, quien tenía la cabeza cubierta con una mantilla blanca y los ojos tan abiertos que ni siquiera parpadeaba. Supongo que toparse con un hombre semidesnudo fue lo último que imaginó.

—Doña Antonia, yo... —Traté de cubrirme con el perchero que para mi mala suerte estaba vacío—. ¡Pase, pase!

La dejé entrar y corrí a mi habitación para ponerme lo primero que encontrara y así poder recibirla como se debe.

Cuando volví al recibidor, no solo vi a doña Antonia. A su lado estaba otra dama que se concentró en el suelo. Nicolás las acompañaba como un guardián.

Tuve que acercarme para reconocer a la delgada señorita.

También llevaba un velo blanco, pero pude ver que las regordetas y rosadas mejillas de Erlinda desaparecieron, y en su lugar quedaron dos pómulos que sobresalían. Las oscuras ojeras delataban la falta de sueño. Y esa mirada, tan triste, no parecía ser de la misma mujer que inundaba los lugares con su gran alegría.

Ni a solas y mucho menos frente a su madre me atrevería a preguntarle cómo le fue en su viaje al pueblo de Nicolás. Esa es la clase de secretos que te llevas a la tumba.

—Tal como lo pediste. —Señaló Nicolás a Erlinda—. Disculparás la tardanza. Fue… —Se aclaró la garganta— complicado.

—Te agradezco. —Me adelanté para que las visitas estuvieran más cómodas—. Pasemos a la sala, por favor. Llamaré a mi compañero…

—Espérate, Esteban —dijo doña Antonia, dándome un jalón en el brazo—. Yo quiero hablar solo contigo primero.

—Sí… sí, la escucho. —En el pasado conversé muy poco con ella, y todo fue relacionado con mi noviazgo con su sobrina. Tratar otros temas sería una nueva experiencia que me puso nervioso, aunque hice

todo lo posible por lucir sereno—. Hay una mesita por aquí donde podemos sentarnos.

Le cedí el paso y los dos nos alejamos un poco de Erlinda y Nicolás, quienes se fueron a la sala. Nos sentamos frente a frente en la pequeña mesita. Así no podrían escucharnos si hablamos con moderación.

Doña Antonia tosió, se limpió el sudor de la cara con un pañuelo y después comenzó con voz baja:

—Mi hija se entercó con hacer esto. La acompañé porque necesito saber qué piensan hacer. —Por la forma en la que su cara se descompuso, me di cuenta de que iba a llorar—. Estoy desesperada. —Con ambas manos tocó mis muñecas y de su ojo derecho rodó la primera lágrima—. No quiere comer, no quiere salir con sus amigas, ya ni siquiera se ríe. Nada más duerme y llora. ¡Odio verla así! —Las lágrimas continuaron saliendo y negó con la cabeza—. Su padre piensa que venimos al médico. Nunca le había mentido a mi esposo, pero el amor de madre es más grande. Solo quiero que la sonrisa de mi niña vuelva. —De pronto, clavó su mirada enrojecida en mí—. Lo que sea que vayan a hacer, tienen muy poco tiempo. —Levantó su dedo para apuntarme—. Y te advierto que, si algo le pasa, será tu responsabilidad.

Cargar con tremendo encargo me alteró y la idea de abandonar el plan de Ermilio se repitió varias veces en mi cabeza. ¡Pero no! Erlinda y Florencio eran mis amigos y necesitaban que los ayudáramos.

—Estará bien. —Puse una mano sobre mi pecho—. Prometo que regresará a su casa sana y salva.

En realidad, Erlinda sí estaría expuesta al peligro, a uno grande si fallábamos.

—Le voy a pedir a Nicolás que nos lleve a la posada más cercana y después que venga por mi hija.

—De ninguna manera. —La cortesía de hospedar a los invitados la aprendí de mi madre—. Aquí tiene su casa. Hay recámaras disponibles. —Me levanté para llevar su maleta al piso de arriba—. Deme diez minutos para que la instale.

—Qué amable. Gracias. —Se puso de pie también—. Entonces los dejaré a solas. Estoy muy cansada y mi hija no va a querer que yo esté allí. —Regresó a mí para hablarme de nuevo—. Pero mañana a primera hora me tienes que contar hasta el último detalle, ¿entiendes?

—Así será.

Instalé a doña Antonia y me desvié para despertar al sordo de Ermilio. Era increíble lo dormido que estaba porque todos los ruidos que hicimos ni siquiera perturbaron su sueño.

Entre sus quejas le expliqué rápido lo que pasaba y salí para que pudiera ponerse presentable.

Bajé porque Nicolás y Erlinda aguardaban, creo que les interesó que tuviéramos luz eléctrica porque observaban en silencio la bombilla más cercana. Ellos dos se sentaron de extremo a extremo en el sillón más grande y yo ocupé uno pequeño que estaba enfrente.

—¿Cómo conseguiste la dirección? —le pregunté a él porque recordaba que por descuido no la apunté a detalle.

—Ya que en tu cartita no estaba completa, se la pedí a Amalia. Viene apuntada en las que le mandas a ella. Perdona por no avisarte que vendríamos. Tuvimos que esperar primero para convencer a su mamá, y luego a que don Evelio saliera del pueblo para que no se le ocurriera venir con nosotros.

¡Amalia sabía que ellos vendrían! Allí deseé que ella hubiera decidido acompañarlos. Después de todo iba doña Antonia. Quizá algo se le presentó y por eso no pudo. La melancolía amenazó con llegar y tuve que distraerme para ahuyentarla.

—Descuida. Si te soy sincero, pensé que no podrías —le dije sin rodeos—. Eres de admirar.

Nicolás sonrió orgulloso y ladeó la cabeza.

—Cuando quiero algo, lo consigo, cueste lo que cueste.

—No sé si decir buenas noches o buenos días. —Ermilio por fin se nos unió y después dio un bostezo—. Mejor diré: bienvenidos. —Extendió alegre los brazos.

En otros tiempos habría pensado que Erlinda era más compatible con Ermilio, pero la verdad es que nadie sabe de quién terminará enamorado.

—Erlinda —le dije y apunté a mi amigo—, él tiene una idea que puede ayudar a Florencio. Vamos a contártela y tú y solo tú tomarás la decisión. —Necesitaba hacer hincapié en que el poder residía solo en ella.

—Yo me retiro. —Nicolás se levantó—. Es mejor que no estorbe.

—¡No, no, no! Quédate —lo detuvo Ermilio—. Vamos a necesitarte a ti también.

Nicolás nos miró confundido, pero se volvió a sentar.

Ermilio se acomodó en otro asiento y se inclinó al frente:

—El plan es este: Nos iremos los cuatro hasta el pueblo donde está la penitenciaría. Esteban y yo no podemos acercarnos mucho porque ya nos conocen los cabrones de la entrada, así que les tocará irse solos a ustedes dos, pero estaremos atentos. Nicolás será el cuidador de la señorita María Sandoval.

—¿Quién es María Sandoval? —pregunté porque esa parte la desconocía.

Ermilio me ignoró y sonrió malicioso.

—La esposa de Benito Fernández. —Dirigió su vista hacia a Nicolás—. Serás su marido por unas horas.

—¿Quién es Benito Fernández? —Esta vez se lo pregunté encarándolo.

—El hermano de Florencio —lo dijo como si fuera algo obvio.

—¿Y por qué no digo que voy a ver a Florencio y ya? Él es mi esposo.

—¿Cómo se te ocurrió todo eso y por qué no me contaste antes? —Yo me encontraba con mi propio interrogatorio que parecía ser irrelevante para todos.

—La idea me la dio el Tilingas —me respondió a secas y se giró a ver a Erlinda de nuevo—. Porque seguro allí saben por qué está detenido tu amorcito y en cuanto lo digas te van a pedir que te vayas. Lo importante es que entren. —Se dirigió a Nicolás—. Una vez que lo logren los dejas solos para… ya sabes. Tilingas ya me dijo el precio que el cuidador cobra por el tiempo extra, yo te daré ese dinero. Él también te va a esconder para que nadie sospeche.

Todos vimos la cara de miedo de una mujer que siempre vivió bajo la protección de sus padres. Ella temía y con justa razón.

—Te toca confiar en nosotros si lo que quieres es seguir siendo la señora Fernández —finalizó Ermilio con tono persuasivo.

—Pero la estamos poniendo en un gran riesgo. —Era mi turno de hablar—. Es una señorita que no debe pisar esos lugares ni arriesgarse a tanto.

Hubo un silencio. Ninguno de los tres rebatió mi afirmación. Sabíamos que era verdad. Dar marcha atrás parecía ser la mejor opción.

Erlinda se levantó, se quitó el velo de la cabeza y nos contempló uno a uno.

—Está bien, voy a hacerlo —decidió y sus ojos hundidos brillaron por las lágrimas que no dejó salir—. Ustedes estarán cerca, ¿verdad? —nos preguntó a Ermilio y a mí.

—Lo más que se pueda —le aseguré, más preocupado que satisfecho con su resolución.

Nicolás le tocó el hombro.

—Yo también estaré cerca.

—Escucha —le habló Ermilio, quien se puso también de pie—, no tienen que… tú sabes… —vaciló y puedo jurar que sus mejillas se sonrojaron—, estar juntos de verdad. Tal vez para ti sea desagradable. Lo único que se necesita es que el Flore confiese cómo fue que pudieron consumar el matrimonio. Le estamos dando la historia que les urge.

—Y así la gente sabrá que fue después de que el sacerdote les dio la bendición y firmaron el acta —eso lo dije para remarcar que por igual a ella le beneficiaba.

—Entonces, ¿estamos todos de acuerdo? —preguntó

entusiasmado Ermilio.

—Sí —confirmó primero Nicolás. Él ni siquiera tenía por qué ponerse en riesgo, pero aceptó.

—Sí —lo secundó Erlinda.

—Pues… sí. —Por poco y me traicionan los nervios.

—Vamos a descansar todo lo que podamos. Salimos a primera hora.

Hospedamos a Erlinda en la habitación que usaba Florencio, y a Nicolás le cedí la mía. Esa noche me tocó dormir en el sillón.

Los cuatro estuvimos listos antes de lo previsto. Doña Antonia tuvo la cortesía de preparar el almuerzo y agradecí tener un poco de la sazón de mi pueblo.

Yo hice todo lo posible por evitar encontrarme a solas con ella, pero me persiguió hasta el baño y esperó afuera.

¡Tremendo susto que me dio cuando la vi parada como estatua!

—Dímelo ya —murmuró y volteó a ver a ambos lados del pasillo para evitar que su hija nos viera.

Una parte de mí quería contarle la verdad. La señora detendría a Erlinda y eso la salvaría de cualquier mal que pudiera sufrir, pero me ganaría el odio de mi futura prima. Y otra parte de mí quería quedarse callado para mantener sana la relación entre una buena amiga y familiar de mi novia.

—Ahorita vamos a ver al abogado. —Al final elegí mentir y rogué por verme sincero—. Él necesita hacerle unas preguntas a su hija.

—¿Seguro que solo es eso? —Se plantó más cerca de mí—. Se me hace raro que vayan los cuatro.

—Es para acompañar a Erlinda.

Doña Antonia no paraba de mirarme y los movimientos involuntarios de mi ojo derecho comenzaron.

—Más te vale que no me mientas.

—¿Cómo cree —mi voz se quebró un poco—, doña Antonia?

—¡Allí estás! —Fue Ermilio quien llegó a mi auxilio, aunque él no lo sabía—. Ya, vámonos.

Me apresuré a ir detrás de él y antes de salir doña Antonia nos dio la bendición a todos.

—No tardaré, mamá —le dijo cariñosa su hija—. Quédate tranquila.

—Estaría más tranquila si me dejaras acompañarte. Pero bueno, ya eres una señora que se manda sola.

—La cuidaremos —le dije para que tuviera calma.

Se repitió el viaje en ferrocarril, el intenso calor y esa entrada que olía a azufre.

Ermilio y yo nos escondimos detrás de un monumento y Nicolás

avanzó llevando del brazo a su falsa esposa.

Lo último que vi de reojo fue los dejaron pasar sin tantos cuestionamientos.

Con ayuda del reloj de Ermilio supimos que pasó una hora y ellos no salían.

Los peores escenarios se empezaron a crear en mi mente. Si algo le pasaba a Erlinda, yo terminaría desterrado para siempre de la familia Bautista. Y si algo le pasaba a Nicolás, los Moreno nos lincharían por exponerlo.

Comencé a rezar con los ojos cerrados. El tiempo pasaba demasiado lento y no sabíamos qué pasaba adentro, hasta que por fin reconocí primero las dos sombras, y después confirmé que se trataba de ellos.

Me senté sobre la tierra para poder recuperar el aliento.

—¿Cómo salió? —les preguntó Ermilio cuando llegaron hasta donde estábamos. En su voz percibí que también se angustió.

—Bien, por suerte —respondió Nicolás, aunque el sudor mojaba toda su frente.

—¿Por qué tardaron tanto? —quise saber.

Erlinda se adelantó a hablar.

—Es que decidí que la historia tenía que ser lo más real posible. —Encogió pícara los hombros—. Para que Flore no tuviera que mentir.

Sentí un espasmo en el estómago por la vergüenza, pero también por la excitación de imaginarlos. ¡Sí! Los imaginé involuntariamente. Allí, teniendo intimidad en el sucio catre de la celda, con sus pieles bañadas en sudor que se entregaron sin necesitar más.

—¿Y te sientes bien? —Ermilio fue cortés—. ¿Quieres agua?

—Estoy bien. —En ese momento una enorme sonrisa decoró su cara que recuperó el color—. ¿Nos vamos?

Doña Antonia por lo menos estaría feliz porque su deseo de que su hija sonriera de nuevo había sido cumplido.

Lo siguiente que pasó lo recuerdo a pedazos. Estuve en tantos escenarios que es confuso.

El abogado que defendía a mi amigo hizo todo lo posible por liberarlo, pero a pesar de todos sus esfuerzos, dos meses después lo condenaron a cuatro años de prisión. De no ser por su árbol genealógico, lo hubieran dejado morir encerrado o hasta lo mataban. Sus padres no se aparecieron ni por error. Pero Erlinda sí pudo quedarse como esposa y, por lo que leí en las cartas de Amalia, la gente solo habló un poco sobre el atrevimiento que tuvo, pero algunos la justificaron al actuar como una esposa abnegada y enamorada.

Volví a ver a Erlinda a mediados de junio. Pasó a visitarnos, llevó

obsequios para Ermilio y para mí y nos agradeció una vez más por haberla ayudado. Ya se notaba más repuesta, al menos sus curvas regresaron, aunque la tristeza en su mirada se negaba a irse.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté mientras bebíamos un café los tres.

—Lo voy a esperar.

—¿Por cuatro años?

—Sí —fue firme al responder—. Florencio va a encontrarme en esa puerta cuando salga. Además, ya pude reclamar la propiedad que tiene a su nombre. Voy a mantenerla rentada, el dinero será para mí y con eso buscaré una casita en ese pueblo para estar cerca de él. Lo iré a visitar las veces que pueda.

—Esta también es su casa. Flore pagó la renta de todo el año —Ermilio la interrumpió—. Quédate aquí. Te dejaremos toda la planta baja. —Él me miró como buscando mi aprobación y yo le asentí.

—¿De verdad? —Erlinda se emocionó.

—Sí —dije—. Eres bienvenida. A nosotros ya solo nos faltan unos meses para terminar la carrera, casi no estamos, y podrás rentarla toda si te agrada cuando nos vayamos. Además, no está tan lejos de la penitenciaría y podríamos turnarnos para acompañarte.

Ella se levantó y dio un pequeño brinquito.

—En serio que no tengo cómo agradecer que me hayan ayudado tanto. —Se acercó a mí y me dio un abrazo—. Ya me muero por decirte “primo”. Y a ti —se dirigió a mi amigo—, si quieres te presento a Chavelita. Es una muchacha muy linda y educada.

—Ya estoy comprometido, pero gracias.

Los tres nos reímos y continuamos charlando y bebiendo café como si nada más importara.

Con los meses que pasaron la paz en mi pueblo se confirmaba poco a poco.

Según las cartas que mi familia enviaba, no se sabía nada de los Carrillo. El caso del tío Hilario iba muy lento. Al parecer don Cipriano no se creyó que solo él fue el culpable de la muerte de don Baltazar. Del asesinato de mi tío Heriberto ni siquiera tenían sospechosos. El favoritismo del alcalde, aunque no me gustara reconocerlo, se volvía evidente.

Al quinto mes empecé a planear la pedida de mano porque las vacaciones estaban muy cerca. Primero le llevaría serenata y un gran ramo de flores; uno que tuviera muchas gardenias. Después solicitaría hablar con sus padres y allí sería, con el anillo de estrella que esperaba guardado.

Fue en ese mismo quinto mes en el que recibí una carta que llevaba como remitente el nombre de mi hermano Rogelio. Con solo

leerlo me descompuse. No quería abrirla. Por un momento tuve el impulso de hacerla pedazos y lanzarlos al fuego, pretender que no existía. Que Rogelio me escribiera cuando no lo hizo en esos meses solo significaba una cosa: malas noticias. Esas que mis padres eran incapaces de redactar y él tenía que hacerlo por ellos.

Me metí a mi habitación y tardé unos minutos para tener el valor de abrirla. En el corazón sentía una y otra vez esos “toquecitos” que se tienen cuando se sabe lo que viene.

Mis dedos temblaron cuando extendí el papel.

Hermano, lamento ser yo quien deba informarte de esto. Nuestros padres están tan afectados que no pueden ni siquiera sentarse. Nos acaban de informar que el tío Hilario decidió quitarse la vida. Según el gato del alcalde, se ahorcó en su celda. Mi padre no lo cree, y para serte sincero, tampoco yo. Él no era así.

Sé que cuando esta carta te llegue el entierro ya habrá pasado. De ninguna manera queremos que vengas. Estoy seguro de que desde allá vas a rezar por el eterno descanso de nuestro tío. Préndele una veladora y ponle un vaso de agua…

Ya no pude seguir leyendo.

Debí tirar la carta, ignorar la desgracia que mi familia vivía, ser egoísta y hacerme el ciego.

—¡Maldita sea! —grité lleno de furia y me recargué en un mueble donde guardaba mi ropa, después le causé una abolladura con mi puño que terminó con pequeñas cortadas que sangraron.

Terminé acostado en la cama donde lloré como un niño pequeño hasta que se me agotaron las fuerzas.

Lo cierto es que la muerte del tío Hilario no fue el detonante de mi dolor, sino el fracaso inminente de los planes que tanto me ilusionaron. El rompimiento de mi sueño de amor.

Chokani

Guardé en mi maletín el documento que me liberaba de las clases por unas semanas. Para mi mala suerte el director decidió que todavía le debía varios días limpiando los salones. Cumplí sin rezongar porque cualquier acto de rebeldía me traería serios problemas.

El encuentro con mi amada tardaría un poco más.

Todavía no sabía cómo iba a actuar con todo lo que pasó. Por las noches pensaba en las palabras que les diría a mis padres para confesarles que me casaría con ella, aunque me negaran como hicieron los padres de Florencio. Si él podía sobrellevarlo, ¿por qué yo no? Pero primero tenía que averiguar cómo marchaba la situación entre las familias.

Una noche en la que llegué sucio y agotado, me topé con Erlinda. Se encontraba sentada en la mesita en la que a mi amigo le gustaba pasarla antes de ser encerrado. Hacía un bordado de rosas rojas y moradas, y la vi tan concentrada que pasé despacio para no interrumpirla.

—¡Oh!, por fin llegaste. —Levantó la cabeza, sonrió, dejó su bordado sobre la mesita con tan poco cuidado que los hilos seguro quedaron enredados. Después se puso de pie—. Vente, vente a comer o, mejor dicho, a cenar. De por sí estás todo flaco, y si no comes, vas a volar cuando sople fuerte el viento.

Ella se adelantó a la cocina y la seguí porque de ninguna manera haría la descortesía de rechazar su ofrecimiento.

—Ya te dijimos que no es necesario que te molestes en cocinar para los tres —le dije porque me avergonzaba abusar de la nueva inquilina—. Estamos acostumbrados a comprar la comida ya hecha.

Erlinda resopló mientras servía un plato.

—¡Tú no te preocupes! Aquí me aburro, esto me mantiene ocupada porque experimento con las especies. Soy mala para recordar las recetas que mi abuela le enseñó a mi madre. Si te sabe raro, ¡te aguantas! —Soltó una risotada que me recordó a cuando la conocí. También se sirvió un poco y se sentó en la mesa para acompañarme—. Y dime, ¿cuándo te vas a ir al pueblo? Porque vas a ir, ¿verdad?

—Mañana.

—¿Puedo irme contigo?

—Eso ni se pregunta. —Probé un buen bocado y comprobé una

vez más que su comida sí sabía raro, pero no del tipo “raro” que desagrada, solo era distinta y ya.

—Quiero ir. Es que todavía no me acostumbro a estar lejos de mis papás. Además, Florencio quiere que le entregue unas cartas a mi padre, y de paso festejamos el cumpleaños de Amalia. —Levantó un dedo—. No olvides que cumple diecisiete.

Erlinda tenía la capacidad de cambiar su forma de hablar entre frases cortas. Podía hacerlo primero bajito y agudo para luego pasarla a más grave y casi gritar, y creo que no era consciente de ello. Con el paso de los días y la convivencia, me fui acostumbrando a su característico estilo.

—No me olvido —le respondí, pero creo que ella notó la congoja en mi expresión.

—¡Oh! —Llevó una mano sobre su pecho y liberó un soplido—. Perdóname, se me pasó que estás de luto. ¡Lo siento!

Tuve que sonreírle para que no creyera que me molestó. En realidad, mi pesar era por otra cuestión.

—Festejaré su cumpleaños, aunque solo seamos nosotros, como el año pasado.

Los dos suspiramos al mismo tiempo.

—Como el año pasado —dijo para sí.

Esa nostalgia regresaba y se colgó de mi espalda. Su hubiera podido volver el tiempo, me habría quedado en ese día de su cumpleaños, cuando cantó con su angelical voz, cuando éramos libres de amarnos.

Unos ruidosos pasos interrumpieron nuestro estupor.

Ermilio entró a la cocina con todo ese entusiasmo que mantenía casi siempre.

—Muero de hambre. —Bostezó de forma exagerada y después señaló la olla de comida—. ¿Puedo?

¡Tremendo descarado que era él!

—Adelante. —Ella hizo su silla para atrás para levantarse, pero Ermilio se lo impidió con un suave toque en el hombro.

—Sé servir un plato, quédese donde está, señora de Fernández.

Erlinda, con la boca medio abierta, regresó a su lugar.

Los tres seguimos conversando por un rato más, hasta que llegó la hora de ir a dormir. Teníamos un viaje largo que recorrer.

Salimos por la tarde porque las corridas del ferrocarril se suspendieron unas horas. Era como si todo conspirara para que no pudiera ver a mi amada.

Tomé la iniciativa de sentarnos frente a frente para que no compartiéramos asiento. Lo último que quería era que nuestra amistad se prestara a malas interpretaciones. Los chismosos siempre estaban a

la orden del día.

—Bonitos zapatos —le dije cuando vi que llevaba puesto unos mocasines negros. Diferentes a lo que las muchachas del pueblo usaban.

—¿De verdad lo crees? —me preguntó emocionada—. Los vi y supe que los necesitaba. Aunque te confieso que son un poco incómodos al principio.

—Es que hay que domarlos, por la piel.

—Domarlos como a los hombres —susurró, pero fui capaz de escucharlo.

—¿Qué? —sonreí al preguntarle.

—Nada, nada. —Aguantó la risa y sus mejillas se pusieron coloradas.

Sin que lo planeara, volteé a ver a la ventana y enseguida pensé en Amalia. Estaba por verla después de meses de mantenernos alejados. Solo deseaba que el ferrocarril acelerara al máximo para acortar el tiempo y poder abrazarla.

Es un largo viaje. —De mi maletín saqué dos libros y se los acerqué a Erlinda— Traje estos por si quieres leer uno.

Ella me los recibió, pero los observó pensativa.

—No sé leer.

En ese momento me sentí tan tonto y quise meterme debajo del asiento.

—Es broma. —Sus dientes apretados evitaron que se carcajeara—. Sí sé. Debiste ver tu cara —se burló y cuidadosa inspeccionó ambos ejemplares—. ¿Qué tenemos por aquí?

Uno era de poesía, y el otro hablaba de la Revolución que inició en 1910. Erlinda ojeó el segundo.

—Hombres alabando a otros hombres —dijo sarcástica mientras le daba vuelta a la hoja—. ¿Y las mujeres qué? ¿Cuántas viudas dejó la Revolución? ¿Cuántas tuvieron que criar y mantener solas? ¿A cuántas desaparecieron o les robaron su inocencia los Villistas? Seguro aquí no lo dice. De eso no se habla y mucho menos se escribe jamás.

Era verdad. En mi familia se contaba que desaparecieron a una tía segunda de tan solo catorce años. Se la llevaron y nunca se volvió a saber de ella. Su nombre no figura en ningún libro, ni su historia, ni el dolor que su pérdida causó. Mi madre nos platicó alguna vez cómo su madre tuvo que esconder a sus hermanas menores para que no sufrieran el mismo destino.

—Tienes razón —apenas pronuncié porque analizaba sus palabras.

—¿Sabes, Esteban? —dijo para llamar mi atención de nuevo—. Desde que éramos niñas creí que mi prima se iría con el primer hombre que se ofreciera a mantenerla. —Pareció que sonreía

satisfecha—. Me equivoqué y eso me hace feliz. En serio te quiere. Cuando se casen solo tendrán amor para darles a sus hijos. —De pronto, sus labios abandonaron la curva que decoraba su rostro—. ¿Te gustan las familias grandes?

El cambio en la conversación me contrarió. Varias preguntas surgieron con su comentario, pero me las guardé porque me dio vergüenza cuestionarla como si fuera un interrogatorio. Opté por solo responderle lo que solicitó saber.

«No le preguntes, no le vayas a preguntar», me recordé para no mencionar nada que tuviera que ver con su descendencia.

—Me gustaría tener por lo menos cinco hijos, pero si se puede, más —respondí, pero en mi cabeza se repetía «No le preguntes, no le preguntes» una y otra vez—. ¿Y tú? —¡Como siempre ignoraba mis propias advertencias y fui directo a la equivocación!

No quería conocer su reacción y desvié la mirada.

—No… —escuché que vaciló—. No hemos hablado sobre eso todavía. —La sentí más distante—. A veces Florencio cree que él es un estorbo para mí y hasta le da vergüenza que lo visite, así que decidí hablar de esas cosas más adelante.

Mi voz interior gritaba: «¡cambia el tema, estúpido!». Y eso traté de hacer.

—Es increíble que el señor Larrea haya desistido tan fácil.

Erlinda se mantuvo callada por más de un minuto.

Estaba a punto de leer mi libro cuando reanudó la conversación.

—Te contaré un secreto, pero solo quedará entre nosotros. —Me señaló y luego a ella.

Asentí porque me ganó la curiosidad.

Erlinda se inclinó hacia adelante para estar más cerca y bajó la voz.

—Los Fernández prometieron a los Larrea a uno de los solteros de su familia a cambio de que dejara vivir a Florencio. La condena solo fue un… —dudó y se puso triste— “merecido”.

—Entonces sí lo ayudaron —dije para mí, sorprendido por la información que acababa de conocer.

—Por lo poco que sé, están muy ofendidos, pero es su hijo y tenían que defenderlo. Yo creo que tomará tiempo para que se calmen las aguas, pero, como dicen, la sangre siempre llama.

«La sangre siempre llama», pensé conmovido. Fue mi familia la que llegó a mis pensamientos. Después de todo ellos estaban pasándola mal también, en especial mi padre que ya había perdido a dos de sus hermanos.

Me mantuve sumergido en los recuerdos de los buenos tiempos, cuando, una vez más, mi compañera de viaje volvió a hablar. Tenía que resignarme, de ninguna manera ella iba a quedarse en silencio. El

libro tuvo que regresar al maletín.

—Cuéntame de tu casa. Ermilio dice que ya la terminaste.

—Sí. Por fin está lista. Todavía no la amueblo, eso se lo dejaré a Amalia. Seguro tiene mejor gusto y paciencia que yo.

—¡Quién lo diría! —Se emocionó y sus ojos brillaron—. Mi prima será toda una señora. No que ahí la tienen como una sirvienta. —La forma en la que lo dijo fue de desprecio—. Pobrecita.

Un error que cometí fue el de no prestarle el suficiente interés a la situación familiar de mi estrella. La mayoría de las mujeres del pueblo se dedicaban a las tareas del hogar, por eso no llamó mi interés que Amalia se dedicara también.

Fue hasta el comentario de su prima que necesité saber detalles.

—Ella… no me cuenta sobre sus tareas, ¿son muchas?

—¡Jum! —Bufó e hizo una mueca de molestia—. Nada más tiene que limpiar la casa, lavar la ropa de todos, cocinar a diario, ir por el agua, cuidar a sus hermanos que son terribles, a los animales, a su madre que solo sabe mandar… No terminaría de contarte. No sé cómo aguanta. —Concentró su mirada en mí—. Pero sé que tú la tratarás diferente, ¿verdad? Una persona que la ayude jamás estorba.

—Tendrá toda la ayuda que ella pida.

—Yo siento que mi tía es así con ella porque es la única mujer. No sé, pero hasta creo que la hace menos.

—¿Y su papá cómo la trata?

—Mi tío la quiere mucho, solo que, aquí entre nos —susurró de nuevo y tapó un lado de su boca con una mano—, lo que mi tía diga es lo que se hace. Desde antes de los quince Amalia quería casarse. Llegaste a tiempo a su vida. —De nuevo la sonrisa, pero esta vez se veía avergonzada—. ¿Sabes? Tú me caías mal porque pensaba que eras un creído, pero luego me di cuenta de que solo eres un tímido que parece creído.

Su sinceridad me contrarió. Ella jamás sabría mi primera impresión sobre su forma de ser; seguro volvería a caerle mal.

—Me cuesta mucho acercarme a las personas —le confesé—, pero trato de mejorarlo.

—Vas a tener que hacerlo porque tu novia es una fiestera de primera.

—Lo voy a intentar con más ganas.

Los dos reímos un poco.

Sale sobrando añadir que platicamos durante todo el viaje. Erlinda de verdad era una mujer curiosa, pero, para mi sorpresa, el trayecto no me pareció tan largo como las veces anteriores.

Un empleado del padre de Erlinda ya estaba esperándola en la parada de las carretas. Por suerte me libré de acompañarla a su casa.

Ella podía ser ya una señora, pero no dejaba de ser vulnerable a los ebrios o los desubicados. La noche siempre tiene sus propios monstruos.

Llegué a mi casa agotado y fue mi padre quien abrió. Los demás ya dormían. Él esta vez se veía más resignado que con la muerte de su hermano Heriberto. Aun así, en la forma en la que miraba existía un cambio, parecido al que tuvo Erlinda. Como si su luz interior hubiera disminuido su brillo.

—Me imaginé que vendrías —dijo sin siquiera saludarme—. Rogelio se va a decepcionar mucho.

Nos quedamos parados en medio de la sala y se podía sentir la tensión que creamos.

—Él no me da órdenes. —Tenía miedo, ¡mucho!, pero mi hartazgo pudo más y las palabras salieron directas.

—¿Y yo? —Se mantuvo firme y me encaró—. ¿Te sigo dando órdenes?

Quería responderle de la mejor manera, dialogar y llegar a acuerdos, pero lo único que pude hacer fue callar.

Mi padre primero miró hacia el piso, como si con eso ocultara su decepción, y después me dio la espalda para recargarse en un sillón.

—Pensé en presentar mis respetos al tío Hilario —le dije sincero.

Él solo asintió varias veces.

—Está sepultado a un lado de Heriberto. —Giró hacia su habitación—. Me voy a dormir. Estoy cansado. Deberías hacer lo mismo —se despidió indiferente.

Al día siguiente me levanté y fui directo al camposanto. En el camino compré crisantemos. Sí que extrañaba montar a Genovevo y gocé volver a hacerlo.

Dejé el ramo sobre la tumba que seguía llena de flores secas, la limpié como pude, recé un poco, y luego me despedí.

El tío Hilario nunca fue de mi agrado, pero el sentimiento de ausencia causó que se me escaparan un par de lágrimas.

Ver a mi estrella era lo que más deseaba. Era vergonzoso tener que recurrir a nuestras amistades para que pudiéramos encontrarnos, y con los hechos recientes ya no sabía bien cuánto tiempo podríamos continuar así. Pero el amor que sentía por ella era mucho más fuerte que todo.

Erlinda fue mi apoyo en esa ocasión. Le avisó a Amalia que la encontraría al final del camposanto.

Ella llegó dos horas después.

La divisé a lo lejos, caminando entre las tumbas con su larga falda oscura que revoloteaba un poco y su velo que cubría su cabeza y sus hombros. Su larga trenza iba enredada en un listón negro. Pocas veces

la vi vestida tan sobria, pero supuse que lo hizo como un detalle para mí y mi luto. Se veía tan espectral como enigmática.

—Lo siento mucho. —Me dio un fuerte abrazo al llegar a mi lado.

—Gracias —murmuré, extasiado de tenerla rodeándome con sus tibias manos.

—¿Estás bien?

—Ahora sí —le dije y toqué su cabeza que se encontraba recargada en mi pecho.

Estuvimos así un momento, con la vista de todas esas tumbas, los árboles que rodeaban, el aire que era reconfortante.

La invité a sentarnos en una de las ramas de un árbol de mango que tenía una gruesa rama en horizontal. Con su permiso la tomé de la cintura y la ayudé a subir y después subí yo.

—Faltan quince días para tu cumpleaños —le recordé.

—Sí. Diecisiete años ya —lo dijo emocionada—. Mis padres están organizando el festejo.

Desvié la mirada porque me ganó la desilusión.

—Discúlpame, no podré ir.

De ninguna manera mis padres dejarían que fuera si es que los Bautista osaban enviar invitación.

—Entiendo —sonó triste, aunque su gesto fue conciliador—. Pero sí te veré ese día, ¿verdad?

La observé con detalle. Me parecía la mujer más hermosa que había visto. Allí por fin tomé la decisión que tardé tanto en tomar. Le pediría matrimonio en su cumpleaños a pesar de las negativas de familia. ¡Ya era tiempo!

—Esta vez te daré un regalo especial.

—¿Qué tan especial? —La sonrisa que dibujó fue amplia y brillante.

Sujeté sus dos manos y las sostuve con las mías. Quería que entendiera mis intenciones para ver si eran bien recibidas.

—¡Muy especial! —hice énfasis.

—Pasaré estos días deseando que llegue mi cumpleaños.

Su cara risueña cuando lo dijo fue una confirmación para mí. Ya solo quedaba esperar un poco más para poder hacerle mi prometida.

Apenas y logramos vernos tres veces en esos quince días, y solo unos minutos, pero estaba seguro que el suplicio terminaría pronto.

En mi casa se sentía el ambiente más normal de lo que imaginé, incluso Rogelio, cuando nos visitó, se portó cortés conmigo. Ni siquiera hizo mención de mi desobediencia, solo se encargó de recordarme que debía salir siempre armado y para su calma le prometí que así sería.

Cuando ya faltaba solo un día para el festejo, Celina pasó a verme

por la tarde. Yo revisaba algunas cuentas, pero era incapaz de concentrarme gracias a los nervios.

Pienso que era Celina quien me buscaba porque mi madre la tenía en buena estima. Eso sería para no recibir cuestionamientos.

—Las muchachas quieren platicar contigo sobre la celebración de Amalia. ¿Puedes ir ahorita? —preguntó en cuanto la atendí. Parecía que tenía prisa.

—¿Y Nicolás? —Me extrañó que no la acompañara.

—Está trabajando y se disculpa por faltar.

—¿Traes chaperona?

Ella negó.

—Le pagué para que se fuera a comprar ropa.

No pude evitar reír por su atrevimiento. Celina era de esa clase de mujeres que sigue al pie de la letra las instrucciones que se le dan. Esa ocasión me causó asombro que despachara a la chaperona.

—¿Traes carreta?

—Tampoco.

—¿Sabes montar?

—Solo de lado.

—Con eso basta. Te veo afuera. —Fui rápido a mi habitación recogí mi revólver y algo más, y salí al patio por Genovevo.

Ayudé a Celina a subir y cabalgué por un atajo hasta el cuartito de los padres de Erlinda.

Dentro ya se encontraban Erlinda e Isabel.

—Mi mamá se fue a comprar las hojas para los tamales… —decía Erlinda.

Antes de que pudieran decir algo más, intervine.

—Necesito pedirles un favor —me dirigí a las tres—. Quiero que me ayuden a hacer algo muy bonito mañana… —vacilé un poco por la emoción— porque voy a pedirle a Amalia que se case conmigo. —Vi como las tres pasaron de abrir los ojos de par en par a soltarse a reír y la señora de Fernández hasta saltó. De mi bolsillo saqué la cajita que mantuve guardada por casi un año y la abrí frente a ellas—. Este es el anillo, ¿creen que le guste?

Isabel tapó su boca y se le escaparon unas cuantas lágrimas.

Celina tocó su pecho y sonrió conmovida, y Erlinda se me abalanzó en un brusco abrazo.

—¡Ay, hasta que por fin! ¡Primito! —Brincó de nuevo mientras me sujetaba fuerte—. ¡Vamos a ser familia!

Comenzaba a faltarme el aire cuando decidió liberarme.

Fue para mí reconfortante conocer sus reacciones. Ellas de verdad adoraban a Amalia y yo también las estimaba.

—Si quieren mejor lo hacemos en mi ca… —empezó a decir Celina, pero fue interrumpida de manera abrupta.

Nos quedamos callados para volver a escuchar.

Deseé equivocarme, que lo que pensé que sonó era otra cosa, ¡pero no! Lo que oímos fue un disparo que provocó que todo vibrara. Luego siguió otro, y otro… Reconocí cinco tiros en total.

Fueron tan estridentes que temí que estuvieran disparándonos a nosotros. Como era de esperarse, las muchachas se asustaron. Isabel se puso a rezar, Celina no podía soltar palabra, y Erlinda aguantó las ganas de llorar.

—Váyanse a la esquina —las conduje a prisa porque volvió a sonar otro tiro.

Las tres gritaron al mismo tiempo y se atrincheraron con las manos agarradas.

Levanté la mesa y la puse de lado para que les sirviera de escudo.

—Esteban, vente tú también —me llamó desesperada Erlinda, agitando una mano.

Por un segundo contemplé el unírmeles, pero mi deber de hombre me superó. Si alguien andaba disparando afuera, era posible que me buscara a mí.

Verifiqué que mi revólver estuviera cargado, liberé el seguro y fui a la puerta.

—Quédense aquí.

Ellas gritaron desesperadas cuando me escucharon y Erlinda se adelantó para jalarme.

—¿A dónde vas? —Sus ojos no podían abrirse más—. ¡Te van a matar!

—Solo iré a ver y me regreso. —Volteé a verlas una por una—. Ninguna salga, ¿entendieron? —Clavé la mirada en Erlinda y bajé la voz—. Dije que ninguna sale.

Sacudí el brazo para soltarme de su agarre que no fue lo suficientemente firme como para retenerme y abrí la puerta lo menos posible.

Sabía que en ese momento me odiarían, pero no podía arriesgarme a que fueran tras de mí, así que cerré el cuartito con un palo de madera.

El miedo que sentía era grande, pero esta vez la pistola no se tambaleó. Si iba a morir allí, sería defendiéndome y protegiendo a las mujeres.

Rodeé la casa por atrás, pegado a la pared para que no me vieran.

Escuché susurros, aunque no podía entender lo que decían. Traté de acercarme despacio, pero en el proceso una de mis piernas empezó a sufrir un movimiento involuntario y pisé una rama que se quebró. El tronido alertó a los que dispararon.

«¡Ya está! Aquí quedé», me dije resignado y cerré los ojos. El sudor resbalaba a chorros por mi nariz.

Por los pasos supe que eran dos personas quienes salieron corriendo de lado izquierdo. Tuve que obligarme a ver. Iban demasiado rápido y se metieron a los terrenos continuos. Creo que ellos no me vieron y de ninguna manera iba a perseguirlos.

A diferencia del ataque de don Amadeo, esta vez sí reconocí a los culpables. ¡Maldije mi suerte, maldije el haber estado allí, me maldije a mí!

Contemplé el regresar con las chicas, pero si la persona a la que atacaron seguía con vida, podía darle auxilio.

El silencio me asustó. La gente que acostumbraba andar por esos rumbos se esfumó. Giré para llegar a la calle principal. A lo lejos vi a otra persona que venía veloz del lado contrario. No quería voltear y el aire comenzó a faltarme una vez más.

El cuerpo se encontraba tirado a unos veinte metros de distancia de la puerta. Con solo ver las botas confirmé de quién se trataba. Había un charco enorme de sangre a su alrededor y no se movía.

—¿Qué haces ahí parado? ¡Ve por ayuda! —gritó el hombre cuando llegó con la víctima.

Fui incapaz de mover un dedo. Estaba petrificado. Por un instante mi mente se perdió y me imaginé en un campo verde y brillante. Ya era demasiado para mí, demasiado para cualquiera.

Reaccioné cuando las empleadas de la casa empezaron a salir. Llevaban toallas y algunas comenzaron a llorar cuando lo vieron.

Sé que no contaba con conocimientos médicos, pero sabía que ya no había nada por hacer.

De un momento a otro todo se aceleró, pasos que iban y venían, personas llorando, otras cuchicheando… Entonces recordé a mis amigas que seguían encerradas a unos metros de distancia de todo el caos.

Tenía que ir a avisarles.

De vuelta no logré detener el llanto. La impresión me superó tanto que tenía la necesidad de soltarlo todo.

Antes guardé el arma, quité la madera, sequé mi cara y entré. Fui recibido con un vaso que impactó sobre mi brazo.

Hallé a las tres armadas con lo primero que encontraron: Erlinda tenía un cuchillo corto, Isabel varios platos y Celina sostenía nerviosa una vieja guitarra.

—¡Eres tú! —Isabel respiró aliviada—. Perdón. Es que no regresabas.

Celina soltó la guitarra y se me acercó. Mis ojos estaban enrojecidos y ella se dio cuenta.

—¿Qué está pasando? —quiso saber, intrigada.

Erlinda se nos unió. Yo traté de bloquear la puerta con mi cuerpo para que no saliera.

—¡Habla ya! —exigió temerosa.

—Fue… fue en tu casa —le dije despacio y sentí que mi barbilla temblaba.

—¿En mi casa? —apenas pudo preguntar porque se empezó a ahogar. Celina acercó una silla para que se sentara—. ¡Dilo ya! —Apretó su pecho y dejó escapar un par de chillidos.

Toqué su hombro, como si eso sirviera para algo.

—Tu papá. —Don Evelio fue acribillado afuera de su casa.

—¡No! —El grito que dejó escapar sonó como un aullido que salía de su alma.

Isabel y Celina la abrazaron.

—¿Está muerto? —preguntó Celina en voz baja.

Solo pude asentir porque si hablaba también me echaría a llorar.

—¡No puede ser! —volvió a gritar Erlinda—. ¡Mi papito no! ¡Dios mío! ¡Mi papito no! —Toda su cara se empapó y se le hinchó el contorno de los ojos—. ¡¿Por qué?! —siguió chillando con una potencia dolorosa. En cualquier momento se desmayaría.

—Nosotras la vamos a acompañar. Agarra tu caballo y vete. Gracias por cuidarnos.

De nuevo me pedían irme. En ese punto ya me percibía como un estorbo, un indeseado del que no se puede esperar nada bueno.

Le hice caso a Isabel y cabalgué. No, no fui a mi casa, la cantina era un mejor lugar para desahogarme.

Entrado en copas solo podía imaginar a mi amada, ataviada en su traje negro y el velo oscuro cubriendo su cara triste. Sí, como la Chokani que algunos decían que rondaba el pueblo llorando su pena por haber perdido a un ser amado.

Pálida azucena

Don Evelio tuvo un funeral tan concurrido que las calles se llenaron de gente siguiendo al féretro que recorrió despacio todo el pueblo, lo pude ver desde la cantina. Con eso confirmé que fue un hombre muy querido.

Allá, en mi amada tierra, a los muertos se les lleva hasta el camposanto acompañado con la banda de aliento, y esta me recordó todavía más las tragedias de las que fui testigo.

Sé que no debí, pero cuando la procesión pasó cerca me asomé como pude en una de las ventanas del local, con cuidado para que no me vieran. Otros más también querían ver y eso disimuló mi presencia. Solo buscaba a una persona y fue fácil reconocerla. Iba hasta adelante, detrás de sus padres y sus hermanos. Mi dulce Amalia parecía más un espíritu que una mujer viva. Enfoqué lo mejor que pude y vi que sus ojos estaban tan rojos que se le hinchó la mitad superior de la cara. Deseé poder abrazarla y brindarle apoyo, ser su hombro en el que pudiera descargar todo su dolor.

Lo que tenía que ser una fiesta, un día de felicidad y gozo para ella, terminó siendo un funeral.

Cuando aquella triste caminata se perdió de mi vista, regresé al banco que ocupaba y pedí otro trago.

Quería ahogar todo lo que me atormentaba. En mi mente se repetía la muerte de don Amadeo, con esos ojos abiertos, y luego me iba a la de don Baltazar, hasta llegar a la de don Evelio, allí, boca abajo e inmóvil con toda esa sangre rodeándolo. ¿Cuántas tumbas eran necesarias para arreglar el problema que comenzó por unos simples terrenos?

Las horas pasaban, el sol se escondía, perdí la noción del tiempo y ni siquiera comí. Llené el cuerpo de alcohol una y otra vez. El dinero estaba por terminarse, y planeé ir por mis ahorros. Terminaba mi último trago que podía pagar, cuando escuché el vaivén de las puertas de la cantina.

Hubo un silencio extraño y uno que otro borracho se me quedó viendo preocupado.

No me molesté en ver quién era. Solo unos pasos sonaban como esos, solo las botas de Rogelio hacían ese ruido tan único y las reconocí enseguida.

Unos segundos después sentí su mano pesada sobre mi hombro, pero no giré a verlo.

—¡Vámonos ya! —ordenó firme y me apretó.

—¡No! —le respondí tajante y después bebí de un solo trago todo el tequila que quemó más de la cuenta.

—¿Qué dijiste? —Su voz sonó más a sorpresa que a enojo—. ¿Vas a esconderte en las cantinas cada vez que tengas miedo?

Su pregunta fue molesta. Tenía miedo, por supuesto. Para ese punto yo ya me sentía como un ave de mal agüero, como el tecolote que anuncia la muerte con su canto.

—Sí —le respondí como si fuera algo obvio.

Mi hermano me jaló para que lo encarara. Casi me caigo del banco con el tirón tan fuerte.

—Nos vamos, y es una orden. —Estaba furioso, lo sabía porque él tenía la desdicha de expresar demasiado con su cara. El disimular jamás fue su fuerte.

De reojo vi que más de uno nos observaba atento.

El cantinero se acercó con pasos lentos y sin prestarnos tanta atención.

—¿Vas a querer otro? —me preguntó mientras acomodaba unas botellas debajo del mostrador.

—No —se adelantó a responderle Rogelio.

El cantinero siguió con sus tareas como si nada le interesara.

—¡Yo… de aquí…! —Quería hablar clarito, que él comprendiera sin falla, pero con lo que no conté fue que estaba tan borracho que la lengua se me trababa. Traté de hacerlo más despacio para que sonara mejor—. ¡Yo de aquí no… me voy! —Señalé firme hacia el piso—. No pienso… —Respiré porque era difícil liberar las palabras— ver otro muertito… más. —Negué con la mano varias veces.

Rogelio gruñó.

—Entonces te llevo a rastras. —Sin avisar, caminó hacia mi espalda y me sujetó fuerte.

Sentí que buscaba levantarme, y por poco lo logra, de no ser porque me solté al mover los brazos.

—Atrápame si puedes —dije lento y retador.

Mi plan era perderlo, que me dejara en paz, e ir por más dinero para seguir bebiendo. Pero, en cuanto quise dar un paso, mi pierna me traicionó y caí directo al suelo. Ni siquiera pude meter las manos y mi frente fue a dar al áspero piso de madera.

Las fuertes risas de los presentes ayudaron a devolverme un poco de lucidez.

De nuevo escuché los pasos de mi hermano, estaba a un lado de mí y me levantó sin decir una sola palabra.

Tuve que aceptar que la juerga había terminado.

Salimos conmigo sobre su hombro porque no podía estar de pie solo.

La cantina era un espacio libre para todo aquel que buscaba descargar sus pesares, y al cruzar las puertas sentí la desesperación de abandonar lo que consideraba “un lugar seguro”.

Anduvimos unos pasos hasta donde amarró a su caballo, cuando una preocupación se apoderó de mí.

—¡Espérate! —Lo detuve a tropezones y le agarré la camisa para que me pusiera atención—. ¡Genovevo!

Rogelio sonrió un poco.

—¿Crees que tu tonto caballo va a irse para otro lado? —sonó burlón—. Después vengo a recogerlo.

—Pues sin él… —Volví a respirar porque me quedaba sin aliento —. Sin él no, ¡no! y no me voy. —Moví la mano, negando.

Genovevo estaba atrás de la cantina, allí los clientes podían dejar a sus caballos, les brindaban un espacio techado con agua y heno.

Me tambaleé tanto que mi hermano tuvo que casi cargarme.

—¡Ah! —Resopló, irritado. Después llamó a un niño que se encargaba de darle agua a los animales, sacó una moneda de su bolsillo y se la arrojó—. Lleva al Genovevo a mi casa. ¿Sabes cuál es?

El niño asintió y se fue a prisa, imagino que a buscarlo.

—¿A tu casa? —lo cuestioné sorprendido porque supuse que iríamos con nuestros padres.

—Sí, a mi casa.

Volví a recargarme en su hombro para liberarlo de todo mi peso.

—Por Dios, ¿pues cuánto bebiste? —se quejó—. Hueles a barril de licor.

—Nada más poquito, uno dos traguitos.

—Sí, como no —dijo entre dientes mientras nos disponíamos a subir a su caballo.

Mi pie resbalaba del estribo y él tuvo que empujarme. Después se subió porque yo era incapaz de cabalgar.

La noche estaba entrando e íbamos tan rápido que sentía las ganas de vomitar, pero evité hacerlo.

Llegamos a su casa en menos tiempo del acostumbrado. Por la ventana que daba a la calle vi las lámparas encendidas, las luces no se quedaban quietas, y escuché los gritos y risas de sus hijos.

De nuevo Rogelio me ayudó, esta vez para bajar. El mareo iba disminuyendo y le dio paso a un hambre voraz. El estómago empezó a dolerme por resistir echarlo todo.

Entramos a su casa, él se quitó el sombrero, lo colgó en el perchero, y luego hizo lo mismo con el mío. Lo siguiente que hizo fue desarmarme. Ni siquiera tenía presente que seguía con el revólver colgado de mi cintura.

Traté de enfocar la vista y sostenerme lo mejor que podía. La calidez de su hogar me embargó y los malestares disminuyeron. Era como estar en un lugar feliz donde no existía maldad, ni muerte, ni odio.

Pía me saludó cortés, con esa seriedad natural. Parecía agotada, pero le sonrió a su esposo después de que le diera un beso. Se retiró enseguida porque ya era hora de arropar a sus hijos.

Mi hermano, por su parte, me condujo a la cocina y yo lo agradecí.

Para mi buena suerte de las dos ollas que estaban sobre la mesa se podía reconocer el aroma del perejil y otras especias que avivaron mi apetito.

Mi cuñada cocinaba, a mi juicio, un tanto… insípido, pero sentía tanta urgencia que en cuanto Rogelio puso un plato frente a mí lo empecé a devorar.

—Imaginé que tendrías hambre. Ve despacio que te puedes ahogar.

A pesar de los años, él seguía viéndome como un niño pequeño al que tenía que cuidar.

Cuando terminé el tercer plato, mi hermano me llevó hasta una de las recámaras de su casa.

Me acosté en la cama sin quitarme la ropa, apenas y pude liberarme de las botas.

—Aquí vas a dormir. Pía siempre tiene limpio porque a su abuela le gusta visitarnos.

—¿Por qué no me llevaste a mi casa si está cerca?

Quería discutirle por ignorar mis deseos, pero el techo daba vueltas y empecé a sentir la necesidad de dormir. Mis párpados se cerraban sin permiso.

—Mañana hablamos. Descansa.

Rogelio se giró para irse, pero lo jalé de la mano.

—¡Yo lo vi, lo vi! —le dije porque quería que él supiera.

—¿A quién?

—¡Al difunto! ¡A don Evelio!

—Duérmete ya —fue severo y no me cuestionó ni un poco—. Mañana me cuentas.

—Lo vi… lo vi… —Creo que balbuceé otras cosas, pero no las recuerdo.

Antes de salir, mi hermano apagó la lámpara con un fuerte soplido.

Cerré los ojos y gracias a la oscuridad pude descansar.

Era de mañana, pero en esa habitación entraba poca luz gracias a las gruesas cortinas que pusieron.

Me senté sobre la cama y sentí que la cabeza pesaba como si fuera una gran roca sobre mis hombros. «Pero sigue haciendo pendejadas», me dije en modo de reproche.

Llevé una mano a la frente y noté que tenía una costra apenas formándose. Allí recordé lo sucedido la noche anterior.

Estuve sentado por un rato más, buscando las ganas de levantarme e irme a casa. Supuse que mis padres estarían preocupados.

Oí que la puerta rechinó, tan despacio que si hubiera estado distraído no lo habría notado.

La regordeta cara de mi sobrino se asomó sigilosa.

Cuando me vio, abrió los ojos de par en par y comenzó a gritar:

—¡Ya se despertó! Papi, ¡ya se despertó!

Afuera hubo más pasos, y luego entró mi hermano al cuarto, ya vestido con la ropa que usaba cuando cuidaba de su ganado.

—¿A qué hora son?

—Las dos de la tarde.

—¡Qué! —Para mí todas esas horas se sintieron como minutos.

—Tenías que recuperarte. ¿Te quedas a comer?

Me levanté de golpe y busqué mis zapatos.

—Gracias, pero ya debo irme. —Empecé a acomodarme la camisa.

Pía apareció detrás de Rogelio, envuelta en un chal de alguna tela delgada y brillante de color blanco. En sus manos llevaba un pequeño baúl. Se lo entregó a su esposo sin decir una sola palabra y luego se fue.

—Te traje a mi casa por una razón. —Mi hermano colocó el baúl sobre la cama—. Si haces lo que te digo, esto será tuyo. —Apuntó hacia el cofrecito de madera.

—¿Qué es? —Lo toqué con poco interés, imaginé que sería otro revólver.

Rogelio me observó pensativo. Creo que se sentía triste.

Pocas veces inspeccionaba a mis hermanos, era algo que no me interesaba hacer, pero ese día descubrí en el rostro de Rogelio un parecido conmigo. La forma de los ojos, la nariz y su cabello castaño oscuro eran iguales a los míos, solo su tupida barba y una madurez en sus facciones nos diferenciaban.

—Son mis ahorros.

Sus serias palabras me tomaron por sorpresa.

—No entiendo.

—Sigues con la Bautista, lo sé —dijo seguro, pero no noté molestia en su cara o en su voz—. Ni siquiera trates de desmentirlo porque tengo más de un testigo.

—¡Ese traidor de Paulino! —me quejé con los labios apretados y

hasta crují los dientes. A mi mente llegó el recuerdo de cuando lo soborné.

—¿Paulino sabía? —La incredulidad fue obvia. Que le mintiéramos o le escondiéramos cosas para él representaba una gran ofensa digna de un merecido castigo—. Ya arreglaré cuentas con él. Pero eso no relevante ahorita. —Se quedó mirándome unos segundos, tan concentrado que hizo que volteara la mirada, luego me sostuvo del hombro—. Quiero que vayas por esa muchachita que te tiene embrujado, la subas a ese tonto caballo tuyo y te la lleves de este pueblo. —El pesimismo con el que habló fue irreconocible—. Aquí no hay nada bueno para ustedes, si es que quieres casarte y tener familia.

—Es que yo… no puedo aceptar tu dinero.

Lo que me daba era un gran regalo, el regalo que tanto necesitaba: la libertad económica que mi padre me arrebataría si hacía lo que Rogelio pidió. Pero él tenía hijos que proteger y una esposa por la cual velar. Llevarme sus ahorros era impensable.

—Lo harás. Pía y yo ya lo platicamos. Me está yendo bien con el ganado, mejor de lo que crees. Tú no te preocupes. Si tengo alguna emergencia, venderé una o dos cabezas.

—No puedo recibirlo. —Retrocedí. La tentación estaba superándome.

—Sí puedes. —Rogelio levantó el baúl y lo puso contra mi pecho —. Y te mandaré más hasta que puedas mantenerla tú solo. Mi única condición es que te vayas lo más pronto posible.

Observé sin parpadear aquella cajita que contenía mi felicidad. Amalia era lo que más amaba por sobre todas las cosas, así que elegí soltar mi orgullo y sostener el baúl.

—¿Qué dirán nuestros padres?

Mi hermano esbozó una amplia sonrisa.

—¿Qué pueden decir? Eres un hombre adulto, ¿o no? Si ya elegiste a tu compañera de vida, poco pueden hacer para separarte, ya que una orden directa no sirvió de nada, ¿verdad? —Me dio una palmada en la espalda.

—Te regresaré cada peso —le prometí, conmovido.

Él solo siguió sonriendo.

—Pasa a despedirte, ¿sí? El Genovevo está atrás, comiendo como siempre.

—Lo haré. Gracias por esto. —Levanté un poco el cofrecito.

Antes de que me fuera nos dimos un abrazo sincero. Él era el mayor, pero también una figura paterna que infundía respeto, y ese día no fue la excepción.

El siguiente paso era ir por mis pertenencias a mi casa y luego salir sin causar revuelo. Apenas llegué vi los pedazos de vidrio de la

ventana que daba a la calle. Genovevo pisó unos cuantos. Estaba destrozada por completo.

—Pero ¿qué pasó? —dije confundido en voz baja y una urgencia me controló.

Amarré al caballo en la calle como pude y toqué desesperado.

Sebastián me abrió enseguida.

—¿Qué pasó? —le pregunté casi gritando.

—Cálmate, estamos bien. —Levantó su mano como si con eso me tranquilizara—. Anoche unos pendejos se hicieron los chistosos y aventaron ladrillos a la casa, pero no pasó a mayores.

Mi hermano trató de restarle importancia, pero yo sabía que se trataba de un ataque de odio.

—¿Pasó algo que no sepa?

Sebastián se fue a una esquina de la casa, lo seguí y empezó a hablarme en confidencia. Por un breve instante pensé que envejeció diez años por sus ojeras y su semblante cansado.

—Papá discutió antes con don Cipriano aquí en la casa —susurró, teniendo cuidado de que nadie más llegara—, se pelearon muy feo. Don Cipriano asegura que mi papá y mis tíos fueron los que le dispararon a su hermano. Juró llegar hasta las últimas consecuencias...

En realidad, no quería escuchar el resumen de los recientes hechos ni de las amenazas que lanzaban unos contra otros, ni de nada que tuviera que ver con ese problema que cada vez empeoraba más. Apenas y entendí que don Cipriano se declaró enemigo de mi padre, ignoré los demás detalles.

Sebastián todavía no terminaba de contarme cuando escuchamos que alguien se acercaba. Tratamos de disimular al verlo.

—¿Ya estás dando informes como señora chismosa? —acusó mi padre a Sebastián—. Y tú, ¿dónde chingados andabas? —me preguntó enojado.

—Él también tiene que saber —rebatió mi hermano, pero su voz no sonó firme ni segura.

—¿Para qué? —dijo indiferente y se dio la vuelta.

Mi padre parecía un poco enfermo, o tal vez las preocupaciones le estaban afectando. Tenía la espalda más encorvada de lo normal y el cabello sin peinar.

—¡Papá! —lo nombré para que me prestara atención—, ¡estamos en peligro!

Él se dio la vuelta rápido y caminó hacia mí. Supuse que me daría un buen golpe por atreverme a intervenir.

Se detuvo cuando quedamos cara a cara.

—¡Para nada! Cipriano anda en duelo, por eso se puso loco, pero ya se le pasará. —Su mirada se oscureció—. Además, que sepa lo que se siente perder así a un hermano.

Fue allí que comprendí la urgencia de Rogelio, la misma que me atacó en ese momento.

—¿Por qué no se vienen conmigo a la capital, aunque sea unos meses?

Sebastián solo nos observaba, confundido.

De reojo vi que mi madre y Paulino llegaron y se quedaron parados en el marco de la puerta que daba a la cocina.

Me pareció que mi madre se asemejaba a la virgen María, con sus manos juntas y su vestido azul con blanco que le llegaba a las rodillas. Pude sentir su gran preocupación con solo un vistazo rápido.

—¿De verdad crees que nos vamos a ir como los cobardes de los Carrillo? ——me dijo tan cerca que su saliva fue a dar a mi mejilla—. ¡De ninguna manera! Si quieren venir por mí. —Se golpeó el pecho y luego señaló el piso—, ¡aquí me van a encontrar!

—Aunque sea deja ir a mamá y a mis hermanos menores. A los mayores los consideran familias aparte y no los tocarán si se mantienen a raya. Los que corremos peligro somos nosotros. —Con mi dedo dibujé un círculo en el aire.

Planeé comprar de emergencia muebles para tenerlos cómodos en mi casa nueva. Seguro Amalia entendería que se trataba de una situación especial y no me reñiría por tener invitados en el primer año de casados.

—De ninguna manera tu madre se va a mover sola. Ya si tus hermanos quieren irse, es su asunto.

Volteé a conocer la reacción de mamá y sin decir palabra, me respondió.

Era verdad. Mi madre jamás se despegaba de mi padre. Solo pasaba en los tiempos en los que él tenía que viajar para ir por mercancía, y esos días los pasaba más callada de lo normal. Recuerdo bien que se sentaba por horas a bordar, pensando en quien sabe qué tantas cosas, con su mirada perdida y los dedos moviéndose por inercia. Ella no se iría si él no iba.

Paulino por fin se acercó.

—Si mamá no se va, a mí ni me cuentes —dijo calmado, pero firme.

Giré a ver a Sebastián.

—Yo tengo asuntos importantes aquí. —Allí vino a mi mente el “secretito” que Paulino le guardaba, pero no lo mencioné—. Tendré cuidado, te lo prometo —fue sensato.

Tal vez si les decía quiénes fueron los que le dispararon a don Evelio, los haría cambiar de opinión, pero eso implicaría explicar por qué andaba por allí.

Ninguno quiso acompañarme. Lo único que me quedaba era continuar con el plan inicial.

—Pues yo sí me voy —sentencié sin dudar ni un poco—. De todos modos, debo entrar a la escuela antes que los demás… por unos puntos extras que quiero ganar. —Mi familia no tenía por qué saber que me encontraba a merced de los caprichos del director.

—Está bien —dijo papá, y esta vez no sonó molesto o decepcionado. Simplemente lo aceptó y ya—. Por nosotros no te detengas. Sabemos cuidarnos de los bocones.

Contemplé a cada uno, por si encontraba en alguno un atisbo de duda, pero no, no dudaban.

—Parto en dos días. Piénsenlo bien. —Antes de irme a mi habitación, me dirigí solo a mi padre—. Ya se derramó demasiada sangre.

Dentro de mi espacio, escribí una nota a prisa para enviarla con el mensajero:

Si pudiera pintaría el cielo para ti. Cada que anochezca haría brillar más la luna para que ilumine tu triste mirada.

¿Puedo verte mañana por la mañana, mi amada?
Si tu respuesta es sí, estaré esperándote al final del cementerio.

Preparé mi ropa y añadí algunas cosas, como mi guitarra y más pertenencias que siempre dejaba. Ya no sabía cuándo regresaría. Esa ya no sería más mi casa, iba a pasar a ser la casa de mis padres y yo me iba a convertir en un invitado.

Quizá a otros les causaría nostalgia, pero a mí no. Los últimos meses mi pueblo se convirtió en un lugar de sufrimiento y muerte del que me urgía salir.

Aquella noche me quedé dormido con una sonrisa en los labios al pensar en mi hermosa estrella.

Antes de irme al cementerio pasé por flores. Darle mis respetos a don Evelio era lo menos que podía hacer. Él fue un hombre considerado conmigo el poco tiempo que lo conocí.

—Su tumba tenía la tierra todavía removida y todos los ramos de flores seguían frescos. Me apresuré a rezarle un poco porque no quería que algún Bautista me encontrara allí.

Cuando terminé, me dirigí hasta aquel árbol donde nos vimos con Amalia cuando visité al tío Hilario.

El aire del camposanto era diferente, como nostálgico. Como si él supiera que ahí imperaba la pena y las dolorosas despedidas, la eterna espera de un prometido encuentro después de la vida.

La reconocí a lo lejos. Llevaba las ropas oscuras, como imaginé. Ella llegó antes que yo.

Apresuré el paso para alcanzarla porque me avergonzó el hacerla esperar.

—¿Tienes mucho aquí? —le pregunté en cuanto llegué a ella.

Se veía desvelada, pero me complació saber que, a pesar de todo, atendió mi petición.

—No —respondió a secas.

Nos dimos un beso, aunque fue más breve de lo que planeé porque Amalia se hizo hacia atrás. Por la postura, la noté rígida y un poco incómoda.

—¿Cómo estás? —¡Qué pregunta tan tonta! Era obvio que por sus ojos hinchados estaba destrozada—. Lamento mucho lo de tu tío.

Antes de que pudiera decir algo, la abracé, tan fuerte como si con eso pudiera juntar sus pedazos. En ese momento sentí que se dejó proteger porque soltó un poco el cuerpo, luego comenzó a llorar.

—No fuiste al entierro —dijo entre sollozos, todavía entre mis brazos—. Esperaba que fueras.

—Perdóname, yo… —No sabía qué decirle, su reclamo me tomó desprevenido—. Pensé que no sería bien recibido.

—Erlinda se la pasa dormida, cuando despierta se echa a llorar y ya no sabemos cómo calmarla. Ni los tés le ayudan.

Erlinda para mí era una buena amiga y saber que sufría de nuevo me conmovía de verdad.

—Cualquiera estaría así, perdió a su papá. Dale tiempo y compañía. Por lo que la he conocido, sé que es una mujer muy fuerte.

—Lo es… —Amalia se soltó de mi abrazo y recibió el pañuelo que le ofrecí—. ¿Para qué querías verme?

Su carita triste, tan bonita, fue reveladora. Necesitaba ser su protector y su apoyo cuando se sintiera mal o tuviera ganas de desahogarse. Acompañarla en las noches difíciles.

—Bueno, es que… —El momento que tanto anhelé llegó en aquel cementerio, tierra santa en la que descansan los que ya se fueron. Los nervios aparecieron, pero fueron unos que hicieron que mi estómago vibrara de emoción. Sujeté sus manos y la miré directo—. Te pedí que vinieras porque quiero que nos vayamos, hoy mismo vámonos —lo dije con todo el amor que sentía por ella—. Ve por tus cosas y vente conmigo.

—¿A dónde?

—Casémonos. ¡Sí, casémonos! —Reí por toda la energía que me recorría—. Hubiera preferido decírtelo de una mejor manera, pero tienes que saber que ya tengo lista nuestra casa. Sé que esto es apresurado y diferente a lo acostumbrado, pero ya no sé cómo hacerlo mejor.

Estaba a punto de sacar el anillo del bolsillo, pero algo me detuvo.

La barbilla de Amalia tembló, su boca se curvó hacia abajo y apretó los labios.

—Acaba de morir mi tío Evelio —reclamó con los dientes crujiendo—. ¡Él me cuidaba! —alzó la voz—, ¡lo hizo desde que nací, y me quería de verdad! Me está quemando esta pena, ¿y tú piensas en irnos así nada más? —No resistió más y las lágrimas regresaron—. ¡Eres un egoísta!

Esa reacción fue la que menos imaginé que tendría y con eso mis dedos soltaron la cajita.

—¡Te voy a perder si no nos vamos ahora! —Me desesperé y apreté mi cabeza para poder pensar mejor—. Tengo miedo, no quiero perderte —lo último lo dije con poco aire y salió casi como un lamento.

Amalia se puso recta, evitó que la sujetara y me confrontó.

Su mirada no se desvió de mí.

Los movimientos involuntarios tocaban la puerta y luché para detenerlos.

—Dime una cosa, Esteban —pronunció mi nombre, tan seria que no la reconocía—, ¿es cierto lo que dice la gente?, ¿fue tu familia quien lo mató? —su voz tembló con la terrible pregunta.

—¡No! —aseguré.

Tenía que esconder lo que sabía porque no podía confesarle que fueron los hijos de mi tío Hilario los que le dispararon a quemarropa a don Evelio. Los reconocí. Mis primos, desde niños, fueron problemáticos, nos buscaban pelea en las reuniones familiares, incluso Rogelio se peleó a golpes una vez con el mayor de ellos, por eso terminamos por distanciarnos. Pero reconocería a un miembro de mi familia a pesar de no vernos tan seguido.

—¡No te atrevas a mentirme!

Su gesto de coraje me dejó desarmado.

Bajé los hombros y la cara, era incapaz de verla.

—Es que… —balbuceé y luego quedé en silencio.

Mi amada soltó un quejido, uno de auténtica decepción.

—¡Entonces es verdad! —sonó incrédula.

Me obligué a verla, apenas levanté el rostro un poco, y la encontré con una mano tapando su boca. Tenía los ojos perdidos y respiraba con dificultad.

Traté de abrazarla, pero ella dio unos pasos hacia atrás.

—¿Sabes qué? Regrésate a la capital en la que tanto te gusta estar. A lo mejor hasta tienes allá a la que sí tomas en serio.

Tardé en comprender lo que salió de su boca. Todo estaba pasando tan rápido que se sentía irreal.

—Pero ¿qué dices? Tú eres la única dueña de mi corazón. —Puse una mano sobre el pecho—. Te amo solo a ti.

—Pues dudo mucho que ese amor sea tan grande como dices. —Escuché que respiró profundo—. Aquí terminamos, Esteban.

Mi amada dio la terrible estocada, esa que tanto temía recibir.

—¿Por qué? —apenas logré pronunciar porque ahora era yo el que iba a echarse a llorar.

—Porque ya no eres bueno para mí —afirmó tan segura que le creí—. Te pido que dejes de buscarme.

Ella avanzó hacia el camino, pero la detuve, sujetándole la muñeca.

—Dime que estás jugando, no puedes hablar en serio. —Fue inevitable que un par de lágrimas se me escaparan gracias a los sentimientos que me envolvieron.

—¿Me crees capaz de jugar contigo? Qué pena darme cuenta de lo poco que me conoces.

—Amalia, ¡no! —Negué con la cabeza, suplicándole.

—Se terminó, Esteban. La próxima vez que nos veamos, que espero sea dentro de mucho tiempo, seremos apenas conocidos. —Acomodó su rebozo sobre el hombro y cubrió bien su cabeza—. Ya me tengo que ir. Espero que tengas buena fortuna. Buen día.

No le dije nada más y la vi irse. Allí me quedé, derrotado y confundido. El pecho me dolió por el fuerte latido que causaron las palabras de mi estrella; mi hermosa estrella que ya no quería brillar cerca de mí.

En un rincón del alma

Las lagunas mentales a veces borran partes que necesito dejar atrás porque sé que si vuelven me van a devorar.

No recuerdo cómo regresé a casa ni cómo me quedé dormido, solo sé que desperté al día siguiente sintiéndome como un gran fracasado.

Que Amalia me dejara fue como si una bala me atravesara el pecho, como si el siguiente cuerpo inerte sobre la tierra fuera yo. Solo quería ir a buscarla para detenerla y rogarle que se arrepintiera. Ella me dejó cuando ya tenía las posibilidades de darle una vida digna y eso para mí fue una humillación.

No era capaz de comprender ni aceptar lo sucedido. Estuve más de dos horas, después de abrir los ojos, solo viendo el techo, con mi mente en blanco y esa sensación de pérdida que asesina.

Reaccioné cuando mi madre tocó la puerta para preguntarme si iba a comer algo.

Ni siquiera tenía hambre ni intenciones de levantarme, así que le dije que no. Quería estar solo para poder sufrir en paz.

—Te voy a traer un taco, aunque sea —insistió en la distancia. Supongo que no resistió las ganas de entrar al encontrarme tan desanimado. Se acercó a mí y tocó mi frente—. ¿Qué te pasó? ¿Estás enfermo?

Mi madre siempre olía a especies o a café, y ese día el aroma de la hierba buena en sus dedos me reconfortó.

—Nada —respondí apenas pronunciándolo.

Ella resopló y luego se acomodó a un lado de la cama, cerca de mí.

—Hijo, yo te parí. Te cargué cada vez que tenías un berrinche, te curé las heridas y te limpié las lágrimas. ¿Crees que no sé cuando estás mal?

—No estoy enfermo, tranquila. Solo que… debo irme hoy mismo. —Decirle mentiras a mamá era imperdonable, pero necesitaba huir de allí lo más pronto posible.

—Pero ¿por qué? Casi acabas de llegar y ya te vas.

Reconocí esa voz que usaba cuando evitaba llorar.

—Tengo que ordenar todos los papeles para que no haya problemas en la escuela, y también avanzar con mi tesis.

De reojo vi que ella sonrió.

—Mi hijo estudiado. —Acarició mi cabello como lo hacía cuando era pequeño, con sus dedos metiéndose entre los mechones. La calidez de su mano me adormeció—. No sé qué es eso de “tesis”, pero suena importante. —Suspiró—. Todavía me acuerdo cuando nos pediste que te mandáramos a la capital para que hicieras una carrera. Te confieso que pensé que regresarías al mes, pero me callaste la boca bien y bonito, y eso me hace muy feliz. Estoy orgullosa de ti. —Con eso último una delgada lágrima salió de uno de sus ojos.

Giré a verla directo. El anhelo de darles satisfacción a mis padres se cumplía en los peores momentos en los que podía pasar.

—Tú… ¿crees que papá también se sienta así?

Mi madre siguió acariciándome y volvió a sonreír.

—Estoy segura.

—Él ha cambiado mucho, ¡muchísimo! —le dice sincero—. Siempre lo vi como un hombre tranquilo y alejado de problemas, pero ahora… Ni siquiera me pregunta sobre la escuela como lo hacía antes.

Para mí, ya no quedaba nada del padre que tuve un año atrás. Ese hombre dócil y amable que se sentaba a leer cada mañana, que no se preocupaba tanto, que era bueno.

—Cuando me casé yo tenía catorce años y él dieciséis. Lo conocí por amigos en común de la familia. A mis padres les encantó la idea de comprometernos porque su familia era respetada en el pueblo, y así lo hicieron. Me gustó desde que lo vi, era tan guapo, y rebelde también. —Abrió más los ojos al decirlo y movió la cabeza de arriba abajo—. Sí, como oíste, era rebelde y aventurero. Por ratos se parecía a como es tu hermano Sebastián, y otros a Rogelio, y otras, también a ti. Heredaron tanto de su padre que, si no los hubiera visto salir de mí, pensaría que no son mis hijos.

—¿A mí? —la impresión hizo que me sentara.

El parecido que tenía con papá en lo físico era una verdad irrefutable, pero en temperamento y carácter, mantenía mis reservas.

—Sí, a ti. Ya más adelante te darás cuenta.

—¿Y cuándo dejó de ser aventurero y rebelde? —Es que no me lo podía imaginar en su faceta de joven indisciplinado.

—Con el paso de los años se fue haciendo más reservado y aprendió a tolerar más, controló sus impulsos. Desgraciadamente con todo lo que ha pasado estos meses, esos impulsos se desataron.

Toqué uno de los brazos de mamá.

—Tengo miedo de que les hagan daño a ustedes —confesé tan preocupado que tragué saliva.

—Yo también, hijo. —A pesar de todo, se mostró sosegada—. Pero si huimos, vamos a vivir con miedo, las noches serán largas y de insomnio. Es mejor tomar al toro por los cuernos que vivir pensando

en cuándo será “el día”.

—Promete que te cuidarás mucho.

—Lo haré. Tú también cuídate mucho. —Me dio una palmada sobre el brazo y luego me miró risueña—. Y considera a una candidata con la que puedas disfrutar eso de “el tesis”.

Sonreí porque su preocupación por que desposara a alguien ya no me molestaba.

Después le explicaría de lo que se trataba la tesis y seguro lo entendería a la primera.

Hice las maletas en cuanto terminó la comida. Esta vez fue diferente. Empaqué todo, absolutamente todas mis pertenencias. Sabía que esa era mi despedida de la casa en la que nací y crecí. Añoraría mi cuarto, mi cama, mis espacios, el calor de mi familia, pero el tiempo de continuar por otros rumbos llegó de una manera apresurada.

Paulino pasó cerca de mi puerta y fui detrás de él. Se metió a su recámara y antes de que cerrara me interpuse.

—¿Qué tienes? ¿Estás rabioso o qué? —se quejó con cara de hartazgo.

—¿Qué secreto le guardas a Sebastián? —fui directo al grano porque mi tiempo era poco.

Paulino se sentó para quitarse las botas y ni siquiera me vio a la cara.

—Si te digo ya no es secreto.

Caminé a su lado y me agaché.

—Dime o te acuso con nuestro padre. —Amenazarlo fue un mal necesario porque sabía que él no hablaría tan fácil.

—Dile y le digo lo de la Bautista.

—Eso ya terminó. —Recordarlo me dolió, pero lo disimulé lo mejor que pude.

—¿Te botó? —Soltó una sonora carcajada—. ¡Te botó! —Me apuntó divertido—. ¡Quién lo diría!

Que se burlara de mi desgracia encendió en mí la ira.

Sujeté su camisa por el cuello y del tirón se levantó. Quedamos cara a cara.

—Dime lo de Sebastián —le exigí.

Mi hermano se fue hacia atrás para soltarse.

—Sácamelo a la fuerza.

Se echó a correr como un niño que ha hecho una travesura y busca evadir el castigo.

Fui detrás de él y vi que salía al patio.

Allí se encontraba Sebastián, estaba cortando limones con un palo.

Lo desconcentramos cuando volví a jalar a Paulino.

—¡Ey, ey, tranquilos! —Sebastián fue hacia nosotros—. Invítenme aunque sea.

—Aquí el metiche quiere saber tu secretito —le dijo acusador Paulino.

En ese momento pensé que mi hermano menor era más cobarde que yo porque tuvo que buscar ayuda para librarse de un simple interrogatorio.

—¿Tú quieres saber? —me preguntó Sebastián, sorprendido—. ¡¿Tú?!

—Sí —le respondí firme—. Seguro andas haciendo alguna tontería que va a traerles más problemas a nuestros padres.

Con el palo que todavía cargaba, empujó a Paulino hacia mí.

—Mejor sí chíngatelo.

Paulino rio y se abalanzó sobre mí. Evité que me agarrara y él se resbaló con las cintas sueltas de los zapatos.

Encaré a Sebastián después.

—¡O me dices, o ahorita mismo te llevo a rastras con Rogelio para que te haga hablar!

Sebastián se apresuró a ayudar a nuestro hermano que calló de boca al suelo.

Yo no estaba dispuesto a dejar pasar otro día sin saber lo que él ocultaba, así que me paré frente a los dos, como esperando a que se decidieran.

—Bueno, ya —habló Sebastián, hastiado. Volteó a ver hacia atrás y hacia adelante, y, al comprobar que nos encontrábamos solos, continuó con voz más baja—. ¿Tienes presente a doña Alfonsina?

Por supuesto que sí. Cuando éramos niños se la pasaba en la casa, acompañaba a nuestra madre y la ponía al día de los chismes del pueblo.

—¿La viuda Jiménez?

—Esa mero. —Noté que le daba vergüenza lo que iba a decir, pero ya no tenía otra salida que sacarlo—. Resulta que una noche estaba yo bebiendo con el File y salí de madrugada de su casa. Cuando regresaba para acá, vi la luz prendida de doña Alfonsina, y cuando pasé cerca, ella se asomó por la ventana. Me reconoció y salió para invitarme a pasar. Para no hacerte el cuento largo, acepté y tuvimos, ya sabes…

Doña Alfonsina Jiménez era una mujer de más o menos cuarenta años. Según recuerdo, quedó viuda cuando tenía unos veinte años y ya no se volvió a casar. Solo tuvo un hijo con su difunto esposo. Las malas lenguas decían que nació muerto o que falleció a las pocas semanas debido a su desatención. La herencia que recibió le daba para vivir sin necesidades y se la pasaba de casa en casa visitando amigas para pasar el tiempo.

—¡Qué asco! —dijo Paulino con una mueca de repulsión.

Por dentro pensé lo mismo, pero me reservé los comentarios porque se trataba de una mujer mayor; una que, a mi juicio, era poco agradable.

—Volví a visitarla más veces. —Juro que mi hermano se sonrojó, hasta bajó la cara cuando lo dijo—. Hace unas semanas me confesó que está en cinta y asegura que es mío. ¡Pero ni loco lo voy a reconocer!

Todo lo que confesó sonaba tan irreal, como si se tratara de una de sus bromas de mal gusto, pero le creí porque lo conocía lo bastante bien como para saber cuando mentía.

—¿Embarazaste a una amiga de mamá? —Tuve la desgracia de imaginar a doña Alfonsina desnuda y dispuesta; una imagen que en definitiva necesitaba borrar lo antes posible—. Pero si es casi de su misma edad. ¿Te cansaste de todas las jovencitas y le sigues con las señoras?

Mi hermano por fin mostró un poco de desesperación y aventó violento el palo hacia un lado.

—¿Cómo iba a saber que todavía podía quedar? Y para que sepas, es la única señora con la que me he metido.

Cerré los ojos para poder ordenar las ideas. Creo que di un par de vueltas antes de continuar.

—¿Comprendes el escándalo que puede hacerse si se sabe?

Sebastián resopló.

—Por eso era un secreto, don metiche. —Volteó a ver a Paulino, molesto, y extendió la mano—. Tú, regrésame lo que te pagué. Si te lo confié fue porque estaba preocupado, no para que fueras a contárselo a todo mundo.

—Yo ni le dije nada… —quiso defenderse.

—¡Vas a ser papá! —los interrumpí—. ¿Te das cuenta de lo que causó tu irresponsabilidad?

—No, yo no voy a ser nada. Que la doña se lo enjarete a otro. Es mi última palabra. —Quiso irse, pero se lo impedí.

—¡Piénsalo bien! Abandonar a la sangre de tu sangre es un pecado. Vas a cargar con eso en tu conciencia.

Con una expresión que me erizó la piel, Sebastián me plantó cara.

—Sangre es la que te voy a sacar si le dices a alguien lo que acabo de contarte.

—Está bien, si eso quieres… Pero te advierto que la gente puede enterarse si doña Alfonsina habla.

Con una mueca maliciosa, me respondió:

—Eso déjamelo a mí.

El asunto de mi hermano era delicado, pero fuera de mi alcance.

Ese era un tema que él y solo él podía tratar. Meterme en sus asuntos no era una prioridad para mí.

Antes de irme, regresé a mi cuarto y les escribí notas a mis amigos. Después de todo, Erlinda, Isabel, Celina y Nicolás, se convirtieron en eso: mis amigos. Despedirme, aunque sea en papel era obligatorio porque no sabía cuándo iba a regresar.

La última hoja en blanco quedó esperándome, inerte sobre la mesa, provocativa y, sí, dispuesta para que la usara a placer.

En ese momento decidí cambiar por unas horas la fecha de mi partida.

Querida Amalia, recibe esta nota como una última súplica. Eres tú y solo tú la mujer en la que pienso antes de ir a dormir, la que imagino a mi lado cuando lleguemos a viejos, la que quiero como mi esposa.

Estaré mañana las diez de la mañana en las carretas. Si sientes lo mismo por mí, trae tus maletas y empecemos una vida juntos. Tú siempre serás mi amor. Aunque pasen los años, te seguiré amando. Esa es mi promesa.

Tuvimos una cena que se sintió como una despedida. Llamaron a mis hermanos y todos llegaron con sus esposas e hijos. Por poco y se convierte en una fiesta. Incluso mamá tomó un trago de mezcal en mi honor.

En esas horas olvidé todos mis pesares y me concentré en mi familia, a la que jamás dejaría de extrañar.

Al día siguiente estuve listo a las nueve con el equipaje y la incertidumbre que quemaba mis entrañas.

Me quedé parado en el marco de la puerta, pensando en si ella atendería a mi llamado.

Mi madre me dio la bendición, mi padre me deseó suerte, y mis dos hermanos menores también tuvieron el detalle de darme un fuerte abrazo.

Después de colgar las maletas, subí a la silla que le puse a Genovevo, volví a despedirme con la mano y luego cabalgué hacia la casa de Rogelio.

Llegué rápido porque temía malgastar el tiempo y que Amalia se sintiera ofendida si no me encontraba.

Toqué su puerta y fue él quien atendió.

—¿Ya te vas? —preguntó mi hermano, quien ya se encontraba listo para ponerse a trabajar.

—Sí.

—¿Y la novia? —Inspeccionó la calle, pero supongo que, al verme a la cara, comprendió—. ¡Oh!, Ya. Lo siento.

Bajé del caballo de un salto y abrí un morral que tenía a la mano.

De allí saqué el cofrecito que contenía sus ahorros.

—Te los devuelvo. —Se los entregué.

Decidí que era necesario regresárselos. Si iba a mantener a Amalia, ya me las arreglaría con mis propios recursos. Trabajaría el doble, vendería lo que no fuera útil, buscaría opciones, aunque al principio tuviéramos carencias…

—¿Seguro? —Volvió a acercarme el pequeño baúl.

—Muy seguro. —confirmé—. También quiero pedirte un favor, ¿puedo encargarte a Genovevo? Trataré de llevármelo lo más pronto posible. Ya no quiero dejarle esa responsabilidad a nuestro padre.

Acaricié su pelaje. Mi buen amigo silencioso que expresaba tanto con su mirada o con solo mover su cabeza tendría que esperar un poco más para poder tener una nueva morada porque me faltaba por adaptarle su espacio.

—Por supuesto. —Rogelio le dio una palmada a Genovevo—. Lo voy a poner a trabajar porque ve lo obeso que está.

—Si es que puedes —reí.

Me disponía a desatar el equipaje, cuando mi hermano intervino.

—Espérame. Te voy a acompañar.

Entró a su casa y diez minutos después salió por el terreno de al lado montado en su caballo.

—Vamos. Yo me lo traigo después —se refirió a Genovevo.

Él desconocía mis planes, estaba ausente de los nervios que impedían que sostuviera bien las riendas. No le dije que el pecho me saltaba sin parar ni que el aire me faltaba mientras más nos acercábamos a nuestro destino.

Dos cuadras antes de llegar, nos topamos con Filemón que iba a pie del lado contrario. Nos llamó la atención lo diferente que se veía. Vestía un traje azul y cargaba consigo un ramo de rosas.

—¿A dónde tan peinado? —lo interrogó mi hermano cuando se puso frente a él—. ¿A quién cortejas?

Allí até cabos y me adelanté a responder:

—A Chavelita, ¿verdad? ¿Por eso le preguntaste a Jacinto?

—Él no está interesado —comentó entre dientes.

Rogelio soltó una risotada que llamó mi atención.

—¿Piensas casarte con una bastarda? ¿Qué dice tu madre al respecto?

Enseguida Filemón volteó a ver a mi hermano. Se notaba ofendido, pero supo controlarse.

—No le digas así.

—Eso es —continuó Rogelio, ignorando por completo las señales de incomodidad—, ¿o no?

En ese momento pensé que Filemón debatió por dentro sobre si bajarlo del caballo de un buen golpe o ignorar sus desatinados

comentarios.

Desconozco qué decidió, pero en sus labios se dibujó una oscura sonrisa.

—¿Ya se enteraron de que vieron a Ciro Carrillo ayer en La Casa Martínez? —Prestó suma atención a nuestras reacciones que supongo fueron inolvidables—. Sí, esa cara pensé que pondrían. —Sonrió otra vez—. Tengan buen día.

Filemón aceleró el paso y nosotros continuamos.

—Respeta a Isabel —le pedí a mi hermano porque también me molestó la forma en la que se expresó de una buena amiga.

Rogelio se mofó.

—La hermanita ilegítima de tu amor es bonita y parece una mujercita decente, pero eso no le quita lo que es. Un matrimonio así no trae orgullo a tu familia.

—¿Crees que sea verdad lo que dijo el File? —Que vieran a Ciro Carrillo en los alrededores del pueblo solo podía significar una cosa.

—Algo supe ayer, pero pensé que eran chismes. Más les vale a esos cobardes mantenerse lejos de nosotros…

Dejé de prestarle atención cuando dimos la vuelta. En la distancia divisé la banca de espera de las carretas. Esa banca que imaginé que estaría ocupada por una colorida falda y esas trenzas llenas de listones; esa banca que confirmé que estaba vacía.

No quería subir, no quería irme sin ella. Pero esperé hasta ser el último pasajero y ya no podían darme más tiempo.

«No llegó», me dije, tan decepcionado y dolido que deseé poder destrozar mis maletas sobre el suelo.

El viaje inició y yo solo podía ver cómo todo se hacía más pequeño, como me alejaba de la gente que amaba, que la dejaba a ella, a mi adorada estrella.

Una hora después, la carreta dio un tumbo similar al de cuando conocí a Nicolás. Para mi buena suerte, esta vez me mantuve en mi sitio.

—¡Oiga, tenga más cuidado que no trae animales! —se quejó a gritos una señora.

El conductor se bajó veloz y nos habló:

—Se rompió una de las ruedas. Van a tener que esperar a que pase otra carreta porque esta no queda hoy. Allá se pueden acomodar. —Señaló hacia los árboles de mango que había a un lado del camino.

«Lo que me faltaba», me quejé, molesto por tener que pasar por eso.

Bajé mis pertenencias y ocupé un espacio debajo de un árbol cercano para ser de los primeros en abordar.

Una vez ahí, con la naturaleza rodeándome, saqué mi guitarra. El

requinteo era la voz del lamento que yo no podía expulsar porque me faltaban fuerzas para liberarlo. Yo lloraba a través de sus cuerdas. Mi fracaso era un tormento que ardía más de lo que podía aceptar.

Soy lo prohibido

Pasé más de una semana en la casa que rentaba, solo y malcomiendo, ni siquiera bebí alcohol porque se nos terminó y no tenía ganas de levantarme de la cama. Apenas y me bañé solo cuando lo creí en extremo necesario.

Ermilio tardaría en regresar a la ciudad, así que volverme un mueble más de la casa me pareció una excelente idea.

¡Solo quería saber por qué ella no llegó, por qué no parecía importarle nuestra separación, por qué dolía tanto perderla y cómo iba a ser capaz de soportarlo!

Creo que transcurrieron dos semanas o quizá tres, ya no lo sé, cuando tocaron a la puerta. Pensé que se trataba de la señora que vendía tamales puerta por puerta, y como ella ya sabía que le compraba, levanté del suelo la primera ropa sucia que vi y salí con calma.

De nuevo tocaron y allí supe que no se trataba de la señora porque ella no insistía.

Avancé sigiloso porque Ermilio tenía llave, no quería toparme con algún vendedor de algo que no fuera comida porque no contaba con la paciencia necesaria para despacharlo de forma educada. Pasados unos segundos escuchando murmurios afuera, decidí abrir y me topé con una sorpresa inesperada. ¡Eran Isabel, Celina y Nicolás!

—Te dije que si era aquí —le reclamó Isabel en voz baja a Nicolás.

Mi corazón latió veloz porque nació en mí la esperanza de que Amalia también los acompañara. Imaginé que fue a buscarme a mi casa para decirme que siempre sí quería irse conmigo.

Asomando un poco la cara, giré primero a un lado de la calle, luego al otro, ¡pero nada! Mi amada no fue.

Hice un esfuerzo para reponerme de la decepción, creo que ellos lo notaron porque guardaron silencio.

Apreté la boca para que mi barbilla no temblara y aguanté las ganas de liberar un par de lágrimas.

Luego puse mi atención en mis amigos.

La pareja se veía muy linda, con sus ropas limpias y planchadas. Celina portaba un vestido rosado con falda acampanada y larga que acentuaba su delgadez, y en su cabeza llevaba puesto un amplio

sombrero; muy a la moda citadina. Nicolás iba de traje azul, sospecho que por insistencia de su eterna prometida.

Isabel, por el contrario, llevaba puesto un vestido típico de la región en color verde.

—Pero ya lo encontramos —hizo hincapié Nicolás ante las quejas de ambas señoritas.

—Sí, después de ocho puertas —se quejó entre dientes Celina. Creo que se encontraba molesta, o tal vez abochornada porque hacía calor ese día.

Nicolás era paciente y dejó pasar el evidente malhumor que cargaba.

—Amigo, ¿te encontramos indispuesto? —preguntó Nicolás al inspeccionarme.

Sentí una gran vergüenza porque mi ropa apestaba y tenía manchas de comida en varias partes.

En ese instante deseé haber elegido otro atuendo.

—No, no, adelante.

Abrí bien la puerta y me hice a un lado. Confieso que tenía pocas ganas de conversar con ellos, o con quien fuera. Hablar para mí era… difícil, y en medio de mi pérdida, se volvía peor. Pero me visitaron de lejos y hacerles el desaire sería imperdonable.

Celina y Nicolás se sentaron en el sillón grande, cada quien en una esquina, Isabel en uno pequeño y yo ocupé el más lejano.

—Es muy bonita tu casa —dijo Celina para romper con la tensión.

—Esta es rentada, la que es mía está en otra ciudad.

—¡Oh! Pero sí es muy bonita. —Dio un rápido recorrido con la mirada y sonrió—. Tuviste buen gusto al escogerla.

—Gracias. —Me sentía demasiado incómodo porque no contaba con aperitivos para invitarles. Traté de relajarme. Después de todo, las visitas eran mis amigos—. Y, díganme, ¿qué les trae por acá? ¿Están de paseo?

—No —reconoció Nicolás, luego señaló discreto con la mirada a su novia y a Isabel—. Las señoritas aquí presentes insistieron en venir a visitarte y aproveché que tenía asuntos de trabajo para pasar. Disculpa que no avisamos, nos costó algo de tiempo convencer a la mamá de Chavelita y al final aceptó de último minuto.

Me preocupaba que mi dirección fuera de dominio público, pero no indagué el cómo la obtuvieron. Seguro Erlinda se las dio. Allí reparé en ella.

—¿Y Erlinda? ¿Cómo sigue?

Las dos mujeres se voltearon a ver.

—La verdad, pensamos que la encontraríamos aquí. No sabemos a dónde se la llevaron —confesó decepcionada Isabel.

—Dudo mucho que venga a esta casa. —Debido a mi parentesco

con los homicidas de su padre, seguro Erlinda no querría volver a verme jamás—. Siguen sus cosas aquí, pero no, no ha venido.

—Lo único que espero es que se encuentre bien —dijo Celina—. Quedó destrozada con… lo que pasó.

—Solo pudimos platicar por poco tiempo antes de que se fuera, o se la llevaran, por eso nos preocupamos —añadió Isabel.

Celina se levantó y se acercó a mí. Por poco su mano sostiene la mía cuando se detuvo.

—¿Tú cómo estás? —Me miró conmovida y habló con voz baja—. Ya nos enteramos.

—Me encantaría decir que bien. —¡Pero no podía! Me sentía un asco, un derrotado, un despojo de mí—. ¿Cómo está ella? —A pesar de todo, seguía pensando en su bienestar.

Celina giró a ver a su amiga, como dudando.

—¡Dile! —la instó Isabel—. A eso veníamos, ¿no?

Un ligero mareo me atacó al imaginar que Amalia, mi amada Amalia, podía encontrarse en algún peligro.

Sentí la necesidad de levantarme y así lo hice.

—¿Le pasó algo? —me apresuré a preguntarle.

—Esteban. —Ella vaciló un poco y me tocó un poco el brazo—, don Cipriano ya anunció a los cuatro vientos que va a prometer a Amalia con un Carrillo. —No fue capaz de sostenerme la mirada—. To… todavía no se sabe con quién, y tampoco se ha llevado a cabo el compromiso, pero… es casi un hecho.

Tuve que apretar los dientes para no soltar un alarido de furia.

—¡Ese maldito! —solté apenas.

Nicolás e Isabel se levantaron para intervenir, supongo que notaron que a Celina le costaba trabajo expresarse.

—Pensamos que lo hace como una burla por lo tuyo con Amalia —añadió Chavelita.

—¡Con un Carrillo! —Por dentro maldije a don Cipriano. Y yo que lo creía un hombre sensato a pesar de las críticas que giraban en torno a él—. De seguro será con ese… tarado de Ciro.

Supongo que Celina sentía la misma frustración que yo porque se dio vuelta, giró una vez, se llevó una mano a la cabeza y se mantuvo así.

—¡Ese hombre es un violento! —se quejó Isabel y sus ojos se pusieron cristalinos—. Va a maltratarla si la casan con él, y ella no tendrá otra salida que aguantarse. ¡Debes hacer algo!

¡Tenía razón! Ciro Carrillo sería un horrible esposo para cualquiera. Con solo imaginar a mi amada estrella unido a él, me asqueé.

—Le pedí que se viniera conmigo —confesé cabizbajo—, pero no quiso.

—Es porque es una orgullosa que está poniendo primero a su familia, pero su familia no la pone primero a ella. ¡La quieren mandar al matadero! —Isabel amaba a su media hermana, aunque nunca se trataron como tal, la amaba y no solo por el lazo que mantenían; ese día lo confirmé.

—Es que no puedo obligarla… —Una parte de mí sí quería llevársela contra su voluntad porque presentía que después podía arreglar las cosas y tener una bonita vida.

—Eso mismo les dije yo —dijo Nicolás como si fuera obvio.

Creo que Isabel esperaba otra respuesta de mi parte porque sus ojos se abrieron de par en par y unas venas rojizas se marcaron en su blanca frente.

—Entonces, ¡¿te vas a quedar de brazos cruzados?!

Sentí como si Isabel quisiera sacudirme por decepcionarla.

Las miradas acusadoras de las dos mujeres me convencieron de lo que dije:

—Puedo pedirle que reconsidere mi ofrecimiento, insistirle. Es todo lo que está a mi alcance.

—¡Valiente ayuda! —dijo irónica Chavelita y manoteó en el aire. Después de unos segundos, volvió en sí—. Bueno, pero al menos ruégale todo lo que puedas.

Celina se mantuvo más relajada y me habló directo a mí.

—Que tus palabras sean las más dulces y entregadas, a lo mejor así la convences. Si te adora como no tienes idea, solo que…

—¿Qué? —La toqué del codo para que continuara.

—Nada, nada. —Dio media vuelta y noté que masajeó su frente —. No sé qué iba a decir. Es que me duele un poco la cabeza. Disculpa.

Vi a Nicolás un poco tenso, como incómodo.

En cuanto las chicas se callaron, él intervino como si estuviera esperando a tener un espacio.

—Amigo, hay algo más —me dijo directo, y en sus ojos reconocí la lástima.

¡Sí, siempre tenía que haber algo más! Así de complicada fue esa época.

—Vamos, dilo —le pedí, más resignado.

—Tal vez tu familia ya te informó, espero que sí. Pero si no, tienes que saberlo. —Hizo una pausa. Pocas veces vi a Nicolás dudar, y esa fue una de esas especiales ocasiones—. Boris Carrillo regresó al pueblo. Dicen algunos chismosos que ha retado a tus tíos y a tu padre a un duelo a muerte. Será uno a uno.

—Lo sentimos mucho, Esteban —Isabel sonó sincera.

Por dentro me maldije. Había tratado de convencer a mi padre de que se vinieran conmigo, pero fui incapaz de lograrlo. Tal vez iba a

morir en ese duelo si era él el que se enfrentaba, y yo cargaría la penosa culpa de no haberle insistido.

—Ya… lo sabía. —No quería que se ahondara más en el tema porque era un asunto familiar.

Los tres me contemplaron como si fuera un pájaro con el ala rota que necesitaba ser curado.

—Tenemos que irnos ya —les informó cortés Nicolás a las muchachas.

Celina volvió a dirigirse a mí.

—Íbamos a pasar a comer, ¿vienes con nosotros?

—¡Ándale!, vamos a que te dé el aire fresco —Chavelita fue más efusiva al pedirlo.

—Otro día será. —Tuve que negarme porque mi aspecto y ánimos eran reprobables—. Debo trabajar en una importante de la escuela y ya estoy retrasado. Si gustan, pueden quedarse aquí. —Señalé rápido la casa—. Estoy solo y hay camas suficientes.

—Lamentablemente vamos a tener que rechazar la invitación —me respondió Celina y noté que se avergonzó porque se le ruborizaron las mejillas—. Nos mandaron con una chaperona a la que convencimos para que se distrajera comprando un vestido que le regalamos. Tenemos que ir por ella. Debemos viajar por la noche.

—Entonces, tengan cuidado. —Me levanté después que ellos—. Y gracias… por venir a verme.

Llegamos a la puerta.

Me despedí de todos y Nicolás fue el último:

—Cuídate mucho —dijo, con un tono que sentí preocupado.

Aquella fue una visita rápida que seguro les costó más de lo que confesaron. Una visita que jamás olvidaré porque no volvió a repetirse.

Por la noche tomé el valor para levantarme y empezar una nueva carta para hermosa estrella. La promesa de mi entregado amor llegaría hasta agotar todas mis energías.

Pasarán días, meses, años, varias vidas y serás tú en quien piense. Imaginaré que estás a mi lado para poder conciliar el sueño. Te prometo, Amalia Bautista, que siempre, ¡siempre!, te amaré como la primera vez que te vi en esa calle con las estrellas adornando tu presencia…

Ya no pude terminar, ardía el lápiz entre mis dedos y lo arrojé a un lado del escritorio. Lo que en realidad quería decirle era que me dolía su desinterés, su frialdad al ignorar mi súplica. Ni siquiera fue capaz de decirme que no iba a irse conmigo. No tuvo la intención de dar una excusa o un motivo que me convenciera del porqué de su desprecio.

Si yo era su salida fácil ante un matrimonio infortunado, estaba dispuesto a ofrecerme, pero esa noche las amorosas palabras se negaron a salir.

Ante el desconocido paradero de Erlinda, decidí visitar a mi amigo Florencio tan solo dos días después. Seguro se estaría preguntando por ella, e imaginé que esas preocupaciones en su situación eran agotadoras.

Detestaba pisar ese horrible lugar. Las caras de coraje de esos cuidadores encendían mi instinto de supervivencia y las ganas de salir corriendo de allí luchaban por controlarme las piernas.

Esperé por más de media hora a que me llevaran con Florencio, y cuando entré a su celda me sentí feliz de verlo.

—¿Y la barba? —le pregunté antes de saludarnos porque me tomó por sorpresa verlo todo rasurado.

Esa era la primera vez que lo veía así. Incluso pensé que un poco de su atractivo se perdió con el cambio.

—¿De qué sonríes? —Se tocó un lado de la cara—. ¿Tan mal me veo?

—Pareces dos horas más joven —me atreví a burlarme.

Los dos sonreímos y luego nos sentamos en el catre donde dormía.

Era fácil charlar con él, a pesar de estar rodeados por paredes que a muchos encerraban quizá para siempre.

—¿Te comiste a Ermilio? —Levantó mi mentón y siguió sonriendo, pero se puso pensativo de un momento a otro—. A todo esto, ¿no se supone que ya salieron de la escuela?

—Sí. Es que… vine a la ciudad a entregar unos papeles.

Florencio me contempló por casi un minuto.

Sus ojos sobre mí provocaron que me comenzara un movimiento en el párpado derecho que por más que trataba de calmar no se iba.

—No te creo —sentenció y se inclinó para susurrarme—. Cuéntame la verdad ya, tenemos poco tiempo.

Estaba convencido de que nadie le había informado sobre los sucesos recientes. Él era un hombre preso que sus seres queridos ignoraban porque era mejor así.

Me costaba trabajo hablar, sabía que causaría preocupación o hasta enojo en él, pero era un mal necesario.

Traté de sentarme derecho y lo observé a la cara lo más que pude.

—Sé que no debo ser yo quien te traiga estas noticias… —Cerré los ojos porque así era más fácil.

—No me digas —interrumpió con voz más baja y en su mueca vi la resignación—, ¿mi esposa por fin se dio cuenta de que pierde el tiempo conmigo? Por eso no ha venido, ¿verdad?

En serio que me irritó que creyera que Erlinda Bautista se dejaría vencer tan rápido. La subestimaba, y mucho.

—Florencio, ¡deja de pensar estupideces! —le reclamé y vi cómo él se contrarió. Unos segundos después recobré la calma y fue más fácil seguir—: Lo que pasó es que tu suegro falleció.

—¡¿Cómo que falleció?! —en su voz se sentía una auténtica sorpresa.

—Le dispararon afuera de su casa. —Allí iba la parte que quería que no llegara.

Mi amigo empezó a mover una pierna y su frente se arrugó.

—¿Y mi mujer? ¿Dónde está? ¿Está bien?

Necesitaba sonar convincente para calmar su ansiedad:

—La última vez que la vi se encontraba muy triste, pero sana. No sé a dónde la mandaron, pienso que por seguridad la tienen resguardada. Estoy seguro de que vendrá a verte en cuanto le sea posible.

Creo que él no podía procesar bien lo que le dije porque se notaba confundido y hasta incrédulo. Llevó ambas manos a la cara, se la tapó y se la restregó un poco.

—Pero ¿cómo pasó? —quiso saber ya más centrado.

—Esa es la peor parte para mí.

¡La era! En ese mismo momento podía perder al único amigo con el que podía hablar con libertad, al amigo que más quería.

—Ya… —Lo comprendió sin que yo lo pronunciara—. Fue tu familia, ¿cierto?

—¡Todo por un pinche pleito! —me quejé y el sabor de la derrota amargó mi lengua—. Fueron… fueron unos primos, yo mismo los reconocí. Tú… —Ahí iba la difícil pregunta que robó el aire en mis pulmones—, ¿me juzgarás por eso?

Florencio se quedó en silencio, solo me observó y su boca se mantuvo entreabierta. Sin la barba cubriéndole la mitad de la cara, fue sencillo verle las líneas de expresión, sutiles, pero presentes.

—¿Qué? —soltó por fin—. ¡No! ¿Cómo se te ocurre? Si no fuiste tú quien apretó el gatillo. ¿Por qué te juzgaría?

Hasta ese punto fue que logré sentirme en calma; al menos con él. Otro en su lugar me habría corrido enseguida.

—Pues Amalia piensa diferente —confesé apenado, aunque me urgía sacar la aflicción—. Ella… ella me dejó.

—¡Aah! Por eso te ves tan maltratado. —Se inclinó hacia atrás para verme mejor—. No creí que pudieras estar más flaco, necesitas comer bien o vas a desaparecer.

—Es que no me da hambre.

Pensé que ahí se terminaría la conversación, además de que escuché el grito del guardia donde informaba que se había terminado

la visita.

Antes de que me levantara, Florencio me sujetó del brazo para que volviera a sentarme.

Solo así pude regresar a la realidad, y recordé que estaba en un lugar que en el pasado jamás hubiera considerado pisar. Ese sitio carente de comodidad y limpieza.

—Escucha —me habló serio—, dale tiempo, ¿sí? Está viviendo su duelo. Lo poco que conviví con ella me di cuenta de que tenía un gran apego con mi finado suegro. Deja que se haga más llevadera su pena y luego búscala.

—Tomé malas decisiones —reconocí con dolor y agaché la cara —. Si hubiera pedido su mano desde que la conocí. —Resoplé—. Ahora ya soy un pretendiente prohibido.

—A veces elegimos, y esas elecciones nos traen consecuencias. —Dio un rápido vistazo a su actual "hogar"—. Solo nos queda aprender a vivir con ellas y buscar la manera de estar mejor.

—¿Sabes? Ella tenía malos presentimientos, y se terminaron cumpliendo. Yo siento lo mismo. Temo por toda mi familia, por mi padre que está metido en grandes líos. Traté de sacarlos del pueblo, pero no pude —mi voz se quebró un poco con lo último, el aliento me traicionaba—. Tal vez lo maten a él también.

El solo hecho de pensar en perder a mi padre en manos de Boris Carrillo me provocó un mareo y sobrevinieron las náuseas.

Sé que sonará egoísta, pero pensaba que, si tenía que elegir entre mi padre o mis tíos, aceptaría de inmediato y sin vacilar que fueran mis tíos los que murieran en aquel duelo del que todavía no era informado formalmente.

—Cumpliste como hijo —dijo él—. Si no quisieron hacerte caso, nada puedes hacer. Solo pídele a Dios que lo proteja.

Oímos gruñidos y supimos que ya no podíamos esperar más.

Me puse de pie y le di un abrazo.

—Gracias, amigo. Debo irme o van a sacarme a patadas. Lo siento por tu familia política, y por Erlinda.

Sé que los dos pensamos enseguida en ella, en la ruidosa y amable Erlinda, que era tan sincera que llegaba a incomodar, pero así se ganaba a las personas.

—Si la ves, dile que la voy a estar esperando. —Sus ojos brillaron al decirlo.

Me hubiera gustado haberle podido ayudar, pero era difícil y arriesgado para mí dar con el paradero de su esposa y así darle tranquilidad.

—Lo haré —le prometí y después fui hasta la puerta que se abrió de un ruidoso tirón frente a mis narices.

Detrás apareció el guardia que estaba tan enojado que sentí que

en cualquier momento me daría un buen golpe por no acatar de inmediato.

—¡Ya! —gritó y señaló al pasillo que daba a la puerta principal—. Fuera de aquí, señorito, o lo voy a detener por imprudente.

Salí veloz porque sabía que hombres como esos no hablaban por hablar.

Esa noche logré terminar la carta para Amalia y la envié a primera hora. Después siguieron más. Una tras otra por casi dos meses. A veces las hacía a diario, a veces cada dos días, pero no fallaba. Dejé la desesperación en ellas, plasmé el amor que me contaminaba hasta ser dañino. Cartas que se mantuvieron sin una sola respuesta.

Durante esos dos meses debía avanzar en la tesis, pero ¡no lograba concentrarme! Solo podía pensar en dos cosas: en ella, en mi hermosa estrella. Tenía tantas preguntas sobre su reacción ante mis súplicas.

También ocupaba mis pensamientos el rumbo que seguía el duelo de Boris Carrillo que Nicolás mencionó.

Mis hermanos guardaban un inusual silencio, mis padres no pidieron hacerme llegar una carta con la noticia, la hermeticidad alrededor de aquello era aterradora.

Era como si las personas que más me importaban ignoraran mi existencia.

Ermilio llegó a la casa un mes y medio después que yo. Teníamos que entregar avances y el mediocre trabajo que llevé con el profesor solo me trajo desaprobación.

—¡Ya me harté de verte así! —se quejó Ermilio un viernes por la tarde.

—No voy a salir contigo —le dije desde mi cómodo sillón que daba hacia la ventana.

—¿Por qué no? —Se acercó a mí por detrás—. Tú lo que necesitas es a una buena mujer que te enseñe a ser hombre.

Sentía su voz en mi hombro, como la serpiente que ofrece insistente la manzana.

Ni siquiera volteé a verlo.

Él ya había pedido tantas veces que lo acompañara a una de sus juergas que era increíble que siguiera pidiéndolo.

—Mañana quiero ver al Flore. Te recuerdo que soy el único que lo visita —le recriminé porque solo lo había visitado una vez en todo ese tiempo.

—¿Todavía nada de su esposa?

Florencio preguntaba en cada visita lo mismo, y mi respuesta seguía siendo igual:

—Nada. —Era preocupante que Erlinda no hiciera ni un esfuerzo para comunicarse con su marido.

—A lo mejor ya hasta la mandaron a otro país —mencionó mi directo amigo. Le dio la vuelta a la silla para verme cara a cara. Se movía ansioso y sonrió—. Pero bueno, ya, olvídate por una noche de las desgracias ajenas. ¡Vamos! —
Hizo su voz más aguda y ladeó la cabeza—. ¡Ándale! Te voy a llevar a conocer a unas muchachas muy bonitas. —Dibujó un cuerpo curvilíneo en el aire—. En cuanto las veas se te va a olvidar la mujercita esa que te botó. Vas a ver que ni te vas a acordar de su nombre. Ya sabes lo que dicen: no hay mal que dure cien años.

Él estaba en un error. Mi mal duraría la vida entera si no lograba volver con ella.

—No, gracias. —Me volteé para ignorarlo.

Ermilio no desistió. Supuse que se quedó sin otro compañero para salir y por eso estaba tan empeñado en convencerme.

—¿A poco sigues siéndole fiel a alguien que no te quiere? Porque veo cómo le rascas al buzón y ¡ni te responde! ¿No te das cuenta? Ya no te quiere.

Sus palabras fueron como dardos disparados directo hacia mi pecho herido.

—¡Tú no sabes nada! —le recriminé sin encararlo.

Mi amigo sonó serio esta vez y sentí su cercanía.

—Sé que estás perdiendo el tiempo pensando en una sola mujer, cuando hay muchas afuera que esperan a un hombre, así como tú. ¿O qué?, ¿piensas morir virgen?

—No soy virgen. —Giré a verlo de nuevo porque me molestó su afirmación.

—¿Crees que soy ciego y pendejo? —En sus labios vi esa curva que se resistía a elevarse—. Eres más virgen que la miel. —Allí cambió la expresión y el tono de su voz se suavizó—. Te propongo que salgamos, tomemos una copa con un par de chicas, y, si te convence, cada quien se va a divertir por su lado. —Dibujó una mueca pícara.

—¿Y tu prometida?

—En su pueblo. —Resopló como si fuera algo obvio—, ¿por qué?

—¿Para qué pregunto? —me dije. Para ese punto yo ya no me impresionaba con la facilidad con la que los hombres que conocía eran infieles o faltaban a sus promesas, pero ser descarado era el colmo.

—Entonces —siguió con lo mismo—, ¿vamos?

Sabía que no iba a poder quitármelo de encima. Ermilio era un acosador experto si de parrandas se trataba.

—Una copa y me voy —cedí al final, convencido de que no me persuadiría de ir a alguna casa de citas que frecuentaba.

—¡Eso! —Dio un pequeño aplauso después de que me levanté—.

Para que veas lo buen amigo que soy, hoy yo voy a pagar. Vístete bien que iremos a un lugar de gente pudiente.

—Tú no tienes remedio. —Le di una palmada en la espalda antes de irme a la habitación para alistarme.

Una hora más tarde, ya listos con ropas limpias y un poco de colonia, salimos de la casa.

En ese momento pensé en lo mucho que me encantaría tener a Genovevo allí. Solo tendría que subirme y conducirlo a mi destino. Pero esa era una ciudad con automóviles y ferrocarril. Sin duda, me encontraba lejos de casa.

Caminamos varias cuadras y en cuanto nos detuvimos en una calle cercana a la iglesia supe que Ermilio me llevó a uno de sus "lugares favoritos".

Lo detuve de forma abrupta antes de que diera otro paso.

—Dijimos que una copa —le reclamé lo más discreto que pude porque más de un caballero con ropas de buenas telas pasaba por ahí —. Dime que vamos a un nuevo bar que descubriste.

Por el gesto que mi amigo hizo, adivine sus intenciones.

—Te dije que sería una copa y dos bellas chicas. —Sonrió malicioso.

Llevé una mano a la frente.

—¡Debí imaginarme que sería un putero!

—No es un putero. Más bien es un lugar para conocer lindas mujeres.

Él de verdad creía que yo era distraído o demasiado ingenuo.

—¡Es un putero! —mencioné con voz firme.

Estaba dispuesto a regresar a mi agradable sillón, pero Ermilio me detuvo, poniéndose frente a mí.

—Bueno, sí, es un burdel, pero uno decente —sonó desesperado —. Allí no entra cualquiera. —Señaló hacia una casona señorial situada justo en medio de la calle. Demasiado refinada como para ser un burdel del nivel de La Casa Martínez.

Respiré profundo.

—¡¿Cómo dejé que me arrastraras hasta aquí?!

—Mira, entremos —instó con el brazo extendido hacia el burdel —. Lo conoces, pedimos de beber, y si no te gusta, nos vamos en cuanto lo digas.

Ya había tenido ese tipo de tentaciones en el pasado, así que imaginé que sería capaz de soportarlo una vez más con tal de complacer a mi terco amigo.

—En cuanto lo diga, ¿entendido? —le sentencié para que no hubiera duda.

—Sí, sí, lo que mande el señor. —Con su mano me empujó

despacio por la espalda—. Vente, pasemos.

Tocó dos veces la dorada aldaba de la ancha puerta tallada.

Fuimos atendidos dos segundos después.

El picaporte se movió y un mayordomo nos abrió paso.

Si no supiera que se trataba de una casa de citas, hubiera jurado que aquel era un elegante hogar de un acaudalado. Dentro solo había mueblería de la más alta calidad, de esas a las que yo solo podía aspirar si trabajaba por años y sin cesar. Olía a fresas y a tabaco mezclados. Imperaban los colores fríos y las suaves cortinas se mantenían cerradas. Gracias a la abundante luz eléctrica es que existía claridad.

—Señor Sepúlveda. —Una mujer mencionó a Ermilio—, veo que trae compañía.

Se trataba de una señora de más o menos cuarenta años. Llevaba puesto un vestido color beige entallado del torso y amplio de la falda. Sus manos se mantenían cubiertas por unos guantes blancos y en su cabeza reposaba un gracioso sombrero pequeño.

—Es mi buen amigo. —Ermilio señaló hacia mí y la forma en la que habló fue más formal—: el señor Quiroga.

La dama extendió una mano para que la saludara, y así lo hice. Pude sentir la textura de sus guantes y supuse que eran de seda.

—Un gusto. —Su voz era agradable—. Me llamo Victoria y hoy seré su anfitriona. —Sonrió con coquetería. A pesar de su edad, esa mujer era llamativa. Sus grandes ojos oscuros y sus armoniosas facciones me hicieron pensar en lo terriblemente hermosa que seguro fue en su juventud—. Esperamos poder cumplir con sus deseos. Adelante, por favor, está lista su mesa. Hoy tenemos descuento en coctelería. —Giró a vernos por un breve instante para hacer un pequeño guiño, —solo para clientes consentidos.

—Esto es clase, amigo mío —se jactó Ermilio cuando la señora Victoria se adelantó.

—Es la misma gata, pero revolcada —susurré. Pero en realidad, si era notorio el cuidado que pusieron en cada decorado y acomodo de los muebles.

Fuimos hasta el fondo de la casa. De reojo vi a varios caballeros acompañados de señoritas que reían como si la conversación fuera graciosa. Después de todo, su trabajo era el de entretener.

—Discreta tal como lo pidió. —Hizo un ademán para mostrarnos la mesa redonda destinada a nosotros. En una esquina y con una división en madera ideal para no ser vistos—. ¿Tienen especificaciones para considerar?

—¿Qué? —No comprendí la pregunta de la señora y actué sin pensar.

Para mi buena suerte, Ermilio salió en mi auxilio.

—Me gustaría ver de nuevo a Cherry, y para el señor Quiroga, una extranjera, de ser posible.

¡Allí comprendí! Tan personalizado el asunto que te podías dar el lujo de escoger con detalles a la dama que acompañaría tu velada.

—Es posible —dijo complacida Victoria—. Aquí todo es posible. En un momento vienen. Pónganse cómodos. —Luego se retiró con un andar delicado sobre sus altas zapatillas.

—¿Qué haces? —le recriminé entre dientes.

Yo no le había autorizado pedir una mujer para mí y me incomodó que se tomara tal libertad.

—Siéntate. —Se acomodó en una silla—. La vamos a pasar muy bien y hasta me vas a agradecer.

Le hice caso porque ya estaba metido hasta el cuello y también porque se sentía cómoda la estancia.

Pasaron tan solo cinco minutos, cuando dos mujeres llegaron a nosotros.

¡Me quedé boquiabierto al ver a una despampanante rubia frente a mí! Ermilio se quedó corto al decir que las mujeres allí eran bonitas. ¡No! No solo era bonita, era impactante. Una exótica belleza con piernas largas y estilizados hombros se sentó a mi lado.

Mi amigo no perdía el tiempo y cuando volteé a verlo ya tenía a Cherry, como dijo que se llamaba, sentada sobre él y le toqueteaba la cintura.

—¿Cómo te llamas, guapo? —preguntó mi acompañante con un marcado acento, pero su español era claro.

—Es... Esteban —le respondí dudando hasta de mi nombre.

—Mucho gusto, Esteban. Yo soy Mesalina.

—¿Mesalina? —pregunté como tonto.

—Sí. —El intenso rojo del labial decoró su hechizante sonrisa—. Como la tercera esposa del emperador Claudio. Se dice que era conocida por ser una mujer muy bella que disfrutaba de cualquier hombre que deseara. —Ella tenía ese tipo de voz aterciopelada que me fascinaba y que sabía usar para seducir—. Por eso me gusta llamarme así.

El amplio escote era un importante distractor que me impedía pensar bien.

—Yo… este. ¿Quieres tomar algo? —le ofrecí porque no sabía qué más hacer para distraerme.

—Pídeme un vermut cassis, cariño. —Mientras le hacía señas a un mesero, ella aprovechó para colar su mano en el primer botón de mi saco—. Te ves nervioso. Estamos aquí para pasarla bien. —Soltó el botón, luego fue hacia el siguiente—. Te prometo que lo haremos.

Fue inevitable que la admirara, allí, sentada a tan poca distancia. Llevaba puesto un vestido negro corto, entallado y que dejaba poco a

la imaginación. Quizá no pasaba de los veinte, pero no logré adivinar su nacionalidad.

—Nos vemos al rato —avisó de pronto Ermilio, quien ya se había levantado de su asiento y llevaba colgada de su brazo a la mujer que solicitó.

No quería que me abandonara y lo detuve de la muñeca cuando pasó a mi lado.

—¿A dónde vas? —Con la mirada le supliqué que se quedara.

Como era de esperarse, él me ignoró.

—No sea chismoso, y mejor atienda a la dama. —Antes de desaparecer de mi vista, esbozó una media sonrisa.

Nos quedamos solos Mesalina y yo.

Confirmé que sus piernas eran un importante atractivo, y ella lo sabía porque las cruzó con tal sensualidad que me quedé anonadado. Despacio, acercó una de esas torneadas piernas y la mantuvo entre mis rodillas. No se andaba con rodeos. Confiada, rozó una de sus manos en mi entrepierna.

La tenía tan cerca que me incliné a oler su cuello. ¡Fue inevitable! Su cabello suelto se deslizó por mi cara y percibí ese dulce perfume.

Sus ojos se cerraron despacio y luego, sin pedir permiso, me dio un beso. Pensé en alejarla, pero los húmedos labios enterrados en los míos lograron su cometido: me tenía donde quería.

—¿Gustas ir a otra parte más… privada? —susurró entre besos.

—Sí. —acepté enseguida. ¡Y vaya que si quería! Todo mi cuerpo gritaba que aceptara. ¡Necesitaba más!

Mesalina detuvo su ataque y se levantó.

Fui detrás de ella como un perrito entrenado.

—Sígueme, cariño. —Sujetó mi mano—. Vamos a pasarla muy bien.

Solo bastó que ella le hiciera una seña con la cabeza a un mesero para que mandara a otra señorita a abrir una de las tantas puertas del ala izquierda.

Entramos a una pequeña, pero agradable habitación.

En medio estaba la cama cubierta con edredón blanco.

Mesalina se recostó despacio sobre ella y después abrió lento las piernas, invitándome a explorarla.

Sabía que si le hacía caso y sus labios volvían a tocar los míos, terminaría cayendo en su lujuriosa trampa.

Sé que ella notó que vacilé porque se levantó y sus brazos rodearon mi cuello, como una encantadora sirena que buscaba llevarme a las aguas más profundas.

—Quítate esto. —Veloz terminó de desabotonarme el saco y luego continuó con la camisa.

Quedé con el torso al descubierto.

Ni siquiera podía detenerla y dio un paso hacia atrás para bajarse el cierre del vestido; este terminó hasta sus tobillos.

¡Oh!, ¡qué deleite sentí a verla desnuda!, con solo la ropa interior inferior puesta. Era la primera vez que veía unos pechos destapados, unos pechos que me invitaban a probarlos.

Solo tenía que avanzar un paso al frente y sería mía, solo un paso y ya. ¡Pero no lo di! Fue la cara de Amalia la que vino a mi mente, decepcionada por saberme seducido por una mujer de moral cuestionable.

—Perdóneme, señorita. —Temblando levanté mi saco del suelo y me lo puse como pude. Ni siquiera abroché la camisa—, pero… debo retirarme.

Si pensaba irme, debía ser a la brevedad porque con cada vistazo me tentaba a quedarme.

—¿Hice algo mal? —se apresuró a preguntarme, atemorizada o confundida.

—No. Fui yo —la tranquilicé de lejos y con la mano ya puesta en la perilla—. Siento haberle quitado su tiempo.

Sabía que Ermilio pagaría e hice uso de ese ofrecimiento porque solo pensaba en irme de ese lugar.

Parecía que huía porque, apenas toqué la acera de afuera, me eché a correr.

Corrí y corrí como un loco. El aire frío de la noche me ardía en la cara, pero no me detuve hasta llegar a la casa de la que no debí salir.

Tres horas más tarde llegó Ermilio y fue directo a mi habitación. No se molestó en tocar y me encontró todavía despierto, recostado en la cama.

—Pero ¿qué pasó? —me preguntó, tan alarmado que se veía pálido—. Victoria me dijo que te fuiste temprano. ¿Estás bien?

No, no estaba bien. No estaba ni un poco bien.

—Es que no pude. ¡No pude! —Liberé el llanto que contenía y vi que mi amigo se sorprendió—. Tenía a una preciosa mujer dispuesta a lo que le pidiera y ni así. —Me di un golpe en la frente—. Soy un imbécil por esperarla, por imaginar que será con ella. Dime. —Lo observé con los ojos mojados—, ¿es demasiado pedir? —A pasos lentos vi que Ermilio se acercaba a la cama hasta que se sentó a mi lado. Yo seguí quejándome, manoteaba y cada vez subía más el tono de voz—. Pero no me responde, no sé si ya hasta está casada con otro, no sé si todavía me ama. —Era incapaz de callarme, las palabras salían a montones porque las guardé por demasiados días—. Quisiera no haber cometido tantos errores, quisiera no haberme enamorado ¡nunca!...

Ermilio me escuchó atento por un rato más, hasta que por fin

sentí la liberación que urgía.

—Perdóname, Esteban —pidió y percibí su sentimiento de culpa —. Creí que te ayudaba. Me equivoqué y lo siento.

—El problema soy yo. —Le di calma—. Te agradezco la buena intensión.

Él se retiró a dormir cuando lo creyó prudente. Le aseguré que descansaría solo para que se fuera despreocupado.

Después de todo ese frenesí y con el insomnio en su máximo esplendor, se me ocurrió escribir una vez más.

Querida Amalia:

Esta será mi última carta. Si lo que temo es cierto, quiero poder olvidarte, arrancarte para siempre, pero no puedo. Duele este silencio. Si tú estás de acuerdo, me tragaré el orgullo e iré a donde digas. Solo quiero escucharlo con tu voz, sea lo que sea que tengas que decir. No sé vivir sin ti, pero si es el adiós definitivo, tengo que convencerme para poder dejar de sufrir.

Responde, por favor, y libérame de esta cruz que cada día pesa más sobre mí.

Pérfida

Octubre llegó con un clima inusual. Por la tarde el calor se ponía insoportable y por las noches se avivaba el intenso frío. Fuera como fuera, usaba un pretexto para justificar mi ausencia en la zapatería y en avanzar en la tesis. Solo tenía ganas de dormir y así olvidar el despecho que me arrancaba las ganas de levantarme.

En lo único que ponía empeño era en revisar a diario la correspondencia. Esperaba ansioso al cartero hasta hartarlo, ¡pero nada! Ni una sola respuesta de su parte, ni su despedida fatal ni una palabra que me diera esperanza. Me encontraba perdido y también confundido ante su insensibilidad.

«¡¿Cómo iba a vivir sin ella?!», me preguntaba una y otra vez mientras daba vueltas en la soledad de mi cuarto. Nada calmaba la angustia y sentía que estaba perdiendo la razón.

Ermilio entró una tarde con sus acostumbrados buenos ánimos que cada vez más despertaban mi envidia. Prendió la luz sin pedirme permiso y me dejó ciego un instante.

—¿Qué tal vas? —preguntó con esa amplia sonrisa que en ese tiempo me parecía irritante.

Estaba vestido con un traje gris y enseguida supuse que iba a asistir a una cita importante.

—Avancé. —Apunté hacia el desordenado escritorio que tenía decenas de hojas escritas a medias—. No como creía, pero avancé —refiriéndome a la infame tesis. En realidad, le prestaba poca atención a pesar de que era de carácter urgente el mejorarla. El director tarde o temprano se enteraría de mi falta de compromiso y podría retractarse de haberme dado una segunda oportunidad. Pero ni eso lograba que me concentrara, simplemente era imposible.

Mi amigo avanzó un poco más y se detuvo a los pies de la cama en la que yo seguía acostado.

—Yo ya la terminé. —Mostró una mueca de satisfacción.

Lo que salió de su boca causó que me sentara, tan rápido que tuve un mareo.

—¡¿Qué?! —le pregunté, incrédulo.

—Sí, la aceptaron hoy.

«¡¿Cuánto tiempo ha pasado?!», me cuestioné, sorprendido. Para mí todo pasaba distinto a los demás.

—¡Ermilio, te felicito! —Sí sentía alegría por él, porque se esforzó por terminar, aunque su naturaleza era la de ser desorganizado y poco aplicado. Enseguida me puse de pie para darle un fuerte abrazo—. ¡Ya eres un ingeniero!

Seré sincero, no sentí ni un ápice de celos por su triunfo. Que él lo lograra fue una inspiración para continuar con mi proceso.

—Todavía falta la ceremonia, pero sí. —Esta vez su sonrisa por poco se quiebra gracias a la emoción—, se podría decir que ya lo soy. —Tocó su pecho—. Y eso que ni yo creía en mí.

—¡Lo lograste! —mi voz salió baja y sentí el temblor en la barbilla.

Nos miramos como si con eso comprendiéramos la carga emocional que significaba tener el tan ansiado título; ¡ese por el que tanto trabajamos!

—¿Qué dices? —preguntó, esta vez avergonzado porque desde el incidente en el burdel dejó de invitarme a salir con él—, ¿celebramos? —Abrió más los ojos y manoteó—. Solo una sana salida con los pocos amigos que hice; al menos los verdaderos. Aunque es una lástima que va a faltar la Flor silvestre.

—Sí. —Suspiré—. Va a faltar.

Florencio ya no tendría la opción de vivir ese júbilo.

Ermilio caminó hacia la salida. Se veía como todo un ganador.

Por un segundo contemplé las diferencias. Él en un limpio y planchado traje con la felicidad en sus manos, y yo derrotado con la ropa de dormir sucia que no me había quitado desde hacía dos días. Sin duda, las cosas dieron un giro inesperado para ambos.

—Hoy en la noche —confirmó alegre con una mano apuntándome —. Antes te bañas.

Le hice caso y me di una ducha de agua fría para despabilar. No tenía ganas de salir a reuniones, pero fallarle a mi amigo en su importante festejo me pareció una grosería difícil de olvidar.

Llegué después al agradable restaurante familiar donde fuimos convocados sus invitados. Se llamaba Santa Clara y desde la entrada ya olía a especies, como la cocina de mi madre. El piso era de color verde oscuro con blanco y las mesas de madera estaban pintadas de negro. Del lado izquierdo escuché a un violinista que se encontraba sumergido en su propio arte.

Destinaron un área especial con tres mesas para el íntimo festejo con vista a un bonito jardín que ya estaba oscurecido.

Sin que lo buscara, recordé aquel encuentro que tuve con Amalia en el patio de Celina, en el que por poco consumamos el amor que creía que nos envolvía a los dos.

Para mi sorpresa, solo estaban allí unos cuantos compañeros de la

escuela, dos chicas que no conocía, y en una esquina, con la cara volteada hacia el lado contrario de donde yo estaba, reconocí el perfil de Miranda; uno difícil de olvidar.

¡Sí!, la Miranda que despertó en mí sensaciones indebidas, volvía a mi vida en un mal momento; en uno vulnerable.

Deseé haberme vestido mejor, pero ya era demasiado tarde para regresar y escoger algo más presentable que una camisa azul desgastada y un pantalón negro que no planché. También me hacía falta recortarme el cabello. Yo me sentía como un completo desastre.

—¡Sí llegaste! —Ermilio se encontraba detrás de mí y en sus manos sostenía un gran tarro de cerveza.

—Por supuesto que sí—. Agradecí el haber llevado de regalo un par de zapatos de piel de borrego que sabía que le quedarían porque calzábamos igual—. Felicidades, amigo. —Le entregué el presente y nos dimos un abrazo rápido—. ¿Vendrá tu familia? —Giré a ver porque, aunque no los conocía, no distinguí a gente mayor.

—No, llegarán a la titulación. Están apurados organizando mi boda. —Se mantuvo pensativo un segundo y luego reaccionó—. Si nada más querían el papel para correrme de la casa. —Soltó una breve risotada—. Pero vente. —Me condujo hacia las mesas.

«¡A esa no, a esa no!», rogué por dentro, mientras avanzábamos. No quería sentarme cerca de su atractiva exvecina, pero Ermilio me llevó justo a la mesa que quería evitar.

—¿Te pido una? —dijo él, señalando su cerveza—. En un ratito sirven la comida.

—Preferiría estar sobrio hoy. —La verdad es que se lo dije porque si probaba el alcohol, terminaría por emborracharme por más de un día.

Ermilio se fue a recibir a otro invitado y yo me quedé allí. Las palabras no podían salir. Me encontraba sentado con conocidos de la escuela y a solo dos sillas de distancia estaba una mujer que meses atrás llamó mi atención.

Traté de mantener la distancia, de no hablar, de no hacer contacto visual, pero ella no me secundó.

—¿Esteban?, ¿verdad? —me preguntó en el único momento en el que permití que mis ojos la inspeccionaran.

Necesitaba encontrarle defectos, como sus ojos que estaban más separados o su frente amplia, pero no funcionó. Iba muy bella con su maquillaje llamativo y vestía un traje sastre blanco de falda ajustada.

—Sí…, ese soy yo —respondí, resignado y un poco nervioso.

A un lado tenía a un excompañero que, en cuanto la vio inclinada hacia mí, movió para atrás su silla.

—¡Ya me cambio, ya me cambio! —se apresuró a decirnos.

«¡No! ¡No lo hagas! ¡Quédate ahí!», pensé desesperado, aunque fui

incapaz de expresarlo en voz alta.

Miranda se levantó después, y con su sensual caminar, se acercó a la silla que quedó desocupada.

—Así está mejor —comentó ella ya acomodada—. Dígame, ¿cómo está? —Hizo una mueca de tristeza—. Ermilio me platicó que se ha quedado soltero.

¡Claro! Debía imaginar que mi buen amigo no iba a rendirse en la búsqueda de consuelo para mí.

—Lamentablemente así es.

—Lo siento mucho. —Al mismo tiempo que lo dijo, tocó mi hombro derecho.

¡Alguien tenía que hacerle ver a esa dama que su contacto físico era un tanto… atrevido! Pero ese no sería yo.

Me estremecí porque sus dedos permanecieron así unos segundos más.

—Son cosas que pasan, supongo. —Di un trago al vaso de agua que el mesero llevó y con esa frase finalicé el tema.

Seguimos conversando de otras banalidades porque ella insistía en hablar conmigo.

Debo confesar que aquella velada transcurrió mejor de lo que pensé. Fue un respiro de aire fresco. Usé esas horas para olvidarme de todas las preguntas y reclamos que cruzaban a diario por la mente.

Ermilio se nos unió en la comida y con sus ocurrencias reí tanto que terminó por dolerme el estómago. Traté de ser discreto al voltear a ver a Miranda, y me di cuenta de que ella me veía también, su fuerte mirada era inconfundible.

—¡Por Ermilio Sepúlveda, el ingeniero, orgullo de su pueblo y esperanza de México! —brindó vigoroso uno de los excompañeros con su bebida levantada.

—*¡Por Ermilio!* —repetimos todos y chocamos nuestros vasos.

La emoción era contagiosa. Cada invitado estaba de verdad feliz por su triunfo, incluido yo.

El sonido de los cristales pegando contra otros me confirmó que estar lejos de la casa de mis padres era la mejor decisión que podía tomar.

Antes de que Miranda se retirara, pasadas las diez de la noche, nuestro amigo en común pidió que yo la acompañara a la salida. Su hermano mayor iría a recogerla, según comentó, así que el trayecto era breve.

La calle se hallaba vacía y el frío arreció. Por suerte ella llevaba un abrigo lo bastante grande como para calentarla.

—Supongo que su festejo ya ha pasado —dijo ella mientras esperábamos en la acera. Frotaba sus manos para mantenerlas tibias.

—Supone mal. Mi festejo todavía no llega —confesé apenado—.

Pero espero que pronto suceda.

Miranda sonrió un poco. No sé si fue porque yo tiritaba o porque vio mi cara de preocupación.

—Así será. De buena fuente sé que es un estudiante modelo.

Con su comentario logró que yo también sonriera un poco.

—Su fuente endulzó mi desempeño, pero le agradezco.

—Y dígame, ¿se quedará a vivir en la ciudad? —el interrogatorio continuó.

Estando solos y sin tanto ruido, podía lanzar sus directas preguntas.

—No…, no. Planeo mudarme antes de que termine el año.

—Es una lástima. —Se volteó para verme directo y jaló un poco mi brazo.

¡Necesitaba que se fuera ya!, pero por más que revisaba de lado a lado de la calle, ninguna persona aparecía.

—¿Por qué es una lástima? —apenas pude decir. Mis ojos no podían despegarse de sus labios.

—Porque me cae usted muy bien.

Esa aterciopelada voz por poco y hace que sucumbiera a sus encantos.

Juro que ella se inclinó un poco hacia mí y medio cerró los ojos. Comprendí sus intenciones, pero mis costumbres exigían esperar un poco más si se pretendía tener una relación seria con una mujer.

—¡Oh! Le… agradezco… —Retrocedí discreto.

Miranda se percató del rechazo, pero no vi molestia en su expresión, sino sorpresa.

Para mi buena suerte, un automóvil llegó en ese momento y se detuvo cerca de nosotros.

Ella reconoció al que, supongo, era su hermano. Enseguida se alejó de mí.

De pronto sonó una molesta bocina.

—¡Ya voy! —dijo ella en voz alta y manoteó un poco. De su bolsillo sacó rápido una libreta y un lápiz, anotó unas cosas y me entregó el pedazo de papel que arrancó—. Esta es mi dirección. Por si gusta escribirme o visitarme.

—Claro, lo haré. —Leí el papel y noté que tenía una interesante caligrafía.

—Que tenga buena noche, señor Esteban.

Miranda avanzó hacia el automóvil y yo solo pude despedirme en la distancia.

Encontré a Ermilio al día siguiente merodeando en la cocina. Era hora del almuerzo y a los dos nos dio hambre al mismo tiempo.

Elegí comer una manzana y él fue por el pollo que había sobrado.

Por fin nos sentamos juntos a comer, después de semanas sin coincidir porque yo lo hacía en el cuarto.

—Te vi ayer —me dijo sonriente—. Estás con todo con la Mirandita. ¿No que muy modosito?

Con eso confirmé sus intenciones. En definitiva, él era una persona insistente.

—No sé de qué me hablas —negué sin verlo a la cara. La manzana estaba bien madura y quería saborear a gusto el abundante jugo que soltaba.

—Ni trates de negarlo porque me di cuenta de que te gustó desde que te la presenté. No te culpo, está chula la condenada.

Ermilio quería entrar a toda costa a ese tema, y le di gusto.

—¿Por eso la invitaste? —mi voz sonó entre molesta y obvia.

—¡No! ¡¿Cómo crees?! —Exageró los gestos al negarlo, luego se comió un buen pedazo de carne—. Me ofendes.

Permanecimos mirándonos por un instante, hasta que fue él quien liberó una risotada.

—¡Ya pues, tienes razón! Pero de verdad es mi amiga. Además, en cuanto le dije que vendrías, aceptó.

—Deja de hacerlo —fui directo porque se parecía a mi madre con su lista de debutantes que asfixiaba.

—Será la última, lo prometo. —Alzó rápido una mano—. Pero ¿por qué no te permites una cita con ella?

—No sé, se siente como un engaño. —Sí, así lo sentía. No quería dejar ir mi relación con la mujer que amaba.

—¿Engaño por qué? ¡Te recuerdo que estás muy soltero! —Bajó el tono de su voz para sonar más persuasivo—: Atrévete a salir con Miranda y deja que las cosas se den si es que deben darse.

A decir verdad, la idea no me era indiferente. Salir con ella quizá me daría otra perspectiva de las relaciones de pareja. Tal vez el intenso amor que sentía por Amalia Bautista era irrepetible, pero, si no podía ser, tenía la oportunidad de hallar un amor aceptable y llevadero, uno que me diera paz y calidez.

—Lo pensaré.

—Con eso me haces feliz. —Su boca ya no podía mostrar una sonrisa más grande que la que mostró cuando escuchó mi comentario —. Odiaría irme y que sigas como un cadáver andante. —Se puso serio de pronto y hasta soltó el bocado que sostenía—. Esteban, que no te responda también es una respuesta. ¡Piénsalo!

No se lo dije, pero sus palabras calaron hondo en mi pecho.

—Ya cállate y dame del pollo. —Lancé una mano para poder robarle el plato.

—¡No! —Fue hábil y lo desvió de mis intenciones.

Sí, lo comprobé, extrañaría a Ermilio, y mucho.

Después de sentirme satisfecho, noté que tenía un poco de inusual energía y decidí vestirme, rasurarme la casi inexistente barba e ir a cumplir con las tareas pendientes en la zapatería.

A diferencia de la que teníamos en el pueblo, la de la ciudad estaba establecida en la planta baja de un elegante edificio del centro.

Mi padre sí que invirtió dinero en los muebles y vitrinas en las que se mostraban los distintos modelos que manejábamos. También mandó a pintar el nombre "Zapatearía Quiroga" arriba de la marquesina.

En cuanto llegué, vi que los empleados se sorprendieron. Entré y solo saludé. Podía sentir las miradas sobre mí. Cuando por fin encontré a quien buscaba, pude liberarme de la incomodidad.

Acacio era el hombre que salvaba mi vida a diario al no permitir que decayera el negocio. Él también tenía veinte años, pero parecía ser diez años mayor. Siempre, desde que empezó como un cargador, mostró actitud de compromiso y responsabilidad. Confiaba en él más que en mí mismo a la hora de administrar todo y negociar con proveedores.

Fue el único que se puso contento con mi asistencia.

—Patrón, ¿ya se siente mejor? —preguntó animado.

Le mentí y le dije que estaba enfermo en casa y que el médico ordenó reposo absoluto. Lo último que quería era causar lástima hasta en los empleados.

—Más o menos. Tuve ganas de ver cómo van las cosas aquí.

Acacio levantó los brazos y los extendió entusiasmado.

—Hemos tenido buenas ventas. Llegaron unos modelitos que se pusieron de moda entre las damas. —Fue hacia una pila de cajas y escogió una de ellas—. Son estas. —Sacó una zapatilla negra—. Tienen tacón y punta redonda. El fabricante quería irse con los Castro, pero le recordé que somos sus mejores compradores. Se convenció cuando le dije que le ordenaríamos el doble que ellos. —Con solo escucharlo se notaba la pasión que lo invadía—. Desde que las pusimos en el mostrador se empezaron a vender.

Revisé minucioso la zapatilla. Era de buena calidad y la suela se sentía resistente. El tacón era lo bastante firme para soportar los distintos pesos de las compradoras.

—Te agradezco mucho todo lo que haces. Auméntate diez por ciento a tu salario, por favor.

Acacio por poco y se me avienta encima, pero se detuvo a tiempo.

—¡Muchas gracias, patrón! —sonó conmovido—. Ya viene mi segundo bebé y ese dinerito me va a servir para comprarle sus cositas.

Que un hombre de mi misma edad y con menos preparación académica ya tuviera una familia y una vida digna me causó vergüenza propia. Yo que sí contaba con estudios y hasta un negocio

que podía heredar, estaba echándolo a perder todo.

—Felicitaciones por tu hijo.

—De nuevo gracias, patrón. —Acacio contaba con el don de caer bien desde la primera impresión y de verse siempre sincero. Entusiasmado, señaló hacia el escritorio—. ¿Le parece si revisamos las cuentas?

—Sí, adelante. —Le cedí el paso.

Retomar mis responsabilidades en el negocio era el primer paso que tardé en poder dar.

Que Ermilio terminara la tesis, fue el impulso que urgía para que decidiera tomar en serio algo tan importante. Las siguientes tardes las dediqué a consultar al profesor que me asignaron, y entre los dos acordamos que cambiaría de tesis documental a investigación de campo. Tal vez así, al tener que salir, ocuparía el tiempo en eso y no en pensar en Amalia.

Recuerdo que estaba concentrado escribiendo las notas del día. Había pasado más de cinco horas en el sembradío que la universidad tenía para los estudiantes. De reojo reconocí el papel que Miranda me dio. Por alguna razón terminó a un lado de mis documentos sobre el escritorio. La definida letra cursiva me llamó a releerla. Mandarle una nota para invitarla a una cita era una idea que cada vez me parecía menos descabellada.

Recibir respuesta de Amalia se volvía un imposible, ella no atendía mis súplicas, no sabía el dolor que causaba con su desinterés. Y poco a poco, aunque me reprendía enseguida, comenzaba a considerarla como una pérfida que dejó de amarme.

—Más adelante, si es que todavía hay oportunidad —dije cuando sostuve el papel en la intimidad de mi habitación.

Tres semanas después fue la ceremonia de titulación de Ermilio, y desde antes de ese día sus cosas ya no se encontraban en la casa que compartíamos.

Era turno de despedirme de él, de ese amigo que estuvo ahí cuando necesité aliento. Su compañía y brillo ayudaba a sobrellevar el tiempo.

No sabíamos cuántas veces podríamos vernos, aunque prometió hacerme llegar la invitación de su boda. Lo que sí sabíamos los dos, era que nos haríamos falta. Aunque nuestros temperamentos eran tan distintos, nos compaginábamos cuando se daba la oportunidad.

De todos los compañeros que conocí cuando ingresé a la escuela superior, él era uno de los que marqué como uno “indeseable”. Pero ahora comprendo que la vida nos lleva por caminos insospechados. Jamás me arrepentiré de haber sido su compañero de casa, y de darme la oportunidad de conocerlo de verdad.

—Sin chillar porque me contagias —me dijo ya con la última maleta, parado en la puerta.

—Buen viaje. —Extendí una mano—, ingeniero Sepúlveda.

—Suena bien. —Sus ojos se pusieron cristalinos.

—Créetelo, lo mereces.

Fue inevitable que nos diéramos un abrazo de despedida. Rápido, pero sincero.

—La próxima vez que te vea quiero que ya seas el ingeniero Quiroga.

—Lo prometo.

Ermilio dio un vistazo a la casa y luego suspiró.

—Disculpa por dejarte con la carga de la renta.

—Ni te preocupes, no me voy a quedar por mucho tiempo, solo un mes y ya. El arrendador está avisado.

—¿A dónde te vas a mudar?

—Tengo una casa terminada. Es una buena oportunidad para ocuparla. —Aunque no como lo planeé, era absurdo seguir pagando renta cuando tenía casa propia. Una casa que estaría sin dueña quién sabe hasta cuándo.

—¿Por qué te quedarás otro mes? —preguntó confundido.

—El Flore mantiene esperanzas de que Erlinda llegue aquí y me pidió que esperara un mes más.

—Bien, Esteban. Eres un buen cómplice para el Flore, y lo eres para mí.

Casi puedo afirmar que le quemaban las ganas de expresar lo que pensaba al respecto del asunto de Florencio y su esposa, pude verlo en su cara, pero se mantuvo callado.

—Ya tienes mi dirección. —me recordó y vio que le asentí—. Cuídate, Esteban.

—Iré a visitarte, lo prometo. —Le di una palmada en la espalda después de que se dio la vuelta—. Tú también cuídate, amigo.

Así, observé cómo se iba. El buen Ermilio caminaba solo y con la maleta llena de logros, con el orgullo en alto por haber cumplido su sueño.

De nuevo el tiempo pasó y, sin que me diera cuenta, dediqué casi todo el mes a terminar la tesis.

Solo quedaban tres días para mi mudanza a la gran capital. Las cosas de Florencio y Erlinda se habían quedado en la casa, así que me tocó trabajar el doble para empacar. Tuve todo listo a tiempo. Las pertenencias de los dos y las mías se encontraban ya acomodadas en cajas.

Recorrer los pasillos sin esa vida que dan las personas, ir a la que fue mi recámara por varios años, trajo recuerdos de las conversaciones

que tuvimos entre amigos, de todos los desvelos estudiando. En esa casa me animaba a resistir y dar lo mejor de mí para poder convertirme en un digno profesionista que traería orgullo a la familia.

Como deseaba volver a esos días en los que mis únicas preocupaciones eran la de sacar buenas calificaciones y ver que el negocio no quebrara.

«Tres días y ya», dije para mí.

Erlinda no llegó como tanto deseaba Florencio. El tiempo prometido estaba a punto de terminar. Lamentaba los infortunios de mi amigo, y por igual lamentaba lo que sea que estuviera pasando con su esposa.

Por la noche decidí empeñarme en la parte final de la tesis. Tenía la aprobación casi en las narices y quería que me la dieran antes de irme para regresar solo para la titulación. Eran las cuatro de la mañana cuando decidí que era momento de dormir un poco porque la cabeza empezaba a dolerme.

Me dirigí a la cocina por un vaso de agua, comí una pera y me dispuse a ir a dormir.

Fue el ensordecedor golpe sobre la puerta lo que causó que regresara los pasos y dudara de si era buena idea abrir.

Cuando vuelva a tu lado

Estuve a punto de ir a dormir porque creí que el cansancio y el dolor me hicieron alucinar, ¡pero no fue así! Dieron otros dos golpes rápidos sobre la ventana y ahí reaccioné. ¡Sí era en mi casa!

«Vienen a matarme», pensé entre asustado y resignado. Podía sentir la tensión recorriéndome todo el cuerpo. Si iban a eso, si los Carrillo o los Bautista buscaban terminar con cada uno de los Quiroga, entonces estaban en el lugar correcto.

El revólver andaba guardado en alguna caja, buscarlo en ese momento no era una opción.

Fui rápido a la cocina, cuidando de no hacer ruido con los pasos. Revisé los cajones donde se quedaron algunos utensilios del dueño de la casa, y allí encontré un cuchillo que apenas había afilado.

Ni siquiera contaba con la habilidad para cortar la carne de los animales. Mis hermanos se burlaban porque lo hacía muy mal.

—Lo bueno que no eres carnicero —decía Gerónimo en modo de mofa cuando me tocaba a mí hacer ese trabajo.

Ahora tenía un insignificante cuchillo de cocina que pensaba usar para defenderme. Traté de recordar las partes mortales del ser humano, aquellos espacios donde podía encajarlo sin darle más oportunidad. Sonaba a locura porque yo tenía que acercarme al atacante para poder herirlo. Fuera como fuera, al menos iba a intentarlo.

Despacio me acerqué a un lado de la ventana. Presté toda mi atención, el corazón latía frenético, hasta que reconocí un llanto, como de niña. Tocaron de nuevo y escuché que balbuceaban:

—¡Esteban! ¡Ermilio! ¡Ábranme! —pidió una mujer entre quejidos.

Allí pude dejar de estrujar el mango de la improvisada arma. ¡No, no eran mis verdugos! Todavía no llegaba mi hora.

Quité el cerrojo y abrí apenas dos centímetros. Primero tenía que asegurarme de que no se tratara de una trampa. El cuchillo seguía en mi mano.

Ahí vi la oscura figura de una mujer, lo sabía por el velo sobre su cabeza y la forma de la silueta. Estaba aferrada a la ventana, con sus dedos apretando un barrote. Por la oscuridad no podía verle bien la cara.

—¡¿Amalia?! —dije sin pensarlo, pero sí deseando con todas mis fuerzas que fuera mi estrella quien me visitaba.

—¡Gracias a Dios! —lloró mientras lo decía.

Cuando volteó a verme, confirmé su identidad.

Sentí la punzante decepción abrigándome. No se trataba de Amalia, sino de Erlinda Bautista.

—Métete —le indiqué. Era de madrugada y su estado me alarmó.

Ella corrió para la puerta y entró sin detenerse.

—¡Cierra bien! —exigió y me jaló fuerte del brazo para que también entrara—. Hay que poner algo para que no puedan abrir.

Hice lo que me pidió y hasta revisé dos veces el cerrojo para confirmar que estaba bien cerrado.

—¿Te están siguiendo? —Sé que era obvio por su estado, pero debía preguntarle.

Erlinda no pudo hablar y solo movió la cabeza de arriba abajo.

Fui hasta una lámpara para encenderla, pero ella soltó un manotazo que por poco la tira.

—No prendas nada. Ven, hay que irnos a mi cuarto.

De nuevo le hice caso. Estaba tan afectada que ni siquiera contemplé el ignorar sus desesperadas peticiones.

Erlinda siguió sollozando y se sentó sobre la cama. Yo, por mi parte, fui por una veladora que sabía en qué caja metí. Cuando regresé, la coloqué ya prendida a un lado de ella y me senté cerca. Solo así logré observarla mejor. Se veía ojerosa y, aunque trataba de ocultarlo con el cabello, vi que en el ojo derecho tenía un moretón reciente.

—Trata de respirar, eso te ayudará —le pedí porque me sentía preocupado de que no pudiera calmarse—. Necesito que me digas qué pasa. ¿Estás bien?

Ella se volteó hacia otro lado y tapó la mitad de su cara.

—Fue el imbécil de Chito —respondió entre dientes. Se notaba furiosa.

«¿Por qué Chito la golpeó?», me pregunté intrigado.

—¿Es él el que te persigue?

No fue necesario que lo pronunciara, con su mueca lo supe. Lo que me temía se hizo realidad.

—Ese infeliz y dos de sus compinches.

—¿Por qué?

Erlinda detuvo el llanto y se limpió las lágrimas. Creo que se dio cuenta de que necesitábamos que estuviera fuerte ante la situación.

—Me escapé. —Se levantó cuando reaccionó—. Pero después te cuento. Es urgente que me vaya de aquí. Me equivoqué. Te estoy poniendo en peligro. —Fue hacia mí y me sostuvo de los codos—. Perdóname, no sabía a dónde más ir.

Quedamos frente a frente. El moretón en su rostro era más grande de lo que aprecié la primera vez. Con la poca iluminación pasé desapercibido que también tenía el pómulo cubierto de pequeños puntos rojos. Ahí pensé que solo un ser desgraciado podía hacerle eso a una señorita inocente.

—¡Hiciste bien! —le dije, aunque en realidad me encontraba en conflicto con esa confirmación. Deseaba que Ermilio siguiera ahí para armar un plan como lo hizo con el asunto de Florencio, pero solo estábamos ella y yo. Había que arreglárnosla solos. Pensé unos segundos, hasta que decidí lo mejor para salir bien librados—: Todas tus cosas están empacadas. —Señalé sus cajas—. Busca ropa y lo que ocupes de primera necesidad. Ah, y ¿tendrás algún vestido menos… llamativo? —Los colores típicos de la vestimenta de las mujeres del pueblo eran todo, menos discretas. El vestido que llevaba puesto no era la excepción con su llamativo rojo encendido.

—Pues… —Pensó un poco—. Florencio me regaló uno que dice que es del norte. Es feo. Recuerdo que lo dejé aquí.

—Búscalo y póntelo. Y si tienes, también ponte mucho maquillaje.

Avancé hasta la puerta para darle privacidad y hacer lo mismo con mis pertenencias.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó intranquila.

—Adelantaré la mudanza.

Erlinda me dio la espalda y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Tú no tienes por qué arriesgarte! —Volvió a verme y abrió los ojos de par en par—. Están armados.

Noté que sus manos temblaban. Solo ella sabía todo lo que tuvo que pasar para llegar a la ciudad.

—Yo también lo estaré. —En mi mente trataba de recordar dónde quedó el revólver que pensé que ya no volvería a usar—. Haz lo que te digo. Debemos salir antes de que amanezca. Al parecer está dirección la conoce medio pueblo, les será rápido encontrarla. —«Si no es que ya la encontraron», pensé sin externarlo.

Fui hasta a mi habitación, saqué dos mudas de ropa, algunos artículos de higiene personal y tuve la suerte de hallar el revólver en una de las cajas. Lo cargué y quité el seguro. Para mi asombro, esta vez mis manos no vacilaron cuando metí cada munición en el tambor.

Tardamos menos de quince minutos en estar listos. Erlinda encontró un bolso grande de piel y ahí guardó sus cosas. Yo eché las mías en una maleta pequeña junto con las hojas de la tesis. Era necesario llevar poco equipaje.

Ella sí que se veía distinta. El vestido verde oscuro y el abundante maquillaje la cambiaron tal como quería.

Por mi parte, elegí un traje gris citadino y un sombrero de tela para hacerle juego.

Ya casi daban las cinco. Ambos nos quedamos parados frente a la puerta cerrada, con la mirada concentrada en la madera que tal vez nos separaba de un trío de matones.

—¿Y si cuando salgamos nos ven y nos matan? —dijo Erlinda y me sujetó de la muñeca, la cual apretó tanto que dolió—. No quiero arrastrarte conmigo. —Me soltó, se hizo a un lado y puso una mano sobre su frente—. ¡¿Pero qué hice?!

—Es mi deber ayudarte, sea como sea —la tranquilicé porque el tiempo apremiaba—. Eres como familia para mí. —Encogí los hombros—. Y de todos modos casi me iba, solo adelanté el momento. —Cuando la sentí más centrada, di inicio con la huida—: Hay que parecer calmados, como si fuéramos de paseo y ya. Yo abriré y saldré primero. Cuando te haga esta seña. —Un ligero movimiento con la mano derecha—, sales tú.

—Está bien. —Se tapó un poco la boca—. Ten cuidado.

Ni cuando entró a la penitenciaría donde se encontraba su esposo la vi así de escéptica.

Confieso que no fue fácil dar el primer paso hacia afuera. Tenía la mano metida en el saco donde escondí el arma, lista para ser disparada si ameritaba. Para ese punto la muerte ya no me parecía un paso lejano, ya había visto demasiada sangre correr como para temerle. Pero lo que sí temía era fallarle a Erlinda, y al mismo tiempo fallarle a Florencio.

Estaba oscuro todavía, hacía frío y había un poco de neblina; aspectos que sentí como desventajas porque limitaban mi vista. Me paré en medio de la calle, inspeccioné hacia adelante, y luego hacia atrás. Juro que podía escuchar un zumbido en los oídos.

—Nadie —susurré e hice la seña—. Camina. —Continué hablando con voz baja porque podían estar a la vuelta de la esquina—. A dos cuadras hay una parada de automóviles que te mueven a donde pidas. La estación del ferrocarril no está lejos, pero prefiero no caminar.

—Las dos cuadras más largas de mi vida —murmuró ella y me siguió.

Ninguno quiso voltear para saber si éramos perseguidos. Si iban a dispararnos, tendrían que hacerlo como los cobardes que eran.

Primera cuadra, sin ningún avistamiento. Segunda cuadra, vacía. Creo que pudimos soltar la enorme angustia al ver al único coche en la parada.

El chófer era un hombre regordete, canoso y con evidentes ánimos de trabajar.

—A sus órdenes. —El señor abrió una de las puertas—. Súbanle, súbanle.

Le hicimos caso y nos subimos.

—¿A dónde los llevo? —preguntó el hombre cuando tuvo las

manos sobre el volante.

—A la estación del ferrocarril —indiqué con la poca voz que salió. Luego me acerqué un poco a Erlinda para hablar de forma confidencial—. Ya solo falta lo último y estaremos a salvo.

A pesar de mis palabras, la noté asustada.

—La estación es el primer lugar en el que yo me buscaría.

¡Era verdad! Íbamos directo a la boca de lobo si es que a Chito se le metía la idea de encontrarla a como diera lugar. Conocía muy poco a ese sádico, pero la única vez que nos vimos entendí que se tenía que andar con cuidado con tipos como él.

Llegamos a la estación y le pedí al conductor que nos dejara lo más cerca posible. A esa hora ya había algunos pasajeros esperando y los comerciantes empezaban a acomodar sus puestos ambulantes.

Fuimos directo a comprar los boletos. Erlinda no quiso quedarse en la banca de espera. Para nuestra mala suerte, la corrida más próxima tardaría casi una hora.

Ocupamos la larga banca. Poco a poco fue llegando más gente.

Por dentro pedía que el tiempo pasara rápido.

Estuvimos sentados por un rato hasta que, por fin, según el gran reloj de la estación, faltaban solo veinte minutos.

—Veinte y ya —le recordé a Erlinda.

Pero cuando la volteé a ver me di cuenta de que ella se encontraba pasmada.

—¡Allí están! —salió apenas de su boca, y con un discreto movimiento de su dedo índice, señaló hacia cuatro hombres que estaban de espaldas a nosotros—. ¡Dios mío, sálvanos! —murmuró—. ¡No me quiero morir así!

—Ninguno de los dos va a morirse hoy. —Metí una mano al saco para sujetar el revólver y con la otra tomé a Erlinda del brazo—. Sígueme la corriente.

Nos levantamos de la banca y fuimos hacia el lado contrario de Chito y sus aliados. Todos tenían pinta de ser expresidiarios.

«¿Por qué tantos para rastrearla?», pensé sorprendido.

Un bache en medio de la calle se nos atravesó.

—Con cuidado, querida —le dije a Erlinda, esperando sonar lo bastante convincente. Después de todo, esos sujetos buscaban a una mujer pueblerina y desamparada.

Ella ahogó una carcajada.

—¿Por qué te ríes? —le reclamé entre dientes y sin perder la sonrisa.

—No sé. —Ahogó otra carcajada—. Son los nervios, y es que se escuchó bien chistoso.

—¡Sh! Me sacas de mi papel.

Continuamos andando, y en un momento, Erlinda giró un poco.

Cuando volvió, estaba tan pálida que creí que se desmayaría. Luego volteé yo, solo un poco, y ¡los vi! Iban justo detrás entre las personas que se mantenían inmersas en sus propios asuntos, a poco menos de diez metros de distancia.

—Querido —pronunció ella casi sin aliento—, tengo sed, ¿podríamos comprar un refresco?

—Por supuesto, amorcito. —Ubiqué con la vista una tienda de abarrotes y la conduje directo allí.

Ya solo esperaba el calor de la bala atravesándome, hasta podía imaginar los gritos que vendrían después. Pero, contra todo pronóstico, logramos entrar.

A propósito demoramos en escoger las bebidas, y de reojo confirmé que ellos continuaron su camino. Volví a sostener a Erlinda y salimos.

Dos señoras que se encontraban dentro de la tienda se quedaron cuchicheando:

—¡Qué bonita parejita! —alcancé a oír que mencionó una.

—Sí, se ve que son recién casados —añadió la otra.

Sonreí triunfante. Por lo menos estábamos haciendo una farsa convincente.

Cuando llamaron para abordar la corrida que nos tocaba, por poco y lloro de alegría. Continuamos aparentando ser pareja por si los matones regresaban, hasta tuve que tocarle el dorso de su mano.

Con cuidado escondí el arma en el bolso de Erlinda, y por fin abordamos.

Recuerdo que los dos nos dejamos caer en los asientos y dimos un sonoro suspiro. Incluso hasta aflojé el cuello de la camisa para poder respirar mejor.

—¿Ya me vas a decir a dónde vamos? —quiso saber ella. Supongo que no escuchó el destino cuando compré los boletos.

—A la capital.

—Estamos en la capital —expresó confundida.

—A la capital grande. No nos encontrarán allá. Le pediré a un conocido de toda mi confianza que se encargue de mandarnos las cosas que se quedaron en la casa. —Me acomodé sobre mi asiento—. Trata de dormir un poco, son tres horas de camino.

Dormí tan profundo que Erlinda tuvo que moverme cuando llegamos.

Supongo que los constantes desvelos y las largas horas sentado en el escritorio fueron los culpables.

Otros dos transportes nos llevaron hasta el destino final.

Allí, en medio de la extensa calle, se situaba mi humilde morada. Yo seguía revisando que nadie nos fuera siguiendo a pesar de estar tan lejos del pueblo.

Llegamos y me apresuré a abrir. Dejé que Erlinda entrara primero.

—Bienvenida. —Abrí un poco ambos brazos cuando estuvimos dentro—. Estás en tu casa. —Fui cortés.

—Es muy linda —dijo mientras recorría el recibidor que apenas y tenía una mesita y un perchero donde colgué el sombrero.

—Sé que es pequeña en comparación con las del pueblo, pero aquí los terrenos no son tan grandes.

—Yo creo que es perfecta. —Señaló un poco hacia el suelo—. Aquí pensabas traer a vivir a mi prima, ¿verdad?

—Sí —le confirmé y mi garganta se quemó con tan corta palabra.

Ella hizo un gesto de decepción.

—¿Y ya no hay nada que hacer?

—Ni yo sé. —Me encogí de hombros—. Dejó de responderme las cartas. —Tal vez fui un ingenuo o un completo imbécil, pero solo en ese punto contemplé que Amalia podía estar en una situación similar a la que estuvo Erlinda—. ¿Sabes… sabes si ella está bien?

—La última vez que la vi fue en el velorio de mi papá. —Bajó la mirada—, y no recuerdo qué platicamos. Lo siento.

—No te preocupes, seguro está sana y salva —le dije para no importunarla más—. Bueno, aquí tengo pocos muebles, apenas una mesa con dos sillas, un colchón en el suelo, una estufa y… ya. —Sentí vergüenza por la falta de comodidad—. Puedes quedarte en el colchón. Voy a pedir prestado un catre con el amigo que mandará la mudanza. —De la mesita recolecté con un dedo una visible capa de polvo—. El baño está adentro, es esa puerta, y ya funciona…

Antes de que pudiera terminar de hablar, Erlinda se me acercó para darme un abrazo.

—Gracias, Esteban —su voz se quebró y me apretó más—. No sé cómo agradecerte toda la ayuda que me has dado. Eres mi primo y nadie puede decir lo contrario.

¡Ella no me odiaba como temía! ¡No, no me odiaba!, y con eso logró que la esperanza de recuperar a Amalia regresara.

—Ya debes tener hambre, son casi las diez —hice hincapié porque yo también la sentía.

—La verdad, sí, un poco. —Sus mejillas se pintaron de rosado.

Imité la costumbre de mi hermano Anastasio de siempre agasajar primero a la persona a la que pensaba interrogar. Desde niño, él era el más hábil y diplomático para conseguir la información que queríamos. Rogelio lo utilizó en más de una ocasión.

Salí a comprar agua y un pollo ya cocido que incluía frijoles y tortillas. También aproveché para mandarle un mensaje a Acacio. Más adelante contraría el servicio telefónico para acelerar la comunicación. Regresé en menos de treinta minutos y hallé barriendo

a Erlinda con la vieja escoba que tenía.

—No es necesario que hagas eso, le pagaré a alguien para que haga la limpieza. Vamos a comer. —Le mostré la bolsa del pollo.

—Deja que sirva de algo. Dame acá. —Me arrebató la bolsa—, yo sirvo.

Fuimos a la cocina y devoramos cada pieza como si se tratara de nuestra última comida. Creo que nunca me había sabido tan rico una simple pierna de pollo bañada en salsa.

Hasta que terminamos y la supe más relajada, continué con el siguiente paso:

—¿Puedo saber qué te pasó? —le pregunté con un tono bajo y casual.

Sus ojos brillaron cuando escuchó. Lamenté el causarle dolor, pero consideré que era un mal necesario.

Ella resopló, se acomodó en la silla y recargó los brazos sobre la mesa.

—Mi tío nos encerró a mi madre y a mí en una casa que le prestaron a las afueras del pueblo —comenzó a narrar con la mirada puesta en la madera de la mesa—. Nos llevó a engaños. —Hizo un gesto de desprecio—. Según, iba a protegernos, pero desde el primer día no me dejaban salir ni a tomar aire. Mi madre se puso furiosa y le exigió a ese… —Tragó saliva y entrecerró los ojos—, a ese hombre horrendo que le permitiera ir a hablar con mi tío.

—¿Tu tío Cipriano? —debía confirmar. Confieso que me impresionó saber que el padre de Amalia fue el causante de la ausencia de Erlinda.

—Sí. Todavía no entiendo por qué lo hizo, si él siempre fue bueno con nosotras. —Movió la cabeza de arriba abajo y creo que tuvo un momento de claridad—. Ahora que lo pienso, era mi papá el que calmaba sus impulsos.

—¿Y qué pasó después?

—¡Nada! —Reconocí en ella la frustración—. Nadie iba, solo una señora que limpiaba y hacía las compras. Mi tío no se paró allí ni por error. Estuvimos encerradas por semanas, como presas. Ahora entiendo cómo se siente mi esposo. Es un horror. Pobrecito. —Tocó su frente un momento y luego prosiguió—: Mi tío por fin fue a vernos hace una semana. Mi mamá estaba tan enojada que por poco y se lo cachetea. Él le prometió dejarnos ir si le hacía un favor. Así que mi mamá se fue con él y me dejó sola. Dijo que no tardaría.

—Pero escapaste, ¿por qué?

Ella luchaba por mantenerse firme, aunque vi que apretó el borde de la mesa un par de veces.

—Hace tres noches, Chito se emborrachó con sus amigos afuera de la casa. Nunca lo hizo mientras estuvo mi madre. No pensé bien lo

que hacía y le exigí que dejara de hacer tanto ruido porque no podía dormir. Él…

—Está bien. —Traté de darle espacio—. Si necesitas tiempo...

—Él entró como loco —me interrumpió—, y gritó que yo no era nadie para darle órdenes. Le dije que era un simple empleado y que me respetara o lo acusaría con mi tío. Sé que fui una tonta por ponerme al tú por tú con ese hombre. Se enojó más y me hizo esto. —Descubrió su mejilla—. Después me tumbó en el suelo, se puso encima de mí y dijo que… —vaciló y creo que se le tensaron los músculos de la mandíbula porque le costaba pronunciar cada palabra—, que iba a ponerme en cintura, que a lo mejor me faltaba un hombre que calmara mi calentura, que le diría a mi tío que yo lo provoqué, que me plantaría un hijo y pediría que me entregaran como su mujer.

—¡Desgraciado infeliz! —Ahí comprendí el cambio en el comportamiento de Erlinda—. ¿Se aprovechó de ti?

—Podía oler su apestoso aliento. Trató de subirme el vestido, pero le encajé las uñas lo más fuerte que pude y me solté. —Imitó la forma en la que se defendió—. Corrí a mi cuarto, cerré la puerta y moví el ropero, no sé ni cómo, para que no pudiera entrar. Estuvo pegándole a la puerta por más de una hora, pero no pudo abrir, supongo que porque estaba muy borracho. —Hasta ese momento se quebró y las lágrimas empezaron a brotar a montones—. Fue una noche de terror que no quiero volver a vivir nunca.

Me levanté y la abracé. Era lo único que podía hacer para recordarle que ya había pasado y que estaría a salvo en mi casa.

Por mi parte, las preguntas terminaron, pero ella decidió llegar al final:

—La señora que nos hacía la limpieza se apiadó de mí cuando le conté lo que pasó. —Se quedó pensativa un par de segundos—. Solo espero que ella esté bien porque ese hombre es capaz de cualquier cosa. Como pago le di unas arracadas de oro y le pedí que vendiera dos anillos para sacar dinero, porque hasta eso nos quitaron. Ella estuvo pendiente de que Chito se distrajera para abrirme la puerta principal. Caminé tanto que mis zapatos se abrieron. —Mostró la suela desprendida de uno de sus zapatos—, pero nada iba a detenerme. Florencio no sabe nada de mí desde hace meses, ni siquiera dejaron que le enviara una carta. La idea de verlo de nuevo fue lo que me ayudó a seguir. No podía arriesgarme a subirme a una carreta y fui a pie a otro pueblo que no conozco. Ahí le rogué a una pareja que pasó con un cargamento de aguacates que me llevaran con ellos. Fueron amables y me dejaron en la estación del ferrocarril.

—¿Por eso llegaste de madrugada?

—No. Llegué mucho antes, pero cuando me detuve a comprar unos tacos, vi que se bajó ese maldito, y no iba solo. Me escondí en

una casa abandonada que tenía la puerta suelta. Estuve horas ahí. Encontré unas cobijas, pero no podía dormir porque se me subió una asquerosa araña. —Toco su hombro como si con eso se la quitara de encima—, y no me quedó de otra que venirme para acá. —El tono de su voz se elevó y se aferró a mi brazo—. No quería ponerte en peligro, yo pensaba irme hasta el pueblo donde tienen a Florencio. ¡Perdóname!

—Ya, ya, deja de preocuparte por mí. —Le di golpecitos en la espalda—. Disculpa la pregunta, pero ¿ellos te vieron?

—No sé… —Noté que trataba de recordar—. No creo…

—Fuiste muy valiente, Erlinda. Lamento todo lo que tuviste que pasar.

En serio lo lamentaba. El infeliz Chito trató de ultrajarla en medio de su sufrimiento, y su tío la puso en bandeja de plata. Sin duda, ella tenía más fortaleza de la que pensaba.

Ella volvió a acomodarse en la silla y yo le acerqué una servilleta limpia de tela para que se limpiara.

—Creí que no te encontraría en la casa porque supuse que seguirías con tu familia después del funeral.

¡Me quedé frío con lo que dijo!

—¿Funeral? —apenas pude decir porque aquello no lo vi venir—. ¿Cuál funeral?

—¡Oh, por Dios! —Se tapó la boca con ambas manos y sus ojos se abrieron de par en par—. ¡No lo sabes!

Los dos nos observamos. En ella sentí la lástima, y supongo que yo transpiraba miedo.

—¿Quién? —le pregunté sin más.

Erlinda se quedó callada unos segundos que me parecieron una eternidad.

—¿Si supiste que Boris Carrillo demandó un duelo a tu familia?

Le asentí porque en la visita de Nicolás, Celina e Isabel me lo informaron.

—Fue tu padre quien lo respondió.

Sentí que una gran roca caía encima de mí y me partía en cachitos al saber que mi papá fue el que aceptó aquel infausto duelo.

—Todo esto lo sé porque me lo platicó la señora que limpiaba —siguió contándome—. El duelo fue hace casi un mes. Boris le disparó a tu papá, pero solo le rozó una pierna. Iba a rematarlo, pero tu tío Celestino rompió las reglas, se metió a defenderlo, y… Boris lo mató. Después tu papá mató a Boris. —Antes de terminar, me contempló conmovida—. Lamento tu pérdida.

Debo confesar que sentí un enorme alivio de que mi padre no fuera el difunto. Yo admiraba al tío Celestino, creo que era el que mejor me trataba. Mi padre lo quería muchísimo y, según las palabras

que acababa de decir Erlinda, murió defendiéndolo. Me urgía saber por qué mi familia no me informó del deceso, por qué se callaron algo tan importante.

—Solos buscaron su mal —dije afligido, pero seguro.

Estaba a punto de levantarme, pero Erlinda volvió a hablar:

—Todavía falta que te diga otra cosa.

Regresé a la silla, aunque ya nada de lo que saliera de su boca me sorprendería.

—Chito se burló una vez de tu tío Hilario. Confesó orgulloso que él lo obligó a colgarse y a dejar una carta de despedida.

—Entonces, mi familia tenía razón. —Me recriminé—, él no se mató.

—La gente jura que el diablo anda suelto en el pueblo porque jamás habíamos tenido tantas muertes en tan poco tiempo. ¿Tú crees que eso sea cierto?

—No, no lo creo. Lo que sí sé es que somos víctimas del infierno que otros crearon. —Era capaz de saborear la amargura en la boca, en las entrañas, al recordar que por una simple pelea podía desencadenarse tanto mal.

Terminó una difícil conversación que a los dos nos dejó agotados.

Acacio llegó dos días después con toda la mudanza. Yo ya me había adelantado comprando algunos muebles para que Erlinda estuviera lo más cómoda posible.

—¿Es su señora, patrón? —me preguntó Acacio cuando lo encontramos en la entrada de la casa.

—No. Es una prima, y una muy querida. —Di un paso hacia él para hablarle en confidencia—. Te voy a pedir que no le digas a nadie que tengo visitas. Ella está enferma y necesita reposo. ¿Conoces a alguna muchacha que viva en esta ciudad y que busque trabajo?

—Sí, patrón. La familia de mi esposa es de aquí y por lo menos sé de dos que buscan trabajo.

—Mándamela para acá. Ya sabes que pago bien y a tiempo. Y también consígueme un mandadero, por favor.

—Claro que sí, lo que diga.

Admiraba a mi buen amigo Acacio por su compromiso y por ser fiel y reservado.

Al día siguiente por la mañana, me percaté de que Erlinda se disponía a salir.

Tuve que acercármele para saber a dónde pensaba ir.

—¿Darás un paseo? —la interrogué, tratando de no parecer un metiche.

—Quiero ver a mi esposo.

Tuve una reacción exagerada y me paré frente a ella para evitar

que abriera la puerta.

—¡De ninguna manera!

A ella no pareció agradarle lo que hice, y hasta juro que la escuché gruñir.

—¿Tú también vas a encerrarme?

—No, no. —Traté de suavizar el mal rato—. Pero es de esperarse que vayas. Seguro Chito estará pendiente, y en cuanto pises la penitenciaría, él lo sabrá.

—Quiero verlo —se quejó entre leves quejidos.

La sostuve de los hombros. Necesitaba que razonara a pesar de la urgencia de reencontrarse con su amado.

—Te prometo que yo mismo te llevaré cuando se calme este asunto, pero vas a tener que esperar un poco más, ¿estás de acuerdo?

Desconozco qué fue lo que pasó por su mente, pero al final asintió. ¡Luego algo extraño le sucedió! Se soltó de mi agarre y empezó a ir y venir de un lado a otro mientras se masajeaba la frente.

—¿Todo bien? —quise saber.

—¡No, no todo está bien! —se quejó sin detenerse—. Esto es un completo desastre. Encima hay una cosa que no te dije.

—¿Y qué fue? —pregunté alarmado.

Erlinda se detuvo para verme a la cara.

—Te mentí, sí vi a Amalia —dijo directo—. Solo la dejaron visitarnos una vez. Ella aprovechó para confesarme que la prometieron a Ciro Carrillo. Estaba muy asustada y se puso a llorar. Me dijo que primero se mataría antes que aceptar unirse a Ciro. Mi prima va a odiarme por decirte, ¡pero no puedo guardármelo! ¡No puedo! Tendrá una vida desgraciada si la obligan… —Se cubrió la boca y sospecho que los dos pensamos en lo mismo—, ¡o peor!

¡Con eso tenía! Con todo lo que confesó fue suficiente, me rebasó. Repasé rápido una lista de todas las oportunidades que dejé ir para tenerla conmigo. En parte su desgracia era mi culpa.

No pronuncié una sola palabra. Fui hasta el cuarto medio vacío donde tenía algunas cajas ya abiertas y saqué una maleta. Sabía que Erlinda estaba detrás de mí.

—Espérate, Esteban, ¿qué piensas hacer?

—Lo que debí hacer hace mucho tiempo: traérmela para acá. Estarás bien, va a venir gente a ayudarte en todo lo que necesites. Regresaré lo más rápido que pueda.

—Piénsatelo bien. —Se metió entre la maleta y yo—, mi tío es de armas tomar.

De entre algunas ropas, saqué el revólver que había dejado ahí.

—Y ahora yo también —dije, seguro de mis deseos.

Dos gardenias

Recuerdo que aquel fue un viaje que percibí corto. Todas las horas y transbordes que hice para llegar al pueblo no fueron lo bastante importantes esta vez. Yo quería verla, quería ir por Genovevo y montarnos en él para nunca más volver a aquella pila de errores que solo causaba dolor y luto.

Llegué de noche, y desde antes de bajarme de la carreta elegí pedir posada con mi hermano Anastasio. No deseaba ver a mis padres, me sentía herido por haber ocultado lo del duelo y la muerte del tío Celestino; al tío lo admiraba y él siempre me respetó como sobrino. Fue una falta grave el no informarme y no podía asimilar su caída a manos de Boris Carrillo.

Lo que no previne eran las fechas. ¡Era día de Todos los Santos! Lo supe en cuanto llegó a mí el inconfundible olor del copal. El humo me golpeó en la cara como un velo gris que trajo a mi mente cada muerte de la que fui testigo. De pronto me encontré en un pueblo despierto, con gente andando con ramos enormes de cempasúchil, con cirios de cera y la música de viento animando el camposanto. El pasar desapercibido se convirtió en todo un reto difícil de cumplir.

Fui por el lado contrario del cementerio, aunque no tuve en cuenta que por esa zona se hallaban las florerías y las panaderías que se mantenían abiertas hasta altas horas de la madrugada.

Rogué por no encontrarme con ningún Bautista o Carrillo. Si alguno me reconocía, de inmediato sabrían que fui yo quien se robó a la hija del alcalde.

En una mano sostenía la maleta, y la otra la mantuve puesta sobre la culata del revólver. Estaba dispuesto a herir a quien osara interferir en mis planes.

Di vuelta en una calle que era más oscura que las demás. La casa de mi hermano se encontraba a dos cuadras. ¡Solo dos cuadras para llegar! ¡Pero me llevé tremenda sorpresa cuando terminé de girar!

—¡Maldita sea! —Delante de mí estaba una procesión de más de veinte personas, cada una con una vela encendida.

Un niño con la mirada entristecida llevaba cargando hasta adelante el retrato pintado de una mujer que supuse era su madre.

Bajé el sombrero lo más que pude, agaché la cabeza y encogí los hombros. Me hice a un lado para dejarlos pasar, y con su lento andar,

uno a uno, continuó sin dirigirme la mirada. Casi me sentía un ganador, pero la última persona, Don Teodoro, que se sostenía de un desgastado bastón, se detuvo de mi brazo para descansar.

Lo conocía poco y las veces que lo vi solo fue para que me sobara o le diera a mi madre algún remedio. En su tiempo fue el mejor curandero del pueblo, pero dicen que empezó a meterse en terrenos prohibidos de los que no se daban detalles, y de ahí pasó a ser olvidado.

Él me observó con sus envejecidos ojos cubiertos de carnosidades que, pensé, le limitaban la vista. En la otra temblorosa mano cargaba una vela, y un poco de cera cayó sobre mi brazo, pero ni así lo solté. Si él caía, podía llamar la atención, y eso para mí sería la ruina.

Tuve que apretar los dientes para poder soportar el ardor de la cera resbalándome por el brazo, y que quemaba inclemente mi piel sobre la tela de la camisa.

Pasó un instante así, uno que pareció más largo, hasta que don Teodoro por fin me soltó, se volteó para seguir, pero antes de hacerlo, volvió a mí solo para decirme:

—Niru zasaalu' guirá' shisha neza guidxilayú ti ganda guidxelu' lii (primero recorrerás todos los caminos de este mundo antes de encontrarte a ti mismo) —habló en zapoteco con una voz ronca y caladora.

Mi madre hablaba un impecable zapoteco, mi padre no tanto, pero se defendía. Si de algo podía jactarme, era de contar con las habilidades de mi madre.

—Xquixhepelli, Ta (gracias, señor) —le respondí. Aunque en realidad no sabía por qué le agradecía. Solo quería que se fuera.

Cuando el viejo desapareció de mi vista, decidí seguir mi camino. Faltaba nada más una cuadra para llegar a la casa de Anastasio. Aceleré el paso, pero antes de llegar a la puerta, esta se abrió sin que la tocara.

No se trataba de mi hermano Anastasio ni de su esposa. ¡Era nada más y nada menos que Sebastián!

Ya no podía retroceder, estaba justo en medio de la calle, así que me quedé parado sin poder decir ni hacer algo que sirviera para que él no me reconociera.

—¿Esteban? —Entrecerró los ojos y dio dos pasos hacia mí—, ¿qué haces aquí? —Se veía de verdad sorprendido.

—¿Qué haces tú aquí? —le recriminé como si visitar a su hermano mayor fuera una falta grave.

—Mamá me mandó a dejarle pañales limpios a la bebé. Silvia está un poco malita y tiene que estar en reposo.

—¿Ya nació? —Saber que tampoco fui avisado del nacimiento de mi sobrina me partió un pedazo de corazón. Mi familia iba muy en

serio con eso de desterrarme.

Sebastián tragó saliva y aún en la parcial oscuridad pude ver cómo su garganta serpenteaba.

—Hace dos semanas —dijo sin mirarme a la cara—. ¿Vienes a felicitar al Tacho?

Negué con la cabeza. Ni siquiera me detuve a pensar una coartada para evitar el interrogatorio de mi hermano.

—Vine… —Podía decir cualquier mentira, como que solo iba de visita o que me enteré de la muerte del tío, ¡pero no!, iba a decir la verdad. Levanté el rostro y lo confronté—. Vine porque voy a llevarme a Amalia.

—¿Qué? —Logré escuchar cómo perdía el aire.

—Lo que oíste —pronuncié calmado—. Me la voy a llevar a la capital.

Mi hermano caminó más cerca y quedamos a escasos centímetros. Creo que su primera reacción fue golpearme, vi que su puño se cerró, pero se contuvo justo a tiempo.

—¿Se te dañó la cabeza? —reclamó con voz impostada—. Don Cipriano te cortará los huevos si se entera.

—No va a saberlo hasta que ya estemos bien lejos. —Me paré derecho y esos centímetros de altura que tenía de más lo hicieron dar un paso hacia atrás—. ¿O tú le vas a decir?

Pocas veces puedo afirmar que Sebastián se sintió superado por mí, pero esa fue una de esas ocasiones.

—¿Y si sí? —me retó.

—Será una traición que jamás olvidaré, ni perdonaré —dije tan seguro porque si se atrevía a fallarme, no sería capaz de dejarlo pasar.

—Nuestro padre va a matarme si le escondo una cosa así.

—Si le dices, yo le digo lo de tu bastardo con doña Alfonsina. —Fui mezquino, pero tenía que sacar todas las armas con las que contaba para mantenerlo a raya.

—¡Desgraciado! —Carraspeó dos veces.

—¡Seguiré guardando el secreto si prometes que no le dirás a nadie, ni siquiera a Paulino, ¡o peor!, a Filemón!

Me pareció un intercambio justo.

Sebastián lo pensó menos de dos segundos. Él llevaba las de perder, así que no le quedaba otra opción.

—Lo prometo. —Me dio un rápido apretón para sellar el trato, y luego una palmada en la espalda—. Ten mucho cuidado, hermano. Don Cipriano anda brioso.

Asentí y di media vuelta. La casa de Anastasio dejó de ser un lugar seguro.

—Escríbeme cuando estés en la ciudad.

—Lo haré —le prometí antes de avanzar hacia otro rumbo.

Estaba convencido de que Amalia se encontraba en el panteón, tal vez en la tumba de su tío, o de alguno de sus abuelos. Ella se hallaba tan cerca de mí que por un instante sentí el impulso de ir hasta allá, buscarla y pedirle en medio de las brillantes y coloridas sepulturas que se fuera conmigo. Quizá hacerlo me llevaría a una dolorosa muerte, pero con eso se terminaría toda la angustia y dolor.

Decidí sentarme en una discreta orilla de la calle para pensar. «¿Cómo podía verla sin vigilantes?», me pregunté por un rato. ¡Hasta que por fin lo supe!

Cada mañana, muy temprano, ella debía ir a lavar al río. Me lo contó con poco agrado más de una vez. Tenía la obligación de lavar la ropa de todos sus hermanos, sus padres y la de ella. El río sería mi hospedaje por unas horas porque no sabía bien a qué hora podía encontrarla.

Antes de irme, compré con cuidado un ramo de gardenias en una de las tantas florerías abiertas, y con esa simple acción se me revolvieron las entrañas. Solo esa mujer pudo lograr que yo experimentara un torbellino de emociones sin siquiera verla.

Cuando llegué, escogí un árbol que se ubicaba a cuatro metros de distancia de donde iniciaba la parte del río donde las mujeres lavaban. En las orillas se podían ver las grandes piedras que usaban para tallar. Si ella iba esa mañana, me iba a encontrar esperándola.

Creía que solo dormité un par de horas, pero cuando abrí los ojos el sol ya estaba saliendo.

Fueron las sonoras risas de dos señoritas las que me ayudaron a despertar.

Enseguida me levanté somnoliento y fui hacia donde había más árboles para que ellas no me vieran. No quería quedar como un husmeador.

En cada muchacha que pasaba buscaba el rostro de Amalia. Conté veintiuno y ella no aparecía. Era posible que por el desvelo le permitieran quedarse a descansar, pero estaba dispuesto a aguardar allí hasta que se fuera la última mujer.

En el rostro número veintiocho ¡por fin la vi! Era ella, ¡mi amada estrella! El corazón por poco y se me sale. Es que su presencia para mí era deslumbrante. Todos los meses lejos no fueron suficientes para restarle impacto, a pesar de que llegué a convencerme de que podría continuar sin tenerla. ¡Qué equivocado estaba! Sus trenzas con listones y su larga falda negra me devolvieron a aquella hermosa noche cuando la conocí.

Para mi buena suerte, iba sola. Cargaba una gran canasta que se le ladeaba a cada paso. Y en cuanto estuvo cerca, salí del escondite para auxiliarla.

—Permítame, señorita. —Sostuve la canasta y comprobé que sí

era bastante pesada.

La tuve tan cerca que su dulce olor regresó y fui tan feliz.

No puedo describir cómo su expresión pasó de ser relajada, a una que me rallaba en el terror.

—¡¿Tú qué haces aquí?! —al preguntar, sus ojos se abrieron todo lo que podían—. Si te ve alguna de las muchachas, te van a correr a pedradas. —Me empujó de nuevo hacía los árboles—. Vente para acá.

Dejó caer la canasta a un lado, y luego me llevó todavía más al fondo. Se detuvo entre dos frondosos árboles de mango.

—¿Buscas que te den un tiro? —sonó molesta—. Porque vas por buen camino.

La oportunidad de recuperarla llegó y quería dar todo de mí para conseguirlo. Con la vista busqué el ramo de gardenias, pero no logré localizarlo, así que sujeté sus dos manos que sentí tan frías y me acerqué más.

—A quien busco es a ti —le susurré. Era necesario abrirme ante ella, y así lo hice—: Tengo que decirte que no puedo dejar de amarte. —La miré a los ojos—. La vida sin ti no tiene sentido. Mi corazón es solo tuyo, tuyo y de nadie más.

Esperaba que Amalia reaccionara conmovida, en cambio, lo que hizo fue reflejar enojo.

—¿Ah, ¿sí? —pronunció desconfiada y se soltó de mí.

—¿Lo dudas?

Ella entrecerró los ojos.

—Tengo razones para hacerlo.

—¿Como cuáles? —De ninguna manera podía saber del infortunio en el burdel donde fui con Ermilio, pero me carcomía el porqué de su recelo.

Amalia retrocedió y se quedó observándome pensativa un par de segundos. Luego continuó:

—Júrame —dijo con voz firme— que no anduviste tonteando con alguna otra mujer en la capital. —Al verme callado, manoteó—. ¡Ándale, júralo ahorita que están entre nosotros nuestros muertos!

No podía jurarlo y lo único que pude hacer fue mantenerme pasmado.

En sus bonitos ojos vi el brillo de la decepción.

—Que te quedes callado me lo dice todo —dijo y percibí que luchaba por mantener la voz clara. Después se dio la vuelta para irse.

Solo así reaccioné, al verla alejarse. La alcancé y de un tirón de su muñeca la hice regresar.

Quedamos tan cerca que sentí su respirar sobre mi cuello.

—Lo que supones está mal —susurré nervioso porque tenerla así, casi entre mis brazos, me debilitó—. Sí conocí a otras señoritas, pero de eso no pasó. Un saludo, una amena plática, y fue todo.

Lo que confesé tampoco le gustó porque echó la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué? ¿Ninguna fue lo bastante buena tampoco?

Toqué su nuca para que me viera.

—Ninguna eras tú.

La excitación que fluía por todo mi cuerpo, fluía también por el suyo. Lo comprobé al tocar su mano, esta temblaba, y se le aceleró la respiración. Nuestros dedos se entrelazaron de inmediato. Sus labios y los míos rogaban por unirse. Pero Amalia lo evitó al voltearse una vez más.

De reojo vi que se tapó la cara y tardó un instante para recobrarse. Después cambió el rumbo de la conversación:

—Tú sabes dónde está mi prima, ¿verdad? Mi tía se está muriendo de pena. Dime dónde está.

Si por mi culpa Erlinda tenía problemas, ni ella ni Florencio me lo perdonarían. Era mi obligación anteponer la seguridad de una mujer que pidió mi ayuda.

—No he visto a tu prima desde hace meses.

—¿Seguro? —inquirió al mismo tiempo que me apuntaba—. ¿Te atreves a mentirme? —Resopló. Vi que su barbilla tiritaba. Luego se despidió con una mano—. Váyase por donde llegó, señor. Usted ya se había ido.

Trató, una vez más, de abandonarme allí, en ese espacio verdoso y mojado. Pero ni siquiera dejé que se moviera porque la sujeté de la cintura con tanta fuerza que fue incapaz de zafarse.

—¡No! ¡No voy a permitir que me dejes! —Ya no pude resistirlo, y la besé. Me urgía volver a probar el dulce néctar de su boca—. Sé que tú no quieres eso. —Le di otro beso—, lo siento, se te nota.

Ella no se resistió ni un poco, y despacio mis labios fueron recorriendo su cuello.

—Lee usted mal las caras —murmuró.

Sus palabras no fueron lo bastante imponentes como para detenerme.

Estar a solas con ella era un verdadero peligro porque despertaba el deseo más grande que jamás sentí.

—Debes tener miedo. Ahora confirmo que no recibiste mis cartas. —Un beso más, largo y delicioso, y por fin lo dije—: Amalia, ¡vámonos! ¡Vámonos hoy mismo! —La observé y mis manos reposaban sobre su cabeza—. No tendré mucho si hago las cosas así, pero ya estoy a punto de titularme, eso debe servir de algo. Si no, buscaré trabajo, aunque sea de peón. —Debía ser honesto sobre mi penosa situación—. Te prometo que tendrás comida en la mesa y un techo que te protegerá. —Junté sus manos y las puse sobre mi pecho —. Si me aceptas, estarás bien conmigo.

Amalia negó con la cabeza varias veces.

—¡No puedo! —Empezó a desesperarse—. Nos… nos buscarán, y cuando nos encuentren… te van a matar —fue ahí donde permitió que se le quebrara la voz.

—Nadie va a encontrarnos, tranquila. —Acaricié despacio su mejilla—. El tiempo pasará y nuestros padres lo aceptarán. Solo hay que darles eso: tiempo para que lo asimilen.

—¿Dejarás que me vaya si te digo que sí?

—Es la única manera.

Me hubiera encantado saber todo lo que pasaba por sus pensamientos, conocer lo que movía sus decisiones. Ella era una persona interesante porque sabía ocultar mejor que yo sus sentimientos.

Al cabo de un rato, decidió:

—Acepto —apenas lo pronunció, pero logré escucharlo.

Quería saltar de alegría. Mi amada estrella accedió a irse conmigo pese a la penosa situación económica que tendría que enfrentar.

—No te vas a arrepentir, te lo juro. —Sonreí tanto que se me salió una lágrima—. Te voy a esperar en la casa abandonada donde nos dimos el primer beso. ¿Sabes cuál es?

—Imposible de olvidar. —Una ligera sonrisa acompañó su respuesta.

—Ahí te veré pasada la medianoche. —Estaba a punto de irme, pero cambié de idea y le di un último beso, profundo y hermoso—. Contaré cada minuto.

—Yo también —me respondió después de soltarnos.

Fui el primero en salir y en el camino hallé el ramo de gardenias. Se encontraba recargado sobre mi maleta, a un lado del árbol donde me dormí. Una iguana se lo estaba comiendo gustosa. Lamenté no habérselo dado, era un bonito ramo. Alejé a la iguana, pero solo dejó dos flores intactas. Las saqué y las dejé dentro de la canasta de ropa que mi estrella cargaba.

Fui un iluso al pensar que otra persona podría ocupar el lugar que tenía en mi corazón. La amaba a ella, a Amalia Bautista, ¡solo a ella!

Ese día la pasé sorteando mirones y chismosos. Ya no recuerdo detalles porque mi mente se nubló gracias al júbilo que me controlaba. Lo único que sé es que, pese a los miedos, logré pasar inadvertido.

Conseguí hablar con un cochero de otro pueblo que pasaba por ahí, y que estuvo de acuerdo en llevarnos a cambio de un generoso pago. El dinero que quedaba tenía que ser cuidado, pero fue un gasto necesario para evitar inconvenientes.

Quedé con el hombre que lo vería en la salida del pueblo pasadas las doce de la noche.

Comí un tamal que mandé a comprar con ayuda de un niño, y el resto de la tarde estuve merodeando por el borde del pueblo más cercano a la casa de los padres de mi amada. Por ratos sonreía al imaginar a nuestros hijos corriendo en la casa en la que compartiríamos juntos los mejores años de la vida.

Cuando sentí que la media noche se acercaba, me fui sigiloso hasta la casa donde la cité.

Por si las dudas, llevaba cargado el revólver. Tenía que ser lo más precavido posible por si me topaba con un compinche de Chito, un Carrillo o un Bautista.

Por suerte, nada de eso pasó.

Coloqué la maleta en el suelo y me senté a un lado. Me oculté dentro del espacio que había entre la puerta y la orilla de la calle. Estaba amplio y lo suficiente oscuro para no ser descubierto.

Mis rodillas no paraban de moverse y hacía frío, ¡pero nada lograría que me moviera de allí!

Continué esperando y cada cierto tiempo me atrevía a asomarme para ver si ella se acercaba. Escuché a un gato maullar a lo lejos y unas pisadas de algún borracho que se fue por otro lado. La ansiedad empezaba a hacer de las suyas.

Supongo que Amalia tenía razón: leía mal a las personas. Y en ella no pude ver que mentía, porque, aquella noche de luna nueva, no llegó.

Te odio y te quiero

Caminé sin rumbo en el campo. Creo que perdí la noción del tiempo. Era incapaz de aceptar que el amor de mi vida me dejó plantado, que no fue, que me quedé esperándola.

Mis pies se movían por inercia. Las lágrimas no faltaron, pero esta vez se acompañaron de coraje.

«¿Por qué no fue honesta?», me quejé en voz alta mientras pateaba un tronco muerto. Así como ese tronco me sentía yo: de pie, pero podrido por dentro.

Tomé consciencia de que vagaba hasta que el hambre atacó.

No sé por qué, pero fui a la casa de mis padres. Yo quería ser de nuevo ese niño sensible que perdía las peleas, que evitaba los problemas, que se hacía a un lado cuando se atravesaba una riña. Quería ser ese niño que le lloraba a su madre para que lo sanara. Necesitaba que me sanara el corazón roto con el que cargaba.

No me importó que me vieran, de todos modos, la gente se enteraría de que regresé.

Toqué la puerta y fue mi hermano Gerónimo quien abrió.

—¿Vas a dejar que pase? —le pregunté hosco porque no se movía de la puerta. Supongo que no me reconoció al primer vistazo.

—Pásale. —Se hizo un lado sin decir más.

—¡Hijo! —escuché que mi madre gritó y la vi al fondo de la sala —. ¡Te extrañaba muchísimo!

Ella me abrazó, pero fue una breve unión porque vi a salir a mi padre y a mi tío Vicente de la biblioteca.

Mi padre caminaba raro, con una ligera inclinación hacia la derecha. Llevaba puesta ropa holgada de manta, tal vez porque era más práctica para poder moverse.

—¿Y tú qué haces aquí? —me dijo él con frialdad.

—Parece que no te da gusto verme. —Sabía bien que mi presencia le incomodó.

—Sí me da —respondió, pero fue poco convincente. Su mueca expresaba lo contrario—, solo que no te esperábamos. Se supone que estás muy ocupado con la cosa esa de la escuela.

—¿Por qué nadie me avisó de la pérdida del tío Celestino, y de que nació la hija de Tacho?

Hubo un breve silencio. Detrás contemplé la reacción del tío

Vicente. Fue de verdadero desconsuelo.

Mi padre caminó despacio hacia mí, aunque cambió de idea y se detuvo antes de estar cara a cara.

—Pensé que no querías enterarte —continuó—. Ya que viniste, aprovecho para avisarte que tu hermano —refiriéndose a Gerónimo—, va a ir a la capital a revisar las cuentas del negocio.

¡Lo que me faltaba! Su desconfianza era tanta que necesitaba "supervisar" mi manera de llevar el negocio que me tocaba a mí. Gerónimo ya tenía su parte y me pareció una invasión difícil de ignorar.

—¿Por eso estás aquí? —me dirigí a mi hermano con voz firme—. ¿Quieres rapiñar lo que tanto he trabajado?

Gerónimo se mantuvo controlado y se acercó a mí. Otro en su lugar ya estaría defendiéndose a como diera lugar.

—¡Cálmate! —Colocó sus manos sobre mis hombros—. ¿Qué te pasó? —Su mirada que buscaba hacerme hablar se posó sobre mí como un cuervo carroñero—. ¿Te hicieron algo en el camino?

—¡Sí!, sí me pasa algo —reconocí sin más.

Escuché los rápidos pasos de mi madre que se acercó por detrás.

—Hijo, por Dios —sonó asustada—, ¿qué tienes?

Tocaba ser honesto. Decir la verdad por fin, a pesar de la desaprobación, restricciones y la imperdonable desobediencia.

Respiré profundo y me preparé para lo que venía.

—He venido con toda la intensión de llevarme a Amalia Bautista —lo solté y sentí que parte del peso en mi espalda caía. Los observé uno a uno. En mi padre vi la incredulidad, en mi madre la creciente preocupación y en Gerónimo la confirmación de sus sospechas. Mi tío Vicente solo se hizo a un lado—. No teman, ella me rechazó.

Mi madre se llevó las manos a la boca para tapárselas.

—Entonces los chismes son ciertos —intervino mi padre. Luego se dirigió a mamá—. ¡Ves! —Manoteó—. Y tanto que lo defendías.

Sabía que era necesario quedarme callado, que una vez liberado el toro debía esperar la tremenda reprimenda, ¡pero no!, no lo hice. Ya no quería guardarme nada. Mi boca se abrió porque las palabras quemaban por las ansias de salir:

—Si no hubiera sido por tus absurdos problemas, ya la tendría como esposa. Yo no tenía por qué pagar por tus errores, pero los pagué, y los sigo pagando —se lo decía solo a mi padre. Todo lo demás desapareció y solo quedamos él y yo. Mis ojos se mojaron por el llanto que luchaba por detener, pero fui incapaz de parar lo que siguió—-: Te odio por eso —finalicé entre dientes.

Si se pudiera oír un corazón quebrarse, seguro todos habríamos escuchado el de mi padre. Aquellas palabras le calaron hondo, lo lastimaron.

No advertí lo que venía, no vi en qué momento él llegó a mí. Pero la palma de su mano impactó fuerte sobre mi mejilla y provocó que ladeara la cabeza.

—¡Qué no se te olvide a quién le hablas! —Me apuntó cerca de la nariz. Su voz sonó quebrada cuando lo dijo—. Todo por una convenenciera que se va a entregar a un Carrillo, si no es que ya se entregó.

—¡No le digas así! —exigí.

Mi padre se mantuvo parado, justo enfrente para que no perdiera su atención.

—¿A poco no sabías que el alcalde tiene negocios sucios con los Carrillo? Y no es la única familia con la que hace tratos así. Por eso se empeñó tanto en buscar al asesino de Amadeo. Por eso tu querida Bautista se va a casar con un Carrillo. ¿Lo entiendes? Se va a casar con ¡otro!, y no contigo.

Rebatirle fue inevitable:

—Tú no te quedas atrás. Eres un interesado y un egoísta.

Él estaba a punto de volver a agredirme, aunque en realidad no me importaba. Dolió más el golpe de realidad que el golpe sobre la piel. Levantó su mano, pero de pronto, mi madre se interpuso entre los dos y lo detuvo.

—¡Para ya, Anastasio! ¡Para ya! —Volteó a verle el vientre—. Te vas a lastimar.

—No te metas, mujer —le ordenó.

Supongo que solo así él recordó que se encontraba en recuperación. A pesar de eso, se mantuvo en la misma postura.

Gerónimo se nos acercó. Mi hermano solía ser obediente con nuestros padres, pero que tocaran a mamá lo llevó a meterse.

—Si le pones una mano encima —le dijo severo a papá—, no pienso quedarme con los brazos cruzados.

Mi madre agarró a su esposo por la camisa para que él se agachara. Por la forma en que lo veía, sabía que ella se sentía muy asustada.

—¿No te das cuenta de todo lo que ya perdimos? —Se le salió una lágrima y no dejó de observarlo—. Mira a nuestra familia, lo rota que está. Tenemos miedo, mucho miedo. Por las noches no puedo dormir. Esto es un infierno. —Frunció las cejas y entrecerró los ojos—. Van a matarte, Anastasio. Sigues tú y lo sabes. Si esa desgracia nos pasa, Rogelio va a convencer a sus hermanos de ir detrás de cada Carrillo y de cada Bautista del pueblo. Él es tan orgulloso que no se detendrá si te perdemos —chilló al final.

Aun con todo eso, papá no se conmovió.

—Es mejor que te guardes tus opiniones —le dijo a ella—, esto es cosa de hombres.

—Hombres que no quiero enterrar más. —Seguía luchando por hacerlo entrar en razón—. Ya te hirieron. Perdiste a tres de tus hermanos. —Jaló su mano y la acarició—. ¡Tú no, por favor, tú no!

El tío Vicente fue respetuoso y se mantenía alejado durante la discusión, pero cambió de opinión en ese punto. Dejó de recargarse sobre la pared y fue hasta donde estábamos nosotros.

—Oye a tu mujer, Tacho —quiso dialogar con su hermano con el que jamás congenió muy bien—. Los hijos de Hilario ya hasta andan en los Estados Unidos, esos ya no regresan. A lo mejor también me voy para allá con toda mi gente. Piénsatelo bien. No quiero abandonar mi casa y mis tierras. Podemos sacar la bandera de la paz y llegar a acuerdos para que el Cipriano se calme y calme a los Carrillo. Reconoce que esto se nos salió de las manos, debemos hacer algo para pararlo.

Creo que a todos nos impresionó el abrupto cambió del tío. Él, que en todo ese tiempo se mostró de acuerdo con defenderse y a tacar, se daba por vencido.

—¡Lo que me faltaba! —Le dio un manotazo a un adorno de barro que tenía cerca—. ¡Un hermano cobarde!

Pienso que el tío Vicente se esperaba cualquier reacción de mi padre, por eso ni se inmutó.

—Sí, sí soy cobarde si eso quieres que te diga. Pero considera mis palabras. Estamos derrotados. —Hizo una breve pausa—. Si las cosas siguen así, tendré que irme.

—Entonces ¡lárgate de una vez! —gritó papá y señaló directo a la puerta. Sus ojos estaban tan rojos que pensé que podían explotar, también se le marcaron las venas de la frente.

Gerónimo, mamá y yo nos quedamos observando como el tío caminó sin decir más. Solo se puso su sombrero que estaba colgado en el gancho cerca de la puerta, volteó a vernos, se inclinó, y se fue.

Para papá no fue suficiente, él quería seguir, y se giró hacia mí con su dedo levantado.

—Y tú, si vuelves a buscar a esa muchachita. —Con cada palabra, su rostro se deformaba—, aunque sea para un saludo, te quito el negocio y de ahí no volverás a ver ni un centavo.

—Has lo que quieras, ya no me importa. —De verdad dejé de temer el quedarme sin mi sustento.

—Cuando no tengas qué comer, vas a regresar llorando… —La puerta crujió e interrumpió su advertencia.

Llegaron Paulino y Sebastián, quien tenía el pantalón y las botas llenas de lodo.

—¿Y a ti qué te pasó? —le preguntó mi madre, preocupada.

—Me caí montando. —Se sobó la rodilla—. Estoy bien. Solo se me hinchó un poco.

Paulino sonrió burlón.

—El que es pendejo, es pendejo.

Sebastián se dio cuenta de la tensión que existía dentro de la casa.

—¿Todo bien? Están como raros.

—Sí, sí, todo bien —Gerónimo se adelantó a responder. Supongo que buscaba calmar los ánimos—. Sancia mandó una carne de res riquísima. Les parece si de una vez la comemos.

—Buena idea —aceptó Paulino—. Muero de hambre.

—Andar de holgazán todo el día debe cansar mucho —añadió mamá en modo de regaño, pero no sonó lo suficientemente estricta como para creerle.

—Muchísimo. —Rio Paulino. Aquella risa dio por terminada la confrontación.

La comida la disfruté a prisa porque me urgía irme a encerrar al cuarto que una vez fue mío. Lo tenían libre todavía y aproveché para acostarme. Apenas lo hice, me quedé dormido. Fue más como un desmayo porque las fuerzas me abandonaron, quería morir allí mismo. Morir para ya no tener que sentir todo lo que estaba sintiendo.

Solo pude aguantar un día. Me quemaban las ganas de ir a buscarla, de rogarle, de hincarme para que se fuera conmigo. Humillarme se convirtió en la primera opción.

Me bañé y vestí por la tarde, dispuesto a recorrer todo el pueblo de ser necesario con tal de encontrarla.

Estaba recogiendo unas monedas que puse en la mesa de noche, cuando Paulino entró sin tocar.

—¿A dónde vas? —me interrogó con una inusual seriedad.

—¿No adivinas? —respondí sarcástico.

Paulino resopló.

—Sí, como no. —Y después salió.

No comprendí a tiempo sus palabras, y cuando escuché que atrancaba la puerta desde afuera, fue demasiado tarde.

De inmediato comprobé si de verdad se atrevió a encerrarme, y sí, ¡lo hizo!

Golpeé la madera, tan fuerte que se cimbró la pared.

—¡Déjame salir! —exigí furioso.

—No, no lo creo.

Aborrecí esa voz despreocupada que él tenía, de niño mimado, de tonto confiado que se creía valiente.

—Voy a tumbar la puerta. —Le di otro puñetazo, pero tampoco cedió.

Él soltó una rápida risotada triunfal.

—Inténtalo si quieres.

Luego oí los pasos que se alejaban.

Calculo que pasó una hora, tal vez menos, hasta que Paulino

regresó. Lo supe porque liberó la puerta. Durante ese tiempo seguí dándole golpes y gritando, pero ni mi madre se acercó para ayudar.

En cuanto vi que la abría y entró, lo jalé, movido por el coraje. Tenía a mi hermano menor bien sujeto de la tela de su camisa.

—¿Cómo pudiste? —le reclamé iracundo.

Paulino entrecerró los ojos y movió su cabeza. Supongo que pensó que iba a pegarle, pero no dejó de sonreír.

—De esta casa no sales —dijo seguro.

Sí que quería golpearlo por pensar que podía darme órdenes.

—¿Tú me vas a detener? —Apreté más la tela entre mis manos.

—No, yo no. —Señaló hacia la puerta y su sonrisa se agrandó—. Pero él sí.

¡Se me fue el aire!

El muy cobarde llamó a quien menos quería encontrar. Uso esa hora que se fue para ir por Rogelio.

Mi hermano mayor no entró a la habitación, se quedó parado en el marco de la puerta. Su intimidante presencia me arrebató toda la confianza. Él no dijo nada, solo me miró, y ese sentimiento que nacía en mí cuando llegaba, regresó más fuerte. Después de unos segundos, volteó hacia afuera e hizo una seña con la cabeza.

—Llévenlo al patio, hasta lo más lejos —mandó como solo él lo hacía.

Primero entró Jacobo, luego Gerónimo, después Sebastián, seguido de Anastasio. Aquello fue lo que menos esperaba. ¡Todos mis hermanos se encontraban ahí!

—Les dije a nuestros padres que de este “problemita” me encargaba yo —continuó Rogelio—. Nuestro padre tiene un poco de fiebre y debe descansar.

—Déjenmelo a mí. —Jacobo tronó los dedos y se encargó de juntar mis manos por la espalda para sacarme a empujones.

—¡Suéltame! —le dije casi gritando—. ¡Me la vas a pagar!

—Sí, sí, lo que digas. —Ignoró mi nada amable petición—. Pero camínale. —Me dio un empujón más fuerte y por poco caigo de boca, pero logró jalarme de vuelta.

La luz del sol que daba al patio era todavía intensa y me dejó medio ciego cuando me sacaron.

Caminé a tropezones todavía maniatado, hasta que llegamos a un espacio del fondo con pasto crecido y guayabas medio podridas que se esparcían sobre la tierra. El ambiente estaba tan seco que me ardió la nariz.

Rogelio iba hasta atrás porque cargaba una silla y una cuerda. Cuando nos alcanzó, puso la silla en el suelo y exigió que me sentara ahí. Se notaba pensativo y podría decir que medio vacilante, como si le diera un poco de pena mi situación. Demoró unos segundos para

comenzar:

—Amárralo. —Le aventó la cuerda a Jacobo.

Traté de evitar que lo hiciera, pero eran seis contra uno. Luchar era un gasto innecesario de energía.

Cuando terminó, Jacobo comprobó que el nudo estuviera apretado. Después de eso no se movió de mi lado; supongo que era por si intentaba un escape. Ninguno tenía más fuerza física que él.

Mis demás hermanos rodearon la silla, cada uno con distinta distancia, pero lo bastante cerca como para que les viera las caras.

—¿Les dices tú? —preguntó en voz baja Rogelio a Sebastián.

Curioso que mi hermano mayor le consultara porque cuando quería algo de nosotros, simplemente lo pedía y ya.

Sebastián se echó para atrás.

—¿Yo? —Se señaló—. ¡No! Dile tú.

Que se negara fue un mal indicio. Temí que lo que él sabía me afectara de forma directa. El sudor empezó a correr por mi frente y el párpado derecho me brincó un poco.

—¡Collón! —se burló Paulino.

—No ves que el Esteban anda muy gallito. —Jacobo puso sus manos sobre mis hombros y los apretó—. Quien lo viera al flaco, tan envalentonado. —Rio y me sacudió con poco tacto.

Por su parte, Rogelio resolvía cómo abordar lo que quería decirme. Tenía una mano puesta sobre su barbilla y la vista perdida.

—Pienso que lo mejor es que lo escuche del que lo supo primero —decidió por fin y se volteó hacia Sebastián—. Ándale, ¡como vas! —Le tronó los dedos.

Todos giraron a ver a Sebastián. En cada uno de mis hermanos reconocí la incertidumbre, y la vergüenza. A él ya no le quedaba otra alternativa porque fue acorralado. Dio cuatro pasos hacia mí y quedó como a medio metro de distancia. Aclaró la garganta, jugueteó un poco con sus dedos, y por fin empezó:

—Esteban, este… ¿Cómo lo digo? —Se volteó hacia otro lado, su expresión desosegada me alertó todavía más, pero cuando se encontró con la mirada de Rogelio, regresó. Todo él vacilaba—. Hoy a medio día me encontré a doña Alfonsina, y ella… —-Hizo una pausa—, ella me contó una noticia que se está corriendo por todo el pueblo.

—¿Qué noticia? —Lo primero que me vino a la mente fue que alguien se había enterado de mis intenciones de robarme a la hija del alcalde, y que el chisme se corría como solía correr cuando se trataba de meterse en la vida de los demás.

—Mejor dile tú. —Sebastián desistió y se dirigió a Rogelio, como si fuera un niño pequeño caprichoso.

—Ya que alguien le diga —se quejó Gerónimo.

Supongo que estaba harto, porque Anastasio decidió intervenir.

Llegó a un lado de Sebastián y habló con más control:

—Será duro para ti saberlo, pero es un mal necesario.

Aquella forma de preparar el terreno solo incrementó los movimientos involuntarios de mi cuerpo.

—Lo que la gente anda rumorando es que Amalia Bautista se fugó con un hombre —soltó por fin Tacho.

—¡Es mentira! Ni siquiera llegó —me defendí enseguida. La buena honra de Amalia podía ser perjudicada si no lo aclaraba.

—Un hombre que no eres tú —dijo Paulino—. ¡Tonto!

En ese momento todo se desdibujó. Sentí que la silla flotaba en medio de la nada y me llevaba sin rumbo. Lo que Anastasio dijo tenía que ser falso, o no sabría cómo enfrentarlo.

—¿Qué? —apenas pronuncié y negué desesperado—. ¿Pero qué dices? Eso no puede ser. —Traté de soltarme del amarre, sin éxito—. ¡Él miente! —grité, refiriéndome a Sebastián—. ¡Todos están mintiendo! Se pusieron de acuerdo, ¿verdad? Es para que me arrepienta de llevármela. Por eso tratan de desprestigiarla.

—Lo juro. Es lo que se dice.

A pesar de que Sebastián lo juró, él sí podía ser tan mezquino como para inventar lo que según supo. En el pasado me jugó una que otra desagradable broma. Yo quería que fuera una broma.

¡Mi estrella no, ella no!

—Que lo diga la gente chismosa del pueblo no quiere decir que sea cierto. A lo mejor fue ese infeliz de Ciro que la obligó a irse con él, o su mismo padre la mandó. —Recordé allí el caso de Erlinda, y de lo que don Cipriano podía ser capaz—. Voy a buscar a ese Carrillo y de una buena vez arreglamos cuentas. —Volví a luchar para soltarme, y esta vez pude medio zafar una mano, pero Jacobo se apresuró para detenerme.

—Y por eso te amarramos —agregó Paulino.

—Ciro no fue —mencionó Gerónimo—, pasé cerca de su casa cuando venía para acá y lo vi a lo lejos cuando salió de allí.

—¿Entonces con quién dicen que se fue? —En realidad no quería saberlo, cualquier respuesta sería fatal. Que se fuera con otro y no conmigo ya era suficiente castigo. Pero el orgullo de hombre me obligó a cuestionar a Sebastián—. Tú sabes. Sí, tú debes saber. ¡Dime! Danos el chisme completo por lo menos.

—No sé con quién —me dijo ya más tranquilo—, pero seguro se sabrá pronto.

—¿Por qué ella haría eso? —esa fue una pregunta que me hice en voz alta. Quería entender, quería una excusa, ¡necesitaba que Amalia tuviera un importante motivo para hacer lo que se rumoraba que hizo!

—Por mujerzuela, ¿por qué más? —Paulino no se guardaba nada —. Tenlo presente de hoy en adelante. —Me dio un golpecito en la

frente.

Mis hermanos me observaron como si fuera un perrito herido, de esos que agonizan en la calle sin un alma que les brinde un ayuda o por lo menos les ayude a tener paz.

Incluso el aire se portó diferente y comenzó a violentarse. El sol se escondía, y con eso la oscuridad anunciaba su llegada. Como la oscuridad que se anunciaba dentro de mí.

Gerónimo decidió acercarse, se hincó y me hablo cara a cara.

—Entiendo que estés enojado, así me sentía cuando perdí a mi hijo. —Él nunca mencionaba ese pasaje de su vida—. Dolía hasta abrir los ojos cada mañana. Quería pelear con quien se pusiera enfrente, romperlo todo. Supongo que era mi forma de esconder la tristeza. —Tocó uno de mis brazos—. Pero tienes que controlar los impulsos, por tu propio bien.

—No podemos retenerte para siempre. —Jacobo añadió—. Promete que no vas a reaccionar mal, y te suelto.

Ni sus intentos de apaciguar la tormenta en mis entrañas sirvieron de algo.

Reí con amargura.

—Le voy a meter una bala en la cabeza a quien se haya atrevido a quitármela.

Todos resoplaron.

—¡No! Eso no era lo que tenías que decir —dijo Paulino.

—Esteban —habló de nuevo Sebastián—, este mal trago pasará. Conocerás a una buena mujer, estoy seguro. Deja ya de insistir en la Bautista.

—¡No, no, no! Pienso ir a buscarla otra vez, a donde sea que se la hayan llevado, le voy a rogar hasta que la convenza.

En cada uno reconocí la frustración.

—¿Qué hacemos? —le consultó Anastasio a Rogelio.

Nuestro hermano mayor no tardó en dictaminar.

—Es un peligro para él mismo. Se va a quedar en su cuarto hasta que recapacite. Ustedes dos. —Apuntó a Paulino y a Sebastián—. Más les vale que no se les escape, o se las verán conmigo. —Después giró hacia mí—. Y tú, da un paso fuera de esta casa y pagarás muy caras las consecuencias, ¿estamos?

—Soy un adulto, no pueden tenerme encerrado.

La seriedad de Rogelio me indicó lo contrario.

—Mira cómo sí. —Hizo una seña a Jacobo.

Lo siguiente que recuerdo es que me dejaron en el cuarto, solo. Escuché que acomodaban la puerta para tenerla lo mejor cerrada. De pronto me convertí en un ave atrapada, un ave con el ala dañada que ya no quería sanar.

Por diez días estuve así: Sebastián o Paulino llevaban la comida, controlaban mis idas al baño y revisaban de vez en cuando que no tratara de salir. Mi madre se asomó son una vez, pero no dijo nada. Creo que ella comprendía por qué mis hermanos lo hacían. Mi padre ni siquiera intentó hablar conmigo. Podía escuchar su voz cuando conversaba cerca, pero ninguna de sus palabras era para mí.

Lo único que me permitieron fue escribirle una carta a Acacio, y eso porque les dije que debía enviarle instrucciones para el negocio. Sí hice eso, pero también hice mención sobre "el otro asunto" con el que Acacio ayudaba. En esa carta que Sebastián llevó al correo le recalqué que le proporcionara a Erlinda dinero suficiente para que mandara a comprar víveres y lo que necesitara, y que estuviera al pendiente por si requería algo más. Me preocupaba que ella estuviera esperándonos; algo que ya no pasaría.

Los primeros dos días los pasé enojado, furioso al límite. Incluso rompí una jarra de agua fresca que pusieron en la mesita. El hilo de sangre que fluyó de la palma de mi mano no fue suficiente. A mí, que no me gustaba ni siquiera pelear en modo de juego, me entraron las ganas de moler a golpes a ese hombre que se llevó a la que tenía que ser mi mujer.

La vida que había soñado se caía a pedazos sin que pudiera evitarlo.

Al tercer día ya fui capaz de dejar de romper cosas. Hasta terminé toda la comida que Paulino llevó. Por suerte metí la tesis en la maleta, y los siguientes siete días la trabajé tanto que puse el ansiado punto final.

Quizá eso fue lo que me salvó de caer en la locura, lo que me ayudó a levantarme: la esperanza de un futuro profesional exitoso.

Poco a poco iba dejando de anhelar el dolor ajeno, poco a poco comprendía que debía ser consciente. Era posible que en realidad ella no se fugó con otro. Amalia tal vez estaba corriendo riesgos similares a los que tuvo que sortear Erlinda. Y no sabía si Amalia era tan aguerrida como su prima. Si urgía que la auxiliaran, era mi deber atender sus llamados.

Rogelio llegó una tarde, ya el sol se había metido y comenzaba a hacer frío.

—¿Te parece si salimos a dar una vuelta? —escuché que me preguntó cuando entró a mi cómoda prisión.

Ni siquiera volteé a verlo. Me encontraba acomodando con cuidado todas esas hojas de la tesis para que no se maltrataran.

—¿Vas a soltar al perro? —fui sarcástico. Estaba en serio molesto con él.

—¡Ya, ya! —Se acercó y se detuvo atrás de mí—. No te lo tomes a pecho. Te hizo bien. —Señaló la tesis. Él estudió hasta tercero de

primaria porque decidió dedicarse al campo, pero comprendía más rápido que mis hermanos sobre las obligaciones escolares—. Entonces, ¿salimos? El Genovevo te extraña. No le gusta que otro lo monte.

Mi hermano me dio en el punto débil.

—Yo también lo extraño.

La tensión entre los dos empezó a disiparse.

—Ya preñó a una de mis yeguas. —Rio un poco—. Vas a ser abuelo.

¡No podía creerlo! El Genovevo era holgazán hasta para aparearse.

Giré a verlo en cuanto me lo dijo.

—¡¿Cómo lo dejaste?!

—Si no me pidió permiso el atrevido. —Bajó el tono de su voz—. Ándale, vamos. Tengo buenas noticias que contarte.

Supuse que se trataba de Amalia y por eso acepté. Tal vez iba a decirme que todo fue una mentira, o que ella regresó, o que supo que fue un escape sin fines amorosos.

Me cambié la ropa y ambos salimos.

—Sigues vistiéndote igual de mal —hizo hincapié cuando me vio con la camisa arrugada y los pantalones medio sucios, pero sonó más relajado que como acostumbraba.

Afuera de la casa ya estaban su caballo y el mío. El Genovevo me recibió con un suave cabezazo.

Montamos en el campo abierto por un rato, sentir el aire sobre todo mi cuerpo fue medicinal, olvidé todo por esos agradables minutos, hasta que Rogelio bajó la velocidad y por fin habló:

—Ayer pedí una audiencia con el alcalde y el aceptó verme mañana. Pensé que me mandaría al cuerno, pero tal vez esté abierto a escuchar. Pienso que lo afectó lo de su hija y por eso andaba blandito.

Sentí una gran decepción al saber que la conversación no iba por el rumbo que imaginé.

—¿Y de qué quieres hablar con el alcalde?

Rogelio sonrió esperanzado.

—Quiero llegar a un acuerdo de paz. Frágil, aunque sea, pero un acuerdo que ya nos quite de tantos pesares. Le diré que si mantiene a los Carrillo y a su familia a raya, haré lo mismo con la mía.

—¿Papá sabe lo que piensas hacer?

—No, pero va a tener que aceptar lo que proponga por el bien de todos nosotros. Tengo hijos y una mujer por los cuales velar.

Yo sabía que nuestro padre tomaría mal su intromisión, pero, tratándose de Rogelio, la reprimenda sería mucho más suave.

—Me alegra —dije sin sentirla de verdad.

—Por ahí va otra noticia: —Esta vez su sonrisa se extendió todo lo que podía—. Pía está en cinta. La partera nos los confirmó hoy en la

mañana.

Me enterneció la forma en la que lo pronunció. Él en serio estaba emocionado.

—Muchas felicidades. Eso es maravilloso.

—Sí. Un hijo es una gran bendición. Cuando tengas los tuyos lo sabrás.

Me quedé pensativo un instante. Los únicos hijos que imaginé tener debían llevar como segundo apellido el “Bautista”. Pensar en uno distinto fue imposible.

—Si es que tengo —murmuré.

Rogelio cambió el tema enseguida. Supongo que se dio cuenta de mi incomodidad.

—¿Planeas irte a la capital?

Resoplé con su pregunta.

—Es difícil planear cuando no eres libre.

Mi hermano movió la cabeza de arriba abajo.

—No volveré a encerrarte, si te portas bien.

—Trataré…

Los dos reímos, no sé si porque no me creyó, o porque ni yo mismo me creí.

Al cabo de unos minutos en los que el galopar de ambos caballos se aceleró, llegamos a la entrada del pueblo.

—Tengo ganas de una cerveza. ¿Vamos?

A una cuadra se ubicaba la cantina de don Mencho. Una pequeña y que se caracterizaba por tener solo cerveza y bastos molcajetes con guacamole y totopos.

—Pues vamos —acepté sin pensarlo. Me caería muy bien refrescar la garganta. Además, en esa ida a la cantina tenía claro que conocería el nombre del infame ladrón. No faltaría el impertinente o el chismoso que lo dijera, y si no pasaba, buscaría la manera de interrogar a quien se dejara con tal de saberlo.

Cuando llegamos, después de encargar a los caballos, vi que solo había una persona sentada en una mesa cerca de la entrada. Interrogar quedó descartado si seguía así de vacío.

—Dos tarros, don Mencho —pidió mi hermano al corpulento cantinero.

Nos sentamos hasta el fondo, tampoco es que el lugar era amplio, pero a los dos nos gustaba la privacidad.

El mesero llevó las cervezas y el famoso molcajete. Sí que picaba el guacamole, pero era una tortura que estaba dispuesto a soportar.

—¡Sabía que eran ustedes! —escuchamos que gritaron.

Reconocí enseguida la melódica voz de Filemón.

—File —lo llamó Rogelio—, vente para acá.

—Los vi cuando se bajaron y quise saludarlos. ¡Qué gusto volver a

verte, Esteban! —Ocupó una de las sillas, la que estaba a un lado de mi hermano—. Ya tarda que no veo al Sebas.

—Estaba ocupado con un encarguito mío —le dijo Rogelio y pareció divertido.

Que él se dejara ver así de suelto era inusual, aunque, dadas sus buenas nuevas, me pareció entendible.

—Con razón.

Rogelio tomó un gran trago de cerveza y luego le apretó el hombro a Filemón.

—Te ves horrible. ¿Estás bien?

Observé bien al File. Sí se veía un poco demacrado, tenía amplias ojeras, el cabello enmarañado y la barba sin rasurar.

—La verdad, estoy jodido —confesó apenado.

—¿Por qué?, ¿es por la bastardita?

Filemón alzó veloz un dedo.

—Primero, deja de decirle así. Y sí —se le quebró la voz—, es por ella. —Contempló la mesa para no darnos la cara—. Chavelita no aceptó casarse conmigo. Dice que sus sentimientos por el Jacinto todavía siguen y que no quiere lastimarme. Pero si ya me lastimó, tanto, que ni siquiera puedo afinar bien. La muy canija primero me ilusiona y luego se arrepiente.

—Y el Jacinto acabándose el rompope de las monjitas, bien quitado de la pena —dije sin intención de hacerlo en voz alta.

Enseguida pensé que le causaría molestias a Filemón, pero, por el contrario, los tres soltamos una carcajada.

—¿A poco me ves más feo que el padrecito? —preguntó Filemón, todavía con la sonrisa en los labios.

—A lo mejor lo que no le gusta es que eres muy chismoso —añadió Rogelio.

—Comunicativo, que es diferente. —Volvió a reír. Luego se dirigió a mí y poco a poco se le fue borrando el regocijo hasta ponerse serio—. Esto de las decepciones amorosas parece contagioso, porque sigues enamorado de Amalia, ¿verdad? —Movió la cabeza de lado a lado—. Qué pena lo que te hizo ese aprovechado…

¡Ahí venía el nombre! ¡Al fin! El corazón se me aceleró por los nervios.

Filemón empezó a abrir los labios y de pronto todo se hizo lento, tal vez debido a la urgencia que yo tenía de conocer al culpable de mi desgracia.

Concentré la vista en él, pero un azote en las puertas de la cantina lo distrajo.

Filemón se quedó pasmado y noté que no parpadeaba. Después giré hacia mi hermano y comprobé que él cambió la expresión por una de enfado.

—Así que aquí están don Cabrón y don Cornudo —dijeron en modo de burla.

Ni siquiera me tomé la molestia de confirmar que se trataba de nada más y nada menos que de Ciro Carrillo, quien iba acompañado de tres personas, una de ellas era el infeliz de Chito.

Dios nunca muere

Sin ser invitado, Ciro caminó hacia nosotros, secundado de sus amigos. Fui directo a su cinturón y vi que colgaba un revólver. Chito también iba armado.

—Aquí no quiero sus desmadres —gritó don Mencho—. ¡Afuera!

Supongo que el cantinero se dio cuenta de lo inconveniente que era tener a dos familiares de enemigos jurados dentro de su pequeño establecimiento. Incluso vi a los dos meseros irse para la parte donde servían la cerveza.

—¡Ey, respete a su general! —amenazó Chito.

—Lo respeto, pero no quiero sus desmadres en mi negocio.

—Calmado, don Mencho. Solo vamos a platicar —dijo Ciro, sonriente, y se volteó para ver a sus acompañantes—. ¿Verdad, amigos?

Ellos rieron.

—Sí, sí —añadió Chito, indiferente—. Solo una platicadita. —En su cara brilló la maldad; esa que es de temer.

Rogelio continuó bebiendo su cerveza como si nada pasara.

Filemón seguía aturdido y sus pies comenzaron a moverse por los nervios.

A pasos seguros, Ciro llegó hasta la mesa y se quedó de pie, justo frente a Rogelio.

Por su parte, Chito se sentó en otra mesa de cara a nosotros, sacó su gran revólver y lo puso despacio sobre la madera. Sus dos acompañantes ocuparon las sillas a los lados.

Agradecí la terquedad de mi hermano de siempre salir armados. Incluso colé la mano hacia la mía por si era urgente sacarla.

—Como les decía —siguió Ciro, apuntándonos de forma burlona —, aquí anda el cornudo del pueblo. —Se quedó viéndome e hizo una mueca de lástima—. Pensamos que ya no regresarías por estos pobres rumbos, con eso de que eres todo un señorito de ciudad. Debes estar bien dolido por lo que hizo —lo último lo dijo como si me diera el pésame.

Sus palabras no hicieron eco en mí porque, después de todo, Amalia y yo ya no teníamos una relación.

En otros tiempos habría tenido terror ante la situación, pero después de tanto, ese terror desapareció.

No sé por qué, pero mi hermano se notaba demasiado relajado, hasta le dio un trago grande a la cerveza y se la terminó. Luego dejó caer el vaso con fuerza.

Yo no hice ningún comentario. Sentí que seguirle el juego era desperdiciar el tiempo.

—Según supe, Ciro —le respondió firme Rogelio—, el cornudo aquí eres tú.

A Ciro sí que le ardió aquello. Lo confirmé por cómo se le descompuso el semblante.

—¡Sh, sh! —Llevó a prisa un dedo a su boca—. A mí ni me interesaba esa zorrita. Nomás porque su papi me rogó para que dijera que sí. —Colocó ambas manos sobre nuestra mesa. Estaba tan cerca que lo consideré un tremendo atrevimiento. Su aliento a alcohol fue evidente en cuanto abrió la boca—. Pero no, seguro ya está bien abierta de tantos hombres que se la han cogido, incluido don Cornudo. —Volteó a verme con esa expresión que destilaba mofa—. ¿O a poco no te la chingaste? —Resopló con una sonrisa—. Pero va a regresar, y cuando lo haga haré que se hinque. —Su vista no se apartaba de mí—. ¿Y sabes qué voy a hacerle? Me la voy a coger una y otra y otra vez, hasta que se le olvide esa cara de pendejo que te cargas.

Fue inevitable imaginar a mi amada en brazos de otro, pero no fue Ciro a quien visualicé, sino una sombra, a aquel hombre sin rostro que disfrutaba lo que yo jamás toqué.

—Mejor cállate y déjanos en paz —le dije lo más tranquilo que pude.

—Sí, Ciro, estamos tomando sin molestar a nadie —añadió Filemón, más conciliador—. Haz lo mismo tú también.

—La lavandera del pueblo sí habla —respondió Ciro. En sus mejillas morenas corrió el rubor del coraje, pero sé que intentó calmarse, respiró, y continuó con su molesta interrupción—: Si nada más vine a hacerles una preguntita.

—Dila y luego te apartas de nuestra mesa —advirtió mi hermano. Sonó desafiante y hasta a mí me erizó la piel.

—Tardé mucho tiempo para poder hacerla. —Ciro cambió la forma de hablarnos. Se escuchó más concentrado en lo que iba a decir —, así que quiero que respondan con la verdad.

Volteé a ver a Filemón; estaba con la vista fija en nuestro interrogador. Luego fui a mi hermano; él, por su parte, parecía que ya sabía lo que venía.

—Si hay tanto misterio, debe ser importante —dijo Rogelio, despreocupado.

—¡Es importante! —Quiero saber quién mató a mi padre.

En ese instante tuve recuerdos de infancia involuntarios. Ciro Carrillo fue un niño introvertido que cumplía con sus tareas y era

respetuoso con sus padres; al menos eso fue lo que pude ver el tiempo que estuvo en la escuela primaria. Comía solo y apenas y le hablaba a un compañero o dos. Cuando llegó a la adolescencia fue que cambió. Dicen que una vez lo vieron torturando a un borrego antes de llevarlo al matadero, otros cuentan que le gustaba ahogar gatos. Fuera como fuera, se convirtió en un adulto difícil de descifrar.

—¿Y por qué crees que nosotros sabemos? —le pregunté sin perderlo de vista. Quería saber para dónde se dirigían sus intenciones.

Él ni siquiera lo pensó y respondió:

—Estoy seguro de que fue un Quiroga quien le disparó. —Volteó a ver a mi hermano, y luego a mí—. Solo que no sé cuál de todos fue.

—Me tenías enfrente cuando eso pasó —proseguí—, ¿ya se te olvidó? —Levanté la mano sobre mi rostro—. Justo enfrente.

—Sí me acuerdo —confirmó—. Tú no disparaste, pero puede que sepas quién sí. Díganme y todo este asunto quedará terminado. —En ese momento el tono de su voz cambió, apenas imperceptible, pero lo hizo. Luchaba por mantenerla clara, trataba de seguir sonando igual, pero, a pesar de eso, se le rompió un poco por el peso de las palabras —. Tengo que saber.

Por fin mi hermano intervino:

—¿Crees que eso te dará paz?

—¡Me la dará! —Se apuntó y se le tensó la mandíbula—. Y a mi familia también; al menos a la que queda. —Su dedo se dirigió a Rogelio—. ¿Tú sabes quién lo mató?

Mi hermano se echó para atrás, la silla hizo un ruido chillante e incómodo, y se levantó. Todos concentramos la mirada en lo que iba a hacer.

De reojo vi que Chito tocó la empuñadura de su arma al mismo tiempo que le decía algo susurrante a sus compinches.

Sostuve el revólver por si acaso. El pecho me vibraba por los nervios.

—¡¿Fuiste tú?! —gritó Ciro al ver que no recibía respuesta.

Supongo que no me esperaba que mi hermano asintiera. Se me fue el aire cuando vi que su cabeza subió y bajó despacio. ¡Se suponía que él no sabía quién había matado a don Amadeo, se suponía que ninguno de mi familia conocía al culpable!

Rogelio se le acercó cuidadoso como si se tratara de un animal venenoso al cual hay que atrapar.

Los compinches de Chito salieron de la cantina. Allí me levanté y Filemón me secundó. Apreté el arma sin que fuera consciente. Solo podía ver a Chito observando meticuloso lo que pasaba.

Ciro dio un paso hacia atrás cuando mi hermano llegó a donde estaba.

—Lo primero que tienes que saber —le dijo sereno Rogelio—, es

que ese día uno de los dos tenía que morir.

Un frío recorrió todo mi cuerpo. Simplemente me negué a creer lo que confesó. ¡Él no podía haber ocultado tal información!

—Tu padre me disparó primero —continuó—, yo solo me defendí. —Bajó la mirada hacia el suelo—. Lo siento.

Ciro dio otro paso hacia atrás y chocó contra una silla que se volteó.

En ese momento vi que don Mencho y los meseros se atrincheraron detrás de la barra.

—¡¿Lo sientes?! —volvió a gritar Ciro y sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Era mi padre!

Rogelio trató de tocarlo, pero Ciro lo esquivó.

—Y yo también soy uno, tengo hijos por los que debo velar. Amadeo iba por cualquier Quiroga, quería "mandar un mensaje". Por eso les ordenó que le dieran un sustito a Esteban. ¡Di que no fue así! Iba a cazarlo como chivo.

—¡Mientes! —Se le desgarró la garganta y le sobresalieron las venas de la frente cuando soltó aquella palabra. El dolor que sentía se reflejó en cada músculo de su rostro.

Jamás me detuve a pensar en las coincidencias de aquel día en el teatro. Amadeo Carrillo murió detrás del recinto y sus hijos andaban adentro, amedrentándome. Era sencillo descifrar las intenciones de don Amadeo. Quizá no buscaba acabar con mi vida, pero sí herirme, ¡o peor!, herir a Amalia para culparnos y que el alcalde se fuera contra los Quiroga.

—Tu mismo padre me lo dijo cuando lo enfrenté cerca del teatro. —Mi hermano tocó su pecho—. Yo solo trataba de proteger a mi gente, y Esteban, que andaba de noviecito de la Bautista, era el blanco perfecto. Siento mucho tu pérdida —bajó la voz—, pero no tuve otra alternativa.

En ese punto, Ciro ya estaba llorando, con el odio y el desconsuelo librando una batalla entre sí.

—¡Vas a pagar por lo que hiciste? —chilló e intentó sacar su revólver.

Mi hermano se lo impidió al sujetarlo de la muñeca.

Yo sí saqué la mía y apunté directo a Ciro.

—¡Bájala! —me ordenó Rogelio con el brazo extendido.

No podía comprender por qué pedía tal cosa y no obedecí.

—¡Qué la bajes te digo! —volvió a exigir, esta vez más tosco. Solo hasta que accedí a regañadientes fue que regresó a ver a Ciro. Trataba de mantenerlo lejos de su arma, aunque tenía que aplicar bastante fuerza para lograrlo—. ¿No te parece que ya fue suficiente? —le dijo sincero—. Tu familia murió y también la mía. Estamos a mano. Dejemos las cosas así. Fue demasiada sangre derramada, ¿no crees?

—¡Tienes que pagar! —murmuró entre dientes, pero en su semblante reconocí la duda y dejó de luchar.

A pesar de lo que mi hermano pidió, seguí con el arma bien agarrada y la oculté en mi espalda.

—¿Piensas que si me matas ganarás algo? —Rogelio estaba empeñado en convencerlo—. Solo te volverás un asesino. Tus manos quedarán manchadas. Quienes me quieren te buscarán por el resto de tu vida. Vivirás con el miedo de ser encontrado cada día. No podrás dormir, sin pensar en cuándo te llegará la hora. —La conmoción se apoderó de su garganta—. Lo sé porque eso me pasa a mí.

Esa frase me dolió tanto como seguro le dolía a él.

—Eres joven —prosiguió—, tienes mucho tiempo por delante, aprovéchalo para bien. Estás a tiempo de recomponer el camino.

Ciro pareció contrariado. Ya no lucía como el hombre decidido y valiente que pretendía ser. Ahora se asemejaba más a aquel niño que comía solo y se alegraba cuando llegaba la hora de salir de la escuela.

—Tiene razón —añadí—. Que con nosotros se termine este infierno. Ya hay demasiadas viudas y huérfanos de padre. Con eso basta y sobra.

Rogelio lo sostuvo del hombro. Lo tenía justo como quería. Ciro solo pudo inclinarse y se soltó a llorar.

Sentí que el aire corrió mejor en mis pulmones. Estábamos a punto de conseguir esa tregua que tanto necesitábamos. ¡Pero pasó lo que más temía!

Dejé de cuidar a Chito solo unos segundos, no fueron ni tres, y el los usó para levantar su arma y disparó.

El fuerte estruendo me dejó medio sordo. Comencé a ver todo distorsionado y mis piernas temblaron.

—¡Acabemos de una buena vez! —escuché que ese infeliz dijo.

Pensé que caería uno de los tres, pero, para mi sorpresa, fue Ciro quien lo hizo. La herida fatal le dio en la nuca. Él ya estaba muerto cuando azotó.

Todo avanzó despacio. Levanté mi revólver para contraatacar, mi dedo se encontraba a punto de presionar el gatillo. Esta vez no iba a titubear.

Por desgracia, Chito fue más veloz y, sin pensarlo, disparó una vez más.

Al principio no hubo dolor, lo único que sentí fue que mis jugos gástricos ansiaban salir. El calor en la clavícula empezó a quemarme. Traté de confirmar si fue allí donde la bala dio, pero, pero no pude mover el brazo derecho.

—¡No! —alguien gritó.

La vista me comenzó a fallar, solo vi entre nubes blancas que Rogelio desenfundó su arma, antes dejarme caer al suelo.

Cuando yo tenía seis años, mi padre le regaló a Rogelio un caballito con remolque de madera pintado a mano en su cumpleaños número doce.

Rogelio le tomó tanto cariño que teníamos prohibido tocarlo. Yo ansiaba jugar un poco con él, pero mi hermano lo cuidaba tanto que se tomaba el tiempo de esconderlo de todos nosotros.

No sé por qué, pero cuando abrí los ojos me encontraba de vuelta en casa, en la que fue años atrás. El suelo era todavía de tierra, se cocinaba con leña y la crisis económica del pueblo era alarmante. Aun así, mis padres hacían lo posible para que sus siete hijos no se dieran cuenta de aquella triste época.

Allí estaba yo, en medio del comedor jugando con piedras y palitos que apilaba.

Mi madre bordaba despreocupada y tarareaba una dulce canción en zapoteco. Mi padre bebía una taza de café a su lado.

Gerónimo, Jacobo y Anastasio se entretenían con el pan que robaron de la mesa.

Sebastián y Paulino se encontraban dormidos en el catre que teníamos cerca para que nuestra madre pudiera ocuparse de sus quehaceres y al mismo tiempo cuidar de los más pequeños.

Me mantenía tan concentrado en aquellos palitos y piedras de distintos tamaños que no vi que Rogelio se sentó a mi lado.

Lo noté solo porque levanté la cabeza y choqué con su brazo que descansaba cerca de mí.

—¿Qué haces? —preguntó, interesado de verdad.

—Un nido de pájaros. —Le mostré mi risible trabajo.

—Se ve bien —me animó y luego se puso serio—. Quiero pedirte un favor.

—Sí —le dije, todavía concentrado en que los palitos se apilaran bien.

Mi hermano escondía algo detrás de él, y cuando escuchó que acepté, se volteó un poco para levantarlo.

—¿Me lo cuidas? —Me entregó su amado caballito—. Debo salir y no quiero que lo vayan a maltratar.

Enseguida abandoné el proyecto del nido solo para admirar el juguete. Era blanco y la montadura pintada iba en rojo. Las llantas de la carreta de carga se podían girar. El sueño de poder tener entre mis manos aquel tesoro se hacía realidad.

—Sí, sí, te lo cuido. —Ni siquiera lo dudé.

Él, con su cara que estaba dejando de ser de niño, me señaló pensativo.

—¿Lo prometes? —Tocó su pecho—. Vale mucho para mí.

—Lo prometo —confirmé feliz por tener tan importante tarea.

Mi querido hermano se levantó, me revolvió el cabello, sonrió, y

después se fue.

El caballito era tan bello que me quedé embobado admirándolo.

Lo que pensaba que era la realidad, una cálida realidad, se disipó de golpe y el dolor sobrevino.

Grité tan fuerte que la boca me ardió debido a la sequedad. Mis labios se partieron con ese alarido. Podía sentir la humedad de la sangre que salía de ellos.

Dos frías manos sostuvieron uno de mis brazos. Traté de saber quién era, pero no podía ver con claridad. Sentía que la cabeza iba a explotarme en cualquier momento.

—¿Dónde… dónde estoy? —pregunté con la respiración cortada.

Traté de moverme, pero fue inútil, el cuerpo no respondía.

Tenía una manta cubriéndome y el rostro de la persona que se encontraba a mi lado poco a poco se iba delineando.

Quería que fueran sus ojos marrones y su largo cabello que se ondulaba cuando se atrevía a dejarlo suelto.

—Ama… lia —murmuré esperanzado. Un segundo más tarde comprobé que cometí un error. No se trataba de ella, sino de Celina Ramírez. Su piel más clara y su cabello tan crespo la delataron—. ¿Dónde estoy? —quise saber porque no reconocía el lugar.

Pude ver que estaba en una amplia habitación que tenía un ventanal grande frente a la cama.

Poco a poco mi vista se clareó.

Celina se mantenía sentada en una silla a un lado de mí.

—En mi casa —dijo en voz baja.

Solo logró confundirme más.

—¿Qué hago aquí? —Necesitaba respuestas urgentes.

—¿No… te acuerdas de lo que pasó?

Hice un esfuerzo por recordar. Lo que me daba vueltas en la mente era lo del caballito de madera y nada más.

El malestar de la cabeza era insoportable.

—¿Podrías darme agua? —le pedí porque no podía ni siquiera sentarme sobre la cama.

Ella accedió y enseguida me ayudó a que tomara todo el vaso. Era solo agua, pero en ese momento fue como una dosis de vitalidad que acomodó mis pensamientos.

¡Ya podía recordar! No por completo, pero las imágenes volvían.

—Me dispararon. —Confirmé que fue entre el cuello y el hombro porque estaba inmovilizado. La repulsión vino a mí como una letal llamarada—. El tal Chito fue quien lo hizo.

—Los curanderos que te vieron dijeron que te salvaste de milagro, pero confiaban en que te recuperarías. —Una media sonrisa se dibujó en sus labios—. No se equivocaron.

—¿Curanderos? —me sentí confuso—. ¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—Casi tres días.

¡Tres días! Todo ese tiempo para mí fueron apenas unos segundos en los que experimenté la felicidad de volver a mi memorable infancia.

—¿Por qué estoy en tu casa?

—Tu madre le pidió posada a la mía.

Era difícil comprender el por qué mi madre me enviaría a casa de una persona que ni siquiera era una familiar.

Fue en ese instante en el que contemplé bien a Celina. Se veía cansada, un poco ojerosa, y en esa ocasión dejó que su cabello negro se despeinara de más; algo que, según recordaba, ella no acostumbraba hacer.

—Mi hermano, Rogelio, ¿dónde está? —Traté de sentarme, pero fue inútil y solo conseguí avivar el dolor. Al no escuchar una respuesta, me alteré—. ¡Pregunté que dónde está!

A Celina se le llenaron los ojos de lágrimas y reconocí la angustia.

—Esteban —me nombró y por la manera en la que lo dijo supe lo que venía—, tienes que ser fuerte.

Negué con la cabeza, tan rápido que el brazo derecho me vibró terrible desde el dedo hasta el hombro. Por poco y me desmayo, volvía la mala visión, pero luché para mantenerme lúcido.

—¡No! ¡No! ¡No! —grité y la miré furioso—. ¡Estás engañándome, ¿verdad?! —la voz salía rota, así como estaba yo.

Ella liberó un suave llanto. No lo dudó, abrió sus brazos y con cuidado se acercó a mí. Acepté su amable gesto porque necesitaba comprenderlo, procesarlo, creerlo.

Permití que mi amiga viera cómo lloraba. Esa sensación de ahogo que se siente cuando se ha perdido todo me asfixiaba, así que respiraba con dificultad. Ya ni guardar la compostura era importante. Supongo que después me quedé dormido, o al final siempre sí me desmayé, porque una vez más mi mente se perdió.

Cuando regresé en sí, noté que la luz en el ventanal se había esfumado. A un lado la silla se encontraba vacía. Estaba solo y en completa oscuridad.

En el corto lapso en el que pasas del sueño a la vigilia no tenía presente la reciente pérdida que sufrí, pero cuando caí en la cuenta, sentí ganas de morir.

Ni siquiera podía moverme y romper lo que pudiera para calmar el coraje que envenenaba todo mi ser. Solo me quedé allí, siendo un inútil.

Media hora más tarde Celina entró a la habitación. Entre sus

manos llevaba una taza con decoraciones en color azul.

—Te traje un té de tila. —Colocó la taza en la cómoda de al lado. Apiló dos almohadas detrás de mí, y con su ayuda pude sentarme para beberlo.

Al terminar el té, sequé mis ojos que sin tapujos dejaban escapar las lágrimas, y observé directo a Celina.

—¿Qué le pasó? —le pedí con la urgencia acelerándome el corazón—. Dímelo, por favor.

Quería tirarme a llorar hasta la muerte para dejar se sentir, pero di todo de mí para soportarlo, para mantenerme cuerdo y poder hablar.

Ella vaciló y desvió la mirada hacia otro lado.

—Creo que es mejor que sean tus padres quienes te lo digan.

Con la mano izquierda la toqué del brazo.

—Por favor —le supliqué.

Supongo que la conmoví, o me tuvo lástima, porque a los pocos segundos empezó a contarme con bastante vergüenza y casi susurrándolo:

—Lo que sé es que el general Lorenzo estuvo gritando en medio de la calle que tú habías matado a Ciro Carrillo, y que Rogelio lo atacó a él y a sus compañeros. Aseguró que se vio orillado a terminar con sus vidas. —La frustración fue evidente—. Algunos empezaron a creerle y hasta planeaban ir contra toda tu familia, pero Filemón lo alcanzó, él también iba herido, aunque solo fue un rozón. Filemón le contó a la gente que el general le disparó primero a Ciro, luego a ti, y después sus compinches se fueron contra tu hermano… —Suspiró y de nuevo vi que sus ojos se volvían a humedecer—. Fue buena suerte que Filemón tuviera fama de decir siempre la verdad. Rogelio… —Hizo una pausa—. Rogelio recibió cuatro tiros. A pesar de eso, los aguantó. En cuanto los auxiliaron, llamaron a dos curanderos de pueblos vecinos, y junto con los locales hicieron todo lo que podían. Al ver que empeoraba, trataron de llevarlo a la capital para ver si allá les daban esperanzas, pero… —Su barbilla tembló y se tapó un poco la boca— falleció en el camino. —Con un movimiento vacilante colocó su mano fría sobre la mía—. Lo lamento mucho.

Escuchar cómo le arrancaron la vida a mi hermano me lastimó en lo más profundo del alma. Lo único que quería era abrazarlo y pedirle perdón por no haberlo salvado. Ni para eso servía.

—¿Dónde lo tienen? —Me sentí tremendamente nervioso al pensar que él ya estaba bajo tierra—. ¿Ya… ya lo enterraron?

—Todavía no. Su cuerpo llegó al pueblo en la mañana. Ahorita lo están velando. Toda tu familia se encuentra en la que fue su casa. Tu madre mandó decir que te quedes recuperándote. —Sus dedos acariciaron con torpeza los míos—. Ella estuvo rezando mucho por ti.

Durante estos días despertabas por ratos, decías algunas cosas, luego te volvías a dormir.

—Yo tengo que estar ahí. ¿Puedes prestarme tu carreta? —Incliné la cabeza del lado derecho—. Es que no puedo montar.

—Pero… —trató de rebatirme.

La interrumpí enseguida. Nada ni nadie iba a detenerme. Si era necesario ir a rastras, estaba dispuesto a hacerlo.

—¡Debo despedir a mi hermano! —Apreté sus delgados y largos dedos—. Ayúdame, por favor.

Supongo que Celina comprendió mi apremio porque asintió una vez y se levantó de su asiento.

—Pediré que la traigan. —Dio la vuelta a la cama para llegar a la puerta—. No tardo.

—Te agradezco —le dije en la distancia.

Tan solo unos minutos después, ella regresó. Cargaba consigo unas prendas que, reconocí, eran mías.

—Paulino trajo ropa tuya ayer. Me tomé el atrevimiento de escogerla para ti. —Las dejó sobre la silla—. Hortensia —su empleada doméstica— va a venir a preparar una ducha de asiento. —En su piel el rubor le pintó todas las mejillas. La carreta tardará un poco, pero avisé que me urgía.

Yo llevaba puesta ropa de dormir holgada y apestaba como a hierro y a orines. Pensar en moverme me provocaba un espasmo en el párpado, pero debía soportarlo con tal de ver a mi hermano.

—¿Está Nicolás por aquí? Me vendría bien su ayuda porque tengo que quitarme esto. —Levanté un poco la tela que cubría mi pecho.

Celina se quedó tan quieta que pareció una estatua y sus ojos se abrieron de par en par.

—No… —apenas dijo—, no está.

—¿Hay algún otro hombre que pueda ayudarme?

—Solo estamos Hortensia y yo. —Ella le daba vueltas a una pulsera de oro que tenía puesta—. No sé si quieras esperar al cochero.

—No. Está bien así. Trataré de hacerlo solo. —Dentro de mí sabía que sin apoyo, tal vez terminaría inconsciente una vez más.

De reojo observé que mi amiga buscaba decirme algo. Al final se decidió, aunque su frente se cubrió con finas gotas de sudor.

—Si no te incomoda —se escuchó inquieta—, yo puedo hacerlo. Veré para otro lado, no te preocupes.

En la posición en la que me encontraba no podía darme el lujo de despreciar su propuesta. Era tremendamente embarazoso, pero acepté sin más.

Con minucioso cuidado pudimos quitar la camisa. Cada movimiento me regalaba un golpe de dolor indescriptible, y cuando

por fin la tela salió, respiré aliviado.

Mientras, la señora Hortensia llenaba con agua la tina que había dentro de la habitación. Una vez lista, tocó el turno de quitarme el pantalón.

Supuse que sería más sencillo, pero el tiempo en el que no moví las piernas pasó la cuenta. Me llevó un rato lograr desentumirlas.

Quedé en ropa interior. Quizá no estaba por completo desnudo, pero sí lo bastante vulnerable ante dos mujeres que no eran ni mi madre ni mi esposa.

Luego de un esfuerzo descomunal, logré entrar a la tina. El agua caliente fue un bálsamo casi mágico. Cerré los ojos un instante.

Doña Hortensia fue por un brebaje que tenía un olor desconocido.

—Tómate esto —pidió Celina al entregármelo.

—¿Qué es? —Lo bebí, aunque no lograba ubicar la planta.

—Algo que solo debe consumirse cuando es muy, muy necesario —añadió misteriosa la señora Hortensia—. Servirá para que puedas aguantar, solo que tarda en hacer efecto. Ten paciencia.

—¿Crees poder enjabonarte? —preguntó Celina, cambiando el tema.

Asentí avergonzado.

Ambas mujeres me dieron espacio para poder lavarme.

La herida que el balazo dejó se encontraba cubierta por una venda que cubría gran parte de mi lado derecho del torso.

Sabía que debía cambiarla porque esa ya tenía unas cuantas manchas de sangre. Al levantarla un poco, la costra se pegó a la venda y liberé un bufido. Un frío me corrió de la cabeza a los pies, pero continué, despacio, hasta quitarla toda.

Lloré cuando aventé la venda a un lado. Se sintió como una especie de triunfo.

Así, me mantuve aproximadamente una hora en la tina, rememorando los mejores momentos con Rogelio. Saber que perdí a mi hermano mayor era una verdad que se negaba a instalar en mi mente.

Justo en ese encuentro con la muerte, con la breve conversación que tuve con Dios, vino a mí la respuesta que días antes ansiaba tener, y pasé del lamento al coraje. Uno que se encarnó y me perforó, igual que lo hizo la bala.

Sin abrir la puerta, Celina preguntó si todo estaba bien.

—¿Tienes una navaja de afeitar? —le pregunté porque la escasa barba estaba haciendo acto de presencia.

—Ahora la traigo.

Ella regresó en menos de un minuto. Le pedí que pasara porque con la mano izquierda y la debilidad iba a terminar cortándome la piel.

Con el pulso controlado, para mi sorpresa, comenzó a afeitarme.

—A mi papá le gusta que yo lo rasure. Dice que soy buena haciéndolo.

—Tiene razón —confirmé porque lo hacía tan bien que se sentía como una caricia—. Lo eres.

A pesar de que no tenía grandes ánimos, el desagradable cuestionamiento debía ser realizado o terminaría por gritar como un loco.

—Chule —inicié sereno—, ¿por qué no está contigo Nicolás? ¿Se fue por trabajo?

De pronto, Celina dejó de mover la navaja.

—No… —musitó y vi que su frente se arrugaba—. Es que… él…

Cerré los ojos un instante para lograr controlarme.

—Él, ¿qué? —La observé derrotado.

Estoy seguro de que para ella era demasiado embarazoso hablar sobre su vida privada. Se quedó pensativa, hizo un gesto de desasosiego, y por fin confesó:

—Nicolás decidió romper el compromiso.

Allí se me aceleró el latido.

—Sé que es indiscreto, pero ¿podrías decirme por qué? —Ya sabía la respuesta, a pesar de eso, se lo pregunté.

Celina hizo una larga pausa. Por el rojo del contorno de sus ojos confirmé que resistía las ganas de llorar.

—Él dijo que se había enamorado de otra mujer, y por eso ya no podía cumplir con la promesa que me hizo. —No fue capaz de mirarme cuando lo soltó.

—¿Esa mujer es?

—No sé. —Pero su cara decía otra cosa.

—Dilo —le pedí como si mendigara por sus palabras—. Ya nada puede herirme más.

—Perdóname por darte solo malas noticias. —Dio un paso hacia atrás y movió la cabeza de lado a lado—. Creí que ya lo sabías.

Sentí un fuerte mareo.

—Necesito que lo digas. Si no lo haces, no voy a poder creerlo. —Perdí el aliento y lo último salió como un suspiro—: Te lo suplico.

Ambos nos observamos y percibí la profunda decepción que nos atacaba.

Supongo que Celina comprendió mi apuro y se irguió, levantó el mentón y entrelazó las manos.

—Nicolás se enamoró de Amalia. —Por fin dio la lacerante estocada—. Ellos coincidieron en la capital, aquella vez que el hermano de Amalia enfermó. No conozco detalles, pero él tuvo el valor para decirme que ahí nacieron sus sentimientos por mi amiga.

—¡Así que es Nicolás con el que se fugó! Todo es verdad —dije

para mí, todavía un poco incrédulo por no haber visto las señales de la atracción que sentían uno del otro, y por haber dudado de mis hermanos—. En ese tiempo todavía estábamos juntos. —Una lágrima salada corrió por mi mejilla—. Pensé que él era un hombre de principios. Veo que me equivoqué.

—Los dos nos equivocamos —dijo ella como si con eso aligerara el impacto de la traición.

El camino más infernal que he tenido que vivir fue el que recorrí para asistir al funeral de mi hermano. No solo por el dolor físico que carcomía cada extremidad de mi cuerpo, sino por el espantoso duelo que tenía que enfrentar.

Cuando llegamos, porque Celina tuvo la cortesía de acompañarme para que pudiera sostenerme, noté que la sala se sentía vacía, aunque estaba llena de gente que solo fue a ver el desconsuelo de una familia hecha pedazos.

Los pésames no se hicieron esperar. Uno que recuerdo bien fue el de Isabel, quien iba del brazo de Filemón.

—Lo siento mucho, Esteban —dijo sin tocarme—. Tu hermano fue un gran hombre y será bien recordado.

—Gracias —le respondí. Luego volteé a ver a Filemón—. Y gracias también a ti por todo lo que hiciste por nosotros. Estaré siempre en deuda contigo.

—Ojalá hubiera podido hacer más —expresó cabizbajo.

Antes de que se retiraran a sus asientos, oí que Isabel se dirigió seria a Celina:

—Quien te viera, bien mustia.

—Nada más estoy ayudando a un amigo —aclaró la Chule.

—Eso espero —sonó amenazante y luego se alejó.

Sebastián se percató de que me costaba trabajo mantenerme derecho en la dura silla de madera, y se apresuró a poner un sillón amplio en el que pudiera acomodarme mejor.

Noté que los demás muebles fueron quitados para poder poner el ataúd. El cuerpo de Rogelio se encontraba rodeado de decenas de ramos de flores, iluminado con tantas velas que parecía que era de día. Olía a jardín y a copal, olía como olería la tristeza su tuviera aroma.

Cada miembro de mi familia lloraba, en especial mi madre, a ella la vi desmayarse dos veces.

—¡¿Por qué?, Dios mío, ¿por qué me quitaste a mi hijo?! —chillaba una y otra vez plantada a los pies del féretro.

Mi padre se encontraba detrás de ella junto con varias de sus amigas, vigilante por si era necesario auxiliarla. En su cara llevaba expuesto el tormento de un padre que ha perdido a su hijo más

querido.

Pía se mantuvo callada durante toda la velada. Solo se quedó sentada en una silla a un lado del cuerpo de su esposo y con la vista perdida. Yo sabía que su pena era tan grande que ya no podía llorar, quedó seca porque el peso de su pena era inmenso.

Tuve el valor de acercarme a verlo cuando ya iba a amanecer y se aproximaba la hora de sepultarlo. Para poder dejarlo ir, tenía que confirmar que él estaba muerto. Temeroso incliné la cabeza, ¡y allí se encontraba él!, mi hermano, mi consejero, mi guía y protector. Parecía como si estuviera dormido. Celebré el impecable trabajo del funerario. Se veía sereno, libre, en paz.

—Su corbata está chueca. ¡Alguien arregle su corbata! —exigí señalándola, incapaz de acomodarla yo mismo—. ¡No puede irse con la corbata así! —Fue en ese momento en el que me puse a llorar. Ya ni siquiera prestaba atención al dolor de la herida, la interna era mucho más desgarradora.

Sí, la vida de mi hermano se apagó, y con eso quedé incompleto para siempre. Perder a Rogelio fue un golpe que pudrió un pedazo de mi humanidad. Con él se esfumó la inocencia de la infancia que compartimos, se llevó la alegría de toda una familia, arrastró consigo mi capacidad de creer en los demás.

Fallaste corazón

Casi todo el pueblo caminó a nuestro lado para ir a dejar a Rogelio a su última morada. Al son de la música cantamos, lloramos y nos abrazamos. No pude cargar el ataúd ni dedicarle una canción, eso me caló hondo. Ni siquiera fui capaz de despedirlo como hubiera querido. Antes de que la tierra terminara de cubrirlo, le prometí honrarlo el resto de mi vida.

Los primeros siete días del novenario transcurrieron sin altercados. Los Carrillo estaban sufriendo su propio duelo, incluso los horarios de los rezos se acomodaron, sin buscarlo, para que la gente pudiera asistir a los dos. Además, en el pueblo existía un "respeto" en esos días en los que se despedía a un difunto. Aun así, nos mantuvimos alertas porque, si bien Chito se encontraba preso, el alcalde podía hacer una mala jugada.

A pesar de que a Gerónimo le caía la obligación, por ser el siguiente hermano, de cuidar de los descendientes de Rogelio, era yo quien seguía soltero y quien se ofreció a tomar esa responsabilidad tan importante. Mis sobrinos no tenían por qué carecer, y con el corazón en la mano le prometí a Pía que velaría por su bienestar, por el de sus hijos nacidos y por el que venía en camino. Estaba convencido de que Rogelio estaría de acuerdo con mi decisión.

Entre todos aceptamos que era necesario irnos del pueblo. Pese a que dos de mis hermanos: Sebastián y Anastasio, se negaron al principio, al final comprendieron que, de no hacerlo, terminarían muertos tarde o temprano. Mi padre esta vez ni siquiera habló, sabía que ya era una situación insostenible. De hecho, él no habló casi nada, solo nos veía, asentía cuando era necesario, y se mantuvo a lado de mi madre todo el tiempo.

El café de olla con canela y piloncillo servía para sobrellevar aquellas melancólicas noches entre los olores de las flores y el calor de la concurrencia. Una de esas, al terminar el novenario, Filemón se me acercó mientras las personas se retiraban a sus casas. Quedaban pocos presentes, así que tuvimos un espacio sin mirones en el recibidor de la casa.

—¿Cómo vas? —preguntó y su mirada fue directo a mi clavícula.

—Mejora lento. —Volteé a ver la herida que sanaba tan despacio

que me desesperaba—. ¿Y tú? Te vi muy contentito con Chavelita.

Isabel era una Bautista por sangre, todos lo sabían, pero no llevaba el apellido ni tenía relación con el padre, por eso su presencia en la casa que fue de mi hermano no fue mal vista.

—Cuando supo que me hirieron. —Mostró el brazo que tenía una gran costra oscura con un halo rojizo—, fue a cuidarme, de ahí no quiere despegarse de mí.

Logré sonreír un poco. Por ratos olvidaba la funesta realidad.

—Pues yo creo que lo lograste. Ahora sí se ve enamorada.

—Eso espero. —Sonrió también. Después me miró conmovido—. ¿Sabes? Rogelio fue un chingón hasta el final.

La pregunta que me negaba a hacerle, salió sin mi permiso:

—¿Cómo pasó?

Filemón solo bajó la cara y empezó a narrarme aquel suceso que no vi completo, pero que jamás podré olvidar:

—Los aliados de Chito entraron después de que caíste. Pensé que te habías muerto. —Aclaró la garganta. En su expresión se veía el horror de volver a ese momento—. Rogelio ni lo dudó y le disparó a Chito, estaba furioso, pero él lo esquivó. Luego les tiró a sus dos criados, a uno le dio en la mera cara, al otro solo lo hirió en la pierna. Aprovechando que tu hermano estaba concentrado en ellos, Chito le disparó a matar. Traté de levantar tu arma porque yo no salgo con una, pero no pude alcanzarla y me rozó una bala. —Sus ojos brillaron y alzó el rostro—. Perdón por no haber hecho más. —Con esas palabras trasmitía su gran frustración—. El desgraciado de Chito quería acusarlos de matar a Ciro, pero me le puse al brinco al mentiroso.

Un calor desagradable recorrió mi cuerpo. La imagen de Rogelio cayendo al suelo con los ojos abiertos se dibujó sin querer. Sufrí al pensar que su último aliento lo dio así, a manos de un ser despreciable al que no le había hecho ningún mal.

—Lo que no entiendo es ¿por qué Chito le disparó a Ciro? Se supone que él lo protegía.

Filemón se meció un poco. Se notaba que tenía dudas sobre contarme lo que sabía.

—La gente habla —murmuró después de ver a los lados por si había mirones—, aunque no sé si sea verdad.

Di un paso hacia él y lo sujeté del hombro.

—¿Qué dicen?

—Es que no me consta…

Lo apreté un poco. Convencerlo era una tarea que requería un mínimo esfuerzo.

—Aunque sean rumores, me interesa saber. Sé que te queman las ganas de decirme, no te aguantes.

Por su gesto supe que logré mi cometido.

Filemón suspiró y se inclinó hacia mí para contarme:

—Escuché que los Carrillo le ofrecieron a Chito una muy buena cantidad de dinero si se encargaba de… terminar con todos ustedes. —Bajó más la voz—. Pero el alcalde tiene otros intereses, y cuentan que le hizo una oferta mejor a cambio de acabar con las dos familias. Así él quedaría libre de problemas y se adueñaría del negocio que mantiene con los Carrillo; ellos ya eran una molestia. El alcalde sabía que Chito tenía un pie fuera de la alcaldía porque su abuso de poder fue demasiado lejos, por eso pensaba recomendarlo para otro puesto en quien sabe que pueblo.

—¿Cuáles son esos negocios que tiene o tenía con los Carrillo? —una duda que me hacía imaginar varias opciones.

Él se mofó como si fuera algo muy obvio.

—¿Tú para qué te imaginas que usan tantos terrenos? —Me dio un codazo y luego resopló—. ¡Pa´ suegrito que querías agarrar!

¡Por supuesto que dichos negocios tenían que ser grandes para tener al alcalde tan comprometido! Debí saberlo.

—Gracias, Filemón, por habernos ayudado —terminé la charla—. Te debemos una grande.

—Nada que agradecer. El Sebas es como mi hermano, y tú y yo somos amigos, ¿que no?

En realidad, él, en el pasado, me resultaba desagradable. No al punto de no soportar su presencia, pero tampoco como para considerarlo un amigo. Y, gracias a lo que pasé, ya no iba a considerar como a amigo a cualquiera. Pero Filemón se ganó el título con todo el mérito.

—Lo somos —confirmé.

Fue en el octavo día en el que recibimos una visita inesperada. Yo me encontraba prendiendo una lámpara, era una tarea que no requería gran esfuerzo y me hacía sentir útil, cuando percibí un silencio inusual. Dentro de la casa ya estaban las señoras que llegaban desde temprano y que eran las que rezaban con más ánimos, que se callaran de golpe fue un claro aviso.

Sin detenerme a pensar, desenfundé el arma con la mano izquierda. Vacilar no era una opción en aquellas circunstancias.

Jacobo y Paulino entraron alertados. Supongo que también sospecharon que algo pasaba porque cada uno llevaba su revólver.

Una misteriosa silueta se mantenía de pie dentro de la casa, a pocos metros de la puerta.

El pecho se me alborotó porque, movido por mis deseos más privados, pensé que era ella: Amalia, quien regresaba arrepentida. Estaba dispuesto a aceptarle pese a la negativa de mis padres, pese a

que eligió a otro y por un tiempo me fue infiel. A ese nivel de dignidad llegaba por el amor tan cegador que se apoderó de mí y no quería liberarme. Sufrir entre sus brazos sería una falta que iba a afrontar con gran gusto.

Analicé la silueta, sí era una mujer, pero también supe que no podía tratarse de ella. Iba cubierta por un poncho negro que le tapaba la cabeza, pero por la estatura y complexión comprobé que no.

—¡Descubra la cara! —ordenó firme Jacobo.

La persona obedeció porque era apuntada por el arma de mi hermano. Al quitar la tela, nos enteramos de que era doña Antonia.

Mi madre, que estaba entre las señoras, soltó un gruñido, se levantó y fue hasta ella.

—Esperanza, lo siento mucho —le dijo la señora en cuanto la tuvo enfrente—. Dios tenga en su santa gloria a tu hijo.

Mi madre retrocedió para rechazar su abrazo.

—¿Qué quieres, Antonia? No me creo que vengas a darnos el pésame. —Sus ojos ardían en furia—. Qué atrevido de tu parte pararte aquí.

Doña Antonia se mantuvo sosegada a pesar del trato recibido.

—Comprendo lo que debes estar pasando. Perder a un hijo es un dolor que te consume. —Su mirada brilló como dos tenues velas—. Por eso, de madre a madre. —Con la palma de la mano la apuntó y luego a ella—, te pido, Esperanza, que me dejes hablar con él. —Su dedo me señaló.

Todos los presentes dirigieron su vista hacia mí y pude escuchar los cuchicheos de algunos.

—¿Para qué? —preguntó mi madre sin bajar el tono de voz.

Yo me quedé quieto porque me contrarió que la señora se arriesgara de esa manera solo para hablar conmigo.

—Para terminar con mi penitencia. —El llanto contenido la traicionó y quebró aquellas palabras—. Te lo suplico por lo que más quieras. Solo le haré una pregunta, es todo.

A mi madre le tembló la barbilla.

De reojo vi que mi padre solo parecía un espectador más. Su interés por intervenir era nulo.

—¡Lo que más quería está enterrado en el camposanto! —El coraje con el que lo dijo avivó el sufrimiento que ya habíamos aceptado—. ¡Lárgate! —Le dio la espalda.

Pero doña Antonia dio la vuelta para volver a tenerla de frente.

—Y el mío está desaparecido. —Encorvó la espalda, unió ambas manos y cerró los ojos—. Por favor, ten piedad. —Estaba a punto de caer hincada, pero mi madre lo evitó.

—Que sea afuera —le dijo severa—. Te apuras, y luego te vas. Ningún Bautista es bienvenido en esta casa, aunque sea una mujer. —

Giró a ver a Jacobo y a Paulino—. Quédense cerca de su hermano. Tienen mi permiso para dispararle si es plan con maña.

Mi madre era mestiza, pero la sangre indígena y guerrera gobernó en ella ese día.

Los cuatro salimos al terreno trasero. Mis hermanos se detuvieron a un par de metros de distancia sin soltar sus armas.

En medio de la maleza y la oscuridad, doña Antonia y yo iniciamos una rara conversación:

—Esteban —se dirigió a mí con seriedad—, tú que eres tan noble, quítame esta angustia que no me deja dormir, ni comer, ni vivir. Dime, ¿dónde está mi hija?

Ya suponía lo que iba a preguntar, pero Erlinda se encontraba bajo mi protección y hasta su propia madre podía ser de cuidado.

—No sé —dije sin añadir más.

La señora se me acercó más y me sujetó de la muñeca.

—¡Sí sabes! Aunque sea confírmame que está bien, que está sana y salva, con eso me doy por servida.

Estando así, a pocos centímetros de distancia, inspeccioné su rostro en busca de alguna marca de agresión, pero lo único que tenía eran unas grandes ojeras que la hacían ver demacrada.

—Doña Antonia, es que…

Ella cerró los ojos con fuerza y me interrumpió.

—Evelio te admiraba, decía que eras un muchacho de bien. Demuestra que lo que pensaba era cierto. —No pudo soportarlo más y se echó a llorar—. Por Dios.

Sabía bien dónde darme, y traer a colación a don Evelio me desarmó. Volteé a ver a mis hermanos; ellos no se distraían ni un poco, ni siquiera Paulino.

—Nuube' xneza (ella está bien) —le dije en zapoteco y susurrándolo de la manera menos obvia posible.

Los ojos de doña Antonia se abrieron de par en par y ahogó un grito de emoción.

—Gracias, Padre Santo, gracias —murmuró efusiva—. Y gracias a ti por cuidarla. —También volteó a ver a donde se encontraban Jacobo y Paulino, y supongo que con eso comprendió el motivo de mi hermetismo—. Yo… yo mañana me voy del pueblo. Iré a vivir un tiempo con mi hijo mayor. —Su expresión me indicaba lo que en realidad quería decir—. Cuando gustes, allá tienes tu casa.

—Entiendo. —Di por terminada la conversación—. Que tenga un buen viaje.

Traté de alejarme, pero la señora me lo impidió. Con el tirón que me dio vino el dolor de la lesión. Por poco y le reclamo, pero me contuve.

—Hay… hay una cosa más. Mi sobrina…

Pasé de la serenidad al enfado con su frase.

—He respondido la pregunta que pidió. —No estaba dispuesto a prestarle más atención—. Buena noche, doña Antonia.

Una vez más traté de dar media vuelta, y una vez más ella no me dejó. Aunque esta vez fue más cuidadosa.

—Espérate. Nada más escúchame —suplicó en voz baja y con eso logró que me detuviera con pocas ganas—. Mi sobrina no es del tipo de mujercita que se va así como así con un hombre que apenas conoce. Estoy segura de que todo es culpa de las presiones de su madre. Felicia quería que yo la convenciera de aceptar casarse con el otro difuntito. —Negó con la cabeza—. Me opuse a servirle de peón porque no me pareció un marido adecuado. —El tono de su voz se suavizó—: Yo sé cómo te sientes, pero te suplico que investigues lo que de verdad pasó. Ella te quiere mucho, está muy enamorada, me consta. No sería capaz de irse con otro sin tener un gran motivo.

Odié que su discurso avivara más las esperanzas de recuperar a la que fue mi amada.

—Doña Antonia, Amalia tomó su decisión, debo respetarla.

—Solo investiga, ¿sí? —suplicó de nuevo—. Por lo que más quieras. Es como una hija para mí. Mi difunto esposo no perdonaría que me quedara de brazos cruzados.

Dudé en decirle que mi respuesta era un tajante “no”. Podía ser cierto que algo más pasó, que por ese “algo” Amalia se vio orillada a escapar con ayuda de Nicolás. Después de todo, no era la primera vez que él arriesgaba el pellejo por una amiga.

—Lo pensaré —dije al final.

—Confío en tu buena voluntad. —Antes de retirarse, me observó compasiva—. Y mis condolencias por tu pérdida.

Para el último día del novenario ya teníamos listas las maletas. Poco a poco fuimos enviando en carretas lo que no era de primera necesidad hacia una bodega que teníamos en la capital. Nuestras casas se fueron vaciando hasta que solo quedaron los recuerdos de los tiempos en los que fuimos tan felices.

Nos preocupaba el limitado espacio de mi propiedad porque teníamos que acomodarnos cinco familias en una casa que fue hecha para una. Además, estaba también el tema de Erlinda. Mis padres desconocían que ella se encontraba allá. No sabía cómo reaccionarían con la noticia. Decidí que me las arreglaría una vez que estuviéramos fuera del pueblo y del peligro.

La idea era terminar el rezo número nueve, tomarnos un día más para hacer los arreglos finales como encargar las casas, los animales y las plantas a algunas personas de confianza, y luego partir.

La creencia de nuestros antepasados indígenas dicta que en el

noveno día, después de la muerte, es más fácil para el alma del difunto pasar de la tierra al cielo, por eso se acostumbra hacer un ritual llamado Levantamiento de Cruz, para acompañarlo en sus últimos pasos. En esa cruz que quedó clavada en su tumba iba tallado su nombre y los años 1922 – 1948. Murió mi hermano con apenas veintiséis años.

Entre mi madre y sus nueras cocinaron varios chivos para agradecer a los acompañantes. El tequila, la cerveza y la música no se escatimaron. Si íbamos a despedirlo, sería con todos los honores.

La petición de doña Antonia daba vueltas en mi cabeza. Así que, ya entrada la noche y estando medio borrachos, intercepté a Filemón antes de que se fuera a orinar detrás de un árbol.

—¡Sh, sh! —chisté—. Ven, amigo, no te vayas. Tengo que pedirte un gran favor.

Tambaleaba un poco, pero lo alcancé.

—Pero claro que sí —respondió igual o más mareado—, cuenta conmigo, amigo. ¡Qué digo amigo! —lo dijo casi gritando y se colgó de mi cuello—. Mi hermanito chulo. El güerito de ojitos coquetos. —Agarró mi cabeza con fuerza y la acercó a la suya—. Te quiero un chingo, ¿lo sabías?

Gracias a la bebida el dolor se hizo llevadero, por eso ni me quejé ante su brusquedad.

—Yo también te quiero, File. —De haber estado en mis cinco sentidos, jamás hubiera cedido a los ruegos de doña Antonia—. Por eso te voy a confiar una cosita. —Callé un segundo para respirar—. Me urge que investigues para dónde se fueron Amalia Bautista y… Nicolás Moreno.

Pensar en su nombre me provocaba arcadas.

—Perdóname que me meta, hermanito, pero ¿para qué quieres saber? —Manoteó exagerado—. ¿Le vas a pedir cuentas al prietito?

—Le voy a partir su madre a ese cabrón —respondí sin pensar porque la furia hizo de las suyas.

Filemón resopló.

—Entonces no te investigo nada. —Luego continuó caminando con dificultad.

—¡Mentira, mentira! —Lo seguí—. Es que tengo que devolverle a la damita unas cositas.

Filemón llegó hasta un árbol frondoso y allí se bajó el cierre del pantalón.

—Siendo así, déjamelo a mí. —Se señaló orgulloso.

—Te lo encargo mucho. —Me alejé cuando llegó a mí el desagradable olor.

—Tú confía —sonó extasiado—. Soy un profesional.

Un día previo a la partida planeada, algo increíble pasó. Eran pasadas las seis de la tarde. Se podía oír un tremendo barullo cerca de la casa de mis padres. Sebastián entró alarmado unos segundos después de que empezara el ruido. Sudaba a chorros y se movía nervioso.

—¿Qué sucede? —quise saber porque me asustó verlo así.

—Hay un desmadre en la alcaldía —dijo con la respiración entrecortada—. La gente está reuniéndose ahí. ¿Vamos a ver?

—¿Estás mal de la cabeza? —Me levanté rápido de la silla donde estaba sentado con el objetivo de atrancar la puerta—. Ni tú ni yo vamos a salir de aquí.

Mi hermano tenía tantas ganas que iba de un lado a otro.

—Escuché que fueron por Chito, y también por su amigo que quedó vivo… —Sebastián dudó un segundo—, y por el alcalde.

—¿Don Cipriano también? —En ese momento fue que me convencí.

—¡Sí!

—Ah, pues sí, ¡sí voy! —Recogí mi revólver y lo metí en la funda.

La interrogante que me vino a la mente fue si esa tarde se vestiría, una vez más, de rojo Carmín.

—Voy por Paulino —me avisó Sebastián mientras caminaba hacia el patio.

Nuestros padres se encontraban recostados porque los días pasados fueron en serio agotadores. Tener que atender a tanta gente en medio del gran pesar que les cayó encima los llevó a dormir más de la cuenta cuando terminó el novenario. Agradecí que no se enteraran de lo que pasaba para que se mantuvieran tranquilos.

Paulino llegó trotando veloz con la camisa a medio abrochar, y luego los tres salimos para averiguar cómo terminaba aquel barullo.

—Justo y Rufino Carrillo han pedido la cabeza del general por el asesinato de su hermano —nos contó Sebastián cuando recorríamos una larga calle que se notaba más vacía de lo normal—. Dicen que el alcalde se negó. Se esparció el chisme de que hasta pensaba liberarlo y a permitirle irse lejos, pero el pueblo ya está cansado de las preferencias del alcalde. Exigen que Chito sea juzgado por sus crímenes. Lo peor de todo es que ya confesaron dos muchachitas. Aseguran que Chito las tocó sin su consentimiento, y quien sabe qué más les hizo.

Por lo que le trató de hacer a Erlinda, no me sorprendió saberlo.

A lo lejos vimos a una decena de hombres y sin pensarlo nos les unimos. Poco a poco se agregaron más, hasta volverse una multitud de cuidado. En las expresiones de cada uno se veía una rabia incontrolable.

Llegamos por fin a la alcaldía y escuché que la gente gritaba:

—*¡Lorenzo Cruz debe ser juzgado!* —Ese era el nombre real de Chito—. *¡Lorenzo Cruz debe pagar por lo que ha hecho!*

Me estremeció la fuerza que transmitía aquella turba sedienta de justicia.

La gente exaltada tumbó la puerta con ayuda de un tronco grueso de un árbol caído.

Los hombres que resguardaban las celdas que se encontraban allí resistieron apenas unos minutos, antes de salir corriendo despavoridos.

Mis hermanos y yo navegábamos silenciosos como si de un mar de aguas violentas se tratara. Marcamos una leve distancia para ser solo espectadores porque no nos convenía hacer notar nuestra presencia.

Varios iban armados con machetes, piedras, palos y pistolas. Todos estaban tan alebrestados que no escuchaban, y seguro no comprenderían si alguien se atrevía a intentar dialogar. En menos de cinco minutos sacaron a Chito y a su compinche.

En el otro extremo, más cerca de la puerta, reconocí a Justo Carrillo, luego vi a su lado a su hermano Rufino. Ambos estaban de pie, como si fueran hambrientos verdugos.

—¡Aquí está este asesino! —les dijo uno de los hombres y le dio un fuerte tirón de cabellos a Chito.

Esos ojos oscuros, cubiertos de la maldad más pura que jamás vi, se apagaron, y en su lugar quedaron dos ojos que miraban aterrados por el inminente destino que le deparaba.

Él y su compinche fueron sujetados y, entre golpes y patadas, los arrastraron hasta la plaza del pueblo, justo a un lado de la iglesia. Nosotros fuimos detrás para ver.

Los siguieron golpeando hasta dejarlos gravemente heridos, pero ni así perdían la conciencia.

—¿Y tu suegrito? —preguntó en voz baja Paulino.

Lo mismo me preguntaba yo, pero no lo expresé. Si don Cipriano Bautista caía en las redes de esos pobladores, era seguro que terminaría, por lo menos, lastimado. Giré a los lados para ver si lo localizaba. La luz todavía seguía intensa, pero no lo vi por ninguna parte.

Las personas concentraban toda su atención en Chito y su compinche.

De pronto, alguien le cortó tres dedos de un machetazo al general. El grito que profirió cuando el filo lo cercenó fue ensordecedor. Aunque ni eso logró que me conmoviera. Para ser sincero, no me importó en absoluto su sufrimiento.

Retrocedí con la intención de volver a la alcaldía.

—¿A dónde vas? —quiso saber Sebastián—. Te lo vas a perder. —

Apuntó hacia la trifulca que no paraba.

—Voy rápido a ver algo y regreso. Ni se les ocurra meterse —los amenacé.

—¿Y a este qué le picó? —cuestionó Paulino a Sebastián.

—No sé —sonó confundido—. ¡Ah! —Resopló—. Vamos contigo, impertinente.

Mis dos hermanos me alcanzaron antes de que pudiera crear distancia. Que se me pegaran era un inconveniente. A pesar de eso, opté por continuar con la idea que tenía.

Si la gente seguía ocupada en la plaza, descuidarían la alcaldía. Así que estaría libre para nosotros.

Llegamos y la puerta tumbada nos abrió paso. Los tres preparamos las armas. Dentro era un completo desastre. Voltearon los escritorios, tiraron papeles, hasta rompieron el cristal de un bonito reloj de piso que tenía un gran péndulo dorado. En tan poco tiempo destrozaron todo. El lugar parecía vacío, pero de todos modos elegí inspeccionar.

Con pisadas cuidadosas revisamos cada espacio, ¡pero nada!

—¿Qué hacemos aquí? —cuestionó Sebastián—. Nos perdemos de lo mero bueno, ¿lo sabías?

—¡Guarda silencio! —susurré enérgico—. Si tantas ganas tienes, regrésate si quieres. —Le manoteé. Si él deseaba ver aquella carnicería, podía irse de inmediato.

No encontramos a nadie dentro, estaba vacío, o eso creímos, porque antes de que nos retiráramos, el alcalde y su asistente salieron de su escondite: se trataba de una chimenea que ya no usaban, y que taparon con una tabla. Moverla era sencillo y se disimulaba bien entre los muebles.

—¡Quieto! —le ordenó Sebastián al alcalde al reconocerlo y con el revólver lo apuntó—. Quiero verle las manos.

Él obedeció, sorprendido.

Paulino y yo también lo apuntamos. De reojo vi que al más pequeño de mis hermanos le temblaba hasta el cabello. Sostenía nervioso el arma, quizá igual como lo hice yo en el pasado.

El asistente perdió el color de la cara al vernos y se quedó pasmado. Se veía tan blanco que parecía difunto.

—Vete —le dije sin perderlo de vista. Con el revólver señalé la salida—. Y si me entero de que abriste de más la boca, te voy a buscar para pedirte cuentas, ¿estamos?

—Estamos —confirmó. Después se fue a prisa y sin voltear a vernos.

En menos de dos segundos quedamos solo los cuatro: el alcalde, mis dos hermanos, y yo.

—¡Los Quiroga! —pronunció sarcástico don Cipriano—. ¡Me

imaginé que aquí andarían! —Nos observó uno a uno—. ¿Vienen a matarme?

Para ser sinceros sí pensaba hacerlo. Imaginé que disparaba y le arrancaba la vida, así como se la arrancaron a mi hermano gracias a su incompetencia. Pero mi dedo se negó a obedecer porque pensé en la pena que los Bautista, una Bautista en específico, sufriría si don Cipriano caía.

—¿Cree que somos asesinos? —le dije.

Don Cipriano se mostró sosegado a pesar de la peligrosa situación que atravesaba.

—Parecen unos. —Exhaló y continuó igual de sereno—. Dejemos los rodeos. —Sacudió el saco de su traje porque tenía unas cuantas telarañas—. Estoy listo. —Extendió los brazos y alzó el mentón—. Es mi deseo morir como los grandes caudillos, de frente y de pie.

Sebastián reaccionó fúrico.

—¡Usted no es un caudillo, ni siquiera es honorable! —le reclamó alzando la voz.

Él estaba a punto de disparar, lo sabía, así que me interpuse antes de que lo hiciera. Mi hermano no tenía por qué cargar con una muerte en su consciencia.

—Pero nosotros sí —intervine y di un nuevo vistazo al lugar—. ¿Hay otra salida?

Pude escuchar un quejido que salió de alguno de mis dos hermanos; fue uno de incredulidad.

—No —respondió a secas el alcalde.

El reloj roto todavía servía y me di cuenta de que el tiempo apremiaba.

—Van a venir por él cuando terminen con los otros dos —dijo Sebastián. Buscaba hacerme a un lado, sin éxito—. Hay que adelantarnos. —Me observó pensativo y sus ojos se humedecieron—. Por Rogelio.

Negué con la cabeza. Recordar aquel día me caló hondo.

—Él no presionó el gatillo —le rebatí con la mandíbula endurecida.

—¡Pero dejó el camino libre a quien sí! —Allí fue cuando Paulino salió de su estupor. Lo que pronunció salió como si le ardiera la garganta.

Yo tenía la obligación de convencerlos si buscaba evitar más desgracias. Así que me puse recto y los encaré.

—Si lo matamos, solo nos volveremos lo que dice que somos. Nuestras manos se mancharán. —Levanté ambas manos con el dorso hacia ellos—. Y nos buscarán por el resto de nuestras vidas. Quiero poder dormir sin tener miedo de ser encontrado. —El corazón se me estrujó por lo que iba a decir—: Rogelio tenía la posibilidad de matar

a Ciro, pero no lo hizo. Él se equivocó y aprendió de su error. —Primero contemplé a Sebastián y después a Paulino, e hice un esfuerzo para verme controlado—. Sus fallas le servían para enseñarnos a no cometerlas.

—¿Quién se supone que nos va a buscar si ya no le quedan aliados? —Sebastián no parecía dispuesto a comprender.

Deseé poder golpearlo para que analizara las consecuencias que habría si le dejaba el camino libre para disparar.

—Acuérdate que tiene cinco hijos varones.

—Son unos niños —se burló como si yo fuera un tonto.

—Ni tanto —dijo Paulino, pensativo—. El mayor, el que se llama Lucas, ya tiene catorce o quince. ¿Sabían que lo apodan "el diablo"? —Hundió los hombros—. Por algo será.

—Esos niños crecerán —continué—, y se van a convertir en cinco hombres que querrán la venganza si les quitamos a su padre. Esto no tendrá fin. Nuestros hermanos tienen familia, hijos que proteger. Nosotros algún día también los tendremos. Ya hay una viuda entre nosotros, no propiciemos que haya más.

Sebastián crujió los dientes y nos observó varias veces.

—¡Está bien! —Por fin bajó despacio su arma—. De todos modos, alguien más le disparará, tarde o temprano.

Sentí alivio cuando su brazo descendió por completo.

—¿Esa ventana se puede quitar? —Me acerqué al ventanal que daba a un lado de la calle. Por suerte no había ninguna persona merodeando.

—No sé —dudó el alcalde—. Tal vez sí.

Entre los objetos tirados encontré un pesado pisapapeles y se lo entregué a Paulino. Yo no tenía la fuerza suficiente todavía.

Él comprendió y de inmediato le dio tres golpes al vidrio, pero solo lo estrelló. Cedió hasta el cuarto intento.

—¡Váyase! —Me hice a un lado para que él saliera por el hueco —. Es todo lo que puedo hacer. Lo demás ya verá cómo lo resuelve.

Don Cipriano se apresuró a subirse a una silla para poder saltar. Antes de dar el brinco, nos miró por un instante, como si con eso mostrara agradecimiento.

Lo siguiente que pasó fue que salimos veloces de allí. Lo que menos buscábamos era ser cómplices de un fugitivo.

Regresamos a la plaza para despistar a los pobladores. Yo sabía bien que nos encontraríamos con un escenario escalofriante, y no me equivoqué.

La gente armó una hoguera con grandes trozos de madera. El olor de la carne humana quemándose no se parecía al de los animales, era distinto. Incluso el humo se veía más blanco. Me asqueé al ver los cuerpos derritiéndose como insignificantes velas.

Así murió Lorenzo Cruz, alias Chito, linchado por un pueblo que él mismo azotó con su perversidad, quemado como hechicera en tiempos de cacería.

El júbilo que rodeaba la hoguera causó un fuerte impacto en mí; uno que se clavó en mi mente hasta el día de hoy. Todavía puedo recordar con claridad aquellas sonoras risas, el calor de las llamas consumiendo los órganos hasta llegar a los huesos, el infierno que ascendía para demostrarnos que la humanidad estaba condenada.

Al día siguiente el cartero tocó muy temprano a la puerta. El destinatario era yo. Mi padre llevó la carta hasta el cuarto donde me mantuve en vela.

Era Acacio quien escribía. Procedí a leerla porque me inquietó que tuviera malas noticias sobre Erlinda:

Patrón, le mando los informes de las ventas. Han estado un poco bajas, pero confío en que mejorarán en diciembre que llegan más modelos… En la tercera hoja encontrará una nota que su socio me pidió que le hiciera llegar…

Rápido salté hasta esa hoja porque yo no tenía socios.

Con una bonita caligrafía, venía escrito:

Estimado ingeniero Quiroga:

Agradezco sus amables atenciones para mis intereses. Es mi deber informarle que iré a revisar mercancía al norte del país. Todavía no tengo una fecha de regreso. ¿Sería mucha molestia que le notifique de mi viaje al otro socio? Por las prisas me es imposible hacerlo yo. Espero que los negocios que fue a realizar se hayan cerrado favorablemente. En cuanto quede instalado por allá, le enviaré más información.

No tenía firma, pero lo comprendí.

Que Erlinda tomara esa decisión era inesperado porque una mujer sola siempre corría riesgos, pero también me alivió ya que mi casa quedaría por completo disponible. Por lo menos tenía una preocupación menos.

Lo sucedido en la plaza se supo en todos los hogares. Era la comidilla del pueblo. Supe que así fue porque Filemón llegó tan solo media hora después que el cartero.

Pidió hablar con Sebastián y conmigo, lo atendimos en la sala, y allí se tomó el tiempo para darnos un detallado resumen de los hechos.

—Todavía no quitan los cadáveres —narró Filemón, efusivo. Después hizo una mueca de asco—. ¡Qué feo debe ser morir así! Pero

se lo merecían, ¿no creen?

Aunque se escuche horrible, sonreí un poco porque no tuve que mancharme las manos para que Chito pagara por lo que le hizo a nuestra familia, y a muchas otras.

Ninguno preguntó sobre el paradero del alcalde y Filemón tampoco lo mencionó.

—Amigo —lo interrumpió Sebastián—, te agradezco que nos platiques, pero pronto será hora de que nos vayamos y nos falta hacer los últimos equipajes.

—¿Ya se van? —Hizo un puchero—. ¡Ay, no! Quédense unos días más.

—No se puede —mi hermano respondió, más serio de lo normal —. Solo estamos esperando la carreta que rentamos.

—Te encargo a mi Genovevo —le recordé porque él aceptó cuidar la casa de mis padres y la de Rogelio—, y a los otros caballos. La yegua está cargada, así que consiéntela. Mandaremos tus pagos cada mes como acordamos.

Filemón se levantó. Lo secundamos porque teníamos que tener todo listo.

—Ni hablar. —Extendió los brazos—. Los voy a extrañar muchísimo.

Primero abrazó a mi hermano. Ellos eran grandes amigos, de esos que son fieles a pesar de todo.

—Yo voy a extrañar estar siempre bien informado —le dijo Sebastián y con eso los tres reímos—. Nos volveremos a ver más adelante, estoy seguro.

—Eso espero. —Se soltaron y me tocó el turno de ser abrazado, aunque fue uno más breve, se sintió reconfortante—. Tengan buen viaje. —Antes de que se retirara de la sala, regresó a verme—. Ah, Esteban, ¿me regalas un minuto?

Sebastián se fue directo a su habitación, imagino que todavía tenía pertenencias que empacar,

—¿Qué pasó?

—Ya te tengo el encargo —habló con voz más baja.

—¿Cuál encargo? —No comprendía a lo que se refería.

—¿Se te olvidó? —Giró a ver hacia las habitaciones y luego volvió a verme—. La dirección que buscabas, la que te pidió una conocida tuya —dijo entre dientes.

El recuerdo de lo que le pedí estando ebrios regresó a mí.

—¡Ah, sí, sí! Disculpa, estaba distraído con tantos pendientes.

Filemón se me acercó un poco. Parecía misterioso, o quizá temeroso.

—Prométeme que no harás una locura.

Alcé la mano izquierda que por eso días usaba mucho más.

—Prometido.

Del bolsillo de su pantalón sacó un papelito mal cortado.

—Aquí la anoté. —Me lo entregó discreto— Fue fácil dar con ella, ni siquiera se esconden bien.

Una punzada en el estómago me atacó. Los nervios luchaban por controlarme, pero esos tiempos en los que temía tanto quedaron en el pasado.

—Te agradezco, de verdad. —Estreché su mano—. Cuídate.

—Ustedes también.

—Suerte con Chavelita —le deseé sincero.

Me quedé quieto, viendo como se iba el buen Filemón y con el papel apretado en un puño. Por un instante contemplé hacerlo pedazos y olvidarme de que existía, pero, si quería continuar, tenía que darle un cierre a aquel amor que tanto me hizo sentir.

Abrí el ingrato papel y lo leí. «¡Debí saberlo!», me dije, decepcionado.

Sin pensarlo más, ensillé lo más rápido que pude a Genovevo y lo monté. El dolor de la herida persistía, aunque ya podía soportarlo.

Mi madre me vio en el patio mientras, supuse, se despedía de sus plantas.

—Casi es hora de irnos —gritó enérgica—. ¿A dónde vas? Inconsciente, te vas a lastimar.

—Regreso en una hora —le avisé en la distancia—. Tengo que cumplir con un favor que me pidieron.

—Por lo menos come algo.

—Cuando regrese. —Conduje a Genovevo hasta la cerca e hice que la saltara. No tenía tiempo para dar explicaciones.

Controlar al caballo con una sola mano no fue tan difícil como pensé. Por ratos logré apoyarme en la silla.

Llegué al destino en solo veinte minutos. Fue allí donde comencé a sentirme asfixiado. Era como respirar aire falso.

La casa que buscaba se hallaba a cinco calles de la entrada. Solo bastó con preguntarle a un señor que pasaba cerca para ubicarla bien.

Me quedé observándola un rato. Era grande, justo como imaginé. Después de todo era el hogar de comerciantes estables.

Bajé de Genovevo y, luego de un debate interno, decidí tocar. Me conducía la urgencia de verla. Tenía que valer la pena el atrevimiento.

Fue una señora regordeta quien atendió.

—¿Sí? ¿En qué le puedo ayudar? —preguntó cortés.

Aclaré discreto la garganta para sonar convincente.

—Busco al señor Moreno.

—Pase, joven. —Abrió su puerta para que entrara y me invitó a sentarme en un sillón de madera que había en el recibidor—. Dígame, ¿a cuál de los señores Moreno busca? —La amabilidad con la que me

recibió me desarmó. Esperaba un trato hostil, adecuado para sostener mi postura de hombre ofendido.

—A Nicolás. Busco a Nicolás Moreno. —En la pared reconocí una pintura del desgraciado traidor—. Soy uno de sus clientes.

—Discúlpeme, es que salió. Ni mi esposo ni mi hijo están. Fueron para la capital y van a tardar como una semana en regresar. ¿Quiere dejarle un mensaje? Con gusto se lo paso.

Me contrarió saber que Nicolás no estaba, pero tenía que hacer un último intento para conseguir lo que fui a buscar.

—¿Y su señora? —traté de escucharme relajado—. ¿Podría saludarla? Me gustaría tener esa cortesía al menos.

Por la manera en que la señora se comportaba, casi puedo asegurar que desconocía lo que su hijo hizo.

—Ahorita le llamo, joven. ¿Gusta algo de tomar?

—Estoy bien. Gracias.

Respiré hondo y me preparé para lo que venía.

—¡Amalia! —gritó su nombre—. Ven, por favor.

—Voy en un momento.

Allí estaba la voz que tantas noches anhelé escuchar.

Reconocí sus pasos en la escalera, inconfundibles. Me aferraba a la idea de que todo era una farsa, pero no, ¡era real! Sí era ella, a la que consideré mi estrella, la que bajó con su delicado caminar y su llamativa presencia.

—Este muchacho es comprador de Nico y quiere saludarte —le avisó la señora.

Amalia abrió sus ojos de par en par cuando me reconoció.

Aunque costaba trabajo, la miré de frente.

—Sí —dijo con esfuerzo y sonrió para despistar a la madre de Nicolás—, está bien. Yo lo atiendo. Vaya a descansar.

—Te voy a hacer caso, niña, es que me duele la cadera como no sabes. Invítale un tecito, aunque sea.

La señora subió despacio las escaleras, y cuando una puerta se cerró, Amalia cambió la expresión por una de enojo.

—¡Por dios! —Se tocó la frente y dio varias medias vueltas—, ¿qué haces aquí?

Olvidé todas las palabras que planeaba decirle. Solo podía pensar en su traición.

Me puse de pie para hablarle cara a cara.

—He venido por encargo de alguien que te busca.

—¿Quién? —Pero pareció no interesarle lo que le dije.

—Tu tía Antonia. Está muy preocupada. —Cuando mencioné el nombre, volteó a verme. Supongo que la alivió saber que doña Antonia estaba a salvo—. Se mudó del pueblo por su seguridad. Le informaré que te encuentras bien. Más que bien —Levanté las cejas—,

por lo que puedo ver.

—Lo estoy. —Se atrevió a sonreír—. ¿Eso era todo?

Mi mente decía que me fuera, que saliera con la poca dignidad que quedaba, pero mi cuerpo se negó a obedecer.

La jalé del brazo cuando trató de apartarse.

—¡No, no es todo! —solté directo. Reconozco que hasta la agité un poco, aunque yo mismo me hacía daño—. Amalia, dime a la cara por qué me engañaste.

Ella lucía asustada, aunque ni eso me detuvo.

—Debes irte —pidió y trató de soltarse.

—Primero respóndeme. —Volví a atraerla hacia mí—. Quiero saber, necesito saber, por qué Nicolás Moreno.

A pesar de que no podía comprobarlo, sabía que mis ojos se encontraban enrojecidos, ardiendo de furia y decepción.

—Hasta donde sé, no tengo que darte explicaciones de lo que hago con mi vida.

Con el jalón que le di terminamos tan cerca que percibí su perfume, y su cálido aliento llegaba hasta mi cuello.

—¿A que estabas jugando? —Hacía un tremendo esfuerzo para retener las saladas lágrimas porque no estaba dispuesto a humillarme más—. Jugaste conmigo, y yo te amaba.

—¿Jugar? —bufó—. No, no jugué a nada. Las cosas se dieron así.

—Me traicionaste con él. —Toqué su hombro que estaba descubierto por la blusa que tenía puesta—, ¡con nuestro amigo! —Vi que con mi roce cerró los ojos un instante—. Solo busco comprender por qué aceptaste irte con él y no conmigo. Hasta lastimaste a Celina.

Cuando escuchó el nombre, se echó para atrás y esta vez logró zafarse.

—¡Celina, Celina! —Me dio la espalda y después regresó a verme —. ¿Tanto te importa Celina? —Alzó la voz al preguntar.

—Era tu amiga —le recordé—. Ella es buena y mancharon su reputación con lo que hicieron. Ahora ningún hombre la querrá como esposa.

En el pueblo, si una mujer era dejada por su prometido solo podía significar dos cosas: que descubrió que ya no era virgen, o que con el trato la consideró indigna para el matrimonio por otra razón. En cualquier caso, que le volvieran a pedir la mano se volvía difícil de lograr.

—Si tan buena es, ¿por qué no vas y te casas con ella? —Extendió un brazo que por poco me golpea en el pecho—. ¡Ándale, ve y pídele matrimonio! A lo mejor con tan buena mujer no dudas tanto.

Comprendí, gracias a sus palabras, varios comportamientos que en su momento pasaron desapercibidos.

—Por eso tenías celos de Celina, ¿verdad? —le reclamé—. Porque

querías a su prometido. —Reí con amargura—. Al final sí se lo quitaste.

Lo que le dije le molestó, lo supe por el gesto que hizo, de desprecio.

—¿Quieres oír la verdad?

—La merezco, ¿no crees?

Ella tocó su vientre un breve instante, luego comenzó:

—Nicolás y yo nos enamoramos.

Su confirmación se enterró en mi corazón como si fueran mil espinas, hasta que lo dejaron desangrado, inútil, muerto.

—Ninguno lo planeó, pero pasó —continuó—. Esteban, a ti nunca te quise. Antes de la noche en la que me acompañaste a mi casa ni siquiera me gustabas. Tú nada más eras una salida segura de mi casa. Se suponía que me darías las comodidades que buscaba, pero no funcionó, y encontré a alguien que sí está dispuesto a cuidar de mí.

De todo lo que supuse que diría, aquello fue lo que no consideré. Y sí, me terminó de quebrar.

—No te creo —susurré y bajé el rostro—. Es que no…

—Pues créelo. —Sus ojos, esos ojos que pensaba que eran tan hermosos, se concentraron en mí—. porque es la verdad.

Tuve que tomarme más de un minuto para reponerme y ser capaz de decirle lo que pensaba:

—Entendí tarde que fallé, perdí mi oportunidad de llevarte conmigo… No me malinterpretes, no busco convencerte de nada, pero siento la necesidad de decírtelo porque es… —Ahogué un quejido— doloroso.

—Se te pasará. Estarás bien, como antes de conocerme.

La pregunta que me daría la estocada final salió directa:

—¿Piensas casarte con él si te dan el permiso?

—Sí, lo haremos si mis padres aceptan. Aunque pienso que un papel no importa tanto, lo que importa es lo que sentimos el uno por el otro. —Cambió el tono de su voz por uno más grave—. Ya soy su mujer, ¿entiendes? ¡Su mujer! —confesó, y las palabras las pronunció despacio—. No hay marcha atrás.

—Comprendo —apenas pude decir.

—Lo nuestro se terminó desde hace meses. Tú y yo ya no podemos estar juntos, ni hoy, ni nunca. Que no respondiera tus cartas fue suficiente para que lo entendieras. —Fue hasta la puerta y la abrió —. Te pido que te vayas y me dejes en paz. No vuelvas a buscarme o voy a tener que correrte de otra manera.

Caminé derrotado hacia la salida.

—Descuide, no será necesario, señora. Lamento haberle quitado su tiempo.

—Pase buen día, señor Selso. —Luego cerró la puerta.

Lo siguiente que pasó viene a mí en fragmentos. Recuerdo que regresé a la casa de mis padres, que se subieron a la carreta todos mis hermanos con sus respectivas familias y mis padres, que transbordamos en el tren, que llegamos a mi casa y nos acomodamos donde pudimos.

Todo lo hice como si no fuera yo, como si actuara por inercia.

Incluso se borró de mi mente cómo terminé dos días después en el burdel refinado al que Ermilio me llevó.

—Yo a usted lo recuerdo. —La señora Victoria me recibió en su establecimiento—. La última vez no fuimos de su complacencia. ¿Decidió darnos otra oportunidad?

No vacilé. Fui en búsqueda de una mujer y la quería a la brevedad.

—Así es.

Victoria tomó mi brazo para llevarme al área de las mesas.

—Puedes bienvenido, de nuevo. Dígame, ¿tiene alguna preferencia?

—Que sea de piel morena clara y con cabello largo. Si se puede, que también lo tenga medio ondulado.

—Qué específico. —Pareció un poco sorprendida—. No se preocupe, tenemos lo que pide. En un momento lo atienden. —Apuntó hacia la barra—. Mientras, por favor, pida una bebida de cortesía, por las molestias pasadas. —Hizo un guiño antes de desaparecer de mi vista.

La dama que solicité llegó un par de minutos después. No tenía tiempo ni ganas de mantener conversaciones previas. Pedí ir directo a la habitación.

Esa amarga noche fue con una desconocida con la que tuve mi primera vez.

Tu recuerdo y yo

El tío Vicente siempre sí se fue al norte con toda su familia. Él también sabía que regresar al pueblo sería un imposible. No mientras siguieran ahí los Carrillo y los Bautista; al menos los que quedaron.

A pesar de que mi casa contaba con habitaciones, todos dormíamos amontonados en el salón que sería para fiestas o reuniones. Nos acomodábamos allí, entre catres, colchas y conversaciones donde nos conocimos más a pesar de ser familia. Creo que eso fue lo que sostuvo a mis padres el primer mes, lo que los mantuvo cuerdos. Perder a su primer hijo los rompió. Mi padre fue a quien más afectó; o eso dejó ver. Comía poco, hablaba solo cuando se le interrogaba de manera insistente, y hasta dejó de lado el negocio. Mi madre era más discreta mientras lidiaba con el dolor, pero me daba cuenta que por ratos se quedaba observando hacia la ventana, inexpresiva y con la vista perdida.

Pía, por su parte, se encerraba sola en una recámara por las tardes. Varias veces la vi llorando y tocando su vientre que con el paso de los días crecía.

Gerónimo, Jacobo, Anastasio, Sebastián, Paulino y yo éramos seis hermanos a los que siempre les faltaría el mayor. Rememorar todas esas veces que nos decía las cosas como pensaba nos regresaba al pasado. Aprendimos mucho de él y sabíamos que jamás podríamos agradecérselo. A pesar de eso, por ratos volvían las ganas de reír, las bromas entre nosotros, la emoción de las buenas noticias.

El compartir un café con pan en las mañanas se convirtió en una agradable rutina que nos daba un cálido respiro a todos.

Cuando caía en la cuenta de la ausencia de Rogelio, se me iba el aliento y mis ojos ardían, pero me recordaba que mi madre creía que al fallecer no dejamos de existir, tan sólo emprendemos un viaje a otro destino.

Pienso que las visitas y los consejos de Florencio sirvieron para que no ahogara mis penas en el alcohol. Hice lo mismo con él. Lo tranquilizaba y le recordaba que Erlinda volvería a visitarlo en cuanto ella lo considerara prudente. Si bien Chito murió, don Cipriano seguía vivo y no sabíamos que continuaba con su búsqueda.

De pronto yo tenía la obligación de alimentar muchas bocas. Mis hermanos se quedaron sin sus sustentos, así que fui el único que

conservó el suyo. Y también urgía que me aceptaran la tesis. El director se encargó de avisarme, cuando fui a una revisión, que ya solo contaba con un mes para titularme porque me consideraba “un caso especial”, de lo contrario tomaría medidas drásticas conmigo. Era imprescindible aplicarme en ambas tareas.

En los momentos cuando sentía que me fallaban las ganas de despertar y que me contrariaba tener tantas responsabilidades, corría a consolarme en los brazos de cualquier mujer que recibiera un pago por ello. Así, sin más compromiso que un intercambio que terminaba unas cuántas horas después. Sin preguntarnos los nombres o salir a pasear, solo era deseo carnal y nada más.

Sebastián, por el contrario, llegaba borracho cada vez más seguido y de madrugada. Despertaba a los niños, hacía llorar a la bebé de Anastasio con sus gritos, dormíamos mal por su culpa.

Una de esas parrandas, mi madre por fin lo confrontó, ya que a mi padre parecía no importarle reprenderlo.

Gozábamos de luz eléctrica, así que interactuar de noche se volvía mucho más sencillo.

—¡¿Qué chingados te pasa?! —escuché que le recriminó severa—. ¿Piensas hacernos pasar otra mala noche?

Eran más de la una y yo estaba todavía despierto haciendo unas últimas correcciones de mi trabajo. En cuanto supe que había problemas, me acerqué con pasos ligeros.

Anastasio también lo hizo. Supongo que buscaba evitarle otro incómodo despertar a su hija.

Los dos se encontraban parados en el umbral de la puerta.

—Tranquis, mamita —trató de calmarla Sebastián, aunque se notaba a leguas que bebió más de una copa—. Solo estoy alegrando esta casa tan aburrida —su tono de voz era demasiado alto y extendió los brazos al decirlo.

—Ninguno va a soportar más de tus desmadres. Entiéndelo de una vez. —Con su cuerpo evitaba que entrara al pasillo—. O te mando a dormir al patio a ver si así aprendes. La bebé es la que peor la pasa.

—¿Y a mí que me importa? —Su respuesta nos sorprendió a los tres.

—¡Sebastián! —lo reprendió mamá—. ¡Respeta a tu hermano!

Él la observó altivo.

—¿Quién me va a regañar? —la retó, y sus ademanes también lo hacían—. Rogelio ya no está, papá parece que también se murió. ¿Quién le sigue? ¿Gerónimo? —Resopló burlón—. Ese es un pendejo infiel que lo único que le importa es cogerse a cuanta prostituta encuentre —lo dijo gritando, supongo que con la intención de que él y su esposa oyeran. Después se giró a ver a Anastasio y lo señaló—. A ti te controla esa mujercita tan chiquita.

—¡Cállate ya! —Mi madre trató de silenciarlo, sin éxito.

Sabía que iba mi turno porque me miró directo.

—Y tú, eres un rogón sin orgullo pocos huevos. ¡Ja! —Se tambaleaba, pero con su dedo volvió a señalarnos uno a uno—. Ninguno aquí tiene cara para decirme lo que debo o no debo hacer.

—Yo sí. Soy tu madre y puedo darte ahorita los chanclazos que te hicieron falta. —Por un segundo creí que le propinaría una buena bofetada porque la vi alzar una mano que acercó demasiado a su rostro.

—Mamacita —sonó más conciliador y hasta la sostuvo torpe de los hombros—, cálmate, si solo me estoy divirtiendo. ¿Qué no ves que me siento solo? —en ese momento su voz se quebró un poco.

—Entonces busca una esposa y no una botella.

Sebastián sonrió con amargura e incluso su expresión cambió.

—Pero si ya tengo, nomás que no la vas a querer.

Mi madre se quedó callada un instante.

—¿Cómo dices? —le preguntó entre dientes.

Era mi turno de intervenir porque conocía el secreto que mi hermano juró guardar. Me acerqué a ellos y traté de llegar a Sebastián, pero mi madre no se movió de su lugar.

—Mejor déjalo que se vaya a dormir —dije cerca de los dos.

—¡Quieto! —ordenó mi madre y sentí su toque en mi vientre. Después volvió a encarar a Sebastián—. ¿Quién es y por qué piensas que no la voy a querer?

En la cara de mi hermano reconocí el mismo tormento por el que yo también pasé meses atrás.

—Es una mujer de esas de las que ya no hay —dijo convencido de cada palabra—. ¡Pero no! —Manoteó—, tú vas a encontrarle todo lo malo, como haces con cada una de las nueras.

Una vez más intenté acercarme a él para impedir que continuara hablando, pero un jalón del brazo me detuvo.

—Quieto dijo. —Era la voz serena de Anastasio—. Yo también quiero saber.

Aun en mi posición, contemplé a Sebastián. Que confesara en el estado en el que se encontraba iba a desencadenar una discusión mucho peor. Por dentro rogué que él comprendiera lo que trataba de decirle con solo una mirada.

—Me voy a dormir —esquivó la pregunta—. No queremos despertar a tu bebé chillona —se dirigió a Anastasio.

Sentí un gran alivio.

Con cuidado hizo a un lado a mamá y entre tumbos se coló al recibidor. Aunque, conociéndola, ella no estaría dispuesta a dejar pasar semejante declaración.

—Mañana hablaremos largo y tendido de esto —le advirtió con

esa voz que pocas veces usó en el pasado y que nos inquietó cuando éramos niños.

—Si, sí, lo que pidas. —Sebastián ni siquiera se giró a verla y continuó caminando con tal torpeza que por poco se resbala—. Buenas noches —dio por terminado el encuentro.

Al menos mamá consiguió que aquella madrugada pudiéramos dormir sin sus incómodas interrupciones.

Me desperté antes que los demás. Calculaba que eran las cinco de la mañana, tal vez un poco más temprano. Por esos días mi mente jugaba malas pasadas y hacía que los viera, a los dos, Amalia y a Nicolás, siendo felices, compartiendo el desayuno o platicando de su día; teniendo lo que yo quería tener.

Traté de conciliar el sueño una vez más, pero no lo logré.

Resignado, decidí levantarme para olvidar el mal rato y para no importunar a ninguno. Despacio crucé todo el salón. El frío en esa ciudad era mucho peor que en el pueblo, así que teníamos que arroparnos con dos o tres colchas para mitigarlo. Antes de salir, dispuesto a tomar agua o quizá leche, noté que Sebastián, quien se encontraba acostado en una esquina alejado de los demás, movió un brazo.

Llegué a su lugar lo más silencioso posible.

—¿No puedes dormir? —le pregunté susurrante.

Él negó con la cabeza. Se le notaba a leguas el malestar que deja la juerga.

—Vente, vámonos para otro lado.

Ayudé a que se levantara con el objetivo de acostarlo en la cama que tenía en una habitación. Antes de llegar tropezamos dos veces y estuvimos a punto de caer, pero logramos resistir. Una vez adentro, lo senté en la silla que usaba para trabajar.

—Mamá no tarda en levantarse —advertí porque sabía bien lo que le iba a pasar—. Hace rato por poco y abres la boca de más. ¿Sí te acuerdas de eso?

Mi hermano se encontraba medio atontado, pero comprendió.

—Sí… sí —respondió mientras cabeceaba—. Me va a torturar para que le diga todo, ¿verdad? —Se cubrió la cara y se la restregó fuerte—. ¡Maldita sea! —Reaccionó entre preocupado y enojado—. ¿Qué voy a hacer?

Quizá él engañaba a mis otros hermanos, incluso también a nuestros padres, pero a mí no.

—Sebastián —le dije serio—, ¿por qué bebes tanto? Sé que en el pueblo lo hacías, pero aquí te estás pasando. Te lo preguntaré solo una vez y me gustaría que fueras sincero. —Exhalé porque meterme en la vida privada hasta de mis hermanos era embarazoso—: extrañas a la

señora, ¿verdad?

—¡No! —se apresuró a responder, aunque no me miró a los ojos.

—¿Seguro? —insistí.

Sacudí un poco a mi hermano para que despabilara.

—Nomás te vas a burlar —me dijo después y sonó avergonzado.

—No, no. No me burlaría de eso. —Claro que sería incapaz de burlarme de lo que estaba pasando porque yo mismo luchaba contra mis propios dolores del corazón—. Dime, ¿te enamoraste de doña Alfonsina?

Él primero negó, aunque no pareció convencido.

—A lo mejor… —Se restregó los ojos—. No sé… —En ese momento creo que se le bajó de golpe la borrachera porque habló mejor—: Lo que sí sé es que me arrepiento de haber despreciado al hijo que lleva dentro. —Su barbilla tembló con tal confesión—. ¡Soy un asco por haberlo negado!

Lo que sospechaba era verdad. Sebastián se encontraba sufriendo mal de amores.

—¿Quieres ir a verla? —dije directo. Andar con rodeos era innecesario.

—Es que la partera dice que le faltan dos meses. Me preocupa que está sola. Sus amigas ya no le hablan porque la creen una… —dudó—. Tú ya sabes qué. —A señas dibujó un vientre abultado sobre él—. Pienso que con la panza a lo mejor le cuesta trabajo hacer cosas, como bañarse o prepararse de comer… Qué tal y quiere bajar algo que está muy arriba y se cae. —Tocó su frente—. Paso todo el tiempo pensando en que la dejé a su suerte.

—Entonces, deberías ir a buscarla.

La señora Alfonsina podía ser su madre, pero si era a quien él quería, ¿qué más daba?

—Doña Esperanza va a maldecirme por lo que hice. Ella nunca los aceptará.

Mi madre de seguro lo juzgaría y lo reprendería todas las veces que fueran necesarias, pero seguro terminaría por asimilarlo.

—¿Vas a pedir permiso? ¿Pediste permiso para meterte con su amiga? ¡Ridículo! Lávate la cara con agua bien fría y vete. Te cubriré.

Sebastián se levantó. Parecía confundido.

—¿De verdad? —me dijo apenas audible.

—Sí. —Alcé un dedo—. Aunque tengo una condición.

—¿Cuál?

—Que no te quedes en el pueblo. Si lo haces, te pondrás en riesgo. ¿Entiendes? —De ninguna manera podía lanzar a mi hermano a los lobos.

—No pensaba poner un pie allá. Alfonsina tiene una propiedad en otro lado, se la dejó su difunto marido. Hace tiempo me propuso que

viviéramos juntos allí.

—Si tu deseo es tomarle la palabra, hazlo. Yo me encargo de nuestros padres.

—¡¿Es en serio esto que dices?! —seguía incrédulo. Sospecho que esperaba un largo discurso de por qué tenía que olvidarla y buscar a una señorita de su edad.

Me planté frente a él y lo agarré de los hombros.

—Date prisa porque mamá no tarda en despertar, y al primero que va a buscar es a ti. Te daré dinero para el viaje. —Saqué unos cuantos billetes de mi cajón y después apunté en una hoja que tenía sobre el escritorio—. Antes de que vayas por la señora tienes que pasar al negocio. Entrégale esto a mi ayudante. —Le di el papel—, se llama Acasio. Él te dará más dinero. Será suficiente para que vivas bien unos dos meses, para el parto y, si te organizas, para que compres las cosas que necesitará el bebé. —Debido a la situación que atravesábamos como familia, se volvía imposible mantener a dos personas más—. Pero debes buscar trabajo. Un trabajo de verdad, Sebastián. Un hijo es una gran responsabilidad.

—Sí, sí, buscaré, lo prometo. —Se emocionó—. Gracias, Esteban. —Me dio un rápido abrazo—. Y perdóname si alguna vez te subestimé y me metí en tu vida. Prometo jamás volver a hacerlo.

—¿Qué significa eso? —quise saber porque llamó mi atención lo último que dijo.

—Nada, nada —esquivó—. Es que sigo mareado. Mejor sí me apuro.

Mi hermano se fue, igual como lo hice yo cuando tomé la decisión de ir por Amalia, con solo una maleta y las ilusiones de volver a verla. Deseé que para él las cosas salieran mucho mejor.

Que Sebastián se marchara fue una noticia que causó poco impacto en casa. Supongo que ya lo veían venir. A mis padres les expliqué que decidió buscar a su enamorada y que más adelante se encargaría de darnos todos los detalles.

Mi madre trató de sacarme más información, pero no estaba en mí el brindársela. Lo que la dejó tranquila fue saber que su atrevido hijo no pisaría el pueblo en el que perdió al mayor.

Dos semanas más pasaron entre viajes hasta la universidad, abundante trabajo en el negocio y largos desvelos. El revisor de mi tesis decidió que torturarme con insignificantes errores era una buena idea. Incluso tuve que rescribir una página entera por una falta ortográfica.

Era ya diez de enero y yo seguía sin una fecha de titulación. Me sentía agotado con el tema.

Mi cuerpo temblaba cada vez que el revisor le daba una leída a

los cambios solicitados.

Ese día me encontraba en su escritorio. El profesor mantenía la vista puesta en el papel. Sabía que venían más correcciones, ¡pero algo distinto sucedió! ¡Él firmó! Ni siquiera hizo un comentario extra, solo dibujó su elegante firma en el documento. ¡No podía creerlo! La aceptación quedó plasmada y con ella llegaron las ganas de llorar. Tanto que puse de mí para lograrlo, valía la pena una lagrimita, o dos.

—Vaya con la secretaria para que le dé fecha —me dijo a secas— Le voy a informar al director que el señorito por fin se dignó a terminar. Vaya, vaya. Manoteó—, porque hay muchos esperando.

—Gracias por todo —le dije sincero.

Supongo que lo conmoví, porque por primera vez conocí su sonrisa. Apenas las comisuras de sus labios se elevaron, pero el gesto bastó para mí.

—De nada, ingeniero. —Asintió en señal de respeto.

Conmocionado fui directo con la secretaria para pedirle lo solicitado.

El pasillo de la escuela se volvió más brillante. La vida se volvió más llevadera; por lo menos en ese rato.

Al llegar, descubrí que la secretaria que conocía ya no estaba. En su lugar encontré a una mujer joven, quizá de unos veinticinco años. A mi juicio, era atractiva, y su perfume se podía oler desde antes de llegar al escritorio. Ella se mantenía escribiendo en una ruidosa máquina de escribir.

Extendí la hoja con la firma para que me prestara atención. Cuando notó mi presencia, recibió el documento.

—Tengo la agenda llena —dijo mientras daba vuelta a las anchas hojas del cuaderno—. ¡Oh!, esta no está apartada. —Pareció confundida y escuché que balbuceaba, como reprendiéndose. Después empezó a escribir—. Te toca el jueves veinte de enero. Debes estar listo a las siete de la mañana, bien presentable.

Yo no podía ni hablar por la emoción.

—¡Lo felicito! —¡Volteó a ver mis papeles antes de regresármelos —, señor Selso!

¡Señor Selso! Desde que Amalia se despidió de mí de esa manera, comencé a aborrecerlo todavía más. Sabía que quedaría marcado cuando alguien osara usarlo, la recordaría sin buscarlo. Vendría a mí con algo tan sencillo como mi nombre.

Durante el viaje de vuelta a casa la pasé ensimismado. Sonreía de pronto y hasta aplaudí una vez. La gente de seguro creyó que estaba loco, pero no me importó.

Llegué por fin con el pecho desbordándose de felicidad, quizá una felicidad agridulce porque Rogelio no estaba para saberlo, pero lo era. Me creía todo un ganador.

A la primera que encontré fue a mi madre. Revisaba concentrada la correspondencia. Antes de que pudiera decirle la buena nueva, extendió tres sobres cerca de mí.

—Te llegó correo.

Por cortesía los recibí y empecé a revisarlos. Una carta era propaganda de una tienda nueva, otra era de Ermilio, y la tercera era de Filemón.

Sentí que perdía el piso porque enseguida pensé en Sebastián. Imaginé que quizá rompió su promesa y fue hasta el pueblo. O tal vez hasta ya estaba muerto.

Me apresuré a abrirla. Los torpes dedos fallaban y no podía cortar la hoja.

—A ver, te ayudo. —Mi madre me arrancó la carta y de un jalón rompió el sobre—. Léela. —Regresó el papel.

Sabía que ella notó mi preocupación.

La extendí sin vacilar. Si iba a enterarme de algo funesto, quería que fuera ya. Aun así, percibí esa sensación paralizante que provoca la angustia.

—¿Qué pasó? —preguntó con el aire faltándole. Su mano reposaba encima de su corazón.

—File nos avisa que las casas están bien —fui diciéndole al tiempo que leía—, su madre las limpia cada semana. También confirma que se encuentran a salvo el ganado y los demás animales. —Hice una pausa y me dolió la garganta—. Pero lamenta decirnos que murió el caballo de Rogelio. —De pronto percibí la humedad en mis ojos—. No sabe qué le pasó. Asegura que cuando fue a darle de comer lo encontró en el suelo ya sin vida. —Tragué saliva—. Tuvo la amabilidad de enterrarlo en el terreno de mi hermano.

Mi madre soltó un suspiro que se pareció a un lamento.

—Se fue con él —murmuró para sí—. Es que lo quería tanto. —Vi que una lágrima rodó por su mejilla derecha—. No le vayas a decir a tu papá —me advirtió.

Por supuesto que no lo haría. Mi padre ya se encontraba demasiado afectado como para enterarse de esa pérdida. Él fue quien se lo regaló cuando cumplió doce años y le enseñó a criarlo. De mi boca no saldría esa verdad.

Para calmarme, abrí la carta de Ermilio. Saqué del sobre un papel escrito con una bonita letra cursiva.

—¿Y eso qué es? —quiso saber mi madre.

—La invitación a la boda de un amigo. Pero no te preocupes, no voy a ir.

Ella guardó silencio un segundo, y volvió a hablar con una voz más grave.

—Deberías hacerlo.

Que alguien como mi madre, que era tan estricta, faltara a las costumbres, fue difícil de creer.

—No puedo. Estamos de luto —le recordé.

—Lo sé, hijo. Solo no bailes. Ve, cumple con tu amigo. Has estado tan decaído que me preocupas. ¿Crees que no noto la tristeza que cargas? Soy tu madre. —Colocó una de sus manos en donde estaba mi corazón y me transmitió su calor—, sé que tienes mucho dolor aquí. —Se encogió de hombros—. Hasta podrías invitar a alguna señorita.

No pude evitar sonreír.

—¿Aceptarías que invite a una citadina?

—Con tal de que estés mejor, haría el esfuerzo.

Gracias a su inesperada propuesta me quedé pensativo.

El nombre de Miranda fue el primero en llegar a mi mente. Ella podía ser la cura a mis males, podía convertirse en la mujer que rompiera el hechizo que me tenía todavía preso de un amor no correspondido.

En la cartera todavía tenía el papel con su dirección, así que al día siguiente, después de estar un rato en el negocio, compré un ramo de rosas amarillas y fui a visitarla. Ya no dudaría más a la hora de cortejar a la mujer que me interesaba.

Su casa era grande, más que la mía. La fachada principal se encontraba orientada hacia el sur y tenía un tejado con dos vertientes horizontales. Di tres toques con la aldaba de hierro que era de un león que miraba atento a quien osara usarlo.

Fui atendido enseguida por una señora que iba uniformada. En la capital acostumbraban tener empleados para limpiar hasta sus jardines. Una peculiaridad que me contrariaba porque en el pueblo nos acostumbraron a comer lo que nosotros mismos sembrábamos.

—Busco a la señorita Miranda.

La empleada me inspeccionó de arriba abajo.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó a secas.

—Esteban Quiroga.

—Le avisaré a la señorita. —Hizo una mueca de desagrado y se movió a un lado—. Pase a la sala de espera. —Señaló hacia la derecha donde había un arco decorado con ladrillos.

La sala olía a vainilla y me percaté de que cada rincón se encontraba en exceso limpio. Dos mesitas a los lados tenían encima ángeles esculpidos. El gran reloj de enfrente y la lámpara de cristales me confirmaron que aquella casa pertenecía a una familia con solvencia económica.

—Por un momento pensé que Panchita me hacía una broma —escuché que dijeron detrás de mí unos cuatro minutos después—. ¡Qué sorpresa tan agradable!

Miranda apareció sonriente.

Se veía muy bella a pesar de estar en casa. Tenía puesto un vestido de campana color verde oscuro de terciopelo, y en su cuello rodeaba una pañoleta a cuadros rojos. Sus labios iban pintados del mismo tono que la pañoleta.

Me levanté enseguida y extendí el ramo.

—Para ti.

Ella sonrió conmovida.

—Son muy lindas. —Las aceptó y acarició una de las rosas—. Qué lindo de tu parte.

—¿Están tus padres? —quise saber porque no buscaba ser una molestia.

—Solo mi hermano, pero está metido en su cuarto. —Apuntó hacia las escaleras que daban al segundo piso—. No nos molestará. ¿Gustas algo de tomar?

—Así estoy bien, gracias.

Cuidadosa metió el ramo en un florero y después se sentó a mi lado, tan cerca que logró que me echara un poco para atrás.

—Recibí la invitación a la boda de Ermilio. —Fui directo porque con ella no sentía el tipo de nervios que sí experimenté en el pasado.

—A mí me llegó ayer. —Mientras lo decía cruzó despacio las piernas y se acomodó la falda.

—Y… —Tragué saliva lo más discreto posible—, ¿ya tienes acompañante?

Miranda negó con la cabeza e hizo un puchero.

—Pensaba ir con mi hermano.

—¿Puedo reemplazarlo? —me atreví a preguntarle.

Por su mueca, supe que la incomodé.

«Soy tan estúpido», pensé, reprendiéndome.

—No tengo permiso de ir sola. Ya sabes, es un viaje de más de dos días. Se presta a malas interpretaciones.

—Comprendo. —Solo a mí se me ocurría que una señorita de casa iría con un fuereño a un viaje tan largo.

De pronto, Miranda pareció tener una idea.

—Pero le diré a mi hermano que lleve a su novia., o lo que sea que es, y así vamos los cuatro. —Tocó mi hombro con sus fríos dedos —. ¿Te parece?

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, pero ya no evité su contacto.

—Es una excelente idea —confirmé. Saber que aceptó compañía, sirvió para que relajara los músculos.

Nos quedamos charlando en su sala por dos horas más, hasta que llegó el momento de retirarme porque tenía programada la visita de un proveedor.

La boda de Ermilio era hasta el viernes once de febrero, así que tenía que esperar paciente todo un mes para poder disfrutar de su

compañía. Pensé en invitarla a salir antes, pero tampoco quería verme desesperado. Después de todo, el tiempo para mí pasaba de manera distinta si mantenía la mente entretenida entre números de ventas, pedidos y papeleos.

El veinte de enero llegó más rápido de lo que pensé. Era imposible no experimentar la sensación en el estómago que agita el cuerpo. Obtener ese logro, para mí, significaba libertad y esperanza.

Junto con mis padres y hermanos pasamos la noche en una posada. Mis cuñadas y los niños decidieron quedarse por alguna razón que no me compartieron.

Antes de irme a la cama preparé el traje sastre gris que compré para la ocasión. Traté de combinarlo con una corbata del mismo color, aunque no era de mi agrado ir tan apretado del cuello. Boleé cuidadoso mis zapatos y acomodé los regalos destinados a los académicos. Les llevaría una botella de tequila a cada uno. Cuando terminé le di una última revisada a todo. No quería fallas en un día tan importante.

Salimos hacia la universidad antes de las seis de la mañana. Mi madre se puso un huipil negro bordado y una larga falda con el mismo decorado de flores anaranjadas que hizo especialmente para la fecha. Mi padre solo se puso una camisa de manta y apenas y quiso peinarse.

Mis hermanos no olvidaron sus sombreros.

Me alegró que la esencia de mi pueblo fuera conmigo.

—¿Por qué mis cuñadas se quedaron? —interrogué a mamá mientras trataba de controlar el movimiento de mi pierna en las sillas del área de espera.

—No quisieron venir. —Hundió los hombros—. Pero con nosotros basta.

De Pía lo comprendía, seguía sufriendo su viudez y su embarazo la tenía la mayor parte del tiempo mareada, pero de Sancia, Justina y Silvia no me lo esperaba. Me consideraba un cuñado cortés y las respetaba. Imposible negar que su ausencia no me decepcionó.

La ceremonia duró poco, incluso el director estuvo ahí como testigo, aunque cada segundo contó para mí.

¡Por fin tenía en mis manos el título de grado como ingeniero! ¡Un simple papel que costó desvelos, trabajo, dedicación y fortaleza! Ese fue el mejor regalo de cumpleaños número veintiuno que pude recibir.

Los abrazos y las felicitaciones no faltaron. Ser rodeado por el calor de quienes te quieren me levantó más los ánimos.

Sabía bien que no podíamos festejar. El luto exigía esperar un año para poder hacerlos, así que abordamos el ferrocarril directo a casa enseguida.

—Hijo, apúrate a abrir que quiero ir al baño —dijo mamá al llegar.

Corrí con las llaves listas para que ella pudiera entrar lo más pronto posible. Cuando giré la perilla y empujé la puerta, encontré a mis cuñadas acomodadas en las sillas del comedor. Cada una puso especial esmero en su aspecto y sus hijos se encontraban mejor vestidos que de costumbre.

—¡Llegó el ingeniero! —gritaron ellas y también mi madre.

Siguieron los aplausos.

Me di cuenta de que la casa estaba muy limpia, sin juguetes ni restos de comida que los niños dejaban tirados en el suelo. Sobre la mesa vi que había toda una variedad de platillos que a cualquiera le provocarían ganas de probarlos por bien que olían.

—Pero es que… —traté de decir. Faltar de esa manera a la costumbre me sorprendió.

—Esta no es una fiesta —interrumpió mi madre—. ¿Dónde ves los regalos? Solo es una comida en familia. Nada más que mis hermosas nueras quisieron lucirse con lo que prepararon.

—Es mole negro —dijo Sancia—. Nos dijeron que es tu favorito.

—Lo es. Qué amable de su parte. —Sentí culpa por haberlas juzgado mal.

Cada uno ocupó su lugar.

Fue necesario mandar a hacer un comedor más grande para que todos pudieran sentarse. Recuerdo que era tan largo que de extremo a extremo teníamos que alzar la voz para escucharnos.

Mis cuñadas se dispusieron a servir.

El agradable aroma me regresó a aquellas reuniones con los tíos y los primos que, aunque varias veces terminaron en peleas por cualquier cosa sin importancia, pasaron a ser gratos recuerdos.

—Quiero decir unas palabras. —Mamá se puso de pie antes de que comenzáramos a degustar. Levantó la mirada hacia el techo y unió sus manos—. Hijo mío, tu hermanito que tanto consentías ¡lo logró! Sé que estás orgulloso. —Allí se le quebró la voz—, donde quiera que te encuentres. —Guardó silencio unos segundos, supongo que rezaba en su mente, y después dirigió su vista hacia mí— Felicidades, Selso Esteban. Eres el ejemplo de nuestra familia.

Sus palabras nos conmovieron, al punto que vi que hasta Jacobo se limpió la cara.

Mi padre permaneció callado, como ausente.

Anastasio se puso de pie y con su vaso elevado dijo:

—¡Por Esteban!

—*¡Por Esteban!* —respondieron los demás.

Gracias a esa inolvidable reunión donde sentí que, después de

tanto, mi familia volvía a sentirse como una, tomé una drástica decisión. Le dejaría el negocio de los zapatos a mi hermano Gerónimo, quien perdió su herencia con la huida emprendida y tenía una familia que seguro seguiría creciendo. Si a alguien tenía que pasarle lo que quedó, era a él.

Se lo informé el fin de semana. Al principio mi hermano se negó, pero bastó que le explicara que yo buscaría un trabajo acorde a mi profesión, para que aceptara. La única condición fue que seguiría siendo el principal proveedor hasta que cada uno de los hermanos encontrara su propio sustento. A nuestros padres los mantendríamos entre todos.

El lunes viajamos a la ciudad con el objetivo de presentarlo con los empleados del local y para que se pusiera al día con las actividades.

Durante el recorrido en tren, recuerdo que mantuvimos una charla que jamás podré olvidar.

Tuve la curiosidad de saber por qué hacía lo que hacía. Quizá fui entrometido, pero, al estar del otro lado, podía entender cómo se sentía ser engañado.

Íbamos sentados frente a frente, y luego de pensarlo un poco abandoné el libro que leía para preguntarle sin preámbulo:

—Por qué si eres tan infeliz con tu esposa, ¿no te separas?

Gerónimo pareció confundido. Seguro no se esperaba ese tipo de interrogantes. Aun así, no se disgustó.

—¿Quién te dijo que soy infeliz? —respondió con otra pregunta.

—Engañas a Sancia a cada rato.

Él soltó un breve bufido.

—Mira, hermanito, no te atrevas a juzgar mi matrimonio —dijo, aunque sonó relajado.

—Solo era curiosidad. —Decidí abandonar la conversación—. Perdóname.

Me encontraba a punto de volver a abrir el libro que cargaba entre las manos, cuando Gerónimo habló:

—Sancia y yo somos… diferentes.

—¿Diferentes? —No comprendí lo que quiso decir.

—Sí. —Volteó rápido a ver a un lado e inclinó el cuerpo hacia mí—. La cosa es así: yo me doy unas escapadas de vez en cuando. —Ladeó la cabeza—, y ella… pues ella hace lo mismo.

¡Tardé en comprender lo que confesó! Ni en mis sueños imaginé que tal cosa pasaba en su relación.

—¿También te engaña? —pregunté incrédulo—. ¿Y lo cuentas tan tranquilo?

Gerónimo negó.

—Los dos la pasamos bien, nada más que ella es más lista que yo.

—Sonrió como si fuera divertido—. Tengo suerte de que mis hijos sí se parezcan a mí.

Si hubiera podido verme, confirmaría que mis ojos se abrieron como pocas veces y hasta sudé de la frente al quedarme sin argumentos.

—Supongo que… cada quien. —Ya no estaba dispuesto a saber más.

—Mientras sigamos a gusto, estaremos juntos.

—Lo respeto. —Terminé con el tema y regresé a la lectura que no debí interrumpir.

Una vez en el local, presenté a mi hermano como el nuevo dueño y lo llevé a la oficina para ponerlo al día. Gerónimo conocía cómo se trabaja una zapatería, incluso sabía negociar con los proveedores mejor que yo, así que no le sería difícil adaptarse.

—Acacio —lo llamé cuando lo vi entrar—, aunque de seguro ya escuchaste hablar de él, te presento a mi hermano mayor: Gerónimo. Va a ser tu nuevo jefe.

Mi eficiente administrador se contrarió, pero tuvo la cortesía de darle la mano a Gerónimo.

—¿Cómo así, patrón? —se dirigió a mí—. ¿Se nos va?

—Voy a trabajar en otras cosas, pero estaré para apoyarlos en lo que necesiten. ¿Me ayudas a enseñarle las cuentas?

—Está bien, patrón, lo que usted diga.

Así, pasamos las siguientes horas revisando libretas y la bodega.

Terminamos cerca de las seis de la tarde. Estábamos agotados y era tiempo de retirarnos a descansar.

—¿Les parece si vamos a quitarnos la sed? —propuso Gerónimo —. Acacio, ¿te animas?

—Les agradezco —dijo él, apenado—, pero si llego oliendo a alcohol, mi señora no me va a abrir la puerta.

—Ándale. —Le di un codazo—. Una copita nada más.

—Bueno, está bien, patrón… patrones. Una no le hace mal a nadie.

Los tres entramos a una cantina que Gerónimo escogió solo porque su fachada le pareció bonita. De inmediato pedimos tres tragos.

Acacio cumplió con su palabra. Nos acompañó con solo una copa y después se retiró a su casa.

Quedamos en la barra mi hermano y yo.

—Deberíamos irnos —le avisé a Gerónimo porque me dolía un poco la cabeza.

Él resopló.

—Esto de viajar diario no me va a gustar. Creo que voy a buscar una casita aquí.

—Si es lo que te acomoda mejor, adelante.

Mi hermano me dio una palmada en la espalda y se levantó.

—Voy al baño rápido y nos vamos, ¿está bien?

—Sí, sí. Corre.

Pedí la cuenta en lo que él regresaba.

Mientras ponía los billetes en la barra, sentí una presencia detrás de mí y supuse que Gerónimo estaba de vuelta.

—Ese modelo con toquilla en pita fina y ribete es de mis favoritos.

¡Me quedé frío! La voz que escuché me causó malestar estomacal. Tuve que voltear para comprobar que sí se trataba de quien sospeché.

—¿Qué?

—Tu sombrero. —Nicolás Moreno tuvo el atrevimiento de apuntar hacia mi cabeza.

—¡Ah! —reaccioné—. A mí me parece corriente.

Maldije el no haberme desecho del sombrero que llevaba por marca su infame apellido.

El muy descarado tuvo la osadía de sentarse junto a mí.

—Así que por fin nos encontramos.

Debí saber que el toparnos, tarde o temprano, era una posibilidad porque él visitaba algunas veces la capital.

Convencido, intenté pararme, pero él me detuvo con una mano firme sobre el brazo.

—No, no te vayas. Cantinero —se dirigió al hombre que se encontraba al otro extremo de la barra—, sírvenos la del estribo.

Entre dientes que se apretaron hasta crujir, le dije:

—No pienso a hacer un espectáculo aquí. Contigo no tengo nada de qué hablar.

—Estoy en desacuerdo. Por algo fuiste a buscarme a mi casa. Pensé que volverías.

—Te lo dijo… —Tal confianza despertó los celos que adormecí con gran esfuerzo.

—Me dice todo.

Lo que dijo se sintió como una puñalada en el corazón.

—Ella ya me contó lo que necesitaba saber, así que terminé con eso.

—¿Y qué es todo?

Volteé a verlo, asombrado por su cinismo.

Para conseguir que se largara o me dejara en paz, le di gusto y respondí:

—Que la enamoraste desde que estaba conmigo, que está feliz a tu lado y yo pasé al olvido. ¿Contento?

Me paré y avancé solo un par de pasos porque Gerónimo no regresaba. De pronto, Nicolás me interceptó de nuevo.

—Esteban, mi intención jamás fue lastimarte.

—¡Lo hiciste! —le recriminé lleno de rabia e imaginé que lo ahorcaba ahí mismo, pero luego lo pensé mejor y me di cuenta de que no valía la pena—. Como sea, ya no importa. —Lo tenía justo en frente. A mi lado se veía tan pequeño que me reí—. Ya me voy.

—Primero escúchame.

—¡No! ¡No quiero! —Alcé un poco la voz—. Estoy luchando por continuar. Todo lo que digas solo hará que regresen las ganas de matarte, de matarlos a los dos por haberme visto la cara de pendejo —eso lo pronuncié como si la lengua fuera una cuchilla que lastimaba mi boca.

—Es que entiende, no buscamos hacerte sufrir.

Sus insípidas justificaciones no fueron lo bastante convincentes.

—¿Y a Celina? ¿A ella sí tenían intención de hacerla pasar una gran vergüenza?

Nicolás me observó como si sintiera vergüenza.

—Celina es una buena mujer que dejé ir porque… —vaciló—, mis intereses cambiaron. —Dio un paso hacia adelante—. Quiero que me comprendas.

El cantinero dejó el tequilero sobre la barra, a mi lado.

—¡Le desgraciaste la vida! Eras su prometido, y eras mi amigo —lo último escarbó en lo más profundo.

—Celina merece a alguien mucho mejor que yo. Merece a un hombre que sea leal y la cuide, que viva para su bienestar. A ti te pido que me perdones.

Gerónimo por fin regresó, aunque mantuvo su distancia.

—¡Jamás podré perdonarte! Deseo, Nicolás, que eso mismo que pides para Celina se lo des a Amalia. Que valga la pena el daño que hicieron. —El tequila se bebe a besos, pero quería que me masacrara con su ardor y lo bebí de golpe—. ¡Salud! —Dejé caer con tanta fuerza el vasito que se rompió entre mis dedos, y con el filo de uno de los vidrios la sangre fluyó.

Le hice una seña a mi hermano para irnos. No me importaba la insignificante herida, porque la que más dolía fue la que Nicolás Moreno reabrió.

Mi despedida

Gerónimo no tardó ni una semana en mudarse. Decidió rentar una acogedora casita a cinco cuadras del negocio. Más pequeña que la que tenía en el pueblo, pero suficiente para su familia. Despedirnos de ellos fue menos difícil de lo que pensé porque se irían para estar mejor. Seguiríamos frecuentándonos porque él quería que le ayudara con los proveedores; un buen pretexto para ir por esos rumbos en los que tenía a Miranda más cerca.

Dos días antes de emprender el viaje para la boda de Ermilio, Paulino salió solo desde la mañana y ya pasaban de las ocho de la noche. Mi madre se inquietó porque supuso que, por lo enredada de la ciudad, él muy despistado se perdió.

—Está medio menso, pero no tanto —dijo Jacobo en la sala, como si nada grave pasara.

En cambio a mí me llegaron varias ideas que iban de mal en peor, como la de que don Cipriano logró encontrarnos y nos cazaría uno a uno o que lo atropellaron. Opté por no decir ninguno de esos pensamientos.

—¡Vayan a buscarlo o voy a ir yo! —se desesperó mamá cuando dieron ocho y media.

—¡Ya, ya! —la calmó Anastasio—. Acompáñame —me pidió—, porque tanto edificio me marea.

Fui rápido por un abrigo. El frío que hacía era el peor que había sentido. Dolía hasta cerrar una mano, y ni loco me bañaba después de las cinco de la tarde. Mi familia de vez en cuando maldecía el haber escogido la capital del país para mudarnos.

—Ahí está tu retoño —escuché que dijo Jacobo.

Solté un soplido de alivio porque mi hermano pequeño me importaba más de lo que él suponía. Los alcancé enseguida para confirmar que se encontraba bien físicamente.

—¡¿Dónde chingados andabas?! —Mamá no se esperó a que Paulino saludara siquiera, cuando ya lo tenía acorralado entre un sillón y ella.

—Pensamos que te perdiste —añadió Anastasio con más calma.

Paulino sonrió nervioso y nos miró a los cuatro. Faltaba mi padre, él se encerró en un cuarto a hacer quien sabe qué. Mis cuñadas se encontraban en el patio junto con sus hijos, menos Pía, ella dormía

como de costumbre.

—Sí me perdí —reconoció y bajó la cara.

Jacobo se mantenía recargado en la pared con los brazos cruzados, y cuando lo escuchó, resopló.

—Pues sí era menso completo —sonó burlón.

—Pero estuvo bien —dijo Paulino—. Conocí más la ciudad. —Sus ojos brillaron por la emoción con la que lo contaba—. Pasé por el angelote ese. —Alzó alto un brazo—. Hasta fui a una función.

—¿Cómo que a una función? —lo cuestionó mamá un poco harta.

—En mi recorrido encontré un circo. Se llama Atayde[2]. Como me sentía cansado, entré a ver que hacían ahí.

—¿Y pasaste todo el día en el circo?

—No. Casi todo el día —aclaró. Hizo una pausa, sonrió como si recordara, y continuó—: Uno de los encargados me vio cuando me colé detrás de la cortina. Le dije que era profesional y que buscaba trabajo. —Rio complacido con su embuste—. Fueron ellos los que me ayudaron a regresar a la casa. Lo bueno es que me sé la dirección.

—¿Profesional? —Mamá seguía sin comprender—. ¿Profesional en qué?

—En decir pendejadas, será —intervino Jacobo.

Todos volteamos a ver a Paulino porque lo único que tenía de profesional era de ser un holgazán.

Para nuestra sorpresa, él asintió.

—Sí, en eso —dijo feliz.

Me quedé con la boca medio abierta y Anastasio también. Jacobo solo abrió más los ojos.

Ahí empecé a prestar más atención a lo que relataba porque no solo se perdió, sino que fue a meterse a un circo, se coló tras bambalinas, y también mintió.

—¿Cómo? —Mi madre dibujó una mueca de hartazgo—. ¡Ya dinos bien, caray! Me tienes adivinando.

Una vez más lo contemplamos.

Paulino tomó valor, lo supe porque se sostuvo del respaldo del sillón e inhaló profundo.

—Dije que era un payaso profesional.

Ahora que lo recuerdo, lo que pasó suena gracioso, pero en ese momento nos dejó callados.

Fue mi madre la única que pudo hablarle:

—Pero, hijo, cuando te decía así, no era en serio —sonó mortificada e incluso se le acercó más.

Pude ver que mi hermano estaba controlado y serio; algo inusual en él.

—Me gusta, mamá. Voy a estar en una función mañana como prueba. —Comenzó a hablar con voz más alta—: Se van a ir a las

Europas en unos días, y quiero ir. —Arrugó la frente—, quiero conocer por allá. Jamás me había sentido tan cómodo en un lugar. Tal vez el perderme sirvió para encontrarme —murmuró al final.

Mi madre manoteó, molesta.

—¡Eso sí que no! Ni conoces a esa gente. ¿Y si son robachicos?

Jacobo se acercó más a ellos para intervenir de manera más formal.

—Pero si tu hijito ya no es niño. Déjalo. Si es lo que quiere, que lo haga. De todos modos, la cara ya la tiene. —Lo apuntó con un movimiento de cara y se veía divertido, pero convencido de cada palabra—. Chance y sí sirve para algo.

—Pero, si te gusta —mamá se dirigió a Paulino como si le hubiera dicho una muy mala noticia—, ¿vas a dejar a tu madre?

—Si yo les gusto, me iré solo un tiempo, ya sabes, para probar. Tranquila, mamita, primero tienen que aceptarme.

Pasamos un rato en silencio. Anastasio y yo solo mirábamos. Se sentía una tensión como las que experimentábamos de niños cuando alguno iba a recibir una reprimenda.

—Por respeto a la memoria de tu hermano Rogelio —por fin habló mamá—, sabes que no vamos a poder ir a verte…

Al oírla, Paulino saltó emocionado y la abrazó.

—Lo sé —dijo conmovido—. Cuando termine, lo primero que haré es venir a contarles. Lo prometo.

Mi madre soltó las lágrimas, aunque puedo jurar que hacía un enorme esfuerzo para detenerlas.

—Más te vale que sí.

Se dieron un rápido abrazo. Luego mi hermano se dirigió a mí:

—Voy a usar un ratito un cuarto vacío para practicar lo que planeo presentar.

Levanté el dorso de la mano.

—Adelante.

Sin duda, aquella noche fue una sin igual.

Al día siguiente preparé el equipaje. No quería que me faltaran cosas porque sería molesto para Miranda y su hermano el ver sus planes interrumpidos para que comprara lo que olvidé. Todos los sombreros que tenía terminaron en la basura. No estaba dispuesto a ponérmelos más; al menos no los de la marca de aquel ladrón. Decidí que compraría uno en el camino.

Tardé dos horas en tener todo listo. Saldríamos muy temprano y no quería fallas. Esa noche la pasaría en casa de mi hermano Gerónimo y después nos encontraríamos con Miranda y su hermano en la estación del ferrocarril.

Mamá se dedicó a preparar bastante comida para “que

aguantara”, me dijo cuando me la encontré en la cocina con más ollas de lo normal. Yo sabía que era por si a mis acompañantes les apetecía probar de sus creaciones. A ella no le di detalles de la mujer que pretendía, pero sabía que iríamos juntos. Decidí que se la presentaría cuando ya tuviera el compromiso pactado. Mi madre podía ser insistente si cambiaba de opinión sobre las señoritas de la ciudad.

Paulino estuvo listo una hora después de comer. Lo vimos cuando compartíamos un chocolate que Justina preparó gracias al antojo de Pía. Fue gracioso verlo vestido con el traje que compró por la mañana quien sabe dónde. Era blanco y negro con olanes en el cuello, tobillos y en las mangas largas. Silvia le ayudó a maquillarse.

Cuando lo vi, con la cara blanca y la sonrisa grande y roja, pensé en lo indescifrable que podía ser la vida. Un día él estaba en el pueblo, siendo un bueno para nada, y al otro estaba preparándose para participar en una función en un circo que decían que era el más grande del país.

—Suerte —le dije antes de que saliera. El deseo fue por completo sincero. Quería que él encontrara su felicidad, aunque no lo comprendiéramos del todo.

Pasamos las siguientes horas pendientes de la puerta. Mi madre y mis cuñadas se pusieron a rezar por un rato. Incluso papá estuvo con nosotros, en silencio, pero estuvo.

De vez en cuando alguno se asomaba a la ventana para ver si Paulino regresaba, ¡pero nada!

Fue hasta las nueve de la noche que Anastasio lo vio caminando en la acera de la calle.

Tratamos de parecer despreocupados cuando llegó. Tiritaba por el frío y tenía los labios amoratados.

Apenas puso un pie dentro, volteamos a verlo interesados en lo que tenía que decir.

—Necesito un café y una mantita —pidió en verdad afectado por el insoportable clima.

—Ya voy, hijo. Siéntate. —Mamá se apresuró a atenderlo—. No me tardo. —Fue al salón donde seguíamos durmiendo, regresó con un grueso sarape y se lo puso encima.

Justina hizo el favor de preparar el café. Tenía agua caliente con canela lista, así que no demoró mucho.

Paulino lo bebió como si no estuviera caliente.

Una vez relajado, Jacobo decidió ser el primero en preguntar lo que queríamos saber.

—Y entonces, ¿te quedaste o no?

Mi hermano menor agachó la cabeza y la movió despacio de un lado a otro.

Me hubiera gustado no sentirla, pero la decepción fue implacable.

—Dijeron que yo era el peor payaso que habían visto en su vida —confesó con gran vergüenza y hasta se le salió una lágrima que despintó su maquillaje con su paso.

Silvia lo tocó de los hombros y le habló con su aguda vocecita:

—Lo siento mucho, cuñado. Será para la otra.

Todos empezamos a soltar frases de ánimos hacia él, cuando escuchamos que se echó a reír.

—¿Cómo creen que no me voy a quedar? —Se puso de pie y extendió los brazos—. Si tengo años de experiencia.

Proferimos un fuerte "¡aah!", y la alegría regresó.

—¡Estúpido! —le dijo Jacobo—. Por poco me la creo.

—¡Me voy a las Europas, familia!

Es difícil contar cómo se le iluminó la cara y hasta la voz le sonó diferente. Fue como si en unos minutos madurara todo lo que no maduró antes.

Nuestros padres lo iban a extrañar, eso era seguro, pero al menos sabrían que el hijo en el que menos esperanzas tenían, les dio una inesperada satisfacción.

Paulino partiría en cuatro días con el circo, así que me despedí de él antes de mi viaje porque al regresar ya no lo encontraría.

Ya no recuerdo qué nos dijimos, pero sí tengo presente el fuerte abrazo que permitió que le diera. Tal vez no éramos los más unidos, pero me sentía muy feliz porque pudo ver más allá de nuestras penas, porque me dio una importante lección.

Llegué media hora antes a la estación del tren. Cargaba conmigo dos maletas.

Recibí a Miranda con una rosa que compré en un puesto cercano. Ella la aceptó sonriente. Me gustó volver a verla. Iba tapada con una estola negra que parecía abrigadora.

—Por fin puedo presentarlos —dijo Miranda y volteó a ver a su hermano—. Él es el señor Esteban. —Me señaló—. Sé bueno con él. Viene del campo y no quiero que lo asustes —fue dulce pero segura al decírselo.

—Eso dependerá de su comportamiento —le respondió sin sonar amenazante.

Su hermano era grande y corpulento. Aunque se portó cordial conmigo, podía intimidar a quien osara retarlo. A su lado iba una dama que presentó como "una amiga". Ella era de piel blanca, cabello rubio oscuro, estatura media y tan delgada que cuando toqué su mano le sentí los huesos.

Abordamos y nos sentamos en un espacio del vagón con dos bancas que se encontraban de cara. Miranda se acomodó a mi lado, y su hermano frente a mí, vigilante de que no le faltara al respeto.

Durante el largo trayecto platicamos los cuatro. Ellos estaban interesados en conocer detalles de cómo se trabajaba en los pueblos pequeños, a qué se dedicaba mi familia y cuáles eran nuestras costumbres sobre el matrimonio. Tema que a Miranda le llamó especial atención.

Por supuesto que del problema familiar que acabó con la vida de mis tíos y mi hermano no hice mención. Solo dije que él falleció por un lamentable accidente. No tenía por qué exponerme así. Más adelante, una vez concretado el compromiso, le contaría solo a ella.

Hubo un punto en el que Miranda ya no pudo más y se durmió. Su cabeza quedó recargada en mi hombro y su agradable perfume invitaba a abrazarla para ponerla más cómoda. Sentirla de esa manera, tan en confianza, me confirmó que era una mujer con la que podía tener una vida llevadera. Ella tenía cualidades que a cualquiera interesarían. Esta vez no iba a vacilar a la hora de exponer mis deseos sobre un enlace. El viaje ayudaría para encaminarme más rápido hacia ese punto.

Pasamos todo el día en el tren y por la noche tocaba descansar porque todavía faltaba un día para llegar. Nos quedamos en una posada cerca de la estación. Era grande y, a decir verdad, nada sencilla. Fue su hermano quien la escogió y no me permitieron pagar mi habitación. Cortesía que me incomodó, pero que tuve que aceptar.

Miranda y la “amiga” de su hermano se quedarían juntas, mientras que él reservó una solo, y otra para mí. Supuse que las mujeres quisieron compartir para no estar solas, o quizá Daniel tuvo esa precaución para que yo no me colara en la cama de su hermana. Fuera como fuera, evitó que la viera, aunque sea para desearle las buenas noches.

Al día siguiente la dinámica fue similar: despertar temprano, desayunar, abordar el ferrocarril y prepararse con bastante paciencia para resistirlo.

Debo reconocer que la agradable compañía sirvió para convertir aquella tortura en algo llevadero.

A mí no se me facilitaba el conciliar el sueño con todo el ruido de las llantas y las personas alrededor. Contemplé la ventana por un rato. Se veían los árboles, las casitas de los pueblos que atravesábamos, los animales que rondaban por ahí…

Cuando me permitía darle rienda suelta a mis pensamientos menos placenteros, el primero que aparecía era el infeliz de Nicolás Moreno. A pesar de los días que pasaron, seguía sin comprender cómo fue capaz de hablarme después de lo que hizo. Lo odiaba por haberse quedado con la que fue mi estrella.

Para alejar ese amargo recuerdo, saqué uno de los libros que llevé conmigo.

Había pasado apenas unas diez páginas, cuando Miranda me habló:

—¿Qué lees? —preguntó soñolienta y luego tapó su boca para bostezar.

Su hermano y la muchacha que lo acompañaba seguían dormidos.

Ladeé el libro para mostrarle la cubierta.

—Es sobre el cuidado de las plantas en invierno.

—Debe ser interesante. —Hizo una breve pausa—, supongo.

—Solo si quieres volver a dormir. —Sonreí.

De un momento a otro, sentí sus reconfortantes dedos colándose por mi brazo. Tuve un escalofrío con eso. Volteé a verla enseguida y la noté seria.

—Me gustaría que supieras, Esteban, que cuando te conocí creí que eras un hombre engreído. —Sus expresivos ojos se fijaron en mí—. Pero lo que pasa es que te gusta ser reservado. —Dibujó una sonrisa coqueta—. Trata de no ser lo tanto conmigo, ¿está bien?

Ella no era la primera mujer que me decía una cosa así. Debía hacer un mayor esfuerzo para evitar dar esa impresión.

—Entiendo —le dije, a pesar de que en realidad dudé de si lo que imaginé fue lo que quiso dar a entender.

Apretó un poco mi brazo, se recargó en mí y se cubrió con su estola.

—Sigue con tu interesante lectura. Volveré a soñar que estoy en las bellas playas de Mallorca y no en este frío tan espantoso.

—Descansa —le deseé en voz baja.

Se sentía bien tenerla a mi lado y, por un rato, pude dormir yo también.

Cuando el tren terminó el recorrido, fue como si un peso cayera de mis hombros. Estar sentado tanto tiempo vuelve loco a cualquiera.

Resultó que el pueblo de Ermilio no era tan grande como supuse, apenas un poco más que el mío. Y en cuanto a modernidad, solo podían presumir que tenían luz eléctrica en las casas, pero nada más.

Fue sencillo llegar a la casa donde se llevaría a cabo la boda. Se trataba de una propiedad de tres pisos que contaba con un gran terreno. Ermilio salió a recibirnos en cuanto fue avisado.

—Amigos. —Extendió animado los brazos hacia nosotros—, ¡bienvenidos!

Se hicieron las debidas presentaciones y los cordiales saludos. Después nos invitó a pasar. Dentro había decenas de empleados que andaban acelerados, llevaban adornos, platos, sillas, flores…

Mi amigo se veía feliz, más de lo que pensé. Yo creía que él se casaba más por obligación que por gusto, pero cuando volvimos a encontrarnos, me confundió el brillo que tenía en la mirada ese día.

—Ermilio —dijo Miranda—, ¿qué posada nos recomiendas para quedarnos? Debemos ir a cambiarnos la ropa. No querrás que vayamos en estas fachas. —Levantó un poco de tela de su vestido azul oscuro.

Reí para mí porque en fachas era lo último en lo que iba esa bella mujer.

—¿Posada? —sonó confundido Ermilio—. ¡Para nada! Se van a quedar aquí. —Apuntó hacia el suelo—. Esta es la casa de mis padres. Hay diez recámaras y les tengo listas sus habitaciones. De ninguna manera van a quedarse en otro lado.

De un amigo mío se podían decir muchas cosas, menos que fueran descorteces con sus invitados.

—¡Qué amable eres! —dijo Miranda, admirada por los tratos de "los del campo".

—Meche —le pidió Ermilio a una señora que pasó cargando varias cobijas—, llévalos arriba e indícales donde pueden acomodarse, por favor. —Luego regresó a hablarnos—: Debo apurarme. Mi futura esposa aguarda y todavía no me meto a bañar. Ya se las voy a presentar al ratito.

Yo seguía confundido por la felicidad que irradiaba, pero me le acerqué antes de que se adelantara a subir las escaleras.

—Que todo salga bien —le deseé con todo mi corazón.

Los cuatro fuimos a prepararnos.

Me quede boquiabierto cuando Miranda salió de su habitación que se hallaba a un lado de la mía. Al hermano y a su amiga les tocó del otro lado del pasillo.

Se veía simplemente hermosa. Su vestido brillante y entallado color negro la convirtieron en una tentación muy difícil de soportar.

—¿Lista, señorita? —Extendí el brazo.

—Lista. —Aceptó sujetarse de mí.

Así, salimos juntos hacia el patio adornado con mesas, floreros de los que salía el dulce aroma de los jazmines y curiosas decoraciones blancas de papel, donde se llevaría a cabo la unión.

Justo como supuse, la boda era una de las grandes, con cientos de invitados, generosa comida y bebida, y músicos que ambientaban.

Para el primer baile de los recién casados, cantó una señora una romántica canción. Su voz era parecida a la voz de la mujer que buscaba olvidar; o eso fue lo que me pareció. Tuve que concentrarme en los detalles de la fiesta para poder ignorar lo que insistía en volver.

Después de la conmovedora ceremonia, Ermilio y su nueva esposa, una mujer que parecía de menos de veinte años, con piel oliva, cabello negro lacio y, al menos lo que dejaba ver su pomposo vestido blanco, con un cuerpo ni delgado ni obeso, recorrieron las mesas para saludar y compartir un rato con sus invitados.

Mi amigo sonreía sin tapujos y por ratos lo observaba para

comprobar si se trataba de una sonrisa fingida o una real.

Luego de una hora, tocó nuestro turno.

—Mi esposa —Sostuvo cariñoso su mano cuando nos la presentó —: Concepción Alvarado.

Más tarde me enteré que los Alvarado eran petroleros. Desde que el control del petróleo regresó a ser del país, su familia se volvió adinerada.

«Nada perdido este canijo», pensé sobre Ermilio.

Miranda se levantó para abrazar a la novia, aunque no la conocía. Daniel y compañía solo le dieron la mano. Yo quedé hasta atrás.

—Dígame Conchita —pidió sonriente.

Ermilio se dirigió a mí.

—Él es mi amigazo el ingeniero Esteban Quiroga —le dijo a Conchita.

Yo me abrí paso entre las sillas.

—¡Oh, sí! —Se apresuró a darme la mano—. Me han hablado mucho de usted. Conozco una que otra aventura que tuvieron juntos.

A mi mente llegó el recuerdo en el que su esposo trató de animarme llevándome al burdel.

—Juntos, pero no revueltos —se me salió decir.

Los presentes rieron porque creyeron que bromeaba.

La pareja estuvo conversando con nosotros unos minutos, y antes de irse a la siguiente mesa, Ermilio se me acercó.

—De nuevo gracias por venir. —Me dio una palmada en la espalda—. Pensé que por lo que pasó… —Arrugó la frente, hundió los hombros y calló.

Comprendí lo que quería decirme.

—Lo prometido es deuda —añadí solemne.

Mi buen amigo se acercó todavía más a mí con el objetivo de hablarme en confianza.

—Ya vi que andas muy pegadito con Mirandita. ¿Ya picó el anzuelo?

Reí un poco porque su curiosidad lo superaba.

—En eso estoy —susurré también.

—¡Me siento tan orgulloso! —Hizo una mueca como si fuera a llorar y volvió a darme una palmada en la espalda. Antes de alcanzar a su esposa, agregó—: Oye, tal vez vaya por tus rumbos en dos o tres meses. Mis suegros están ofreciéndome un negocio por allá y quiero ir a revisar cómo está la cosa. A lo mejor hasta a ti te interesa también.

La idea me pareció excelente. Un nuevo negocio era lo que más necesitaba en esos tiempos complicados en los que el dinero lo teníamos que cuidar de más.

—Pues si vas, no dudes en ir a visitarme. Te dejaré la dirección. —Toqué mi pecho—. Tu casa es mi casa.

—Hecho. Me voy porque si no, me cuelgan. —Giró a ver a su mujer.

Nos dimos un fuerte apretón y ahí confirmé que su sonrisa era auténtica. Él de verdad estaba enamorado. La pregunta que me hice fue: «¿en qué momento sucedió?».

La noche siguió tan animada que se antojaba gozarla al máximo.

—Sí que se saben divertir —comentó Miranda cuando el baile se encontraba en su apogeo.

Ella se quedó conmigo en la mesa, haciéndome compañía, mientras su hermano bailaba.

—Sé que me dijiste que estarías solo un rato y que te irías a dormir temprano, así que pienso aprovecharte. —Jaló de mi brazo para levantarme y me llevó hasta una parte alejada del patio donde había una bonita banca blanca de madera. Ahí se sentó y me invitó a su lado.

Atrás se escuchaba que corría un riachuelo, y el olor del pasto húmedo me reconfortó.

Agradecí tener puesto el suéter que mamá insistió que llevara. Miranda, por su parte, usaba un pesado abrigo de piel color café que le llegaba hasta las pantorrillas.

—Yo no voy a bailar, pero tú sí puedes. —Dirigí la vista hacia la parte donde la banda tocaba—. Seguro más de uno te querría de compañera.

—¿Estás corriéndome? —preguntó sorprendida.

—¡No, no, por supuesto que no! —me apresuré a aclararle. Lo que menos buscaba era ofenderla—. La verdad es que no me gusta que te quedes solo viendo cómo se la pasan bien los demás.

Ella sonrió enternecida y se aferró a mi brazo.

—Estoy pasándola muy bien justo ahora.

Reposó su cabeza sobre mí espalda. Tenerla así de cerca, en la oscuridad del patio y con la algarabía a lo lejos, despertó mis deseos más privados.

—Me gustaría hacerte una pregunta —le dije después de un rato en el que estuvimos en silencio—, pero si te parece atrevida, no me respondas.

Miranda rio y me miró como si yo fuera un crío curioso.

—Pregúntame, con confianza.

Me acomodé en la banca para tenerla de frente.

—¿Por qué una mujer como tú sigue soltera? —Sabía que cuestionar así a una dama era inapropiado, pero tuve la necesidad de comprender su estado civil.

Ella cambió la sonrisa por una seriedad incómoda.

«Pero quería ser metiche», me reprendí al ver su reacción.

—¿Lo dices por mi edad?

Desconocía el dato exacto, pero en definitiva su edad no fue el motivo de mi duda.

—¿Qué edad tienes? —le pregunté sin pensar. Salió así, impertinente como siempre.

Miranda resopló y desvió los ojos hacia otro lado.

—En dos meses cumplo veinticuatro. —Soltó mi brazo para taparse la cara—. Sé que soy una solterona, ¡qué vergüenza que te hayas dado cuenta!

—No pienso eso. —La toqué de los hombros—. Solo tenía curiosidad de por qué una señorita de familia, bonita, fina y muy muy agradable sigue sin un esposo que la cuide.

Rogué porque pudiéramos dar por terminado el tema. Importunarla fue una grosería innecesaria que cortó con tan grato momento.

Miranda se inclinó hacia mí, luego me observó. Noté que mi pregunta le afectó más de lo que imaginé.

—Tuve novio una vez —confesó mientras tocaba una a una sus uñas. Toda su seguridad desapareció—. Fue hace seis años. Pensé que pediría mi mano. —Resopló—. Estaba tan emocionada que dejé ir otras oportunidades. Pero el muy desgraciado solo se burló de mí. —Sonrió con amargura—. Jugó conmigo y cuando se cansó, regresó ¡con su esposa! Resultó casado y hasta tres hijos tenía. No pude recuperarme rápido de eso. Mi madre se encargó de buscarme pretendientes, pero desconfiaba de todos los hombres que se me acercaban con intenciones de cortejo. Decidieron mandarme a España con los abuelos, allá estuve tres años. Regresé porque extrañaba mucho mi casa. —Desde entonces la paso así, con mi hermano como cuidador, como si fuera una niñita.

Debí imaginar que se trataba de una mujer lastimada. Lamenté el haber abierto una herida como esa; como la que yo mismo cargaba todavía fresca.

—A veces pasa que nos topamos con personas sin corazón —dije con intenciones de darle aliento.

—Y es horrible lo que pueden destruir. —Su barbilla delató las ganas que tenía de llorar—, ¿no crees?

La jalé del hombro hacia mí para tenerla más cerca.

—Mucho —murmuré.

Ella me contempló. Sus ojos brillaban y sus labios me invitaron a probarlos como tanto deseé en el pasado. ¡Y lo hice! Fui directo a ellos y la besé de una manera confiada y deliciosa.

Esa velada la pasamos así, consolándonos entre besos, caricias y palabras bonitas.

Su hermano Daniel la buscó ya de madrugada y, cuando nos encontró, le avisó que debía irse a dormir.

—Que descanses —me deseó antes de soltarse de mi agarre.

Estuve solo unos minutos más en la banca, antes de que también me retirara.

Nuestras puertas se encontraban tan cerca que supe que Ermilio metió mano ahí. Solo tenía que tocar la suya y sería mía. ¡Sabía que ella también lo quería! Pude sentir sus ganas con cada beso y cada roce que me dio. Si la poseía ya no podría rechazarme, quedaría comprometida en cuerpo, su alma era lo que me tocaría terminar de conquistar.

Salí de mi habitación, revisé que estuviera vacío el pasillo y caminé un par de pasos cortos. ¡Estaba tan cerca de lograrlo! Mis bajos instintos gritaban que tocara y le arrancara la ropa, sentía el calor de la lujuria corriendo por cada parte de mi ser, pero, antes de que mis nudillos pegaran sobre la madera, me detuve. No, no fui capaz. Otras mujeres me daban placer a cambio de dinero, pero Miranda no era así, a ella no podía comprarla. Aprovecharme de su vulnerabilidad sería una canallada que jamás me perdonaría. Si iba a hacer las cosas, las haría bien, aunque lo más rápido que se pudiera.

El viaje de regreso fue más sencillo. Mi bella acompañante de asiento decidió secuestrar mi mano y la entrelazó con la suya. Su hermano fue testigo silente de la confianza que mostraba conmigo, pero, supongo, que ya sabía que lo que venía era formalizar.

Lo siguiente que urgía hacer era preparar el anillo y la pedida de mano con sus padres. Desconocía sus costumbres, pero lo haría con las mías.

Le prometí que la vería dentro de una semana e insinué los fines de la visita. Tenía que preparar a mis padres para que me acompañaran.

Una tarde, entré al cuarto donde guardaba el baúl de las cosas de valor. Busqué entre las cajas, hasta que di con la cajita que quería hallar. La abrí sin vacilar. ¡Ahí estaba! El anillo de estrella. El rubí del centro brillaba como la primera vez que lo vi y mi corazón dio un fuerte latido.

—Cuñado, perdona —escuché que dijeron detrás de mí—, pensé que andabas fuera.

Dejé la cajita sobre el baúl porque Pía entró. Allí tenía la cama en la que prefería descansar.

Enseguida volteé hacia ella.

—Pásale, pásale —le pedí—. Ya me iba. —Antes de avanzar a la salida, la observé. Dejó de interesarse en vestirse como acostumbraba. Se veía pálida y sus ojeras cada vez parecían más oscuras—. ¿Estás bien? ¿Quieres ir al médico?

—Me has llevado dos veces este mes. Estoy bien. —Acarició su

vientre abultado—. Es lo que pasamos las embarazadas. Tienen suerte de no pasar por esto. —Soltó el aire y volvió a inhalar—. Solo que este bebé tiene bastantes ganas de hacerme sufrir.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Rogelio era de los hombres que procuraban a su esposa. Era mi deber hacerlo por él.

Pía no me respondió, ladeó la cabeza y dejó de parpadear.

—Contarme para quién es ese anillo. —Apuntó hacia el baúl—. ¡Cuñado! —Tocó su mejilla y hasta el color le regresó—, ¡no me digas!

Levanté la cajita y se lo mostré.

—¿Crees que es bonito?

Pía recibió el anillo y sonrió al verlo de cerca.

—Es precioso. —Me miró animada, como pocas veces hacía en esos tiempos—. ¿Se trata de la señorita de la ciudad?

Negué despacio.

—Era para Amalia Bautista —fui sincero y la garganta me traicionó cuando las palabras salieron.

—¡Oh! Lo siento. No tenías que decirme. —Me regresó la joya.

—Pero lo voy a volver a guardar. Creo que no es correcto dárselo a quien pretendo pedirle matrimonio.

—Es un desperdicio, pero tomas una noble decisión. Al menos a mí no me gustaría ni tantito saber que el anillo que me dieron era para otra mujer.

Ella tenía razón. Ese anillo de estrella regresaría a lo más profundo del baúl y ahí se quedaría para siempre.

—Compraré otro muy pronto.

—Mis felicitaciones —dijo seria, pero sé que lo decía sincera—. Es bueno olvidar a quien amaste… —Por un par de segundos, dejó de estar presente. Cuando regresó en sí, se dirigió a la cama—. Voy a acostarme un ratito. Mis hijos están con su abuela en el patio, corren como potrillos y yo ya no puedo. Quiero aprovechar que los tiene entretenidos. Siento que se me rompe todo por dentro.

La vi cubrirse con la colcha mientras salía.

—Cualquier cosa que necesites, estoy para ayudarte —dije desde la puerta.

—Lo haré, cuñado, gracias por estar tan pendiente de tu sobrino o sobrina.

Tuve claro que era urgente comprar otro anillo. Al día siguiente salí con dos objetivos: buscar el anillo para Miranda, y visitar a Florencio.

Erlinda y yo nos escribíamos de vez en cuando. Cualquiera vería mal esas atenciones, pero entre nosotros existía un lazo diferente al romántico. Ella era como la hermana que nunca tuve. Su sinceridad

terminó por fascinarme. Aunque podía llegar a ser irritante para otros, para mí dejó de serlo con el trato. En sus cartas me contaba sobre su vida en el norte. Estaba montando un puesto de comida por allá y los clientes llegaban poco a poco. Quería juntar dinero para cuando Florencio saliera y así tuvieran estabilidad. Extrañaba a su esposo, pero comprendía que los dos peligrarían si volvía.

Primero visité a Florencio. Ermilio me encargó que le entregara un adorno de su boda y yo ansiaba platicarle sobre mis intensiones con Miranda.

—¿Qué pasó, mi güerito? —saludó uno de los cuidadores de la penitenciaría cuando me vio—. ¿Qué nos mandó esta vez su madrecita santa?

Mi madre me había dado una importante lección. Le conté sobre lo desagradable que se volvía ingresar a ver a mi amigo, y tuvo una magnífica idea.

—Se atrapan más moscas con miel que con hiel —dijo después de que terminé de quejarme.

Desde entonces, se dedicó a preparar suculentos platillos para que se los llevara a aquellos malencarados guardias.

En el tercer intento, cedió la hostilidad conmigo. ¡Ella lo logró!

—Tlayudas —les informé y dejé la pesada canasta sobre una silla. Aunque no quería, el nombre de un simple platillo logró que rememorara aquella noche en la que Amalia Bautista me atrapó en su embrujo—. Les encargo la canasta.

Cinco de ellos se fueron directo a abrir la servilleta de tela que cubría la comida.

—Ya sabes que sí, mi güero —me respondió uno de ellos mientras masticaba un pedazo de la tortilla—. Se ven rebuenas, pero no me esperaba menos. Pásele. —El hombre ni siquiera se dio cuenta que llevaba conmigo una figura de barro con la que fácilmente podía descalabrarlo—. Conoce dónde encontrar a su marido.

Entré sin que me revisaran. Así de importante era el poder del hambre.

Hallé a Florencio haciendo flexiones en el suelo. Abandonó su ejercicio enseguida que lo llamé. No tenía camisa y el sudor corría por su torso moreno que ya se notaba marcado por el constante trabajo. El muy creído parecía empeñado en seguir humillándonos cuando fuera libre.

—Mi madre te manda esto. —Le entregué una bolsa con una tlayuda especial para él—. Y el Ermilio esto. —Puse en su otra mano la figurilla.

—Te invito a pasar a mi elegante comedor.

Ambos nos sentamos en la improvisada mesa que armó con tablas y palos viejos.

Mi amigo saboreó apurado la tlayuda. Era obvio que la disfrutaba demasiado.

—Solo doña Esperanza puede hacer esto. —Se tomó el tiempo para degustarla—. Cuéntame, ¿cómo te fue en la fiesta de Ermilio?

—Bien —respondí—. Diría que demasiado bien.

Mi afirmación llamó la atención de Florencio, hasta se quedó con el bocado en la mano.

—¿Por qué lo dices?

—Amigo, te tengo que contar que planeo pedir la mano de la señorita Miranda —le confesé, esperando una felicitación.

—¿Miranda? —Supongo que hizo memoria porque se concentró por unos segundos—. Sí, ya la recuerdo. Me sorprende, aunque, ¿quién soy yo para juzgar a un hombre que se enamoró rápido? —Esbozó una media sonrisa. Después me inspeccionó. Al final entrecerró los ojos—. Porque sí estás enamorado, ¿verdad?

Supongo que él vio algo en mi expresión que lo motivó a interrogarme.

—Ella me hace sentir bien —le dije, tratando de convencerlo.

Florencio movió la cabeza de arriba abajo varias veces. Terminó su comida e hizo a un lado el plato.

—Ya entiendo lo que pasa.

Fue extraño, pero me sentí como si estuviera frente a un difícil examen y con el profesor vigilando para que no copiara.

—¿Y qué pasa?

Florencio se inclinó hacia mí y me señaló convencido.

—Te vas a casar por despecho. —Soltó una breve risotada, después cruzó los brazos—. ¿Cuánto ha pasado desde que supiste lo de tu exnovia y tu examigo? Apenas unos meses. —Resolló y se percibía en su voz un deje de decepción—. Es puro despecho y nada más.

—No sabes nada...

—Perdóname que te lo diga, amigo —me interrumpió; algo que no solía hacer—, pero ¿no te parece mezquino de tu parte mentirle a una mujer que no te ha hecho ningún mal?

Sus palabras se encajaron en mí como filosas espinas.

—Puede pasar una vez que estemos casados —traté de dialogar y al mismo tiempo convencerme—. Tú sabes, con la convivencia y eso.

—Esteban, no funciona así…

—Entonces, ¿qué hago? —Fue inevitable y elevé la voz porque me alteró su insistencia—. ¿Voy por ahí esperando a que la mujer que de verdad quiero deje a su… —la palabra se negaba a salir y tuve que tragar rápido saliva— esposo, y regrese conmigo? —Con el dedo me golpeé el pecho—. ¿Cómo te funcionó a ti el elegir el amor? ¡Mira a dónde te trajo! —Extendí los brazos, como si fuera necesario recordarle a Florencio que vivía en el deplorable encierro. Reaccioné

de inmediato y la culpa fue lacerante—. Perdóname. —Agaché la cara —, se me pasó la mano.

—Está bien. Tienes razón. —Él no se ofendió como supuse—. Estoy pagando mi falta. En el tiempo que llevo aquí entendí que los Larrea reaccionaron así porque lo que le hice a su hija sí fue grave. Falté a mi palabra y manché el honor de una mujer que aceptó sin rechistar que yo fuera su marido. Un error que me costará cuatro años, pero tendrá un fin. —Se echó para atrás para acomodarse en la improvisada silla y me contempló desde ahí—. Si me permites, Esteban, te aconsejo ser honesto con la dama, y contigo. Que lo que te pasó no sea lo que te mueva a hacer algo de lo que te puedas arrepentir no solo cuatro años, sino toda tu vida.

—Ermilio es una muestra de que el amor puede aparecer después. Primero ni le importaba su prometida, y ahora se ve como un tonto embrujado.

—Es diferente.

—¿Por qué? —exigí saber.

—Porque Ermilio no tenía comprometido aquí. —Señaló su corazón—. Él tal vez no se dio el tiempo de conocer a su señora antes, y cuando lo hizo, cayó en sus redes. Escucha, lo que hagas, lo respetaré, pero por lo menos analiza esto que te digo.

—Ya tomé una decisión —pronuncié despacio y severo.

—Pues aquí espero el adorno, amigo —finalizó la discusión.

Así me marché, vuelto un remolino de emociones desordenadas que me afectaban más de lo que permitía que los demás vieran.

La sinceridad con la que Florencio dio su opinión me regresó a la realidad de un tirón. Yo todavía no lograba despedirme de lo que pudo ser.

Durante el viaje de vuelta evité pensar.

Llegué a casa directo a bañarme. Pero ni el agua helada calmó mis pensamientos. De pronto llegaron a mí los ojos de don Amadeo, el disparo de don Baltazar, el cuerpo de don Evelio, la cara de Ciro antes de morir, mi hermano dentro de esa caja, la imagen de Amalia engañándome con Nicolás, sus besos que jamás podría volver a probar… Todo se me fue encima, pesaba y me robó el aliento. Mi latido se aceleró y tuve un mareo.

Florencio tenía razón, yo no estaba preparado para comprometerme con Miranda, no porque no fuera una señorita adecuada, sino porque no la amaba.

Sin un amor

No recuerdo si los fuertes escalofríos fueron los que me llevaron a hundirme en la cama, o fue el tormento que me quitaba las ganas de levantarme. Solo sé que al segundo día ya tenía en la habitación a mi madre, a Justina, Silvia y Pía. Las cuatro comentaban entre sí en voz baja… Era capaz de reconocer los colores llamativos de las telas de sus ropas. El lugar se convirtió en una fiesta de faldas largas que iban y venían.

El malestar de cabeza era tan abrumador que impedía que pensara bien.

Entre sueños escuché, como si me encontrara dentro de un túnel, la inconfundible voz de Silvia:

—¿Sigue la fiebre?

—Sí —alguien le respondió—, pero baja por ratos.

Mi madre fue la otra persona que habló, quejándose:

—¿Y si buscamos otro médico? El viejito ese que vino no me convence.

—Tranquila, suegra, mejorará… —reconocí que intervino Pía.

Los murmullos siguieron, pero dejé de prestarles atención porque mis ojos se cerraron y entré en una ensoñación profunda, cálida, y deseé no salir de ella jamás porque era agradable. Allí no tenía que ser fuerte, allí no existía la pena del desamor, del duelo, de las despedidas que no quise dar.

Desconocía cuánto tiempo pasé así, aunque lo sospeché cuando vi las caras de mis cuñadas y mi madre en un ligero despertar. Sus semblantes preocupados me indicaron que no se trataba de solo cansancio.

Traté de ponerme de pie, pero no pude ni siquiera mantenerme sobre la cama. Sentí el paño sobre la frente y, al querer levantar el brazo, se movió de lugar, por eso la persona que me vigilaba, reaccionó.

—¿Sabes quién soy? —me preguntó Justina cuando al fin logré abrir bien los ojos. Se encontraba sentada en un sillón a mi lado y noté que dormitaba.

Ella era la cuñada con la que menos interactuaba. No porque no quisiera, sino porque su temperamento un poco, digamos hosco, no se acoplaba bien conmigo. Aun así, con la convivencia que tuvimos

gracias a las circunstancias, pude ver que en realidad era una mujer amorosa, pero no lo dejaba ver tanto como lo hacía Silvia con todo ese dulzor que mantenía a la vista.

Contra todo pronóstico, Justina era quien consentía a Pía, le preparaba sus antojos y la ayudaba a bañar a sus hijos. Una vez hasta la encontré haciéndole una trenza con listones rosados.

—Eres mi cuñada —respondí despacio. Me dolía respirar y la garganta que dolía no era de gran ayuda.

También tenía la vista afectada e iba mejorando lento, pero podía reconocer a las personas por sus siluetas y su voz.

—¿Cuál de todas?

—Silvia —le dije, fingiendo seriedad—. Tienes la misma altura. —Sonreí.

Logré ver que ella acompañó mi sonrisa.

—¡Ah! Ya eres chistosito también tú.

—Eres Justina.

Ella mantuvo la sonrisa.

—¿Qué tal el descanso? Te la aventaste larga, ¡eh!

A pesar de la presión en el pecho, reí un poco.

—Siento como si me hubiera pasado el tren encima. —De pronto, comencé a toser.

Justina se levantó para pasarme un caso, por si expulsaba flemas.

Me empeñé en calmar la desagradable crisis, hasta que lo logré. Toser hacía que mi cuerpo se debilitara más.

—Estuviste delicado —reconoció—. El médico dijo que un día más así y tendríamos que llevarte a la casota esa que se llama hospital.

Cerca de la puerta cruzó alguien, y cuando entró al oír que hablamos, supe que era Silvia por su silueta.

—¡Oh! —soltó emocionada y levantó ambos brazos hacia arriba —. Revivió Esteban. —Se acercó a los pies de la cama—. Sí que nos metiste tremendo susto.

—Ve por un plato de caldo —le indicó Justina—. El cuñado está en los huesos.

En ese momento me di cuenta de que mi torso se encontraba desnudo.

Jalé la sábana para cubrirme porque tenía frente a mí a dos señoras casadas.

—No te apures. —comentó Justina, desinteresada—. Ya todas te vimos.

Si hubiera podido verme, confirmaría que me sonrojé.

Silvia regresó unos minutos más tarde con un plato de caldo de pollo al que le salía vapor.

Alegre se sentó a mi lado y empezó a darme de comer con la cuchara.

—Tachito está con la bebé —comentó—. Deberías verlo cambiarle el pañal. Por poco llora cuando vio que le dejó un regalote.

Imaginé a mi hermano haciendo arcadas frente a Florecita, como le pusieron a su bebé.

—Puedo comer solo —le dije a Silvia, aun cuando era incapaz de mantener la mano levantada.

—Tú déjate consentir. —Era mi madre quien entró a la habitación.

Con la vista mejorando, reconocí que llevaba aferrado entre los dedos un rosario de madera color café.

Pía entró detrás de mi madre.

—¿Qué fecha es? —le pregunté a Silvia porque la tenía más cerca.

—Diecisiete de febrero —respondió sin dudarlo.

Le había prometido a Miranda que la vería el dieciocho por la mañana. Por eso luché por levantarme, aunque fuera con apoyo de una orilla de la cama, pero no lo logré.

—Regrésate a acostar —ordenó tajante mi madre.

—Es que tengo que salir mañana.

—¡De ninguna manera! —sentenció y extendió una mano.

—Es que quedé de ver a… —Mi familia no iba a enterarse del nombre porque mis planes de casamiento se cancelaron antes de pactarlos—, alguien.

Mamá se me acercó desde el lado contrario a Silvia. Desde mi lugar, percibí esa vibra que transmite el enojo.

—¡Sigues enfermo, ¿entiendes?! Hemos pasado largas horas cuidándote. —Con su dedo negó—. No vas a echarlas a la basura.

—Voy y vengo —me atreví a rebatirle.

—¡Pues entonces muérete si eso es lo que quieres! —casi gritó y sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Suegra! —Se asombró Pía.

Mamá hundió los hombros.

—El que por su gusto muere…

Supongo que mi terquedad la enfadó, porque salió de la habitación sin decir una palabra más.

Pía fue directo a hablarme en voz baja. Incluso volteó a ver a la puerta antes de iniciar.

—Si nos das la dirección de la señorita, podemos enviarle una carta de esas que llegan más rápido, ¿verdad, muchachas? —Giró a ver a Silvia y a Justina, quienes le asintieron—. O si tienes eso del *telenefo*, hacemos el intento de avisarle así.

Su iniciativa me conmovió.

—No me gustaría que te arriesgaras.

—Estoy embarazada, no enferma —dijo Pía, tal vez irritada de que la tomaran como incapaz de hacer un simple favor—. El enfermo

eres tú.

Medité un momento. Debía tener cuidado con mi proceder.

—Lo del teléfono es buena idea, pero preferiría decírselo en persona.

—¿Qué señorita? —quiso saber Justina—. Necesito el chisme completo.

—Justi —la reprendió Silvia, a pesar de ser la menor de las tres—, sé discreta.

—¡Oh! —Justina comprendió—. Pedirás matrimonio…

Antes de que empezaran a hablar sin cesar, intervine:

—No, no pediré matrimonio. Es que… —Bajé la cabeza—, no estoy listo. Tal vez jamás me case —susurré para mí.

—Lo dudo —añadió Justina, sonando segura de lo que decía.

—Yo también. —La mujer de mi hermano Anastasio se unió al debate—. Los Quiroga son puro fuego.

—*¡Silvia!* —la reprendieron las otras dos cuñadas al mismo tiempo y noté que se ruborizaron.

Sin duda les debía a ellas tres y a mi madre que yo estuviera mejorando y no sabía cómo iba a agradecérselos. Lo que sí sabía era que las admiraba más a cada una.

Al final no hubo ni carta ni llamada. Que Miranda se decepcionara de mi falta de compromiso haría más fácil lo que venía.

La tos, por ratos, me dejaba agotado y el médico ordenó reposo absoluto. Por eso, pude viajar después de una semana más de cuidados.

No llevé flores y tampoco el anillo que ella pensó que le entregaría junto con una propuesta de “ser felices por el resto de nuestras vidas”.

Fue Daniel quien me atendió después del llamado de la empleada. Al verme, por poco y me cierra la puerta en la cara, pero le pedí de la manera más atenta que dejara que le diera una explicación a su hermana. Accedió a regañadientes. Creía que costaría más esfuerzo convencerlo o que me correría como un animalito callejero.

Miranda bajó a la sala donde la esperaba hasta después de veinte minutos.

En cuanto la vi, me levanté para saludarla. Ella respondió con un indiferente movimiento de mano y se sentó en el extremo del sillón, lo bastante lejos como para tener que hablar más fuerte.

—Aquí me tienes —dijo a secas y se señaló con ambos dedos índices.

Se le notaba molesta, o tal vez decepcionada. Ni siquiera me observó.

—Señorita Miranda —comencé formal. Esta vez, los nervios no

llegaron ni me fallaron en el peor momento—, tengo que disculparme por la falta que le hice. En mi defensa diré que estuve enfermo y me fue imposible venir antes.

Su semblante cambió por uno de confusión.

—¿Qué tan enfermo? —murmuró y me observó de reojo.

—Muy enfermo.

Por un instante, su rostro se iluminó.

Sentí desesperación porque no buscaba que su ilusión renaciera.

—Pudiste avisarme —reclamó, pero ya sin molestia.

—Necesitaba venir personalmente. —Incliné el cuerpo hacia ella.

—Entonces…

—Miranda —la interrumpí descortés—, debes saber que pienso que eres hermosa, divertida, lista…

—¡Ya sé! —fue ella quien intervino esta vez. Resopló, se giró para ver hacia otro lado y mostró la palma de su mano—. Viene la excusa, ¿cierto?

Hubo un incómodo silencio. Durante ese breve tiempo vi como sus ojos se humedecieron por las lágrimas que resistía que salieran.

Por poco y me retracto porque odié lo que le estaba haciendo. Sin duda, Miranda me atraía, sentía deseo cada vez que convivíamos, fue así desde que la conocí. Pero cuando imaginaba lo venidero, no me veía con ella como mi compañera de vida.

—Perdóname —dije en voz más baja pero audible. Recorrí un espacio del sillón para estar más cerca—. Es una grave falta el no sincerarme. —Toqué mi pecho—. No puedo formalizar nada si no tengo mis intensiones claras.

Ella volteó a verme y frunció el ceño.

—¿Qué es lo que no tienes claro?

—Me gustas, y mucho, pero… nada más.

—¡Qué duro! —Se le enrojecieron más los ojos y bajó el rostro.

Me levanté y me hinqué a su lado.

—Lo siento, de verdad. Yo si quería que mis sentimientos fueran otros. —Rogaba porque comprendiera el porqué terminaba de esa manera tan abrupta la relación que apenas iniciaba.

—Mejor no me hubieras dicho —murmuró sin encararme—. Muchos se casan así. Con el convivir es que llega el dichoso amor.

Sujeté sus manos.

Ella no lo impidió.

—Eres demasiado buena para convertirte en el consuelo de un hombre que no sabe lo que quiere. Tengo que lidiar primero con mis problemas. Odiaría arrastrarte a mi martirio.

Otro silencio. Esta vez estábamos lo bastante juntos como para percatarme de que meditaba lo que le dije.

—Entiendo, Esteban. —Esta vez sí me miró—. Hubiera sido

interesante. Pero por lo menos fuiste sincero. Lo valoro. —Se soltó de mi agarre, luego respiró hondo—. Si eso era todo, ya te puedes ir.

Quería pedirle que siguiéramos siendo amigos, quizá ella aceptaría, aunque yo sabía que sería solo por cortesía. Continuar una amistad después de aquellos besos que nos dimos era complicado, por no decir inaceptable.

La dejé allí sin agregar nada más. Antes de salir, reconocí a Daniel, vigilante desde lo alto de las escaleras. Me despedí, aunque no recibí una respuesta. Así terminó la breve historia con aquella señorita citadina que hasta el día de hoy recuerdo con cariño.

El tiempo continuó pasando entre trabajo y conversaciones familiares. Dejé de lado el tema del romance. Poco a poco mi madre se hacía de conocidas y los chismes empezaron a formar parte de la sobremesa. Mi padre, por su parte, adoptó la tarea de sembrar plantas en el patio. Le dedicaba horas a acomodarlas y luego las regaba como si fueran grandes tesoros. A mamá no le costó esfuerzo dejar de cuidarlas ella.

Abril llegó con un leve calor, lo bastante tolerable como para quejarse. En ocasiones pensaba en Sebastián. Él apenas y mandó una nota un mes atrás confirmando que se encontraba bien y que nos visitaría cuando se sintiera listo. Pero nada más, ni un comentario sobre su hijo o su mujer.

Recorrer mi casa, por ratos, se volvía doloroso porque los planes que tenía con ella cambiaron de manera abrupta.

Los muebles que la adornaban eran distintos entre sí. Cada uno compró o llevó los que más les gustaban: como la mesita rosa de Silvia, o el ropero café enorme que Jacobo le compró a su esposa con lo que ganaba en las peleas clandestinas a las que se metió cuando se hartó de depender de sus hermanos… Quizá no era como lo pensé, pero el hogar que formábamos en esos tiempos era imperfecto y al mismo tiempo, sanador.

Una mañana después de desayunar, Anastasio me pidió que me quedara. Tenía que viajar para ayudar a Gerónimo en el local. Iba cada tercer día y me gustaba distraerme en ello. Por eso dudé en aceptar.

—Acompáñame a tomar un café. —Movió la silla para que volviera a sentarme. Fue a una canasta que se encontraba en una mesa de la esquina, abrió la servilleta de tela y sacó dos panes—. Tienes que probarlos. Los conseguimos en el mercado. Son de piloncillo.

Accedí confundido.

—Me comí uno hace una hora —le avisé. Conocía de sobra los modos de Anastasio.

A él no le importó mi argumento.

—Nunca es suficiente café. —Seguía de buen humor y sirvió una taza—. Además, este lo estoy haciendo yo para mi hermanito.

El aroma fue el que me convenció de mantenerme sentado. Percibí la canela ¡y sí!, nunca era suficiente café.

—¿Qué me vas a decir? —pregunté mientras lo inspeccionaba en búsqueda de una vacilación.

—Nada, nada. —Me entregó el café—. Ten, pruébalo. Mi suegra me pasó la receta que le gusta a Silvia.

El agradable vapor adictivo hizo que se me olvidara todo por un segundo.

En ese momento dudé de si él de verdad actuaba solo por convivir.

De pronto, mi madre salió del lavadero que teníamos a un lado de la cocina y se sentó en la mesa.

Llevaba el mandil azul mojado porque seguro lavaba los trastes.

—Esteban —habló directo y la expresión seria—, hay una cosita que quiero platicar contigo.

A Anastasio se le borró la sonrisa.

—Los dejo —dijo y se dispuso a salir.

—¡No que no, cabrón! —Apunté a mi hermano en modo de reclamo. Después le presté atención a mamá porque me preocupó que armaran el numerito—. ¿Qué pasó?

La tenía enfrente, así que podíamos vernos cara a cara.

—Según entiendo, hijo —comenzó sin rodeos—, tus intenciones con la desconocida que jamás te dignaste a presentarme no se lograron

—Mamá, te dije que… —quise cortar con la conversación porque sabía que ella trataría de convencerme de buscar a otra señorita y yo no tenía humor para eso. Me había convencido de que lo ideal era mantenerme así: sin un amor al cual procurar.

—¿Podrías escucharme al menos? —interrumpió inflexible.

Supe que ella no estaría dispuesta a abandonar el tema.

—Tienes pensado hacer algo conmigo, ¿cierto?

—Lo tengo pensado. —Confirmó también con un movimiento de cabeza.

¡Por supuesto que no podía ser otro tema que el del matrimonio! A ella le interesaba tanto que parecíamos muchachitas casaderas a punto de ser solteronas.

—Adelante. —Crucé los brazos y me recargué en la silla—. Muero por saberlos.

Mamá se masajeó un poco el cuello, jaló la taza que Anastasio sirvió, le dio un sorbo grande, y después dio inicio:

—El medicucho ese que ve a Pía dice que le faltan menos de dos meses.

Su comentario me contrarió porque imaginé que iría directo a darme la lista de sus candidatas ahora que conocía a los vecinos.

—Sí. Estaba ahí cuando lo dijo.

—Bueno. —Irguió su espalda—, he visto como la tratas.

—¿A Pía? —No comprendía.

—Eres atento. —Con sus dedos fue listando—, estás pendiente de su embarazo y buscas animarla. Además, se llevan bien a pesar de que es una mujer tan seria. —Levantó los hombros—. Podría decir que hasta se parecen en el comportamiento.

—¿Y eso qué?

Mamá le dio un manotazo a la mesa y después se tocó la frente.

—¡Pía es madre de los hijos de Rogelio! Lleva dentro uno que está por nacer…

Elevé una mano frente a ella porque entendí lo que tramaba.

—¡Espera, espera! ¿Piensas juntarme con ella? —La contemplé y por su mueca supe que era así—. ¿Hablas en serio? ¡Es mi cuñada!

—Y será la cuñada de alguien más cuando se le pase el duelo. ¡Piénsalo! Es una viuda joven. —Manoteó y su vista se perdió, como si imaginara lo que decía—. Puedo jurar que cualquier abusivo de aquí va a cortejarla de nuevo después de que dé a luz, y se llevará a mis nietos. —Soltó un chillido—. Solo Dios sabe si ese bebé va tener el apellido Quiroga.

—¡¿Estás oyéndote?! —por poco y le grito. La frustración me superaba—. Esa pobre mujer está pasando un martirio. ¡Todos la hemos visto! ¡Tú la has visto! Perdió al hombre que amaba, a su pareja. Pudo irse con su familia, vivir cómodamente en casa de sus padres, criar allá a sus hijos. ¡Pero no! Escogió venirse con nosotros. Podrías por lo menos tenerle un poco de fe.

Mamá negó varias veces.

—La fe no es suficiente. Las mujeres también tenemos… —Vaciló, avergonzada—. necesidades. Va a encandilarse con otro, tarde o temprano. Tú me entiendes.

La avalancha de pensamientos que llegaron a mí me provocó un mareo.

—¡Ese otro no voy a ser yo! —confirmé, tratando de sonar seguro.

—¿Por qué no? ¿Qué “pero” le pones? Pía es hermosa, la mujer más bella que mis ojos han visto, más que tu Bautista y todas esas mujeres alocadas que viven en esta ciudad. Rogelio no se molestaría si eres tú quien toma su lugar, vas a proteger y cuidar a quienes tanto amó.

Todo lo que mamá dijo era cierto. Pía era hermosa, agradable si se le trataba con sus formas, y una buena esposa. A pesar de eso, siempre la vi como familia.

Mi madre estaba pidiendo demasiado.

—Ya no voy a escucharte. —Eché la silla para atrás para levantarme, pero mamá jaló mi brazo.

—Piénsalo. —Sus ojos me contemplaron, como si suplicaran—, por el bien de tus sobrinos.

Salí incrédulo de la cocina, convencido de que dejaría atrás el penoso momento del que había sido víctima.

Por la noche, aquel encuentro regresó traicionero y me regaló una madrugada de dudas.

Muchas personas aseguran que sueñan con sus seres queridos fallecidos. Cuentan, tan conmovidos, que los vieron y hasta pudieron platicar.

¿Por qué yo no soñaba a mi hermano? Me quemaban las ganas de decirle que todo iba mejorando. Que necesitaba saber qué pensaba de la locura de nuestra madre. Que me urgía su consejo, su regaño, su rabieta, lo que fuera, pero lo necesitaba ya.

Triste recuerdo

Ermilio llegó esa misma semana. Había avisado, por medio de un mensaje que un jovencito se encargó de llevarme, que me visitaría y lo recibí con gusto.

Juntos fuimos a ver a Florencio. Él se alegró de que los tres lográramos una cálida reunión.

Después de eso, Ermilio me llevó hasta el amplio terreno que se ubicaba a las afueras de la ciudad. En ese lugar su suegro le propuso que se empezara a sembrar aguacate. El proyecto tenía como fin mejorar la distribución en la zona sur del país.

Si bien la ciudad me parecía interesante, también era caótica y podía cansar. Estoy convencido de que el aire del campo es distinto. Huele a vida, a alegría. Cuando alguien se siente morir, es aconsejable que vaya a olvidarse de todo en medio del pasto y los árboles que bailan al compás de una suave brisa que refresca el alma.

—Las oficinas estarán allá. —Ermilio apuntó hacia una construcción precaria de dos habitaciones y techo de tejas al que faltaban varias—. Yo no me voy a quedar aquí, tengo que regresar, pero acordé que vendría a revisar la administración cada quince días. —Me contempló entusiasmado—. ¿Te interesa estar de encargado en el proceso agrario? —Hundió un poco los hombros—. Esto es nuevo y avanzará despacio, pero confío en que saldrá adelante. Y con tu ayuda, más.

Lo pensé un momento. Ser empleado de nuevo fue una propuesta que no me tentó lo suficiente. En la zapatería no era dueño, jamás lo fui de forma oficial, por eso hice una contrapropuesta:

—Tu ofrecimiento es noble, amigo. Sé que me falta experiencia, pero me gustaría ser socio de este interesante proyecto. Sabes bien que al aguacate le dicen oro verde y, si esto sale bien, puede ayudar no solo a mi familia, sino a muchas.

Ermilio se agachó, dio una media vuelta, se masajeó la barbilla, y después regresó a verme.

—Los socios cobrarán hasta que haya ganancias. Tal vez eso tarde.

—Haremos que funcione —le dije esperanzado.

Que funcionara era la única opción que tenía. Si quería mantener a la familia grande que anhelaba, antes debía trabajar a sol y a sombra

de ser necesario.

Mi buen amigo y yo cerramos el trato con un apretón de manos que fue una luz de oportunidad que no dejaría que se apagara.

Su esposa Conchita se quedó en mi casa conviviendo con las mujeres. La idea de ir a asolearse al campo no le pareció una buena forma de pasar el día.

Ambos regresamos a la ciudad. El tiempo de camino era de una hora y veinte minutos en autobús; medio de transporte que en mi pueblo ni siquiera soñábamos tener.

Antes de volver a casa, invité a Ermilio a comer una birria que consideraba deliciosa.

—Es un lugar… llamativo.

Noté su desdén enseguida porque el lugar era chico y le invertían poco empeño para que luciera mejor. Apenas y contaba con tres mesas y a un lado se encontraba la cocina. Dos meseros y dos señoras que cocinaban, y nada más.

—Sirven buena comida —añadí.

Ocupamos una de las mesas y enseguida pedimos.

—Dime, Esteban —comenzó Ermilio, serio—, ¿cómo vas?

—Bien —respondí a secas.

No sabía si de verdad ya estaba bien. La pérdida de mi hermano apenas tenía cinco meses y mi madre tuvo la atrevida idea de juntarme con su esposa. Y también estaba Amalia. Odiaba pensar en ella, pero hasta el salero me la recordaba.

«¿Cómo se arrancan los recuerdos que duelen cuando vuelven?», me pregunté con la vista puesta en un florero con girasoles que estaban más muertas que mis ganas de enamorarme otra vez.

—Lo estarás, ya lo verás. —Apretó mi hombro. Él sabía que las cosas con Miranda no continuaron, pero tuvo la delicadeza de dejar pasar esa conversación.

Resoplé y lo miré fijo.

—Voy a dedicarme al trabajo, eso es lo que más importante ahora, ¿qué no? —Fingí una sonrisa.

«¡Debo dejar de pensar en tonterías!», me reprendí porque evocar a Amalia era eso: una tontería. ¡Yo era un tonto por no poder borrarla de mi mente !, de dejar en el olvido las noches en las que aparecía con su perfume y sus dulces labios que tanto mintieron.

—Es lo mejor que puedes hacer —así finalizó mi amigo con el tema.

La visita de Ermilio fue breve, pero dejó a su partida una larga lista de pendientes para iniciar con el proyecto. Mi inversión saldría de un préstamo que Gerónimo aceptó porque la mercancía del local del pueblo se vendió como remate para evitar tanta pérdida.

Enfocarme en tan importantes encomiendas alejarían cualquier ingrato intento de pensar en su nombre.

Durante la siguiente semana estuve ausente en la casa. Las visitas a la zapatería se redujeron a solo un día. Mi hermano ya manejaba todo de manera excelente y con la ayuda de Acacio yo era solo un estorbo. Los otros cinco días los dediqué a buscar empleados.

Los primeros a los que consideré fueron a Jacobo y a Anastasio. Ellos sabían sobre sembradíos. Anastasio mucho más; él aceptó a la primera.

Debí adivinar que Jacobo no tomaría muy bien que su hermano menor fuera su jefe.

—¿Buscas humillarme porque eres el estudiadito? —me reclamó aquella tarde cuando les hice el ofrecimiento en la pequeña oficina que monté—. ¡No! Gracias, pero no. —Se tocó la frente con dos dedos y cerró los ojos. Después nos miró a Anastasio y a mí—. Pensé mucho en tomar esta decisión, pero, ya que hasta el inútil de Paulino consiguió trabajo, voy a aceptar uno que sí me interesa.

—¿También te vas de payaso? —acertó a decir Anastasio, tal vez ofendido porque Jacobo hizo menos su oficio.

—¿Ese no serás tú? —Su expresión pasó a ser de enojo—. Tarado…

Por poco y le suelta un puñetazo, pero intervine a tiempo.

—¡Cálmense, ya! —les exigí. Si Jacobo no se detenía, seguro podría contra los dos—. Tacho, no lo tomes personal.

Supongo que nuestra madre escuchó la discusión o alguien le avisó, porque llegó a la puerta antes de que me quitara de en medio. Seguro estaba acostada porque tenía el cabello despeinado y encima un rebozo blanco que le cubría medio cuerpo.

—Qué bueno que vienes. —Jacobo hizo una seña a mamá para que se acercara más—. Quiero que sepan que me llegó una buena oportunidad. Otro peleador me invitó a aprender en uno de esos lugares que se llaman gimnasios. Un peleador que recién conocí me invitó, dice que puede ayudarme a mejorar mi técnica.

Anastasio seguía con el cuerpo inclinado, esperando para atacar.

—Tú y tus peleas que solo te madrean más la cara fea que te cargas —le dijo enseguida.

—¡Anastasio! —lo reprendió mamá, tal vez impresionada por su falta de control—. No le vuelvas a hablar así a tu hermano mayor.

—Ni siquiera nos llevamos un año —rebatió, aunque con voz más calmada.

Pero Jacobo volvió a irritarse.

—¡Uy! —Hizo un ademán con ambas manos, en modo de burla—. El que les canta a los jitomates para que se pongan colorados ya se

enojó.

Esta vez los dos se acercaron para agredirse y tuve que volver a meterme.

—¡No eres más un imbécil que cree que irse a golpes contra otro es mejor que plantar lo que se traga! —Anastasio no quitaba el dedo del renglón.

—¡Basta! —gritó mamá de una manera que seguro alertó a todos en la casa y hasta a uno que otro vecino chismoso—. Van a despertar a su padre. Se sintió mal anoche y casi no durmió. —Soltó un quejido —. Parecen niños chiquitos. Tan viejos que están, ya no les queda.

Hubo un silencio en el que todo se quedó detenido. Seguía de mediador y ellos dos se miraban como si dudaran de lo que iban a hacer.

Jacobo fue el primero en bajar la guardia; algo que no creí presenciar alguna vez.

—Perdóname, mamacita —le dijo de una manera aniñada—. Es que me desespero. Mi familia necesita un lugar propio. —De pronto, giró a verme—. No lo tomes a mal, hermano, pero es cansado depender de otros. Odio recibir dinero ajeno. Además, puedo ganar el mío si le echo ganas.

Nuestra madre adivinó que lo que venía era un anuncio importante.

—Pero, hijo. —Se aproximó a él, mortificada—, ¿piensas irte también?

Jacobo la contempló seguro de sí mismo.

—Ya no vamos a volver y lo sabes. Esto de vivir todos juntos era por un rato. Solo quedamos este baboso y yo. —Apuntó a Anastasio—. Invadimos la casa de Esteban. Y el gimnasio al que me invitaron queda en una ciudad más chica a unas dos horas en el tren, tal vez dos y media, depende. Si todo sale bien y me alcanza con la venta de mi propiedad, compraré otra por allá, y sí. —Asintió—, nos vamos a ir. Dejaremos de dar molestias.

—Nunca fueron una molestia —aclaré porque odiaría que se fuera pensando que los veía de esa manera.

—¿Vas a vender tu casa? —quiso saber mamá.

—Dejó de ser mi casa desde el momento en que nos fuimos. Necesito encontrar otra. —Sostuvo las manos de nuestra madre entre las suyas—. Vendré a visitarlos, lo prometo. —Dio un vistazo a Tacho —. Perdón. Es mero hartazgo.

Él aceptó tranquilo la disculpa.

—Ta´ bien. —Anastasio hundió los hombros—. Te entiendo.

La comunicación con mis hermanos se volvía complicada porque cada uno tenía “su modo”, pero aquella tarde, con una simple mirada, ambos se dijeron mucho.

Jacobo cumplió con lo dicho y se mudó tan solo tres semanas después.

Poco a poco la casa se iba quedando vacía. La calma regresaba, los gritos de los niños y los chismorreos de las mujeres cada vez eran menos, y con eso, llegaba la desolación de un hogar que agonizaba sin antes haber vivido como fue planeado.

Dejamos de dormir en el saloncito y cada familia ocupó una habitación. La nueva "normalidad" se fue creando poco a poco. Después de todo, teníamos que continuar.

Anastasio y yo empezamos de inmediato con los planes para la plantación y tratado del aguacate.

La temperatura y el suelo eran ideales. El suegro de Ermilio tuvo buen ojo a la hora de elegir el terreno. Así que debíamos darnos prisa.

Me gustaba pasar horas en el campo, entre tierra y semillas, entre sueños de un futuro estable.

Una noche, luego de arduo trabajo, volvimos a casa hambrientos. Devoramos el caldo de garbanzo que Silvia preparó.

Me disponía a dormir, pero, al pasar por la habitación que ocupaba Pía, escuché que se quejaba.

Toqué su puerta sin dudarlo.

Con un susurro, ella pidió que entrara.

Lo primero que vi fue que en el catre se encontraban dormidos sus tres hijos. Crecían tan rápido y el mayor empezaba a parecerse más a su padre.

Tuve un breve recuerdo de cuando dormíamos todos juntitos cuando éramos niños. Los siete amontonados aprendimos a ocupar un espacio reducido para no lastimar al de al lado.

Tardé un segundo en salir de la ensoñación.

—¿Cuñado? —dijo Pía, confundida.

Ella estaba en la cama, soñolienta y tapada desde los pies hasta los hombros con una cobija. Su vientre era tan grande que sobresalía entre la tela.

En ese mismo instante lamenté haber sido impertinente.

—Disculpa que te moleste a esta hora. —Volteé a ver hacia otro lado—. Es que oí un quejido y vine a ver si estabas bien.

Pía se rio.

—Estoy bien. Bueno, medio bien. Me falta el aire cuando patea, por eso respiro así. Queda poco tiempo, por suerte. Ya siento al bebé abajo.

No quise preguntar a qué se refería con "abajo" porque sería desatinado de mi parte. Lo que vino a mi mente fue el alarmante recordatorio de que el parto se encontraba tan cerca que creo que tenía más miedo yo que Pía.

—¿Segura que no quieres tenerlo en el hospital? —le pregunté una vez más a pesar de que se había negado en dos ocasiones.

Las costumbres del pueblo no se podían abandonar tan fácil.

—Muy segura. Silvia me ayudó a preparar todo. Tenemos listo lo que se va necesitar para cuando este chiquito revoltoso decida salir.

No sé bien por qué tomé una abrupta decisión: la observé, ¡me atreví! Tenía que quitarme la duda de si ella me atraía o podría llegar a hacerlo. Era bonita, eso lo sabía de sobra. Su cabello negro y suelto, su delgado pero bien proporcionado cuerpo, su altura que sobresalía, los rasgos de su rostro, esa mirada que a más de uno intimidaba… seguro seduciría a cualquier hombre que le interesara. ¡A cualquiera menos a mí!

—¿Qué? —Se percató de mi osadía y hasta se cubrió más con la colcha— ¿Por qué me ves así?

Por dentro deseé poder darme un buen golpe.

—Lo que pasa es que… imaginaba lo que debes estar pasando… con todo eso del embarazo. —Avergonzado, me apresuré a llegar a la puerta—. Cualquier cosa…

—Lo sé, lo sé —dijo con una media sonrisa que vi de reojo—. Te aviso.

Salí veloz y cerré la puerta.

En definitiva, Pía y yo éramos familia y no podía ser de otra manera. ¡Pero solo a mi madre se le ocurriría tremendo disparate! Ella me rechazaría en cuanto notara una ligera intención de cortejo; eso sería lo que en realidad la alejaría, más que cualquier otro hombre.

La esperada labor de parto comenzó dos días después, justo a la una de la tarde.

Silvia, mi madre, una partera que no sé en dónde la consiguieron y el médico que la atendió estaban dentro de la habitación de Pía.

Anastasio cuidaba a su bebé y contraté a una muchachita para que entretuviera a los demás niños en lo que pasaba el complicado momento.

Creía que la primera vez que estaría pendiente de una puerta para recibir a un recién nacido, sería con mi hijo o hija. Pero los planes que había para mí eran por completo diferentes a los que hice yo.

A las dos horas, mamá salió. Parecía agobiada y le llevé una silla y un vaso de agua.

—En mis tiempos los paríamos después de recoger verduras o lavar en el río. —Resopló—. Esta mujer ya se tardó y yo no sirvo para esto. —Dejó caer su espalda sobre el respaldo de la silla—. ¡Ah! —Lució conmovida—. Me acordé de cuando nacieron ustedes. El más doloroso fue Jacobo, a lo mejor porque fue el más gordo, pero tú y Rogelio no se quedan atrás. Salieron largos, y nunca se les quitó. —Le

dio un sorbo al agua antes de soltar la pregunta que tarde o temprano haría—: ¿Ya pensaste en lo que te dije?

—Deja de hacerlo —le reclamé—, ¿sí?

—¿Qué? —fingió no comprender.

Yo estaba de pie a su lado y me moví para verla a la cara.

—Tratarme como si fuera una solterona desesperada. Prefiero seguir como estoy, lo juro.

Mi madre movía el vaso, dándole pequeñas vueltas.

—Entiendo. Dejaré de hacerlo, hijo mío.

Que aceptara tan rápido y sin rechistar me impresionó tanto que requería volver a escucharlo.

—Lo que pasa es que me duele verte así —continuó, pero desvió la mirada—. Cuando andas por la casa como si fueras un muerto que se levantó de su tumba, me entra un sentimiento aquí. —Tocó su pecho. Después sus cristalinos ojos me vieron de nuevo—. Estás tan triste y ni siquiera te das cuenta de cuánto. —Miró hacia arriba y dejó escapar dos lágrimas—. Lo que más le pido a Dios es que cuide de los seis hijos que me quedan. Tú eres el que más me preocupa. —Su boca temblaba por la emoción que la invadió—. Tengo miedo de que un día te enfrentes a todo lo que cargas y no puedas aguantarlo más.

Las palabras de mi madre me llevaron a preguntarme si en serio parecía tan afectado. En el transcurso de esos meses evadí los cuestionamientos sobre cómo me sentía, o cómo dejaba que los demás vieran en lo que me convertí.

Si le contaba lo mucho que Amalia Bautista me lastimó, se molestaría y hasta me regañaría por lo estúpido que fui, y seguía siendo.

—Mamá, yo… —Tuve un lapso de debilidad.

Nos encontrábamos tan ensimismados en la conversación que no advertimos cuando los pujidos de Pía se incrementaron, pero sí que oímos el llanto del bebé.

Pasaron veinte minutos. Mi madre se quedó conmigo hasta que la partera fue la primera en salir.

—¡Ya nació! —festejó triunfante la mujer que no parecía tener más de cuarenta.

—¿Qué fue? —la interrogó mi madre después de levantarse.

—Una niña. Una regordeta y hermosa niña.

El médico salió también. Él era un hombre menos entusiasta, aunque sí noté su breve gesto de alegría.

—La madre va a necesitar reposo absoluto —nos informó mientras se limpiaba con un trapo las manos en las que reconocí sangre.

—Señor, pase a verlas. —La partera desconocía mi relación con la recién nacida—. ¡Ándele! —Jaló mi brazo y me hizo llegar al marco

de la puerta abierta.

Mi madre no dijo ni una sola palabra para aclararle la situación.

—Es que… ella no… —traté de explicarle.

—Vaya acostumbrándose. —De un empujoncito hizo que entrara.

Ahí, entre las sábanas limpias de la cama, estaba una orgullosa madre, pálida y sonriente. En sus brazos acunaba un quieto cuerpecito.

—Se quedó dormida —dijo susurrante. El amor que transmitía se volvió contagioso—. Se va a llamar Catalina.

A pasos lentos, llegué a un lado de la cama, pero guardé cierta distancia.

—Es un nombre adecuado para una Quiroga.

A mi cuñada se le borró la sonrisa con lo que mencioné, pero no agregó nada más.

—¿Quieres cargarla?

Retrocedí un paso. Cargar bebés no formaba parte de mis virtudes.

—¿Y si lo hago mal? —Temí lastimarla.

—Acércate. —Mostró confianza en mí.

Despacio y cuidadosa, Pía pasó a mis brazos a su hija.

Era una bebé grande, según mi poco conocimiento, y le habían puesto una batita blanca sin más decoración que un moñito rosado en el cuello.

—Rogelio la compró para cuando tuviéramos una niña —refiriéndose a su ropita—. Es una lástima que no pudo vérselo puesto. —Las lágrimas rodaron hasta caer por su barbilla.

Tener a Catalina dormida entre mis brazos, con su calor y su pureza, logró que llegara a mí una resolución.

—Sé que mi hermano ya no está, pero te aseguro que le contaremos historias de cómo era. Rogelio siempre será su padre. —Tomé valor para poder sacar lo que quería—. Pía, puedo… —Por poco y la conmoción me supera, pero me esforcé para continuar—: ¿puedo ser como un segundo papá para ella y también para mis tres sobrinos? Si aceptas, prometo que me encargaré de que no les falte nada.

Los dos estábamos llorando sin tapujos.

—Cati será la consentida de la casa, ¿verdad? —Más lágrimas mojaron su rostro—. Claro que puedes. —Asintió tres veces—. Sí, puedes.

Flor de azalea

Un año después.

Jacobo fue el primero en vender su casa. Él dio el primer paso, luego le siguió Gerónimo y al final nuestros padres; para ellos fue más difícil que para los demás, pero no existía vuelta atrás. Regresar significaría aceptar el riesgo. Además, estaba también la censura de la gente, el desprecio de quienes una vez te llamaron “amigo”.

Todos los animales fueron vendidos, menos los caballos que queríamos. A los seis meses mandé traer a Genovevo, a la yegua y a su cría. El terreno de la siembra de aguacate era adecuado para albergarlos y les construí una sencilla caballeriza con el permiso de Ermilio. Volver a ver a mi caballo y montarlo fue un momento inolvidable. En Genovevo había experimentado tanto, como las carreras con mis hermanos, a quienes cada vez veía menos, o las caminatas con Rogelio en los que me “sermoneaba”.

Sebastián escribía algunas veces, pero en ese tiempo no visitó a ninguno.

Con el dinero que obtuvieron, mis padres compraron un terreno a cinco calles de donde se encontraba mi casa. Se mudaron siete meses después y se llevaron con ellos a Anastasio porque el todavía conservaba su propiedad en el pueblo.

Por suerte no me quedé solo. Mi nueva familia, un tanto extraña para cualquiera, brindaba alegría y reconfortaba.

Pía ocupaba el piso de abajo y yo acondicioné el de arriba para no tener que molestarla. Sus hijos, que pasaron a ser también míos, me respetaban porque Rogelio les enseñó bien el tiempo que los educó.

La idea de contraer matrimonio se convirtió en un deseo en el que evitaba pensar. Sería muy difícil encontrar a una mujer que fuera capaz de aceptar el estilo de vida que tenía. Por eso dejé por completo de lado el romance.

Catalina cumplía su primer año de vida. Adoraba a esa niñita complicada. Con ella aprendí que ser padre era más difícil de lo que se veía por fuera. La bebé era enérgica, ya se le notaba a pesar de ser tan

pequeñita. Como su padre, tenía que poner mano dura si no quería que ese temperamento la llevara a tomar malas decisiones.

Mi madre insistió en festejarle su primer año. En su nueva casa tenían un terreno trasero mucho más grande porque papá quiso continuar con la jardinería; era lo único a lo que le prestaba atención. Incluso puso un pequeño sembradío de algunas verduras.

Pía aceptó que se hiciera la fiesta allí.

Ya podíamos celebrar. El luto terminó, al menos como lo marcaban las costumbres, pero el luto que corroe las entrañas con sus filosas garras, persistía. Pienso que es algo que jamás se va, solo da tregua a ratos.

Ese día tenía que supervisar el empaquetado del aguacate junto con Anastasio, así que les avisé a Pía y a mi madre que llegaríamos directo a la fiesta.

Apenas y pude cambiarme la ropa en la oficina para estar a tiempo. Ellas no me perdonarían que demorara demasiado.

La casa que mis padres construyeron era de un solo piso, pero de buen tamaño. Copiaron el estilo sencillo del pueblo, pero decidieron poner una chimenea que sobresalía en el techo porque el intenso frío que hacía en la ciudad los atormentaba. En la fachada mi padre dejó crecer una enredadera que empezó a cubrir el amplio ventanal.

Por fuera se escuchaban los gritos de los niños jugando y las risas de los invitados. Después de todo, los citadinos ya no eran tan desagradables para mamá. Hasta se hizo de una buena amiga: doña Anita. Con ella pasaba sus tardes de café entre chismes y anécdotas. Sobrellevaba sus pérdidas a su manera.

—¡Vaya! Pensamos que no iban a venir —nos recriminó Silvia, un poco irritada cuando nos alcanzó en el recibidor. Entre sus brazos cargaba a Florecita y su vientre abultado ya le molestaba.

—Lo siento, mi vida —se apresuró a decir Anastasio—. El camión se tardó más de la cuenta.

—Vete a cambiar esa ropa. —Se acercó a su esposo y lo olfateó—. Hueles mal. —Después se fue hacia a mí, más controlada—. Cuñado, mi suegra me dijo que cuando llegaras fueras a verla a la cocina.

—Voy para allá.

Anastasio se fue a su habitación y yo hacia donde fui solicitado.

Encontré un caos en ese sagrado lugar. El irritante olor de la salsa de guajillo me abrió el apetito.

Las muchachas que contrataron para ayudar llevaban platos de comida y bebidas. Mi madre se encontraba sirviendo los frijoles. Cuando me vio, cedió la cuchara a una de las empleadas.

—¡Pero mira nada más! —Fue hacia mí, limpiándose las manos en su mandil—. La niña te está buscando desde hace rato.

Su reclamo hizo que sonriera.

—Ya te dije que es porque la única palabra que se le entiende es “papá”.

Ella me acomodó el cuello de la camisa.

—Y te lo ganaste a pulso, hijo.

Me dispuse a dar media vuelta.

—Iré al patio. —Traté de hacerlo, pero mamá me lo impidió.

—No. Espérate. —Hizo que regresara a verla—. Antes debo decirte una cosita.

Su expresión sonriente logró que entrecerrara los ojos.

—¿Qué? —le pregunté con pocos ánimos de saber lo que se traía entre manos.

—Te tengo una sorpresa que acaba de llegar. —Veloz se quitó el mandil, lo dejó sobre una silla y se adelantó sin soltarme—. Ven a verlo tú mismo.

Salimos juntos al patio.

Afuera me encontré con adornos de papel de colores colgados con cordones, mesas con gente comiendo, y una más rodeada de niños esperando vigilantes a que se partiera el cremoso pastel.

Mi madre se aferró a mi brazo, podía sentir sus uñas enterrándose en la piel por la emoción. Su gran sonrisa y excesiva amabilidad con los invitados nos detuvo varias veces para saludar y tener breves charlas.

Cerca de la piñata vi que Catalina era cargada por Pía. El parecido que tenía con Rogelio era impresionante, por eso decían que se parecía mucho a mí. No heredó los ojos azules, pero algunos de sus gestos eran de él, como cuando se enojaba si no se le cumplía el capricho. ¡Sí, era mi niña consentida! Le había comprado una muñeca de regalo y quería entregársela, pero mi madre se empeñaba en tenerme a su lado.

Algunas pláticas después, el hartazgo apareció. Por eso ignoré lo que decía la señora Romina sobre un dolor de cadera que no la dejaba en paz. Desvié la vista hasta que, entre los invitados, tres de ellos llamaron mi atención. Estaban de espaldas y el constante ir y venir de las personas me dificultaba verlos bien.

—Catalina me espera —quise darle fin a ese secuestro.

Pero mamá no estaba dispuesta a liberarme.

—Dame cinco minutos más y ya. —Extendió su mano.

Mamá le dio una excusa a la señora Romina y de nuevo caminó conmigo a su lado, bien sujeto por si trataba de huir. Fue directo a los misteriosos invitados.

Cuando estuvimos lo bastante cerca ¡lo supe! Eran nada más y nada menos que los Ramírez; al menos tres de ellos: la señora Consuelo, el señor Ismael y mi buen amiga Celina. Se pusieron de pie enseguida.

¡Ese estilo de trenzado solo podía ser de mi pueblo! Celina llevaba su cabello así, con un listón morado como su largo vestido.

Al reconocerla, no sé por qué, pero abrí los brazos.

—¡Chule! —le dije sin siquiera saludar a sus padres.

Ella se levantó animada y aceptó mi abrazo.

—Esteban. —Una rápida sonrisa se extendió en sus labios—. ¿Cuánto tiempo?

—¡Qué gusto volver a encontrarnos! —En realidad sí fue agradable ver una cara conocida después de más de un año.

Después de soltarnos, le di la mano a sus padres, quienes se portaron más amables de lo que supuse.

Mi madre se apresuró a intervenir:

—Nos encontramos hoy que fuimos con Pía y Silvia a comprarle su vestido a la niña. —Señaló sonriente a Celina—. La señorita Ramírez hizo el favor de ayudarnos a escogerlo. —Me dio un ligero golpecito de cadera—. ¿No crees que tiene muy buen gusto?

Asentí, aunque no había podido ver el vestido.

—Desde que tengo memoria lo ha tenido —confirmé.

Las mejillas de Celina se ruborizaron. El color de su piel no a ayudaba a ocultar su vergüenza.

—La señora Esperanza tuvo la amabilidad de invitarnos a la fiesta de su nieta —dijo en voz baja con la vista puesta en el suelo.

A lo lejos escuché un agudo llamado que me hizo voltear.

—¡Papá!, ¡papá!, ¡papá!

Pía se acercó con la niña.

—Me disculpo —dijo, abochornada—. No deja de aventarse para acá.

—Vente, mi vida. —Recibí a la inquieta criaturita que llevaba puesto un vestido color rosa con encaje plateado—. Yo te cargo, como de que no.

Noté que los tres se sintieron confundidos.

—¿Papá? —La señora Consuelo levantó una ceja.

Pía se retiró silenciosa.

Senté sobre mi brazo a la niña para que los Ramírez la vieran. Estaba orgulloso de presentarla.

—Mi hija Catalina. Saluda. —Alcé una de sus manitas, pero ella se volteó para abrazarse a mi cuello—. Se pone un poco huraña cuando no conoce.

—Esperanza, cuando dijiste que era fiesta de tu nieta, no imaginé que era de Esteban —la señora Consuelo se dirigió a mi madre, luego giró a mí—. Mis felicitaciones. ¿Puedo conocer a su esposa?

Estábamos acostumbrados a la confusión, así que me apresuré a responder:

—No tengo esposa. Catalina es mi hija de crianza.

—¡Ah! —El malestar desapareció en la cara de la señora—. Comprendo.

Celina me contempló conmovida. Sospecho que entendió lo que hacía.

—Vamos a partir el pastel —invitó mamá para dejar atrás el malentendido—. Tienen que probarlo. Lo hicimos de vainilla con las fresas que plantó mi Tacho.

—¿Y tu marido? —la cuestionó Doña Consuelo—. ¿Dónde está?

—En un rato viene —dijo desinteresada—. Adelantémonos.

Juntas se aproximaron al pastel.

Mi madre había mentido. Papá no salía de su habitación a menos que fuera estrictamente necesario, ni siquiera para celebrar a su nieta a la que pocas veces cargaba.

Paulino solía regresar a la ciudad de vez en cuando, y para la ocasión eligió tomarse el día para divertir a los invitados con una de sus presentaciones. La verdad es que era bueno, muy bueno. La experiencia que obtuvo en el circo era evidente.

Mi madre se fue a la cocina por un cuchillo para partir el pastel y fui detrás de ellas después de excusarme con los Ramírez.

La alcancé en el umbral de la puerta.

—Mamá —la llamé en voz baja—, ¿qué hiciste?

—¿Qué hice de qué?

Sé que comprendía mi reclamo, pero prefirió fingir que no.

Antes de seguir, la llevé adentro para no ser escuchados.

—Los Ramírez —continué estando en la sala—, conocen dónde vives. No sabemos si son de fiar.

—Ni te apures, hijo. —Giró a ver hacia atrás porque parecía que iba a develar un gran secreto—. Todavía no te platico lo que me contaron. —Se acercó un poco más a mí—. Al infeliz de Cipriano por fin le dieron su merecido.

Retrocedí y me erguí al oírla.

—¿Qué… qué le hicieron?

Aunque fue inesperado, reconocí la sonrisa en los labios de mi madre.

—Lo agarraron en el monte mientras… —Dibujó una mueca de asco—, hacía sus necesidades. Por ahí se andaba escondiendo. Le dispararon por la espalda. Se rumora que fueron los Carrillo porque desaparecieron del pueblo después de que se corriera la noticia.

Tardé en procesar lo que dijo y me vi en la necesidad de forzarme a estar presente.

—¿Don Cipriano murió? —le pregunté desconcertado.

—Bien muerto que está el desgraciado —por la forma en la que habló parecía que lo disfrutó.

Me quedé quieto. Fue inevitable pensar en Amalia. El dolor que

traté de evitarle, terminó por llegar. Debía darme satisfacción por saberla lastimada, ¡pero no! Perder a un padre y de esa manera, seguro es igual de terrible que perder a un hermano. Me atrevo a imaginar que tal vez hasta más.

No hice ningún comentario al respecto y dejé que mi madre se fuera a buscar el cuchillo.

Tenía que borrar esos pensamientos que solo me hacían daño.

Regresé a la fiesta y esta siguió animándose cada vez más, hasta que entró la noche.

Celina me buscó para despedirse cuando dieron las diez.

Yo estaba meciendo en brazos a Catalina. Le gustaba que lo hiciera y después Pía la pasaba a su cama. Varias veces sucedió que despertaba y su madre la tenía que llevar para que la volviera a dormir. Me gustaba verla tan tranquilita, parecía un angelito incapaz de hacernos pasar largos desvelos.

Supongo que alguien le indicó a Celina dónde podía encontrarme, porque tocó en la habitación donde estaba con la niña.

—Pásale —le pedí para que no volviera a tocar.

Ella entró dudosa.

—Fue una hermosa celebración —me dijo guardando cierta distancia.

Como Catalina ya estaba dormida, la dejé sobre la cama y coloqué almohadas a su alrededor. Luego fui hacia mi amiga.

—Qué gusto me dio tu visita —seguí hablando bajito—. ¿Se irán hoy mismo?

—No —imitó mi volumen de voz—. Estaremos por acá una o dos semanas más. Todavía no sé bien. —Desvió la mirada—. Lo que pasa es que venimos a una consulta médica.

—¿Está enfermo alguno de tus padres?

Celina negó.

—Es para mí. Tengo un malestar estomacal. —Puso los ojos en blanco por una fracción de segundo—, pero mi madre es exagerada y me trajo hasta acá para que me revisaran.

Di un paso hacia ella. Tenía el impulso de tocarla, pero me percaté de que se inclinó hacia atrás con la proximidad.

—¿Y es de cuidado?

—Todavía no sé. Deben hacerme más revisiones. Por eso mis papás decidieron que era mejor quedarnos, para no estar viajando.

—¡Oh!, qué mal. —Lamenté su estado de salud. Celina siempre me pareció una mujer a la que se tenía que cuidar como una delicada flor.

—Ni tanto. —Resopló bajito—. Prefiero estar lejos del pueblo. —Evidenció el desánimo que le provocaba el seguir viviendo allá.

Imaginé, aunque no lo confesó, que la pasaba mal desde que su

prometido la abandonó.

—¿Y ya tienen dónde quedarse? —Desvié el tema para no causarle más desagrado.

Celina volteó rápido hacia atrás y regresó a verme.

—Justo vamos a buscar.

¡De ninguna manera un invitado de los Quiroga iba a quedarse sin la hospitalidad de la que nos jactábamos! De hecho, me impresionó que mi madre no se ofreció primero.

—Son bienvenidos en mi casa. Está aquí cerca y llegamos caminando.

—No… —vaciló— no nos gustaría incomodar.

—Con toda confianza. Mi cuñada tiene su espacio y yo el mío. Además, hoy ellos se van a quedar aquí porque Pía quiere despedir a todos los invitados.

—Es que…

—Te aviso que no aceptó un “no” por respuesta —la interrumpí y, sin pedir antes su permiso, tomé su mano—. Vente, vamos a decirles a tus padres.

En cuanto se los dije, los Ramírez recibieron gustosos el ofrecimiento. Así que, después de despedirme de mi familia y de unos cuantos invitados que quedaban, salimos los cinco.

—Hijo, no olvides darle a la señorita un recorrido por tu casa —me pidió mamá frente a todos, después se dirigió a doña Consuelo—. La hizo tan bonita que tardé en mudarme. —Abrió de manera extraña los ojos—. Es ideal para criar hijos.

—Lo haré. —Le di un beso en la frente y esperé su bendición—. Descansen.

La madre de Celina se sujetó del brazo de su esposo y los cuatro dimos unos cuantos pasos rumbo a mi casa.

—Adelántense. Tu padre quiere ir viendo las casas de por aquí —le dijo a su hija—. Los vamos a seguir más atrás.

Obedecimos, aunque a ambos nos pareció singular la petición. En silencio continuamos por media calle, hasta que Celina por fin habló:

—¿Supiste que se casó Filemón con Chavelita?

—Sí. —La invitación llegó tres meses atrás—. El File me invitó, pero le avisé que no iba a poder ir. Mandé un regalo para que me disculpara.

—Fue una boda muy divertida. —Sonrió al recordar—. Creo que jamás había bailado tanto. —De pronto, la sonrisa se le borró de golpe —. Quince días después murió su padre… —Movió la cabeza hacia los lados—, digo, don Cipriano.

Creo recordar que me mofé un poco.

—Todos sabemos que don Cipriano era el papá de Isabel.

—Sí, pero a ellas no les gusta que lo digamos.

Cuando escuché “ellas” supe que se refería a Isabel y a Amalia. Sentí fastidio porque tenía que aparecer incluso en los momentos agradables. Amalia era como un fantasma que me perseguía en cualquier lugar a donde fuera.

Si quería borrarla para siempre, debía reconsiderar darme otra oportunidad, abrir de nuevo el espacio que dejó destrozado tras su partida.

—Discúlpame el atrevimiento, Chule —me dirigí a mi amiga con mayor confidencia, a pesar de que sus padres estaban muy atrás—, pero ¿sigues sin un compromiso?

Celina soltó un suspiro y bajó la vista.

—Lo sigo, y lo seguiré.

—¿Ningún pretendiente te complace?

Apretó los labios antes de responder:

—Mis opciones son un señor de más de cuarenta años que le hace las piezas de oro a mis padres, o un primo que apenas tiene catorce años. Al pobre lo encontré jugando con el lodo hace unos días y ya hasta quieren casarlo. —Rio discreta—. Bueno, Nicolás también es mi primo, aunque más lejano. —Hubo un silencio porque se perdió un poco en sus pensamientos—. Ya me resigné a quedarme a vestir santos.

—La soltería no es tan mala como la gente piensa —quise ser positivo ante su situación.

—Eso lo dices porque eres hombre. —Su expresión pasó a ser una de preocupación—. Cumplí veinte años en mayo. —Con una mano se masajeó la frente—. ¡Dios!, es tan vergonzoso.

El tocar a las personas sin su consentimiento no era algo que yo acostumbraba hacer con frecuencia, pero esa noche tuve más de una falta con mi amiga. Sin detenerme a meditar si a ella le parecía demasiado, jalé su muñeca para que reposara el brazo sobre el mío.

—No creo que te quedes a vestir santos —le dije sincero.

—¿En serio lo crees?

Asentí.

—Te apuesto que antes de los veintiuno ya habrás salido de blanco. Si me equivoco, me quedaré soltero para hacerte compañía. Seremos dos solterones solitarios que caminan en calles oscuras. Hasta podemos escribir un libro juntos sobre los beneficios del celibato.

Conseguí que sonriera.

—Tal vez hasta recogeremos un gato y lo llamaremos Juanito —me siguió el juego.

—¿Solo uno?

Los dos reímos.

Las cinco calles se pasaron demasiado rápido y pronto estuvimos

frente a la fachada de mi casa.

—Esta es. —Saqué la llave para abrir—. Esperemos a tus padres. Celina estaba a punto de subir el escalón de la banqueta y la ayudé a ser su soporte, en cuanto rozó su mano, me di cuenta de que no llevaba puesto ninguna clase de abrigo.

—Tienes las manos frías.

—Es junio —se quejó—, no debería hacer frío.

—Aquí todas las noches son así. —En cuanto la puerta abrió, la empujé hacia adentro—. Es mejor que te metas, yo esperaré a tus padres.

Ella negó con la cabeza y se mantuvo a mi lado.

—Estoy bien, no te preocupes. —Entrelazó sus manos para calentarlas—. Mejor cuéntame, ¿qué has hecho en este tiempo?

—Pues, trabajamos juntos Ermilio y yo en un proyecto, solo que está costando mucho levantarlo. —Curvé los labios hacia abajo gracias a la preocupación que me invadía al pensar en ello—. Supongo que debo tener paciencia.

Inesperadamente, expuse mis desazones laborales con una mujer a quien no había visto desde hacía más de un año.

—Sé que así será.

Agradecí sus buenos deseos porque el tiempo pasaba y los números no mejoraban. Apenas y salía para el pago de los trabajadores y nada más.

—¿Y tú? —la cuestioné—. ¿Qué has hecho?

Celina se mostró vacilante al principio, pero después decidió contarme.

—Me dediqué a estudiar. No una carrera como la tuya, algo más de mujeres. Aprendí de costura y hago vestidos para las señoritas que se presentan en sociedad.

—Eso es impresionante. ¡Te felicito! —Saber que Celina se superaba como comentó me llenó de alegría—. Soy malísimo para la ropa. —Alcé un poco los lados de mi amplia camisa—. Rogelio siempre me juzgaba por vestirme mal.

—Yo no pienso que te vistas mal. Solo que la talla que usas está diseñada para hombres que no son tan altos.

—¿Cómo? —No comprendí lo que quería decir. Siempre compraba la talla que sentía que me quedaba bien.

—Sí, mira. —Se giró hacia mí y quedamos frente a frente. Sus manos se posaron sobre mi cintura—. Tienes el talle largo y delgado, por eso se te ve demasiado flojo. —Entre sus dedos enrolló los costados de mi camisa—. Con una arreglada por aquí quedaría bien.

Su tacto inesperado generó en mi un irreconocible recorrido cálido.

La observé mientras balbuceaba cosas para sí misma y movía la

tela. Se veía entusiasmada por un simple ajuste a mi ropa, por eso guardé silencio mientras decidía sobre cómo podía arreglarla mejor.

Unos segundos después sus padres por fin llegaron.

Tuvimos que dejar para otra ocasión la sesión de alta costura a la que era sometido.

Dejé que entraran primero los señores Ramírez, luego mi amiga y al final yo. Subimos al segundo piso y les mostré las habitaciones que podían ocupar. Celina eligió la que era mía, así que decidí quedarme en el sillón de la sala.

Sus padres se metieron a acostar primero, y antes de que Celina fuera a descansar, me atreví a interceptarla.

—¿Tienes consulta mañana? —quise saber.

—No. Hasta pasado mañana. ¿Por qué?

—¿Te gustaría acompañarme a dejar una carta? Te invito a almorzar después.

La noticia de la muerte de don Cipriano le interesaba a más de uno, por eso tenía la urgente tarea de notificar sobre lo sucedido a cierta señora atrevida a la que su esposo la esperaba más caliente que el sol en pleno verano.

—Hagamos un trato —ofreció más segura que nunca—: te acompaño al correo y tú me acompañas a un pueblo que no está muy lejos. Quiero ir porque solo ahí tienen un telar que hace tejidos hermosos y no pienso perderme la oportunidad de llevarme varios.

Entrecerré los ojos.

—¿Tus padres sabrían que viajaremos? —le pregunté, aunque imaginé su respuesta.

—No. Por eso es un favor. —Me regaló una sonrisa pícara que no le conocía.

Lo medité un momento. Tal vez hacer una travesura como esas no era tan mala idea.

—Pero primero almorzamos.

Tenía la suerte de que al día siguiente era libre en el trabajo.

—Hecho.

Nos dimos un apretón de manos y después nos dirigimos cada quien a dormir.

En la carta que le envié a Erlinda le avisaba que su tío Cipriano había fallecido. Ella decidiría si regresarse o no, yo solo cumplía con mi deber.

Tal como Celina pidió, fuimos hasta el dichoso pueblo. Tuvimos que tomar el tren para llegar.

No se lo dije, pero ese día se vistió diferente. Incluso se atrevió a mostrar los hombros y dejó su cabello suelto. Sus rizos oscuros eran más enrollados de lo que imaginé. Todo el camino resistí el impulso

de tocarlos.

El destino estaba a hora y media de distancia. Cuando llegamos comprobé que se trataba de un pueblo donde gobernaba el comercio. Podría jurar que en cada casa de la calle principal se vendía algún producto, y existía gran variedad.

Celina se puso tan contenta que hasta dio un brinquito al hallar el famoso negocio del telar.

—¿Quieres entrar? —me ofreció.

La idea no me sedujo.

—Prefiero quedarme aquí. Hay mucho para entretenerse. —Apunté hacia un lado de la larga calle donde bastante gente iba y venía con bolsas llenas de sus compras.

—Trataré de apurarme —dijo antes de salir directo hacia el local.

Para pasar el rato estuve viendo algunos cinturones de cuero.

El tiempo avanzaba y ella no salía. Estaba tardando más de lo que pensé. Sus padres podían reprenderla y a mí repudiarme si seguíamos demorando, por eso tomé la decisión de ir a buscarla.

Avancé apenas unos metros, cuando algo provocó que me detuviera. Quedé tan quieto que llamé la atención de un par de fisgones.

«No puede ser», pensé preocupado. «De seguro vi mal», traté de convencerme.

Era necesario que diera otro vistazo, y me obligué a hacerlo. Moví la cabeza despacio hacia la izquierda y confirmé que no me equivoqué. ¡Si era quien creía! Amalia Bautista revisaba un collar en un puesto ubicado a unos diez metros de distancia. ¡No podía ser otra! Imposible confundirla. Rodeé sigiloso el mueble de fragancias que obstruía mi visión y sentí cómo mi latido se iba acelerando.

¡Ahí estaba Amalia! Tan cerca de mí y tan ausente de mi presencia. Toda la ira que guardé durante esos meses regresó al doble cuando supe que estaba embarazada del infeliz de Nicolás.

Los ojos me ardieron y por un segundo quise ir hacia ella y maldecirla, Reclamarle hasta que se me secara la boca. A su lado se encontraba ese mentiroso deshonesto. Ardí en rabia porque parecían un feliz matrimonio que compraba baratijas en un día de paseo. Quien diría que hicieron tanto daño a dos personas que solo los quisieron.

—¡Te encontré! —escuché que dijeron detrás de mí.

Rápido volteé a ver. Era Celina. Ella salió de la tienda sin que me diera cuenta y cargaba entre los brazos una bolsa de tela que se notaba pesada. En su cabeza tenía puesto un sombrero que se quitó y lo colocó sobre mi cabeza.

—Vi que no traías y te compré este.

¡Me quedé pasmado! Ella no tenía por qué ver que su examiga estaba esperando un bebé del hombre que casi se convierte en su

marido.

Me quité el sombrero y lo sostuve en el costado de mi cabeza para bloquear su visión.

Celina no dijo nada, pero estoy seguro que se ofendió porque parecía que rechazaba su regalo.

—Gracias —le dije y me dispuse a darle un beso en la mejilla para distraerla.

Sin que lo advirtiera, ella movió un poco su rostro y mi inocente beso fue a dar a la comisura de sus labios. Apenas un suave roce porque retrocedí en cuanto me di cuenta de la tremenda falta de respeto.

Su gesto de confusión me desarmó, aunque tuvo la cortesía de quedarse callada.

—Debemos irnos ya —le recordé.

Decidido coloqué mi mano sobre su espalda con el fin de que se diera la vuelta.

Para nuestra fortuna, el camino hacia la parada del transporte era contrario al puesto donde se encontraban Amalia y Nicolás.

Subimos al camión en cuanto recibió pasajeros. Mientras se llenaba volteé varias veces para revisar que no anduvieran cerca y traté de mantener distraída a Celina. Ella podía parecer una mujer que superó el engaño del que fue víctima, pero por dentro quizá la destrucción continuaba lastimándola.

—Me disculpo por lo de hace rato —dije una vez que el camión arrancó rumbo a la ciudad.

—No pasa nada —respondió sin añadir más.

El rubor de su rostro enrojeció su nariz, mejillas y hasta la frente. Una señorita como ella de seguro no tenía ese tipo de “cercanías” tan seguido, y menos con un simple amigo.

—Te agradezco el regalo. —Entre mis manos sostenía el sombrero de lana color café—. No debiste.

Celina esbozó una tierna sonrisa.

—Es una marca que acaba de salir, la nombran mucho, y como vi que no tenías. —Hundió los hombros.

Ambos comprendíamos el porqué dejé de usarlos y no se hizo un comentario extra.

—Me gusta, es cómodo. —Me lo puse de nuevo. Fue grato volver a tener algo sobre la cabeza.

El resto del día transcurrió como siempre, aunque solo fui media jornada a trabajar.

Los Ramírez comentaron que saldrían a pasear para conocer mejor la ciudad.

Pía, por su parte, seguía sin volver a la casa; cosa que me

preocupó porque ella no se quedaba más de una noche en casa de mis padres. Sabía que el cuidado de Catalina era compartido y yo no quería alejarme tanto de la niña.

Antes de llegar, después de las ocho de la noche, me desvié a ver a Pía para ver si necesitaba ayuda con el regreso, pero ella argumentó que los niños la estaban pasando tan bien que los dejaría quedarse un día más. Opté por dormir a la bebé ahí mismo. Esa decisión inesperada de mi cuñada me hacía ruido, pero la respeté.

Eran las nueve y media de la noche cuando abrí la puerta de mi casa. Estaba cansado y satisfecho con los dos platos de comida que mi madre me sirvió; incluso tuvo la cortesía de mandarle a los Ramírez. Los acompañé mientras cenaban. A ellos les encantó la idea de deleitarse con la sazón de mi madre.

—Pensaba hacer unos huevitos, pero mejor esto —acertó a decir la señora Consuelo mientras sería los platos.

Celina lucía cansada y, aunque trataba de ocultarlo, noté que aguantaba el dolor por el cual asistían al médico.

Si yo me consideraba un buen amigo, tenía que demostrarlo como ella lo demostró en el pasado.

—Mañana es su consulta, ¿cierto? —quise confirmar una vez que terminaron la cena.

—Así es —me respondió Celina al mismo tiempo que ahogaba un quejidito.

—¿Puedo acompañarlos? Me gustaría estar ahí.

Fui sincero. Sí quería demostrarle que su salud me interesaba.

La señora Consuelo abrió los ojos de par en par, pero también sonrió.

—¿Escuchaste, Ismael? —Le dio un leve codazo a su marido, quien seguía mordiendo un hueso de pollo.

Don Ismael ni siquiera nos miró. Se mantuvo decidido a llegar al tuétano del hueso.

—Escuché, escuché —dijo a secas.

—¡El jovencito es tan considerado!

—Tan considerado —repitió su esposo.

—Es a las nueve de la mañana. —avisó doña Consuelo.

Me levanté de la mesa porque ya era tiempo de dormir y también para que Celina pudiera liberarse de la cortesía de acompañarnos.

—Estaré listo —les dije antes de retirarme.

—Gracias —susurró Celina.

Volví a verla. Ella en serio la pasaba mal y con su semblante agotado comprendí los motivos de su madre para atenderla tan lejos.

Desperté a las seis de la mañana y cuando fui por un vaso de agua encontré a los Ramírez en la cocina, listos y hasta perfumados.

Me preocupé porque yo todavía no me peinaba.

La señora Consuelo fue quien se acercó cuando me vio.

Rápido traté de acomodarme el cabello lo mejor posible y de no parecer somnoliento.

—Mi hija quiso ser agradecida por tu amabilidad y preparó el almuerzo. —Giró a verla—. ¿Verdad, Celina?

El descansar le hizo bien a mi amiga porque la palidez de su cara se fue y hasta se sonrojó.

—Sí… sí —dijo en voz baja—. Espero que te guste.

En el plato que Celina colocó frente a mí había unos molotes rellenos de papa y chorizo. Los probé después de que los tres se sentaran y comenzaran a degustarlos. Si bien el sabor no era como el de mi madre, me gustaron.

—¿Y qué tal? —quiso saber la señora Consuelo una vez que vacié el plato.

Observé a mi amiga que parecía que se encontraba frente a un juez al que tenía que convencer. Jugueteaba con sus dedos y hasta me di cuenta que se pellizcó la palma.

—Riquísimos —le dije directo a ella para que se calmara y porque sí fue de mi agrado.

Partimos rumbo al consultorio a las ocho con diez minutos, después de degustar un café caliente y ponerme presentable.

Los Ramírez no escatimaban en su hija y abordamos un transporte privado.

A las ocho con cuarenta minutos ya nos encontrábamos afuera del consultorio.

Esperé junto con don Ismael, sentados en la banca de madera que tenían afuera, cerca de la mesa de la señorita que hacía las citas. Durante ese rato inspeccioné al señor Ramírez. Él era un hombre mestizo con rasgos costeños, su cabello crespo y su piel morena delataban la ascendencia que imperaba; contrario a doña Consuelo, quien era de piel blanca y cabello castaño.

No sabía bien por qué, pero me sentía intranquilo. El inconfundible olor de un consultorio médico me mareaba. Al igual que mi madre, seguía siendo partidario de la curandera del pueblo y su vieja pero efectiva droguería.

Celina y su madre tardaron más de una hora en salir.

Los dos nos levantamos enseguida cuando la puerta se abrió. El padre que antes se vio desinteresado, ahora lucía como un hombre al que le urgía conocer el estado de salud de su hija.

—¿Qué dijo el médico? —pregunté primero, apenas estuvieron cerca.

—Me recetó esta medicina. —Celina mostró un frasco mediano de

vidrio oscuro—. Debo tomarla por una semana. Cuando se termine va a revisarme de nuevo.

—¿En una semana? —quise confirmar.

Celina dio dos pasos hacia mí.

—Gracias, Esteban, por abrirnos las puertas de tu casa —su frase tuvo toda la pinta de una despedida.

De pronto sentí una sensación desagradable, como la que se experimenta cuando estás a punto de enfrentar el abandono.

—¿Por qué no se quedan? —los invité sin siquiera dudarlo—. Una semana es muy poco tiempo para tantas horas de viaje. —Me dirigí a los señores Ramírez—. Además, puede sentirse mal y aquí el médico está cerca.

Mi amiga se apresuró a responder:

—Ya te dimos demasiadas molestias.

Rápido levanté la mano.

—¡Para nada! Me gusta ser de ayuda.

Supongo que doña Consuelo lo meditó por un par de segundos. Después le habló a su esposo:

—Viejo, ¿qué opinas?

El señor Ismael no tardó en decidir.

—Que el señorito tiene razón.

—No se diga más, son mis invitados hasta que a la Chule le digan que ya está sana. Estas son las llaves de la casa. —Les entregué el llavero—. Yo debo irme, el trabajo espera.

Celina se apresuró a detenerme.

—¿Puedo acompañarte? —Miró hacia doña Consuelo—. Mamá, ¿puedo?

Su madre ni lo pensó y asintió.

Quien diría que los Ramírez le permitirían a su hija ese tipo de libertades, sin chaperona y con un hombre que no era de su familia.

—¿Quieres ir a ver cómo crecen los aguacates? —le pregunté conmovido, pero también sorprendido—. Hace mucho sol después de las doce.

Celina movió la cabeza en señal de afirmación. Por un segundo la imaginé como una niña a la que la van a complacer con un deseo.

—Para eso tengo esto. —En su cabeza llevaba puesto un sombrero amarillo claro, del mismo color de su largo vestido.

—De ser así. —Alcé el brazo para que se sujetara.

Ella se aferró con su fría mano, y de esa manera salimos del consultorio.

Juntos viajamos hasta el sembradío. Al llegar me encontré con que Anastasio estaba molesto porque dos trabajadores no asistieron. Yo tenía la obligación de cubrir a uno, por eso le pedí a Celina que se quedara en la oficina mientras daba la hora de comer y así poder darle

un recorrido adecuado. Agradecí la insistencia de mi hermano de acomodar el lugar lo mejor posible. Un sillón, el escritorio, una mesita y dos sillas eran los muebles que compramos con lo poco que salía de ganancias. Mi invitada se puso cómoda en el sillón y le presté algunos libros que tenía allí para que la espera fuera lo menos tediosa posible.

Estuve libre después de las tres de la tarde, pero me encargué de que la muchacha que llevaba la comida para los empleados le entregara antes un plato a mi amiga. Con su enfermedad no podía permitir que se malpasara.

Al ir a verla me encontré con que ella eligió esperarme para compartir los alimentos.

Hay un cedro por ese lado. —Apuntó hacia una orilla del terreno, donde comenzaban los árboles—. Se me ocurre que comamos debajo de su sombra. ¿Te parece bien?

—Por supuesto.

Llevé una alfombra color crema que recién habíamos comprado y que no usábamos todavía. La extendí debajo del árbol e invité a Celina a sentarse.

Una vez ahí, percibí la característica y penetrante nota del cedro. Su intenso aroma a madera, ámbar y hojas verdes era inconfundible. Esa fragancia me animó más el día por lo agradable que era.

Ubiqué en la distancia al Genovevo, la yegua y su cría, andaban pastando cerca. Lo hacían con una paciencia envidiable. ¡En serio amaba a ese caballo!

Me apresuré a comer porque el arduo trabajo fue agotador. Una vez que terminamos, opté por quedarme diez o quince minutos para reposar y tener energías para continuar.

—¿Por qué te dicen la Chule? —le pregunté sin tener la intención de incomodarla.

—Es vergonzoso —evadió y se concentró en acomodar los trastes.

Con eso despertó mi curiosidad.

—¡Ándale! —traté de persuadirla—. Cuéntame cómo pasó.

—¡Ay, no! —Se cubrió el rostro con sus dos manos.

Ya no estaba dispuesto a dejarla ir sin que me dijera el origen de su sobrenombre.

—¡Anda, dime!

Celina se dio cuenta de que me encapriché.

—Con una condición. —Levantó un dedo—. Que no me veas cuando lo diga.

Puse la mano sobre el pecho.

—Prometido.

Ella suspiró antes de dar inicio.

—Pasó cuando era niña, a los cinco o seis años más o menos. Mi padre decía que… —bajó el tono de la voz—, yo era la más bonita de

sus hijas, por eso me empezó a decir así. Significa mujer bonita. —De reojo me miró y cambió el gesto por uno de incredulidad—. ¡No te rías! Lo prometiste.

Ese momento me di cuenta de que sonreí sin querer.

Estamos tan cerca, lejos de cualquiera y entre la naturaleza que me tomé la libertad de contemplarla.

Cuando el velo de lo prohibido cedió, fui capaz de verla. Celina Ramírez tenía una belleza que se podría catalogar como discreta. Su cabello negro, sus risos que la traicionaban y se escapaban de los peinados, sus pestañas que se rizaban y enmarcaban su dulce mirada, su delgado y pequeño cuerpo que invitaba a ser protegido… En el pasado no lo supe valorar, pero ella era preciosa por dentro y por fuera.

—No me río, mira. —Borré la sonrisa, pero solo por un segundo —. Aunque, tu papá no se equivocó —me atreví a decirle.

Nuestros ojos se encontraron.

Ella no quitaba la vista de mí.

—¿Qué tengo en la cara? —Traté de esquivarla.

—No… —Reaccionó y desvió su interés hacia la falda de su vestido—. Es que… estás más… sano.

Incliné el cuerpo hacia ella, hasta que quedamos a unos treinta centímetros de distancia.

—Lo dices porque engordé, ¿no es así? Sé sincera.

—¡No, no! —Negó también con la cabeza.

Por dentro quería echarme a reír al verla tan nerviosa.

—Señorita Ramírez. —La apunté, fingiendo seriedad—, usted está mintiendo.

Ella empezó a hacerle dobleces a la tela de su vestido.

—Lo que pasa es que… —Suspiró audible—, hoy tienes un brillo en los ojos. Bueno, desde que nos conocemos sé que lo tienes. ¿Como no tenerlo? Con ese color como el cielo. Me recuerda a las mañanas en las que el clima es ideal, no hace ni calor ni frío. En los que se antoja salir a dar un largo paseo o regar las flores. Es… —Suspiro de nuevo —, cálido.

De todo lo que imaginé que comentaría, aquello fue lo último que consideré.

Estuve pensativo y quieto, observando a la nada, no sé por cuánto tiempo. Quedé hundido en el pasado, en lo que yo era y cómo la gente me consideraba.

—¿Dije algo malo? —preguntó con un deje de preocupación.

No pude responderle. La boca se negó a abrirse.

Celina veía en mí lo que nadie me había dicho antes.

Así, sucio hasta el cabello, con el dulce aire refrescándome, liberé las lágrimas que guardé por todos esos meses en los que engañé al

dolor. Lo esquivé lo más que pude, evité pensar más en las pérdidas y en las despedidas, en el cambio de vida, en mi familia que se partió en pedazos, en mi padre que cada vez resistía menos, ¡en mí!, porque era más fácil continuar viviendo a medias en lugar de sanar lo que tenía resquebrajado y que endurecía mi corazón.

Celina me estrechó sin hacer una pregunta más.

Sentado sobre aquella tela, entre unos delgados pero firmes brazos, por fin lo dejé salir.

La Petrona

—¡Primo! ¡Primo! —escuché que gritaron pasadas las once de la noche, afuera de la casa.

¡Lo supe enseguida! Esa voz no podía ser de otra persona.

Me levanté del sillón donde dormía y salí a su encuentro. Por la poca privacidad, me acostaba con ropa de día.

Habían pasado tres días desde que le envié la carta a Erlinda, avisándole del deceso de su tío Cipriano.

Pía y los niños ya estaban de vuelta, aunque mi cuñada guardaba distancia y era más cortante a la hora de interactuar conmigo y con mis invitados.

Por dentro pedí que Catalina no despertara con el ruido. Si descansaba mal, al día siguiente se levantaba irritable.

Los Ramírez no parecían incómodos con la presencia de mi peculiar familia. Incluso Celina le ayudó a Pía varias veces a perseguir a esa ágil y atrevida niñita.

Los pisos quedaron bien divididos porque en meses pasados los fui adaptando lo mejor posible. No teníamos necesidad ni de subir ni de bajar, a menos que quisiéramos convivir, salir de la casa o ir al patio.

—Te empeñas en andar de noche —acusé a Erlinda al encontrarla en la acera.

Los dos sonreímos como dos viejos amigos que no se han visto en años y por fin se reencuentran.

—Calculé mal el tiempo, y es que también me perdí un poquito. —Unió dos de sus dedos. La expresión burlona de su cara seguía siendo la misma—. Pero ya estoy aquí. —Extendió los brazos.

Nos estrechamos fuerte y rápido. Esa mujercita se convirtió en familia a pesar de que ningún lazo nos unía.

A pesar de que había luz eléctrica, los faroles no alumbraban lo suficiente.

—Pasa. —Cargué su pesada maleta para meterla—. Tengo invitados, pero, si no te molesta, puedes dormir en el sillón.

Yo me quedaría en el catre que alguna vez usó Sebastián. Tocaba desempolvarlo nada más.

—Ni te apures. Si he dormido en el suelo, un sillón es buenísimo.

Entramos lo más silencioso que pudimos. En el piso de Pía todo estaba tranquilo y a oscuras, pero en el de arriba la señora Consuelo y Celina estaban despiertas. Las encontramos mirando concentradas hacia la ventana.

Ambas tenían puesta su ropa de dormir, pero se abrigaron bien

con sus rebozos.

Erlinda abrió los ojos de par en par cuando la reconoció.

—¿Celi?, ¡qué sorpresa! —Fue directo a abrazarla.

Celina recibió su gesto con la misma emoción, incluso noté que se conmovió.

—Erlinda. —Suspiró—. ¡Dios! ¡Estás bien!

Se separaron despacio, pero sus manos continuaron unidas.

—Lo estoy. Perdón si no les escribí. Temía por mi propia vida, y por la de mi esposo.

—Lo importante es que estás bien —su voz se quebró un poco—. Veo que tuviste ayuda.

Enseguida sentí las miradas de las tres mujeres.

—La tuve, por eso sigo viva.

—Fuiste afortunada —continuó Celina, sin soltarle las manos a su amiga y al mismo tiempo la contempló—. Seguro estás atareada por el viaje. Por favor, duerme conmigo. La cama es lo bastante grande para las dos.

Erlinda no lo dudó.

—Te tomaré la palabra porque estoy cansadísima.

Llevé la maleta a la recámara. Después nos deseamos las buenas noches y cada uno se dispuso a descansar.

Al menos pude usar de nuevo el sillón.

Mi nueva visita fue la primera en levantarse. La hallé lista y hasta perfumada, con su amplio vestido de gala color azul oscuro. Parecía que iba a asistir a una elegante fiesta.

Yo estaba terminando de prepararme para ir a trabajar.

—Voy a ver a mi Flore —me informó cuando nos encontramos en el pasillo que daba al baño—. Ya no lo resisto más. —En tu tono de voz se confirmaba su desespero.

—Él tampoco. Te extraña mucho.

—¡Mi amorcito tan lindo! —Hizo un puchero.

—Te acompaño. —Decidí que dejarla ir sola era una falta que no iba a cometer. Durante ese año hubo cambios de cuidadores en la penitenciaría y quizá ya no la reconocerían. Si algo le pasaba no me lo perdonaría, y Florencio tampoco—. Anastasio va a querer matarme porque otra vez voy a llegar tarde, pero una señora de casa no debe ir sola a ese lugar.

—Si ya he ido antes. —Alzó los hombros e hizo un ruidito—. Pero acepto.

Antes de que nos moviéramos para irnos, se oyó que una puerta se abrió despacio.

Celina salió ya visible. Llevaba puesta una blusa bordada con detalles rojos y una falda marrón. Recogió su cabello en un chongo

que dejó libre su rostro.

—¿Yo también puedo ir? —pidió en un tímido murmuro.

Erlinda y yo nos miramos confundidos.

—Pensé que estabas enferma —hizo hincapié Erlinda.

—Lo estoy. Bueno, la medicina está sirviéndome mejor de lo que imaginé. Ayer ya casi no tuve molestias. —Retrocedió, visiblemente avergonzada—. Pero si no quieren…

Me apresuré a alcanzarla.

—¡No, no es eso! —le dije convincente—. Lo que pasa es que me tomó por sorpresa.

—¡Andando! —Erlinda se adelantó para que la siguiéramos.

—Les dejé una nota a mis padres, para no despertarlos. Creerán que te acompañaré a trabajar. —Celina sabía que si les decía la verdad no la dejarían ir.

Llegamos a la penitenciaría a las diez de la mañana.

Uno de los cuidadores de la entrada me reconoció y nos dejó pasar a los tres. Me parecía inadecuado que una señorita como Celina visitara aquel lugar. Sus padres jamás se enterarían que fui cómplice.

Erlinda tenía ya tramado algo. La celda de Florencio quedaba a unos tres metros de donde nos detuvimos.

—Entra primero y dile que le trajiste un regalo —me dijo susurrante. Su gesto era igual al de una niña que está haciendo una travesura.

—¿Tú eres el regalo? —La apunté, divertido.

—¡Regalote que soy! —Sus manos recorrieron su cintura—. Muévete que ya me urge. —Me dio un empujoncito.

Hallé a Florencio recién levantado. Estaba somnoliento y despeinado, con la camisa a medio abrochar. Sin duda, un mal momento para sorprenderlo.

Tragué saliva para que me notara.

—¿Esteban? —dijo cuando me reconoció—. Hoy no es sábado ni domingo.

Él ya sabía cómo abrir la cerradura que lo debía mantener dentro. Si hubiera querido, se habría escapado desde que lo descubrió.

Entre y, sin saludarlo, di inicio.

—Lo que pasa es que… —Evité echarme a reír—, te tengo una sorpresa.

Florencio arrugó la nariz.

—¿Qué sorpresa?

—Trata de adivinar. —Ahí me di cuenta de que era malísimo para dar pistas—. Es gritona, un poco alocada y tiene los cachetes más lindos que has visto.

Mi buen amigo se irguió y sus ojos se cristalizaron. Esperó

paciente el volver a ver a su esposa, por eso ni siquiera se esforzó por esconder la alegría que lo invadió.

—¡Amorcito! —Ahí estaba el grito. No podía ser de otra manera.

La mujer pasó veloz a mi lado.

Florencio y Erlinda se abrazaron. Bueno, de hecho, ella se le lanzó encima y por poco lo tira.

Celina se mantuvo parada cerca de mí y ambos nos quedamos callados, como testigos silentes mientras se daban besos y caricias desesperadas.

Después de un minuto, elegimos darles privacidad porque la situación se tornó… extraña.

—Se ven tan tiernos —comentó la Chule—. El amor verdadero se puede sentir a la primera.

—Y sí que se siente —susurré para mí.

Cuando dos personas se tenían tanto amor como ellos, el aura del sentimiento sobresalía. Supongo que por eso ser correspondido se consideraba una bendición.

Uno de los presos cercanos empezó a soltar insinuaciones inapropiadas hacia Celina. A pesar de que el hombre estaba encerrado, me reprendí por dentro por haber aceptado llevarla. Ella desconocía muchas de las cosas malas que los hombres debíamos mantener alejadas de las damas.

Con la intención de parar aquel festín de incomodidad, me puse frente a ella y la cubrí con mi cuerpo.

Su respiración se aceleró y me observó sin decir una sola palabra.

Quedamos tan cerca que percibí su calor y el suave perfume que se ponía.

Decidido, volteé a ver amenazante a aquel desagradable sujeto para que supiera que esa mujer tenía quien la cuidara.

Aquella visita terminó una hora más tarde. Tuvimos que convencer a los tórtolos para que se soltaran.

Erlinda y Celina eligieron regresar solas a la ciudad. Insistieron en que podían hacerlo. Me fui a trabajar con la preocupación taladrándome la cabeza.

Cuando volví a casa ya estaba por anochecer, y lo primero que hice fue confirmar que estaban sanas y salvas. Erlinda me avisó que los Ramírez salieron a hacer unas compras de ropa y todavía no llegaban.

Ella y yo nos encontramos en la sala. Preparó café para los dos y yo me puse a repasar un libro de la escuela sobre técnicas de cultivo. Por alguna razón desconocida el aguacate no estaba creciendo como planeábamos y tenía que averiguar el porqué.

—Estuve escribiéndome con mi madre estos meses —me

interrumpió Erlinda—. Ella tampoco sabía lo de mi tío, anda demasiado lejos para enterarse. Ya me encargué de avisarle. Lo último que supo del pueblo fue sobre el revuelo que causó un señor fotógrafo que ofreció su trabajo, carísimo, por cierto. —De un sobre de carta que sacó de su bolsa salieron varias imágenes y las extendió hacia mí —. Mira las que mandó.

Para ser sincero tenía pocos ánimos de ver lo que quería mostrarme, pero no podía hacerle el desaire. Aun así, traté de parecer interesado.

Dos de las imágenes en blanco y negro mostraban el zócalo del pueblo, otras dos eran de familiares de ella, hasta que me topé con una inesperada.

Erlinda se percató de mi desagrado y se inclinó para ver la fotografía que sostenía entre los dedos.

—Mi prima. —Suspiró—. Sale tan bien, ¿no crees?

Ahí estaba Amalia, con su larga trenza y unas flores adornándole la frente. Tan bella como mentirosa.

No le respondí y la hice a un lado. Lo que menos deseaba era volver a verle la cara.

—Si quieres, te la regalo.

¡Cómo podía decir tremendo disparate! Si lo que buscaba era dejarla fuera de mi vida.

—Así estoy bien —dije cortante y seguí viendo las fotografías.

—¡Ay! No seas penoso. —Se levantó de su asiento y tomó el retrato de Amalia.

—En serio, ¡no! —insistí para que abandonara la idea que tenía.

A ella no pareció importarle, porque alzó el libro que dejé a un lado, sobre una mesita, lo abrió al azar y ahí metió la fotografía.

—La voy a dejar aquí, en este libro que se ve muy aburrido. Ya tú verás lo que le haces. —Regresó el libro a la mesita.

Erlinda se portó tan terca que no le rebatí. Empezar una discusión con esa mujer tal vez me terminaría desesperando todavía más.

Estaba seguro de que después de que se fuera tiraría la basura la nefasta imagen.

La semana que el médico de Celina indicó, transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Quizá fue la agradable compañía que me hacían, o porque tener con quien platicar causaba que el tiempo avanzara más rápido… No lo sé, pero de pronto nos encontramos una vez más a la espera de que doña Consuelo y Celina salieran de la revisión.

Por suerte ese día lo tenía libre porque los trabajadores necesitaban descansar luego de tantas horas de arduo trabajo. Los hombres también merecían estar con sus familias y poder pasar una comida juntos.

Movía la pierna de arriba abajo y no entablamos conversación don Ismael y yo.

Con Catalina conocí el intenso amor de un padre y de cómo puede carcomernos la angustia de saber a un hijo enfermo.

Esta vez la consulta demoró menos, y en cuarenta minutos, salieron.

En doña Consuelo noté los ojos enrojecidos y mi preocupación se incrementó.

—Y… —me apresuré a preguntarles como si fuera su familiar—, ¿qué les dijo?

Hubo un silencio que consideré cruel.

Don Ismael empezó a sudar de la frente.

—Que mejoré —por fin dijo Celina, sonriente—. Tengo que llevar dieta por dos meses, pero estaré bien.

No medí mis impulsos y fui directo a estrecharla. Fue una unión tan fuerte que hasta la elevé en el aire. Ignoré por completo la presencia de sus padres.

Nuestras caras quedaron tan cerca que la bajé en cuanto me di cuenta del atrevimiento.

—¡Qué bueno! —le dije ya más serio—. Eso es muy bueno.

De reojo me di cuenta de que su madre sí lloraba, pero de alegría. Le ofrecí el pañuelo que llevaba dentro del bolsillo de la camisa.

—Para celebrar, los invito a comer a un restaurante que la gente de aquí nos recomendó —ofreció cortés la señora—. Se llama "Sambor[3]".

Acepté porque se veían demasiado entusiasmados.

En el elegante restaurante degustamos lomo de cerdo, y entre la charla les pedí al señor y la señora Ramírez que pasaran un día más en mi casa para poder agasajarlos con una íntima despedida.

Ellos accedieron complacidos.

Pía y Erlinda me ayudaron a preparar la comida y acomodaron el patio para cenar ahí.

Mi madre no tomó bien la visita de una Bautista y me avisó que no pisaría mi casa hasta que ella se marchara.

Comprendí sus motivos, pero no podía echar a Erlinda a la calle. Después de todo, yo era su persona de confianza. Fallarle la heriría en serio.

Después de comer, gracias a las animadas historias que doña Consuelo y don Ismael contaron, el tiempo pasó volando.

Don Ismael y yo bebimos mezcal. Las mujeres optaron por la cerveza, menos Celina que no podía beber alcohol hasta que terminara su dieta.

—Que Esteban nos toque una canción —dijo en voz alta Erlinda con mi guitarra en la mano.

Ni siquiera sabía dónde se había quedado guardada.

Con un movimiento de cabeza, negué.

—Desde hace mucho que no lo hago, a lo mejor ya ni me acuerdo.

Doña Consuelo intervino:

—Lo que bien se aprende nunca se olvida, muchacho.

—Vas. —Erlinda me entregó la guitarra—. Dale con todo a las cuerdas.

Estaba lo bastante mareado como para agarrar valor. Elegí tocar "La Petrona" porque fue la primera que me vino a la mente.

Lo que no iban a conseguir era que cantara.

Desentumí los dedos, me puse el dedal, y di inicio.

Sentir las cuerdas, fascinarme con la interpretación, recordar cuando mi padre me ayudó a mejorar mi técnica, trajo al presente la nostalgia.

Me di cuenta de que Celina se sentó a mi lado y me miraba de vez en cuando. Ella se portó demasiado atenta conmigo durante la velada, sirvió mi plato, llenó mi vaso de agua sin que se lo pidiera, retiró mis trastes cuando terminé de comer… Pensé que fue así porque yo era el anfitrión.

Los señores Ramírez fueron los primeros en irse a la cama, después siguió Celina porque necesitaba reposo, continuó Pía cuando descubrimos que eran las cuatro de la madrugada.

Erlinda y yo nos quedamos al final porque metimos la mesa de madera que se usó para comer.

Mientras intentábamos subir las escaleras, cansados y atontados por la bebida, dimos tumbos y tuvimos que sostenernos uno al otro. Ella pasó su brazo por mis hombros y así logramos avanzar.

—¿Sí me vas a decir qué se traen la Celi y tú? —Su pregunta fue inesperada.

—Nada —dije a secas. Iba concentrado en no limpiar con mi rostro el piso de las escaleras.

—¡Chismoso! —Entrecerró los ojos— ¡Ah!, de ella no me sorprende, le gustas desde hace años.

Lo que salió de su boca me dejó frío.

—¿Qué dices? —apenas pude pronunciar.

—¡Ay, por favor! —Manoteó y por poco y caemos—. No me digas que no te has dado cuenta. Con lo celosa que mi prima se ponía…

—Somos amigos —la interrumpí para evitar que trajera a colación a Amalia—, nada más.

Erlinda resopló tan fuerte que echó gotitas de saliva.

Los dos nos soltamos a reír.

—¿A poco te da miedo darle una oportunidad? —No pensaba abandonar su interrogatorio. Una vez que las escaleras terminaron, me

sostuvo de la camisa para hablarme de frente—. Escucha, Esteban. —Llegó a mi nariz el olor del licor—. Mi prima fue una cabrona contigo… Todavía no sé por qué hizo todo lo que hizo, pero…, aunque haya tenido sus razones, eso no quita que te lastimó. —Oscilaba conmigo como rehén—. Si la Chule te gusta… o estás sintiendo algo más, ¿qué de malo tiene intentarlo?

«¿Me gusta?», me pregunté.

Por supuesto que me gustaba, más de lo que alguna vez supuse.

—¿Tú crees que me acepte?

—¿Lo dices en serio? —De nuevo resopló y trató de susurrar, sin éxito—: Si de eso anda pidiendo su limosna la chaparrita. ¡Piénsalo! —Me dio varios golpecitos en la cabeza—. Y si necesitas que te acompañe a comprar el anillo, estás bien puesta.

—¿Anillo? —la cuestioné, aunque luego yo mismo me respondí.

—¡Sí! El que se pone aquí. —Mostró su dedo anular que era incapaz de mantener quieto—, para el compromiso.

Erlinda se metió a la habitación que compartía con Celina, no sin antes apuntarse la frente y sonreír como si fuéramos cómplices.

Una vez en la soledad de mi sillón, medité lo sucedido.

En el pasado rompí deliberadamente un compromiso con Celina Ramírez. Tardé en comprender el daño que causé con mi falta, era hora de enmendarlo, no por obligación, sino porque esa tierna señorita me hacía sentir tan bien. En ella encontré la protección que se suponía que yo debía dar, pero no recibir.

¿Quién lo diría? Celina me hizo saber que yo podía sentir de nuevo amor por una mujer, uno diferente, más lento y silencioso, pero seguro. Por eso, lo que Erlinda dijo no me pareció tan descabellado como en hubiera sido en otros tiempos.

Deja que salga la luna

Esa noche no pude descansar bien. Cada vez que intentaba hacerlo, mi mente repasaba las palabras de Erlinda. Todo lo vivido abrió mis ojos a nuevas oportunidades, o tal vez oportunidades que dejé ir sin siquiera valorarlas antes.

Quizá era demasiado apresurado el atreverme a pedirle a Celina Ramírez que aceptara retomar el compromiso porque tan solo estuvo en mi casa unos días, pero ¡qué más daba! Otros compromisos se cerraban sin siquiera conocerse. Ella y yo ya habíamos convivido varias veces y fue quien me brindó su ayuda después de recibir el balazo.

«¿Qué es lo que estoy sintiendo?», me pregunté de una manera tan entusiasmada que me desconocí. «¿Es real que la deseo como mi esposa?», volví a cuestionarme. La respuesta fue “sí”. Un sí relajado y sincero. A diferencia de con Miranda y con Pía, esta vez sí pude visualizar mi vida a su lado, llegando a viejos y hasta con nietos.

Una vez tomada la importante decisión, por fin me dormí.

Eran más o menos las diez de la mañana cuando desperté. El dolor de cabeza me atacó después de meses de mantenerme sobrio, aunque no me arrepentí porque fue una agradable reunión que disfruté, y mucho.

El silencio me alertó y casi salté del sillón para revisar si los Ramírez todavía seguían en mi casa. Ellos ya me habían informado que se irían después de desayunar. Sospeché que prefirieron dejarme descansar y se fueron sin despedirse.

Lo primero que hice fue tocar la recámara en la que dormían Celina y Erlinda.

¡No recibí contestación! Después toqué la de los papás de Celina. ¡Tampoco fui atendido!

Una desconocida desesperación me atacó; era de ese tipo que no se nota a simple vista, pero que acelera el corazón y nubla el buen juicio si se le permite.

La idea de alcanzarlos me llevó a cambiarme la ropa y estuve preparado para salir en menos de ocho minutos.

Bajé ensimismado las escaleras y, antes de cruzar hacia la salida, escuché unas voces que lograron que me detuviera. Pía ya estaba

despierta y activa como de costumbre. Por un segundo supuse que era ella charlando con los niños, pero, antes de que llegara a la puerta, reconocí la voz de Erlinda. ¡Imposible confundirla! Seguí el sonido y llegué al comedor. ¡Ahí estaban todos! Hasta los niños, menos Catalina. Desayunaban tan tranquilos.

—Cuñado, tómate un cafecito. —Me invitó Pía en cuanto entré—. Hice pan de yema. La niña está bien dormida, aprovechemos.

La ignoré deliberadamente. Mi objetivo era otro y no era tiempo de darle vueltas. ¡Ya no vacilaría más!

Con la vista la busqué y me dirigí a ella:

—Me gustaría hablar con la señorita Ramírez. —Volteé a ver a sus padres—, a solas, si es posible.

Doña Consuelo dejó de remover el azúcar de su taza y fue la primera en asentir. Noté que resistía una sonrisa. En ese momento no me detuve a cuestionarme el porqué si sospechaba mis intenciones no hizo algo para detenerme. Yo ya había roto un acuerdo con ellos y con su hija. La señora debía estar ofendida.

Celina dejó su trozo de pan sobre la mesa, se levantó de la silla y fue hacia mí. En su rostro reconocí la preocupación que la hacía arrugar la frente de una manera graciosa.

—Pero ¿qué ha pasado?

Sujete sus manos sin antes solicitar su permiso.

La mirada de cada uno estaba puesta en nosotros, ya ninguno le prestaba atención a su desayuno.

—¿Podemos ir al patio? —le pedí para que no hubiera testigos. Estaba envalentonado, pero no tanto.

Ella aceptó sin cuestionarme los motivos.

Juntos llegamos ahí.

Aquel patio era distinto al de su casa del pueblo. Este no tenía tantas plantas ni decoraciones. Solo era pasto, un pequeño pino y algunas begonias que con su rosa le daban color al lugar.

Quedamos de pie, frente a frente. Seguía sujetando sus manos entre las mías. De inmediato percibí que se le pusieron frías. Raro, porque el clima estaba cálido.

—Celina —comencé. Esta vez no había temblores que entorpecieran lo que iba decir—, necesito saber si es verdad que en el pasado tuviste sentimientos por mí. —Con mi pregunta vi que se le subieron los colores al rostro y me desvió la vista—. No temas, puedes ser sincera. —Le toqué la barbilla para que regresara a verme.

Después de un par de segundos, lo confirmó con un lento movimiento de cabeza, y noté que se le enrojecieron los contornos de los ojos.

—Cuando supe… —Tomó aire. Supongo que lo necesitaba para poder continuar—. Cuando supe que nuestras madres acordaron

casarnos, empecé a hacerme a la idea. —Percibí los nervios que sentía y le apreté ambas manos para darle seguridad—. Mamá decía que tenía que ser una buena esposa para ti. Me preparé lo mejor que pude. —Por su expresión risueña, sospeché que estaba recordando—. Te veía cuando pasabas rumbo a tu escuela. La tuya estaba más adelante, así que me quedaba esperando para meterme a clases. Traté de hablarte varias veces, pero me arrepentía cuando estabas cerca. Pensé que al formalizar todo tendríamos tiempo de conocernos mejor. —Hundió los hombros—. Ya sabes, como a muchos les pasa.

¡Fue ahí cuando el peso de mi falla me lastimó! Ignoré por años lo que pasaba con Celina. A mí mi madre no me dijo que tenía que prepararme para nada, ni siquiera me concientizó sobre el compromiso. Pero eso no era una excusa para haberlo abandonado sin siquiera dar la cara.

—Yo… lo siento tanto —le dije sincero.

Ella se apresuró a añadir un comentario:

—Te enamoraste, eso es normal.

Sus condescendientes palabras no bastaron. De haber podido, me habría golpeado allí mismo.

—Fui un iluso por encapricharme. Ni mil perdones servirán, pero… —Me tomé el atrevimiento de observarla, la ternura que transmitía podía calmar hasta al más violento—, la verdad es que quiero que te quedes.

—Ya dimos suficientes molestias…

—Creo que no me estoy dando a entender —la interrumpí—. No quiero que te vayas. —Hice una breve pausa para volver a confirmarme lo que iba a decirle. Estaba convencido de que, al primer ápice de duda, daría marcha atrás. Analicé rápido lo venidero y sí, me sentía seguro—, ni de mi casa, ni de mi vida.

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron de par en par.

—El Moreno no fue el primero que manchó tu nombre.

—No digas eso…

Celina trató de retroceder, pero se lo impedí lo más delicado posible.

—Es la verdad. Y lo voy a enmendar. —Las yemas de mis manos tocaron mi pecho—. Si aun tienes un poco de interés en este tonto y eres capaz de aceptar que tengo una familia por la cual velar, me gustaría, me encantaría, retomar ese compromiso. —¡Pasó! Lo dije directo.

—¿Qué? —Se le fue el aire con la pregunta y ya no pudo hablar. Sus ojos se enrojecieron todavía más.

—Sé que falta el anillo, pero lo tendrás lo más pronto posible.

Ella negó con la cabeza y agachó el rostro.

—Deja de sentirte obligado por algo que ya pasó.

Me incliné para que nos viéramos. Necesitaba que se diera cuenta de que se lo decía en serio.

—Celina Ramírez, es mi deseo que seas mi esposa.

—Pero…

Coloqué un dedo encima de sus labios.

—Solo di una respuesta.

Celina volvió a negar. Supongo que tenía una lucha interna sobre lo que estaba escuchando y el pasado.

—Chavelita me dijo que soy una oportunista por quererte —al decirlo, su voz sonó medio quebrada.

—Chavelita puede pensar lo que se le dé la gana.

Hubo un breve silencio, como si todo se quedara detenido. Incluso el color de todo el alrededor se esfumó, solo estábamos ella y yo.

—Es sí —dijo tan bajito que, de no haber estado concentrado en lo que iba a decirme, no lo habría oído—, es sí.

De pronto, fui consciente de lo cerca que estábamos y observé su pequeña cara. Tenía veintiún años, pero parecía apenas una mujercita que acaba de convertirse en una casadera. Dos de sus risos que se le escaparon revoloteaban con el poco aire que hacía.

La observé más. El brillo de las lágrimas que se balanceaban al borde del contorno de sus ojos me conmovió. ¡Tanto era lo que yo la hacía sentir!

Una de mis manos se coló hasta llegar a su nuca y di un paso hacia adelante. Podía escuchar su rápido respirar. Mi otra mano fue a su cintura, la rodeé despacio y fue inevitable que me inclinara para unir mis labios con los suyos. Ni siquiera lo planeé, solo se dio. Cerré los ojos mientras conocía su agradable sabor. Nuestro primer beso se sintió tan cómodo que asimilé la idea de tenerlos a diario.

Debí imaginar que nos espiaban. En cuanto nos besamos, se oyeron las risas y hasta aplausos.

Doña Consuelo llego a prisa hasta donde estábamos, trotando, y estrechó a Celina.

—¡Se te hizo! —le dijo emocionada mientras la apretaba—. Te dije. Ves que sí.

Erlinda fue la siguiente en acercarse y me felicitó con un rápido abrazo.

—¡Me alegro por los dos! —Me señaló y entrecerró los ojos—. Pero siempre serás mi primo, no importa quién sea tu mujer.

El último fue don Ismael que, aunque reservado, esta vez lucía victorioso.

Pía, por su parte, permaneció en el umbral de la puerta, quieta y callada.

A partir de ese momento todo se aceleró.

Doña Consuelo exigió que fuéramos de inmediato a informarle a mi madre. Ella recibió la noticia con tanta alegría que pareció una niña complacida.

—Deben saber que su hija se va a quedar con el mejor de mis hijos… —fue convincente en sus cansados elogios.

Ni siquiera esperaron y nuestras madres empezaron a planear el enlace.

La tradición dictaba que los padres de la novia eran quienes pagaban la boda, y, cuando quise dialogar para que me dejaran pagarla yo, recibí la contestación:

—Ningún Ramírez que esté orgulloso de serlo te dejaría hacer tal cosa —afirmó el señor Ismael.

Solo dejé clara la condición de que tenía que ser en la ciudad. De ninguna manera pensaba regresar al pueblo.

Al principio los padres de Celina trataron de convencerme de lo contrario, pero ella apoyó mi decisión.

Después de una larga, muy larga tarde escuchando en la sala a mi madre, a doña Consuelo, a Celina y a Silvia discutiendo sobre adornos, recuerdos, decoraciones, comida y demás, quedó establecida la fecha: sábado veintidós de julio de 1950. El tiempo para organizar una boda era poco, pero comprendí la premura.

Solo hicieron una pausa porque eran casi las cinco y no habíamos comido.

«Gracias a Dios», pensé cuando se fueron a cocinar porque mi estómago demandaba alimento.

Aproveché ese intermedio para buscar a la persona que faltaba que le contara la buena nueva.

Primero fui a su cuarto, pero no estaba. Luego lo busqué en el otro lugar en el que pasaba gran parte de su día.

Llegué al patio y ahí hallé a mi padre, quien admiraba quieto una planta trepadora como si se tratara de un bello tesoro.

Me detuve un momento. De espaldas se veía distinto. Noté que se había encorvado un poco y las canas invadían su cabeza. En el pasado, él me parecía un hombre fuerte y sabio, pero, luego de los terribles acontecimientos, solo quedó uno derrotado y roto. Desearía poder asegurar que no entendía por qué se dejó vencer así, pero mentiría.

Él no me vio.

No sé por qué, pero empecé a preguntarme ¿cuándo fue la última vez que me cargó en sus brazos? ¿Cuándo fue la última vez que me llevó de la mano para que no me perdiera? ¿Cuándo dejé de ser su niño?

Ya no queríamos verlo de esa manera, quizá por eso lo dejamos estar tan solo. Era más fácil ignorar su dolor que ayudarlo a salir del hueco profundo donde se hundió.

Despacio llegué a su lado y le toqué el hombro.

Él apenas y me dedicó una mirada. No hubo saludo de su parte, ni siquiera una palabra.

—¿Podemos platicar? —le pedí—. Es importante.

Mi padre accedió después de soltar un gruñido, y en silencio fue hasta la banca cercana de madera que él mismo hizo. Ahí se sentó y esperó a que yo también me sentara.

Ya a su lado, primero me tomé uno rato para disfrutar de la vista. Había una enredadera de uvas a la derecha, en una pared de alambres. Mas atrás estaba un joven cerezo a lo lejos y un ciruelo del otro lado. Convivían tantas plantas allí que tardaría demasiado en listarlas. El olor dominante era el de la flor de cera que antes papá admiraba. Comprendí su devoción cuando respiré hondo. La planta caía desde lo alto de un tronco de madera que se sostenía de dos vigas. Sobresalía con sus pequeñas flores blancas y el centro rojizo. El dulce aroma de su perfume era fascinante. Aquello era como una pequeña probadita del ansiado jardín del Edén.

—Si se pudiera regresar el tiempo —lo cuestioné, hundido en mis pensamientos—, ¿a dónde irías?

—¿Qué preguntas son esas? —Resopló irritado.

Giré a verlo. Mi padre tenía cuarenta y cuatro años, pero envejeció tanto en tan poco tiempo que se estaba convirtiendo en un anciano.

—Yo iría a una tarde en la pequeña huerta que tenías —proseguí—. La recuerdo bien. Tenía apenas diez años. Solo estábamos tú y yo. Me llevaste a ver los jitomates que sembraste. Las cañas que sostenían a las tomateras ya estaban bien cubiertas. Solo había verde y rojo a donde quiera que mirara. Regamos juntos cada planta y me contaste todo el proceso para hacer que crecieran tanto. Te brillaba toda la cara con cada palabra. Sé que no lo sabes, pero en ese momento te admiré más que nunca. Ahí decidí que estudiaría para lograr que las plantas se vieran igual de bonitas como las que tú siembras. —La palma de mi mano apuntó hacia la flor de cera—. Fuiste tú quien me inspiró.

Mi padre me regaló una media sonrisa.

—Eran unos buenos jitomates.

—Sí que lo eran. —Suspiré. Ahí recordé el verdadero motivo por el cual lo fui a buscar—. Papá, me he comprometido.

Él me miró de reojo.

—Así que tu madre siempre sí consiguió lo que tanto quería. La respeto demasiado. Ella jamás se cansa de insistir.

—No, no es como piensas.

—¿Quién es la afortunada? —quiso saber.

—¿Recuerdas a Celina Ramírez?

El nombre hizo eco en mi mente. ¿Quién lo diría? Celina, la jovencita que me parecía frágil y tímida sería mi compañera de vida.

Mi padre entrecerró los ojos.

—Y dices que no es como pienso…

Era momento de sincerarme.

—Tengo sentimientos reales por ella.

—Me siento feliz por ti, Esteban —dijo inexpresivo—. En serio.

Deseé poder darle unas buenas sacudidas para que tomara consciencia de todo lo que se estaba perdiendo: de los nietos que ignoraba, de los hijos que dejó de lado, de su esposa que lo extrañaba.

—Mamá está dando todo de sí para estar bien —mi voz salió con tono de reclamo a pesar de que intenté suavizarlo—, y que estemos bien nosotros.

Mi padre se quedó en silencio y con la mirada perdida por unos segundos, hasta que habló:

—Lamento no poder seguir siendo lo que antes admiraste.

Resoplé y me hundí en la banca.

—También yo —dije para mí.

A él ya no le interesaba luchar más.

Al día siguiente, temprano, Celina y las demás mujeres salieron para buscar adornos y otras cosas, según me avisó. Los Ramírez regresarían al pueblo por una semana o semana y media para atender sus compromisos e ir a recoger el ajuar de la novia. Doña Consuelo quería que su hija usara el mismo vestido que ella usó cuando se casó; por supuesto que Celina quedó encantada con la propuesta.

Yo, por mi parte, me encargué de ir al trabajo.

En el camino me sentí distinto, como si fuera más liviano, como si estuviera viviendo otra realidad en la que ya no existía sufrimiento, ni duelo, ni despecho.

No sé bien cómo fue que pasó, pero cuando llegué, mi hermano me avisó triunfante que los primeros brotes de aguacate por fin se dieron. Estábamos tan contentos que enseguida redacté una misiva para Ermilio, donde le proporcionaba todo el informe de los avances y las proyecciones.

Una vez terminada la jornada, Anastasio me acompañó a una famosa joyería que se ubicaba en el centro de la ciudad para comprar el ansiado anillo.

—¡Qué rápido pasan las cosas! —hizo hincapié mi hermano.

Él no podía juzgarme porque había quedado prendado de Silvia después de pedirle un par de bailes en una celebración del pueblo.

Como yo ya sabía lo que iba a adquirir, llevé los ahorros que tenía y escogí una sortija que, según me comentó el vendedor, era de diseño intrincado con un diamante central. Conocía poco de cortes y colores,

pero la piedra brillaba bastante y, a mi juicio, era una pieza digna de una dama. Me hubiera gustado comprarle el mejor anillo de todos, pero el dinero en esos tiempos era limitado.

Por cuestiones de costumbres, la novia no podía dormir en la casa del novio hasta que se llevara a cabo la boda, por eso los Ramírez aceptaron la propuesta de que, tras su regreso, su estadía sería en la casa de mis padres.

Volví esa noche, después de despedir a mi prometida, agotado y solo pensaba en ir a dormir. Erlinda ya debía estar descansando y para no despertar a nadie me moví sigiloso. Pero el llanto de Catalina desvió mis intenciones.

Hallé a Pía en la cocina. Se veía harta y ojerosa. La niña manoteaba entre sus brazos y los tres mayores peleaban entre sí por un yoyo.

—¡Qué la chingada! —les gritó desesperada; algo poco acostumbrado en ella—. ¡Ya quédense quietos por un rato!

Decidí que era mi turno de intervenir porque ellos también merecían mi atención.

—Dejen descansar a su madre —los reprendí con voz firme—. ¡A dormir, ya! —les ordené, tronándoles los dedos. Después de que esos tres traviesos se fueran corriendo de ahí, me acerqué a Pía—. ¿Qué tiene Catalina?

—No ha parado de llorar desde que llegamos de dar un paseo en el parquecito. —Siguió meciéndola para calmarla, sin éxito—. Estoy pensando que se siente mal.

Extendí los brazos.

—Dámela, yo me encargo. —Recibí a mi enérgica niña—. Quieres a papi, ¿verdad? —La estreché y su llanto cedió un poco—. ¿Verdad que quieres que papi te cargue?

Mecí a Catalina por un rato mientras su madre recogía los vasos de la leche que se tomaron. Su pequeño cuerpo fue calmando los espasmos, hasta que se relajó tanto que empezó a dormitar.

—Disculpa si no te dije antes —Pía se dirigió a mí luego de que el caos terminara—, pero te felicito, Esteban. Se nota que la señorita Ramírez es una buena mujer. En el pueblo la traté poco, pero solo conozco buenos comentarios sobre ella.

—Gracias, cuñada.

Pía se dio la vuelta, tomó un trapo y empezó a limpiar la mesa.

Me disponía a llevar a la niña a su cama, pero ella habló con una voz que me pareció distinta:

—Dame… dame oportunidad de quedarme un mes más. Venderé mi casa y con eso veré cómo le hago para poner un negocio.

Regresé los tres pasos que di hacia la salida y la miré de frente.

—¿De qué estás hablando[CS2]?

Ella trataba de responderme con su expresión de desasosiego.

Esbocé una media sonrisa amarga gracias a la incredulidad.

—Vas a tener tu propia familia —quiso defenderse—. Seremos un estorbo para ustedes.

Negué con la cabeza. Me ofendía que dudara de mi palabra.

—¡De ninguna manera! Tus hijos son mis hijos, ¿lo olvidas?

—Tendrás los de sangre y…

—¡Basta! —alcé la voz—. Ustedes se quedan aquí. —Apunté hacia el piso—. Esto es suyo. Nadie se los va a quitar.

Mi cuñada se aferró al trapo que sostenía y con una rígida postura quiso rebatir:

—Pero entiende…

—¡Pero nada! ¡No! —Tenía a Catalina recostada sobre el pecho y se removió con mi reacción. Tuve que susurrar para no despertarla—. Hice un juramento y lo voy a cumplir.

—Eso dices ahorita. Tu mujer va a querer su casa entera, no la mitad.

—Por la memoria de mi hermano prometí que siempre velaría por ustedes. —Vi que ella preparaba argumentos, por eso me sinceré—: Yo los quiero y no es porque tengo que hacerlo. Los quiero porque son "mi" familia. Incluso si falto, estarán incluidos en los pocos bienes que tengo. Para tu tranquilidad, revisaré con el constructor como podemos hacer una entrada independiente para el segundo piso y así no importunarlos más. —Sujeté su hombro—. No vuelvas a pensar que te dejaré sola.

Ella hizo la mueca de un llanto contenido. Luego asintió.

De solo ver a Catalina dormida, con sus ojitos cerrados y su calmado respirar, me relajé. Dejarlos a su suerte era algo que solo podía pasar tras mi muerte.

Erlinda decidió partir de mi casa en la semana que Celina estuvo ausente. Dijo que los padres de mi prometida podían tomar a mal que yo tuviera a una mujer casada durmiendo bajo mi techo. Además, prefería tener su propio espacio. La acompañé a rentar una casita de una sola recámara en el pueblo donde estaba la penitenciaría. Después de todo se hizo lo que ella quiso. Me sorprendió que contara con dinero suficiente para estar cómoda. Según me contó, puso en el norte un negocio de comida que funcionaba bien y que dejó al cuidado de una señora de confianza. En ese tiempo lejos se acercó a la señora Fernández, su suegra, y entabló una frágil amistad que, estaba convencida, lograría fortalecer hasta conseguir ser aceptada y que los padres de Florencio reanudaran el contacto con él.

Cuando los Ramírez regresaron, teníamos preparada la reunión de

pedida de mano. Bueno, mi madre y Silvia la tenían bien preparada.

En el pueblo las pedidas eran fiestas grandes, pero las circunstancias nos llevaron a hacerlo de esa manera. Aun así, mi madre se las arregló para llenar seis mesas en el patio de su casa con las amistades que pudieron convocar de ambas familias.

Me gustaría describir con detalles el inicio de esa inolvidable reunión, pero solo me limitaré a contar que cuando el anillo se deslizó por el delicado dedo de Celina, fui feliz. No se trataba de una felicidad tormentosa que enloquecía y hacía perder el rumbo por sus aguas, la describiría como la que da el arroyo que corre despacio y que adormece con su sedante sonido.

Allí, frente a testigos, reafirmé mis obligaciones con los hijos y la esposa de mi hermano fallecido. Celina también tuvo una petición, y fue la de seguir con su negocio de costura. Estuve de acuerdo porque me gustó la idea de que ella tuviera su propio pasatiempo.

A media pedida, tocaron a la puerta. Gerónimo fue quien abrió.

A lo lejos vi que llegaba una familia de tres personas: la señora, el señor y un niño de más o menos la edad de Catalina, iba de la mano de su madre.

Como supuse que era un invitado más, no le presté atención, pero Paulino, quien se encontraba a mi lado bebiendo una cerveza, lo reconoció. Volteé a él porque me dio un codazo y empezó a reír.

Seguí el origen de su burla. Enfoqué mejor la vista hacia la familia recién llegada. ¡No podía creerlo! ¡Era mi hermano Sebastián!

—Pero mira nada más a este cabrón —dijo Paulino—. Le están chupando la juventud.

Gerónimo se nos unió, igual de sorprendido.

—Si se ve más viejo que yo —añadió.

La verdad es que también me reí cuando caí en la cuenta de que no supe que era él porque se dejó el bigote y la barba y tenía unos diez kilos más encima.

Intenté ubicar a mi madre con la finalidad de hacerle más digerible lo que venía, pero fue demasiado tarde. Ella se encontraba más cerca que yo, del lado izquierdo.

El miedo de ese funesto reencuentro regresó al máximo. ¡Mamá se acababa de enterar de quién era la mujer de mi hermano!

Por suerte vi que los padres de Celina se mantenían entretenidos en un círculo de conocidos, y mi prometida estaba siendo abordada por dos de sus primas que inspeccionaban curiosas su anillo.

Ese caminar de mi madre era inconfundible. Cuando movía las piernas así, como si las aventara hacia adelante, y cerraba los puños, era porque venían cosas malas.

Lo único que nos quedó hacer fue acercarnos con el objetivo de apaciguar el inminente pleito.

—¡Con que eras tú! —escuché que le recriminó a doña Alfonsina—. ¡Hija de la chingada! Abusadora de niños.

Aceleré el paso. Lo que menos quería era tener que pasar el bochorno de un pleito familiar enfrente de todos.

Sebastián se interpuso entre su mujer y nuestra madre.

—Mamá, tranquilízate. —Levantó las manos a la altura de su pecho con las palmas de frente—. No es como piensas. Mira. —Movió hacia el frente al niño que tenía a su lado—, él es tu nieto: Rogelio.

Mi madre paró de golpe.

—¿Rogelio? —Llevó una mano sobre su pecho.

—Sí, mamá. Te presento a mi hijo.

—Rogelio. —Ella se agachó para conocerlo. Se trataba de un niño parecido a Sebastián, pero con piel morena y ojos marrones—. Tienes un bonito nombre —le dijo conmovida.

—Agúelita, te traje un totolate. —El niño le extendió a mamá un chocolate amargo decorado con un moño plateado.

Ella aceptó el regalo.

Si Sebastián no tenía ni un pelo de tonto, debí imaginar que iba preparado para la ocasión.

—Después hablamos largo y tendido, con los dos —los amenazó mi madre antes de retirarse para seguir con su recorrido de chismorreo.

Invité a mi hermano y a su familia a pasar y busqué a Celina para presentarla de manera oficial. Sebastián hizo lo mismo con doña Alfonsina y su hijo. Se sintió bien estar de nuevo juntos los seis hermanos. Agradecí que Paulino y Jacobo organizaran sus tiempos para estar presentes.

—Hermano, felicidades —dijo de nuevo Sebastián cuando estuvimos a solas.

—¿Cómo te enteraste? —le pregunté curioso.

—En el pueblo lo saben todos y la noticia se corrió hasta mi casa. Tuve suerte de que mamá respondió una carta que le mandé y ahí venía su dirección. —Me dio una palmada en la espalda y habló más bajo—. Interesante elección. Quisiera oír la historia de su romance.

—Después hablamos largo y tendido —me burlé de él y le regresé la palmada. De los sermones no se iba a salvar, hiciera lo que hiciera.

«En el pueblo todos lo saben», hizo eco en mi mente. Fue inevitable pensar en que Amalia quizá también ya lo sabía. Me habría encantado verles las caras a esos dos cuando se enteraron de que los “pendejos” con los que jugaron se unirían en sagrado matrimonio. Deseé que, aunque fuera una mínima parte, le doliera, la lastimara, que sufriera al saberme junto a la amiga que traicionó.

En el tiempo que hubo entre la pedida de mano y la boda, Celina y yo pudimos convivir solo en contadas ocasiones. Las exigencias de

una organización así la tuvieron ocupada hasta los últimos momentos. Ya tendríamos una vida para seguir explorándonos de todas las maneras.

Me gustaría decir que la boda fue una que la gente recordaría a través de los años, una donde se bailó, se comió y bebió durante tres días. Parecida a la de Florencio y Erlinda, aunque sin el arresto. Pero no. Nuestro enlace fue con apenas cien invitados en un elegante salón de la capital, muy distinto a las celebraciones del pueblo. Solo estuvieron los más allegados de las dos familias y algunos de nuestros amigos. Por supuesto que también invité a Ermilio y a su esposa, a Erlinda, a Filemón y a Chavelita; aunque Chavelita no asistió.

A pesar de no haber sido una gran fiesta, a mí me pareció perfecta.

Mi querida Celina fue una preciosa novia. Varias veces me contó que el vestido de su madre era blanco con holán de tira bordada y fleco de canutillo. Lo único que vi fue que la hacía parecer una adorable muñeca cuando caminó del brazo de su padre hacia mí en el pasillo de pétalos rosados. De su cuello colgaba un largo collar de monedas de oro, al igual que sus grandes aretes. Los Ramírez no podían quedarse atrás con la indumentaria, y menos frente a los que consideraban presuntuosos citadinos. Despacio alcé el velo que tenía forma de resplandor de holán. La contemplé. Se veía tan linda con la trenza de listón blanco que atravesaba su cabeza, decorada con los siete azahares. Le sonreí. Su expresión me pareció de emoción mezclada con nervios. Sostuve firme su mano que su padre me entregó para transmitirle confianza. Me tenía a su lado para sostenerla.

Al contrario de las novias, los novios no llevaban más que un traje blanco y ¡listo! Lo único que teníamos que hacer era bañarnos y peinarnos. Añadí el corbatín que Rogelio me regaló.

Decirnos el “sí”, observándonos el uno al otro, sin dudas, sin recelo, sin faltas, fue un momento que atesoraré siempre.

Mi Celina, mi dulce Celina, se convirtió aquel veintidós de julio en mi amada esposa.

Una vez terminada la cena, a Celina se la llevaron mis cuñadas y sus dos hermanas casadas.

Yo ya sabía por qué, pero algunos invitados que desconocían nuestras costumbres me preguntaron por el paradero de la novia.

—¡Es tiempo de que el novio también se retire! —avisó don Ismael una hora más tarde.

Uno que otro despistado cuchicheó con la finalidad de confirmar sus sospechas. No quería, pero supe que me sonrojé cuando me percaté del pequeño revuelo. Considero el hecho de que desconocidos se enteren de la intimidad de una pareja recién casada es bastante invasivo. Aunque las tradiciones son las tradiciones y había que

respetarlas si no quería levantar ámpula entre las familias.

Anastasio me indicó que el lecho matrimonial estaba listo y me acompañó a abordar un coche que rentaron para la ocasión. El conductor me llevaría hasta mi casa.

Estuve frente a la habitación diez minutos después porque los Ramírez buscaron el lugar más cercano que se adecuara a sus exigencias. Giré la perilla y abrí.

Reconocí a mi esposa en la tenue oscuridad por el llamativo cabello que le dejaron sujeto en una coleta. Se encontraba de pie y de espaldas frente a la cama. Tenía puesto un holgado camisón blanco de tirantes que le llegaba hasta las rodillas.

Las chicas cambiaron las sábanas por unas nuevas y perfumaron el lugar.

Solo una vela sobre una mesita iluminaba la habitación.

Cerré la puerta, me quité los zapatos y dejé el saco sobre un mueble. Caminé despacio hacia ella. Cuando estuve a su lado, me di cuenta que se cubrió el pecho con una mano.

—Estuve platicando con Ermilio —le dije al mismo tiempo que me quitaba el corbatín—, dice que a lo mejor me deja al frente de todo el proyecto. Son buenas noticias, ¿no crees?

Celina ni siquiera me observó de reojo.

—Creo sí —murmuró sin soltar la tela del camisón que era un poco descubierto de la parte superior.

—¿Te gustó la banda?

Despacio di la vuelta para estar frente a frente.

—Sí —volvió a murmurar.

Ahí la inspeccioné mejor. Parecía un conejito, uno rizado y temeroso. Le temblaban hasta los dedos.

—Lamento que la boda no haya sido en el pueblo.

—Estuvo bien —continuó con respuestas cortas.

Me solté las mancuernillas, luego el primer botón de la camisa cercano al cuello, seguí con los dos siguientes. Paré porque a ella se le aceleró la respiración con lo que hice.

Toqué su brazo antes de volver a hablarle.

—¿Sientes miedo?

Me dio un rápido vistazo y después bajó la mirada.

—Sí —apenas pude oír que respondió.

—¿Por qué? —Me le acerqué más.

—Lo que pasa es que… —perdió un poco el aliento—, no quiero… no quiero hacerlo mal.

Avancé más hasta que nuestros cuerpos se tocaron. Por la estatura de Celina, su cabeza me llegaba a los hombros y pude disfrutar del aroma de su cabello recién lavado.

Siendo cuidadoso, le quité la mano con la que ocultaba un

delgado listón atado en forma de moño.

—¿Puedo? —Sujeté el listón, dispuesto a jalarlo.

Celina apenas y pudo asentir.

Despacio lo jalé y al soltarlo abrió paso al nacimiento de sus pechos.

Nos miramos.

Sostuve su mano y se la besé.

—Deja tus miedos afuera —le dije—, estás a salvo.

Ese tímido deseo se incrementaba con cada roce aun con ropa de por medio. La tomé de la cintura y lento me acerqué para besarle la mejilla, bajé un poco por su cuello hasta sus hombros.

Escuché que se estremeció y la excitación hizo de las suyas en mí.

Regresé a sus labios y la besé. Esta vez fue un beso más profundo, más pasional y entregado.

Al mismo tiempo hice que sus tirantes cayeran y el camisón cedió hasta su cintura.

De pronto, Celina se echó para atrás.

—¿A dónde vas? —La detuve porque me di cuenta que se trataba de mero pudor.

—A apagar la vela. —Intentaba cubrirse con ayuda de sus brazos.

—Así déjala —hablé calmado—. Quiero verte. —Terminé de desabotonarme la camisa—. ¿Tú no quieres verme?

—Sí. —A pesar de la poca luz, me di cuenta que se le subieron los colores al rostro.

Los dos sonreímos.

Gracias a eso, toda vacilación se esfumó y me permitió volver a degustar su piel, esta vez con más libertad.

Entre largos besos y atrevidas caricias, la conduje a la cama.

Las yemas de mis dedos la recorrieron hasta liberarla por completo de toda tela. Todas esas ropas que usaba ocultaban un par de piernas seductoras que recorrí varias veces con los labios.

Fue ella quien tuvo la iniciativa de quitarme la camisa. Yo me desabotoné el pantalón.

Decidido, busqué su placer con mis dedos. Sus contenidos gemidos aceleraron mis ganas de poseerla.

Para mí no había nada más exquisito en el momento de la intimidad que el espasmo que causa la satisfacción.

Cuando la sentí lista, me abrí paso entre sus piernas, y muy despacio y delicado, nos unimos de todas las maneras posibles.

Tenía claro que esa era su primera vez, y puedo asegurar que la mía también porque la entrega fue con el anhelado amor correspondido que pensé que no tendría el gusto de volver a disfrutar.

Epílogo – No volveré

En el primer año de matrimonio hubo importantes cambios para los dos. Celina tuvo que mudarse a la capital y dejar a sus padres. No lo decía, pero sé que le costó mucho hacerlo porque tenía un gran apego con ellos y con el tranquilo estilo de vida de allá.

Para alegrarla, la dejé que se dedicara con paciencia a adaptar la ropa que yo ya tenía para que me quedara mejor, y después fue ella misma quien la creo. Verla sonreír cada vez que me probaba sus creaciones valía toda la pena.

A los seis meses, junto con Pía, montaron un pequeño espacio de costura en el primer piso. Celina aseguró que la complexión y llamativa apariencia de mi cuñada era de gran utilidad para aumentar el número de sus clientes porque la incitaba a salir a caminar con sus diseños puestos. No faltaba la curiosa que se atrevía a preguntarle sobre el nombre de la diseñadora de su vestimenta. Por cada cliente que llegaba, Pía recibía un pago, y así las dos fueron ganando su propio dinero.

Por suerte, el proyecto del aguacate se estableció formalmente, y con eso nos garantizó a Anastasio y a mí una fuente de ingresos que seguiría dándonos estabilidad si la trabajábamos con el mismo ritmo.

Mis hermanos tuvieron sus propios avances: Gerónimo continuó estable con la zapatería. Jacobo estaba decidido a consagrarse en el boxeo en el cual encontró formalidad. Paulino conoció países que ni en sueños creyó poder conocer gracias al circo. Sebastián estaba muy cómodo de mantenido.

Cada vez que visitábamos a mi madre, ella interrogaba a mi esposa sobre su estado de salud. La conocía tan bien que sabía que lo hacía para averiguar si ya estaba en cinta. Por dentro yo también lo deseaba, pero durante todo ese año no se nos dio el regalo de convertirnos en padres.

Gerónimo, Jacobo y Anastasio seguían teniendo hijos, por eso la insistencia de nuestra descendencia se fue convirtiendo en un tema molesto.

—Vamos a que te sobe doña Trini —le propuso mi madre a Celina una de esas tardes de visita.

—Suegra, llegarán cuando tengan que llegar —intervino Pía. Lucía un poco harta, supongo que por escuchar la misma cantaleta.

Pía hizo una especie de hermandad con mi esposa. Tal vez porque Celina, con su dulzura y tranquilidad, se le acercó y atravesó su gruesa coraza con la que mi cuñada se defendía. También porque trataba muy bien a los niños, los consentía y hasta se los cuidaba cuando tenía que salir.

Mi madre carraspeó.

—Pues espero que no terminen pareciendo los abuelos de sus propios hijos —dijo para terminar con el tema.

Su comentario causó incomodad en mí, y por el gesto de Celina, sé que sintió preocupación. Por eso, decidí que las visitas se reducirían por un tiempo.

Una noche, después de entregarnos a las mieles del amor, nos quedamos dormidos. Estaba apenas entrando al sueño profundo, cuando, de pronto, un fuerte grito me regresó.

Abrí los ojos y ¡la vi! Mi esposa estaba sentada sobre la cama, tenía la cara descompuesta por el dolor y apretaba fuerte su vientre.

Me incorporé para saber qué le pasaba.

—¡Me duele… mucho! —dijo entre quejidos.

No sé por qué, pero quité la sábana con la que se tapaba y ¡me quedé boquiabierto! Un círculo rojo pintaba la cama. Había sangre entre sus piernas y tenía el camisón tan manchado que temí por su vida.

Volteé a verla, aterrado, y cuando ella también se dio cuenta de lo que pasaba, pareció que iba a desvanecerse.

—¡No, no, no! —La sacudí para que reaccionara.

Cuando el miedo se apodera de una persona, causa que actúe sin ponerse a analizar cada acción. Solo me puse los pantalones, envolví a mi esposa en la sábana y en menos de dos minutos con ella en brazos ya estaba en la puerta de la casa.

Pía no se enteró porque ya teníamos distintas salidas.

Encontrar transporte a esa hora sería complicado. Maldije no contar ni siquiera con un caballo para poder moverme. No quedaba más remedio que caminar hasta el primer sanatorio que encontrara. Saqué fuerzas de donde pude. Por suerte Celina era menuda. Anduve por unos seis o siete minutos en la oscuridad de la calle. Apenas y un farol daba luz porque dos estaban fundidos.

—¡No te duermas! —le supliqué cuando me di cuenta de que sus ojos se entrecerraban—. ¡No te!

En uno de mis brazos sentí el calor del líquido carmín.

—No… —apenas pudo decir—. Aquí… estoy.

Pero su palidez me indicaba otra cosa. Sus labios se resecaron y perdía el brillo en los ojos. Sentía que la perdía.

Recordé haber visto un pequeño sanatorio ocho calles adelante.

Las empecé a contar y con cada una se me aceleraba más el corazón.

Cinco calles antes de llegar, estaba a la salida de un hotel un hombre al que le entregaban su automóvil color azul celeste. Se percató de mi situación desde lejos y se quedó mirándonos. Era rubio, casi igual de alto que yo, muy blanco y vestía un traje fino gris oscuro.

Llegué a él acelerando el paso. No me importaba suplicar por un transporte.

—¿Qué le pasa a la señorita, caballero? —me preguntó con la vista puesta en ella.

—Es mi esposa. No sé qué tiene, empezó a sangrar y no le para. La llevo al sanatorio —soné desesperado.

El hombre no se detuvo a esperar a que le diera más explicaciones y abrió la puerta de su carro.

—Súbase, lo llevo.

Obedecí sin vacilar.

El desconocido también se subió y prendió el motor.

—Ya vamos a llegar —le dije a Celina.

Ella no podía hablar, luchaba por mantenerse consciente y soltó un lento suspiro cuando me escuchó.

Él aceleró y en un minuto llegamos al ansiado sanatorio. Bajé rápido con Celina en brazos. Ni siquiera me despedí ni agradecí porque mi atención estaba puesta en la urgencia. Atravesé la puerta y fui hasta la primera enfermera que vi.

—¡Señorita, atiéndannos, por favor!

La enfermera se apresuró a llevarme hasta una esquina donde tenían camillas.

—Acuéstela aquí. ¿Tuvo un accidente? —me preguntó cuando vio la cantidad de sangre que ya cubría hasta su espalda.

Mi pantalón quedó también manchado.

—Estábamos durmiendo, se quejó de un dolor y empezó a sangrar. —Me dirigí a mi esposa que ya tenía los ojos cerrados—. ¡Celi, sigue conmigo!

Un médico que parecía demasiado joven se acercó junto con dos enfermeras más y rápido se llevaron a mi esposa para atenderla. No me permitieron pasar a acompañarla.

Me quedé solo en la sala de espera vacía.

En ese momento me invadió la culpa. «Tal vez fui muy brusco y la lastimé», pensé atormentado. Si algo le pasaba, no podría vivir con el remordimiento.

Esperé y esperé en aquella sala en la que había una amplia banca y una recepcionista que escribía sin prestarme atención. Creo que pasaron dos horas, o más. El transcurso del tiempo fue confuso. Nadie me daba informes sobre su estado y temía lo peor. Hasta que el médico por fin salió y se acercó a mí. Sí que era joven, no pasaba de

unos veinticinco años. Incluso la bata blanca se le veía grande porque era bajito y delgado. Yo estaba acostumbrado a atenderme con profesionales con mayor experiencia, incluso en el pueblo los curanderos eran hombres o mujeres de más de cuarenta años. Sus conocimientos limitados que pensé que tenía me alertaron.

—¿Su esposa es la señora que ingresó hace rato? —me preguntó con su voz aguda.

—Sí —le respondí con el pecho apretado—. ¿Cómo está?

Se quedó pensativo un instante.

—Pudimos detener la hemorragia y la estabilizamos, pero debe quedarse internada. —De pronto, me contempló como si sintiera lástima—. Señor, lamento decirle que la señora perdió al bebé.

Saber que Celina estaba viva me regresó un poco de calma, pero lo otro que dijo me confundió.

—¿Bebé? —Imaginé que se estaba confundiendo de paciente.

El médico asintió, seguro.

—La señora tenía poco tiempo de gestación, menos de dos meses. ¿Sabe si tuvo retraso en su periodo?

—No. —Ese no era un tema que las esposas trataban con sus parejas.

—Hay mujeres que tienen un falso periodo y por eso no se dan cuenta de que están en gestación. ¡Pero sí!, su esposa lo estaba. —El médico dio un paso hacia mí e inclinó la cabeza—. Si quiere ahorrarle una pena, le aconsejo que mejor no le diga. Esto pasa muy seguido, y más con las primerizas. —Tocó rápido mi brazo—. Verá que para el segundo todo saldrá bien. —Después de eso, se retiró.

No tenía idea de cómo reaccionar. Estaba perdiendo a alguien que no sabía que existía, pero que quería que llegara. Fue inevitable el sufrimiento de lo que pudo ser.

Por un corto instante cruzó por mi cabeza el ocultárselo a Celina, tal como aconsejó el médico, pero empezar con secretos así de importantes podían afectar la relación que manteníamos libre de problemas.

«Tiene que saberlo», decidí.

Pasé toda la madrugada en la banca porque tenían a Celina en un área restringida. Estaba solo, mi familia desconocía lo que pasó. En cuanto la viera despierta iría a avisarles. No pensaba moverme de ahí hasta confirmar que se encontraba recuperándose.

Fue inesperado, pero a las siete de la mañana llegó el mismo hombre que hizo el favor de llevarnos al sanatorio.

Me levanté en cuanto lo vi.

Entró con la misma ropa. Le calculé unos treinta años y de ascendencia extranjera, quizá criollo. Detrás de él iba una mujer.

—Me quedé preocupado por su señora. ¿Necesita ayuda? —

preguntó como si fuéramos conocidos.

—¡¿Esteban?!

¡Esa voz! La reconocí sin verle la cara.

Volteé hacia la acompañante del hombre y lo confirmé.

—¡Miranda!

¡Sí era quien sospeché! Miranda sonrió discreta cuando nos reconocimos. Iba vestida con un conjunto de falda verde oscuro y recortó su cabello hasta el cuello. Su belleza resaltaba más que nunca.

Grandes casualidades que alivian culpas. Ella estaba bien. ¡Mejor que bien! En sus dedos portaban los mismos anillos. Se había casado con un hombre que, a pesar de no conocerlo, se notaba que era noble.

—Valentín, él es Esteban Quiroga, un conocido.

Su esposo y yo nos dimos la mano. Por la calma con la que se comportaba, sabía que él no estaba enterado de la fugaz relación que Miranda y yo tuvimos.

—Valentín ya me platicó —continuó ella—. ¿Qué te han dicho?

—La tienen estable, pero debo esperar —respondí. Luego me dirigí a él—. Lamento no haberle agradecido.

—Estese sin cuidado. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Vas a ver que saldrá sana y salva —intervino Miranda—. Nosotros andamos de paseo en la ciudad. Cualquier cosa en la que podamos ayudar, estamos en la habitación B5 del hotel donde se encontraron.

Volvimos a darnos la mano para despedirnos. El gesto que tuvieron con nosotros lo recordaría para siempre.

—Muy amable. Lo tendré en cuenta —dije antes de que se fueran.

Me permitieron ver a Celina hasta la tarde del día siguiente. La pasaron a un cuarto donde podían acceder visitas.

En cuanto escuchó que entré, Celina giró la cabeza. Estaba acostada y en su brazo tenía puesto el catéter del suero. Seguía pálida y sus ojos se notaban hundidos.

—Querido, te ves horrible —me dijo mortificada.

Era cierto. Tenía puesta la camisa de dormir, sandalias de cuero y el pantalón manchado de enfrente.

—Iré a bañarme más tarde. —Jalé una silla que estaba cerca y me senté a su lado. Le acaricié despacio la cabeza. Su cabello estaba demasiado enredado—. ¿Cómo te sientes?

—Muy cansada. —Hizo una mueca de molestia—. Nadie quiere decirme qué es lo que tengo. —Sujetó mi mano—. Dímelo tú porque sé que ya te dijeron.

Me tomé un segundo, tomé aire, lo solté. Una lágrima en mi ojo izquierdo buscaba evidenciarme.

—Mi vida —comencé sin dejar de acariciarla—, tienes que ser

fuerte.

A Celina se le descompuso el semblante. Presiento que un miedo profundo la invadió.

—¿Tan mal estoy? —dijo apenas audible porque se le quebraba la voz.

Negué de inmediato.

—Estarás bien si seguimos los cuidados que te indiquen. —¡Ahí iba la parte que no quería decir!—: Pero… el médico me dijo que… estabas embarazada.

Nos quedamos callados. Tenía claro que ella necesitaba asimilar la noticia.

—¿Lo perdí? —pregunto, aunque sus ojos ya lo sabían porque empezaron a brillar.

Se lo confirmé con la cabeza, la voz no quiso salir, se quedó atascada en la garganta.

Lloramos juntos, no sé por cuánto tiempo, pero fue hasta que ella se quedó dormida entre mis brazos.

Celina no lo tomó nada bien e hizo que le jurara que sus padres no se enterarían. Dos días después me suplicó que la sacara porque en el cuarto continuo estaba una mujer recién parida. Según me explicó, el llanto de su bebé la atormentaba.

A pesar de que no estaba lista para el alta, la llevé a casa.

Durante un mes completo mi esposa se aisló de todos. Pidió quedarse en la otra recámara. Dejó de recibir visitas y aceptar diseños. Apenas y logró entregar los que tenía pendientes y eso porque Pía la ayudó. Mi cuñada fue mi auxiliar para lograr que comiera algo, pero nuestros esfuerzos servían de poco.

Una mañana que tenía el día libre, me cansé de la situación y decidí que ya no la dejaría sola en su duelo.

—Chule —susurré detrás de la puerta cerrada—, ábreme.

—Estoy descansando —oí que dijo.

Lo que ella no sabía era que no me iría de allí hasta que consiguiera aunque fuera un pequeño avance.

—Ya sé —continué y traté de sonar muy alarmado—. Tengo que hablar contigo. ¡Es urgente!

Hubo un silencio, fue breve porque escuché que se levantó.

El pestillo de la puerta cedió.

—¿Qué pasó? —me preguntó mortificada.

Levanté el plato que tenía entre las manos y quedó a la altura de su cara.

—Te hice nieve de leche quemada con tuna, tu favorito. —Vi que se dio la vuelta y fui detrás de ella—. ¿Vas a rechazarlo?

Celina se sentó sobre la cama.

Tenía todo el cuarto a oscuras y la cortina estaba puesta. Ni siquiera se había quitado su ropa de dormir. Inusual en ella, muy inusual.

—No tengo antojo de nada.

Pero yo no iba a ceder a pesar de su negativa. Con la cuchara, le acerqué un poco de nieve.

—¿Segura? —Moví en círculos la cuchara—. Sabe riquísimo. Prueba, una nada más. —la incité. Estuve a nada de festejar cuando ella aceptó el postre—. ¿Qué tal?

—Muy bueno. —Por fin me miró—. ¿De verdad lo hiciste tú?

—No. —Sonreí—. Fue mi madre. Pero yo lo serví en este platito que tienes bien guardado.

Ella observó de reojo el platito. En sus labios noté una sutil media sonrisa.

—Es la vajilla para fiestas.

—Y para momentos especiales. —La oscuridad, su bata con tela delgada por el calor que hacía y la proximidad, encendió el mí el deseo que reprimí todo ese mes. Dejé el postre en la mesita de noche y me acerqué más a mi esposa—. Te extraño. La cama se siente fría sin ti.

Celina resopló.

—¿Para qué querrías en tu cama a una inservible? —Era evidente el dolor que se apoderó de ella desde aquel lamentable día.

Mi tarea era la de ayudarla a sobreponerse del mal trago.

Decidido, tomé su mano y le di un beso.

—Para esto —traté de sonar seductor.

Con un movimiento hábil, Celina se soltó de mi agarre.

—Lo mejor será que me dejes aquí. —Se giró hacia el otro lado—. Soy un lastre nada más.

—No digas eso. —Toqué su espalda y fui subiendo lento la mano hasta el cuello—. Eres quien me da alegría y me tiene preocupado porque ya no me quedan los pantalones con tanta comida. ¡Anda! —Bajé la tela de su hombro y se lo besé; fue un beso suave que no reflejó la urgencia que en realidad me invadía—, compláceme, esta vez.

Mis besos eran el arma secreta para convencerla. Su resistencia a ellos estaba limitada y eso me hacía sentir orgulloso de mis habilidades. Aquella ocasión no fue la excepción. Me di cuenta de que se le erizó la piel cuando comencé a recorrerle la espalda con los labios. No me detuve hasta que lo logré. Cayó redondita, y esa mañana la pasamos a puerta cerrada entre las sábanas.

Con paciencia distraje a Celina lo más que se podía en mis tiempos libres. Hasta la hice ir al conocido cine Estadio. En la

marquesina tenían la película “¿Qué te ha dado esa mujer?”, y a esa entramos.

Como muchas damas de la sala, mi romántica esposa salió encantada con los afamados protagonistas, pero yo salí pensativo por la historia. Trataba sobre dos hombres cuya amistad se veía afectada por supuestos triángulos amorosos y malas interpretaciones entre ambos, sin embargo, el valor de esa amistad venció todas las dificultades.

Al final, se trataba de mera ficción. En la vida real la lealtad es un principio difícil de encontrar en los que se dicen “amigos”.

Poco a poco, ella regresó a prestarle atención a sus intereses. No con la misma intensidad, pero estaba convencido de que con el paso del tiempo volvería a ser la misma.

Para que nos dejara en paz, le advertí a mi madre que parara de cuestionarnos sobre la descendencia, por lo menos por un rato. Aceptó, aunque yo sabía que ella no se podría resistir tanto como supuso.

El cumpleaños de Silvia era en noviembre y fuimos invitados a su festejo que se llevaría a cabo en la casa que compartían con mis padres.

Solo fue convocada parte de su familia y la nuestra, nada pretencioso, pero sí entretenido.

Comimos, convivimos y bebimos hasta el anochecer. Fue tanto el tiempo que el hambre regresó.

Silvia estaba más que preparada para dar también cena y Anastasio prendió el asador que hicieron en un rincón del patio. El humo empezó a cubrir gran parte del lugar.

—Creo… creo que la cecina tiene mal olor —me dijo Celina en voz baja cuando Silvia le dejó un plato de comida.

Silvia la escuchó y se apresuró a tomar la bolsa con la carne.

—Pero si es fresca. A ver. —Olisqueó un pedazo—. Huele bien.

—Perdona, no. —Hizo una arcada—, no la voy a comer. Lo siento insoportable.

Celina tenía a Justina enfrente y ella se atrevió a inspeccionarla.

—¿Te han dolido los pechos en estos días? —la cuestionó sin tapujos, frente a todos.

El silencio imperó en la mesa porque toda la atención se concentró en mi esposa.

—¿Qué preguntas son esas? —Celina evadió, avergonzada.

Allí tuve un recuerdo.

—Ayer te vi sobándote. —En el aire simulé cómo se masajeaba los pechos.

Ninguno de mis hermanos habló.

Mi madre y la madre de Silvia empezaron a cuchichear.

—¿Y te ha dado mucho sueño? —le preguntó Pía de manera más personal.

—Muchísimo —confirmó, pensativa.

Sí, si le daba sueño, más de lo acostumbrado, pero yo pensaba que se trataba de cansancio por tanto trabajo. Le llegó un pedido de doce vestidos de gala que apenas y le dio tiempo de terminar.

Mis cuñadas comenzaron a comentar entre ellas.

—¿Qué? —Celina se apresuró a preguntarles entre apenada y preocupada—. ¿Por qué se ríen?

Fue Silvia quien le respondió con una amplia sonrisa:

—Celi, debes estar en cinta.

—¡Lo sabía! —Justina se levantó de su asiento como si fuera una ganadora—. Si desde que la vi me di cuenta de que tiene la cara demacrada.

Mi esposa se tocó el rostro, boquiabierta porque ponía especial atención a su apariencia.

Mi madre intervino, aunque no tan insistente como en otras ocasiones:

—Cuando puedan, vayan con la partera para que la revise.

—Iremos a primera hora —aseguré y le sujeté la mano a mi mujer.

—Pero con la partera, ¿eh? —añadió mi madre, dirigiéndose a Celina—. Nadie mejor que ella para decirte si sí estás esperando. —Hizo una seña de desaprobación—. Al medicucho que tu marido adora lo pueden ir a visitar después.

—Asumo que mañana vas a llegar tarde —me preguntó Anastasio. Su rigidez a la hora de cumplir con el trabajo en ocasiones lograba exasperarme.

—¿Me cubres? —le pedí e hice un gesto infantil.

Con eso conseguí que se le relajara el semblante.

—Está bien. Pero se te juntan los favores.

De pronto, se sintió una especie de calma que nos cubrió a todos.

Miré a Celina. No quería parecer ilusionado por la posibilidad, así que fingí control de mí mismo, aunque por dentro deseé poder sonreír porque podía ser una realidad.

Tal como lo avisé, nos dirigimos con la partera a las ocho de la mañana. Fuimos los segundos en llegar a su casa. Era una cabaña austera y alejada de sus vecinos. Afuera tenía un corral de chivos que no paraban de balar. El cielo nublado alejó el molesto calor, cosa que agradecí.

Esperamos pacientes en una banquita que la partera tenía en el pasillo. En el patio había seis niños de distintas edades corriendo y

jugueteando entre el lodo que se hacía con la llovizna.

El agradable olor de la tierra mojada me reconfortó.

La primera paciente tardó casi una hora mientras el esposo aguardó paciente.

Durante ese rato, Celina no pronunció ni una sola palabra. Estaba quieta, tal vez tan temerosa que le impedía hasta parpadear de manera constante.

Sostuve su mano. Quería que supiera que estábamos juntos para lo que viniera.

La puerta de la habitación donde trabajaba la partera por fin se abrió y la paciente salió. Aquella pareja se fue enseguida. Parecían decepcionados.

—Yo a usted lo conozco. —La partera entrecerró los ojos—. ¿Qué no su mujer era otra? —fue poco sutil con su comentario—. Una alta que tuvo una niñita.

—No… —Miré a Celina para que no se malinterpretara—. No. Era mi cuñada. Ahora traigo a mi esposa para que la revise.

—Ya veo. —Por su expresión, sospeché que no me creyó—. Pásele por aquí. —Abrió la puerta para que Celina pasara. Después se dirigió a mí—. Usted se queda afuera.

Celina jaló de mi brazo e hizo un puchero. Sé que no le gustaba encontrarse a solas en esas circunstancias.

—Ve —la incité—. De aquí no me muevo.

Entró vacilante, incluso volteó a verme dos veces antes de que se cerrara la puerta.

Me hizo sufrir el saberla tan asustada. ¡Yo tenía que estar a su lado, por obligación y porque deseaba hacerlo!

El tiempo avanzó, lento para mi desgracia. Apenas y escuché murmullos, nada que pudiera entender.

El crujir de la madera que cedió le abrió paso a las dos mujeres, cuarenta minutos más tarde.

Celina parecía sorprendida, aunque no sabía si se trataba de una buena o una mala sorpresa.

Me levanté rápido.

—¿Qué? —quise saber, preocupado—. ¿Qué tiene?

—Malestar —respondió despreocupada la partera—. Normal en su estado.

—¿Estado? —al preguntarle, medio sonreí. Corría por mi cuerpo una energía que buscaba hacerme brincar. Me urgía confirmar lo que supuse.

La partera lucía orgullosa.

—Su señora está preñadísima. ¡Felicidades! Le voy a mandar unas recomendaciones…

A lo siguiente que la mujer dijo no le presté atención.

Observé a mi querida esposa. Le brillaban los ojos y su mano reposaba temblorosa sobre su vientre.

Caminé hasta ella, y fue un abrazo de esos que transmiten todo lo sentido lo que dio por terminada la visita.

Para no hacernos falsas esperanzas, quisimos confirmar también con el médico que atendió a Pía en el embarazo de Catalina.

Tanto la partera como el médico coincidieron en dos cosas: mi esposa sí estaba embarazada, pero debía guardar absoluto reposo para evitar otra pérdida.

Sin detenerme a revisar las cuentas, contraté a una muchacha para que ayudara a mi esposa en todo lo que necesitara. No estaba dispuesto a escatimar con tal de tenerla cómoda y saludable.

Los padres de Celina fueron los segundos en saber la buena nueva. Para mí, no existía más que felicidad. Mis hijos tendrían un nuevo hermanito o hermanita. Incluso Pía lo tomó mejor de lo que imaginé.

Una semana más tarde visité a Florencio para contarle y para llevarle de los escamoles que le gustaban tanto; un platillo del que yo no era exactamente fanático.

Según el médico, Celina tenía más o menos tres meses. El bebé podía nacer en junio si todo avanzaba de manera positiva.

Florencio fue efusivo en sus felicitaciones, quizá porque él también me dio una increíble noticia. Con la emoción superándolo, me confirmó que le programaron su liberación a finales de abril.

«¡Qué rápido pasa el tiempo!», pensé para mí.

El año cincuenta y dos pintaba para ser uno inolvidable.

Siguiendo todos los cuidados recomendados, mi esposa pasaba su embarazo en completa calma. Fue tan emocionante para los dos ver como poco a poco su vientre crecía con la vida que llevaba dentro. Sus primeras pataditas nos hicieron chillar.

Una noche, después de trabajar, encontré a Celina tejiendo chambritas. El nido se preparaba para ser ocupado.

Me recosté a su lado y toqué su pancita.

—¿Crees que sea niño o niña? —me preguntó, pensativa.

—Creo que será un bebé muy bien portado —lo dije porque a su madre no la importunaba tanto con sus movimientos.

—Deberíamos escoger nombres —insistió.

Empezaba a dormitar, su aroma natural era para mí relajante, por eso no le presté la atención que buscaba.

—Déjaselo al calendario —murmuré.

—¡No! Yo quiero que tenga uno a nuestro gusto.

—El que escojas, sé que será uno adecuado. Con que esté bien escrito me conformo. —Accedí a que ella fuera quien pensara en el

nombre del bebé porque confiaba en su buen gusto y porque yo era malísimo para ponerlos.

Me quedé dormido con la mano sobre ella, sobre mis dos tesoros.

Lunes veintiocho de abril fue el día en que soltaron a mi buen amigo Florencio. Los cuatro años lo cambiaron tanto como me cambiaron a mí a pesar de no estar encerrado.

Yo no podía faltar en una fecha tan especial.

Ermilio llegó horas antes con su esposa y sus dos hijos: un niño y una niña.

Celina no tenía permitido viajar. Por eso, nuestras esposas se quedaron en mi casa,

Ermilio y yo fuimos los primeros en llegar. Nos quedamos en una parte un poco alejada de la entrada de la penitenciaría.

Erlinda debía estar presente para recibir a su marido y teníamos que esperarla. Ella demoró media hora en aparecer. A lo lejos la reconocí porque solía sobresalir con su despampanante figura. No iba sola. A su lado andaban cuatro personas más que, supuse, eran familia de Florencio.

El brillante sol entorpecía mi vista, pero, después de que ellos recorrieron otro amplio tramo, supe que la acompañaba su madre, doña Antonia; una pareja que asumí eran los padres de Florencio: un hombre y una mujer de aspecto serio y rasgos indígenas. El padre en especial lucía bravío y sí que imponía; y en un extremo, ¡la vi!

De pronto, me recorrió el inesperado coraje.

La persona con quien menos deseaba volver a toparme se aproximaba hacia el mismo lugar en el que me encontraba.

¡Amalia Bautista era la cuarta acompañante! Esas trenzas y ese caminar solo podían ser de ella. Al igual que la última vez que la vi en aquel pueblo, estaba embarazada, aunque su vientre se notaba menos crecido.

Erlinda saludó primero a Ermilio porque fue quien se ubicaba al frente, y cuando fue a hacia mí la observé incrédulo.

—Ni me mires así que yo no la invité —me dijo entre dientes—. Ella quiso venir, y ni modo de correr a mi prima. Además, a ti que no te importe su presencia.

—No me importa —rebatí firme y con los músculos de la boca contraídos.

—Entonces no andes de llorón.

Sin más, Erlinda se adelantó.

Me pegué a Ermilio, lo más lejos posible de Amalia. No me preocupé por ser descortés ni dejar ver mi desencanto.

Los siete avanzamos hasta la puerta de la penitenciaría. El primer cuidador armado nos interceptó antes de estar cerca de los barrotes.

Lo conocía, se llamaba Benito, “el ratón”, le decían, por ser de baja estatura y dientes frontales sobresalientes.

—¿A qué hora dejarán salir a Florencio Fernández? —lo cuestioné.

—Desde hace rato que se puede ir —respondió el hombre—, pero no ha querido.

—¿Nos dejaría pasar por él?

—No pueden entrar tantos —nos informó—. Ya nos pusieron reglas más duras, mi güero. Por ser para usted, dejaré que pasen los padres y la esposa, pero nada más.

¡Maldije mi suerte! Serían tres personas menos que me separarían de esa mala mujer.

Mis ojos la evitaban, pretendía que ella no estaba allí, siendo una molestia.

Los señores Fernández y Erlinda tuvieron acceso. Los demás tuvimos que quedarnos afuera. El cuidador tuvo la cortesía de prestarle un banquito a doña Antonia. Ermilio se recargó en la pared y prendió un puro para mitigar la espera. Yo elegí darle la vuelta al lugar porque me sentía asfixiado.

Decidí que aguardaría por esos rumbos, aunque el intenso sol me quemara la piel.

Solo habían transcurrido un par de minutos, cuando sentí una presencia detrás de mí.

—Mis felicitaciones —dijeron.

Volteé sin ánimos porque sabía que era ella. Me siguió y tuvo el atrevimiento de dirigirme la palabra.

—¿Qué? —respondí a secas y con cara de pocos amigos.

—Es que un pajarito me contó que está a punto de ser papá.

Su cínica sonrisa incrementó mi enojo.

Carraspeé.

—Ese pajarito debe ser uno molesto y hablador. —Erlinda tenía que ser discreta con mi vida o iba a orillarme a alejarme de su amistad.

—Seguro se siente orgulloso. Un hijo es una bendición.

«¡Cállate! Deja de portarte como si nada hubiera pasado, infeliz», pensé mientras la veía mover los labios con su palabrerío.

Esa mujer estaba fuera de mi vida. Ya no necesitaba nada de ella.

Olvidando la cortesía, seguí avanzando en línea recta, camino que me llevaría hacia la salida. Pero sus pasos fueron detrás de mí.

—No te vayas —me llamó—. Tu amigo espera que estés presente.

—Es lo mejor —respondí y no me detuve—. Estoy incómodo. Después me disculpo.

De un tirón en el brazo, Amalia me hizo voltear.

—¿Tanto me odias que no puedes aguantar tenerme cerca? —su

voz fue más grave y certera.

Di un paso hacia ella, acortando la distancia.

—¿De verdad quieres saber? —Tenía la mandíbula apretada.

Ella me confrontó segura.

—Sí.

Di un paso más e hice que tuviera que retroceder.

—Desde mi perspectiva —comencé con la ira controlando las palabras—, eres una mala persona, y por ti solo siento odio. Es un sentimiento que Dios reprueba, pero no puedo dejar de hacerlo. Te odio y te odiaré por el resto de mi vida. Y de una vez te digo que no quiero volver a encontrarme contigo ¡jamás! No te atrevas a hablarme de nuevo. Juro que cada vez que te reconozca, me iré lo más lejos que pueda.

Amalia ni siquiera se inmutó con lo que dije.

—Lo que pienses de mí me tiene sin cuidado —sonó confiada—. Conseguí lo que quería. —Dirigió la vista hacia su vientre—, eso es lo único que me importa. —Se dio la media vuelta—. Buena tarde, señor Quiroga.

Alcé un poco el sombrero.

—Señora… —El apellido se atascaba en mi garganta— de Moreno.

Contemplé el irme de verdad. Si lo hacía, terminaría con el mal rato, pero le fallaría a Florencio y le daría gusto a Amalia. Si me quedaba, tendría que tolerarla un poco más. Al final decidí que ella no iba a derrotarme.

Antes de que llegara a la puerta, el molesto crujir de los barrotes me avisó que se abrían.

¡Ahí estaba él! Bien vestido, bien peinado y rasurado. Parecía que no había pasado cuatro años en el encierro, entre carencias y amenazas constantes.

—Amigo —fui directo a Florencio—, eres libre.

Le di un fuerte abrazo.

—¡Lo soy! —me dijo conmovido—. ¡Libre!

Cuando la emancipación se muestra ante los ojos de un hombre que fue encerrado, la emoción puede terminar desbordándose por los ojos. Y así pasó con el siempre sosegado Florencio.

El júbilo de los Fernández y de Erlinda fue contagioso. Florencio tenía ahora una segunda oportunidad para hacer las cosas mejor.

Le conté los detalles de esa tarde a mi esposa. ¡Todos los detalles! Con ella no quería tener secretos, aunque la verdad fuera desagradable.

Celina no hizo ningún comentario sobre eso, solo se limitó a compartir mi gozo por el futuro de mi amigo.

Principios de junio nos recibió con una torrencial lluvia. Recuerdo bien que Pía, los niños, Celina y yo bebíamos una taza de chocolate en el piso de mi cuñada. Yo tenía a catalina encima de mis piernas. Era acogedor contemplar el caer de las gotas sobre el pasto del patio.

Supongo que Pía notó algo raro, porque se acercó a Celina para cuestionarla sobre el movimiento de cadera que hacía.

—¿Te sientes bien?

Mi mujer asintió, pero no parecía convincente.

—Desde anoche estoy con un dolorcito en la cadera, pero lo puedo aguantar.

Pía me miró mortificada.

Si Celina ya iba a entrar en parto, era un pésimo momento.

Teníamos la esperanza de que aguantara hasta el amanecer, pero sus dolores pasaron de leves a ser intensos en menos de una hora. Lo que pensamos que sería un proceso lento que nos dejaría tener a la partera y al médico ahí, ¡nos tomó por sorpresa!

Celina ya no lo resistió y comenzó a quejarse.

—¡Cuñado! Haz algo, tú fuiste a la escuela, debes saber.

Reí por los terribles nervios.

—¡Pero soy ingeniero! —La señalé—. Tú has tenido hijos cuatro veces, dime ¿qué se hace?

—¡No, no, no! —Dio un giro mientras se tocaba la frente—. Aunque sea ve por tu mamá.

—¿En este río? —Resoplé—. Voy a tardar demasiado.

Yo ya había presenciado los nacimientos de becerros y borregos, pero jamás de personas.

—¡Piensa, piensa! —Pía se exigió, hasta que por fin tomó una decisión—. Hay que llevarla a mi cuarto. —Se apresuró a levantar a Celina. Antes de avanzar, le habló a su hijo mayor—: Cuida a tus hermanos. Dales pan si te piden, dales todo el pan que quieran.

El niño comprendió la situación.

Entre los dos recostamos a mi esposa sobre la cama.

Sus espasmos me asustaban cada vez más y tenía los músculos de la cara contraídos por el dolor.

—Escúchame —le dijo Pía mientras ella profería quejidos—, tienes que pujar cada vez que sientas ganas. Puja, no grites. —Se dirigió a mí—. Sóbale la espalda.

Obedecí y me incliné a su lado.

Supongo que ayudó toda la tranquilidad y la intimidad que tenía en la casa. Celina rompió fuente apenas cambió de posición para ponerse en cuclillas. A los minutos, Pía confirmó que se estaba asomando la cabeza del bebé.

La cobardía tocaba la puerta, pero me aguanté porque debía mostrar fortaleza.

El bebé siguió saliendo. Lo vi todo y de cerca. Sus pujidos la hacían sudar y ponerse colorada. Fue tan salvaje y brutal que en ese momento pensé que toda la fuerza de la humanidad se concentraba en el canal de parto de una mujer.

Nuestro bebé nació pasadas las diez de la noche. Fue tan rápido que ni tiempo nos dio de llevar las toallas.

Pía se apresuró a envolverlo en una manta de Catalina y se lo puso sobre el pecho a la triunfal madre, quien se dejó caer sobre el colchón. Seguían unidos por el cordón.

—Es un varón —me avisó Pía.

Despacio me les acerqué y lo contemplé. Me pareció el ser vivo más hermoso que había visto.

—Muy bien. —Acaricié la cabeza de mi esposa—. Lo hiciste muy bien.

Pía regresó con unas tijeras y me las entregó.

—Debemos cortarlo, hazlo tú.

Accedí, Yo mismo partí en dos el cordón.

En cuanto fue posible salir, fui por el médico. Por la presión que Celina hizo, tuvo que darle unas puntadas en… su parte íntima.

El hombre no escondió su asombro porque ella soportó sin ayuda el dolor de un bebé así de grande y largo.

Mientras la atendían, cargué yo al niño. Sus ojos grises que con el tiempo se convirtieron en azules como los míos, como los de Rogelio, como los de mi padre, se abrieron para conocerme.

—Hola, soy tu papá, y te voy a cuidar siempre —le susurré al frágil cuerpecito. FRASE EN ZAPOTECO

No existía duda. Quedé por completo enamorado de mi hijo.

Tuvimos paz durante cuatro años. Cuatro años criando con algunos desacuerdos, sí, pero tratábamos de hacerlo lo mejor posible. Durante ese tiempo, Celina no volvió a embarazarse, aunque tampoco lo anhelábamos. Él ya tenía hermanos, unos que lo amaban como si fueran de sangre.

La vida avanzaba, hasta que mi padre se nos fue. El médico dijo que enfermó del riñón. Él se negó a tomar medicamentos o remedios a pesar de que le rogamos que aceptara. Ni mi madre ni mis hermanos pudimos convencerlo.

Yo pienso que en verdad enfermó por la tristeza y la culpa con la que cargaba, enfermó de pena desde el día en que mataron a Rogelio.

Un día antes de que su cuerpo fallara, estuvo alegre, hasta pidió que comiéramos todos juntos. Sebastián logró estar presente y nos reunimos en su casa. Por esa tarde, volvió a ser el mismo de antes, nos regaló una sonrisa, consejos, abrazó a sus nietos, volvimos a ser lo que fuimos.

Lo cierto es que mi padre nos preparó para lo que venía.

A la mañana siguiente ya no despertó.

La despedida fue lamentable, pero, aunque no lo dije en voz alta, sentía que fue una muerte digna. Mi padre falleció con sus condiciones y no a manos de gente desalmada. Se fue tal como quiso y en su féretro quedaron también enterradas las tragedias.

Así concluye esta historia que escribo y que jamás contaré en voz alta. Lo que viví quedará plasmado en papel y nada más. Un papel que adormece mis miedos, mis pesadillas, mis dolores más profundos. Un papel que me recuerda que existen segundas oportunidades.

FIN

[1]La **Matlacihua** es una mujer mestiza, de piel canela, con rasgos finos, ojos negros y mirada penetrante. Con sus sensuales movimientos, seduce y embruja a los hombres. Se cree que su afán es vengarse de los hombres borrachos y mujeriegos.

[2] Circo Atayde Hermanos es el circo mexicano con mayor tradición. Tuvo su origen el 26 de agosto de 1888.

[3] El 11 de octubre de 1919, Frank Sanborns trasladó su negocio a la famosa Casa de los Azulejos, edificio histórico que cayó en el abandono, y lo convirtió en un lujoso restaurante, salón de té, fuente de sodas, tienda de regalos, farmacia y dulcería. La reapertura en 1920 contó con muchas personalidades de la vida política, social y cultural del país. Con los años se convirtió en una atracción turística de la Ciudad de México y monumento nacional.

La presente edición fue publicada en formato digital en el mes de mayo del 2021 por medio de Amazon.